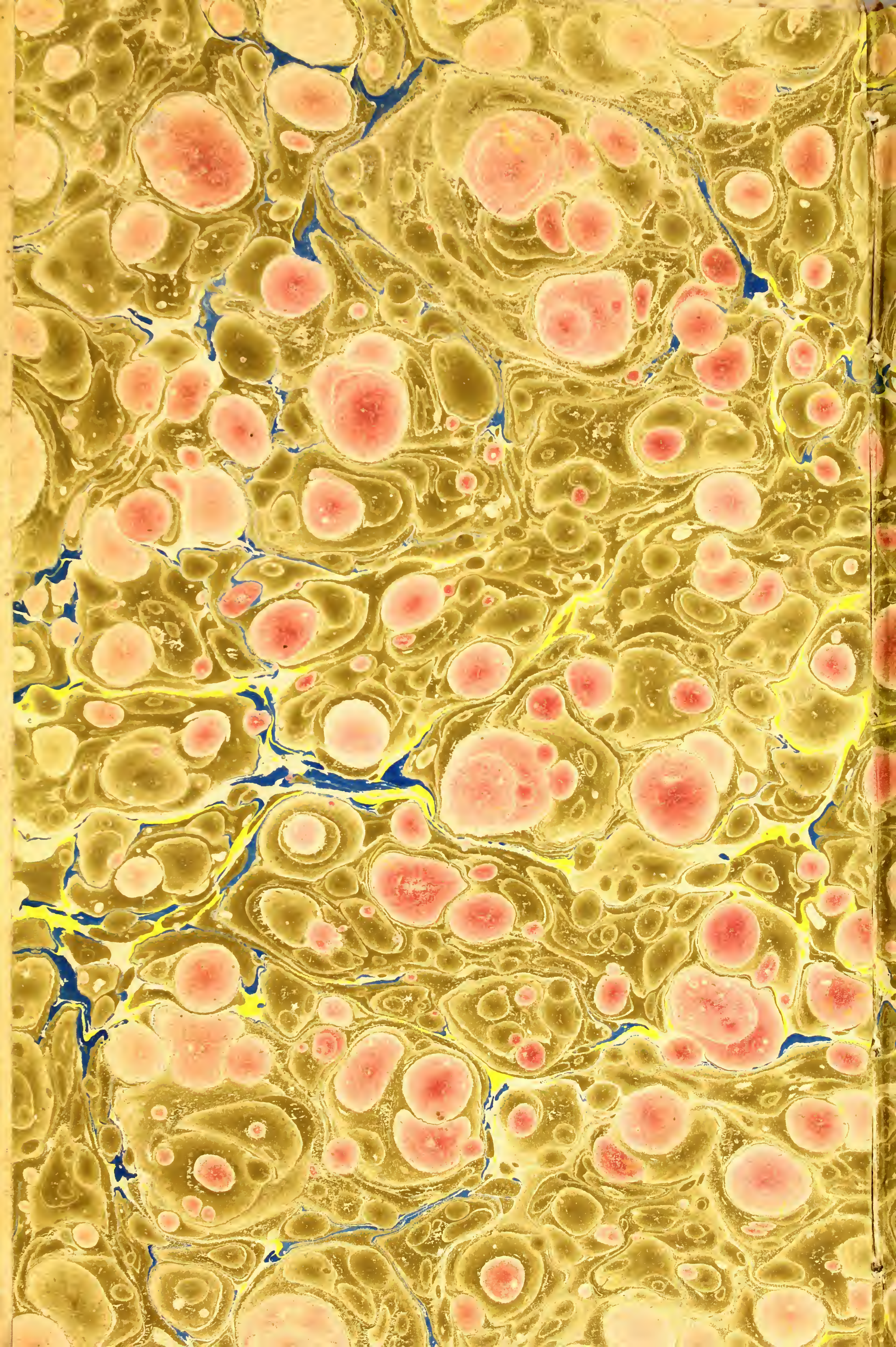
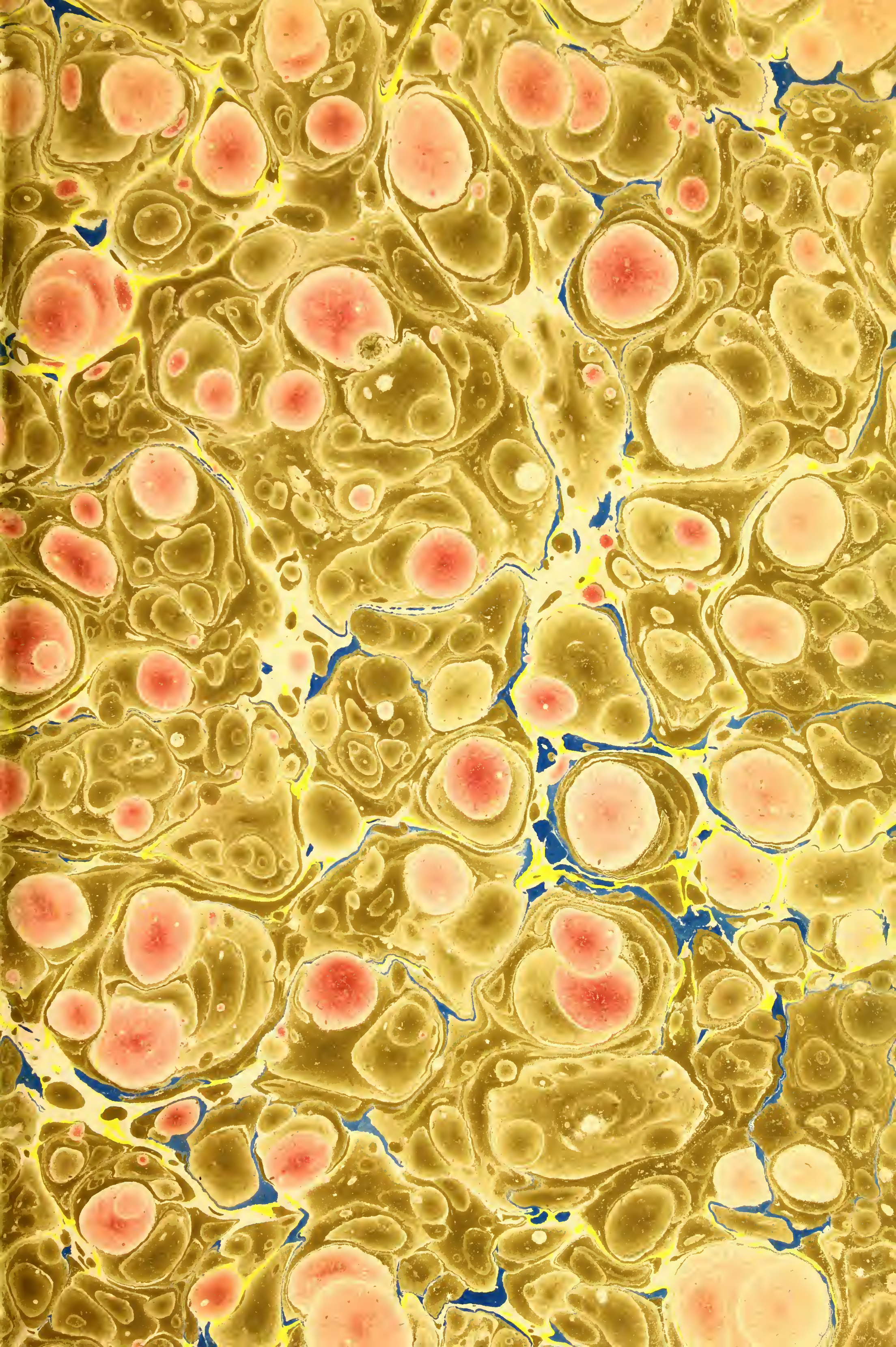






HISTORIA

DE LA

DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO.

HISTORIA

DE

LA DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO,

POR

EDUARDO GIBBON;

TRADUCIDA DEL INGLÉS DE LA RECIENTE DE H. H. MILMAN, CON TODAS LAS NOTAS DEL AUTOR Y LAS DE AQUEL Y GUIZOT;

POR DON JOSÉ MOR DE FUENTES.



BARCELONA.

POR DON JUAN OLIVERES. IMPRESOR DE S. M.,

CALLE DE MONSERRATE, NÚM. 10.

1846.

HISTORIA

DE LA

DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO.

CAPITULO XLVII.

Historia teolójica de la doctrina de la Encarnacion.—La naturaleza humana y divina de Cristo.—Enemistad de los patriarcas de Alejandría y de Constantinopla.—San Cirilo y Nestorio.—Tercer concilio jeneral de Efeso.—Herejía de Eutiques.—Cuarto concilio jeneral de Calcedonia.—Discordia civil y eclesiástica.—Intolerancia de Justiniano.—Los tres capítulos.—La controversia Monotélica.—Estado de las sectas orientales.—I. Los Nestorianos.—II. Los Jacobitas.—III. Los Maronitas.—IV. Los Armenios.—V. Los Coptos y Abisinios.

Feneció el paganismo, y los cristianos ya pacíficos y devotos, pudieron disfrutar su triunfo solitario; mas vivia en su regazo el principio de la discordia, y ansiaban desentrañar la natureleza mas que practicar las leyes de su fundador. Apunté ya que á las doctrinas de la Trinidad siguieron las de la Encarnacion, igualmente escandalosas para la Iglesia, perniciosas por igual para el Estado, mas inapeables en su orígen y mas duraderas en sus resultados. Es mi ánimo abarcar en este capítulo una guerra relijiosa de dos siglos y medio, rasguear el cisma eclesiástico y político de las sectas orientales, y dar á luz sus contiendas estruendosas ó sanguinarias, indagando recatadamente las doctrinas de la Iglesia primitiva (1).

I. Un miramiento decoroso con los primeros prosélitos, ha ido sosteniendo la creencia, la esperanza y el anhelo de que los Ebionitas, ó siquier, los Nazarenos, se diferenciasen tan solo por su tenacísima perse-

verancia en la práctica de sus ritos mosáicos. Desaparecieron sus iglesias, fenecieron sus libros; su libertad arrinconada les franqueaba ensanches en la fé, y la blandura de su símbolo reciente, se iba amoldando alternativamente con el afan ó la cordura de tres siglos. Pero la crítica mas avenible, negará mas y mas á tales sectarios el menor conocimiento de la divinidad acendrada y peculiar de Jesucristo. Alumnos de la escuela de tanta profecía y vulgaridad judaica, no acabaron de encumbrar sus esperanzas allá sobre un Mesías humano y temporal (2). Si les cabia denuedo para aclamar á su rey, al asomar en traje plebeyo, sus alcances rastreros eran inhábiles para deslindar á su Dios, que habia disfrazado de intento su celestial esencia, bajo el nombre y la persona de un mortal (3). Los compañeros familiares de Jesus Nazareno andaban conversando con su paisano y amigo, que en todos los actos de la vida racional y animal, se mostraba de la idéntica especie que ellos mismos. Sus medros, desde la niñez á la mocedad y edad varonil, se fueron manifestando en la estatura y la sabiduría, y tras una agonía congojosa de cuerpo y alma, espiró sobre la cruz. Vivió y murió en beneficio del linaje humano; mas la vida y muerte de Sócrates habian sido igualmente un holocausto por la relijion y la justicia; y aunque un estóico y un héroe menosprecien las virtudes rendidas de Jesus, las lágrimas que fué derramando sobre amigos y patria, evidencian terminantemente su humanidad. No asombrarian milagros á un pueblo, que sostenia con fé mas denodada los portentos, harto mas esplendorosos, de la ley Mosaica. Allá los profetas antiguos curaron dolencias, resucitaron difuntos, zanjaron el mar, detuvieron el sol y se encumbraron al cielo en una carroza centellante, y el estilo metafórico de los Hebreos podia apellidar á un santo y mártir, con el dictado adoptivo de hijo de Dios.

Pero en la creencia insuficiente de Nazarenos y Ebionitas, apenas asoma una escasa diferencia, entre les herejes que equivocaban la generacion de Cristo, con el órden corriente de la naturaleza, y los cismáticos que reverenciaban la virginidad de la Madre, escluyendo el auxilio de todo padre terrenal. Robustecieron la incredulidad de los primeros las circunstancias patentes de su nacimiento, el enlace legal de los tenidos por padres José y María, y su derecho hereditario al reino de David y las pertenencias de Judah. Pero la historia recóndita y auténtica consta por los varios trasuntos del Evanjelio, segun San Mateo (4) que, estaban allá conservando en su orijinal hebreo (5), como testimonio único de su fé. Cuanto maliciase naturalísimamente el marido, muy satisfecho de su propia castidad, quedó aventado, con el desengaño (en sueños) de que la preñez de su esposa era obra del Espíritu Santo; y como no cabia al historiador el presenciar aquel portento íntimo y lejano, tuvo que estar oyendo la voz idéntica que entonó á Isaías la concepcion venidera de una

vírjen; el hijo de una vírjen allá enjendrado por la operacion inefable del Espíritu Santo, era un viviente sin ejemplar ó semejanza, superior en todo jénero de atributos de cuerpo y alma á los hijos de Adan. Los judíos, al profesar la filosofía (6) griega ó caldea (7), se empaparon en la preexistencia, trasmigracion é inmortalidad de las almas, y sinceraron la Providencia suponiendo, que estaban encarceladas en la prision terrena, para purgar las manchas contraidas en un estado anterior (8). Mas no cabe pauta para ir midiendo los grados de pureza ó alteracion, y por tanto se debia conceptuar, que lo mas acertado y sublime de los espíritus humanos quedó refundido en el engendro de María y la Mente Sagrada (9); que su humillacion era parto de su propio albedrío, y que el objeto de su venida era purificar, no sus propios pecados, sino los del mundo. Al regreso á su nativo cielo, le cupo el galardon inmenso de su obediencia; el reino sempiterno del Mesías, predicho ya enmarañadamente por los Profetas, bajo los rasgos materiales de paz, conquistas y señorío; pues podia el Todo-Poderoso engrandecer las facultades humanas de Cristo, por los ámbitos de su celestial encargo. En lenguaje de los antiguos, no se ciñe terminantemente el dictado de Dios al primer padre, y su ministro incomparable, su Hijo unijénito, podia, sin desentono, reclamar el culto relijioso, aunque secundario de un mundo avasallado.

II. Las semillas de la fé que habian ido brotando pausadamente en el suelo peñascoso é ingrato de Judea, se fueron luego trasplantando, ya en sazon, á climas allá mas pingües de jentiles, y los estranjeros de Roma y Asia, que nunca presenciaron sus medros, se mostraban mas propensos á abrazar la divinidad de Jesucristo. El politeista y el filósofo, el griego y el bárbaro, estaban ya igualmente avezados á la procesion larguísima, á la cadena interminable de ángeles buenos y malos, ó deidades, ó emanaciones flechadas del sólio de la luz. Ni debia parecer estraño ó increible, que el primero de estos dones, el *verbo*, ú palabra de Dios, consustancial al padre, se apease en la tierra, para libertar el linaje humano de liviandades y desbarros, y guiarlo por el rumbo de la vida y la inmortalidad. Pero la doctrina preponderante de la eternidad, y la vileza inherente á la materia, contagió las iglesias primitivas del Oriente. Abundaban los prosélitos jentiles, descreyendo que un espíritu celeste porcion indivisa de la esencia primera, se amasase personalmente con un material impuro de carne gangrenada; y cuanto mas desalados tras la divinidad, tanto mas irreducibles se mostraban con la humanidad de Jesucristo. Mientras fresqueaba todavía su sangre en el monte Calvario (10) los *Docetes*, secta crecida y erudita de asiáticos, idearon el sistema *fantástico*, que fué luego cundiendo con los Marcionistas, Maniqueos y los varios apellidos de la herejía Gnostica (11). Negaban la certeza y autenticidad de los Evanjelios, en cuanto refieren de la concepcion de María, del naci-

miento de Cristo y de los treinta años que antecedieron al ejercicio de su ministerio. Aparecióse por las orillas del Jordan, en planta de varon ya cabal; mas era únicamente la estampa y no la realidad; figura humana, labrada por la diestra del Todo-Poderoso, para remedar las facultades y los actos de un hombre, y estar de continuo embelesando á amigos y enemigos. Sonaban al oido de los ilusos discípulos, ecos articulados, pero aquella imágen estapada en sus pupilas, se retraia de la palpable evidencia del tacto, y estaban disfrutando la presencia espiritual, mas no corpórea, del Hijo de Dios. La saña de los Judíos se cebó en balde con un vestiglo volandero, y todo aquel aparato místico de la pasion y muerte, de la ascension tras de la resurreccion de Cristo, se estuvo representando en el teatro de Jerusalen para provecho del linaje humano. Si se les hacia cargo de que semejante pantomima y engaño perpétuo era indecoroso para todo un Dios de verdad, acudian los Docetes con varios Católicos á sincerar la patraña devota. En el sistema de los Gnósticos, el Jehovah de Israel, el criador del mundo ínfimo, era un espíritu rebelde, ó por lo menos idiota. Se apeó el Hijo de Dios en la tierra, para arrasar su templo y su ley, y en cumplimiento de objeto tan saludable, se apersonó con maestría, esperanzando y prediciendo un Mesías temporal.

Uno de los batalladores mas agudos de la escuela Maniquea, esforzó el peligro y la mengua de que el Dios de los Cristianos, hecho un feto humano, se desprendiese á los nueve meses de un vientre femenino. Horrorizáronse devotamente sus antagonistas, y se arrojaron á orillar todo impulso sensual en la concepcion y al alumbramiento, y á sostener que la divinidad pasó por el cuerpo de Maria, como un destello del sol por el ámbito de un cristal; que el sello de su virjinidad quedó ileso, aun en el trance de ser madre de Cristo. Mas la temeridad de tales allanamientos redundó en otro dictámen mas obvio de algunos Docetes, quienes opinaban no que Cristo fuese un fantasma, sino que estaba revestido de un cuerpo macizo é incorruptible. Tal por lo menos le cupo, en el sistema católico acendrado tras la resurreccion, y siempre debió poseerlo, si fuese dable el atravesar sin resistencia la materia intermedia, sin tropiezo y quebranto. Ajeno de sus propiedades fundamentales, debió eximirse de las propiedades y achaques de la carne. Un feto crecedero, desde un punto imperceptible hasta su cabal sazon, un niño que paró luego en baron robusto, sin el alimento ordinario, pudiera seguir viviendo sin reponer el menoscabo diario, con el suministro adecuado de abasto. Podia Jesus terciar con sus discípulos en sus comidas sin adolecer de sed ni hambre, y su pureza virjinal jamás se mancilló con las demasías involuntarias de la concupiscencia sensual. Acerca de cuerpo tan peregrinamente complexionado, se atraviesa la cuestion de por que medios y de que materiales, se formó orijinalmente, y nuestra teolojía mas acendrada se sobresaltó con

una contestacion que no era vinculadamente de los Gnósticos, y es que, tanto la materia como la forma, procedia de la esencia divina. El concepto de un espíritu absolutamente puro, es un acicalamiento de la filosofía moderna; la esencia incorpórea, atribuida por los antiguos á las almas humanas, á los entes celestiales, y á la misma Divinidad, no escluye la aprension del espacio estenso, y su imajinacion se pagaba con cierta naturaleza de aire, ó fuego ú éter, allá incomparablemente mas subido y perfecto que toda la tosquedad del mundo material. Si deslindamos el sitio, tenemos que delinear la estampa de la Divinidad. Nuestra esperiencia, y quizá nuestra presuncion, está representando la racionalidad y la virtud bajo forma humana. Los Antropomorfitas, que á enjambres asomaron entre los monjes del Ejipto, y los Católicos del Africa, alegaban el texto terminante de la Escritura, de que el Criador hizo al hombre á su imájen (12). El venerable Serapio, uno de los santos del desierto de Nitria, orilló con lágrimas su aprension predilecta, y se lamentaba con estremos de niño, de su conversion aciaga, que le defraudaba de su Dios, y dejaba su espíritu sin objeto visible de fé ó devocion (13).

III. Tales fueron las sombras voladoras de los Docetes; pero Cerinto de Asia (14), ideó allá otra hipótesis de mas entidad, y por tanto menos sencilla; estrellándose denodadamente con el último Apóstol. Encajonado entre el confin del mundo judaico y del jentílico, se afanó por hermanar á los Gnósticos y los Ebionitas confesando en el mismo Mesías el enlace sobrenatural de un hombre y un Dios, y Carpócrates, Basílides y Valentino (15), herejes de la escuela Ejipcia, prohijaron aquella doctrina mística, con varios realces caprichosos. En su concepto, Jesus Nazareno era sola y meramente un mortal, hijo lejítimo de José y de María, mas era tambien lo sumo en bondad y sabiduría de la casta humana, entresacado como instrumento digno para restablecer sobre la tierra el culto de la divinidad verdadera y suprema. Al bautizarlo en el Jordan, el Cristo, el primero de los eones, hijo del mismo Dios, se apeó sobre Jesus en forma de Paloma, para morar en su ánimo, y encaminar sus pasos durante el tiempo aplazado, para su ministerio. Puesto el Mesías en manos de los Judíos, el Cristo, ser allá inmortal é impasible, desamparó su morada terrestre, se encumbró á su *pleroma* ó mundo de los espíritus, y dejó solitario á Jesus para padecer, plañer y espirar. Pero caben argumentos muy recios contra la justicia y bizarría de tamaño desamparo, y el paradero de un mártir inocente, estimulado al pronto, y al fin abandonado por su compañero divino, pudiera motivar mucha lástima, y aun ira, entre los profanos. Tuvieron que enmudecer no obstante sus murmullos, pero los desvíos de aquellos sectarios que prohijaron y variaron el sistema duplicado de Cerinto. Se alegaba que al clavar á Jesus en la Cruz, quedó pertrechado con una insensibilidad milagrosa de cuerpo y alma, que le

imposibilitó realmente sus padecimientos. Se afirmaba que las ansias momentáneas, aunque efectivas, quedarian colmadamente remuneradas con el reinado temporal de mil años, reservado al Mesías, en su reino de la nueva Jerusalem. Se apuntaba tambien, que si estaba padeciendo, lo merecia así; que nunca la naturaleza humana es absolutamente cabal, y que la pasion y la cruz podian conducir para purgar las venialidades del hijo de José, antes de su enlace misterioso con el hijo de Dios (16).

IV. Cuantos están creyendo en la inmortalidad del alma, concepto grandioso y esclarecido, tienen que confesar, por su esperiencia actual, el enlace inapeable del espíritu y la materia. No es ajeno, sin embargo, de otro arcano mayor en sumo grado, cual es el de nuestras facultades intelectuales; la encarnacion de un eon ó arcánjel, lo mas perfecto de todo lo criado, no arguye contradiccion positiva y desatinada. En el siglo de la libertad relijiosa, que vino á quedar zanjada por el concilio de Niza, se pautó el señorío de Cristo por el juicio particular, con arreglo á la disposicion indefinida de la escritura, el discurso ú la tradicion. Pero planteada ya su divinidad propia y acendrada, sobre los escombros del Arrianismo, temblaba la fé de los Católicos asomada al despeñadero de donde era imposible cejar, y espuestísimo el permanecer, y pavoroso el caer; y enmarañaban mas y mas su creencia con las sublimidades inapeables de su teolojía. Titubeaban al pronunciar *que* el mismo Dios, la segunda persona de una Trinidad igual y consustancial, se habia manifestado en carne viva (17); *que* un Ser abarcador del universo se habia encajonado en el vientre de María; *que* su duracion sempiterna se habia ido desmenuzando en los dias, meses y años de la existencia humana; *que* el Todo Poderoso habia sido azotado y crucificado; *que* su esencia impasible se habia dolorido y acongojado; *que* su *omniciencia* adoleció de ignorancia, y *que* el manantial de vida é inmortalidad falleció en el monte Calvario. Apolinario (18), obispo de Laodicea, y una de las lumbreras de la Iglesia, afirmaba con sencillez serenísima tan pavorosas consecuencias. Como hijo de un gramático erudito, atesoraba las ciencias de la Grecia, y vinculó rendidamente, en servicio de la Relijion, la elocuencia y sabiduría que están descollando en sus escritos. Digno amigo de Atanasio, y antagonista de Juliano, batalló denodadamente con Arrianos y Politeistas; y aunque aparentaba la tirantez de las demostraciones jeométricas, sus comentarios fueron desentrañando, ya el sentido literal, ya el alegórico, de las escrituras. Un arcano que allá yacía entre los vaivenes de una creencia popular, quedó zanjado con la eficacia aviesa de la forma facultativa, y fué el primer proclamador de aquellas palabras memorables. «Una naturaleza encarnada de Cristo,» que están todavía resonando hostilmente en las iglesias de Asia, Ejipto y Etiopia. Enseñó que la Divinidad estaba enlazada ó revuelta con el cuerpo del hombre, que el *Verbo*, la sabiduría eter-

na, hacia con la carne las veces de alma humana; pero allá despavorido el doctor desalado con su propia temeridad, prorumpió en algunos apocados acentos de disculpa y aclaracion. Se conformaba con el deslinde antiguo de los filósofos griegos, entre el alma racional y la sensitiva en el hombre; á fin de reservar el *Verbo*, para el desempeño intelectual, y dedicar el empuje subordinado á las acciones ínfimas de la vida animal. Al par de los Docetes comedidos, reverenciaba á María como la madre espiritual mas que carnal de Jesucristo, cuyo cuerpo, ú se apeó del cielo impasible é incorruptible, ó quedó embebido, y como transformado, en la esencia de la Divinidad. Se dispararon contra el sistema de Apolinario los teólogos Asiáticos y Sirios, cuyas escuelas se realzan con los nombres de Basilio, Gregorio y Crisóstomo, y se desdoran con los de Diodoro, Teodoro y Nestorio. Mas ninguna tropelía padeció la persona, ni menoscabo tampoco su grandeza y señorío, y quizás sus contrarios, pues no hay que tildarlos con la tacha de tolerantes, quedaron atónitos con la novedad del argumento, y desconfiados de la sentencia definitiva, de la Iglesia católica. La determinacion propendió al fin á su favor, pues quedó condenada la herejía de Apolinario y vedadas las congregaciones sueltas de sus secuaces, por las leyes imperiales. Pero los monasterios de Ejipto abrígaron reservadamente sus principios, y sus enemigos padecieron el odio de Teófilo y Cirilo, patriarcas sucesivos de Alejandría.

V. Docetes encaramados y Ebionitas rastreros, quedaron al par desechados y traspuestos; el afan redoblado contra los desbarros de Apolinario, allanó cierto convenio aparente entre los Católicos y la naturaleza doble de Cerinto; pero en vez de hermanarse temporal y oportunamente, *plantearon*, y estamos siguiendo todavía la union sustancial, indisoluble y sempiterna, de un Dios perfecto, con un hombre cabal, y la segunda persona de la Trinidad con una alma racional de carne humana. Al principio del quinto siglo, la *unidad de entrambas naturalezas*, era la doctrina dominante de la Iglesia. Confesábase á una voz, que el modo de su existencia ni cabia en nuestros alcances, ni en nuestros idiomas. Pero se abrigaba una desavenencia recóndita é incurable entre los temerosos de barajar, y los mas reacios en deslindar la divinidad y la humanidad de Cristo. A impulsos de sus disparos encontrados, huian á carrera del estravío que conceptuaban mas dañino á la verdad y á su salvacion. Estaban por ambas partes ansiando, guardar y sostener la union y la distincion de ambas naturalezas, y de inventar espresiones y emblemas de doctrina, que dejasen menos cabida á la duda y la equivocacion. La escasez de conceptos y de voces, los arrojaba á ir salteando el arte y la naturaleza en busca de Símiles que los iban descaminando mas y mas, en el desentrañamiento de cada misterio. Al microscopio contencioso un átomo se ajiganta, y cada partido andaba siempre abultando mas y mas las conclu-

siones disparatadas é impías, que podian esprimir de los principios de sus contrarios. Al ir mutuamente huyendo se emboscaban por malezas densas y estraviadas, hasta que vinieron á quedar atónitos con los vestiglos espantosos de Cerinto y de Apolinario, de planton, en los desemboques encontrados, del teolójico laberinto. En vislumbrándose para ellos lo sensual y la herejía, se sobresaltaban, revolvian sobre sus huellas, y se empozaban de nuevo en la lobreguez del catolicismo inapeable. Para descargarse del delito y reconvencion de un desvío condenable, descartaban las consecuencias, desmenuzaban sus principios, y entonaban en coro, con mil discípulos, los cantares de la concordia y de la fé. Yacia sin embargo allá, bajo las cenizas de la contienda, cierta pavesa oculta, y casi invisible, y al soplo de la vulgaridad y del acaloramiento, brotaba luego la llamarada, y las disputas verbales (19) de las sectas del Oriente, llegaron á estremecer las columnas de la Iglesia del estado.

Suena, ante todos, el nombre de Cirilo de Alejandría, en la historia controversista, y su dictado de *Santo*, está diciendo que sus opiniones y su bando, han sido por fin los gananciosos. Se estuvo empapando, en las lecciones acendradas de afan y predominio, en casa de su tio, el arzobispo Teófilo, aprovechando indeciblemente en cinco años de su mocedad por los monasterios inmediatos á Nitria, (A. 412. Oct. 28.–A. 444. Jun. 27.) Dedicóse, bajo el amparo del abate Serapio, á los estudios eclesiásticos, con afan tan eficaz, que en una sola trasnochada repasó los cuatro Evanjelios, las Epístolas católicas, y la escrita á los Romanos. Detestaba á Oríjenes, pero traia siempre en las manos los partos de Clemente y Dionisio, de Atanasio y Basilio; se robusteció en la fé y aguzó mas y mas su entendimiento, con su teórica y práctica de contiendas, su celda venia á estar entapizada con las telarañas de la teolojía escolástica, y cavilaba sin cesar obras alegóricas y metafísicas, cuyos restos, empozados en siete macizos tomos en folio, yacen pacíficamente dormidos junto á sus competidores (20). Oraba y ayunaba Cirilo en el desierto, pero su pensamiento (tal es la reconvencion de su amigo) estaba siempre clavado en el mundo; y el llamamiento de Teófilo que lo aplazó para el bullicio de las ciudades y concilios, quedó cumplido con sobrado ahinco, por el ansioso ermitaño. Se encargó, con aprobacion de su tio, siguió la carrera, y se granjeó la nombradía de un predicador popular. Su aspecto vistoso realzaba el púlpito, resonaba en la catedral su voz armoniosa, se repartian amigos para encabezar ó reforzar el aplauso de los congregantes (21) y la nota espedita de los amanuenses conservaba sus discursos, que en los efectos, no en la composicion, podian parangonarse con los partos de los oradores atenienses. La muerte de Teófilo dió vuelo y realidad á las esperanzas del sobrino. Estaba dividido el clero de Alejandría, la soldadesca, con su jeneral, sostenia el arcediano, mas una muchedumbre irresistible

con sus voces y sus manos esforzaba la causa de su predilecto, y tras un plazo de treinta y nueve años sentóse Cirilo en el sólio de Atanasio (22).

No era el premio indigno de su ambicion. Lejos de la corte, y al frente de una capital inmensa, el patriarca, pues tal se titulaba, de Alejandría, habia ido mas y mas usurpando el boato y la autoridad de un majistrado civil. Disponia á su albedrío de las limosnas públicas y privadas de la ciudad; su habla enardecia ó amansaba los ímpetus del vecindario; los muchos y fanáticos *parabolarios* (23) obedecian á ciegas sus mandatos, ejercitando á diestro y siniestro su destreza matadora, y la potestad temporal del prelado enfrenaba ó disparaba las iras del prefecto. Desalado en su persecucion de la herejía, entabló Cirilo venturosamente su reinado, persiguiendo á los Novacianos; sectarios en estremo sencillos é inculpables. Conceptuó como acto justísimo y aun meritorio, el vedarles su culto relijioso, y confiscó sus vasos sagrados sin escrupulizar en su sacrilejio. La tolerancia y aun los fueros de los Judíos, que habian ido creciendo hasta cuarenta mil, estaban afianzados por las leyes de los Césares y de los Tolomeos, y la posesion de siete siglos desde la fundacion de Alejandría. Sin mediar sentencia legal ni mandato réjio, el patriarca acaudilló al amanecer una asonada, para saltear sus sinagogas. Desarmados y desprevenidos, mal podian resistirle los Judíos; quedaron arrasados sus oratorios y el caudillo mitrado, tras de recompensar á su hueste con el saqueo de los bienes, arrojó de la ciudad lo restante de la nacion incrédula. Quizás le disonaba el descoco de su prosperidad y su encono mortal contra los Cristianos, cuya sangre acababan de derramar en un alboroto estudiado, ú casual. Al majistrado tocaba el escarmiento de tamaña demasía, pero en aquella revuelta desastrada, se barajaron los inocentes con los culpados, y quedó Alejandría menoscabada con el malogro de una colonia industriosa y opulenta. Esponíase Cirilo enfervorizado, á las penas de la ley Julia, pero un gobierno endeble, y en siglo tan supersticioso, se erguia con su impunidad y sus alabanzas. Querellóse Orestes, mas quedaron luego olvidadas sus quejas, por los ministros de Teodosio; pero encarnaron hondamente en el interior de un sacerdote que aparentaba indultar, y siguió aborreciendo al prefecto de Ejipto. En medio de la calle una gavilla de quinientos monjes, de Nitria asaltó su carruaje; huye la guardia, de aquellas fieras del desierto; contestan á sus protestas, con una apedreada que le lastima el rostro; acude á su rescate el vecindario honrado; queda desagraviado de los monjes agresores, y muere Amonio bajo los azotes de un lictor. Manda Cirilo alzar el cadáver, y llevarlo en procesion á la catedral; truécase el nombre de Amonio en el de Taumasio, el *Portentoso*; condecórase su túmulo con los trofeos del martirio, y se encarama el patriarca al púlpito, para decantar la magnanimidad de un asesino y un rebelde. Estimulan tamaños blasones á los fieles, para morir bajo

las banderas del Santo, y aprontó luego ú admitió el sacrificio de una doncella secuaz de la relijion griega é íntima de Orestes. Hipasia, hija de Teon el matemático (25) estaba impuesta en los estudios del padre; despejó con sus glosas eruditas la jeometría de Apolonio y Diofanlo, y estuvo enseñando públicamente ya en Atenas, ya en Alejandría, la filosofía de Platon y de Aristóteles. Hermosa y lozana, y cabal en su sabiduría, su recato se desentendió de amadores y se prendó de discípulos; los sujetos mas visibles ansiaban visitar á la filósofa, y envidiaba Cirilo el boato de la comitiva que se agolpaba con caballos y esclavos, á los umbrales de aquella academia. Cundió la hablilla entre los Cristianos, de que la hija de Teon era quien deshermanaba al prefecto con el arzobispo, y quedó luego despejado el tropiezo. En dia aciago de Cuaresma, arrebatan á Hipasia del carruaje, la desnudan, la arrastran á la iglesia, las manos de Pedro el lector y de una gavilla de fanáticos forajidos la atenacean y la descuartizan, raspan la carne de sus huesos, con cantos agudos de conchas de ostras (26), y arrojan sus miembros palpitantes á las llamas. Se procedió debidamente á pesquisas y escarmientos, mas los cohechos atajaron el proceso, y el asesinato de Hipasia, dejó mancillado para siempre el concepto y la relijion de Cirilo de Alejandría (27).

La superstición acudiria mas al desagravio de una doncella martirizada, que al regreso de un Santo, y Cirilo habia acompañado á su tio al sínodo inicuo de la Encina. Sincerada y consagrada la memoria de Crisóstomo, el sobrino de Teófilo, acaudillando un partido moribundo, seguia sosteniendo mas y mas la justicia de su sentencia, y mediaron pesadísimas demoras y pertinaz resistencia antes que se allanase á la concordia de todo el mundo católico (28). Impetu era de interés y no de arrebato, su enemiga á los pontífices Bizantinos (29), envidiaba su encubrada esfera allá entre los resplandores de toda una corte imperial, y temia su disparada ambicion, que arrinconaba á los metropolitanos de Europa y Asia, salteaba las provincias de Antioquía y Alejandría, y media su diócesis por los ámbitos del imperio. El comedimiento dilatado de Atico, usupador apacible del sólio de Crisóstomo, suspendió los enconos de los patriarcas orientales; pero Cirilo se alborotó al fin con el ensalzamiento de un competidor en realidad mas acreedor á su concepto y su aborrecimiento. Tras el reinado breve y revuelto de Sisinio, obispo de Constantinopla, aplacó los bandos del clero y de la plebe la eleccion del emperador, quien por entonces se atuvo á la nombradía y á los merecimientos de un advenedizo. Nestorio, natural de Jermanicia (50) y monje de Antioquía, se recomendaba con la austeridad de su vida, y la elocuencia de sus sermones; pero á la primera homilía que predicó ante el devoto Teodosio, ya se disparó con la acedia y el arrebato de sus fervores. « Dadme, ó Cesar, » esclamó: « dadme la tierra purgada de herejes, y yo os brindo en

cambio con el reino de los cielos. Esterminad conmigo á los herejes, y voy con vos á esterminar los Persas.» Al quinto dia (A. 428. Ab. 10) como si estuviera ya firmado el convenio, el patriarca de Constantinopla descubrió, sobrecojió y embistió á un conventículo de Arrianos; antepusieron la muerte al rendimiento, las llamas que encendió su desesperacion corrieron, se comunicaron luego á las casas contiguas, y el triunfo de Nestorio quedó tiznado con el apodo de *incendiarios*. Su pujanza episcopal abarcó ambas orillas del Helesponto para imponerles un formulario tirante de fé y de disciplina, un yerro cronolójico sobre la festividad de la Pascua, se castigaba como delito contra la Iglesia y el Estado. La Lidia, la Caria, Sardes y Mileto, quedaron purificadas con la sangre de los Cuartodecimanos, y el edicto del emperador ó mas bien del patriarca, va deslindando hasta veinte y tres grados y denominaciones, en el delito y castigo de la herejía (51). Mas aquella misma espada de la persecucion que estuvo esgrimiendo Nestorio tan desaforadamente, se volvió luego contra su propio pecho. Pretestaban relijion, mas en el concepto de un Santo contemporáneo, el verdadero motivo de aquella guerra episcopal, no fué mas que ambicion (52).

Aprendió Nestorio en la escuela Siríaca á horrorizarse con las dos naturalezas, y á deslindar por átomos la humanidad de su *dueño* Jesu-Cristo, de la divinidad de su *Señor* Jesus (53). Reverenciaba á la bienaventurada Vírjen, como madre de Cristo; pero el dictado temerario y reciente de Madre de Dios (54), prohijado imperceptiblemente desde la controversia Arriana, lastimaba sus oidos. Desde el púlpito de Constantinopla, un amigo del patriarca, y él mismo luego, estuvieron predicando contra el uso y abuso de una voz (55) desconocida de los Apóstoles, desautorizada por la Iglesia, y que solo podia propender á sobresaltar á los aprensivos, descarriar á los sencillos, entretener á los profanos, y sincerar con una semejanza aparente la alcurnia antigua del Olimpo (56). Confesaba Nestor en sus ratos bonancibles, que podia allá disimularse ó disculparse, con el enlace de ambas naturalezas y la comunicacion de sus *idiomas* (57), pero la contradiccion lo destemplaba, hasta el punto de esquivar el culto de una divinidad niña y reciennacida, de sacar símiles impropios de las parentelas conyugales y civiles de la sociedad, y retratar el humanamiento de Cristo como el venido, el instrumento y el tabernáculo de la suma Deidad (A. 423 — 431). Estremeciéronse las columnas del santuario, al eco de tamañas blasfemias. Los competidores chasqueados de Nestorio, desfogaron su encono devoto ú personal, el clero Bizantino estaba allá interiormente malhadado con los advenedizos é intrusos; abrigan siempre los monjes lo mas desatinado y supersticioso, y el vecindario se interesaba en la gloria de su patrona la Vírjen (58). El alboroto supersticioso perturbó los sermones del arzobispo, y el servicio del altar; congregacio-

nes separadas se desentendieron de la autoridad y doctrinas del predicador; cada ráfaga aventaba por todo el imperio la hojarasca de la contienda, y las voces de los contrincantes, desde aquel teatro retumbante, resonaba hasta las celdillas del Ejipto y de la Palestina. Incumbia á Cirilo el iluminar el fervor y la ignorancia de sus monjes innumerables: se habia empapado, estudiando en la escuela misma de Alejandría, y profesado siempre la encarnacion y una sola naturaleza, y á impulsos de sus engreimiento, y ambicion, se armó contra un nuevo Árrio, mas formidable y criminal, en el sólio segundo de la jerarquía mitrada. Tras breve correspondencia, en que los prelados encontrados estuvieron disfrazando su encono, en lenguaje estudiado de miramiento y atencion, el patriarca de Alejandría delató al príncipe y al pueblo, á todo Levante y Poniente, los desbarros condenables del pontífice Bizantino. Del Oriente, y con especialidad de Antioquía, logró dictámenes enmarañados de tolerancia y silencio, encaminados á entrambos partidos, pero favorables á Nestorio; mas el Vaticano abrió los brazos para recibir á los mensajeros de Ejipto. La apelacion halagaba la vanagloria de Celestino; y el concepto parcial de un monje recabó el voto del papa, quien al par de su clero latino, ignoraba el idioma, los ardides, y la teolojía de los Griegos. Encabezando un sínodo italiano, Celestino se estuvo haciendo cargo del contenido de los alegados, aprobó el credo de Cirilo, condenó los dictámenes y la persona de Nestorio, lo apeó como hereje de su dignidad episcopal, le concedió el plazo de diez dias para su palinodia y penitencia, y encargó á su enemigo la ejecucion de aquella sentencia temeraria é ilegal. Pero el patriarca de Alejandría al desembarazar los rayos de todo un Dios, puso de manifiesto los yerros y demasías de un mortal, y los doce anatemas están todavía (39) martirizando á los esclavos católicos que adoran la memoria de un Santo, sin desentenderse de su homenaje el sínodo de Calcedonia. Empaña todavía indeleblemente á los arrojados asertos el tinte de la herejía Apolinaria, al paso que las protestas formales, y acaso entrañables de Nestorio cuadran en gran manera á los teólogos mas atinados y menos parciales del dia (40).

Mas ni el emperador, ni el primado del Oriente, propendian á obedecer el mandato de un clérigo italiano, y se pidió á una voz un sínodo de la Iglesia católica, ó mas bien griega, como único remedio para aplacar y tranzar aquella contienda eclesiástica (41). Escojióse para sitio de aquella reunion Éfeso, accesible de donde quiera por mar y por tierra, y para su celebracion la festividad de Pentecostes; se espidieron las convocatorias á los metropolitanos, y se colocó guardia para escudar y tener á raya á los padres, hasta que deslinda en los misterios del cielo y la fé de la tierra. Apareció Nestorio, no como reo, sino como juez; confiaba en la trascendencia mas que en el número de sus prelados, y sus forzudos

esclavos de los baños de Zeuxipo iban pertrechados para toda ocurrencia de asalto ú de resguardo. Pero le aventajaba su contrario Cirilo en armas de cuerpo y alma. Desobedeciendo á la letra, ó lo menos el concepto del llamamiento real, iba acompañado de cincuenta obispos ejipcios, que estaban colgados de la anuencia de su patriarca para entonar la inspiracion del Espíritu Santo. Era íntimo de Memnon, obispo de Éfeso, y aquel primado despótico del Asia, disponia del ausilio ejecutivo de treinta ó cuarenta votos episcopales; agolpóse un tropel de campesinos en la ciudad, para sostener como esclavos de la iglesia, de palabra y obra un argumento metafísico, y el vecindario se afanaba por el pundonor de la vírjen, cuyo cuerpo estaba descansando en el recinto de Éfeso (42). (A. 431 —Jun. — Oct.). Rebosaban las riquezas de Ejipto por la escuadra que habia trasladado de Alejandría á Cirilo, quien fué desembarcando un sin número de marineros, esclavos y fanáticos, alistados á ciegas bajo las banderas de S. Marcos y la madre de Dios. Sobrecojió á los Padres, y aun á la misma guardia del Concilio, aquella comitiva escuadronada; iba insultando por las calles ó amagando por las casas, á los contrarios de Cirilo y de Maria, reforzaban su elocuencia y sus agasajos diariamente su parcialidad, y reguló desde luego el Ejipcio, que podia contar con el séquito y los votos de doscientos obispos (43). Mas el disparador de los doce anatemas, estaba receloso de Juan de Antioquía, quien con una comitiva escasa pero respetable de metropolitanos y teólogos, se iba adelantando á jornadas cortas, desde la lejana capital del Oriente. Mal hallado con aquella demora que tachaba de voluntaria y culpable (44), anunció Cirilo la apertura del sínodo; á los diez y seis dias de la festividad de Pentecostes. Nestorio que confiaba en la llegada próxima de sus amigos orientales, se aferró como su antecesor Crisóstomo, en declinar la jurisdiccion y desobedecer al llamamiento de sus enemigos, atropelló el procedimiento, y su acusador estuvo presidiendo el juzgado. Sesenta y ocho obispos, veinte y dos de jerarquía metropolitana, defendieron su causa con protestas templadas y comedidas, pero quedaron excluidos de los consejos de sus hermanos. Requirió Candidiano, en nombre del emperador, una tregua de cuatro dias; arrojaron con desacatos é improperios al majistrado profano de la junta santa. Todos los trámites de aquel trance tan sumamente trascendental, se atropellaron en un solo dia (Jun 22): los obispos fueron entregando sus votos separados, pero la uniformidad del estilo patentiza el influjo de la mano de un maestro, á quien se tilda de haber pervertido el testimonio público de sus actas y sus firmas (45). Reconocieron sin discrepancia en las cartas, el Credo Niceno y la doctrina de los Padres, pero los estractos parciales de las cartas y homilías de Nestorio, se fueron interrumpiendo con maldiciones y anatemas, y el hereje quedó apeado de su dignidad episcopal, y eclesiástica. La sentencia, malvadamente apropiada al nuevo Judas, se pregonó

y encarteló por las esquinas de Efeso ; al saber tras tanto afan, los prelados de la iglesia de la madre de Dios, fueron aclamados como sus campeones, y se festejó la victoria con iluminaciones, cantares y alboroto de toda la noche.

El quinto dia nubló todo aquel triunfo con la llegada y el enojo de los obispos orientales. En un cuarto de la posada, polvoroso todavía del camino, dió Juan de Antioquía audiencia al ministro imperial Candidiano, quien le enteró de sus conatos infructuosos, para atajar ó anular la tropelía del Ejipcio. Con el mismo atropellamiento y violencia el sínodo oriental de cincuenta obispos (Jun. 27.) apeó á Cirilo y á Memnon de sus timbres episcopales, condenó, en los doce anatemas, la ponzoña refinada de la herejía Apolinaria, y retrató al primado Alejandrino, como allá un monstruo, nacido y criado para el esterminio de la Iglesia (46). Lejano é inaccesible se hallaba su sólio, pero se dispuso al golpe pastorear la grey de Ejipto con mayoral mas fiel y benéfico. Desvelóse Memnon, cerró las iglesias y guarneció poderosamente la catedral. La tropa, capitaneada por Candidiano, se adelantó al asalto, arrolló á las avanzadas y las fué acuchillando, pero la fortaleza era inespugnable; retíranse los sitiadores, les persigue una salida disparada, les mata los caballos hiriendo á muchos soldados gravemente á pedradas y mazazos. Saña y vocería, asonada y sangre, están mancillando á Efeso, la ciudad de la Vírjen; fulmínanse anatemas y escomuniones mutuamente los sínodos contrapuestos, con su maquinaria espiritual, y queda la corte de Teodosio confusísima, con las relaciones opuestas y contradictorias, de los bandos Siriaco y Ejipcio. Afánase el emperador por tres meses con mil arbitrios, mas no acude al mas eficaz que era el de la indiferencia y el menosprecio, para aquietar el alboroto teolójico. Trata de alejar ó arredrar á los caudillos; con una sentencia igual de indulto ú de condena ; reviste á sus representantes en Efeso de potestades amplias y fuerza militar; cita ocho diputados selectos de cada partido á una conferencia libre y candorosa, en las inmediaciones de la capital, lejos del contajio de aquel frenesí popular; pero los orientales se niegan á todo ajuste, y los católicos, engreidos con su número y el de los aliados latinos, se desentienden allá de tolerancias y concordias. El sufrimiento del apacible Teodosio se apura, y disuelve sañudo aquel alboroto episcopal, que á los tres siglos se entona con el aparato grandioso de tercer concilio ecuménico (47). « Pongo á Dios por testigo, » esclama el devoto emperador, « que no soy el causador de tamaño trastorno. Su providencia deslindará y castigará á los reos. Volveos á vuestras provincias, y así vuestras virtudes privadas reparen el quebranto y el escándalo de vuestra reunion. » Regresaron, pero los mismos disparos que desencajaron el sínodo de Efeso, fueron cundiendo por todo el Oriente. Despues de tres campañas iguales y reñidísimas, Juan de Antioquía y Cirilo de Alejan-

dria, se allanaron á esplicarse y abrazarse; mas allá ciertos miramientos, y no la racionalidad, acarrearon aquella concordia aparente, entre patriarcas ya mutuamente quebrantados, pero ajenos de hermandad cristiana.

El prelado Bizantino habia ido vertiendo en los oidos imperiales preocupaciones ponzoñosas, contra la índole y conducta de su competidor Ejipcio. Una carta de reconvencion (48) y amenaza, que acompañaba á la citacion (A. 431 – 435.), lo tachaba de sacerdote alborotador, desmandado y envidioso, enmarañador de la sencillez relijiosa, atropellador de la paz de la Iglesia y del estado, y sembrador de tiranía en la familia imperial, con sus memoriales astutos y separados á la esposa y á la hermana de Teodosio. Tuvo que acudir Cirilo á Efeso, por mandato del soberano, donde se le enfrenó, amenazó y encerró por los majistrados afectos á Nestorio y los orientales; juntando tropas de Lidia y Jonia para soterrar la comitiva desmandada y fanática del patriarca. Sin esperar el real permiso, sorteó la guardia, se embarcó atropelladamente, dejó el sínodo descabalado, y se guareció en su fortaleza episcopal de salvamento é independencia. Sus emisarios mañosos se afanaban á diestro y siniestro por la corte y la ciudad, tras de aplacar las iras y granjearse la privanza del emperador. El hijo apocado de Arcadio, alternativamente avasallado por su mujer ó su hermana, por los eunucos ó las damas del palacio, siempre en el vaiven de la supersticion ó la codicia, allá se esmeraban los caudillos católicos en sobresaltar la una, y halagar la otra. Hallábanse Constantinopla y sus arrabales santificados con infinitos monasterios, y los santos Abades Dalmacio y Eutiques (49), se habian vinculado ansiosamente en la causa de Cirilo, el culto de la Vírjen y la unidad de Jesucristo. Desde el momento de su profesion, ya no asomaron por el mundo ni hollaron el piso profano de la ciudad. Pero en aquel trance pavoroso del peligro de la Iglesia, orillaron su voto, á impulsos de otro arranque mas sublime y absolutamente indispensable. Acaudillando larguísima procesion de monjes y ermitaños, con antorchas encendidas en las manos, cantando letanías á la madre de Dios, marcharon desde sus monasterios al palacio. Espectáculo tan peregrino estuvo edificando y enardeciendo al vecindario, y el monarca trémulo se puso á escuchar las plegarias y jaculatorias de los santos, quienes sentenciaron denodadamente, que nadie esperanzase salvacion, sin abrazar la persona y el Credo del acendrado sucesor de Atanasio. Al mismo tiempo el oro iba asaltando todas las cercanías del sólio. Bajo el nombre decoroso de *elojios y bendiciones*, cohechan palaciegos de ambos sexos, segun su privanza ó su capacidad. Pero sus peticiones incesantes iban saqueando los santuarios de Constantinopla y Alejandría, y la autoridad del patriarca no alcanzaba á atajar el susurro fundado de su clero, de que una deuda de trescientos mil duros se habia contraido ya,

para acudir al desembolso de cohecho tan escandaloso (50). Pulqueria, que estaba descargando á su hermano de los afanes de un imperio, era la columna mas incontrastable del Catolicismo, y se entabló hermandad tan íntima entre los rayos del sínodo y los requiebros de la Corte, que Cirilo quedaba afianzado en sus logros, si alcanzase á desbancar un Eunuco, y sustituirle otro en la privanza de Teodosio. Mas no le cabia al Ejipcio el blasonar de una victoria esclarecida y decisiva, pues el emperador se atenia con teson inesperado á su promesa de escudar la inocencia de los obispos orientales; y Cirilo embotó sus anatemas y confesó con repugnancia y en bosquejo, la naturaleza doble de Jesucristo, antes que le cupiese el saciar su venganza contra el desventurado Nestorio (51).

Este mas y mas reacio, antes que se cerrase el sínodo, quedó acosado por el concilio, vendido por la Corte, y desmayadamente sostenido por sus amigos orientales. Iras y zozobras lo arrebataron, cuando todavía estaba á tiempo (A. 435) para ostentar el blason de una renuncia voluntaria (52). Cumpliósele sin tardanza el deseo ú sea la peticion, conduciéndolo honoríficamente desde Efeso á su monasterio de Antioquía, y tras breve intermedio sus dos sucesores Maximiniano y Proclo, quedaron reconocidos por obispos lejítimos de Constantinopla. Pero el apeado Patriarca, arrinconado ya en su celda no fué árbitro de reducirse á la inocencia y sosiego de un llano cenobita. Echaba menos lo pasado, le desazonaba lo presente, y debia temer lo venidero; los obispos orientales se fueron descartando del compromiso de un individuo malquisto, y por instantes iba menguando el número de cismáticos que reverenciaban á Nestorio, por confesor de la fé. Tras cuatro años de residencia en Antioquía, firmó la diestra de Teodosio un edicto (53) que lo igualaba con Simon Mago, prohibia sus opiniones y su secta, condenaba sus escritos al fuego, y lo desterraba primero á Petra en Arabia, y despues al Oasis, una de las *islas* del desierto de Libia (54). Desviado de la iglesia y del mundo, el desterrado se vió todavía acosado por la saña del fanatismo y de la guerra. Una ranchería vagarosa de los Blemics ó Nubios, asaltó su cárcel solitaria: en la retirada fueron despidiendo á varios cautivos inservibles, pero al asomar Nestorio á las orillas del Nilo, quisiera gustosísimo huir de una ciudad Romana y católica, por una servidumbre mas llevadera entre aquellos bozales. Castigóse su fuga como delito nuevo: el alma del patriarca estaba enardeciendo las potestades civil y eclesiástica del Ejipto; majistrados, soldadesca y monjes, estaban devotamente martirizando al enemigo de Cristo, y de San Cirilo, y hasta el mismo confin de Etiopia, fueron alternativamente arrastrando y retrayendo al hereje, hasta que su cuerpo anciano vino á quebrantarse con las penalidades y tropiezos de tan repetidos viajes. Pero se engreia, y gallardeaba todavía su ánimo; sus cartas pastorales embargaron al presidente de la Tebaida, sobrevivió al tirano católico de Alejan-

dría, y despues de diez y seis años de destierro, quizás el sínodo de Calcedonia le devolviera los honores ó á lo menos la comunion á la iglesia. Murió al ir á obedecer al llamamiento halagüeño (55), y su dolencia pudo dar algun viso á la hablilla escandalosa, de que los gusanos se habian cebado en su lengua blasfemadora. Se enterró en una ciudad del alto Ejipto, conocida con los nombres de Chemnis, ó Panópolis ó Akmim (56); pero la iniquidad perpetua de los Jacobitas, ha perseverado por siglos en apedrear su sepulcro, y fomentar la tradicion desatinada, de que nunca lo bañasen las lluvias del cielo, que suelen bajar igualmente sobre el justo y el malvado (57). Corresponde á la humanidad el enternecerse con la suerte de Nestorio, pero la justicia debe advertir que vino á padecer la idéntica persecucion que estuvo aprobando y ejerciendo (58).

La muerte del primado de Alejandría, tras un reinado de treinta y dos años (A. 448), desenfrenó á los Católicos en su afan y su abuso de la victoria (59). La doctrina *monofisita* (una sola naturaleza encarnada) se estaba predicando en su rigor por las iglesias de Ejipto y los monasterios de Oriente; la santidad de Cirilo escudaba el Credo primitivo de Apolinario, y el nombre de Eutiques, su amigo venerable, ha venido á aplicarse á la secta mas contrapuesta á la herejía Siríaca de Nestorio. Su contrincante Eutiques era abad, archimandrita ó superior de trescientos monjes, pero las opiniones de un enclaustrado sencillo y lego, fenecieran tal vez allá en la celdilla donde durmiera por mas de setenta años, si el encono ú la indiscrecion de Flaviano, el prelado Bizantino, dejara de escandalizar con ellas el mundo cristiano. Junta el Sínodo, maquina y alborota, y arrebatan al hereje ancianísimo una confesion aparente, de que el cuerpo de Jesucristo no dimanaba de la sustancia de la Vírjen María. Apela Eutiques de aquel decreto parcialísimo á un concilio jeneral, y su causa logra el ánimo poderoso de su ahijado Crisafeo, el eunuco mas valido del palacio, y su cómplice Dióscoro que sucedia en el sólio, el Credo, la travesura y los devaneos del sobrino de Teófilo. Convoca Teodosio determinadamente el segundo sínodo de Efeso (A. 449. Agost. 8-11) compuesto atinadamente de diez metropolitanos y de diez obispos de cada una de las seis diócesis del imperio oriental; ciertas escepciones de privanza ó merecimiento, fueron alargando el número hasta ciento treinta y cinco, y el Siríaco Barzumas, como caudillo y representante de los monjes, mereció asiento y voto con los sucesores de los Apóstoles; pero el despotismo del patriarca Alejandrino, vuelve á coartar el desahogo deliberativo: allá el arsenal de Ejipto reparte las mismas armas efectivas y espirituales: manda Dióscoro una porcion de Asiáticos flecheros veteranos, y los monjes mas batalladores, ajenos todos de razon y de lástima, están sitiando las puertas de la catedral. El jeneral, y sin duda los padres independientes, aceptaron la fé y los anatemas de Cirilo, y la herejía de las dos naturale-

zas quedó formalmente condenada en las personas y escritos de los orientales mas ilustrados. « ¡ Así! quien divida á Cristo sea dividido con la espada, sajado, y quemado vivo! » tales fueron los anhelos caritativos de un sínodo cristiano (60). Nadie titubeó en reconocer la inocencia y santidad de Eutiques, mas los prelados, con especialidad los de Tracia y Asia, se desentendieron de proceder á la deposicion del patriarca, por el uso ú abuso de su jurisdiccion lejítima. Abrazaron las rodillas de Dióscoro, quien se erguia airadamente sobre el umbral de su sólio, amonestándole á que disimulase los agravios y acatase la dignidad de aquel hermano « ¿Tratais de mover una asonada? » prorumpe el tirano empedernido. « ¿Dónde están los oficiales? » A este alarido, una muchedumbre desaforada de soldadesca y monjes con garrotes, espadas y cadenas, se disparan al interior de la iglesia; tiemblan los obispos, se esconden tras los altares ó debajo de los bancos, y como no les atosigaba el afan del martirio, fueron succesivamente firmando, en blanco, un papel que luego se cuaja, con la condena del pontífice Bizantino. Queda inmediatamente Flaviano entregado á las fieras de aquel anfiteatro espiritual; Barsumas con su voz y su ejemplo, enardece á los monjes para desagraviar á Cristo : dícese que el patriarca de Alejandría denostó, abofeteó, holló y pateó á su hermano de Constantinopla (61); pero es positivo que la víctima, antes que llegase al paraje de su destierro, falleció al tercer dia, del tundimiento y las heridas que recibió en Efeso. Tiznóse justísimamente á este segundo sínodo, como á una zahurda de salteadores y asesinos, pero los acusadores de Dióscoro tratan de abultar sus tropelías, para cohonestar la cobardía é inconsecuencia de su propia conducta.

Prevaleció la fé de Ejipto, mas sostenia á los vencidos el mismo papa que arrostrara, ya sin zozobra, la saña asoladora de Atila y Genserico. La teolojía de Leon, su decantado *tomo* ú carta sobre el misterio de la Encarnacion, quedó desatendida en el sínodo de Efeso; se insultó á su autoridad y á toda la Iglesia latina en sus legados, que pudieron salvarse de esclavitud ó muerte, para referir la historia tristísima de la tiranía de Dióscoro, y el martirio de Flaviano. Su sínodo provincial anuló las actas irregulares de Efeso, mas como lo era tambien el paso, solicitó la convocacion de un concilio jeneral en las provincias libres y acrisoladas de Italia. El obispo de Roma decia y obraba sin reparo, desde su sólio independiente, encabezando á la Cristiandad; y Placidia y su hijo Valentiniano copiaban obsequiosamente sus disposiciones, y oficiando á su compañero oriental, para que restableciese la paz y la unidad de la Iglesia. Mas la diestra del eunuco movia allá con igual maestría el boato de la corte oriental, y pronunció sin titubear Teodosio, que se hallaba ya en la iglesia pacífica y triunfante, pues la llamarada última quedaba ya apagada con el digno escarmiento de Nestorio y secuaces. Quizás se encenagaran

mas y mas los Griegos en la herejía de los Monofisitas, á no tropezar dichosamente el caballo del emperador; muere Teodosio, le sucede su hermana católica, Pulqueria, entronizando á un marido nominal queman á Crisáfio, arrinconan á Dióscoro, llaman á los desterrados, y los obispos orientales forman el *tomo* de Leon. Frústarsele á este sin embargo su intento predilecto de un concilio latino; esquiva la presidencia del sínodo griego, que se junta ejecutivamente en Niza de Bitinia; requieren sus legados desenfadadamente la presencia del emperador, y los padres acosados se trasladan á Calcedonia, bajo la inspeccion inmediata de Marciano y del senado de Constantinopla (A. 451. Oct. 8, Nov. 1.º). Descollaba la iglesia de Santa Eufemia sobre un cerro empinado, pero de suave ascenso, á pocos pasos del Bósforo de Trácia. Se celebraba como portento del arte su estructura triple, y la perspectiva interminable de mar y tierra no podia menos de sublimar el pensamiento de un iluso á la contemplacion de Dios y del universo. Hasta seiscientos y treinta obispos se fueron colocando por su órden competente en la nave de la iglesia, pero antecedian los legados, de los cuales el tercero no era mas que sacerdote, á los patriarcas orientales; reservando asientos distinguidos á veinte seglares de jerarquía consular ó senatoria. Estaba patente en el centro con ostentacion el Evanjelio, y el cuerpo de ministros pontificios é imperiales que arbitraron en las trece sesiones del concilio de Calcedonia (62). Enmudeció á su presencia la gritería y desenfreno que solia desdorar la gravedad episcopal, pero al formalizar los legados su acusacion, tuvo Dióscoro que apearse de su sólio y ponerse en el banquillo, como reo ya sentenciado, en el concepto de sus jueces. Los orientales menos opuestos á Nestorio que á Cirilo, recibieron á los Romanos á fuer de libertadores; la Tracia, el Ponto y el Asia, estaban airados contra el matador de Flaviano, y los nuevos patriarcas de Constantinopla y Antioquía afianzaron sus destinos con el sacrificio de su bienhechor. Los obispos de Palestina, Macedonia y Grecia, eran adictos á la fé de Cirilo; pero en medio del sínodo, en el acaloramiento de la contienda, los caudillos, con sus comitivas atentas, anduvieron pasando del lado derecho al izquierdo, y así tranzaron la victoria con su desercion oportuna. De los diez y siete sufragáneos venidos de Constantinopla, cuatro se retrajeron de su empeño, y hasta trece, postrándose por el suelo, estuvieron implorando la conmiseracion del concilio con jemidos y sollozos, esclamando llorosamente que iban á ser degollados al volver á Ejipto por el pueblo enfurecido. Se les concedió aquel tardío arrepentimiento, en descargo de su yerro ú delito, como cómplices de Dióscoro, pero sus demasías vinieron á recaer en aquella cabeza; él ni pidió, ni esperó indulto, y el comedimiento de cuantos abogaron por la amnistía jeneral, quedó ahogado por los gritadores de victoria y venganza. Para poner en salvo á sus parciales últimos, se entresacaron mañosamente agravios *per-*

sonales; su escomunion temeraria é ilegal del papa, y su resistencia contumaz (estando preso) en comparecer á la cita del sínodo. Sobraron testigos para comprobar sus demasías de orgullo, codicia y crueldad; y se horrorizaron los Padres, al oir que las limosnas de la Iglesia se repartian entre danzarinas, que su palacio y aun su baño se franqueaban á las rameras de Alejandría, y que la infame Pamofia ó Irene, estaba mantenida públicamente como manceba del patriarca (63).

Por maldades tan escandalosas quedó Dióscoro depuesto por el sínodo, y desterrado por el emperador; mas la pureza de su fé se declaró en presencia y con la aprobacion tácita de los Padres. Su cordura dió mas bien por supuesta, que pronunció la herejía de Eutiques, á quien jamás se citó ante su tribunal, y enmudecieron sonrojados, cuando allá un denodado monofisita, arrojando á sus pies un tomo de Cirilo, los estuvo retando á escomulgar en su persona la doctrina del santo. Si nos enteramos despasionadamente de las actas de Calcedonia cuales las recuerda el partido católico (64), hallarémos que la gran mayoría de los obispos se atenia á la mera unidad de Cristo; y en la concesion enmarañada de que se componia *de* ó *con* dos naturalezas, se podia sobreentender la preexistencia ó el enlace posterior, ó cierto plazo intermedio y azaroso entre la concepcion del hombre y la refundicion del Dios. La teolojía Romana, mas deslindada y terminante, prohijó la voz mas lastimadora para los oidos de un Ejipcio, que existia Cristo con dos naturalezas, y aquella porcioncilla trascendental (65), (que cabia mas bien allá en la memoria que en el entendimiento) habia casi abortado un cisma entre los obispos católicos. Firmóse con acatamiento, y tal vez con sinceridad el *tomo* de Leon; pero protestaron en dos sesiones sucesivas, que ni era provechoso ni legal el traspasar los sagrados padrones, deslindados en Niza, Constantinopla y Efeso, con arreglo á la norma de la Escritura y de la tradicion. Se allanaron al fin á las instancias encarecidas de sus dueños, pero su decreto infalible fué al través (aunque deliberadamente decidido y aclamado) en la sesion inmediata, con la oposicion de los legados y de los amigos orientales. En vano repitió en coro gran muchedumbre de voces episcopales: «La definicion de los Padres es acrisolada é inalterable; están ya descubiertos los herejes; anatema á los Nestorianos; vayan fuera del sínodo; que se marchen á Roma (66).» Amenazaron los legados, era el emperador absoluto y una junta de diez y ocho obispos minutó un decreto que se espidió á la reunion desmandada. Anuncióse al mundo católico, en nombre del cuarto concilio jeneral, el Cristo en una persona y *dos* naturalezas: se corrió una línea imperceptible entre la herejía de Apolinar y la fé de San Cirilo; y el camino del Paraíso, un puente tan afilado como un cortaplumas, se encaramó sobre un abismo, còn la maestría teolójica. Por espacio de diez siglos de ceguedad y servidumbre, estuvo la Europa recibiendo sus opi-

niones relijiosas del oráculo del Vaticano, y la misma doctrina enmohecida de puro añeja, tuvo cabida, sin contienda, en el Credo de los reformadores, que se desentendian del predominio del pontífice Romano. Triunfa todavía el sínodo de Calcedonia en las iglesias protestantes; mas el hervidero de las contiendas amainó, y los cristianos mas devotos del dia ignoran, ó desentienden su propia creencia, en punto al misterio de la Encarnacion.

Era muy diverso el destemple de Ejipcios y Griegos, bajo el reinado purísimo de Leon y Marciano. La relijiosidad de entrambos emperadores acompañaba con armas y edictos el símbolo de su Fé (67), y la conciencia ó el pundonor de quinientos obispos, declaró, que los decretos del sínodo de Calcedonia podian lejítimamente sostenerse, aun con derramamiento de sangre. Reparaban ufanísimos los Católicos que el mismo sínodo se hacia al propio tiempo odioso á los Nestorianos y á los Monofisitas (68); pero los Nestorianos se mostraban menos enojadizos, como menos poderosos, y el fervor terquísimo y sanguinario de los Monofisitas traia desencajado todo el Oriente. Un ejército de monjes tenia avasallado á Jerusalen, y andaban saqueando, encendiendo y matando, en nombre de una sola naturaleza encarnada; la sangre estaba mancillando el sepulcro de Jesucristo, y las puertas de la ciudad se guardaban en rebeldía alborotada, contra las tropas del emperador. Depuesto y desterrado Dióscoro, los Ejipcios seguian echando menos á su padre espiritual, y abominaban del sucesor enviado por los padres de Calcedonia. Una guardia de doscientos soldados escudaba el sólio de Proterio; estuvo guerreando cinco años con el pueblo de Alejandría, y al saber la muerte de Marciano, fué víctima de su fervor, pues la antevíspera de Pascua, sitiándolo en la catedral, lo mató en el bautisterio; quemó luego el cadáver descuartizado, y aventó sus cenizas; atrocidad inspirada por la vision de un ánjel supuesto, un monje ambicioso, que bajo el nombre de Timoteo de Cat (69), sucedió en empleo y en opiniones á Dióscoro. La práctica de las represalias era, por entrambas partes, el móvil inflamador de supersticion tan infernal, y así en el vaiven de una contienda metafísica fenecieron largos miles (70), careciendo los Cristianos de todos temples del goce fundamental de la vida y de los dones invisibles del bautismo y de la comunion sagrada. Tal vez una patraña estrambótica de aquel tiempo encubrirá un retrato alegórico de tales fanáticos, que se andaban mutua é incesantemente martirizando. «Bajo el consulado de Venancio y Celer,» refiere un obispo circunspecto «el pueblo de Alejandría y de todo el Ejipto enloqueció con un frenesí es-«traño y diabólico: pudientes y menesterosos, esclavos y ciudadanos, mon-«jes y clérigos, los naturales del país opuesto al sínodo de Calcedonia, en-«mudecieron y se alelaron, y ladrando como perros, se despedazaban con «sus propios dientes la carne de sus manos y brazos (71).»

Por fin los trastornos de treinta años acarrearon el famoso Henosticon (72) del emperador Zenon (A. 482) que en su reinado y el de Atanasio se firmó por todos los obispos del Oriente, só pena de degradacion y destierro, si rechazaban ó contravenian á ley tan saludable y fundamental. Podrá el clero sonreirse, ó desentonarse, por las ínfulas de un seglar deslindador de artículos de Fé, mas si se allana á tarea tan desengañada, no estará su pecho tan contajiado con vulgaridades ó intereses, y tan solo la concordia del pueblo todo, alcanza á conservar la autoridad del majistrado. En lo que menos despreciable aparece allá Zenon es en la historia eclesiástica, y no me cabe desentrañar culpa alguna Maniquea ó Eutiquiana, en el arranque gallardo de Anastasio, á saber, que era indecoroso para un emperador el andar persiguiendo á los devotos de Cristo y ciudadanos de Roma. Agradó en estremo el Henoticon á los Ejipcios; pero el menor lunar no asomó á la vista zelosa ó dañada de nuestros escolares acendrados, y así va describiendo por puntos la Fé católica sobre la Encarnacion, sin prohijar, ni descartar, los conceptos ó las voces propias de la secta contraria. Se pregona solemne anatema contra Nestorio y Eutiques, y contra cuantos herejes dividen, trastruecan ó reducen á un trasgo á Jesucristo. Sin deslindar el número, ni el artículo, de la voz *naturaleza*, se revalida acatadamente el sistema castizo de S. Cirilo, la Fé de Niza, de Constantinopla y de Efeso; pero en vez de doblegarse al eco del cuarto concilio, queda orillado el asunto, censurando todas las doctrinas contrarias, si con efecto se enseñaron en Calcedonia, ó cualquier otro punto. Bajo este concepto en bosquejo, amigos y enemigos del último sínodo podian estrecharse, en silencioso abrazo. Aviniéronse los Cristianos mas atinados en este jénero de tolerancia; mas sus alcances eran endebles y variables, y su obediencia se despreciaba como servil y medrosa, por sus hermanos mas denodados. Empapados todos de palabra y obra en el asunto único del dia, mal podian mantenerse equilibradamente neutrales; un libro, un sermon, una plegaria, reencendia la llamarada de la contienda, y los vínculos de hermandad se desataban ó anudaban alternativamente por el encono personal de los obispos. El intermedio desde Nestorio á Eutiques, se cuajaba de infinitos matices de idiomas y opinion; asoman los *Acéfalos* de Ejipto y los pontífices Romanos, de igual entidad, pero de diversa pujanza, á los dos estremos de la escala teolójica. Los acéfalos, sin rey ni obispo, vivieron separados mas de tres siglos de los patriarcas de Alejandría, quienes habian aceptado la comunion de Constantinopla, sin empeñarse en la condena terminante del sínodo de Calcedonia, al paso que los papas escomulgaron á los patriarcas de Constantinopla, por aceptar la comunion de Alejandría, sin formalizar su aprobacion del mismo sínodo. Su despotismo arrollador allá volcaba á los Griegos mas castizos, en aquella constelacion espiritual, negaba ó dudaba de la validez de sus sa-

cramentos (74), y estuvo fomentando treinta y cinco años el cisma de Levante y Poniente, hasta que terminantemente abolieron la memoria de cuatro prelados Bizantinos, que osaron oponerse al predominio de San Pedro (75). Antes de aquel plazo, el fervor de los mitrados contrarios habia quebrantado la tregua volandera de Constantinopla y el Ejipto. Macedonio indiciado de herejia Nestoriana, abogaba, desde su arrinconado destierro, por el concilio de Calcedonia, miéntras el sucesor de Cirilo, feriara ufano su vuelco, á costa de un cohecho de dos mil libras de oro.

En aquella temporada calenturienta, el sentido, y aun el eco, de una sílaba era suficientísimo, para alterar la paz del imperio. El Trisajio (tres veces santo) « Santo, santo, santo, Señor, Dios de los ejércitos » suponen los Griegos que es el himno idéntico que los ánjeles y los querubines están repitiendo sempiternamente ante el sólio de Dios, y que á mediados del siglo quinto, fué revelado milagrosamente á la iglesia de Constantinopla. La devocion de Antioquía añadió luego « que fué crucificado por nosotros » y esta jaculatoria halagüeña, ya sea á Jesucristo solo, ya á toda la Trinidad, queda sincerada por las reglas teolójicas, y se ha ido sucesivamente prohijando por los Católicos del Oriente y del Ocaso. Pero allá un obispo Monofisita (77) fué su inventor, y fué desechada como blasfemia y don de un enemigo mortal, y tan temeraria innovacion estuvo á pique de costar al emperador Anastasio trono y vida (78). Carecia el vecindario de Constantinopla de racionalidad, en punto á verdadera independencia, y por tanto conceptuaban motivo suficiente de rebeldía el viso de una librea en las carreras y el de un misterio en las escuelas. Entonábase el Trisajio, solo ú con el aumento climatérico, en la catedral por dos coros encontrados, y al postrarse ya sus pulmones, solian acudir á los argumentos mas sólidos de piedras y garrotes, castigaba el emperador y defendia el patriarca, á los agresores, y la corona y la mitra iban por apuesta, en el resultado de contienda tan grandiosa. Hombres, mujeres, y niños acudian á enjambres, y se atropellaban por las calles; lejiones de monjes marchaban en formacion, y voceaban y peleaban al frente. « Cristianos, este es el dia del martirio; no hay que desamparar á nuestro padre espiritual; anatema al tirano Maniqueo, que es indigno de reinar. » Este era el alarido católico, y las galeras de Anastasio estaban ya con los remos alzados, ante el palacio, hasta que el patriarca habia perdonado y absuelto á su penitente, y despedia allá la oleada de la revuelta muchedumbre. Quedó contrarestado el triunfo de Macedonio con un destierro ejecutivo; pero el fervor de su grey se enconaba de nuevo con la misma pregunta de « si uno de la Trinidad habia sido crucificado. » En tan sumo trance, los bandos verde y azul de Constantinopla suspendieron sus discordias, y las potestades civil y militar quedaron exánimes á su presencia. Se depositaron las llaves de la ciudad y los estandartes de la guardia, en el foro de Cons-

tantino; paradero y campamento principal de los fieles. Andaban dia y noche afanados en cantar himnos de alabanza á Dios, y en saquear y matar á los sirvientes de su príncipe. Llevaban allá empinada á la punta de una lanza la cabeza de su monje predilecto, íntimo del que llamaban enemigo de la santísima Trinidad, y los tizones arrojados á las casas de los herejes, iban estendiendo sus llamas á los edificios mas católicos. El emperador al ver estrelladas sus estatuas, se ocultó en un arrabal, hasta que al tercer dia, se determinó á implorar la compasion de sus propios súbditos. Sin diadema y en ademan rendido, se deja ver Atanasio en su sólio del circo; entonan los Católicos á su presencia el Trisajio castizo, se engrien con su oferta, hecha á voz de pregon, de orillar la púrpura, escuchan la advertencia de que puesto que *todos* no pueden reinar, debian convenirse antes en la eleccion de soberano; admiten la ejecucion de dos ministros mal quistos, á quienes el dueño condena, sin titubear, á los leones. El éxito de Vitelia no fomentaba aquellas asonadas violentas, pero volanderas, pues con un ejército de Hunos y Búlgaros, los mas idólatras, se declaró el campeon de la Eé católica. En su rebeldía devota, vino asolando la Trácia, sitió á Constantinopla, esterminó á sesenta y cinco mil cristianos como él, hasta que consiguió el llamamiento de los obispos, el desagravio del papa, y el establecimiento del concilio de Calcedonia, tratado católico, firmado con repugnancia por el moribundo Anastasio, y cumplido mas fielmente por el tio de Justiniano. Tal fué el paradero de la *primera* guerra de religion ejercida en nombre, y por los alumnos de un Dios de paz (79). (A. 514).

Ya hemos estado presenciando á Justiniano, bajo los varios conceptos de príncipe, de conquistador, y de lejislador; todavía queda el de teólogo (80), que le desaira en gran manera, abultando esta monstruosidad desmedidamente en su retrato (A. 517—565). Terciaba el soberano con los súbditos, en su acatamiento supersticioso á los santos, vivos y difuntos; su Código, y con especialidad las Novelas, corroboran y amplian las prerogativas del clero; y aun en las mismas contiendas, entre monje y seglar, el juez parcialísimo propende á fallar, que la verdad, la inocencia y la justicia, estaban siempre por la parte de la iglesia. Ejemplarísimo y puntual era el emperador en sus devociones públicas y caseras; monje parecia en la austeridad de sus penitencias, con plegarias, ayunos y desvelos, se embelesaba su fantasía con la esperanza, ó la creencia, de inspiraciones personales, logró afianzar el amparo de la Vírjen y del Arcánjel san Miguel, y se atribuyó su recobro de una dolencia gravísima, al auxilio milagroso de los santos mártires Cosme y Damian. Los monumentos de su relijiosidad (81), estaban condecorando las provincias del Oriente, y aunque la grandísima parte de aquellas construcciones costosísimas, se debe achacar á su aficion ostentosa, es muy probable, que el cariño y

agradecimiento á sus bienhechores invisibles, enardeciese entrañablemente el afan del arquitecto purpurado. El dictado de *relijioso* era el mas halagüeño para los oidos de su grandeza imperial; clavaba su ahinco en acrecer los intereses, tanto espirituales como temporales de la Iglesia, y solia sacrificar su instituto de padre de la patria al de defensor de la Fé. Conjeniábanle en gran manera las controversias de su tiempo, y los catedráticos de teolojía se estarian mofando allá en su interior de la eficacia de un advenedizo, que desatendia su profesion propia, y se engolfaba en la ajena. «¿Qué podeis temer,» decía un conspirador denodado, «de ese tirano beato? Desvelado é indefenso está pasando noches enteras en su aposento ventilando con reverendos barbicanos, y hojeando las páginas de volúmenes eclesiásticos (82).» El fruto de sus tareas salió á luz en repetidas conferencias, donde Justiniano voceaba y sutilizaba, cual el mas pujante de los disputadores, y luego en varios sermones, llamados edictos, ó sea epístolas, que estaban pregonando al imperio toda la teolojía de su dueño. Mientras los bárbaros se internaban por las provincias, mientras las lejiones victoriosas iban marchando bajo las banderas de Belisario, ú de Narsés, el sucesor de Trajano, desconocido en sus reales, se satisfacia con vencer al frente de un sínodo. Si convidara á tales juntas á un auditorío imparcial y despejado, podia Justiniano enterarse de *que* toda contienda relijiosa, es aborto de arrogancia y devaneo; *que* toda relijiosidad se cifra mas propiamente en el silencio y el rendimiento; *que* el hombre, de suyo ignorante, no debe arrojarse á escudriñar la naturaleza de todo un Dios; y *que* nos basta saber que el poderío y la benevolencia, son los sumos atributos de la Divinidad (83).

Ni descollaba por entonces la tolerancia, ni blasonaban los príncipes de induljentes con los rebeldes. Mas en avillanándose el príncipe con el papel ruin y descontentadizo de caviloso, suele luego acudir á los alcances de su poderío, para suplir la endeblez de sus argumentos, castigando sin lástima, la ceguedad reacia de cuantos adrede están cerrando los ojos á los destellos de la demostracion. Fué el reinado de Justiniano un campo perpetuo, pero variable, de persecucion, y sobresalió al parecer entre todos sus antecesores apoltronados, así en el contesto como en la ejecucion de sus leyes. Fijóse el plazo cortísimo de tres meses para la conversion, ó el destierro de todos los herejes (84), y si se desantendia de su permanencia insubsistente, quebaban defraudados bajo su férreo yugo, no solo de los bienes de la sociedad, sino aun del derecho comun de naturaleza, como hombres y como Cristianos. Los Montanistas de Frijia tras cuatro siglos (85), brotaban todvía aquel entusiasmo cerril de perfeccion y de profecía, que habian estado adquiriendo con sus apóstoles varones y hombres, como órganos particulares del Paráclito. Al asomar los sacerdotes católicos y su soldadesca, se abalanzaron desaladamen-

te á la corona del martirio, su junta ó congregacion, feneció en las llamas, mas no se habian esterminado aquellos fanáticos primitivos, á los trescientos años de la muerte de su tirano. La iglesia de los Arrianos en Constantinopla habia arrostrado, al resguardo de los confederados Godos, la violencia de las leyes: igualaba su clero al senado en riquezas y magnificencia, y cuanto oro y plata afianzó la diestra apresadora de Justiniano, podia quizás pertenecerles, como despojo de las provincias y trofeos de los bárbaros. Encubríanse allá unos restos recónditos de Paganos en la clase mas culta y en la mas montaraz del linaje humano, y encendieron las iras de los Cristianos, mal hallados tal vez, con que algun estraño presenciase sus contiendas intestinas. Nombróse á un obispo con ínfulas de inquisidor de la Fé, y sus pesquisas fueron luego descubriendo en la corte y en la ciudad, majistrados, lejistas, médicos y catedráticos, amantes todavía de la superstición griega. Se les notificó ceñudamente que sin demora escojiesen entre el desagrado de Júpiter y el de Justiniano, y su ojeriza al Evanjelio no se debia disfrazar mas bajo la máscara escandalosa de la indiferencia ó la impiedad. El patricio Focio fué tal vez el único resuelto, á vivir ó morir como sus antepasados; se libertó á sí mismo con una estocada, y dejó al tirano el mezquino logro de patentizar, con afrenta, el cadáver de aquel fujitivo. Sus hermanos, mas apocados, se doblegaron ante el monarca terrestre, aguantaron el ceremonial del bautismo, y se afanaron en aventar desaladamente toda sospecha, ó todo recuerdo de idolatría. La patria de Homero y el teatro de la guerra Troyana, estaban todavía conservando las últimas pavesas de su mitolojía, mas á impulsos del obispo descubridor, se convirtieron hasta setenta mil en Asia, Frijia, Lidia y Caria; edificáronse noventa y seis iglesias para tantísimo novicio, aprontando la devota munificencia de Justiniano, ropas de lino, biblias, rituales y vasos de oro y plata (86). Los Judíos, ya despojados por puntos de sus inmunidades, se vieron mas y mas acosados por una ley que les precisaba á guardar la festividad de la Pascua en el mismo dia que la celebraban los Cristianos (87). Quejábanse con tanto mas fundamento, cuanto los mismos Católicos no estaban acordes, con el cómputo astronómico de su soberano: el pueblo de Constantinopla dilataba el principio de su cuaresma toda una semana despues de la disposicion superior, y lograban el regalo de ayunar siete dias despues que los abastos estaban de venta por mandato del emperador. Los Samaritanos de Palestina (88), formaban una ralea revuelta y una secta inapeable, desechada como judaica por los Paganos, como cismática por los Judíos, y por los Cristianos como idólatra. Se les habia plantado la cruz, su abominada, en su monte sagrado del Garízim (89), pero la persecucion de Justiniano les intimó la alternativa del bautizo, ú la rebeldía. Se atuvieron á la última; se armaron bajo la bandera de un caudillo desesperado, y por desagravio atropella-

ron vidas, haberes y templos de un vecindario indefenso. Acudieron las fuerzas rejimentadas del Oriente, y sojuzgaron á los Samaritanos; quedaron muertos veinte mil, y otros tantos fueron vendidos por los Arabes á los infieles de la Persia y la India, y lo restante de aquella nacion desventurada, se descargó de su delito de traicion con el pecado de hipocresía. Se regularon en cien mil los Romanos fenecidos en la guerra Samaritana (90), que trocó aquella provincia, antes tan pingüe, en maleza montaraz y adusta. Mas para la fé de Justiniano, no cabia el concepto de homicidio en la matanza de incrédulos, y se afanó devotamente en plantear á fuego y sangre la unidad de la creencia cristiana (91).

Con tan estremados arranques, le correspondia á lo menos el acertar á todo trance. Desde los primeros años de su reinado, descolló, como discípulo y adalid celosísimo del bando católico: el hermanamiento de Griegos y Latinos deslindó el *tomo* de San Leon, por Credo del emperador y del imperio; por ambas partes, y á diestro y siniestro acosados los Nestorianos y Eutiquistas, con la persecucion, el católico y legislador (92) ratificó allá con su código, los cuatro sínodos de Niza, Constantinopla, Efeso y *Calcedonia*. Pero mientras Justiniano se afanaba por conservar la unidad en la fé y en el culto, su mujer Teodora, que sabia hermanar la devocion con sus devaneos, estaba oyendo á los doctores Monofisitas, y la sonrisa de tan graciable abogada resucitó y multiplicó los enemigos patentes y encubiertos de la Iglesia. La discordia espiritual desavenia la ciudad, el palacio y el tálamo nupcial, mas estaba tan desconceptuada la sinceridad de los consortes imperiales, que su discordancia aparente se achacaba por muchos, á una confederacion solapada, contra la reljiion y el bienestar del vecindario (93). La contienda sonada de los *tres capítulos* (94), que cuajó mas volúmenes que líneas merece, asoma con accidentes muy señalados de aquel torpe sistema. Hacia tres siglos que los gusanos habian consumido el cadáver de Orígenes (95); su alma, cuya preexistencia le constaba hallarse en el gremio del Criador, pero los monjes de Palestina andaban releyendo desaladamente sus escritos. En ellos descubrió la vista perspicaz de Justiniano, mas de diez errores metafísicos, y el doctor primitivo fué sentenciado, al par de Pitágoras y Platon, por el clero á la *eternidad* del fuego infernal, que habia tenido el arrojo de negar. Al resguardo de este antecedente, se estaba asestando un tiro mortal al concilio de Calcedonia. Habian los Padres escuchado con calma las alabanzas de Teodoro de Mopsuestía (96), y su justicia, ó su condescendencia, habian restablecido á Teodoreto de Cirso, y á Ibos de Edesa, á la comunion de la Iglesia. Mas la reputacion de aquellos obispos orientales adolecia de ciertos visos de herejía; el primero habia sido maestro y los dos segundos amigos de Nestorio; tildábanse sus pasos mas sospechosos bajo el título de los *tres capítulos*, y condenada su memoria trascendia

al pundonor de un sínodo, cuyo nombre se pronunciaba con acatamiento entrañable ó afectado, por el mundo católico. Si aquellos obispos venian á anonadarse, inocentes ó criminales, en el letargo de la muerte, probablemente que no se despertarian, con los clamores, que, tras un siglo, se exhalaban sobre su sepulcro. Parando ya en las garras de Luzbel, ningun afan humano alcanzaria á encrudecer ó aliviar sus tormentos; si estaban disfrutando en compañía de los santos y de los ángeles, el galardon de su relijiosidad, no podian menos de sonreirse con la saña disparatada de los insectillos teolójicos, que zumbian rastreramente por la haz de la tierra. El adalid de tales gusanillos, el emperador de los Romanos, flechaba su aguijonazo y derramaba su ponzoña, quizás sin calar los motivos verdaderos de Teodora y de su bando eclesiástico. Su poderío no alcanzaba ya á las víctimas, y el estilo vehemente de sus edictos, tan solo podia pregonar su condenacion, y convidar al clero de Oriente, para reforzar el coro de sus maldiciones y anatemas. El Oriente se avino con algun reparo al eco de su soberano: celebróse el quinto concilio jeneral de tres patriarcas y ciento sesenta y cinco obispos, en Constantinopla (A 553. Mayo 4. Junio 2) y los autores, y al par los defensores de los tres capítulos, quedaron separados de la Comunion de los santos, y entregados con toda solemnidad al príncipe de las tinieblas. Pero las iglesias latinas volvieron ansiosas por el pundonor de Leon y del sínodo de Calcedonia; y si pelearan, como siempre, bajo el estandarte de Roma, quizás prevalecieran en la causa de la racionalidad y de la compasion. Mas yacia su caudillo preso en manos del enemigo, y el sólio de San Pedro, ajado ya con las simonías, quedó vendido con la cobardía de Vijilio, que se postró, tras largo é inconsecuente conato, ante el despotismo de Justiniano y la sofistería de los Griegos. Movió su apostasía la ira de los Latinos, y solos dos obispos se allanaron á poner las manos sobre su diácono y sucesor Pelajio. Mas perseveraron los papas, y al fin fueron descargando sobre sus contrarios el apodo de cismáticos; las iglesias Italiana, Ibérica y Africana yacieron acosadas por las potestades civil y eclesiástica, con algun conato tambien de la milicia (97); los bárbaros lejanos copiaban el Credo del Vaticano, y en el término de un siglo, el cisma de los tres capítulos vino á fenecer en un distrito arrinconado de la provincia Veneciana (98). Pero el desabrimiento relijioso habia ido ya fomentando las conquistas de los Lombardos, y los mismos Romanos estaban ya acostumbrados á maliciar la doblez, y á detestar el gobierno de su tirano Bizantino.

Carecia Justiniano de teson y consecuencia en el escrupuloso esmero en despejar sus opiniones volanderas y las de sus propios súbditos. Se destemplaba de mozo al menor desvío del sendero rectísimo; de anciano atropelló el deslinde con la herejía, y no menos los Jacobitas que los Católicos quedaron escandalizados con su declaracion, de que era incor-

ruptible el cuerpo de Cristo, y que de adulto, no adoleció de las urjencias é indisposiciones, achaque inherente á nuestra carne mortal. Los últimos edictos de Justiniano pregonaron esta opinion *soñada*, y en su trance oportunísimo y postrero, el clero se desentendia, el príncipe se aparejaba á precisar, y el pueblo estaba dispuesto á padecer ó contrarestar. Un obispo de Tréveris, escudado con la lejanía de su poderío, se encaró con el monarca del Oriente en tono de autoridad y de afecto (A. 564.) «Benignísimo Justiniano, recordad vuestro bautismo y vuestro Credo; y no mancille la herejía esas canas. Llamad á vuestros padres de sus destierros, y vuestros secuaces de su estravío y perdicion. No podeis ignorar que la Italia y la Galia, la España y el Africa, se están ya condoliendo de vuestro vuelco, y escomulgando vuestro nombre. A menos que sin demora revoqueis cuanto habeis enseñado, á menos que prorumpais en alaridos de, erré, pequé, anatema á Nestorio, anatema á Eustiques, allá arrojais vuestras almas á las mismas llamas, en que *ellos* estarán ardiendo eternamente.» Murió sin demostracion alguna, (99). Su muerte restableció hasta cierto punto la paz en la Iglesia, y los reinados de sus cuatro sucesores, Justino, Tiberio, Mauricio y Focas, se particularizan con un vacío estraño y venturoso, en la historia eclesiástica del Oriente (100).

Nuestras potencias están de suyo imposibilitadas de internarse en sí mismas; los ojos son inaccesibles á la propia vista, como el alma al pensamiento, pero conceptuamos y percibimos, que *un albedrío*, un solo móvil es imprescindible á un ente racional y ensimesmado. Al volver Heraclio de la guerra de Persia, consultó el héroe católico á sus obispos, sobre si Cristo, á quien estaba adorando, de una persona, pero de dos naturalezas, constaba de una sola, ó de dos, voluntades. Contestaron en singular, y esperanzó entonces ufano el emperador, que los Jacobitas de Ejipto y Siria, se pudieran hermanar profesando una doctrina positivamente sana y muy probablemente cierta, pues hasta los mismos Nestorianos la estaban enseñando (101). Hízose infructuosamente el esperimento, y los apocados ó enardecidos Católicos, ni por asomo quisieron cejar, ante un enemigo taimado y violento (A. 629). El partido católico (el dominante) anduvo ideando nuevos jéneros de habla de argumentos, y de interpretacion; iban dando apropiadamente á cada naturaleza de Cristo su pujanza deslindada y peculiar, pero se ocultaba aquella diferencia, afirmándose, en que la voluntad humana y divina era invariablemente la misma (102). El achaque se accidentaba como siempre, mas el clero griego, como ahito con la interminable contienda de la Encarnacion, fué apuntando una especie provechosa al oido del príncipe, y aun del pueblo. Declaróse monotelita, (defensor de la unidad en el albedrío) pero conceptuaron como nuevas las voces y las cuestiones como inservibles, recomendando un silencio relijioso, por ser mas propio de la cordura y de

la caridad del Evanjelio. Promulgóse esta ley del silencio sucesivamente (A. 639) con la *ectesis*, ó esposicion del emperador Heraclio, y el *tipo* ú dechado (A. 643) de su nieto Constantino (103) y los cuatro patriarcas de Roma, Constantinopla, Alejandría y Antioquía, firmaron gustosísimos los edictos imperiales. Pero el obispo y los monjes de Jerusalen tocaron á rebato; las iglesias latinas fueron desentrañando una herejía encubierta, en el lenguaje y aun en el silencio de los Griegos; y con mas osada ignorancia, el sucesor del papa Honorio, retractó y censuró su obediencia á las disposiciones del soberano. Condenaron la herejía malvada y execrable de los Monotelitas, que resucitaban los desbarros de Manes, Apolinario, Eutiques, etc., firmaron la sentencia de escomunion sobre el túmulo de S. Pedro, se revolvió la tinta con el vino sacramental, la sangre de Cristo, y se echó el resto en las ceremonias, para horrorizar y estremecer á los ánimos supersticiosos. Como representantes de la Iglesia occidental, y su sínodo Lateranense, dispararon su anatema contra el silencio alevoso y criminal de los Griegos: ciento y cinco obispos de Italia, por lo mas súbditos de Constante, se adelantaron á reprobar su malvado *tipo* y la *ectesis* impía de su abuelo, y á igualar á los autores y á sus adictos, con sus veinte y un herejes notorios, apóstatas de la Iglesia y enviados de Satanás. No era disimulable tamaño desacato, ni en la mansedumbre de aquel reinado. El papa Martin acabó sus dias en las playas montaraces del Quersoneso Táurico, y su oráculo el abad Máximo fué ajusticiado inhumanamente, cortándole la lengua y la mano derecha (104). Mas aquellos arranques incontrastables retoñaron en los sucesores y los Latinos se desagraviaron con su triunfo de la anterior derrota borrando el desaire de los tres capítulos. El sexto concilio jeneral de Constantinopla confirmó los sínodos de Roma (A. 650. Nov. 7. A. 652. Set. 16), en el palacio y á presencia de un nuevo Constantino, descendiente de Heraclio. El convertido réjio convirtió luego al pontífice Bizantino, y una mayoría de los obispos (105); los disidentes con su caudillo, Macario de Antioquía, quedaron condenados á las penas espirituales y temporales de la herejía; allanóse el Oriente á ser aleccionado por el Occidente, y quedó por fin planteado el Credo, que está enseñando á los católicos de todas las edades, que dos albedríos, ó voluntades, se hermanan en la persona de Jesucristo. Fueron á representar la majestad del papa y el sínodo Romano tres obispos, dos clérigos y un diácono; pero estos Latinos, poco visibles, carecian de armas para precisar; de tesoros para cohechar, y de elocuencia para persuadir; y no alcanzo por que arbitrios recabaron de todo un encumbrado emperador de los Griegos, el desprendimiento del catecismo de su niñez, y la persecucion de la creencia de sus padres. Tal vez los monjes y el vecindario de Constantinopla (106), eran propensos al Credo Lateranense, que á la verdad es el menos atinado, y robustece mi

sospecha aquel descomedimiento jeneral del clero griego, que al parecer en esta contienda, se hizo cargo de su propia endeblez. Mientras el sínodo estaba controvirtiendo, un fanático propuso decision mucho mas ejecutiva, resucitando un muerto. Acudieron los prelados á la prueba; pero su malogro está manifestando, que los arranques y vulgaridades de la muchedumbre no adolecian de Monotelismo. En la jeneracion siguiente, cuando el hijo de Constantino quedó depuesto y muerto por el discípulo de Macario, se empaparon regaladamente en su venganza y predominio: la figura ó monumento del concilio sexto, quedó borrado y sus actas orijinales se arrojaron al fuego; pero al segundo año, su amparador fué derrocado del sólio; quedaron los obispos del Oriente descargados de su volandera anuencia; el sucesor católico de Bardanes replantó la Fé Romana, y los problemas lindísimos de la Encarnacion quedaron olvidados con la guerra mas popular y patente de la adoracion de las imájenes (107).

Hácia fines del séptimo siglo, el artículo de la Encarnacion, deslindado en Roma y en Constantinopla, se predicó inalterablemente por las islas lejanas de Bretaña é Irlanda (108): cuantos cristianos celebraban el rezo en griego ú en latin, abrigaban los mismos conceptos, ó mas bien repetian las idénticas palabras. Su número y su escaso esplendor, desmerecian el dictado de católicos; pero en el Oriente se apellidaban menos honoríficamente *Melquites* ó Realistas (109), como hombres cuya fé, en vez de estribar sobre la Escritura, el raciocinio ú la tradicion, se habia planteado, y se mantenia aun, con la potestad temporal y arbitraria de un monarca. Podian los contrarios citar las palabras de los Padres de Constantinopla, que se profesan esclavos del rey, y pudieran referir con gozo maligno, como el emperador Marciano y su consorte vírjen, habian inspirado y reformado los decretos de Calcedonia. Toda faccion dominante se atiene de suyo al sistema del rendimiento, y es igualmente natural, que los disidentes abriguen y esfuercen los principios de libertad. Despavoridos con el azote enarbolado los Nestorianos y los Monofisitas pararon en rebeldes y fujitivos, y así los aliados mas antiguos y provechosos de Roma, vinieron á conceptuar al emperador, no como caudillo, sino como enemigo de los Cristianos. El idioma, móvil eficacísimo que hermana ó deshermana á los hombres, deslindó luego á los sectarios del Oriente, con la prenda especial y perpetua, que alejó todo roce y toda esperanza de reconciliacion. La prepotencia dilatada de los Griegos, sus colonias, y ante todo su elocuencia, habian ido derramando aquel idioma, el mas cabal de cuantos ideó el arte humano; pero los pueblos en globo, tanto de Siria como de Ejipto, perseveraban siempre en el uso de sus hablas nacionales, con la sola diferencia, de que el copto estaba vinculado en los campesinos toscos é idiotas del Nilo, al paso que el siríaco (110) desde las sierras de la Asiria hasta el mar Rojo, era adecuado para los ramos

elevados de la poesía y el raciocinio. La Armenia y la Abisinia se habian contajiado con el idioma y la instruccion de los Griegos, y sus lenguas bárbaras, resucitadas ahora con los estudios de la Europa moderna, se hacian incomprensibles á los habitantes del imperio Romano. El siríaco y el copto, el armenio y el etiópico, están ya consagrados en el servicio de sus iglesias respectivas, y su teolojía se realzó con sus versiones caseras (141) tanto de la Escritura como de los Padres mas conceptuados. Tras el plazo de cerca catorce siglos, las pavesas encendidas con un sermon de Nestorio, están todavía ardiendo en el interior del Oriente, y las comuniones contrapuestas siguen aun conservando la fé y la disciplina de sus fundadores. Los Nestorianos y Monofisitas, en medio de su ignorancia, servidumbre y rastrero desamparo, desechan la supremacia espiritual de Roma, y se huelgan con la tolerancia de sus dueños Turcos, que les franquea el abominar por una parte de S. Cirilo y del Sínodo de Efeso, y por otra del papa Leon y del concilio de Calcedonia. El impulso que vinieron tambien á causar, para el vuelco del imperio oriental, está pidiendo algun pormenor, y podrá el lector entretenerse con la varia perspectiva de I. Los Nestorianos. II. Los Jacobitas (142). III. Los Maronitas. IV. Los Armenios. V. Los Coptos y VI. Los Abisinios. Hablan siríaco los tres primeros, pero los últimos se deslindan con sus idiomas particulares. Mas no les seria dable á los Armenios y Abisinios del dia conversar con sus antepasados; y los Cristianos de Ejipto y Siria, desechando la relijion, han prohijado la lengua de los Arabes. La sucesion del tiempo ha ido favoreciendo á los amaños sacerdotales, y en Levante así como en Poniente, se encaran con la Divinidad en un idioma, ya arrinconado y desconocido á la mayoría de la congregacion.

I. La herejía de aquel desventurado Nestorio, vino luego á borrarse, tanto en su provincia nativa, como en la episcopal. Los obispos orientales que habian contrarestado, en su mismo rostro, á la arrogancia de Cirilo, fueron amainando, con sus concesiones tardías. Los mismos prelados vinieron á firmar, aunque con mil susurros, los decretos de Calcedonia: el poderío de los Monofisitas los hermanó con los católicos en sus acaloramientos, en sus intereses y pausadamente en su creencia, y exhalaron sus postreros y dolorosos ayes en defensa de los tres capítulos. Sus hermanos disidentes, menos comedidos, ó mas injenuos, se estrellaron contra las leyes penales, y ya desde el reinado de Justiniano, mal se podia hallar una iglesia de Nestorianos en los ámbitos de todo el imperio. Allende sus linderos, lograron descubrir un nuevo mundo, en el cual les cupo esperanzar la libertad y aun la conquista. En Persia, contra toda la oposicion de los Magos, se habia ido arraigando hondamente el Cristianismo, y las naciones del Oriente vivian sosegadas á su sombra benéfica. El *católico*, ú primado, residia en la capital: en *sus* sínodos; y en *las* diócesis, sus metropolita-

nos, obispos y clero, representaban el boato y el arreglo de una gradería entonada; se estaban ufanando con el aumento de prosélitos que se iban convirtiendo del Zendavesta al Evanjelio, y de la vida seglar á la monástica, avivando sus afanes con la presencia de un enemigo artero y formidable. Los misioneros Siríacos eran los fundadores de la iglesia de Persia, y su habla, disciplina y doctrinas estaban muy salpicadas del primer orijen. Eran elejidos los *católicos* por no propios sufragáneos, pero como ahijados de los patriarcas de Antioquía, están incluidos en los cánones de la Iglesia oriental (113). En la escuela persa de Edesa (114) las jeneraciones vinientes de los fieles se empapaban en su idioma teolójico; estaban estudiando en la version siríaca los diez mil volúmenes de Teodoro de Mopsuestia, y reverenciaban la Fé apostólica y el santo martirio de su discípulo Nestorio, cuya persona y habla eran igualmente desconocidas á las naciones, allende el Tigris. La primera leccion indeleble de Ibas, obispo de Edesa, les enseñaba á detestar al *Ejipcio* que, en el sínodo de Efeso, habia impiamente barajado las dos naturalezas de Cristo. Los maestros y discípulos huidos, ó arrojados, por dos veces de la Atenas de Siria, fueron desparramando misioneros enardecidos con el afan duplicado de relijion y de venganza; y la unidad acendrada de los Monofisitas, que en los reinados de Zenon y de Anastasio arrebató las mitras del Oriente, estimuló á sus antagonistas, en un país de libertad, para confesar el enlace mas bien moral que físico de las dos personas de Jesucristo. Desde la primera predicacion del Evanjelio, los reyes Sasanes maliciaron siempre contra una ralea de estraños y apóstatas, que profesaban la relijion, y favorecian la causa de los enemigos hereditarios de su patria. Se les habia vedado, por edictos reales, toda correspondencia con el clero siríaco, el orgullo aprensivo de Peraces se complacia con los medros del cisma, y estuvo escuchando la elocuencia de un prelado artero, que retrataba á Nestorio como propicio á la Persia, y le amonestó á que afianzase la lealtad de los súbditos cristianos, no abrigando con su preferencia á las víctimas del perseguidor Romano. Componian los Nestorianos una mayoría crecida del clero y el pueblo; los halagaba y armaba el despotismo; pero muchos de sus hermanos timoratos se estremecian á los asomos de estrellarse con la comunion del mundo cristiano; y la sangre de siete mil y setecientos Monofisitas ó católicos, corroboró la uniformidad en la fé y la disciplina de las iglesias de Persia (115). Asoma en sus instituciones eclesiásticas cierta racionalidad y arreglo; se fué suavizando, y por fin quedó olvidada la austeridad claustral; se fundaron inclusas y refujios; desatendió el clero de Persia la ley tan imprescindible del celibato para Griegos y Latinos, y se fué multiplicando el número de los elejidos con las bodas redobladas de clérigos, de obispos, y aun del mismo patriarca. Acudieron á millones fujitivos de todas las provincias del imperio oriental, á

una norma natural de libertad relijiosa; la emigracion de sus mas industriosos súbditos castigó el apocamiento supersticioso de Justiniano, pues trasladaron á la Persia las artes de la paz y de la guerra, y un monarca atinado fué ensalzando á cuantos se mostraban acreedores á su privanza Robustecian el poderío de Nushirvan las advertencias, los caudales y las tropas. Los sectarios desesperados que se estaban todavía encubriendo por las ciudades del Oriente, premiaban su fervor con los dones de las iglesias católicas; mas recobradas unas y otras por Heraclio, tuvieron que refujiarse como traidores y herejes por el interior del reino de su aliado estranjero. Mas peligraba siempre, y fracasaba á veces, aquel sosiego aparente de los Nestorianos. Arrollábalos el despotismo oriental con sus tropelías, y su encono con Roma no los desquitaba de su apego escesivo al Evanjelio; y allá una colonia de trescientos mil Jacobitas, cautivos de Apamea y Antioquía, logró enarbolar un altar enemigo, encarado con el *católico*, y en el mismo regazo de la corte. Logró Justiniano entrometer en su último tratado ciertas condiciones, encaminadas á ensanchar y fortalecer la tolerancia del Cristianismo en Persia. El emperador, ajenísimo de todo derecho de conciencia, lo era tambien de toda compasion con los herejes que negaban la autoridad de los sagrados sínodos; mas se lisonjeaba de que iria luego disfrutando los beneficios temporales de la concordia, entre el imperio y la iglesia de Roma, y si no acertó á merecer su agradecimiento, esperanzaba encelar á su caudillo. Despues acá, los literatos se quemaban en París y se agasajaban en Alemania, por la superstición y la política del rey cristianísimo.

El anhelo de granjear almas á Dios y súbditos á Roma, ha fomentado mas y mas, y en todos tiempos la eficacia del clero cristiano. Desde la conquista de Persia fueron llevando sus armas espirituales al Norte, al Oriente y al Mediodia, y la sencillez del Evanjelio, se amoldó y realzó con los matices de la teolojía siríaca. En el siglo sexto, segun refiere un viajero Nestoriano (116), se predicó venturosamente el Cristianismo á los Bactrianos, Hunos, Persas, Indios, Persarmenios, Medos y Elamitas. Las iglesias de Bárbaros, desde el golfo de Persia hasta el mar Caspio, eran casi infinitas, y descolló su fé reciente con el número y santidad de sus monjes y mártires La costa de las Especias de Malabar, y las islas del Oceano, Socotora y Ceilan, se poblaron mas y mas de cristianos, y los obispos y el clero de aquellas rejiones recónditas recibian las órdenes del católico de Babilonia. En siglos posteriores, el fervor de los Nestorios traspasó los linderos que atajaban el afan tanto de Griegos, como de Persas. Los misioneros de Balch y Samarcanda, iban sin zozobra siguiendo las huellas de los Tártaros vagarosos, se entrometian en los campamentos y valles del Imaús, y por las orillas del Selinga. Iban desentrañando una creencia metafísica á unos vaqueros bozales, y recomendaban la humanidad y el sosiego á guerreros

tan sanguinarios. Hasta un Khan, cuyo poderío encarecian en vano, se dice que habia recibido de sus manos los ritos del bautismo, y aun de las órdenes, y la nombradía del *Preste* ó *Presbítero* Juan (117) ha estado largo tiempo embelesando la credulidad de Europa. Se le franqueó al convertido réjio el uso de un altar portátil, pero envió una embajada al patriarca, para enterarse de como en la temporada de cuaresma tendria que abstenerse de viandas, y como podia celebrar la eucaristía en un desierto improductivo de trigo y de vino. Los Nestorianos, adelantando siempre, por mar y por tierra, entraron en la China por el puerto de Canton y por la residencia septentrional de Sigan. Muy ajenos de aquellos senadores de Roma, que se sonreian al posesionarse de los cargos de sacerdotes ó agoreros, los mandarines que blasonan de filosofar en público, se dedican en particular á todo jénero de supersticion vulgarísima. Apetecian y equivocaban los dioses de Palestina y de la India; mas los medros del Cristianismo encelaron al estado, y tras breve alternativa de privanza y persecucion, la secta forastera, se soterró bajo la ignorancia y el olvido (118). Esplayábase la Iglesia Nestoriana, bajo el reinado de los Califas, desde la China hasta Jerusalen y Chipre, y su número, junto con los Jacobitas se regulaba mayor que el de las comuniones Griega y Latina (119). Veinte y cinco metropolitanos ó arzobispos componian su curia, pero muchos de estos, á causa de la distancia y de los riesgos del camino, estaban dispensados de su residencia, bajo la condicion, muy hacedera, de testimoniar de seis en seis años su fé y obediencia al *católico* ú patriarca de Babilonia, dictado muy jeneral, que se habia ido aplicando á los sitios réjios de Seleucia, Ctesifonte y Bagdad. Todo aquel ramaje lejano se ha ido agostando, y el tronco (120) antiguo y patriarcal se divide ahora entre los *Elias* de Mosul, representantes, á lo menos en su descendencia recta, de la sucesion primitiva y castiza, los *Josefes* de Amidas, hermanados ya con la Iglesia de Roma (121) y los *Simones* de Van ú Ormia, cuya rebelion, acaudillando cuarenta mil familias, promovieron los Sofis de Persia, en el sexto siglo. Regúlase en globo el número de los Nestorianos en trescientos mil, que bajo el nombre de Caldeos ó Asirios, se equivocan con la nacion mas sábia, ó mas poderosa de la antigüedad oriental.

Santo Tomás fué, segun leyendas añejas, el predicador del Evanjelio en la India (122). A fines del siglo nono, su sagrario, tal vez por las cercanías de Madrás, mereció visitarse devotamente por los embajadores de Alfredo (A. 883), y su regreso, con un cargamento de perlas y especias recompensó el fervor del monarca inglés, que abarcaba intentos grandiosos de comercio y descubrimientos (123). Al entablar los Portugueses la navegacion de la India, se hallaban aposentados de siglos en la costa de Malabar los Cristianos de Santo Tomás, y la diferencia de su tez y su índole, atestiguaban el cruzamiento del linaje estranjero.

Descollaron en armas, en artes, y tal vez en pundonor, sobre los naturales del Indostan, los labradores cultivaban las palmeras, los traficantes se enriquecian con el comercio de las especias; la soldadesca se sobreponia á los *naïres*, ó nobles de Malabar, y el rey de Cochin y el Zamorin mismo acataban sus privilejios hereditarios. Reconocian un soberano jentil, pero los gobernaba, aun en lo temporal, el obispo de Angamala, quien se aferraba mas y mas en su dictado de patriarca, ó metropolitano de la India, pero ejercitaba su jurisdiccion efectiva en mil y cuatrocientas Iglesias, teniendo á su cargo doscientas mil almas. Su religion (A. 1500 etc.) los predisponia, para aliados entrañables y constantes de los Portugueses, pero los inquisidores deslindaron al golpe, en los Cristianos de Santo Tomas, el desbarro irremisible del cisma y la herejía. En vez de confesarse súbditos del pontífice Romano, monarca espiritual y temporal del globo, se atenian al par de sus antepasados, á la comunion del patriarca Nestoriano, y cuantos obispos ordenaba en Mosul, tenian que arrollar peligros de mar y tierra, para llegar á sus diócesis en la costa de Malabar. Se mencionaban devotamente en su rezo siríaco los nombres de Teodoro y de Nestorio; juntaban la adoracion de ambas personas en Cristo; lastimaba á sus oidos el dictado de madre de Dios, é iban escrupulizando, como avarientos, los blasones de la vírjen María, á quien la superstícion de los Latinos habia *casi* encumbrado á la jerarquía de Diosa. Al presentarles por la vez primera su efijie los discípulos de Santo Tomás, prorumpieron airadamente: «somos cristianos, y no idólatras;» contentándose su devocion sencilla, con la veneracion de la cruz. Su desvío del mundo antiguo los tenia allá muy ajenos de las mejoras ó estragos de mil años, y su arreglo á la fé y práctica del quinto siglo, contrastarian igualmente las preocupaciones de un católico y de un protestante. Desvivíanse los dependientes de Roma por atajar toda correspondencia con el patriarca Nestoriano, y varios obispos suyos fallecieron en las mazmorras del Santo Oficio. Aquella grey sin mayoral, fué asaltada por el poderío de los Portugueses, las arterias de los Jesuitas, y el afan de Meneses, arzobispo de Goa, en su visita personal de la costa de Malabar. El sínodo de Diamper, al que estuvo presidiendo, consumó la empresa devota de la reunion é impuso imprescindiblemente la doctrina y sistema de la iglesia Romana, sin olvidar la confesion secreta, como tramoya poderosísima del predominio eclesiástico. Condenóse la memoria de Teodoro y de Nestorio, y quedó el Malabar reducido al señorío del papa, del primado y de los jesuitas, quienes saltearon la silla de Angamala ó Cranganor. Se aguantaron sufridamente, hasta sesenta años de hipocresía y servidumbre (A. 1596—1653); mas luego que el denuedo y la travesura de los Holandeses, vino á conmover el imperio Portugués, volvieron los Nestorianos con pujanza y acierto por la Relijion de sus padres. No les cabia á los jesuitas el sostener la po-

testad que habian estragado; cuarenta mil Cristianos estaban asestando sus armas contra los tiranos derrocados, y el arcediano Indio se revistió del carácter de obispo, hasta que un nuevo desembárco de prohombres mitrados y misioneros siríacos, fué acudiendo desde el patriarcado de Babilonia. Arrojados por fin los Portugueses, la creencia Nestoriana se está profesando libremente en la costa de Malabar. Las compañías traficantes de Holanda é Inglaterra, son de suyo tolerantísimas; pero si la opresion amarga menos que el desprecio, motivos tienen los Cristianos de Santo Tomás, para lamentarse de la indiferencia yerta y callada de sus hermanos Europeos (124).

II. Escasea mas é interesa menos, la historia de los Monofisitas. En los reinados de Zenon y de Anastasio, sus caudillos arteros embelesaron los oidos del príncipe, usurparon las sillas del Oriente, y soterraron la escuela Siríaca en su propio suelo. Severo, patriarca de Antioquía, deslindó con sumo despejo la regla y la fé de los Monofisitas; condenó en el estilo del Henótico, las herejías contrapuestas de Nestorio y Eutiques, sostuvo contra el último la realidad del cuerpo de Cristo, y precisó á los Griegos á confesar, que era un embustero verídico (125). Mas, con la cercanía en los conceptos, no amainaba el ímpetu del acaloramiento; todos los partidos se mostraban á cual mas atónito, de que sus ciegos antagonistas se peleasen por diferencias tan baladíes; el tirano de Siria se ahincaba mas y mas en su creencia, y su reinado se mancilló con la sangre de trescientos y cincuenta monjes, que fueron degollados, quizás no sin algun desacato ú resistencia, contra los muros de Apamea (126). Reenarboló el sucesor de Anastasio el estandarte católico, en el Oriente; huyó Severo al Ejipto, y su amigo el elocuente Xenayas (127) que se habia salvado de los Nestorios de Persia, fué ahogado en su destierro por los Melquites de Paflagonia. Arrebataron á cincuenta y cuatro obispos de sus sólios, se encarcelaron ochocientos eclesiásticos (128); y á pesar de la privanza enmarañada de Teodora, la grey oriental, desamparada toda, tuvo que ir feneciendo de hambre ó de veneno. En aquel conflicto espiritual, el afan de un monje, reanimó, hermanó y perpetuó el bando agonizante, y el nombre de Jaime Baracleo (129) ha venido á conservarse con el dictado de *Jacobitas*, eco muy familiar que conmueve el oido de todo lector inglés. Recibió de los santos confesores presos en Constantinopla, las facultades de obispo de Edesa y apóstol de Oriente, y aquel manantial inexhausto acarreó la ordenacion de ochenta mil obispos, clérigos y diáconos. Los velocísimos dromedarios de un devoto caudillo de los Arabes, daban mas y mas alas al fervoroso misionero, la doctrina y el réjimen de los Jacobitas se fueron planteando encubiertamente en los dominios de Justiniano, y todo Jacobita tenia que contravenir á las leyes y odiar al lejislador Romano. Los sucesores de Severo, aun arrinconados en conventos

y aldeas, aun empozados en cuevas de ermitaños, para resguardar sus cabezas proscriptas, ó caldeados en las tiendas de los Sarracenos, estaban todavía esforzando, como lo hacen ahora mismo, su derecho incontrastable al dictado, la jerarquía y las prerogativas de patriarca de Antioquía bajo el yugo mas blando de los infieles, residen como á una legua de Merdin, en el monasterio amenísimo de Zafaran, realzado por ellos con celdas, acueductos y plantíos. Corresponde el segundo lugar, siempre honorífico, al *mafrian*, que en su residencia del propio Mosul, está como retando al *católico* Nestorio, con quien pleitea la supremacia del Oriente. Bajo el patriarca y el mafrian, ciento y cincuenta arzobispos se han venido á contar en los diversos siglos de la Iglesia Jacobita, pero toda aquella gradería de clases ha ido menguando y feneciendo, y las mas de sus diócesis están reducidas á las cercanías del Eufrates y del Tigris. Las ciudades de Alepo y Amida, visitadas con frecuencia por el patriarca, contienen algunos traficantes acaudalados y artífices habilísimos; pero la muchedumbre cifra su mantenimiento en el trabajo diario, y la escasez al par de la superstición les suelen imponer ayunos escesivos, observando hasta cinco cuaresmas, en que tanto el clero como los seglares se abstienen, no solo de carne y huevos, sino hasta del vino, del aceite y del pescado. Se regula su número actual de cincuenta á ochenta mil almas, resto de una Iglesia muy crecida, y menguada ya sucesivamente con una opresion de doce siglos. En tan dilatado plazo algunos estranjeros de mérito se han ido convirtiendo á la fé de Monofisita, y un judío fué el padre de Abul-faraje (130), primado del Oriente, tan en estremo esclarecido en su vida y en su muerte. En vida fué un escritor elegante en siríaco y en árabe, poeta, médico, historiador, filósofo sútil y teólogo comedido. En su muerte, asistió á las exequias su competidor el patriarca Nestoriano, con gran comitiva de Griegos y Armenios, que orillaron sus contiendas, y mezclaron sus lágrimas sobre el túmulo de un enemigo. Sin embargo la secta realzada con las prendas de Abul-faraje, parece que va desmereciendo respecto de la hermandad de Nestorio. Es mas rastrera la superstición de los Jacobitas, sus ayunos mas descompasados (131), sus divisiones intestinas en mayor número, y sus doctores (en cuanto se alcanza á aquilatar sus estremos de ridiculez) se alejan mas y mas de los ámbitos de la racionalidad. Tal vez cabe alguna disculpa con la tirantez de la teolojía Monofisita, y mucha mas por el influjo de la clase monástica. Siempre sobresalieron, en la Siria, en el Ejipto y en la Etiopía, los monjes Jacobitas, con la austeridad de sus penitencias y el desvarío de sus leyendas. Se les adora vivos y muertos como los privados de la Divinidad; se reserva el báculo de obispo y patriarca, para sus manos venerables, y se encargan del gobierno de los hombres, cuando están todavía empapados en los ejercicios y preocupaciones del claustro (132).

III. En el habla de los Cristianos orientales, los Monotelitas de todos tiempos, se apellidaban *Maronitas* (153), nombre que imperceptiblemente se ha ido trasladando de una ermita á un monasterio, y de este á la nacion entera. Maron, un santo, ú bozal, del quinto siglo, descolló en Siria con su devaneo relijioso; compitieron de muerte por sus reliquias las ciudades celosas de Emesa y Apamea; encumbróse majestuosa iglesia sobre su túmulo, y hasta seiscientos discípulos suyos, juntaron sus celdillas solitarias á la orilla del Orontes. En la contienda de la Encarnacion, fueron adelgazando la hebra para sesgar su línea entre las sectas de Nestorio y de Eutiques, pero la cuestion malhadada de un *albedrío* ú operacion, en las dos naturalezas de Jesucristo fué parto de su curiosidad ociosa. Su prosélito el emperador Heraclio, fué rechazado como Maronita de los muros de Emesa; refujiáronle en un monasterio de sus hermanos, y les sobrepagó sus lecciones con el don de una heredad pingüe y dilatada. Cundieron el nombre y la doctrina de aquella escuela venerable entre Griegos y Siríacos, y su fervor se patentiza por Macario, patriarca de Antioquía, quien declaró, ante el sínodo de Constantinopla, que antes de firmar las dos voluntades de Cristo, se avendria á que hiciesen de su cuerpo una pepitoria, para arrojarla al mar (154). Una persecucion semejante, ó menos desaforada, fué luego convirtiendo á los súbditos indefensos de las llanuras, mientras los naturales surtidos del monte Líbano, seguian manteniendo esforzadamente el dictado esclarecido de *Mardaitas*, ó rebeldes (155). Juan Maron, uno de los monjes mas populares y eruditos, se revistió de la dignidad de patriarca de Antioquía, su sobrino Abrahan acaudillando á los Maronitas, estuvo defendiendo la libertad civil y relijiosa, contra la tiranía del Oriente. El hijo del católico sin par Constantino, se empeñó, con odio devotísimo, en acosar á un pueblo de soldados, que pudo atravesarse, por antemural de su imperio, contra los enemigos comunes de Cristo y de Roma. Internóse un ejército de Griegos en Siria; el fuego asoló el monasterio de San Maron; los caudillos mas valientes quedaron vendidos y degollados, y allá fueron trasladados doce mil de sus secuaces, á la raya lejana de Armenia y de Tracia. Sobrevivió sin embargo la nacion humildilla de los Maronitas al imperio de Constantinopla, y están disfrutando ahora mismo una relijion libre, y moderada servidumbre. Elijen sus gobernadores propios entre la nobleza antigua; su patriarca allá en el monasterio de Canobin, se está todavía conceptuando en el sólio de Antioquía; nueve obispos componen su sínodo, y ciento y cincuenta clérigos, conservando el ensanche del matrimonio, tienen á su cargo cien mil almas. Su país se estiende casi desde las cumbres del Líbano, hasta las playas de Trípoli; y el pendiente seguido proporciona, en trecho reducido, suma variedad de suelo y clima, desde los sagrados cedros erguidos bajo el peso de la nieve (156); hasta el viñedo, el moreral

y el olivar de una vega pingüe. En el siglo doce, los Maronitas, desprendiéndose del error del Monotelismo se hermanaron con las iglesias latinas de Antioquía y de Roma (157) alianza renovada á menudo por la ambicion de los papas y el desamparo de los Siríacos. Mas cabe en gran manera el dudar de que su enlace haya nunca sido cabal y entrañable, y los sabios Maronitas del colejio de Roma se han afanado en vano por descargar á sus antepasados de la tacha de cisma y herejía (158).

IV. Los Armenios (159) desde el tiempo de Constantino se esmeraron en su apego á la Relijion y al imperio de los Cristianos. Los trastornos del país, y la ignorancia del griego, imposibilitaron á su clero el asistir al sínodo de Calcedonia, y luego por ochenta y cuatro años (140) se mostraron indiferentes, ó suspensos, hasta que acudió á embargar aquella fé vagarosa Julian de Halicarnaso (141), con sus misioneros, quienes desterrados á Ejipto, habian quedado vencidos por los argumentos ó el influjo de su competidor Severo, patriarca Monofisita de Antioquía. Tan solo son los Armenios discípulos acendrados de Eutiques, padre infeliz, desamparado por la mayor parte de su prole espiritual. Perseveran solos en la opinion de que Cristo adulto fué criado, ó existió sin creacion, de sustancia divina é incorruptible. Sus contrarios les reconvienen con la adoracion de un vestiglo, pero rebaten el cargo, escarneciendo ú execrando la blasfemia de los Jacobitas, que achacan á toda una divinidad las dolencias víles de la carne, y aun los efectos naturales del nutrimento y de la dijestion. Ni el poderío, ni la sabiduría de los moradores, son para dar realce á la Relijion de Armenia. Se desplomó su sólio, desde el arranque de su cisma, y sus reyes cristianos, que asomaron y fenecieron, en el siglo trece, por los confines de Cilicia, eran unos ahijados de los latinos, y vasallos del Sultan turco de Iconio. Por maravilla ha disfrutado la nacion, de suyo desvalida, el sosiego de la muchedumbre. Desde allá muy antiguo hasta ahora mismo, ha seguido la Armenia siendo teatro de incesante guerra; la política sañuda de los Sofies despobló las tierras que median entre Tauris y Erivan, y fué trasladando largos millares de familias cristianas, para fenecer ó propagar, por las provincias remotas de Persia. Bajo el azote enarbolado, arde y campea el fervor de los Armenios; suelen anteponer la corona del martirio al turbante blanco de Mahometo; odian santamente el desbarro y la idolatría de los Griegos, y su enlace voluble con los Latinos, es tan ajeno de verdad, como los mil obispos que su patriarca ofreció á las plantas del pontífice Romano (142). Reside el *católico*, ú patriarca de los Armenios, en el monasterio de Ekmiasin, á tres leguas de Erivan: consagra su diestra hasta cuarenta y siete arzobispos, con cuatro ú cinco sufragáneos cada uno, pero por lo demás son unos prelados tutelares, que cohonestan con su presencia oficiosa la sencillez de aquella corte. Acabado el rezo están cultivando su

huerta, y nuestros obispos estrañarán en gran manera, que la austeridad de su vida vaya siempre en aumento con los medros de su jerarquía. En los ochenta mil pueblos ó aldeas de su imperio espiritual, va recojiendo el patriarca un impuestillo voluntario sobre todo individuo de quince años arriba pero el importe anual de un millon de reales es insuficiente; para acudir á las peticiones incesantes de limosna y tributo. Desde el principio del siglo anterior, tercian los Armenios ventajosamente en el comercio de Levante, por lo mas su caravana al regreso de Europa hace alto en la cercanía de Erivan, engalanando los altares con el producto de su ahincada industria; y la Fé de Eutiques se está predicando en sus nuevas congregaciones de Berbería y de Polonia (143).

V. En lo demás del imperio Romano enmudecian ó espiraban los sectarios de creencia incómoda bajo el despotismo del príncipe; pero el temple reacio de los Ejipcios se aferró mas y mas contra el sínodo de Calcedonia, y la política de Justiniano tuvo que acechar y afianzar el trance de la discordia. Las contiendas de los *corruptibles* é *incorruptibles* estaban desquiciando la Iglesia Monofisita de Alejandría (144), y á la muerte del patriarca, los dos partidos encumbraron sus respectivos candidatos (145). Gayan era discípulo de Juliano, y Teodosio alumno de Severo; favorecia al primero la concordancia de monjes y senadores, de la ciudad y la provincia; el segundo se atenia á la anterioridad de la ordenacion, la privanza con Teodora y las armas de Narsés, que pudieran emplearse en campaña mas honorífica (A. 537.-568). El destierro del candidato popular á Cartago y Cerdeña, inflamó el hervidero de Alejandría, y tras un cisma de ciento y setenta años, los Gayanitas estaban todavía reverenciando la doctrina y memoria de su fundador. Medió un ensayo contra la pujanza del número y la disciplina, en refriega sangrienta y reñidísima, cuajando las calles de cadáveres del vecindario y tropa; las mujeres devotas, trepando á los terrados y techos de sus casas, diluviaban utensilios cortantes ó pesados, á las cabezas enemigas; y por fin la victoria de Narsés fué debida al incendio, con que asoló á la tercera capital del imperio. Mas el teniente de Justiniano venció, no para un hereje, pues luego desviaron mansamente á Teodosio y un monje católico, Pablo de Tanjis, fué el ensalzado al sólio de Atanasio. (A. 538). El Gobierno echó el resto de su poderío para sostenerle; podia nombrar ó apear los duques ó tribunos del Ejipto; quitóse el abasto otorgado por Diocleciano, se cerraron las iglesias, y aquella nacion de cismáticos quedó á un tiempo destituida de su alimento material y espiritual. El vecindario, en desquite fervoroso, escomulgó al tirano y nadie mas que el servil Melquites se allanó á saludarle como hombre, como cristiano, ú como obispo. Mas ciega tanto la ambicion, que estando Paulo lanzado por cargo de homicidio, llegó á solicitar con un cohecho de setecientas libras de oro su reposicion en un

asiento de afrenta y esterminio. Apolinar, sucesor suyo (A. 551.), entró escuadronado en la ciudad enemiga, aparejado igualmente para orar, ó pelear. Repartiéronse armadas sus tropas por las calles; se guardaban las puertas de la catedral, y un piquete selecto se colocó en el coro para custodiar al caudillo. Irguióse en su sólio, y arrojando la vestidura superior de guerrero, se apareció á la muchedumbre en su ropaje de patriarca de Alejandría. Enmudecieron todos de asombro, mas apenas empezó Apolinar á leer el tomo de San Leon, una andanada de maldiciones, denuestos y piedras descargó sobre el ministro del emperador y del sínodo. Suena el clarin del sucesor de los Apóstoles, la soldadesca se encharca de sangre hasta la rodilla, y caen hasta doscientos mil cristianos al filo de la espada: suma increible aun abarcando los diez y ocho años del reinado de Apolinar. Dos patriarcas seguidos, Eulojio (146) y Juan (147) (A. 520-606), se afanaron en convertir herejes, ya de mano armada, ya con argumentos mas propios de su profesion evanjélica. Lució Eulojio su ciencia teolójica en varios tomos, abultando los desbarros de Eutiques y Severo, y se esmeró en concordar el lenguaje enmarañado de San Cirilo con el símbolo acendrado del papa Leon y los Padres de Calcedonia. Supersticion, benevolencia ó política, eran los móviles de la diestra dadivosa de Juan el limosnero. Costeaba el mantenimiento de siete mil y quinientos menesterosos; halló á su entrada ocho mil libras de oro en el tesoro de la iglesia; recojió hasta diez mil de la liberalidad de los fieles, y sin embargo aquel primado pudo blasonar en su testamento, de que tan solo venia á dejar el tercio de la moneda inferior de plata. Entregáronse á los católicos las iglesias de Alejandría, la Relijion de los Monofisitas quedó vedada en el Ejipto, y se revalidó una ley que escluia á los naturales de los honores y los sueldos del estado.

Conquista de mas entidad quedaba todavía, la del patriarca, oráculo y caudillo de la Iglesia ejipcia. Habia Teodosio arrostrado las amenazas y promesas de Justiniano con el denuedo de un apóstol y de un entusiasta. «Tales,» contestó el patriarca, «eran las ofertas del tentador, cuando fué brindando con los reinos de la tierra. Pero el alma es para mí mucho mas apreciable que la vida y el señorío. Las iglesias paran en manos de un príncipe que puede matar el cuerpo, pero mi conciencia me es propia, y desterrado, menesteroso y aherrojado, seguiré aferradamente la fé de mis sagrados antecesores, Atanasio, Cirilo y Dióscoro. Anatema para el tomo de Leon y el sínodo de Calcedonia; anatema para cuantos profesen su Credo; anatema en ellos ahora y siempre. Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo bajaré á la huesa. Cuantos aman á Dios, síganme en busca de su salvacion.» Despues de confortar á sus hermanos, se embarcó para Constantinopla, y en sus avistamientos sucesivos sostuvo el contraste tan irresistible de la presencia imperial. Sus opiniones merecian

aceptacion en el palacio y por la ciudad; el influjo de Teodoro le afianzó segura subsistencia y despido honorífico, y acabó sus dias, no en el sólio, pero sí en el regazo de su patria. Sabedor de su muerte, Apolinar, agasajó indecorosamente á los nobles y al clero, mas la noticia de nueva eleccion aguó su regocijo, y mientras estaba gozando de las riquezas de Alejandría, reinaban sus competidores por la Tebaida, en cuyos monasterios los mantenian las oblaciones voluntarias del pueblo. Brotó de las cenizas de Teodosio una sucesion perpetua de patriarcas, y se hermanaban las iglesias Monofisitas de Siria y el Ejipto, con el nombre de los Jacobitas y la comunion de la Fé. Pero aquella misma Fé, vinculada en una secta escasa, abarcaba en globo á la nacion ejipcia y copta que desechaba casi unánimemente los decretos del sínodo de Calcedonia. Mediaban ya mil años desde que el Ejipto dejó de ser un reino, desde que los conquistadores de Asia y Europa, habian hollado las rendidas cervices de un pueblo, cuya ciencia y poderío antiguo se engolfa allá, tras los recuerdos de la historia. El vaiven del fervor y de la persecucion reencendió tal cual pavesa de su denuedo nacional. Abjuraron con herejía estranjera, las costumbres y el idioma de los Griegos; todo Melquita era para ellos un estraño, y todo Jacobita ciudadano; el enlace del matrimonio, y los actos de humanidad se condenaban como pecados mortales; se desentendieron los naturales de todo homenaje al emperador; y sus órdenes, en alejándose algun tanto de Alejandría, se obedecian tan solo bajo el apremio de la fuerza militar. Un conato gallardo rescatara la Relijion y la libertad del Ejipto, y sus seiscientos monasterios pudieran desembocar millaradas de guerreros sagrados, para quienes la muerte no podia causar espanto, puesto que ningun aliciente ni deleite les acarreaba la vida. Mas está patente el desengaño, de que el denuedo activo nada tiene que ver con el teson pasivo, pues fanático que aguanta mudamente el martirio del potro y de la estaca, huiria despavorido de un enemigo armado. El apocado temple de los Ejipcios esperanzaba tan solo en la variacion de dueños; las armas de Cosroes andaban despoblando las tierras, pero bajo su reinado, disfrutaron los Jacobitas tregua breve y volandera. La victoria de Heraclio renovó y reencrudeció la persecucion, y el patriarca huyó otra vez de Alejandría al desierto. Oye Benjamin, en su escape, una voz que le envalentona para esperar diez años el auxilio de nacion estraña, señalada, como los mismos Ejipcios, con el rito antiguo de la circuncision (A. 625—661.) Se desentrañaron luego, la índole de estos libertadores, y su jénero de redencion; y tengo que tramontar once siglos, para apuntar el desamparo actual de los Jacobitas del Ejipto. La ciudad populosa del Cairo está abrigando la residencia de su patriarca menesteroso, y sus restos de diez obispos: sobreviven, hasta cuarenta monasterios, á las correrías de los Arabes, y los progresos de la servidumbre y de la apostasía han veni-

do á reducir la nacion Copta, al numerillo baladí de veinte y cinco á treinta mil familias (148); ralea de pordioseros idiotas, cuyo consuelo único se cifra en la desdicha, todavía mas rematada, del patriarca Griego y su congregacion menguadísima (149).

VI. El patriarca Copto, rebelde con los Césares, ó esclavo de los Califas, se engreía mas y mas con el rendimiento filial de los reyes de Nubia y de Etiopia. Correspondia á tanto acatamiento abultando sin término sus grandezas, afirmando sin reparo que podrian acaudillar hasta cien mil caballos y otros tantos camellos (150), que tenian en su mano el verter, ó atajar, las aguas del Nilo (151), y la paz y la abundancia de Ejipto, aun en este mundo, dependian de la mediacion del patriarca. Desterrado Teodosio á Constantinopla, seguia recomendando á su patrona las naciones atizadas de la Nubia (152), desde el trópico de cáncer hasta el confin de la Abisinia. Se malició el intento, y lo remedó el emperador católico. Embarcáronse al mismo tiempo los misioneros contrapuestos, un Melquita y un Jacobita; pero quedó por cariño ú por temor, mas puntualmente obedecida la emperatríz, y el sacerdote católico, fué detenido por el presidente de la Tebaida, mientras el rey de Nubia y su corte se estaban bautizando en la fé de Dióscoro. Se agasajó y despidió decorosamente al enviado tardío de Justiniano, mas al zaherir la herejía y la traicion de los Ejipcios, el negro convertido estaba ya encarado para contestar que nunca desampararia á sus hermanos y verdaderos creyentes en manos de los perseguidores del sínodo de Calcedonia (153). Siguió el patriarca Jacobita de Alejandría nombrando y consagrando por siglos á los obispos de la Nubia; prevaleció el Cristianismo hasta el siglo doce, y quedan aun ritos y escombros patentes en las poblaciones bravías de Senaor y Dongola (154). Pero por fin los Nubios cumplieron su amenaza, de volver al culto de sus ídolos; requeria el clima la concesion de su poligamia, y últimamente antepusieron el triunfo del Alcoran al apocamiento de la Cruz. Relijion metafísica es al parecer muy acicalada para la ralea negra, con sus escasos alcances; pero algun negro ú algun loro puede enseñarse á repetir las *palabras* del símbolo de Calcedonia, ó Monofisita.

Arraigó mas el Cristianismo en el imperio Abisinio, y aun que se haya interrumpido á veces la correspondencia por mas de setenta ó de cien años (A. 530 etc.), la iglesia metropolitana de Alejandría sigue reteniendo á su colonia en clase de alumna. Componian siete obispos el sínodo etiópico; si llegaran á diez, pudieran elejir un primado independiente, y uno de sus reyes abrigó la ambicion de ascender á sus hermanos al sólio eclesiástico; pero se antevió el intento, y se denegó la promocion; se ha ido reduciendo el cargo episcopal de *Abuna* (155), caudillo y autor del sacerdocio Abisinio; el patriarca va reponiendo las vacantes con algun monje de Ejipto; y la cualidad de estranjero aparece mas venerable para los ojos

del pueblo, y menos temible para los del monarca. En el siglo sexto cuando fué á mas el cisma del Ejipto, los caudillos competidores, con sus amparadores Justiniano y Teodora forcejearon mútuamente por desbancarse en la conquista de una provincia lejana é independiente. Preponderó otra vez la maña de la emperatriz, y la devota Teodora estableció en aquella iglesia arrinconada, la fé y la disciplina de los Jacobitas (156). Los Etíopes acorralados en torno por los enemigos de su relijion, se adormecieron por espacio de cerca de mil años, olvidadizos y olvidados del mundo entero. Fueron al fin sus dispertadores los Portugueses, quienes doblando el promontorio meridional del Africa (A. 1525.–1550 etc.), asomaron por la India y el mar Rojo, como descolgados de algun planeta remotísimo. En el primer avistamiento repararon los súbditos de Roma y de Alejandría, mas bien la semejanza que la diferencia de su fé, y ambas naciones esperanzaron crecidas ventajas con la hermandad de sus compañeros cristianos. Los Etíopes, allá incomunicados, habian venido á reempozarse en su vida montaraz; sus bajeles, que habian comerciado hasta Ceilan, apenas se atrevian á navegar por los rios del Africa; se habian despoblado los escombros de Axume; la nacion vagaba dispersa por aduares, y el emperador, con este dictado campanudo, se daba por pagado con residir inalterablemente en su campamento. Hechos cargo de su propio desamparo, idearon los Abisinios atinadamente avecindar el injenio y las artes de Europa (157), y acudieron sus embajadores á Roma y á Lisboa, en demanda de una colonia de herreros, carpinteros, tejeros, albañiles, impresores, cirujanos y médicos, para el uso de su país. Mas el peligro público estaba clamando por auxilio eficaz y ejecutivo de armas y soldados, para resguardar á un pueblo desaguerrido, de los bárbaros que asolaban el interior, y los Turcos y Arabes que desde la costa se iban adelantando, con aparato mas formidable. Salvaron la Etiopía, cuatrocientos y cincuenta Portugueses, que ostentaron en campaña el valor nativo de los Europeos, y la potestad artificial del mosquete y de la artillería. El emperador, allá despavorido, prometió incorporarse él y los súbditos con la Fé católica; un patriarca latino representaba la supremacia del Papa (158); el imperio abultado sin término, estaba atesorando mas oro que todas las minas de América, y el fervor y la codicia esperanzaron descompasadamente logros soñados, con la sumision voluntaria de los Cristianos del Africa.

Mas los compromisos en que prorumpió el doliente quedaron desmentidos á los asomos de la sanidad. Aferrados permanecieron los Abisinios con teson incontrastable á su fé Monofisita (A. 1557); el ejercicio de la contienda desaletargó su creencia; tiznaban á los latinos con los apodos de Nestorianos y Arrianos, y achacaban la adoracion de *cuatro* dioses, á los separadores de las dos naturalezas de Cristo. Se avecindó para el cul-

to, ú mas bien el destierro, de los misioneros jesuitas, el pueblo de Tremona. Su primor en las artes liberales y mecánicas, su sabiduría teolójica y sus costumbres decorosas, infundian insustancial aprecio; mas como no les cabia el don de los milagros, acudieron (159), aunque en vano, á pedir un refuerzo de tropas. El aguante y las mañas de diez años lograron por fin acogida mas favorable, y persuadieron á dos emperadores de Abisinia, que Roma tenia en su mano el afianzar la bienaventuranza, tanto temporal como sempiterna, á sus ahijados. Perdió el primero de estos convertidos rejios cetro y vida, y el ejército rebelde quedó santificado por el *Abuna*, que disparó su anatema contra el apóstata, y descargó á los súbditos de su juramento de fidelidad. El denuedo y la suerte de Susneo desagraviaron el fracaso de Zadengher, entronizándose el vengador con el nombre de Segued, quien esforzó mas ahincadamente la empresa devota de su pariente. Despues de presenciar las escaramuzas desproporcionadas, entre los jesuitas y sus sacerdotes idiotas, se declaró el emperador prosélito del sínodo de Calcedonia; dando por supuesto que su clero y pueblo se aunarian en punto á Relijion con el príncipe. Tras la libertad de eleccion, se pregonó una ley, imponiendo con pena de muerte la creencia de las dos naturalezas en Cristo; mandóse á los Abisinios trabajar y jugar en los sábados; y Segued á la faz de Europa y del Africa, renunció á todo enlace con la iglesia Alejandrina. Un jesuita, Alfonso Mendez, como católico patriarca de Etiopía, recibió (A. 1626), en nombre de Urbano VIII el rendimiento y la adjuracion de su penitente: «Confieso,» dijo el emperador arrodillado,» que el papa es Vicario de Cristo, sucesor de San Pedro, y soberano del orbe. Le juro obediencia entrañable, y ofrezco á sus pies mi persona y reino.» Repitieron el juramento, hijo, hermano, clero, nobles, y aun las damas de la corte; revistieron al patriarca latino de blasones y riquezas, y sus misioneros fueron edificando sus templos, ó ciudadelas, en los parajes mas aventajados del imperio. Los mismos jesuitas vinieron á tildar amargamente el aciago desbarro de su caudillo, que trascordando la mansedumbre del Evanjelio y la mónita de su Orden, embocó atropelladamente el rezo de Roma y la inquisicion de Portugal. Condenó la práctica antigua de la circuncision, inventada menos por superstición que por sanidad en el Clima de Etiopia (160). Se les impuso á los naturales un nuevo bautismo y nueva ordenacion, y se horrorizaban con el desentierro de los difuntos mas sagrados, con la escomunion de los difuntos mas esclarecidos, por un sacerdote advenedizo. Desesperados los Abisinios, se alborotaron en vano por la defensa de su relijion. La sangre de revoltosos tuvo que apagar hasta cinco asonadas infructuosas, dos Abunas murieron en las refriegas, lejiones enteras perecieron en campaña, ó empozadas en sus mazmorras, y ni merecimientos, ni jerarquía, ni sexo, rescataban de muerte afrentosa á los

enemigos de Roma. Mas el teson de la jente, de su madre, de su hijo, y de sus amigos mas fieles, avasalló por fin al monarca. Dió Segued oidos á la compasion y á la racionalidad, y aun quizás al temor, y su edicto de libertad de conciencia puso inmediatamente de manifiesto la tiranía y la flaqueza de los Jesuitas. Muerto el padre, arrojó Basílides al patriarca latino, devolvió á los anhelos de la nacion la fé y la disciplina del Ejipto. Resonaron cantares de triunfo por las iglesias Monofisitas «de que el rebaño de Etiopía quedaba ya rescatado de las hienas de Occidente» y las puertas de aquel reino arrinconado vinieron á cerrarse para siempre (A. 1632 etc.), contra las artes, las ciencias y el fanatismo de Europa (161).

NOTAS

correspondientes al capítulo cuadrajésimoseptimo.

(1) ¿De que medios me valdré para probar esta investigacion, que he tratado de reducir y compendiar?—Si me aferro en sostener cada hecho ú á reflexionar con los comprobantes adecuados, toda línea irá requiriendo una coleccion de testimonios, y cada nota vendrá á ser una disertacion crítica. Pero los repetidos pasos de la antigüedad que he visto por mi mismo, están recopilados, arreglados é ilustrados, por *Petavio* y *Le-Clerc*, por *Beausobre* y *Mosheim*. Me contentaré con robustecer mi narracion con los nombres y la calificacion de estos respetables guias; y en la contemplacion de un objeto prolijo ú remoto, no me avergüenzo de acudir al auxilio de los vidrios de mayor aumento: 1. El *Docmata Theologica* de Petavio, es obra de un afan increible y de grande estension; los volúmenes que tratan únicamente de la Encarnacion (dos en folio, V y VI, de 837 pájinas) están divididos en diez y seis libros,—los primeros de historia, los restantes de controversia y doctrina. La erudicion del jesuita es estensa y esmerada; su latin castizo, su método despelado, su argumento profundo y lójico; pero es esclavo de los Padres, el azote de los herejes, y enemigo de la verdad y la sencillez, en cuanto se encuentran en oposicion con la causa católica. 2. El Armenio Le-Clerc, que ha compuesto en un volúmen en cuarto (Amsterdan, 1716) la historia eclesiástica de los dos primeros siglos, era tambien libre tanto en su índole, como en su situacion; su sentido es claro, pero sus pensamientos son li-

mitados; reduce la razon ó locura de las épocas, á la medida de su propio juicio; y su imparcialidad á veces arrebatada y otras descarriada, por su oposicion á los padres. Véanse los herejes (Cerintianos, LXXX. Ebionitas, CIII. Carpocratianos, CXX. Valentinianos, CXX. Basilidianos, CXXIII. Marcionitas, CXLI, etc.) bajo sus propias fechas. 3. La Histoire Critique du Manichéisme (Amsterdan, 1734, 1739, en 2 vols. en 4.° con una disertacion póstuma sobre los Nazarenos, Lausana, 1745) de M. de Beausobre, es un tesoro de filosofía y teolojía antigua. El erudito historiador se afana con tino finísimo tras el hilo sistemático de la opinion, y se trasforma alternativamente en un santo, un sabio ó un hereje. Con todo, este acicalamiento llega á ser escesivo: descubre una parcialidad graciable á favor de la parte débil, y, mientras que se guarda contra la calumnia, no concede suficiente ensanche para la superstición y el fanatismo. Una estensa tabla de sus contenidos dirijirá al lector á cualquier punto que desee examinar. 4. El historiador Mosheim, menos profundo que Petavio, menos independiente que Le Clerc, y menos injenioso que Beausobre, es colmado, racional, correcto y moderado. En su obra erudita, De Rebus Christianis ante Constantinum (Helmstadt, 1753, en 4.°), véanse los *Nazarenos y Ebionitas*, p. 172-179, 328-332. Los Gnosticos en jeneral, p. 179, etc. *Cerintos*, p. 196-202. Basilides, p. 352-361. Carpócrates, p. 363-367. Valentino, p. 371-389. Marcion, p. 404-410. Los Maniqueos, p. 829-837, etc.

(2) Καὶ γὰρ πάντες ἡμεῖς τὸν Χριστὸν, ἄνθρωπον ἐξ ανθρώωπν προσδοκῶμεν γενήσεσθαι, dice el Judío Trifon (Justin. Dialog. p. 207 (*)) en nombre de sus compatricios; y los Judíos modernos, los pocos que distraen su imajinacion del dinero, para dedicarse á la Relijion, conservan el mismo lenguaje, y alegan el sentido literal de los profetas (**).

(3) Crisóstomo (Basnage, Hist. des Juifs, tom. V, c. 9, p. 183) y Atanasio (Petav. Dogmat. Theolog, tom. V, l. I, c. 2, p. 3), tienen que confesar como la divinidad de Cristo asoma rarísima vez en boca del mismo, y de sus apóstoles.

(*) Véase sobre este paso Bp. Kaye, Justin. Martyz., p. 25. — M.

(**) La mayor parte de los escritores modernos, que han desentrañado este asunto, y de quienes no cabe maliciar propension alguna teolójica; Rosenmuller sobre Isaías IX, 5 y en Salmo XLV, 7, y Bertholdt, Christologia Judæorum, c. XX, atribuyen fundadamente mayores conceptos del Mesías á los Judíos. En suma, la contienda parece que versa sobre el conocimiento que habia de una especie definitiva y *autorizada* acerca del Mesías, entre los Judíos, cuando probablemente era tan vaga, que admitia unas diversas interpretaciones, de la espectacion vulgar de un mero rey temporal, al conocimiento filosófico de una emanacion de la Deidad. — M.

(4) Los dos primeros capítulos de San Mateo no existian en las copias ebionitas (Epiphan. Hæres. XXX, 13); y la milagrosa concepcion, es uno de los últimos artículos que el Dr. Priestley ha cercenado de su mezquino credo (*).

(5) Es bastante probable que el primero de los Evanjelios para el uso de los Judíos convertidos fué compuesto en idioma hebreo ó siríaco; el hecho está atestiguado por una caterva de padres—Papias, Ireneo, Oríjenes, Jerónimo, etc. Los Católicos lo creen devotamente, y está admitido por Casaubon, Grocio y Isaac Vosio, entre los protestantes críticos. Pero este Evanjelio hebreo de San Mateo se ha perdido enteramente; y podemos culpar la actividad ó fidelidad de las iglesias primitivas, que han preferido la version de algun Griego desconocido. Erasmo y sus secuaces, que respetan nuestro texto griego como el evanjelio orijinal, se privan del testimonio que declara ser obra de un apóstol. Véase Simon, Hist. Critique, etc. tom. III, c. 5-9, p. 47-101, y el Prolegomena de Mill y Wetstein al Nuevo Testamento (*).

(6) Los metafísicos del alma los saca Ciceron (Tusculan. l. I) y Máximo de Tiro (Disertac. XVI) del laberinto del diálogo, que á veces divierte, y á menudo deja perplejos á los lectores del *Fedro*, el *Fedon* y las *Leyes* de Platon.

(7) Los discípulos de Jesus estaban persuadidos, que un hombre podia haber pecado antes de nacer (Juan, IX, 2), y los Fariseos sostenian la trasmigracion de las almas virtuosas (Joseph, de Bell. Judaico, l. II, c. 7); y un rabino moderno asegura modestamente, que Hermes, Pitagoras, Platon, etc. derivaron su metafísica de sus ilustres compatricios.

(8) Cuatro opiniones diferentes se han sostenido con respecto al oríjen de las almas humanas. 1. Que son eternas y divinas. 2. Que han sido creadas, en un estado separado de existencia, antes de unirse al cuerpo. 3. Que se han propagado del surtido primitivo de Adan, quien contenia en sí la semilla mental, así como la corporal, de su posteridad. 4. Que cada alma se crea y une al cuerpo en el momento de la concepcion.— Esta última opinion es la que ha prevalecido mas entre los modernos; y

(*) La diferente alusion á los hechos referidos en los dos primeros capítulos del Evanjelio, en una obra escrita probablemente á fines del reinado de Neron, el Ascensio Isaiæ, impresa por el arzobispo Laworence, parece un testimonio convincente de que son partes íntegras de la auténtica historia cristiana. — M.

(*) Seguramente la estincion de la comunidad del Judæo Christian, referida de Mosheim por el mismo Gibbon (c. XV), se atiene sencilla y naturalmente á la pérdida de una composicion, que hubiera sido inservible ni — confirma que el Evanjelio Griego de San Mateo está *desautorizado* — M.

nuestra historia espiritual ha seguido menos sublime, sin ser por eso mas intelijible.

(9) Ότι ἡ τοῦ Σωτῆρος ψυχὴ ἡ τοῦ Ἀδὰμ ἦ, —era una de las quince herejías imputadas á Oríjenes y negada por su apolojista (Focio, Bibliothec. cod. CXVII, p. 296). Algunos rabinos atribuyen una alma, y la misma á Adan, David y el Mesías.

(10) Apostolis adhuc in seculo superstitibus, apud Judæam Cristi sanguine recente, PHANTASMA domini corpus asserebatur. Hieronym. advers. Lucifer, c. 8. La epístola de Ignacio á los Esmirnios, y aun el Evanjelio segun San Juan, están nivelados contra el yerro flamante de los Docetas, que habian merecido demasiada trascendencia en el mundo (1 Juan, IV, 1-5).

(11) Sobre el año 200 de la era cristiana, Ireneo é Hipólito, refutaron las treinta y dos sectas, τῆς ψευδωνύμου γνωσέως, que se habian multiplicado hasta cuarenta, en tiempo de Epifanio (Phot. Bibliothec. cod. CXX, CXXI, CXXII). Los cinco libros de Ireneo no existen mas que en un latin bárbaro; pero el orijinal, pudiera quizá hallarse, en algun monasterio de Grecia.

(12) El peregrino Casiano, que visitó el Ejipto á principios del siglo V, se lamenta del reinado del antropomorfismo entre los frailes, que ignoraban estar siguiendo el sistema de Epicuros (Ciceron, de Nat. Deorum, I, 18, 34). Ab universo propemodum genere monachorum, qui per totam provinciam Egyptum morabantur, pro simplicitatis errore susceptum est, ut e contrario memoratum pontificem *(Teophilus)* velut hæresi gravissima depravatum, pars maxima seniorum ab universo fraternitatis corpore deserueret detestandum (Casiano, Collation. X, 2). Mientras que San Agustin permaneció Maniqueo, se escandalizaba del antropomorfismo de los católicos vulgares.

(13) Ita est in oratione senex mente confusus, eo quod illam ανδρωπόμρονο imaginem Deitatis, quam proponere sibi in oratione consuevarat, esboleri de suo corde sentiret, ut in amarissimos fletus, crebrosque singultus repente prorumpens, in terram prostratus, cum ejulatu validissimo proclamaret; «Heu me miserum! tulerunt a me Deum meum, et quem nunc teneam non habeo, vel quem adorem, aut interpellam jam nescio.» Casiano, Collat. X, 2.

(14) San Juan y Cerinto (A. 80, Cleric. Hist. Eccles. p. 493) se encontraron casualmente en el baño público de Éfeso, pero el apóstol huyó del hereje por temor de que el edificio no se aplanase sobre sus cabezas. Este cuento tonto, reprobado por el Dr. Middleton (Obras Miscelánes, vol. II) lo refiere con todo Ireneo (III, 3), apoyándose en el testimonio de Policarpo, y era probablemente adecuado á la época y resi-

dencia de Cerinto. La lectura anticuada, no obstante probablemente la verdad, 1 Juan, IV, 3— ὃ λύει τὸν Ἰησοῦν—alude á la doble naturaleza de aquel hereje primitivo (*).

(15) Los Valentinianos abrazaron un sistema complejo y aun inconexo. 1. Ambos Cristo y Jesus eran leones, aunque de diferentes grados; el uno obrando como una alma racional, el otro como el divino espíritu del Salvador. 2. En tiempo de la pasion, entrambos se retiraron, dejando únicamente una alma sensitiva, y un cuerpo humano. 3. Aun aquel cuerpo era etéreo, y quizás aparente. Tales son las trabajosas deducciones de Mosheim. Pero dudo si el traductor latino entendió á Ireneo, y si Ireneo y los Valentinianos se entendian á sí mismos.

(16) Los herejes abusaron de la esclamacion apasionada de «Dios mio, Dios mio, ¿porqué me has *abandonado*? «Rousseau, que ha hecho una comparacion elocuente, pero indecorosa, entre Cristo y Sócrates, olvida que el moribundo filósofo, no prorumpió en una palabra que indicase desasosiego, ú desesperacion. En el Mesías, tales arranques no podian ser mas que aparentes; y palabras tan desagradables están esplicadas adecuadamente como la aplicacion de un salmo y una profecía.

(17) Esta enérjica espresion cabe sincerarse con el lenguaje de San Pablo (1 Tim. III, 16); pero nos hallamos engañados por nuestras biblias modernas. La palabra ὃ (**) (*que*) se alteró en θεὸς (*Dios*) en Constantinopla, á principios del siglo VI: el verdadero significado, que está patente en las versiones latina y siríaca, asoma todavía en el raciocinio de los padres griegos y latinos; y este fraude, con el de los *tres testimonios de San Juan*, está admirablemente descubierto por M. Isaac Newton. (Véanse sus dos cartas traducidas por M. de Missy, en el Journal Britannique, tom. XV, p. 148-190, 351-390). He justipreciado los argumentos, y puedo adherirme á la autoridad del primero de los filósofos, que ha descollado en los estudios críticos y teolójicos.

(18) Sobre Apolinar y su secta, véase Sócrates, l. II, c. 46, l. III, c. 16. Sozomen, l. V, c. 18, l. VI, c. 25, 27. Teodoreto, l. V, 3, 10, 11. Tillemont, Mémoires Ecclesiastiques, tom. VII, p. 602-638. Not. p. 789-794, en 4.º Venecia, 1732. Los santos contemporáneos mencionan siempre al obispo de Laodicea, como un amigo y hermano.

(*) Griesbach asegura que en todos los manuscritos griegos, los traductores, y los Padres griegos cabe la interpretacion comun. — Nov. Test. in loc. — M.

(**) Debiera ser ὃς. Griesbach in loc. El peso de la autoridad está tan en contra de la lectura usual sobre estos dos puntos, que los prudentes controversistas ya no los tocan. ¿El miramiento de Gibbon con el *primero de los filósofos* se hubiera estendido á *todas* sus deducciones teolójicas? — M.

El estilo de los historiadores mas recientes es áspero y hostíl; con todo Filostorjio lo compara (l. VIII, c. 11-15) á Basilia y Gregorio

(19) Apelo á la confesion de dos prelados orientales, Gregorio Abulfaraje, el primado jacobita del Oriente, y Elias el nestoriano, metropolitano de Camasco (véase Asseman, Bibliothec. Oriental., tom. II, p. 291, tom. III, p. 514, etc.), que los Melquitas, Jacobitas, Nestorianos, etc. concuerdan en la *doctrina* y difieren únicamente en la *espresion*. Nuestros teólogos mas instruidos y racionales—Basnage, Le Clerc, Beausobre, La Croze, Mosheim, Jablonski—se inclinan á favorecer este juicio caritativo; pero el celo de Petavio le hace hablar en tono enojadizo, y el comedimiento de Dupin lo hace en voz baja.

(20) La Croze (Hist. du Christianisme des Indes, tom. I, p. 24) manifiesta su menosprecio con el númen y los escritos de Cirilo. De tous les ouvrages des anciens, il y en a peu qu' on lise avec moins d' utilité; y Dupin (Bibliothèque Ecclésiastique, tom. IV, p. 42-52), con palabras respetuosas, nos enseña á despreciarlas.

(21) De Isidoro de Pelusio (l. I, epist. 25, p. 8). Como la carta no es de las que merezcan mas concierto, Tillemont, menos sincero que los Bolandistas, aparenta dudar, si *este* Cirilo es el sobrino de Teófilo (Mem. Eccles., tom. XIV, p. 268).

(22) Sócrates (l. VII, c. 13) nombra á un gramático. διάπυρος δὲ ἀκροατὴς τοῦ ἐπισκόπου Κυρίλλου καθεστὼς, καὶ περὶ τὸ κρότους δὲ ἐν ταῖς διδασκαλίας αὐτοῦ ἐγειρείν ἦν σπουδαιότατος.

(23) Véase la juventud y promocion de Cirilo, en Sócrates (l. VII, c. 7) y Renaudot (Hist. Patriarc. alexandrin. p. 106, 108). El abate Renaudot sacó sus materiales de la historia arábiga de Severo, obispo de Hermópolis Magna ó Ashmunein en el siglo 10, de quien nunca se puede fiar, á menos que se registre nuestra avenencia, por el testimonio interno de los hechos.

(24) El *Parabolani* de Alejandría, era una corporacion caritativa, instituida en tiempo de la plaga de Galieno, para visitar los enfermos y enterrar los muertos. Se aumentaron gradualmente, abusaron y vendieron los privilejios de su órden. Su desgobierno durante el reinado de Cirilo, obligó al emperador á prohibir al patriarca su nombramiento, y á reducir su número á quinientos ó seiscientos. Pero esta restriccion fué momentánea, y sin resultado. Véase el Código Teodosiano, l. XVI, tit, II y Tillemont, Mém. Ecclés. tom. XIV, p. 276-278.

(25) Sobre Teon y su hija Hipacia, véase Fabricio, Bibliothec., tom. VIII, p. 210, 211. Su artículo en el Lexicon de Suidas, es curioso y orijinal. Hesiquio (Meursii Opera, tom. VII, p. 294, 296) dice, que fué perseguida διὰ τὴν ὑπερβάλλουσαν σοφίαν; y un epígrama en la Anto-

lojía Griega (l. I, c. 76, p. 159, edic. Brodæi) ensalza su sabiduría y elocuencia. Hace de ella una mencion honorífica (Epist. 10, 15, 16, 33, 80, 124, 135, 153) su amigo y discípulo el filósofo obispo Sinesio.

(26) Ο στράκοις ἀνεῖλον, καὶ μεληδὸν διασπάσαντες, Las conchas de ostras abundaban en el promontorio delante de Cesarea. Debo pues preferir el sentido literal, sin desechar la version metafórica de *tegulæ*, tejas, empleada por M. de Volois. Ignoro, y los asesinos probablemente no pararon la atencion, si la víctima estaba aun viva.

(27) Estas proezas de San Cirilo las recuerda Sócrates (l. VII, c. 13, 14, 15); y el fanatismo mas acérrimo tiene que copiar á un historiador, que llama friamente á los asesinos de Hipacia ἄνδρες τὸ φρόνημα ἔνθερμοι. Al mencionar un epiteto tan afrentoso, me complazco en notar, aun en Baronio (A. 415, N.º 48) el rubor que le causa.

(28) Se mantuvo sordo á los ruegos de Atico de Constantinopla, y de Isidoro de Pelusio, y solo accedió (si hemos de dar crédito á Nicéforo, l. XIV, c. 18) á la intercesion personal de la Vírjen. Con todo, en sus últimos años aun decia, que Juan Crisóstomo habia sido bien condenado (Tillemont, Mém. Ecclés. tom. XIV, p. 278-282. Baronio, Annal. Eccles. A. 412. N.º 46-64).

(29) Véanse sus caracteres en la historia de Sócrates (l. VII, c. 25-28); su poder y pretensiones, en la grandiosa recopilacion de Tomasin. (Discipline de l' Église, tom. I. p. 80-91).

(30) Su elevacion y conducta están descritas por Sócrates (l. VII, c. 29, 31); y Marcelino parece haber aplicado el elocuentiæ satis, sapientiæ parum, de Salustio.

(31) Cod. Teodos., l. XVI, tít. V, ley 65 con las ilustraciones de Baronio (A. 428, N.º 25, etc.), Gofredo (ad locum), y Pagi (Crítica, tom. II. p. 208).

(32) Isidoro de Pelusio (l. IV, Epist. 57). Sus palabras son recias y escandalosas τί θαυμάζεις, εἰ καὶ νῦν περὶ πρᾶγμα θεῖον καὶ λόγου κρεῖττον διαφωνεῖν προσποιοῦνται ὑπὸ φιλαρχίας ἐκβακχευόμενοι. Isidoro es santo, pero nunca fué obispo, y sospecho que el orgullo de Diójenes siguió las huellas del de Platon.

(33) La Croze (Christianisme des Indes, tom. I, p. 44-53. Thesaurus Epistolicus La Crozianus, tom. III, p. 276-280) ha descubierto el uso de ὁ δεσπότης i ὁ κυρίος Ιησοῦς, que en los siglos IV, V, y VI, distinguia la escuela de Diodoro de Tarso y sus discípulos nestorianos.

(34) Θεοτόκος — *Deipara*: así como en la zoolojía hablamos familiarmente de animales ovíparos y vivíparos. No es fácil el deslindar la invencion de esta palabra, que La Croze (Christianisme des Indes, tom. I, p. 16) atribuye á Eusebio de Cesarea y los Arrianos. Los testimonios ortodojos

los presentan Cirilo y Petavio (Dogmat. Thelog., tom. V, l. V, c. 15, p. 254, etc.); pero la veracidad del Santo es dudosa, y el epiteto de θεοτόκος resbala fácilmente del márjen al texto de un manuscrito católico.

(35) Basnage, en su Histoire de l'Eglise, una obra de controversia (tom. I, p. 505), sincera á la madre, por la sangre, de Dios (Actos XX, 28, con las varias leyendas de Mill). Pero los manuscritos griegos están muy ajenos de mostrarse únanimes; y la denominacion primitiva de la sangre de Cristo, se conserva en la version siríaca, hasta en aquellas copias de que se valieron los Cristianos de Santo Tomás en la costa de Malabar (La Croze, Christianisme des Indes, tom. I, p. 347). Los zelos de los Nestorianos y Monofisitas han conservado la pureza de su texto.

(36) Los paganos del Ejipto aun se rien, de la nueva Cibeles de los Cristianos (Isidor. l. I, epíst. 54); se fraguó una carta en nombre de Hipacia, para ridiculizar la teolojía de su asesino (Synodicon, c. 216, en 4.º tom. IV, Concil. p. 484). En el artículo de Nestorio, Bayle ha ido filosofando por encima sobre la adoracion de la Vírjen María.

(37) El ἀντίδοσις de los Griegos, un préstamo mútuo ó trasferencia de los visos ó propiedades de cada clase á la otra — de infinidad al hombre, de pasibilidad á Dios, etc. Doce reglas sobre este punto, de los mejores, componen la Gramática Teolójica de Petavio (Dogmata Theolog., tom. V, l. IV, c. 14, 15, p. 209, etc.).

(38) Véase Ducange, C. P. Christiana, l. I, p. 30, etc.

(39) Concil., tom. III, p. 943. Nunca han sido aprobadas *directamente* por la Iglesia (Tillemont, Mém. Ecclés. tom. XIV, p. 368-372). Casi compadezco la angustia de la saña y sofistería, de que Petavio al parecer adolece en el libro VI de su Dogmata Theólojica.

(40) Tal como el racional Basnage (ad tom. I. Variar. Lection. Canisii in Præfat., c. 2, p. 11-23) y La Croze, el escolástico universal, (Christianisme des Indes, tom. I, p. 16-20. De l'Ethiopie, p. 26, 27. Thesaur. Epíst. p. 176, etc. 283, 285). Su libre sentencia está confirmada por sus amigos Jablonski (Thesaur. Epíst., tom. I, p. 193-201) y Mosheim (idem. p. 304. Nestorium crimine caruisse est et mea sententia); y otros tres jueces mas respetables no es fácil hallarlos. Asemano, un esclavo modesto é instruido, *apenas* puede discernir (Bibliothec. Orient., tom. IV, p. 190-224) el crímen y el yerro de los Nestorianos.

(41) El oríjen y progresos de la controversia nestoriana, hasta el sínodo de Efeso, puede hallarse en Sócrates (l, VII, c. 32), Evagrio (l. I, c. 1, 2), Liberato (Brev. c. 1-4), las Actas orijinales (Concil., tom. III, p. 551-991, edic. Venecia, 1728), los Anales de Baronio y Pagi y las esmeradas colecciones de Tillemont (Mém. Ecclés., tom. XIV, p. 283, 377).

(42) Los Cristianos de los cuatro primeros siglos ignoraban la muerte y entierro de María. La tradicion de Efeso está confirmada por el sínodo (Concil., tom. III, p. 1102); con todo, ha sido anulada por reclamacion de Jerusalen; y su sepulcro *vacío*, segun se enseñaba á los peregrinos, produjo la fábula de su resurreccion y asuncion; á lo que la Iglesia griega y latina se han avenido devotamente. Véase Baronio (Annal. Eccles. A. 48, N.º 6, etc.) y Tillemont (Mém. Ecclés. tom. I, p. 467-477).

(43) Las Actas de Calcedonia (Concil., tom. IV, p. 1405, 1408) presentan una viva pintura de la ciega y aferrada servidumbre de los obispos de Ejipto para con su patriarca.

(44) Los asuntos civiles ó eclesiásticos retuvieron los obispos en Antioquía hasta el 18 de mayo. Efeso estaba á treinta jornadas; y bien pueden concederse diez dias mas para tropiezos y descanso. La marca de Jenofonte sobre el mismo terreno enumera unas 260 parasanjes ó leguas; y esta medida pudiera quedar ilustrada por los itinerarios antiguos y modernos, si hubiese como comparar la rapidez de un ejército, un sínodo y una caravana. Juan de Antioquía es absuelto con repugnacion por Tillemont (Mem. Ecclés. tom. XIV, p. 386-389).

(45) Μεμφόμενον μὴ κατὰ τὸ δέον τὰ ἐν Ἐφέσῳ συντεθῆναι ὑπομνήματα, πανουργίᾳ δὲ καὶ τινι ἀθέσμῳ καινοτομίᾳ Κυρίλλου τεχνάζοντος. Evagrio, l. I, c. 7. La misma imputacion hizo el conde Ireneo (tom. III, p. 1249); y los críticos ortodojos no hallan una tarea fácil el defender el tema de las copias griegas y latinas de las Actas.

(46) Ὁ δὲ ἐπ' ὀλέθρῳ τῶν ἐκκλησιῶν τεχθεὶς καὶ τραφείς. Tras la hermandad de Juan y Cirilo, olvidáronse mutuamente estas invectivas. El estilo de la declamacion nunca debe confundirse con el verdadero sentido que enemigos respetables han formado del mérito de cada uno (Concil., tom. III, p. 1244).

(47) Véanse las Actas del Sínodo de Efeso en el orijinal griego, y en la version latina, casi contemporánea (Concil., tom. III, p. 991-1.339, con el Synodicon adversus Tragædiam Irenæi, tom. IV, p. 235-497), las Historias Eclesiásticas de Sócrates (l. VII, c. 34) y Evagrio (l. I, c. 3, 4, 5), y el Breviario de Liberato (in Concil., tom. VI, p. 419-459, c. 5, 6), y las Mémoires Ecclés. de Tillemont (tom. XIV, p. 377-487).

(48) Ταραχὴν (dice el emperador en lenguaje epigramático) τό γε ἐπὶ σαυτῷ καὶ χωρισμὸν ταῖς ἐκκλησίαις ἐμβέβληκας.... ὡς θρασυτέρας ὁρμῆς πρεπούσης μᾶλλον ἢ ἀκριβείας..... καὶ ποικιλίας μᾶλλον τούτων ἡμῖν ἀρκούσης ἤπερ ἁπλότητος..... παντὸς μᾶλλον ἢ ἱέρεως..... τά τε τῶν ἐκκλησιῶν, τά τε τῶν βασιλέων μέλλειν χωρίζειν βούλεσθαι, ὡς οὐκ οὔσης ἀφορμῆς ἑτέρας εὐδοκιμήσεως. Desearia saber cuanto pagó Nestoriol por estas espresiones, tan amargas para su competidor.

(49) Eutiques, el heresíarca Eutiques, se halla honrado por Cirilo, con el dictado de amigo, santo y ardiente defensor de la Fé. Su hermano,

el abad Dalmacio, tambien se empleó para volcar al emperador y todos sus chambelanes *terribili conjuratione*. Synodicum, c. 203, in Concil., tom. IV, p. 467.

(50) Clerici qui hic sunt contristantur, quod ecclesia Alexandrina nudata sit hujus causa turbelæ: et debet præter illa quæ hinc transmissa sint *auri libras mille quingentas*. Et nunc ei scriptum est ut præstet; sed de tua ecclesiæ præsta avaritia quorum nosti, etc. Esta carta curiosa y orijinal, de Cirilo el archidiácono al nuevo obispo de Constantinopla, ha sido estrañamente conservada por una antigua version latina (Synodicon), c. 203. Concil., tom. IV, p. 465-468). La máscara está casi orillada, y los santos hablan el lenguaje honrado del interés y de la union.

(51) Las cansadísimas negociaciones que se siguieron al sínodo de Éfeso se hallan difusamente referidas en las Actas orijinales (Concil., tom. III, p. 1339-1771, ad fin. vol. y el Synodicon, in tom. IV), Sócrates (l. VII, c. 28, 35, 40, 41), Evagrio (l. I, c. 6, 7, 8, 12), Liberato (c. 7-10), Tillemont (Mém. Ecclés., tom. XIV, p. 487-676). El lector mas cachazudo me agradecerá el haber compendiado tanta insensatez y falsedad en unos cuantos rengloncillos.

(52) Αὐτοῦ τε αὖ δεηθέντος, ἐπετράπη κατὰ τὸ οἰκεῖον ἐπαναζεῦξαι μοναστήριον. Evagrio, l. I, c. 7. Las cartas orijinales en el Synodicon (c. 15, 24, 25, 26), abonan la *apariencia* de una resignacion voluntaria, que está confirmada por Ebed-Jesu, un escritor nestoriano, apud Asseman, Bibliot. Oriental, tom. III, p. 299, 302.

(53) Véanse las cartas imperiales en las Actas del sínodo de Efeso (Concil., tom. III, p. 1730-1735). El odioso nombre de *Simonianos*, que se dió á los discípulos de este τερατώδους διδασκαλίας fué designado ὡς ἂν ὀνείδεσι προβληθέντες αἰώνιον ὑπομένοιεν τιμωρίαν τῶν ἁμαρτημάτων, καὶ μήτε ζῶντας τιμωρίας, μήτε θανόντας ἀτιμίας ἐκτὸς ὑπάρχειν. ¡Con todo, estos eran cristianos, que no se diferenciaban mas que en los nombres y en sombras!

(54) La metáfora de islas, la aplican los graves jurisconsultos (Pandect., l. XLVIII, tít. 22, ley 7) á aquellos sitios felices que se distinguen de los arenales de la Libia, por el agua y su verdor. Tres de estos bajo el nombre comun de Oasis ó Alvahat: 1. El templo de Jupiter Ammon. 2. El Oasis del centro, á tres jornadas al occidente de Licopolis. 3. La parte sur, á donde Nestorio fué desterrado, en el primer clima, y á algunos dias de los confines de Nubia. Véase una nota erudita de Micaelis (ad Descript. Ægypt. Abulfeda, p. 21-34) (*).

(*) 1. El Oasis de Sivá, que visitaron M. Drovetti y M. Brosone. 2. El pequeño Oasis, el del El Kassar, visitado y descrito por Belzoni. 3. El gran Oasis y sus espléndidas ruinas, han quedado bien descritas en los viajes de A. Edmonstone. — M.

(55) El brindis de Nestorio al sínodo de Calcedonia la refiere Zacarías, obispo de Melitene (Evagrio, l. II, c. 2. Asemano, Bibliot. Orient., tom. II, p. 55) y el célebre Xenaia ó Filojenos, obispo de Hierápolis (Asemano, Bibliot. Orient., tom. II, p. 40, etc.), negado por Evagrio y Asemano, y briosamente sostenido por La Croze (Thesaur. Epistol., tom. III, p. 181, etc.). El hecho no es inverosímil; con todo, estaba en el interés de los Monofisitas el esparcir esta voz odiosa; y Eutiquio (tom. II, p. 12) asegura que Nestorio murió despues de un destierro de siete años, y por consigniente diez antes del sínodo de Calcedonia.

(56) Consúltese D'Anville (Mémoire sur l'Egypte, p. 191), Pocock (Description del Oriente, vol. I, p. 76), Abulfeda (Descript. Ægypt., p. 14) y su comentador Micaelis (Not. p. 78-83), y el Jeógrafo Nubiense (p. 42), quien menciona, en el siglo XII, las ruinas y las cañas de Akmim.

(57) Eutiquio (Anal., tom. II, p. 12) y Gregorio Bar-Hebreo ó Abulfarajio (Asemano, tom. II, p. 316), representan la credulidad de los siglos X y XII.

(58) Tenemos que agradecer á Evagrio (l. I, c. 7) algunos fragmentos de las cartas de Nestorio; pero la viva pintura de sus padecimientos está delineada de un modo afrentoso por el ralio y mentecato fanático.

(59) Dixi Cyrillum dum viveret, auctoritate sua effecisse, ne Eutychianismus et Monophysitarum error in nervum erumperet: idque verum puto . . . . aliquo . . . . honesto modo παλινωδίαν cecinerat. El instruido y cauto, no siempre decia toda la verdad. Cum Cyrillo lenius omnino egi, quam si tecum aut cum aliis rei hujus probe gnaris et æquis rerum æstimatoribus sermones privatos conferrem (Thesaur. Epistol. La Crozian., tom. I, p. 197, 198); ¡ una escelente llave para sus disertaciones, sobre la controversia nestoriana!

(60) Ἡ ἁγία σύνοδος εἶπεν, ἆρον, καῦσον Εὐσέβιον, οὗτος ζῶν καῇ, οὗτος εἰς δύο γένηται, ὡς ἐμέρισε, μερισθῇ... εἴ τις λέγει δύο, ἀνάθεμα. A peticion de Dióscoro, aquellos que no eran buenos para remar (βοῆσαι), se les apretaban las manos. En Calcedonia los orientales niegan estas esclamaciones; pero los Ejipcios mas conformemente declararon ταῦτα καὶ τότε εἴπομεν καὶ νῦν λέγομεν (Concil., tom. IV, p. 1012).

(61) Ἔλεγε δὲ (Eusebio, obispo de Dorylæum) τὸν Φλαβιανὸν δὲ δειλαίως ἀναιρεθῆναι πρὸς Διοσκόρου ὠθούμενόν τε καὶ λακτιζόμενον y este testimonio de Evagrio (l. II, c. 2) lo amplifica el historiador Zonaras (tom. II, l. XIII, p. 44), quien asegura, que Dióscoro daba coces como un asno salvaje. Pero el lenguaje de Liberato (Brev. c. 12 in Concil., tom. VI, p. 458) es mas cauto; y las Actas de Calcedonia, que redoblan los apodos de *homicida*, *Cain*, etc. no justifican tan grave cargo. El fraile Barsumas se

le acusa mas particularmente — ἔσφαξε τὸν μακάριον; αὐτὸς Φλαυιανου ἔστηκε καὶ ἔλεγε σφάξον. (Concil., tom. IV, p. 1413).

(62) Las Actas del Concilio de Calcedonia (Concil., tom. IV, p. 761, 2071) abraza la de Efeso (p. 890-1189), en la que entra tambien el sínodo de Constantinopla bajo Flavio (p. 930-1072); y se requiere alguna atencion para desentrañar esta doble complicacion. Todo el asunto de Eutiques, Flavio y Dióscoro, está referido por Evagrio (l. I, c. 9, 12, y l. II, c. 1, 2, 3, 4) y Liberato (Brev. c. 11, 12, 13, 14). Una vez mas, y quizá la última, apelo á la actividad de Tillemont (Mém. Ecclés., tom. XV, p. 479-719). Los Anales de Baronio y Pagi me acompañarán muy lejos en mi larga y trabajosa jornada.

(63) Μάλιστα ἡ περιβόητος Πανσοφία, ἡ καλουμένη Ὀρεινὴ (quizás Εἰρηνὴ), περὶ ἧς καὶ ὁ πολυάνθρωπος τῆς Ἀλεξανδρέων δῆμος ἀφῆκε φωνὴν, αὐτῆς τε καὶ τοῦ ἐραστοῦ μεμνημένος (Concil., tom. IV, p. 1276). Se conserva una muestra de la agudeza y malicia del pueblo en la Antolojía Griega (l. II, c. 5, p. 188, edic. Wechel), aunque la aplicacion era desconocida al editor Brodeo. El epigramista anónimo presenta un equívoco, confundiendo la salutacion episcopal de « La paz sea con todos » con el nombre verdadero, ó corrompido, de la concubina del obispo:

Εἰρήνη πάντεσσιν, ἐπίσκοπος εἶπεν ἐπελθὼν,
Πῶς δύναται πᾶσιν, ἣν μόνος ἔνδον ἔχει;

Ignoro si el patriarca, que parece haber sido un amante zeloso, es el Simon de un epigrama anterior, cuyo πέος ἔστηκος habria sido visto con envidia y admiracion, por el mismo Príapo.

(64) Aquellos que reverencian la infalibilidad de los sínodos, pueden probar á deslindar su sentido. Los obispos que encabezaban, estaban rodeados de escribientes parciales ó descuidados, que derramaban sus copias por todo el mundo. Nuestros manuscritos griegos están manchados con la lectura falsa y proscrita de ἐκ τῶν φυσέων (Concil., tom. III, pájina 1460): no parece haberse llevado á cabo la traduccion auténtica del papa Leon I, y las antiguas versiones latinas difieren enteramente de la actual Vulgata, que fué revisada (A. 550) por Rústico, un sacerdote romano, de los mejores manuscritos del Ἀκοίμητοι en Constantinopla (Ducange, C. P. Christiana; l. IV, p. 151), un célebre monasterio de Lacios, Griegos y Sirios. Véase Concil. tom. IV, p. 1959-2049 y Pagi, Critica, tom. II, p. 326, etc.

(65) Se halla confusamente representado en el microscopio de Petavio (tom. V, lib. III, c. 5); con todo el sútil teólogo teme — ne quis fortasse supervacaneam, et nimis anxiam putet hujusmodi vocularum inquisitionem, et ab instituti theologici gravitate alienam (p. 124).

(66) Εβόησαν, ἢ ὁ ὅρος κρατείτω, ἢ ἀπερχόμεθα... οἱ ἀντιλέγοντες φανεροὶ γένωνται,

οἱ ἀντιλέγοντες, Νεστοριανοί εἰσιν, οἱ ἀντιλέγοντες εἰς Ῥώμην ἀπέλρωσιν (Concil., tom. IV, p. 1449) Evagrio y Liberato, no presentan mas que la parte agradable del sínodo y pasan discretamente por encima de estas cenizas humeantes, suppositos cineri doloso.

(67) Véase, en el Apéndice de los Actos de Calcedonia, la confirmacion del sínodo por Marciano (Concil., tom. IV, p. 1781, 1783); sus cartas á las frailes de Alejandría (p. 1781), del monte Sinaí (p. 1793), de Jerusalen y Palestina (p. 1789); sus leyes contra los Eutiquianos (p. 1809. 1811, 1831); la correspondencia de Leon con los sínodos provinciales sobre la revolucion de Alejandría (p. 1835-1930).

(68) Focio (ó mas bien Eulojio de Alejandría) confiesa, [en un hermoso paso el colorido de este doble cargo contra el papa Leon y su sínodo de Calcedonia (Bibliot. cod. CCXXV, p. 768). Hizo una doble guerra á los enemigos de la Iglesia, é hirió á sus enemigos con los dardos de su contrario καταλλήλοις βέλεσι τοὺς ἀντιπάλους ἐτίτρωσκε. Contra Nestorio presenta el σύγχυσις de los Monofisitas; contra Eutiques usa del ὑποστασέων διάφορα de los Nestorianos. El apolojista reclama una interpretacion caritativa para los santos: si lo mismo se hubiese estendido á los herejes, el estruendo de la contraversia, se hubiera desvanecido por los aires.

(69 Αἴλουρος, de sus espediciones nocturnas. En la oscuridad y disfrazado recorrió en derredor de las celdas de sus hermanos entregados al reposo, y les comunicó en voz baja la revelacion (Theodor, Lector, l I.

(70) Φόνους τε τολμηθῆναι μυρίους, αἱμάτων πλήθει μολυνθῆναι μὴ μόνον τὴν γῆν ἀλλὰ καὶ αὐτὸν τὸν αέρα. Tal es el lenguaje hiperbólico del Henoticon.

(71) Véase la crónica de Victor Turunensis, en las Lectiones Antiquæ de Canisio, reimpresas por Basnage, tom. I. p. 225.

(72) El Henoticon está copiado por Evagrio (l. III, c. 13) y traducido por Liberato (Brev. c. 18). Pagi (Crítica, tom. II, p. 411) y Asemano (Bibliot. Orient., tom. I, p. 343) están satisfechos de verle libre de herejía; pero Petavio (Dogmat. Theolog., tom. V, l. I, c. 13, p. 40) asegura de la manera mas inesplicable Chalcedonensem ascivit. Un contrario probaria que nunca habia leido el Henoticon.

(73) Véase Renaudot (Hist. Patriarch. Alex., p. 123, 131, 145, 195, 247) Reconciliáronse por el cuidado de Mazcos I (A. 799-819): promovió sus jefes á los obispados de Atribis y Talba (quizá Tava. Véase D' Anville p. 82), y suplió los sacramentos, que habian decaido por falta de ordenacion episcopal.

(74) De his quos baptizavit que ordinavit Acacius, majorum traditionem confectam et veram, præcipue religiosæ solicitudini congruam præbenus sine difficultate medicinam (Gelacio, in epist. I, ad Euphemium, concil.,

tom. V, 286). El ofrecimiento de una medicina prueba la enfermedad, y crecido número debe haber perecido antes de la llegada del médico romano. Tillemont (Mém. Ecclés., tom. XVI, p. 372, 642 etc.) estraña la índole altanera y poco satisfactoria de los papas: quedan contentos, dice, con invocar á San Flavio de Antioquía, San Elías de Jerusalen, etc. á quienes negaron en la tierra la comunion. Pero el cardenal Baronio es entero y sólido como el peñasco de San Pedro.

(75) Sus nombres se borraron del díptico de la Iglesia: ex venerabili diptycho, in quo piæ memoriæ transitum ad cœlum habentium episcoporum vocabula continentur (Concil., tom. IV, p. 1846). Este registro eclesiástico era por consiguiente equivalente al libro de la vida.

(76) Petavio (Dogmat. Theolog., tom. V. l. V, c. 2, 3, 4, p. 217-225 y Tillemont (Mém. Ecclés., tom XIV, p, 713 etc. 799) ponen de manifiesto la historia y doctrina del Trisajio. En los doce siglos que mediaron entre Isaías y el niño de San Proclo, quien fué llevado al cielo ante el obispo y pueblo de Constantinopla, se mejoró mucho el canto. El niño oyó que los ánjeles cantaban "¡Santo Dios! ¡Santo fuerte! ¡Santo inmortal!"

(77) Pedro Gnafeo, el *batanero* (ofició que habia ejercido en su monasterio), patriarca de Antioquía. Su fastidioso cuento se halla ventilado en los Anales de Pagi (A. 477-490) y una disertación de M. de Valois al fin de su Evagrio.

(78) Los disturbios bajo el reinado de Anastasio deben tomarse de las Crónicas de Victor, Marcelino y Teófanes. Como la última no se publicó en tiempo de Baronio, su crítico Pagi es mas estenso así como mas esmerado.

(79) La historia general desde el concilio de Calcedonia á la muerte de Anastasio, puede hallarse en el Breviario de Liberato (c. 14-19), los libros II y III de Evagrio, el Estracto de los dos libros de Teodoro el Lector. los Actos de los Sínodos, y las Epístolas de los Papas (Concil., tom. V). Cotninuan las series algo desordenadamente los tomos XV y XVI de las Memoires Ecclésiastiques de Tillemon. Y aquí debo despedirme para siempre de esta guia incomparable, — cuyo fanatismo está contrapesado por los méritos de la erudicion, actividad, agudeza y escrupulosa maestría. La muerte le imposibilitó el acabarla, como pensaba en el siglo VI de la Iglesia y del imperio.

(80) El estilo de las Anécdotas de Procopio (c. 11, 13, 18, 27, 28) con las observaciones erúditas de Alemano, está confirmado mas bien, que contradicho, por los Actos de los Concilios, el cuarto libro de Evagrio, y las quejas del Africano Facundo, en su libro XII — de tribus capitalis, " cum videri doctus, appetit importune.... spontaneis quæs-

tionibus ecclesiam turbat." Véase Procop. de Bell. Goth., l. III, c. 35.

(81) Procop. de Edificiis, l. I, c. 6, 7, etc. passim.

(82) Ος δὴ κάθηται ἀφύλακτος ες ἀεὶ ἐπὶ λέσχης τινὸς ἀωρὶ νυκτῶν, ὁμοῦ τοῖς τῶν ἱερέων ἔσχατον γέρουσιν ἀνακυκλεῖν τὰ Χριστιανῶν λόγια σπουδὴν ἔχων. Procop. de Bell. Goth., l. III., c. 32. En la vida de San Eutiquio (apud Aleman. ad Procop. Arcan. c. 18) se le representa bajo el mismo concepto con ánimo de ensalzar á Justiniano.

(83) Por estos arranques cuerdos y comedidos se denigra á Procopio (de Bell. Goth., l. I, c. 3) en el prólogo de Alemano, quien lo coloca entre los Cristianos *políticos* —sed longe verius hæreseum omnium sentinas, prorsusque Atheos — abominables Atheos, que predicaban la imitacion de la compasion de Dios para con el hombre (ad Hist. Arcan. c. 13).

(84) Esta alternativa, preciosa circunstancia, la conserva Juan Malala (tom. II, p. 63, edic. Venet. 1733), quien merece mas crédito cuanto mas se aprocsima al fin. Tras enumerar los herejes, Nestorianos, Eutiquianos, etc. ne expectent, dice Justiniano, ut digni venia judicentur: jubemus enim ut.... convicti et aperti hæretici justæ et idoneæ animadversioni subjiciantur. Baronio copia y celebra este edicto del Código (A. 527, N.º 39, 40).

(85) Véanse la nombradía y principios de los Montanistas, en Mosheim, de Rebus Christ. ante Constantinum, p. 410-424.

(86) Teofgan. Oron. p. 153. Juan, el Monofisita, obispo de Asia, es un testigo mas auténtico, de esta transaccion; en la cual fué empleado por el emperador (Asemano, Bibliot. Orient., tom. II, p. 85).

(87) Compárese Procopio (Hist. Arcan. c. 28 y las Notas de Alemano) con Teófanes (Oron. p. 190). El concilio de Nicea ha enterado al patriarca, ó mas bien á los astrónomos, de Alejandría, con la proclamacion anual del Oriente; y aun leemos, ó mas bien no leemos, muchas de las epístolas pascales de San Cirilo. Desde el reinado del Monofitismo en Ejipto, los católicos estaban perplejos con tan insensata preocupacion como la que por tanto tiempo se opuso, entre los protestantes, á la admision del estilo gregoriano.

(88) Sobre la historia y relijion de los Samaritanos, consúltese Basnage, Histoire des Juifs, una obra erudita é imparcial.

(89) Siquem, Neapolis, Naplus, la residencia antigua y moderna de los Samaritanos, está situada en un valle entre el estéril Ebal, la montaña que corre al norte, y el arbolado *Garizim*, ó montaña que corre al sur á diez ó doce horas de Jerusalen. Véase Maundrel, Jornada de Alepo, etc. p. 59-63.

(90) Procop. Anecdot., c. 11. Teofan. Crón., p. 122. Juan Malala, Cron., tom. II, p. 62. Recuerdo una observacion medio filosófica y medio

supersticiosa, que la provincia que se habia arruinado por el fanatismo de Justiniano, era la misma que atravesaron los Mahometanos para internarse en el imperio.

(91) La espresion de Procopio es notable: οὐ γὰρ οἱ ἐδόκει φόνος ἀνθρώπων εἶναι, ἥν γε μὴ τῆς αὐτοῦ δόξης οἱ τελευτῶντες τύχοιεν ὄντες. Anecdot. c. 13.

(92) Véase la crónica de Victor., p. 528 y el testimonio orijinal de las leyes de Justiniano. Durante los cinco años de su reinado, el mismo Baronio, en estremo festivo con el emperador, quien galanteaba á los papas, hasta que los tuvo en su poder.

(93) Procopio, Anecdot., c. 13. Evagrio, l. IV, c. 10. Si los eclesiásticos nunca leyeron al secreto historiador, sus recelos prueban al menos el odio jeneral.

(94) Sobre el asunto de los tres capítulos, los actos orijinales del V concilio jeneral de Constantinopla, suministran muchos conocimientos inútiles, aunque auténticos (Concil., tom. IV, p. 1-419). El *Griego* Evagrio es menos estenso y esmerado (l. IV, c. 38) que los tres celosos *Africanos*, Facundo (en sus doce libros, de tribus capitulis, que están publicados mas enmendadamente por Sirmon), Liberato (en su Breviarum, c. 22. 23, 24, y Victor Turunensis en su crónica (in tom. I, Antiq. Lect. Canisii, p. 330-334). El Liber pontificalis, ó Anastasio (en Vijilio, Pelajio, etc.), es un testimonio orijinal *italiano*. El lector moderno puede sacar algunos conocimientos de Dupin (Bibliot. Ecclés., tom. V, p. 189-207) y Basnage (Hist. de l'Eglise, tom. I, p. 519-541), con todo el último está muy desaforado con los papas.

(95) Oríjenes tiene una gran propension para imitar el πλάνη y δυσσέβεια de los antiguos filósofos (Justiniano, ad Mennam, in Concil., tom. VI, Sus opiniones moderadas eran repugnantes al zelo dep. 356). la iglesia, se halló que era criminal de herejía de la razon.

(96) Basnage Præfat. p. 11-14, ad tom. I, Antiq. Lect. Canis. ha pesado el crímen y la inocencia de Teodoro de Mapsuescia. Si compusiese 10.000 volúmenes, tantos errores seria una concesion caritativa. En todos los catálogos subsiguientes de los heresiarcas, está incluso él solo, sin sus dos hermanos: y corresponde al crítico Asemano (Bibliot. Orient., tom. IV, 203-267) el comprabar la sentencia.

(97 Véanse las quejas de Liberato y Victor, y las exhortaciones del papa Pelajio al conquistador y exarca de Italia. Schisma.... per potestates publicas opprimatur, etc. (Concil., tom VI p. 467 etc). Se detuvo á un ejército, para sofocar la sedicion de una ciudad ilírica. Véase Procopio (de Bell. Goth. l. IV c. 25): ὧνπερ ἕνεκα σφίσιν αὐτοῖς οἱ Χριστιανοὶ διαμάχονται. Parece prometer una historia eclesiástica. Hubiera sido curiosa é imparcial.

(98) El papa Honorio reconcilió á los obispos del patriarcado de Aquileya A. 638) Muratori, Annali, d'Italia, tom. V, p. 376); pero volvieron á enemistarse, y el cisma no se estinguió enteramente hasta 698. Catorce años antes la iglesia de España habia mirado el V concilio jeneral con silencio despreciador (XIII, Concil. Toletan. in Consil., tom. VII, p. 487-494).

(99) Nirecio obispo de Tréveris (Concil., tom. VI, p. 511-513): él como la mayor parte de los prelados galicanos (Gregor. Epist., l. VII, ep. 5, in Concil., tom VI, p. 1007), fué separado de la comunion de los cuatro patriarcas, por haberse negado á condenar los tres capítulos. Baronio casi pronuncia la condena de Justiniano (A. 565, N.º 6).

(100) Despues de referir la última herejía de Justiniano (l. IV, c. 39, 40, 41), y el edicto de su sucesor (l. V, c. 3), lo restante de la historia de Evagrio se reduce á acontecimientos civiles, en vez de eclesiásticos.

(101) Esta estraordinaria doctrina de los Nestorianos, y quizás incompatible, habia sido observada por La Croze (Christianisme des Indes, tom. I. p. 19, 20), y está esplicada mas estensamente por Abulfaraje Bibliot. Orient., tom II, p. 292. Hist. Dinast., p. 91, vers. Latin Pocock) y Asemano (tom IV, p. 118). Parecen estar ignorando que podian alegar la autoridad positiva de la ectesis. Ὁ μίαρος Νεστόριος καὶπερ τὴν θείαν τοῦ Κυρίου ἐνανθρώπησιν, καὶ δύο εἰσάγων υἱοῦς (la reconvencion usual de los Monofisitas). δύο θελήματα τουτῶν εἴπειν οὐκ ἐτόλμησε, τουνάντιον δὲ ταῦτο βουλιαν τῶν... δύο πρόσωπων ἐδόξασε (Concil., tom. VII, p, 205).

(102) Véase la fé ortodoja en Petavio (Dogmata Theolog., tom. V, l. IX, c. 6-10, p. 433-447): todos los puntos de esta controversia se hallan en el diálogo griego, entre Máximo y Pirro (ad calcem, tom VIII, Annal. Baron., p. 755-794), que hace referencia á una verdadera conferencia, que produjo una conversion de corta temporada.

(103) Impiissimam ecthesim... scelerosum typum (Concil., tom. VII, p. 366) diabolicæ operationis genimina (fors *germina*, ó de otro modo el griego γεννήματα, en el orijinal. Concil., p. 363, 364) son las espresiones del anatema XVIII. La epístola del papa Martin á Amando, obispo galicano, infama á los Monotelitas y su herejía con igual desenfado (p. 392).

(104) Los padecimientos de Martin y Máximo, están descritos con sencillez patética en sus cartas y actos orijinales (Concil., tom VII, p. 63-78. Baron. Annal. Eccles. A. 656, N.º 2 et annos subsecuent). Con todo, el castigo de su desobediencia ἐξόρια y σώματος αἴκισμος, habia sido anunciado previamente en el Tipo de Constanteo (Concil., tom VII, p. 240).

(105) Eutiquio (Annal., tom. II, p. 368 supone equivocadamente que los 124 obispos del sínodo romano se trasportaron á Constantinopla; y

agregándose á los 168 griegos compusieron el sexto concilio de 292 padres.

(106) El Monotelita Constante era aborrecido de todos, διὰ τοι ταῦτα (dice Teófanes, Cron. p. 292) ἐμισήθη σφοδρως παρὰ πάντων. (Cuando salió fallido el milagro del fraile monotelita el pueblo gritó. ὁ λαὸς ἀνεβόησε (Concil., tom. VII p. 1032). Pero esto fué un ímpetu natural y transitorio; y temo que la última sea una anticipacion de ortodojía en el buen pueblo de Constantinopla.

(107) La historia del Monotelitismo puede hallarse en las actas de los Sínodos de Roma (tom VII, p. 77-395, 601-608 y Constantinopla p. 609-1429). Baronio estracta algunos documentos orijinales de la librería vaticana; y su cronolojía esta rectificada por la actividad de Pagi. Hasta Dupin (Bibliothéque Ecclés., tom. VI, p. 57-71) y Basnage (Hist de l'Eglise, tom. I, p. 541-555) suministra un compendio regular.

(108) En el sínodo de Lateran de 679, Wilfrido, un obispo anglosajon firmó pro omni Aquilonari parte Britanniæ et Hiberniæ, quæ ab Anglorum et Brittonum, necnon Scotorum et Pictorum gentibus colebantur. (Edio, in Vit St. Wilfrid., c. 31, apud Pagi, Critica, tom. III, p. 88). Teodoro (magnæ insulæ Britanicæ archiepiscopus et philosophus) se hizo esperar por mucho tiempo en Roma (Concil., tom. VII, p. 714), pero se contentó con tener (A. 680) su sínodo provincial de Hatfield, en el que recibió los decretos del papa Martin y el primer concilio de Lateran, contra los Monotelitas (Concil., tom. VII, p. 597, etc.). Teodoro, un fraile de Tarso en Cilicia, habia sido nombrado para la primacía de Bretaña por el papa Viteliano. (A. 668, véase Baronio y Pagi), cuyo aprecio por su sabiduría y relijiosidad, fué apeado por alguna desconfianza, de su caracter nacional — ne quid contrarium veritati fidei, Græcorum more, in ecclesiam cui præsset introduceret. Enviose al Ciciliano desde Roma á Cantorbery encargado á un guia africano (Bedæ Hist. Eccles. Anglorum, l. IV, c. 1). Se adhirió á la doctrina romana; y el mismo credo de la encarnacion se trasmitió sin alteracion desde Teodoro hasta los primados modernos, cuyos profundos conocimientos se hallan quizás muy pocas veces empeñados en este intrincado misterio.

(109) Este nombre desconocido hasta el siglo décimo, parece ser de oríjen siríaco. Inventáronlo los Jacobitas y lo adoptaron con afan los Nestorianos y Mahometanos; pero los Católicos lo acpetaron sin empacho, y se halla con frecuencia en los Anales de Eutiquio (Asseman. Bibliot. Orient., tom. II, p. 507, etc. tom. III, p. 355. Renaudot, Hist. Patriarch. Alexandrin. p. 119). Ἡμεῖς δοῦλοι τοῦ Βασιλέως, era la reclamacion de los Padres de Constantinopla (Concil. tom. VII, p. 765).

(110) El siríaco, que los naturales revelaban como su idioma primitivo, se dividia en tres dialectos. 1. El *Arameo*, segun se hablaba en Edesa y las ciudades de la Mesopotamia. 2. El *Palestino*, que se estilaba en Jerusalen, Damasco y el resto de Siria. 3. El *Nabateo*, el idioma cerril de las montañas de Asiria y las aldeas del Irak (Gregor. Abulpharag. Hist. Dymost. p. 11). Sobre el siríaco véase á Ebed-Jesu (Asseman., tom III, p. 326, etc.). quien solo con sonora preocupacion, podia preferirse al arábigo.

(111) No supliré mis cortos alcances con los despojos de Simon, Watton, Mill, Wetstein, Asemano, Ludolfo, La Croze, á quienes he consultado con atencion. Aparece, 1. Que de todas las versiones celebradas por los padres, es dudoso que exista ninguna en su primitivo estado. 2. Que el siríaco tiene mas derecho; y el consentimiento de las sectas orientales comprueba que es aun mas antiguo que su cisma.

(112) En la relacion de los Monofisitas y Nestorianos, debo mucho á la Biblioteca Orientalis Clementino—Vaticana de José Simon Asemano. En el año 1715, el papa Clemente XI envió á aquel instruido Maronita á visitar los monasterios de Ejipto y Siria, en busca de manuscritos. Sus cuatro volúmenes en folio, publicados en Roma en 1719-1728, no contienen mas que una parte, aunque quizás la mas apreciable, de su grandioso proyecto. Como solariego y escolástico, conocia la literatura siríaca; y aunque dependia de Roma, trató de ser moderado y sincero.

(113) Véanse los cánones de Nicea en la traduccion de Abrahan Ecchelensis, N.° 37, 38, 39, 40. Concil. tom. II, p. 335, 336, edic. Venec. Estos títulos vulgares de *Niceno* y *Arábigo* son ambos apócrifos. El concilio de Nicea no decretó mas qué veinte cánones (Teodoreto, Hist. Ecclés., l. I, c. 8); y los setenta ú ochenta restantes se tomaron de los sínodos de la iglesia griega. La erudicion siríaca de Marutas ya no existe (Asemano Bibliot. Oriental, tom. I, p. 195, tom. III p. 74) y la version arábiga está tildada con muchas interpolaciones recientes. Con todo, este código contiene muchos restos curiosos de la disciplina eclesiástica, y desde que se halla igualmente respetado por todas las sectas del Oriente, se terminó probablemente antes del cisma de los Nestorianos y Jacobitas (Fabric. Bibliot. Græc. tom. XI, p. 363-367).

(114) Teodoro el lector (l. II, c. 5, 49 ad calcem Hist. Eccles.) ha dado á conocer esta escuela persa de Edesa. Su antiguo esplendor y las dos eras de su decadencia (A. 431 y 489) se hallan claramente esplicadas por Asemano (Bibliot. Orient., tom. II, p. 402, III, p. 376, 378, IV, p. 70, 924).

(115) Una disertacion sobre el estado de los Nestorianos, se ha aumentado en manos de Asemano á un volúmen de 950 pájinas, y sus instruc-

tivas investigaciones están coordinadas con sumo arreglo. Además del tomo IV de la *Bibliotheca Orientalis*, pueden consultarse con provecho los estractos de los tres primeros tomos (tom. I, p. 203, II, p. 321-463, III, 64-70, 378-395, etc. 403-408, 580-589).

(116) Véase la Topografía Cristiana de Cosmas, llamado Indicopleustes, ó el navegante indio, l. III, p. 178, 179, l. XI, p. 337. La obra entera, de la que pueden hallarse algunos estractos curiosos en Focio (cod. XXXVI, p. 9, 10 edic. Hoeschel), Thevenot (en la 1.ª parte de su Relation des Voyages, etc.) y Fabricio (Bibliot. Græc. l. III, c. 25, tom. II, p. 603-617), la publicó el padre Montfaucon en París, 1707, en la Nova Collectio Patrum (tom. II, p. 113-346). El ánimo del autor es impugnar la herejía impía de aquellos que sostienen, que la tierra es un globo, y no un plano alargado, como lo representan las Escrituras (l. II, p. 138). Pero la ignorancia del fraile está revuelta con los conocimientos prácticos del viajero, que hizo su viaje A. 522, y publicó su libro en Alejandría, A. 547 (l. II, p. 140, 141. Montfaucon, Præfat. c. 2). El Nestorianismo de Cosmas, desconocido á su sabio editor, lo descubrió La Croze (Christianisme des Indes, tom. I, p. 40-55), y lo confirma Asemano (Bibliot. Orient. tom. IV, p. 605, 606).

(117) En sus grandes progresos á Musul, Jerusalen, Roma, etc. el cuento de Preste Juan se convirtió en una fábula monstruosa, tomando algunos pasos del Lama del Tibet (Hist. Généalogique des Tartares, P. II, p. 42. Hist. de Gengiscan, p. 31, etc.), y los Portugueses la trasmitieron abultada al emperador de Abisinia (Ludolf. Hist. Æthiop. Comment. l. II, c. 1). Con todo es probable que en los siglos XI y XII la horda de los Keraitas profesaba el cristianismo nestoriano (D'Herbelot, p. 256, 915, 959. Asemano, tom. IV, p. 468-504) (*).

(118) La concordancia de los testigos chinos, árabes, siríacos y latinos prueba incontrastablemente el cristianismo de la China, entre los siglos séptimo y décimotercio (Asemano, Biblioth. Orient., tom. IV, p. 502-552. Mém. de l'Académie des Inscript. tom. XXX, p. 802-819). La inscripcion de Siganfu, que atestigua las ventajas conseguidas por la iglesia nestoriana, desde la primera mision, A. 636, hasta el año corriente, de 781, la miran como una impostura La Croze, Voltaire, etc. quienes vienen á ser engañados por su misma perspicacia, en tanto que temen un fraude jesuítico (**).

(*) Una de las cuestiones mas interesantes de la historia oriental es, hasta que punto llegó á estenderse el cristianismo nestoriano entre las tribus tártaras. M. Schmidt (Geschichte der Ost Mongolen, notas, p. 383) habla del Cristianismo de Ong Chaghan, y sus súbditos los Keraitas. — M.

(**) Este célebre monumento, cuya autenticidad han negado muchos, mas

(119) Jacobitæ et Nestorianæ plures quam Græci et Latini. Jacobo á Vitriaco, Hist. Hierosol., l. II, c. 76, p. 1093 en el Gesta Dei per Francos. El número lo trae Thomassin, Discipline de l'Église, tom. I, p. 172.

(120) La division del patriarcado se halla delineada en la Biblioteca Oriental de Asemano, tom. I, p. 523-549, tom. II, p. 457, etc. tom. III, p. 603, p. 621-623, tom. IV, p. 164-169; p. 423, p. 622-629, etc.

(121) El lenguaje pomposo de Roma, sobre la sumision de un patriarca nestoriano, se halla elegantemente manifestado en el libro VII de Fra-Paolo, Babilonia, Ninivea, Arbela y los trofeos de Alejandro, Tauro, Echatana, el Tigris y el Indo.

(122) El misionero indio Santo Tomás, apóstol, Maniqueo ó comerciante armenio (La Croze, Cristianisme des Indes, tom. I, p. 57-70), era ya célebre en tiempo de Jerónimo (ad Marcellum, epíst. 148). Marco-Polo se enteró en el mismo sitio en que padeció el martirio en la ciudad de Malabar ó Meliapur, á una legua de Madras (D'Anville, Éclaircissements sur l'Inde, p. 125), en donde los Portugueses fundaron una iglesia episcopal, bajo el nombre de Santo Tomás, en la que el santo ha-

bien por odio á los jesuitas, por quienes fué dada á conocer, que en vista de un sincero exámen, se halla jeneralmente admitida como verdadera. El texto chino y los hechos á que se refiere, son pruebas irrecusables de su autenticidad. Este monumento se erijió en memoria del establecimiento del Cristianismo en China. Está fechado del año 1092 de la era de los Griegos, ó la Seleucida, A. 781, en tiempo del patriarca nestoriano Anan-jesu. Erijiólo Iezdbuzid, sacerdote y arzobizpo de *Chudan*, esto es, de la capital del imperio chino, é hijo de un sacerdote procedente de Balkhin Tokharistan. Entre los varios argumentos que hay, en favor de la autenticidad de este monumento, y de los cuales aun no se ha hecho mérito, puede contarse el nombre del sacerdote por quien fué erijido. Este era Persa, y en la época en que se descubrió, era imposible el que se inventase, porque no habia obra alguna por la cual pudiera idearse. No creo que desde aquel período, se haya publicado ningun libro, en el cual se halle por segunda vez. Es muy célebre entre los Armenios, y lo derivan de un mártir, de nacimiento persa y entroncado con la alcurnia real, que pereció á mediados del siglo séptimo, estendiéndose su fama por todas las naciones cristianas del Oriente. San Martin, vol. I, p. 69. M. Remusat ha manifestado tambien de un modo terminante su concepto de la autenticidad de este monumento. Mélanges Asiatiques, P. I, p. 33. D' Ohson, en su Historia de los Mogoles, es del mismo parecer. No obstante M. Schmidt (Goschichte der Ost Mongolen, p. 384) niega, el que se haya alistado prueba alguna cabal de la existencia de semejante monumento en China, ó que no se construyese en Europa. Pero si hubiese sido una invencion de los jesuitas, ¿no hubieran estos tratado de arreglarlo de algun modo provechoso? — M.

cia un milagro anual, el cual se interrumpió por la vecindad profana de los Ingleses (La Croze, tom. II, p. 7-16).

(123) Ni el autor de la Crónica Sajona (A. 883) ni Guillermo de Malmesbury (de Gestis Regum Angliæ, l. II, c. 4, p. 44) eran capaces, en el siglo doce, de inventar este hecho estraordinario; y mucho menos de esplicar las causas y disposiciones de Alfredo, de modo que su breve relacion, no hace mas que escitar nuestra curiosidad. Guillermo de Malmesbury conoce la dificultad de la empresa, quod quivis in hoc sæculo miretur, y casi malicio que los embajadores ingleses se ajenciaron su cargamento y la leyenda en Ejipto. El autor real no ha enriquecido su Orosio (véanse las Miscelaneas de Barrington) con un viaje indio, así como con uno escandínavo.

(124) Con respecto á los Cristianos de Santo Tomás, véanse Asemano Bibliot. Orient., tom. IV, p. 391-407, 435-451; Geddes, Historia de la Iglesia de Malabar, y sobre todos, La Croze, Histoire du Cristianisme des Indes, en 2 vol. 12.º, La Haya, 1758, una obra instructiva y agradable. Han tomado del mismo manantial, las narraciones italianas y portuguesas, y las vulgaridadas de los jesuitas se hallan harto enmendadas con las de los protestantes (*).

(125) Οἷιον εἰπεῖν ψευδαλήθης es la espresion que usa Teodoro, en su Tratado de la encarnacion, p. 245, 247 como lo cita La Croze (Hist. du Christianisme d'Éthiopie et d'Arménie, p. 35) quien esclama, quizá con demasiada precipitacion, «¡Quel pitoyable raisonnement!» Renaudot ha hablado (Hist. Patriarch. Alex., p. 127-138) de los acontecimientos orientales de Severo; y su credo auténtico se halla en la epístola de Juan el Jacobita, patriarca de Antioquía, en el siglo décimo, á su hermano Menas de Alejandría (Asemano, Bibliot. Orient., tom. II, p. 132-141).

(126) Epist. Archimadritarum et Monachorum Syriæ Secundæ ad Papam Hormisdam, Concil. tom. V, p. 598-602. El valor de San Sebastian, ut leo animosus, basta para abonar la sospecha de que las armas de estos frailes no siempre eran espirituales ó defensivas (Baronio, A. 513 N.º 7, etc.).

(127) Asemano (Bibliot. Orient., tom. II, p. 10-46) y La Croze (Cristianisme d'Éthiopie, p. 36-50) pueden proporcionar la historia de Jenais ó Filojeno, obispo de Maburgo, ó Hierápolis, en Siria. Poseia á la

(*) Los Cristianos de Santo Tomás habian merecido grandísimo aprecio en la imajinacion ardiente del obispo Heber. Véase su carta interesante y muy característica, á sus amigos, á Marco Atanasio, suplemento á un diario. Los argumentos de su amigo y coadyutor, M. Robinson (Ultimos dias del obispo Heber), no me han convencido de que el Cristianismo de la India sea mas antiguo que la dispersion nestoriana. — M.

perfeccion el idioma siríaco, y era el autor ó editor de una version del Nuevo Testamento.

(128) Los nombres y dictados de cincuenta y cuatro obispos que fueron desterrados por Justino, se conservan en la Crónica de Dionisio (Apud Asseman., tom. II, p. 54). Severo fué emplazado á comparecer personalmente en Constantinopla—para su prueba, dice Liberato (Brev. c. 19)—para cortarle la lengua, dice Evagrio (l. IV, c. 4). El prudente patriarca no se paró á deslindar la diferencia. Esta revolucion eclesiástica la coloca Pagi en el mes de setiembre del año 518 (Critica, tom. II, p. 506).

(129) La oscura historia de Santiago, ó Jacobo, Baradeo, ó Zanzalusto, puede tomarse de Eutiquio (Anal., tom. II, p. 144, 147), Renaudot (Hist. Patriarch. Alex., p. 133), y Asemano (Bibliot. Orient., tom. I, p. 424, tom. II, p. 61-69, 324-332, 414. tom. III, p. 385-388). Parece ser desconocido á los Griegos. Los mismos Jacobitas habian mas bien derivado su nombre y preocupaciones de Santiago apóstol.

(130 Las noticias de su persona y escritos componen sin duda alguna, el trozo mas interesante de la Biblioteca de Asemano (tom. II, p. 244-321, bajo el nombre de *Gregorius Bar-Hebræus*). La Croze (Christianisme d'Éthiopie, p. 53-63) se mofa de la preocupacion de los Españoles con respeto á la sangre judía que profana secretamente su iglesia y estado.

(131) Esta terquedad *escesiva*, la ridiculiza La Croze (p. 352) y hasta el Sirio Asemano (tom. I, p. 226, tom. II, p. 304, 805).

(132) El estado de los Monofisitas está perfectamente descrito en una disertacion al principio del volúmen II, de Asemano que contiene 142 pájinas. La Crónica Siríaca de Gregorio Bar-Hebræo, ú Abul-faraje (Bibliot. Orient., tom. II, p. 321-463), continúa la doble série de los Nestorianos *Católicos* y los *Mafrianos* de los Jacobitas.

(133) El uso sinónimo de estas dos voces se halla probado en Eutiquio (Anal. tom. II, p. 191, 267, 332); y muchos pasos semejantes que contiene la tabla metódica de Pocock. No influia en él ninguna preocupacion contra los Maronitas del siglo décimo, y bien puede darse crédito al testimonio de un Melchita, cuando se halla confirmado por los Jacobitas y Latinos.

(134) Concil. tom. VII, p. 780. La causa monotelita la sostuvo con ardid y entereza Constantino, sacerdote sirio de Apamea (p. 1040, etc.).

(135) Teófanes (Chron., p. 295, 296, 300, 302, 306) y Cedreno (p. 437, 440) refieren las victorias de los Mardaites: el nombre (*Mard* en siríaco *rebellavit*) lo esplica La Roque (Voyage de la Syrie, tom. II, p. 53); las fechas las apunta Pagi (A. 676, N.º 4-14, A. 685, N.º 3,

4) y hasta la confusa relacion del patriarca Juan Maron (Asemano, Bibliot. Orient., tom. I, p. 496-520) refiere, desde el año 686 al 707, los disturbios del Monte Líbano (*).

(136) En el último siglo todavía existian veinte corpulentos cedros (Voyage de la Roque, tom I, p. 68-76); en la actualidad no hay mas que cuatro ó cinco (Volney, tom. 1, p. 264) (**). Estos árboles, tan célebres en la Sagrada Escritura, estaban resguardados por una escomunion: su madera no se empleaba mas que para crucecitas, etc.; anualmente se celebraba una misa bajo su sombra; y los Sirios les atribuian la potestad sensitiva de enderezar sus ramas para rechazar la nieve, en lo que el Monte Libano es menos sincero de lo que lo describe Tácito: inter ardores opacum fidumque nivibus — una osada metamorfosis (Hist. v. 6).

(137) El testimonio de Guillermo de Tiro (Hist. in Gestis Dei per Francos, l. XXII, c. 8, p. 1022) lo copia ó confirma Santiago de Vitra (Hist. Hierosolym., l. II, c. 77, p. 1093, 1094). Pero esta liga tan irregular espiró con el poder de los Francos; y Abul-faraje (que murió en 1286) considera á los Maronitas como una secta de Monotelitas (Bibliot. Orient. tom. II, p. 292).

(138) Hallo una descripcion é historia de los Maronitas en el Voyage de la Syrie et du Mont Liban, par La Roque (2 vol. en 12.° Amsterdan, 1723; particularmente tom. I, p. 42-47, p. 174-184, tom. II, p. 10-120). En la parte antigua, copia las preocupaciones de Nairon y los otros Maronitas de Roma, á las que Asemano no se atreve á rechazar y se empacha de apoyarlas. Sobre este punto puede consultarse á Jablonski (Institut. Hist. Christ., tom. III, p. 186), Niebuhr (Voyage de l'Arabie, etc. tom. II, p. 346, 370-381) y, sobre todos, al ajuiciado Volney (Voyage en Egypte et en Syrie, tom. II, p. 8-31, Paris, 1787).

(139) La relijion de los Armenios la ha descrito brevemente La Croze (Hist. du Christ. de l'Éthiopie et de l'Arménie de Galano (3 vol. en fol., Roma, 1650-1661), y ensalza el estado de la Armenia en el tercer volúmen de las Nouveaux Mémoires des Missions du Levant. La obra de un jesuita debe de ser muy perfecta cuando la alaba La Croze.

(a) Véase v. II, c. XX, p. 324.—M.

(140) El cisma de los Armenios se coloca ochenta y cuatro años des-

(*) Sobre los Mardaites véase á Anquetil du Perron, en el volúmen décimo quinto de las Mém. de l'Acad. des Inscriptions; y Schlosser, Bilderstürmenden Kaiser, p. 100.— M.

(**) Conté once ó doce de los árboles mas antiguos y de mejor apariencia; veinte y cinco muy altos, unos cincuenta de tamaño regular; y mas de trescientos pequeños y tiernos. Viajes de Burckhardt á Siria, p. 19. —M.

pues del concilio de Calcedon. (Pagi, Critica, ad A. 535). Se consumó al cabo de diez y siete años; y desde el año de Cristo 552 fechamos la era de los Armenios (l'Art de verifier les Dates, p. XXXV).

(141) Los dictámenes y paradero de Julian de Halicarnaseo pueden verse en Liberato (Brev. c. 19), Renaudot (Hist. Patriarch. Alex. p. 132, 303), y Asemano (Bibliot. Orient. tom. I, Dissertat. de Monophysitis, l. VIII, p. 286).

142) Véase un hecho notable del siglo XII en la Historia de Nicetas Coniates (p. 258). Con todo, trescientos años antes Focio (Epistol. II, p. 49, edit. Montacut.) se afamó con la conversion de los Armenios.— λατρεύει σήμερον ὀρθοδόξως.

(143) Los traficantes armenios siguen el camino de los demás viajeros, y su iglesia se halla en la carretera real entre Constantinopla é Ispahan: sobre su actual estado, véase á Fabricio (Lux Evangelii, etc. c. XXXVIII p. 40-51), Oleario (l. IV, c. 40) Chardino (vol. II, p. 232), Tournefort (carta XX) y sobre todo, Tavernier (tom. I, p. 28-37, 510-518), aquel joyero ambulante que nada habia leido, pero que habia visto mucho, y con provecho.

(144) La historia de los patriarcas alejandrinos, desde Dióscoro á Benjamin, está tomada de Renaudot (p. 114-164) y el tomo segundo de los Anales de Eutiquio.

(145) Liberat. Brev. c. 20, 23. Victor Chron. p. 329, 330. Procop. Anecdot. c. 26, 27.

(146) Elojio que habia sido fraile de Antioquía, era mas bien tenido por astuto que elocuente. Probó que los enemigos de la Fe, las Gaianitas y Teodosianos, no debian reconciliarse: que la misma proposicion en boca de San Cirilo, podia ser ortodoja y herética en la de Severo; que los asertos opuestos de San Leon eran tambien verdaderos, etc. Sus escritos ya no existen, á no ser en los Estractos de Focio, quien los habia desentrañado con ahínco y satisfaccion, cod. CCVIII, CCXXVI, CCXXVII, CCXXX, CCLXXX.

(147) Véase la Vida de Juan el limosnero por su contemporáneo Leoncio, obispo de Neapolis, en Chipre, cuyo texto griego, bien que estraviado de oculto, se refleja en la version latina de Baronio (A. 610, N.º 9, A. 620 N.º 8). Pagi (Critica, tom. II, p. 763) y Fabricio (l. V, c. 11, tom. VII, p. 454) han hecho algunas observaciones críticas.

(148) Este número está tomado de las interesantes Recherches sur les Egyptiens et les Chinás (tom. II, p. 192, 193); y parece mas probable que el de 600.000 antiguo ó 15.000 moderno, Coptas de Gemelli Carreri. Cirilo Lucar, el patriarca protestante de Constantinopla, se lamenta de que aquellos herejes eran diez veces mas que sus Griegos ortodojos,

aplicando injeniosamente el πολλαί κεν δεκάδες δευοίατο οἰνοχόοιο de Homero (Iliad II, 128), la mejor prueba de desprecio (Fabric. Lux. Evangelii, 740).

(149) La historia de los Coptos, su relijion, costumbres, etc. pueden hallarse en la obra del abate Renaudot, que ni bien es traduccion ni orijinal; el Chronicon Orientale de Pedro, un Jacobita; en las dos versiones de Abraham Ecchellensis, París, 1651; y Juan Simon Asemano, Venec. 1729. Estos anales no alcanzan sino hasta el siglo décimotercio. Las relaciones mas recientes deben buscarse en los viajeros por el Ejipto y las Noureaux Memoires des Missions du Levant. En el último siglo, José Abudacnus, natural del Cairo, publicó en Oxford, en treinta pájinas, una lijera Historia Jacobitarum. 147. post. 150.

(150) Sobre el año 737. Véase Renaudot, Hist. Patriarch. Alex. p. 221, 222. Elmacin, Hist. Sarracen. p. 99.

(151) Ludolph. Hist. Æthiopie et Comment. l. I, c. 8. Renaudot, Hist. Patriarch. Alex., p. 480, etc. esta especie introducida en Ejipto y Europa por ardid de los Coptos, el orgullo de los Abisinios, y el conducto é ignorancia de los Turcos y Árabes, carece de todo asomo de verdad. Las lluvias de la Etiopía, en el crecimiento del Nilo, no consultan la voluntad del monarca. Si el rio se estiende hasta Napata, á tres jornadas del Mar Rojo (véanse los mapas de D'Anville), el formar un canal que dirijiese su curso exjiria, y probablemente escederia, el poderío de los Césares.

(152) Los Abisinios que aun conservan las facciones y color aceitunado de los Árabes, prueban que dos mil años no bastan á mudar el color de la casta humana. Los Nubios, ralea africana, son negros castizos, tanto como los del Senegal ó Congo, con narices achatadas, labios gruesos, y cabello encrespado (Buffon, Hist. Natural, tom. V, p. 117, 143, 144, 166, 219, edic. en 12.º París 1769). Los antiguos contemplaron, sin darle mucha importancia, el estraordinario fenómeno que ha embargado tanto á los filósofos y teólogos modernos.

(153) Asemano, Bibliot. Orient. tom. I, p. 329.

(154) El cristianismo de los Nubios, A. 1153 lo atestigua el jerife al Edrisi, descrito equivocadamente bajo el nombre del jeógrafo nubio (p. 18), quien los representa como una nacion de Jacobitas. Los rayos de luz que se desprenden de la historia de Renaudot (p. 178, 220-224, 281-286, 403, 434, 451, 464) corresponden á esta era. Véase el estado moderno en las Lettres Édifiantes (Recueil, IV) y Busching (t. IX, p. 152-159 por Berenger).

(155) El abuna lo honran impropiamente los latinos con el dictado de patriarca. Las Abisinios no reconocen mas que los cuatro patriarcas, y su

jefe no es mas que un primado nacional ó metropolitano (Ludolph. Hist. Æthiopic. et Comment. l, III, c. 7). Los siete obispos de Renaudot (p. 511), que habia en el año 1131, son desconocidos al historiador.

(156) No se porque Asemano (Bibliot. Orient. tom. II, p. 384) ha de hablar aquí de las misiones probables de Teodora en Nubia y Etiopía. Las escasas noticias de Abisinia hasta el año 1500, las toma Renaudot (p. 336-341, 381, 382, 405, 443, etc. 452, 456, 463, 475, 480, 511, 525, 559-564) de los escritores Coptos.

(157) Ludolph. Hist. Æthiopic., l. IV, c. 5. Las artes mas indispensables, las desempeñan los Judíos, y el comercio estranjero está en manos de los Armenios. Lo que Gregorio admiró y envidió principalmente, fué la industria de Europa, artes et opificia.

(158) Juan Bermudez, cuya relacion, impresa en Lisboa, 1569, la tradujo en inglés Purchass (Pilgrims, l. VII, c. 7; p. 1149, etc.), y luego en francés La Croze (Christianisme d'Éthiopie, p. 92-265). El trozo es interesante; pero puede maliciarse que el autor trató de engañar á Roma, Abisinia y Portugal. Su dictado de patriarca es muy dudoso (Ludolph. Comment. N.º 101, p. 473).

(159) Religio Romana..... nec precibus patrum, nec miraculis ab ipsis editis sufficiebatur, es la incontrastable seguridad del devoto emperador Susneo á su patriarca Mendez (Ludolph. Comment. N.º 126, p. 529); y tales seguridades debian guardarse con esmero, como un antídoto contra cualquiera leyenda maravillosa.

(160) Ignoro si es muy reciente la cuestion de la circuncision. Con todo puedo asegurar, 1. Que los Etíopes tienen una causa física para verificar la circunsicion de los varones, y hasta de las hembras. (Recherches Philosophiques sur les Americains, tom. II). 2. Que estaba en uso en Etiopía mucho antes de la introduccion del Cristianismo ó el Judaismo (Herodot., l. II, c. 104. Marsham Canon Chron, p. 72, 73). «Infantes circumcidunt ob consuetudinem non ob Judaismum,» dice Gregorio el sacerdote abisinio (apud Fabric. Lux Christiana, p. 720). Con todo, en el acaloramiento de una disputa, algunas veces se motejaba á los Portugueses con el apodo de *incircumcisos* (La Croze, p. 80. Ludolph. Hist. y Comment., l. III, c. 1),

(161) Los tres historiadores protestantes, Ludolfo (Hist. Ætiopica, Francfort, 1681; Commentarius, 1691; Relatio Nova, etc. 1695, en folio), Geddes (Church History of Æthiopia, London, 1696, en 8.º), y La Croze (Hist. du Christianisme d'Ethiopie et d'Armenie, La Haye, 1739 en 12.º), han sacado sus principales materiales de los Jesuitas, particularmente de la historia Jeneral de Tellez, publicada en Portugués en Coimbra, 1660. Debemos estrañar su desembozo, pero su vicio mas abo-

minable, el espíritu de persecucion, era á sus ojos la virtud mas meritoria. Ludolfo poseia alguna escasa ventaja con el conocimiento de la lengua etiópica, y la conversacion de Gregorio, sacerdote abisinio muy despreocupado, á quien convidó á pasar, de Roma á la corte de Saxo-Gota. Véase la Theolojía Æthiopica de Gregorio, en Fabricio, Lux Evangelii, p. 716-734 (*).

(*) Los viajes de Bruce ilustrados por los de M. Salt, y la narracion de Nataniel Pearce, nos vuelven á poner en contacto con aquella remota rejion. Cualesquiera que sean sus opiniones especulativas, las costumbres bárbaras de los Etíopes se van al parecer sobreponiendo por cada dia á las prácticas de la Cristiandad. —M.

CAPITULO XLVIII.

Plan de los tres tomos últimos. — Sucesion é índole de los emperadores Griegos de Constantinopla, desde el tiempo de Heraclio, hasta la conquista de los Latinos.

He ido ya eslabonando desde Trajano á Constantino, y desde este hasta Heraclio, la sucesion perpetua de los emperadores Romanos, desentrañando, sin rebozo, los vaivenes de prosperidad ó de quebranto, de sus reinados. Quedan ya traspuestos cinco siglos de la decadencia y ruina del imperio, pero media todavía un plazo de ocho siglos, hasta el paradero de mis tareas, la toma de Constantinopla por los Turcos. Perseverando en mi carrera, y al idéntico paso, se iria mas y mas adelgazando y redoblando el hilo de mi narracion por tomos sin cuento, sin que cupiesen al lector recompensa proporcionada de instruccion y recreo. Al mover la planta y engolfarnos hondamente en el menoscabo y derribo del imperio oriental, los anales de cada reinado nos atarearian con afan mas árido y desabrido; pues todos seguirian repitiendo y menudeando la relacion cansadísima de flaquezas y desdichas. El enlace natural de causas y acontecimientos, padeceria quiebras incesantes y atropelladas y agolpando y desmenuzando particularidades, se nublarian los destellos y resultados de aquellos cuadros jenerales que constituyen la utilidad y la gala de una historia lejana. Fallece Heraclio, y el teatro Bizantino se estre-

cha y se enlobreguece; los ámbitos del imperio, deslindados con las leyes de Justiniano y las armas de Belisario, se van encojiendo al mirarlos; el nombre Romano, el campo grandioso de nuestros afanes, queda arrinconado en un ángulo de Europa, y reducido á los arrabales de Constantinopla, y la suerte del imperio Griego se ha parangonado con la del Rin, que desaparece por los arenales, antes de mezclar sus aguas con las del Océano. La escala de aquel señorío se va minorando mas y mas á nuestra vista, con la distancia de tiempos y lugares, sin que el menoscabo esterior se compense al interior, con rasgos pundonorosos ó científicos. Aun en su trance postrimero, descollaba positivamente Constantinopla, mas opulenta y populosa que Atenas, donde en su temporada mas floreciente veinte y un mil ciudadanos varones y adultos, poseian la suma escasa de seis mil talentos, ó cinco millones de duros. Pero cada uno de aquellos era ciudadano libre, que afianzaba á su salvo el desahogo de su independencia, en pensamientos, palabras y obras; cuyas personas y haberes vivian escudados con leyes iguales, y que gozaban de voto á su albedrío, en el gobierno de la república. Su número crece y se redobla al parecer con la variedad de sus aspectos descollantes: al resguardo de su libertad, en alas de la competencia y vanagloria, cada Ateniense aspiraba á ensalzarse hasta la cumbre del señorío nacional, desde aquella elevacion sobrehumana, todavía alzaban allá el vuelo prohombres peregrinos, fuera del alcance de los ojos vulgares, y segun escasean los varones sobresalientes en reinos dilatados y populosos, escusados son cómputos de millones soñados. Los ámbitos de Atenas, Esparta y sus aliados, vienen á igualarse con una provincia mediana de Francia y de Inglaterra; pero tras los trofeos de Salamina y de Platea, se ensanchan y se agigantan acá en la fantasía, al par de la inmensidad del Asia, hollada bajo las plantas de los Griegos victoriosos. Pero los súbditos del imperio Bizantino, que se apellidan Griegos y Romanos, afrentando á entrambos, estan mostrando una identidad yerta de villanías rastreras, sin cohonestarlas con flaquezas de la humanidad, ni realzarlas con la pujanza de atrocidades memorables. Los prohombres de la antigüedad pudieran repetir con gallardo entusiasmo la sentencia de Homero, «de que al primer dia de servidumbre, el cautivo se desmejora en la mitad de su pundonor varonil.» Mas el poeta habia presenciado solamente los resultados de la esclavitud civil ó casera, ni le cabia el predecir, que el despotismo espiritual anonadaria la segunda mitad de las potencias, maniatando, no solo para las obras, sino aun para los pensamientos, al postrado devoto. Bajo los sucesores de Heraclio, este doble yugo unció á los Griegos al mismo carro, que por ley de justicia sempiterna, pregonaba al tirano tiznado con las mismas vilezas que los súbditos, y hay que andar ya por el sólio, por el campamento y por las escuelas, en busca, tal vez con ansia inservi-

ble, de nombres é individuos que merezcan rescatarse del olvido. Ni tampoco se resarce el achaque del asunto, con el primor y las pinceladas de los retratistas. En el espacio de ocho siglos, anubla, allá los cuatro primeros, una cerrazon, en que tan solo se vislumbra tal cual destello apocado y apagadizo de luz histórica: en las vidas de los emperadores desde Mauricio hasta Alexio, tan solo el Macedonio Basilio es asunto de una obra particular, y la carencia, pérdida ó escasez de testimonios contemporáneos, tiene que suplirse mezquinamente, con la autoridad harto dudosa de hacinadores mas modernos. No escasean materiales en los cuatro siglos últimos, pues resucita con la alcurnia Comnenia, la musa histórica de Constantinopla, pero son sus galas oropeladas y su andar es desairado. Sigue su carrera una sarta de sacerdotes y palaciegos, hollando las pisadas de los anteriores, por el idéntico sendero de la servidumbre y la supersticion: sus miras son rastreras, sus conceptos endebles ó estragados, y hay que cerrarse el libro rebosante de esterilidad, sin deslindar las causas de los acontecimientos, la índole de los personajes y las costumbres del tiempo que encarecen ó zahieren. Este reparo acerca de un hombre debe recaer sobre el pueblo entero, pues la pujanza de la espada trasciende á la pluma, y se palpará con la esperiencia, que la entonacion de la historia, se encumbra ó se postra, al tenor del siglo.

Bajo este concepto orillara yo sin quebranto los esclavos Griegos y sus historiadores rastreros, á no hacerme cargo de que el paradero de la monarquía Bizantina se enlaza allá pasivamente, con las revoluciones mas sonadas y trascendentales que han variado el aspecto del orbe. Nuevas colonias y reinos crecientes fueron luego cuajando los ámbitos de las provincias perdidas, la pujanza eficaz, en paz y en guerra, desamparó á las naciones vencidas y acudió á las vencedoras; y hay que ir desentrañando, en su oríjen y conquistas, en su relijion y gobierno, las causas y efectos del menoscabo y vuelco del imperio oriental, sin que el campo y el caudal mas ó menos ameno de la narracion se deshermanen de la unidad y el blanco de nuestro intento; y así como el Musulman desde Fez ó Delhí se está siempre encarando con el templo de la Meca, tiene el historiador que clavar su vista en la ciudad de Constantinopla. Nuestro rumbo dilatadísimo tendrá que abarcar los páramos de la Arabia y de la Tartaria, para luego venir á concentrarse en los linderos menguadillos de la monarquía Romana.

Voy desde ahora á despejar mi plan, para los tres tomos últimos de toda la obra. Comprenderá el primer capitulo, eslabonadamente los emperadores que reinaron en Constantinopla durante el espacio de seis siglos, desde el tiempo de Heraclio hasta la conquista Latina; resúmen espedito, pero siempre *atenido* á la coordinacion y el texto de los historiadores orijinales. Me ceñiré, por via de encabezamiento, á los vaivenes del

sólio, la sucesion de las familias, la índole individual de los príncipes griegos, las particularidades de su vida y muerte, las máximas y el influjo de su gobierno interior, y la propension de sus reinados, para atropellar ó contener el vuelco del imperio. Esta reseña cronolójica conducirá, para despejar el contenido de los capítulos posteriores, y cuantas circunstancias asomen, por la historia conceptuosa de los bárbaros, se irán encajonando en su lugar competente de los anales Bizantinos. El estado interno del imperio y la herejía azarosa de los Paulinos, que conmovió el Oriente y vino á instruir el Occidente, serán el asunto de dos capítulos mas estos quedarán pospuestos hasta que nos hayamos adelantado hasta la perspectiva del orbe, en los siglos noveno y décimo de la era cristiana. Enquiciada así la historia Bizantina, se nos irán presentando las naciones siguientes, abultando mas ó menos, segun su poderío, trascendencia y conexion en la esfera Romana y el correspondiente siglo. I. Los Francos, denominacion jenérica que abarca los bárbaros de Francia, Italia y Jermania, unidos con la espada ó cetro de Carlo Magno. La persecucion de las imájenes y de sus devotos vino á separar la Italia toda, del sólio Bizantino, y labró el restablecimiento del imperio Romano en el Occidente. II. Los Arabes ó Sarracenos. Se dedicarán tres capítulos cuantiosos á este objeto interesante y peregrino. En el primero, tras el cuadro del país y sus habitantes, procuraré desentrañar la índole personal de Mahometo, y luego su rumbo, relijion y éxito como profeta. Encabezaré luego á los Arabes conquistando la Persia, el Ejipto y el Africa, provincias del imperio Romano; sin atajarles la carrera hasta el vuelco de las monarquías de Persia y España; y en el tercero me esmeraré en manifestar como se salvaron Constantinopla y la Europa, con el lujo y las artes, y con las desavenencias y el menoscabo del imperio de los Califas. Un solo capítulo comprenderá, III. los Búlgaros, IV. los Húngaros, y V. los Rusos que se arrojaron por mar ó por tierra, á las provincias y á la capital, pero estos últimos, de tantísima entidad en su poderío actual, mueven la curiosidad acerca de su oríjen y sus niñeces. VI. Los Normandos, ó mas bien los aventureros particulares de aquel pueblo guerrero, que vinieron á fundar un reino poderoso en la Apulia y en la Sicilia, estremecieron el sólio de Constantinopla, ostentaron los trofeos de la cabellería, y casi realizaron los portentos de las novelas. VII. Los Latinos; los súbditos del papa, las naciones del Occidente que se alistaron bajo la bandera de la cruz, para el recobro ú el amparo del santo sepulcro. Despavoridos y conservados los emperadores con las millaradas de peregrinos que se encaminaban á Jerusalen con Godofredo de Bullon, y los prohombres de la Cristiandad. La cruzada segunda y la tercera, siguieron las huellas de la primera: estrelláronse el Asia y la Europa en una guerra sagrada de dos siglos, y las potestades cristianas tropezaron con el denodado contraresto de Saladino

y de los Mamelucos de Ejipto, que por fin las arrojaron. En aquellas cruzadas memorables, una armada de Franceses y Venecianos se desvió de la Siria, sobre el Bósforo de Trácia; asaltó la capital, volcó la monarquía griega, y sentóse por sesenta años una dinastía de príncipes latinos, en el sólio de Constantino. VIII. Los mismos Griegos, deben conceptuarse, en aquella temporada de cautiverio y destierro, como nacion estraña, enemiga y luego soberana de Constantinopla. Avivó la desventura tal cual pavesa de pundonor nacional, y allá se condecora algun tanto la succesion imperial, desde su restauracion hasta la conquista turca. IX. Los Mogoles y Tártaros. Conmovióse el globo, con las armas de Jenis y sus descendientes, desde la China hasta Palonia y Grecia, quedaron por tierra los sultanes, yaceron los califas y temblaron los Césares en su sólio; y las victorias de Tamerlan dilataron por mas de medio siglo el esterminio total del imperio Bizantino. X. Apunté allá los asomos de los Turcos, y los nómbres de aquellos padres de *Seljuk* y *Otmano*, deslindan las dos dinastías, que vinieron á desembarcarse en el siglo once de los páramos de la Escitia. Planteó la primera un reino prepotente y esplendoroso, desde las márjenes del Oxoes hasta Antioquía y Niza, y la primera cruzada se orijinó, con el atropellamiento de Jerusalen y el peligro de Constantinopla. Encumbráronse los *Otomanos* de humildísimos principios; azote y pavor de la Cristiandad. Sitió Mahometo II, y tomó á Constantinopla; y anonadó, allá con su triunfo, las reliquias, la sombra y el dictado del imperio Romano en el Oriente. El cisma de los Griegos va enlazado con sus postreras desventuras, y con el restablecimiento de la sabiduría en el mundo Occidental. Volveré, desde el cautiverio de la nueva Roma, á los escombros de la antigua, y aquel nombre venerable, aquel asunto interesantísimo, derramará algun destello de gloria sobre la conclusion de mis afanes.

Habia el emperador Heraclio castigado á un tirano y subido á su sólio, y se perpetuó la memoria de su reinado con la conquista insubsistente, y la pérdida irreparable de las provincias orientales. Muerta Eudoxia, su primera esposa, desobedeció al patriarca, y contravino á las leyes, casándose, en segundas nupcias, con su sobrina Martina, y la superstición de los Griegos estuvo viendo el juicio del cielo, en las dolencias del padre y la monstruosidad de su prole. Pero el concepto de un nacimiento ilejítimo, basta para indisponer la eleccion y relajar la obediencia del pueblo; el cariño materno estimulaba la ambicion de Martina, y quizás tambien por envídia de madrastra, pues el marido ya anciano y endeble, mal podia contrarestar á las añagazas conyugales. Constantino, su primo-

jénito y adulto, gozaba el dictado de Augusto, pero de complexion achacosa, necesitaba un compañero y ayo, y se avino allá con repugnancia reservada á la particion del imperio (A. 638. Jul. 4.). Convocóse el senado á palacio, para revalidar ó atestiguar la asociacion de Heracleonas, hijo de Martina; plegarias y bendiciones del patriarca consagraron la ceñidura de la diadema; adoraron senadores y patricios al grande emperador, y los partícipes de su reinado, y abiertas luego las puertas, la vocería alborotada, pero trascendental de la soldadesca, aclamó á los soberanos. A los cinco meses (A. 639. Enero) se celebraron con boato Bizantino, las ceremonías grandiosas y esencialísimas en la catedral y en el hipódromo: aparentóse suma concordia entre los hermanos réjios, asiéndose el menor al brazo del otro, y sonó el nombre de Martina, en las aclamaciones violentas ó venales del vecindario. Sobrevivió Heraclio dos años á este acto; declarando en su postrer testamento (A. 641. Feb. 11) á entrambos hijos herederos iguales, en el imperio oriental, y mandándoles acatar á la viuda Martina como á su madre y soberana.

Al asomar en el sólio Martina con el nombre y atributos de emperatriz, se vió atajada con una oposicion reverente pero incontrastable. y allá ciertas cenizas apagadas de libertad, se avivaron al soplo de la vulgaridad supersticiosa. «Acatamos,» prorumpió la voz de un ciudadano, «acatamos á la madre de nuestros príncipes, mas tan solo á ellos debemos obediencia, y el mayor Constantino se halla en edad de sobrellevar solo el peso del cetro. Naturaleza escluyó á vuestro sexo de los afanes del gobierno. ¿Cómo podeis pelear? ¿Cómo acertareis á contestar á los bárbaros, que con intento amistoso, ú dañado, asomen por la ciudad réjia? ¡Así los cielos alejen de la república Romana ese desdoro nacional, que aun destemplaria hasta los mismos esclavos de Persia.» Apeóse Martina airada del sólio, y se guareció en la vivienda mujeril de palacio. Tan solo ciento y tres dias duró el reinado de Constantino III; falleció á los trece años de su edad, y aunque su vida fué una dolencia incesante, prevaleció el concepto de que el veneno habia sido el matador, y su madrastra la autora de su temprana muerte. Con efecto, Martina cojió el esquilmo ideado, y empuñó las riendas del gobierno, en nombre del emperador restante (A. 641. Mayo 25.) pero aborrecida universalmente la viuda incestuosa de Heraclio, se enceló el pueblo y tomó á su cargo los dos huerfanillos que habia dejado Constantino. En vano fraguaron que el hijo de Martina, de solos quince años, se constituyese ayo de los niños, uno de los cuales era su ahijado, y en vano juró sobre el leño de la verdadera cruz escudarlos contra todos sus enemigos. Habia el difunto emperador, en su agonía, encargado á un sirviente leal, que armase las tropas y provincias del Oriente, en defensa de los niños desvalidos: arengó y agasajó Válentin con éxito, y desde su campamento de Calcedonia, pidió

denodadamente el castigo de los asesinos, y el restablecimiento del heredero lejitimo. El desenfreno de la soldadesca que andaba vendimiando los viñedos asiáticos, y consumiendo el vino de los ciudadanos, alborotó el vecindario de Constantinopla, contra los autores caseros de sus quebrantos, y el cimborio de Santa Sofía estaba retumbando, no ya con himnos y plegarias, sino con los clamores é imprecaciones de una muchedumbre enfurecida. A su voz incontrastable, tuvo que asomar Heracleonas en el púlpito, con el mayorcillo de los huerfanos reales; solo Constante fué aclamado emperador de los Romanos, ciñéndole las sienes con una corona de oro, tomada del túmulo de Heraclio, y bendiciéndole solemnemente el patriarca. Pero en la oleada de aquellas iras gozosas, una caterva revuelta de judíos y bárbaros, saqueó la iglesia y mancilló el santuario; y el Monotelita Pirro, hechura de la emperatríz, dejando su protesta sobre el altar, se salvó cuerda y atropelladamente del ímpetu de los católicos. Empeño mas árduo y sangriento quedaba al senado, que logró cierta pujanza momentánea, con el arrimo de la soldadesca y el vecindario. El denuedo de la libertad Romana resucitó los ejemplares antiguos y grandiosos de la resistencia contra los tiranos, y los reos imperiales fueron sindicados y sentenciados, como autores de la muerte de Constantino. Mas el castigo indistinto de inocentes y culpados, mancilló la severidad de aquellos padres conscriptos, condenando á Martina y Heracleonas al cercen de la lengua á la primera, y á su hijo de la nariz, y tras esta ejecucion inhumana, tuvieron que acabar allá sus dias, arrinconados en un destierro (A. 641. Set.). Cualquiera Griego sensato pudo consolarse de su servidumbre, al ver, hasta que extremo se propasaba la aristocrácia, en teniendo momentáneamente la potestad en sus manos.

Retrocedamos en idea cinco siglos al tiempo de los Antoninos, y vendremos á escuchar la arenga de Constante II, á los doce años de su edad, ante el senado Bizantino. Tras su hacimiento de gracias por el castigo justísimo que habian marchitado las lozanas esperanzas del reinado de su padre. «Con la providencia divina y vuestro decreto justiciero, Martina y su prole incestuosa, fueron derrocados del sólio: vuestra majestad y sabiduría han precavido, que el estado Romano dejenerase en tiranía desenfrenada; por tanto, os amonesto y ruego que esteis á la mira, como jueces y consejeros del salvamento público.» Agasajó á los senadores con su alocucion reverente y con dádivas cuantiosas, mas aquellos Griegos rastreros desmerecian y esquivaban la libertad, la oratoria de un rato quedó luego olvidada, con las vulgaridades arraigadas y la práctica del despotismo. Tan solo vino á conservar en cuenta la zozobra celosa, de que el senado ú el pueblo asaltasen su derecho de primojenitura, y sentasen á su lado en el sólio al hermano Teodosio. Para inhabilitar á este, le impusieron las órdenes sagradas, mas no por esta ceremonia, profana-

dora de los sacramentos, amainaron los recelos del tirano, y tan solo la muerte del diácono Teodosio, alcanzó á purgar su delito del nacimiento real. Desagraviáronle las imprecaciones del pueblo, y tuvo el asesino que desterrarse voluntaria y perpetuamente, en medio de todo su poderío. Se embarcó para la Grecia, y se cuenta que en demostracion de corresponder al aborrecimiento que se habia merecido, escupió, desde la galera imperial, contra las murallas de su patria. Invernó en Atenas, dió la vela para Tarento en Italia, visitó á Roma, y terminó su dilatada peregrinacion de afrenta y robo sacrílego, avecindándose en Siracusa. Mas huyendo de su pueblo, no podia desapropiarse de sí mismo, pues sus remordimientos entrañables, abortaron un vestiglo que lo iba acosando dia y noche, por mar y por tierra, y el soñado Teodosio arrimando á sus labios una copa de sangre, estaba diciendo al parecer: « Bebe, hermano, bebe: » simbolizando así lo sumo de su atentado, por haber recibido de las manos del diácono la copa mística de la sangre de Cristo. Odioso para sí mismo como para todos, feneció Constante, por traicion casera, ó tal vez episcopal, en aquella capital de Sicilia. El sirviente que le acompañaba en el baño, despues de verterle el agua sobre la cabeza, le descargó reciamente con la misma vasija, y los demás que estaban estrañando su pesada tardanza miraron con indiferencia el cadáver del emperador. Las tropas de Sicilia revistieron con la púrpura un mancebo, cuya beldad sin par no acertaron á remedar los torpísimos artistas de aquel siglo.

Habia dejado Constante en el palacio Bizantino tres hijos, y el primero engalanado ya desde niño, con la púrpura. Al empeñarse el padre que acudiesen á Sicilia, detuvieron los Griegos tan preciosos rehenes, participándole terminantemente, que eran hijos del estado: llegó, con dilijencia casi sobrenatural, el aviso de su muerte, desde Siracusa á Constantinopla, y el primojénito Constantino heredó su sólio (A. 668. Set.), mas no su aborrecimiento público. Acudieron los súbditos desaladamente á castigar la maldad y el descoco de una provincia usurpadara de los derechos del senado y del pueblo; dió la vela el tierno emperador del Helesponto con armada poderosa y las lejiones de Roma y de Cartago se juntaron bajo su bandera, en la bahía de Siracusa. Fácil fué la derrota del usurpador Siciliano, justo su castigo, y su cabeza se colgó, con toda su hermosura, en el hipódromo; mas no rebosaba de clemencia un príncipe que, entre una caterva de víctimas, condenó al hijo de un patricio por condolerse, con algun desentono, de la ejecucion de un padre virtuoso. Castraron al mozo, y sobreviviendo á la operacion, se conserva la memoria de esta cruel indecencia, en el ensalzamiento de Jermano á la jerarquía de patriarca y de santo. Tras de verter esta libacion sangrienta sobre el túmulo de su padre, regresó Constantino á su capital, y se

pregonó al mundo griego el asomo de su bozo, durante el viaje siciliano, con el dictado familiar de Pogonato. Pero la idéntica deshermandad que la de su antecesor, mancilló tambien su reinado. Habia condecorado con el tratamiento de Augustos á sus dos hermanos Heraclio y Tiberio, pero sin trascendencia, pues seguian penando, ajenos de confianza y de potestad, por las soledades del palacio. Las tropas del *tema* ó de la provincia de Anatolia, incitadas ocultamente por ellos, se acercaron á la ciudad por la parte del Asia, y pidieron, para entrambos hermanos réjios, la particion ó ejercicio de la soberanía, corroborando su asonada, con un argumento teolójico. Eran Cristianos, clamaban, y Católicos acendrados, devotos entrañables de la sagrada é indivisible Trinidad, y puesto que en el cielo hay tres personas iguales, ha de ser muy fundado en razon, el que las haya tambien, á su puntualísimo remedo, sobre la tierra. Brindó el emperador á teólogos de tal cuantía, con una conferencia amistosa en la cual pudieran desentrañar sus argumentos, ante el senado; acudieron al llamamiento, pero la perspectiva de sus cadáveres colgados en una horca del arrabal de Gálata, avino á sus compañeros con la unidad del reinados de Constantino. Indultó á sus hermanos, cuyos nombres siguieron sonando en las aclamaciones públicas, mas con la repeticion, ó sospecha de igual demasía, los príncipes reos se quedaron sin dictados y sin narices, á presencia de los obispos católicos, congregados en Constantinopla para el sesto sínodo jeneral. Todo el afan de Pogonato hácia el fin de su vida se contrajo en arraigar el derecho de primojenitura; ofreció en el sagrario de San Pedro la cabellera de sus dos hijos Justiniano y Heraclio, simbolizando su adopcion espiritual por el papa, mas solo el mayor quedó ensalzando á la jerarquía de Augusto, y á la futura del imperio.

Muerto el padre, la herencia del mundo Romano recayó en Justiniano II (A. 685. Set.) y el nombre de un lejislador triunfante, vino á quedar afrentado con los desbarros de un muchacho, que solo remedó á su tocayo, en el costosísimo boato de los edificios. Disparados eran sus ímpetus y su entendimiento escaso, y se embriagó con el engreimiento desatinado, de que su nacimiento le posesionaba del mando de millones, quienes ni el menor concejo le nombraron para uno de su ayuntamiento. Vinculaban su privanza dos entes ajenísimos de todo impulso de humanidad, un eunuco y un monje; entregando al primero el palacio, y la hacienda al segundo; aquel manejaba á latigazos á la madre del emperador y este colgaba de las piernas á los tributarios insolventes, sobre un hogar humoso y apagadizo. Desde el tiempo de Cómodo y Caracala, solian ser las zozobras de los príncipes Romanos los móviles de sus crueldades, pero Justiniano que blasonaba de entereza, se estaba empapando en los padecimientos, y maliciando allá la venganza de los súbditos por espacio de diez años, hasta que colmó la medida de sus propias maldades, y del sufrimiento

ajeno. Yaciera mas de tres años en una mazmorra Leoncio, jeneral de concepto, con algunos patricios beneméritos; lo sacan repentinamente para el gobierno de la Grecia, y este ensalzamiento de un agraviado, arguye mas bien menosprecio que confianza del príncipe. Acompáñanle al embarcadero varios amigos oficiosos, y advierte Leoncio suspirando, qué es una víctima engalanada para el sacrificio, y que una muerte inevitable esta abocada sobre sus pasos. Arrójanse á contestarle, que la gloria y el imperio pudieran galardonar un denuedo gallardo; que todas las clases aborrecen, á cual mas, el reinado de un mónstruo, y que las diestras de doscientos mil patriotas están únicamente esperando un caudillo. Acuerdan la noche para el intento; matan al prefecto, allanan las cárceles, los emisarios de Leoncio van voceando por las calles: « Cristianos, á Santa Sofía; » y el testo oportunísimo del patriarca: « Este es el dia del Señor » es el arranque de un sermon inflamador. El vecindario en la iglesia se emplaza para el hipódromo; arrastraron á Justiniano, por cuya causa no se desenvaina un solo acero, ante aquellos jueces amotinados, y claman por la muerte ejecutiva del tirano; mas Leoncio, revestido ya con la púrpura, se conduele enternecidamente de aquel hijo, postrado y lloroso, de su bienhechor, y de tantos emperadores. Se le conserva la vida, se hace el ademán de cercenarle la naríz, y tal vez la lengua; el idioma pastoso de los Griegos facilitó el apodo de Ritnometo, ó naricortado, y el tirano medio mutilado fué á parar con su destierro á Quersona, en la Tartaria Crimenea; establecimiento arrinconado, á donde el trigo, el vino y el aceite se llevaban como lujo estranjero.

Allá asomado á los páramos de la Escitia, todavía abrigó Justiniano el engreimiento de su cuna, y la esperanza de su restauracion. A los tres años de su destierro, recibe el aviso halagüeño de su desagravio en otra revolucion (A. 695.—705) que destronaba á Leoncio, con el cercen acostumbrado, acaudillada, en los mismos términos, por Apsimar, tomando el nombre mas decoroso de Tiberio. Pero el título de la sucesion lineal se hacia siempre temible á un usurpador plebeyo, y se avivaban sus zelos con las quejas y tachas de los Quersonitas, quienes estaban mirando los devaneos del tirano, en el desenfreno de un desterrado. Con una gavilla de secuaces, por afecto ú por desesperacion, huye Justiniano de las playas inhabitables, á la ranchería de los Chozares, que plantaban sus aduares entre el Tanais y el Borístenes. El kan recibió con lástima y miramiento al suplicante rejio; le señaló para su residencia á Fanagoria, ciudad opulenta, en lo antiguo, por el lado asiático del lago Meotis, y se orillaron preocupaciones Romanas, para desposarse con la hermana del bárbaro, que, segun su nombre de Teodora, habria recibido el sacramento del bautismo; con el oro de Constantinopla coechó luego al aleve Chozar, y á no revelarle el intento el cariño conyugal de Teodora, iba el esposo á ser

asesinado, ú puesto en poder de sus enemigos. Justiniano despues de aho-gar con sus propias manos á los dos emisarios del kan, devolvió la espo-sa á su hermano, y se embarcó en el Euxino en busca de aliados nuevos y mas leales. Asaltó una tormenta desecha á su bajel, y uno de sus afectuosos acompañantes le aconsejó, que se congraciase con Dios, haciendo voto de indultar sin escepcion á todos, si recobraba el sólio.—«¿Indulto?» replicó el tirano denodado» ¡así fenezca yo en este punto! ¡así me hunda el Todopoderoso en las olas, si me avengo á perdonar á uno solo de mis enemigos!» Sobrevivió á tan impío arranque, se internó por la embocadura, aventuró su persona en la aldea rejia de los Búlgaros y ferió el auxilio de Terbolís, un conquistador pagano, con la promesa de su hija y una particion garbosa de los tesoros del imperio. Estendíase el reino Búlgaro hasta el confin de Trácia, y entrambos príncipes vinieron á sitiar á Constantinopla acaudilllando quince mil caballos. Apsimar se arredró al asomo repentino y enemigo de su competidor, cuya cabeza habia prometido el Chozar, y cuyo salvamento ignoraba, y estando trascordadas, mediando diez años, las maldades de Justiniano, y condoliéndose la muchedumbre del nacimiento y desventuras de su soberano hereditario, mal hallada como siempre con la potestad actual, lo introdujeron sus allegados eficaces en la ciudad y el palacio de Constantino.

Manifestóse Justiniano pundonoroso y agradecido en llamar á su esposa y galardonar á sus aliados, y se retiró Terbolís cargado de oro, cuyas monedas estuvo midiendo con el látigo escítico; (A. 705.—711) pero no cabe voto mas relijioso y colmadamente cumplido, que el juramento solemne proclamado en medio de las tormentas del Euxino. Ambos usurpadores, pues tengo que reservar el apodo de tirano para el vencedor, fueron arrebatados al hipódromo, uno del calabozo y otro del palacio, y antes de ajusticiarlos, se les tendió aherrojados bajo el sólio del emperador, y Justiniano ahincando sus plantas sobre entrambas cervices, estuvo mirando mas de una hora la carrera de los caballos, mientras el pueblo voluble voceaba las palabras del Salmo: «hallarás el áspid y el basilisco, y pondrás el pié sobre el leon y la sierpe.» El desvío universal que habia allá padecido, pudiera incitarle á repetir el anhelo de Calígula, de que el pueblo romano tuviera una sola cervíz; pero yo me adelanto á espresar que semejante ansia es muy ajena de un tirano discreto, pues su venganza y crueldad quedaban yertas al primer golpe, en vez de la variedad de tormentos, con que Justiniano iba martirizando las víctimas de su saña. Regalábase sin término; ni pundonor ni servicios alcanzaban á desagraviarle de la obediencia activa ó pasiva al gobierno establecido, y en los seis años de su nuevo reinado, conceptuó el hacha, el dogal y el potro, como los únicos realces del sólio. Pero asestó muy particularmente su odio contra los Quersonitas, que le insultaron en el destierro, y hallaron

y hollaron las leyes de la hospitalidad. Su situacion lejana les proporcionaba defensa, ú á lo menos salvamento, y se impuso á Constantinopla una contribucion cuantiosa para la habilitacion de escuadra y ejército: «Todos son reos, y todos han de morir» fué el decreto de Justiniano y encargó su ejecucion á su predilecto Esteban, á quien realzaba el apodo de Montaraz. Aun el cerril Esteban descabalaba los intentos del soberano, pues su pausado avance franqueó á grandísima parte del vecindario la salida al campo, y aquel ministro vengador se contentó con reducir á servidumbre la juventud de ambos sexos, con asar vivos á siete de los principales ciudadanos, ahogar á veinte en el mar y reservar cuarenta y dos aherrojados, para que los sentenciase el emperador con sus propios lábios. La escuadra al regreso se estrelló contra la costa brava de Anatolia; y Justiniano celebró el acatamiento del Euxino, que le habia tributado tantísimos miles de súbditos y enemigos en el naufragio general: pero seguia siempre el tirano sediento de sangre, y se dispuso segunda espedicion para esterminar los restos de la colonia proscrita. En aquel breve intermedio, habian vuelto los Quersonitas á su pueblo, con ánimo de morir en el trance; el kan de los Chozares se habia desentendido de la causa de su odioso hermano, los desterrados de todas las provincias se juntaron en Tauris, y revistieron con la púrpura á Bardanes, bajo el nombre de Filipico. La tropa imperial, ajena ó incapaz de poner por obra las venganzas de Justiniano, se resguardaron de su enojo, estrañándose de su mando; la escuadra con rumbo mas venturoso, aportó al regreso en Sinope y Constantinopla, y toda lengua se mostraba ansiosa de pronunciar como toda mano de ejecutar, la muerte del tirano. Desertó su guardia de Bárbaros, y careciendo de amigos, la puñalada de un asesino se encareció, como rasgo de patriotismo y de virtud Romana. Refujióse su hijo Tiberio en una Iglesia, le guardaba la puerta su anciana abuela, y el niño inocente, colgándose al cuello las reliquias mas pavorosas, estaba abrazando con una mano el altar, con la otra el leño de la verdadera cruz. Pero el ímpetu popular avasalla la supersticion, y ensordece á los alaridos de la humanidad, y la alcurnia de Heraclio quedó estinguida, tras el reinado de un siglo.

Entre el vuelco de la dinastía Heraclia, y el ensalzamiento de la Isauria, median tan solo seis años, divididos en tres reinados. Bardanes, ó Filípico (A. 711. D.) fué aclamando en Constantinopla con ínfulas de héroe libertador de su patria, de las garras de un tirano; y le cupo paladear arranques de bienaventuranza, en los disparos del entrañable y universal regocijo. Habia dejado Justiniano en pos de sí, un tesoro cuantioso, parto de sus crueldades y rapiñas, pero lo aventó el sucesor pronta y desvariadamente. Embelesó Filípico al vecindario, en la funcion de su nacimiento, con los juegos del hipódromo, desde allí anduvo por las ca-

lles con el boato de mil banderas y otros tantos clarines, se estuvo recreando en los baños de Zeuxipo, y vuelto á palacio, agasajó á los nobles con un banquete suntuoso. Retiróse á sestear á su estancia, embriagado de vino y de lisonjas, y ajeno de que su ejemplar trascendia á todo súbdito ambicioso, y que este era su enemigo recóndito. Entrometiéronse conspiradores denodados en el bullicio de la funcion, y el monarca adormecido quedó maniatado, ciego y depuesto, antes que soñase en su peligro. Mas quedaron los traidores frustrados de su galardon, pues la voz libre del senado y del pueblo, encumbró á Artemio del cargo de secretario al de emperador: se apellidó Anastasio II, y sobresalió en un reinado breve y revuelto, con sus prendas de paz y de guerra; pero estinguida la línea imperial, se andaba atropellando todo miramiento y obediencia, y cada variacion derramaba semillas de nuevas revueltas (A. 715. Jun. 4). En un alboroto de las tripulaciones, revistieron, á un arrinconado dependiente de la Hacienda, con la púrpura á viva fuerza, y tras algunos meses de guerra naval, arrimó Anastasio el cetro, y luego el vencedor, Teodosio III, se doblegó al predominio de Leon, jeneral y emperador de las tropas orientales. Se franqueó á los dos antecesores la profesion eclesiástica: el desasosiego de Anastasio le arrebató á arriesgar y perder su vida (A. 716. Enero.) en un empeño alevoso; pero los dias últimos de Teodosio fueron condecorados y sin zozobra. La voz única y sublime « Sanidad » que estampó en su túmulo, estaba diciendo su confianza filosófica y relijiosa, y duró largamente la nombradía de sus milagros en el pueblo de Efeso. Aquel resguardo decoroso de la Iglesia, pudiera á veces infundir sus rasgos de clemencia, pero queda siempre dudoso, si redunda en interés público el afianzamiento de una ambicion malograda.

He tenido que pararme en el vuelco de un tirano, voy á compendiar la fundacion de una dinastía nueva, sonada en la posteridad por los cargos de sus enemigos, y cuya vida, pública y privada, va embebida en la historia eclesiástica de los Iconoclastas (A. 718. Marzo 25). Pero á pesar de la vocinglería de la superstición, la cuna ruin, y la duracion del reinado de Leon Isaúrico, vienen á redundar en algun concepto favorable de sus prendas. — I. En un siglo de ánimos denodados, la perspectiva de toda una corona imperial, tenia que estar enardeciendo el pecho, y producir una caterva de competidores tan beneméritos como ansiosos de reinar. Aun en el cenagoso apocamiento de los Griegos modernos, el ensalzamiento de un plebeyo de la esfera ínfima á la suprema, está suponiendo cierto descollamiento, sobre el nivel de la muchedumbre. Ni le incumbia quizás, ni le interesaba, el ser científico, y en la carrera de sus medros, se desentenderia de rasgos de equidad y de benevolencia; pero realzaban su temple, tino y fortaleza, conocimiento de los hombres, y maña para granjearles el albedrío y avasallar sus propensiones. Consta que Leon era natural de

Isauria, y su primitivo nombre Conon. Los escritores, cuya demasiada sátira redunda en alabanza, lo retratan como un buhonero, que aguijando su asnillo iba de feria en feria, revendiendo jéneros baladíes; y refieren fátuamente, que tropezó con unos Judíos, que diciéndole la buenaventura le prometieron el imperio, bajo la condicion de que dejase la idolatría de toda especie. Relacion mas probable cuenta la traslacion de su padre del Asia Menor á la Trácia, donde estuvo haciendo el negocio ventajoso de ganadero, debiendo progresar en su granjería, porque al primer asomo de su hijo, abasteció el campamento imperial con quinientas reses. Se estrenó en la guardia de Justiniano, donde luego conoció y se le enceló el tirano. Descolló con su denuedo y maestría en la guerra de Colcos; le encargó Anastasio el mando de las lejiones Anatolias, y con los votos de la soldadesca, se encumbró al imperio, con aplauso jeneral del orbe Romano. II. En este azaroso encumbramiento, acertó Leon III á contrastar la envidia de sus iguales, el desagrado de un bando poderoso, y los embates de enemigos estraños y caseros. Los Católicos, acusadores de sus innovaciones relijiosas, están confesando que las emprendió con templanza y las manejó con entereza. Su silencio está igualmente respetando la cordura de su entendimiento y la pureza de sus costumbres. Tras un reinado de veinte y cuatro años, vino á espirar pacíficamente en su palacio de Constantinopla, y la púrpura que se habia granjeado, logró irla trasladando, por herencia, hasta la tercera jeneracion.

El hijo y sucesor de Leon, Constantino V, apellidado Coprónimo, en su larguísimo reinado de treinta y cuatro años, embistió con mas destemplanza á las imájenes, ó ídolos de la iglesia, (A. 741. Jun. 28). Allá sus devotos han diluviado raudales de hiel relijiosa sobre los retratos de aquella pantera atigrada, aquel antecristo, aquel dragon alado, de la semilla de las sierpes, que sobrepujó en maldades al mismo Neron, á todo un Heliogábalo. Matanza perpetua fué su reinado de lo mas esclarecido, mas sagrado é inocente de todo el imperio. Asistia el emperador en persona á la ejecucion de sus víctimas, se enteraba de sus agonías, escuchaba sus gemidos, y se empapaba mas y mas sediento en la sangre; recibia por ofrenda muy halagüeña una bandeja de narices, y solia con sus reales manos azotar ó lisiar á sus sirvientes. Se apellidaba Coprónimo, por haber enturbiado la fuente bautismal; todo era disculpable en la niñez, pero ya de varon, sus torpezas lo envilecieron hasta lo sumo de la irracionalidad; su lujuria barajaba el deslinde sempiterno de especies y sexos, y aun al parecer se saboreaba brutalmente, con los objetos mas repugnantes á la sensibilidad humana. Para su relijion, el Iconoclasta era hereje, judío, mahometano, pagano y ateista, y su creencia de una potestad invisible tan solo aparecia en sus ritos májicos, víctimas humanas y sacrificios nocturnos, á Venus y á los demonios de la antigüedad. Tiznaron su vida los

desbarros mas contrapuestos, y las úlceras que le fueron cubriendo el cuerpo, le anticiparon, al trance de la muerte, los tormentos infernales. De tantísimos cargos como he ido sufridamente copiando, parte quedan desvanecidos con su misma monstruosidad, y en las particularidades recónditas de la vida de los príncipes, la patraña es mas obvia, por cuanto se hace mas árduo el desengaño. Sin prohijar aquella máxima aciaga, de que cuando mucho se agolpa algo ha de quedar cierto, se deslinda sin embargo, que Constantino V era un disoluto y un inhumano. Mas bien suele abultar que finjir la calumnia, y su desenfreno queda tambien atajado, hasta cierto punto, con la esperiencia del siglo y el país á que se refiere. Se menciona el número con los nombres de obispos, jenerales y majistrados notables y pacientes, en ejecucion pública y con lisiadura visible y permanente. Odiaban los católicos la persona y el gobierno de Coprónimo, pero este mismo aborrecimiento comprueba su atropellamiento. Encubren las demasías que pudieran disculpar ó sincerar su violencia, pero estos mismos desacatos debieron ir enconando mas y mas su rencor y enmudecer su índole, en el ejercicio y el abuso del despotismo; mas no carecia Constantino V de prendas, y no siempre su gobierno se hizo acreedor á tanta maldicion y menosprecio, por parte de los Griegos. Sus enemigos mismos nos enteran de que restableció un acueducto, de que rescató dos mil y quinientos cautivos, de que hubo abundancia colmada en su tiempo; y que repobló á Constantinopla y las ciudades de Tracia con nuevas colonias. Están elojiando violentamente su actividad y su denuedo; acaudillaba á caballo sus lejiones, y aunque fué varia la suerte de sus armas, triunfó por mar y por tierra, sobre el Eufrates y el Danubio, y en la guerra civil y contra los bárbaros. Hay que contraponer alabanzas heréticas para contrapesar las reconvenciones católicas, reverenciaban los Iconoclastas las virtudes del príncipe, y cuarenta años despues, todavía estaban rezando en la tumba del difunto santo. El fanatismo ú el engaño, fueron propagando una vision milagrosa, donde se apareció el héroe sobre un caballo blanquísimo, blandiendo su lanza contra los paganos de Hungría, «patraña disparatada» dice el historiador católico «puesto que Coprónimo yace aherrojado, con los demonios en las mazmorras infernales.»

Leon IV, hijo de Constantino V, y padre del VI, (A. 775. Set. 14.) era endeble de cuerpo y alma, y el desvelo capital de su reinado, se cifró en el arreglo de la sucesion. La oficiosidad vehemente de los súbditos ocasionó la asociacion del mozo Constantino, y el emperador hecho cargo de su propio quebranto, se avino, tras cierta cavilacion discreta, con tan unánimes anhelos. Fué coronado el niño rejio, con su madre Irene, y cuanta pompa y solemnidad pudiera embelesar la vista y vincular los ánimos de los Griegos, se emplearon en la revalidacion del consen-

timiento nacional. Juramentáronse palaciegos y eclesiásticos, y luego el pueblo todo, en el hipódromo, invocando los nombres sagrados del Hijo y de la Madre de Dios. «Sea testigo Jesucristo, de que zelarémos el salvamento de Constantino, hijo de Leon, le servirémos á todo trance, y acatarémos lealmente á su persona y su descendencia.» Se juramentaron determinadamente sobre el leño de la verdadera cruz, y el acta de su compromiso, sobre el altar de Santa Sofía. Los primeros en jurar y en perjurarse, fueron los cinco hijos de Coprónimo en segundas nupcias, y es la historia de aquellos príncipes trájica y peregrina. Escluidos del sólio por segundos, la sinrazon del primojénito los defraudó de una manda de cerca de diez millones de duros, sin que se conceptuasen compensacion suficiente ciertos dictados aéreos, en cambio de caudales y poderío; y así anduvieron conspirando repetidamente contra el sobrino antes y despues del fallecimiento del padre. Se les indultó por la primera tentativa; á la segunda fueron sentenciados al estado eclesiástico, mas por la tercera traicion se cegó al primojénito, y á los cuatro hermanos, Cristobal, Nicetas, Antemio y Eudoxas, por via de castigo mas leve, se les cercenó la lengua. Tras cinco años de encierro, lograron retraerse á la iglesia de Santa Sofía, y fué muy lastimosa su presencia para el pueblo. «Compatricios y Cristianos» clamaba Nicéforo por sí y por sus hermanos mudos, «aquí estais viendo á los hijos de vuestro emperador, si es que podeis reconocer nuestros semblantes, en tan suma desdicha. La vida, y vida descabalada, es lo único que la maldad de nuestros enemigos ha venido á dejarnos; y aun esta la tenemos amagada, y así allá nos arrojamos á vuestra compasion.» Iba creciendo el murmullo, que pudiera parar en alboroto, á no enfrenarlo la presencia de un ministro que anduvo halagando á los desventurados príncipes con zalamerías y esperanzas, y los condujo sosegadamente del santuario al palacio. Embarcáronlos arrebatadamente, y fué Atenas el paraje de su destierro. En tan bonancible retiro y desvalida situacion, Nicéforo y sus hermanos vivian aun atormentados y sedientos de poderío, y se fueron tras el brindis de un caudillo eslavon, que se ofreció á libertarlos y conducirlos con armas y con la púrpura, hasta las puertas de Constantinopla, mas el vecindario de Atenas finísimo en la causa de Irene, se anticipó á su justicia ó su crueldad, y empozó allá á los cinco hijos de Coprónimo en lobreguez y olvido sempiterno.

Habia el emperador escojido para sí una consorte bárbara, hija del Khan de los Chozares; mas para el desposorio de su hijo, antepuso una doncella Ateniense, huérfana y de diez y siete años, cuyo único realce, se cifraba en sus prendas personales. Celebróse la boda de Leon é Irene con boato rejio (A. 780. Set. 8.) y luego embelesado el endeble marido, llegó á declarar, en su testamento, á la emperatriz, aya del orbe Romano y de su hijo Constantino VI, de la edad de diez años. Durante su niñez es-

tuvo Irene desempeñando, en el réjimen público, atinada y eficazmente, el cargo de madre leal, y su afan por el restablecimiento de las imájenes, le granjeó el nombre y los blasones de Santa, como los está todavía disfrutando en el calendario griego. Pero el emperador, ya mozo, desamaba el yugo materno, y se aunó con los íntimos de su edad que alternaban en sus recreos, y ansiaban participar de su poderío. Le patentizaron su derecho, le encarecieron su desempeño para reinar, y se avino á galardonar los servicios de Irene, con un destierro perpetuo á la isla de Sicilia. Mas Irene desvelada y perspicaz, aventó fácilmente aquel temerario intento, descargando igual ó mayor escarmiento sobre sus contrarios, y cabiéndole, al ingrato principillo, el castigo propio de un niño. Tras esta reyerta, la madre y el hijo encabezaron sus respectivos bandos, y en vez de influjo halagüeño y obediencia voluntaria, tenia aherrojado un cautivo y un enemigo. Abusó de la victoria y se estrelló la emperatríz; requirió juramento de fidelidad para ella sola, y se pronunció con agrio murmullo; hasta que rehusándolo denodadamente la guardia Armenia, prorumpieron todos en la declaracion desenfadada, de que Constantino VI, era el emperador lejítimo de los Romanos. Subió bajo este concepto á su trono hereditario, arrinconando á Irene allá en su soledad y sosiego. Disimuló enteramente su altanería; halagó á los obispos y á los eunucos, avivó el cariño filial del príncipe, recobró su confianza, y burló su credulidad. No carecia Constantino de sensatez y denuedo, pero quedó estudiadamente desatendida su educacion, y la madre ambiciosa estuvo patentizando al desengaño público, los desbarros que habia fomentado, y los actos que reservadamente le aconsejaba; y así con su divorcio y segundo desposorio se estrelló con las preocupaciones del clero, y desmereció la adhesion de su guardia Armenia, con el desacuerdo de sus rigores. Se fraguó una conspiracion poderosa para el restablecimiento de Irene, y el secreto, aunque entre muchos, se estuvo guardando por mas de ocho meses, hasta que maliciándolo el emperador, huyó de Constantinopla, con intento de apelar á las provincias y los ejércitos. Quedó la emperatríz, con esta fuga atropellada, como asomada al despeñadero; mas quiso antes de implorar la conmiseracion de su hijo, escribiendo cartas particulares á los amigos que tenia puestos á su inmediacion, amenazándolos de que iba á revelar su traicion si no la cumplian. Esta zozobra tuvo que envalentonarlos; afianzan el emperador en la playa asiática, lo traen al aposento de Pórfido, donde habia nacido en palacio, y como la ambicion de Irene se desentiende allá de todo arranque de humanidad y de naturaleza, hace decretar en su consejo sangriento, que se imposibilite á Constantino de ocupar el sólio; sus emisarios asaltan al príncipe dormido tan atropelladamente, que le clavan sus estoques por los ojos, en ademan de muerte. Un paso enmarañado de Teófanes persuadió al analista de la iglesia, que

feneció el paciente en el acto. El engaño avasalló la autoridad de Baronio; el afan de los protestantes há andado repitiendo las palabras de un cardenal, ansioso al parecer de abonar á la favorecedora de las imájenes. Pero el hijo ciego de Irene, sobrevivió largos años atropellado por la corte, y olvidado en el mundo: feneció calladamente la dinastía Isáurica, y la memoria de Constantino llegó únicamente á recordarse, con motivo de los desposorios de su hija Eufrasina, con el emperador Miguel II.

Hasta el catolicismo mas preocupado abominó fundadamente de aquella madre descastada, que apénas tiene parangon en la historia de las maldades (A. 792. Ag. 19.). La supersticion achacó á su sangriento atentado la lobreguez inmediata de diez y siete dias; con la cual varios bajeles en medio del dia perdieron su rumbo, como si el sol, aquel globo de fuego, tan grandioso y lejano, se condoliese de los atomillos jirantes en un planeta. Por cinco años quedó impune la atrocidad de Irene sobre la tierra; descolló su reinado esteriormente, y con tal que enmudeciese su conciencia, ni oyó ni vió las reconvenciones de las jentes. Doblegóse el orbe romano al gobierno de una hembra, y al pasear las calles de Constantinopla, asian las riendas de sus cuatro blanquísimos alazanes, otros tantos patricios que iban á pié delante de la carroza dorada de su reina. Pero solian ser eunucos todos ellos, y su ingratitud desalmada comprobó, en este trance, el odio y menosprecio del pueblo. Encumbrados, enriquecidos y condecorados con las primeras dignidades del imperio, conspiraron ruinmente contra su bienhechora. El tesorero mayor Nicéforo, fué revestido reservadamente con la púrpura, introducido en el palacio y coronado en Santa Sofía, por el patriarca venal. En su primer avistamiento Irene, fué apuntando con señorío los vaivenes de su vida, tildó suavemente la alevosía de Nicéforo, insinuó que debia la vida á su candorosa clemencia, y requirió un retiro decoroso y honorífico, por el sólio y los tesoros que le cedia. Denególe su codicia suma aquella compensacion tan comedida, y toda una emperatríz, desterrada en la isla de Lesbos, tuvo que acudir, para ganar su escaso sustento, al trabajo de la rueca.

Reinaron ciertamente muchos tiranos mas forajidos que Nicéforo, (A. 802. Oct. 31.) pero ninguno en cuyo pecho haya encarnado mas hondamente, sin excepcion, el aborrecimiento. Tiznaban su alma los tres achaques odiosísimos de hipocresía, ingratitud y avaricia; sin que sus alcances compensasen la total carencia de pundonor, ni que algun asomo de prendas encubriese su rematada idiotez. Negado é infelíz en la guerra, quedó vencido por los Sarracenos y muerto por los Búlgaros, pero el logro de su fallecimiento, preponderó, en el concepto público, al descalabro de un ejercito Romano. Salvóse del campo con una herida mortal su hijo y heredero Sauracio, pero seis meses de agonia, fueron suficientes para desmentir su proclama indecorosa, aunque popular, de que se esme-

raria (A. 811. Jul. 25.) en evitar cabalmente el ejemplo de su padre. A los asomos de su acabamiento, Miguel, mayordomo del palacio y marido de su hermana Procopia, quedó nombrado por palaciegos y vecindario, mas no por el cuñado. Aferrado á un cetro que se le estaba ya desprendiendo de las manos, conspiró contra la vida del sucesor, y se prendó allá del arranque de trocar en democracia el imperio Romano; mas aquel intento temerario, tan solo condujo, para enardecer el afan del pueblo y aventar los escrúpulos del candidato. Aceptó Miguel I la púrpura, y antes de sumirse en el sepulcro tuvo el hijo de Nicéforo, que implorar la clemencia de su nuevo soberano (A. 811. Oct. 2). Si Miguel ascendiera en temporada pacífica á un sólio hereditario, pudiera haber vivido y muerto como padre de su pueblo: pero sus virtudes apacibles conjeniaban con una vida sombría y particular; ni alcanzaba á enfrenar la ambicion de sus iguales, ni á contrarestar las armas de los Búlgaros victoriosos. Si su escaso desempeño y sus desaciertos le acarreaban el menosprecio de la soldadesca, el denuedo varonil de su mujer Procopia enardecia sus iras. El descoco de una hembra estaba provocando aun á los Griegos del siglo nueve, pues andaba al frente de los pendones enmendando su disciplina y estimulando su valentía, de modo que su desenfrenada vocería advirtió á la nueva Semíramis que acatase la majestad de los reales Romanos. Malograda la campaña, dejó el emperador en el invernadero de Trácia un ejército desafecto, al mando de sus contrarios, y su persuasiva artificiosa recabó de la soldadesca que hollasen el predominio de los Eunucos, apeasen al marido de Procopia, y que esforzasen su derecho á una eleccion militar. Se encaminaron á la capital; mas el clero, el senado y el vecindario de Constantinopla, estaban por Miguel, y las tropas y tesoros del Asia podian ir dilatando la guerra civil y sus descalabros. Pero su humanidad, tildada de flaqueza por los ambiciosos, protestó que ni una sola gota de sangre cristiana se habia de derramar, en su contienda, y sus mensajeros presentaron á los vencedores las llaves de la ciudad y del palacio. Quedaron avasallados con su inocencia y rendimiento; conserváronle la vida y ojos, y el monje imperial siguió disfrutando los halagos de la soledad y de la relijion, mas de treinta y dos años, despues de haberle despojado de la púrpura y separado de su mujer.

Un rebelde, allá del tiempo de Nicéforo, el famoso y desventurado Bardanes, tuvo la curiosidad de consultar con un profeta asiático (A. 813. Jul. 11.), quien despues de pronosticar su vuelco, anunció las felicidades de sus tres oficiales primeros, Leon el Armenio, Miguel el Frijio y Tomás el Capadocio; los reinados sucesivos de los dos primeros, y el intento infructuoso y aciago del tercero. Verificóse, ó á lo menos resultó la prediccion, con el suceso; pues diez años mas tarde cuando el campamento de Trácia, desechó al marido de Procopia, se brindó con la corona al mismo

Leon, el de mayor graduacion en la milicia, y el autor encubierto de la asonada. Mientras estaba aparentando titubear, «Con esta espada,» esclamó su compañero Miguel, «he de abrir las puertas de Constantinopla á vuestro señorío imperial, ó si no, voy á clavárosla en el pecho, como os resistais porfiadamente á los fundados anhelos de estos camaradas.» Condescendió el Armenio, y le valió el imperio, reinando siete años y medio bajo el nombre de Leon V. Criado en un campamento, y tan lego en letras como en leyes, entabló en el gobierno civil la violencia y aun la crueldad de la disciplina militar, pero si en tantos riesgos atropelló tal vez al inocente, siempre redundó en castigo del culpado. Apodáronle Camaleon, por su insubsistencia relijiosa, pero los Católicos reconocieron, por boca de un santo y confesor, que la vida del Iconoclasta fué provechosa á la república. Remuneró el afan de su compañero Miguel con riquezas, honores y mando militar, y sus medianos alcances se emplearon aventajadamente en servicio público. Mas no se dió por satisfecho el Frijio con recibir, á fuer de fineza, la porcion escasilla de galardon imperial que habia regalado á un igual suyo; y su enfado, que solia prorumpir en hablas destempladas, paró en ademan amenazador, y contrapuesto á un príncipe que andaba zahiriendo, como á un tirano implacable. Este tirano, sin embargo, descubrió, avisó y descargó al compañero antiguo de sus armas, hasta que la zozobra y el encono preponderaron al agradecimiento; y Miguel, precedidas pesquisas acerca de sus actos é intentos, quedó convicto de traicion, y sentenciado á ser quemado vivo, en el horno de los baños particulares. Aciaga fué la humanidad timorata de Isófano para su marido y familia. Se emplazó la ejecucion para un dia solemnísimo, el veinte y cinco de diciembre, y así le hizo el cargo vehemente de que se iba á profanar el dia del nacimiento del Salvador con aquel espectáculo inhumano, avínose Leon á su pesar con la próroga, pero en la víspera, desvelado con su afan, tuvo el arranque de visitar á deshora la prision de su enemigo, y lo halló desaherrojado y durmiendo sosegadamente en el lecho del alcaide. Leon se sobresaltó con aquellas muestras de indiferencia y de intimidad; pero aunque se retiró calladamente, no dejó de advertir su entrada y salida un esclavo oculto en cierto ángulo de la cárcel. Pretestando el auxilio espiritual de un confesor, avisó Miguel á los conjurados que en el trance de pocas horas se cifraba su salvamento, y tenian en su mano el libertarle con la patria, só pena de fenecer todos con su declaracion. Solian los sacerdotes y santones acudir en las funciones principales, por una puerta escusada del palacio, á entonar los maitines en su capilla, y Leon que formalizaba, á fuer de campamento, la disciplina del coro, no se escaseaba en aquellas devociones tan tempranas. Barajáronse en la procesion los conjurados con ropaje eclesiástico, y las espadas ocultas; se fueron arrinconando por la capilla en acecho de la señal de muer-

te, que era la entonacion del primer salmo, por el emperador mismo. La luz apocada y la igualdad de traje pudieron favorecer su salvamento, mientras asestaban sus golpes contra un sacerdote inocente; mas luego desengañados cercaron en torno la víctima rejia. Sin armas y sin amigos, empuñó una cruz pesada, y arrostró á los asaltadores; pero al pedir compasion «Esta es la hora, no de lástima, sino de venganza» fué la contestacion inexorable. De un tajo certero desviaron un brazo de la cruz, de su cuerpo, y Leon el Armenio quedó tendido al pie del altar.

Trueque de suerte memorable acaeció con Miguel II, que por su torpeza se apellidó el balbuciente (A. 820. Dic. 25); pues lo arrebató de la boca del horno al sólio de todo un imperio, y como no hubo á la mano, con el alboroto, un herrero, siguió aun horas con los grillos en las piernas sentado ya en el sólio de los Césares. No redundó en beneficio la sangre real derramada para su ensalzamiento, pues abrigó con la púrpura las ruindades de su cuna, y Miguel fué perdiendo provincias con tan soñolienta indiferencia, cual si fuesen herencia de sus padres. Le disputó la corona Tomás, el último del triunvirato militar, que descargó sobre Europa ochenta mil bárbaros de las márjenes del Tigris y las playas del mar Caspio. Sitió á Constantinopla, mas defendíanla armas espirituales y mundanas; un rey Búlgaro asaltó el campamento de los Búlgaros, y tuvo Tomás la debilidad ó la flaqueza de caer vivo en manos del vencedor. Le cortaron los estremos, lo cabalgaron en un asno, y lo fueron insultando por las calles que salpicaba con su sangre. Las costumbres, tan bravías como estragadas, resaltan mas con la presencia del mismo emperador. Desoyendo los lamentos de un camarada, se aferraba mas y mas en el descubrimiento de sus cómplices, hasta que le atajó la curiosidad la pregunta de un ministro culpado y pundonoroso «¿daréis crédito á un enemigo contra el amigo mas leal?» Muerta la primera esposa, el emperador, á instancias del senado, sacó del monasterio á Eufrosina, la hija de Constantino VI. Su augusta cuna debia abonar un pacto de su contrato matrimonial, de que sus hijos debian partir el imperio con su primojénito; mas fué estéril aquel desposorio, y Eufrosina se contentó con el dictado de madre de Teófilo, su hijo y sucesor.

La índole de Teófilo es un ejemplar peregrino, en que el fervor relijioso ha concedido, y tal vez abultado, las prendas de un hereje y de un perseguidor (A. 829. Oct. 3.). Esperimentaron los enemigos repetidamente su denuedo y los súbditos su justicia, mas era su ímpetu temerario é infructuoso, y su justicia arbitraria é inhumana. Tremoló la bandera de la cruz contra los sarracenos, pero sus cinco espediciones tuvieron allá por paradero un descalabro lastimoso; Amorío, patria de sus antepasados quedó arrasada, y de todos sus afanes militares tan solo le cupo el apodo de el Desgraciado. La sabiduría de un soberano se cifra en el con-

testo de sus leyes y la eleccion de sus magistrados, y mientras aparece inmoble, su gobierno civil va jirando sobre su centro, con el órden y el silencio del sistema planetario. Mas Teófilo era justiciero á lo déspota oriental, que en sus disparos de autoridad, se atiene á los motines ó los ímpetus del trance, sin proporcionar la sentencia con la ley, ni el escarmiento con la demasía. Una pobre se le arrojó á las plantas quejándose de un vecino poderoso, el hermano de la emperatríz, que habia encumbrado tantísimo la fachada de su palacio, que privaba la luz y el ambiente á su ruin morada. Comprobado el hecho, en vez de conceder, como un juez regular, desagravio y reintegro á la ofendida, el soberano aplicó á su uso y beneficio el solar y el palacio. Ni aun se contentó Teófilo con esta disposicion disparatada, pues su enardecimiento vino á trocar un esceso civil en acto criminal, y el patricio malhadado apareció desnudo y azotado en la plaza de Constantinopla. Por desaciertos leves, por alguna quiebra, en el desempeño, en la puntualidad, ministros, prefectos, cuestores, capitanes de la guardia, solian ser desterrados, ó lisiados, ó rociados con pez hirviendo, ú quemados vivos en el hipódromo; y como aquellos ejemplares pavorosos, podian ser aborto de equivocacion ó de capricho, no podian menos de retraer de su servicio á los ciudadanos mas despejados y pundonorosos. Pero allá se engreia el monarca con el ejercicio de su potestad, y en su concepto de pura virtud; y la plebe, resguardada con su arrinconamiento, se regalaba con el peligro y la postracion de sus mandarines. Rigor tan estremado vino á redundar en ventajas notables; pues en una reseña de diez y siete dias, no asomó demasía ó disbarro en la corte, ni en toda la ciudad, cuanto mas que solo una vara de hierro podia manejar á los Griegos, y que el interés público es el móvil, y no la ley, de un juez supremo. Pero en mediando delito ú recelo de traicion, propende el juez á la crédula parcialidad; pudo Teófilo imponer tardía pena á los asesinos de Leon, y salvadores de su padre, pero él estaba gozando el fruto de aquel atentado, y su tiranía recelosa, sacrificó un hermano y un príncipe, á la seguridad venidera de su propia vida. Falleció en Constantinopla un Persa de la alcurnia de los Sasánides, menesteroso y desterrado, dejando un hijo, único retoño de un enlace plebeyo. A la edad de doce años cundió el nacimiento réjio de Teófobo, y sus prendas no desdecian de su sangre. Se le educó en el palacio Bizantino como cristiano y como soldado; ascendió rápidamente por la carrera de las riquezas y de la gloria; mereció la mano de toda una hermana del emperador, y se le ensalzó al mando de treinta mil Persas, que, al igual de su padre, habian huido de los conquistadores Mahometanos. Adolecian de los dos achaques de asalariados y fanáticos, é intentaban sublevarse contra su bienhechor, y enarbolar el estandarte de su rey natural; pero el leal Teófobo desechó sus ofrecimien-

tos, desbarató sus maquinaciones, y huyó de sus manos á los reales, ó al palacio de su real hermano. Por medio de una confianza hidalga, afianzaba un ayo fiel y entendido á su esposa y su niño tierno á quien Teófilo en la lozanía de su edad tuvo que dejar la herencia del imperio. Pero la envidia y los achaques enconaron sus zelos; se recelaba de virtudes azarosas que podian sostener ó acosar su niñez y apocamiento, y el emperador moribundo pidió la cabeza del príncipe persa. Reconoció con embeleso irracional las facciones familiares de su hermano, «ya no existes Teófobo,» dijo, y tendiéndose en su lecho, añadió con voz desmayada: «¡Pronto, harto pronto, ya no seré Teófilo!»

Los Rusos que en grandísima parte han tomado de los Griegos su arreglo civil y eclesiástico, conservaron hasta el siglo anterior una institucion peregrina, para los desposorios del César. Juntaban las doncellas de todas clases y provincias, y no escojian con miras anoveladas sino las hijas de la nobleza principal, que estaban esperando la eleccion de su soberano; y se asegura que el mismo sistema se siguió para la boda de Teófilo. Anduvo pausadamente con una manzana de oro en la mano por la calle que formaban las beldades competidoras; el embeleso de Icasia embargó su vista, y en su requiebro balbuciente tan solo acertó á espresar, que en este mundo las mujeres habian sido causadoras de infinito daño: — «y ciertamente, señor,» contestó la dama con desenvoltura, «lo han sido de grandísimos logros.» Se desagradó el amante con aquel arranque de agudeza intempestiva: volvióle enojado la espalda; Icasía emparedó su pesar en un convento, y el galardon de la manzana de oro fué para el silencio comedido de Teodoro. Mereció el cariño, mas no evitó las tropelías de su señor. Estuvo este viendo desde el jardin del palacio un bajel cargadísimo, aportando en la bahía y noticioso de que sus preciosidades de lujo siríaco eran propias de su mujer, sentenció el bajel á las llamas, con la reconvencion amarga de que su codicia habia apeado el señorío de toda una emperatríz, á la ruindad de un traficante. Encargóle sin embargo en su disposicion postrera la tutoría del imperio, y de su hijo Miguel, huerfanillo de cinco años (A. 842. Enero 20). El restablecimiento de las imájenes y el esterminio total de los Iconoclastas, la encariñó con los Griegos devotos, pero á impulsos de su fervor, se interesó Teodora agradecida en la memoria y salvacion de su esposo. A los trece años de su réjimen cuerdo y comedido, fué echando de ver la mengua de su predominio, pero la segunda Irene tan solo imitó las prendas de su antecesora. En vez de contrastar la vida y el gobierno de su hijo, se retiró sin resistencia, mas no sin susurro, á la soledad de una vida privada, lamentándose de la ingratitud, los desbarros y el esterminio inevitable, del villano mancebo.

Entre los sucesores de Neron y de Eliogábalo, no hemos tropezado en

los imitadores de sus vicios, con un príncipe Romano tan malvado, que conceptuase el deleite vinculadamente, como el objeto de su vida, y la virtud como enemiga de su regalo. Por mas esmerado que fuese el desvelo maternal de Teodora para la educacion de Miguel III, fué el desventurado hijo rey, antes de ser hombre. Si la madre ambiciosa retrajo los asomos de la razon, no le cupo afianzar el disparador de las pasiones y el menosprecio y la ingratitud de su hijo desbocado, correspondieron á los estremos de su política interesada. A los diez y ocho años se desentendió de su autoridad, sin hacerse cargo de su bisoñez, en el réjimen del imperio y de su persona. Todo miramiento y sabiduría se apeó de la corte con Teodora; devaneos y vicios sustituyeron su lugar, y habia que desmerecer el aprecio público, para lograr ó conservar la privanza con el emperador. Cuantos millones en oro y plata yacian atesorados para las ocurrencias del estado, pararon en manos de los ruines que halagando sus pasiones, alternaban en sus deleites, y en un reinado de trece años, el soberano mas adinerado tuvo que despojar el palacio y las iglesias de sus preciosidades. Otro Neron se deleitaba con el embeleso del teatro, suspirando amargamente de que le aventajasen allá en los primores de que se debia avergonzar. Pero el afan de Neron por su música y poesía, arguia asomos de finura y educacion, pero el hijo de Teófilo se aplebeyaba con sus carreras indecorosas en el hipódromo. Los cuatro bandos que habian alterado la paz, seguian entreteniendo el ocio de la capital, ostentó el emperador su librea azul, repartió los tres colores contrapuestos entre sus privados, y echó en olvido, con sus torpes competencias, el señorío de su persona y el resguardo de sus dominios. Acalló al mensajero de una invasion, que intentaba distraerle en el trance crítico de la carrera, y dispuso que se apagasen las fogatas que andaban sobresaltando y acongojando los pueblos desde Tarso hasta Constantinopla. El corredor mas aventajado era tambien el primero en su privanza; galardonaba colmadamente su habilidad; acudia el emperador á sus banquetes, apadrinaba á sus niños en el bautismo, y blasonando de su popularidad, se esmeraba en motejar la gravedad yerta y conceptuosa de sus antecesores. Se habian desterrado del orbe las torpezas hediondas que habian desdorado la madurez de Neron, pero Miguel quebrantó su naturaleza, con las demasías de sus amores y de su destemplanza. En sus trasnochadas perpetuas, la embriaguez le arrebataba con decretos sanguinarios, y si le quedaban asomos de humanidad, al volver en sí, tenia que reducirse á aprobar la desobediencia saludable de sus sirvientes. Pero descolló ante todo Miguel con su rematado escarnio de la relijion de su patria. Pudiera con efecto un filósofo sonreirse con la superstición de los Griegos, pero su sonrisa tendria que ser comedida y decorosa, zahiriendo el devaneo de un mancebo que envilecia los objetos de la veneracion pública. Revistió á un

rufian de la corte con los ropajes del patriarca; sus doce metropolitanos, entre los cuales, hacia tambien el emperador su papel, se apropiaron las vestiduras eclesiásticas: usaron ó abusaron de los vasos sagrados de los altares, y en medio de sus bacanales, se fueron administrando la comunion, con un brevaje revuelto de vinagre y mostaza. Ni se ocultaban tamañas impiedades á la vista del vecindario. En una gran festividad, el emperador y sus obispos ó rufianes, anduvieron por las calles cabalgando en asnos, embistieron al verdadero patriarca acaudillando á su clero, y con el desenfreno de su vocería y de sus deshonestidades desbarataron la procesion cristiana y circunspecta. Tan solo asomaba la devocion de Miguel, en cuanto se oponia á la razon y relijiosidad, pues recibia sus coronas teatrales de la estatua de la Vírjen, y se profanó un túmulo imperial con el objeto de quemar los huesos de Constantino el Iconoclasta. Paró el hijo de Teófilo, con tan rematadas estravagancias, en hacerse despreciable y odiosísimo; todo ciudadano estaba ansiando el rescate de su patria, y los predilectos de un momento se hacian cargo, de que un antojo podia arrebatarles lo que otro capricho les habia concedido. Miguel á los treinta años, á la hora de la embriaguez y del sueño, fué muerto en su estancia, por el fundador de una nueva dinástia, á quien el emperador habia igualado en potestad y en jerarquía consigo mismo.

La alcurnia de Basilio, el Macedonio (si ya no es parto bastardo de la lisonja y el orgullo) está retratando al vivo las revueltas de las familias mas esclarecidas. Estuvieron los Arsácides, competidores de Roma, poseyendo el cetro del Oriente por cerca de cuatro siglos; siguió reinando en Armenia una rama menor de aquellos reyes Partos, y sus descendientes reales sobrevivieron á la particion y servidumbre de la monarquía antigua. Huyeron ó se retiraron dos de ellos, Artabano y Clienes á la corte de Leon I: su agrado los colocó en destierro seguro y halagüeño en la provincia de Macedonia, y pararon por fin en Andrinópolis. Sostuvieron por varias jeneraciones el señorío de su nacimiento y su patriotismo Romano, rechazó los bríndis espresivos de las potestades Arabes, que los estuvieron llamando á su patria. El tiempo y la escasez fué sin embargo nublando aquellos blasones, y el padre de Basilio quedó reducido á un pegujarlillo cultivado con sus propias manos; pero siempre muy ajeno de desdorar la sangre de los Arsácides, con enlaces plebeyos; su mujer, una viuda de Andrinópolis, se engreia contando entre sus antepasados el gran Constantino, y su hijo réjio encumbraba allá enmarañadamente sus entronques de alcurnia, ó patria, con Alejandro de Macedonia. Reciennacido Basilio, su cuna, familia y pueblo, cayeron en manos de una piara de Búlgaros: se educó allá en tierra estraña, como esclavo, y con enseñanza tan adusta, se le robusteció el cuerpo, y despejó el entendimiento, para luego encumbrarse hasta lo sumo. Aun mancebo, ú ya varon, logró

su rescate con otros cautivos Romanos, que denodadamente se desaherrojaron, y atravesaron la Bulgaria, hasta las playas del Ejipto, arrollaron dos huestes Búlgaras, se embarcaron en bajeles que los estaban esperando, y regresaron á Constantinopla, y desde allí respectivamente á sus hogares. Pero Basilio libre, yacia tambien desamparado; la guerra habia dado al través con su pegujal: muerto el padre, su trabajo manual, ó su servicio, no alcanzaba á sustentar una familia huérfana, y se arrojó á ir en busca de algun teatro, donde virtudes ó vicios se ensalzan á la cumbre del poderío. La primera noche de su llegada á Constantinopla, durmió el desvalido peregrino en la gradería de la iglesia de San Diómedes; lo alimentó por casualidad el favor de un monje, y lo colocó en el servicio de un primo y tocayo del emperador Teófilo, quien siendo pequeñuelo, mantenia una servidumbre gallarda. Acompañó Basilio á su amo en el gobierno del Peloponeso, deslució con sus prendas, el nacimiento y señorío de Teófilo, y entabló relaciones ventajosas con una viuda acaudalada de Patras. Su cariño entrañable ó carnal, se estrechó con el jóven aventurero, prohijándolo sin rebozo. Entrególe Danielis treinta esclavos, y el producto de su dignacion se empleó, en sostener á los hermanos, y en comprar grandiosas posesiones en Macedonia. Su agradecimiento, ó su ambicion, le tenian siempre comprometido en el servicio de Teófilo, y una ocurrencia venturosa le dió á conocer recomendablemente á la corte. Un luchador afamado de la comitiva de los embajadores Búlgaros, habia retado, en la mesa imperial, á todo Griego que se preciase de esforzado. Se alabaron los brios de Basilio, salió á la palestra, y el campeon bárbaro quedó volcado, al primer lance. Habia un alazan hermosísimo y resabiado que se iba á desechar, mas la maestría y el denuedo del sirviente de Teófilo, acertó á domeñarlo; y de resultas lo colocaron en clase de caballerizo imperial. Mas no cabia privar con Miguel, no hermanándosele en sus vicios, y su nuevo valido, el camarero mayor de palacio, se encumbró y se sostuvo, enlazándose vilmente con una manceba real, y deshonrando á su hermana que entró á reemplazarla. Cargó con el réjimen público el César Bardos hermano y enemigo de Teodora, pero las arterías mujeriles recabaron de Miguel el odio y el recelo contra su tio. Arrebatáronle de Constantinopla, socolor de una espedicion á Creta, y el camarero lo traspasó con su estoque, en la tienda de audiencia, y ante el mismo emperador. Al mes de este trance, quedó Basilio revestido con el dictado de Augusto, y el gobierno del imperio. Fué sosteniendo la desigualdad de aquella asociacion hasta que pudo granjearse el aprecio popular. Peligró su vida con los antojos del emperador, y su jerarquía quedó profanada hermanándolo con un compañero que habia remado en las galeras; pero siempre la matanza de su bienhechor, merece afearse como atentado de ingratitud y de traicion, y por mas iglesias que dedicó luego á S. Mi–

guel, aniñado y mezquinísimo era este descargo de su maldad (A. 867. Set. 24).

Las diversas edades de Basilio I pueden parangonarse con las de Augusto. La situacion de los Griegos le imposibilitaba el acaudillar en la mocedad un ejército contra su patria, sino el dar por el pié á sus prohombres, pero su arrojo nativo se allanaba á las arterías de un esclavo, encubrió su ambicion y aun sus prendas y empuñó, con la diestra ensangrentada de un asesino, la soberanía que manejó con la cordura y el cariño de un padre. Suele para un particular desavenirse su interés con su obligacion, mas un monarca absoluto, tan solo por insensatez ó cobardía, podrá deshermanar su felicidad con su gloria, ó esta con la bienaventuranza pública. Se compuso, á la verdad, la vida, ó sea panejírico, de Basilio durante el larguísimo reinado de su descendencia; pero esta misma permanencia en el sólio, debe fundadamente atribuirse al desempeño sobresaliente de aquel antepasado. Intentó su nieto Constantino, rasguear en su retrato el dechado cabal de un soberano; pero aquel príncipe apocado, careciendo de norma efectiva para su trasunto, no cabia que se encumbrára tanto sobre la ruindad de su manejo y de sus alcances. Mas la acendrada alabanza de Basilio debe cifrarse en el cotejo de una monarquía floreciente, con otra desastrada; la que traspasó á su dinastía Macedónica, con la que arrebató al desenfrenado Miguel. Su maestría enmendó los estragos, consagrados ya con el tiempo y los ejemplares, y resucitó, si no el denuedo nacional, á lo menos el sistema y la majestad del imperio Romano. Su laboriosidad era incansable, su índole comedida, y su entendimiento brioso y despejado; y en la práctica se atuvo á aquel temple tan escaso y tan saludable que va siguiendo el rumbo de la virtud, promediado entre sus vicios contrapuestos. Su servicio militar fué todo palaciego, y no atesoraba el emperador el ardimiento y el desempeño de un guerrero, pero en su reinado rindieron parias los bárbaros á las armas Romanas. Apenas entonó, con la disciplina y el ejercicio, un nuevo ejército, acudió personalmente á las orillas del Eufrates, doblegó las ínfulas de los Sarracenos, y soterró la rebelion azarosa, aunque justa, de los Maniqueos. Su ira contra un rebelde que iba sorteando sus alcances, lo arrebató á desear y rogar, que con la gracia de Dios, pudiera clavar tres flechazos en la cabeza de Crisoquir. Aquella cabeza odiosísima, lograda mas bien por traicion que por valentía, se colgó de un árbol, y sirvió tres veces de ito al disparo certero del tirador imperial: venganza ruin contra un difunto, y mas propia de aquel tiempo que de todo un emperador Basilio. Pero sobresalió en el desempeño de la hacienda y la lejslacion. Para acudír al desamparo del erario, se trató de recobrar las dádivas profusas y desatinadas del antecesor, mas su cordura las redujo á la mitad, y resultó una suma de mas de seis millones de duros

para arrostrar urjencias ejecutivas, y desahogarse hasta plantear un nuevo sistema espedito y económico. Se apuntó para lograr el intento un jénero nuevo de encabezamiento ú tributo, que en gran parte venia á quedar al albedrío de los repartidores. Aprontó al golpe el ministro una lista cumplida de ajentes eficaces y pundonorosos, pero escudriñados ahincadamente por Basilio, tan solos dos resultaron acreedores á tan suma confianza, y estos revalidaron su aprecio, desentendiéndose del encargo. Mas el esmero atinado y puntual del emperador, fué pausadamente planteando un equilibrio equitativo; entre los haberes y los pagos, y entre los ingresos y los desembolsos: se fué aplicando su fondo respectivo á cada ramo, y un balance patente afianzó los intereses del príncipe y las fincas del hacendado. Cercenando todo boato, destinó los patrimonios imperiales al costo de su mesa abundante y decorosa; se reservaron las contribuciones del súbdito para su propia defensa, y el sobrante se dedicó al ornato de la capital y de las provincias. La aficion á los edificios, aunque costosa, merece alabanza, y ante todo disculpa; se fomenta así la industria, se realzan las artes, y se logra el intento ya de provecho, ú ya de recreo público: la utilidad de un hospital, de una carretera, de un acueducto, es muy obvia y permanente, y las cien iglesias que se elevaron por disposicion de Basilio, se consagraron á la devocion de los fieles. Como juez era puntual y justiciero, ansioso de indultar, pero sentenciador sin zozobra; castigaba severamente á los atropelladores del pueblo, pero á sus enemigos personales que peligraba en perdonar, los cegaba y los reducia á la soledad y al arrepentimiento. La alteracion del idioma y de las costumbres, estaba pidiendo una revision de la jurisprudencia anticuada de Justiniano: el cuerpo ú mole de su Instituta, Pandectas, Código y Novelas, se despejó bajo cuarenta títulos, en lengua griega, y los *Basilicos* que se mejoraron y acabalaron por su hijo y su nieto, deben referirse al númen del fundador de su alcurnia. Terminóse aquel reinado glorioso, con un fracaso en la caza. Un ciervo enfurecido enredó sus astas en el tahalí de Basilio, y lo desencajó del caballo; rescatólo un sirviente cortando el ceñidor y matando el venado; pero la caida ó la fiebre postraron al monarca anciano y finó en su palacio, llorado por su familia y su pueblo. Si cortó la cabeza al sirviente leal, por arrojarse á desenvainar la espada contra su soberano, las ínfulas del despotismo, que yació dormido en el discurso de su vida, descollaron en aquel trance desesperado, para la justicia y el concepto del público.

De los cuatro hijos del emperador, Constantino murió antes que su padre, cuyo pesar y credulidad embelesó un impostor lisonjero, y luego una vision desatinada. El menor Esteban se satisfizo con los timbres de patriarca y de santo; Leon y Alejandro, fueron igualmente revestidos de la púrpura, mas solo el primero estuvo ejerciendo la potestad del gobier-

no (A. 886. Mar. 1.º). Hase realzado el nombre de Leon con el dictado de *filósofo*, y la sabiduría encarnada en la autoridad, y las prendas teóricas en las ejecutivas, constituirian en verdad el realce cabal de la naturaleza humana; pero se quedó muy corto Leon de aquella ideal sobresalencia. ¿Avasalló acaso sus disparos y sus apetitos, bajo el señorío de la razon? Desperdició su vida en el boato palaciego, y en el trato de sus esposas y mancebas, y hasta la clemencia que anduvo manifestando, y la paz que se esmeró tantísimo en conservar, deben achacarse á la blandura y flojedad de su índole. ¿Enfrenó por ventura sus preocupaciones y las de su pueblo? Adolecia de supersticiones aniñadas; sus leyes santificaban el influjo del clero y los desvaríos de la plebe, y los oráculos de Leon revelando, en estilo profético, la suerte del imperio, se fundaban en las patrañas de la astrolojía y la adivinacion. Si vamos á escudriñar porque se le apellidó con aquel realce, se contestará que el hijo de Basilio era menos lego que la jeneralidad de sus contemporáneos, en la iglesia y el estado; que tuvo por ayo al sábio Fócio, y que salieron á luz varios libros de ciencia profana ó eclesiástica, de la pluma, ó en nombre, del *filósofo* imperial. Pero un desbarro casero, la repeticion de sus desposorios, volcó la nombradía de su filosofía y su relijion. Andaban los monjes predicando, y todos los Griegos repitiendo, las aprensiones primitivas, acerca de las escelencias del celibato. Se otorgaba el matrimonio, como medio imprescindible, para la propagacion de la especie; muerto uno de los contrayentes, podia el restante acudir á *segundo* enlace para dar vado á la flaqueza, ó la pujanza, de la carne; mas el *tercer* enlace se conceptuaba en clase de mancebía, y el *cuarto* era pecado tan escandaloso, que carecia de ejemplar en la cristiandad oriental. El mismo Leon habia vedado las mancebas, al principio de su reinado, condenando el tercer matrimonio sin anularlo; mas luego su patriotismo y la pasion le precisaron á quebrantar sus propias leyes, y á incurrir en la penitencia que habia impuesto él mismo á los súbditos, en caso semejante. Estériles fueron sus tres desposorios primeros, y el emperador necesitaba una compañera, como una heredera lejítima del imperio. Trajeron á palacio por manceba á la linda Zoe, y comprobada su fecundidad con el nacimiento de Constantino, manifestó el amante su ánimo de lejitimar madre y niño, celebrando cuarto desposorio. Negóse el patriarca Nicolás á su bendicion, y pasó á bautizar al principillo, bajo la promesa del desvío de Zoe, y su marido quedó escluido de la comunion de los fieles, por contumaz. Ni el temor de salir desterrado, ni la desercion de sus hermanos, ni la autoridad de la iglesia latina, ni el peligro de falta ó duda, en la sucesion del imperio, nada alcanzó á doblegar el teson del inflexible monje. Muerto Leon volvió de su destierro al desempeño de sus funciones civiles y eclesiásticas, y el edicto de union promulgado en nombre de

Constantino, condenó todo escándalo venidero de cuartas nupcias, tildando tácitamente su propio nacimiento.

Púrpura y *pórfido* son una misma voz en griego; y como los colores naturales no varian, nos consta, que un rojo obscuro era el tinte tirio que bañaba la púrpura de los antiguos. Habia una estancia, en el palacio Bizantino, revestida de pórfido, y estaba reservada para las emperatrices embarazadas, por tanto el alumbramiento se espresaba con el dictado de *pórfiro-jénito*, ú nacido en la púrpura (A. 911. Mayo 11). Varios príncipes Romanos habian logrado herederos, mas este dictado peculiar, se apropió, por la vez primera, á Constantino VII. Iguales fueron su vida y su reinado titular; pero de los cincuenta y cuatro años, habian pasado seis antes de la muerte del padre, y el hijo de Leon, violenta ó voluntariamente siguió subordinado, á cuantos abrumaron su flaqueza, ó abusaron de sus intimidades. Su tio Alejandro, revestido mucho antes con el dictado de Augusto, fué el primer compañero y ayo del príncipe tierno, pero disparado en su carrera de vicios y devaneos competia ya el hermano de Leon, en nombradía, con el mismo Miguel, y al fallecer de temprana muerte, abrigaba el intento, de eunucar el sobrino, y dejar el imperio á un privado indignísimo. Los años posteriores de la minoría de Constantino, corrieron á cargo de su madre Zoe, y de una caterva ó concilio de siete rejentes, que miraban por sus intereses, halagaban á sus pasiones, desatendian la república, se fueron atropellada y mútuamente desbancando, hasta que por fin un soldado fué el despejador de su presencia. Romano Locapino, de arrinconado oríjen, se habia encumbrado al mando de la armada, y en las revueltas de aquella temporada habia merecido, ú cuando menos logrado, el aprecio nacional. Dió la vela, con su escuadra victoriosa y apasionada, de la desembocadura del Danubio para la bahía de Constantinopla, y fué aclamado como libertador del pueblo y padrino del príncipe. Su cargo supremo se deslindó al pronto, con el nuevo dictado de padre del emperador, mas luego Romano se desentendió de la potestad subalterna de ministro, y se apropió, titulándose Cesar y Augusto, la independencia cabal de un monarca, y la ejerció por espacio de cerca de veinte y cinco años (A. 913. Dic. 24). Sus tres hijos, Cristóbal, Esteban y Constantino, fueron sucesivamente condecorados con los mismos blasones, y el emperador lejítimo quedó apeado, desde la suma hasta la ínfima jerarquía, en esta runfla de príncipes; pero conservando vida y corona, aun debia celebrar su dicha y la clemencia del usurpador. Los ejemplares de la historia antigua y moderna abonan la ambicion de Romano; en su diestra tenia la potestad y la lejislacion del imperio; el nacimiento ilegal de Constantino sinceraba su esclusion, y túmulos y monasterios habia patentes para emparedar al hijo de una manceba. Mas no asoma Lecapeno con gallardías ni vilezas de

tirano. El denuedo y ahinco de su vida particular, se desvanecieron allá con el centelleo del sólio, y en el desenfreno de sus deleites trascordó el resguardo de la república y de su familia. Apacible de suyo y relijioso, acataba la santidad del juramento, la inocencia del mancebo, la memoria de sus padres y el cariño del pueblo. La estudiosidad jenial y retirada de Constantino, desarmó el ceño de la prepotencia: allá se empapaba en sus libros y en su música, en su pluma y en sus pinceles; y en ajenciándose algun auxilio con la venta de las pinturas, si no las encarecia el nombre del artista, se mostraba dotado de una habilidad personal, que poquísimos príncipes aciertan á ejercitar en los quebrantos de la adversidad.

Volcaron á Romano sus propios vicios y los de sus hijos. Muerto el primojénito Cristóbal, los dos hermanos restantes se indispusieron entre sí, y conspiraron contra su padre (A 715. En. 27). A la hora del mediodia, cuando se despejaba el palacio de toda persona estraña, allanaron á viva fuerza su estancia, y lo trasladaron vestido de monje á una islilla de la Propóntida poblada de una comunidad relijiosa. Alborotóse la ciudad, al eco de aquella revolucion sombría, desvelándose todos por el emperador lejítimo y verdadero Pórfirojénito; y los hijos de Lecapeno palparon el desengaño tardío, de que habian intentado y conseguido una maldad arriesgada, en beneficio de su competidor. La esposa de Constantino, Helena, hermana de ellos, reservó por supuesto su intento fementido de matarlo en medio del banquete réjio. Sobresáltaronse sus allegados leales, se anticiparon á los usurpadores, los prendieron, despojaron de la púrpura, y embarcaron para la idéntica isla y monasterio, donde acababan de enclaustrar á su padre. Acudió el anciano emperador al desembarcadero, con una sonrisa de escarnio, y tras una reconvencion justísima, de su desvarío é ingratitud, brindó á sus compañeros imperiales, con igual porcion de agua y pitanza de verdura. Constantino VII se posesionó, á los cuarenta años de su reinado, del orbe oriental, que luego imperó en realidad ó en apariencia, por espacio de cerca de quince años. Mas carecia de aquel brio denodado que descuella y va dando empuje esclarecido por donde quiera, pues las tareas propias de un retiro decoroso, eran ajenísimas del eficaz desempeño de la soberanía. Empapado el emperador en instruir á su hijo Romano en la teórica del gobierno, se desentendia entretanto de practicarlo, y emperezándose en sus banquetes y regalos, las riendas del réjimen supremo paraba en manos de su mujer Helena; y en los vaivenes de su privanza y sus antojos los últimos ministros resultaban siempre los mas despreciables. Pero el nacimiento y los quebrantos de Constantino lo intimaban con los Griegos; disculpaban sus yerros; apreciaban su sabiduría, su inocencia, humanidad y amor á la justicia, y en el ceremonial de sus exequias, lloraron candorosa y amargamente

los súbditos. Estuvo de cuerpo presente, segun antigua costumbre, con sumo boato, en el atrio del palacio; y oficiales militares y civiles, patricios, senado y clero, fueron por su órden besando y adorando el yerto cadáver de su soberano. Antes de romper todos la marcha hácia el panteon imperial, fué un heraldo pregonando esta amonestacion grandiosa: « álzate ó rey del orbe, y obedece á la intimacion del Rey de los reyes. »

Achacóse la muerte de Constantino al veneno, y su hijo Romano, que derivaba aquel nombre de su abuelo materno, ascendió al sólio de Constantinopla (A 959. Nov. 25). Príncipe que á los veinte años estuvo indiciado de anticipar su herencia, desmereció sin arbitrio el aprecio público; mas era Romano de suyo apocado y no criminal, y se achacó fundamentalmente la maldad á su esposa Teófana, mujer de ruin esfera, denuedo varonil y costumbres depravadas. Allá se desentendia el hijo de Constantino de gloria personal y de felicidad publica, verdaderos logros de la soberanía; y mientras sus dos hermanos Nicéforo y Leon estaban triunfando de los Sarracenos, las horas debidas al pueblo se desgastaban por el emperador en su ociosidad desaforada. Por la madrugada visitaba el circo; al medio dia banqueteaba con los senadores; la tarde se dedicaba por lo mas al *esferisterio* ú las birlas, único teatro de sus victorias; de allí atravesaba á la costa asiática del Bósforo, cazaba y mataba cuatro jabalíes descomunales, y se volvia al palacio ufanísimo con sus afanes de todo el dia. Descollaba en brio y jentileza sobre los demás mozos; gallardo y recto como un cipresillo, de tez muy tersa y sonrosada, de ojos vivísimos, robusto de hombros y agraciadamente aguileño. Con tantos primores, no logró avasallar el cariño de Teófana, y á los cuatro años de reinado, revolvió para el marido, el mismo brevaje mortal que babia aderezado para el padre.

Romano menor hubo en aquella malvada consorte dos hijos, Basilio II y Constantino IX, y dos hijas Teófana y Ana. La mayor casó con Oton II, emperador de Occidente; la menor se desposó con Waldomiro gran duque y apóstol de Rusia, y por el enlace de su nieta con Enrique I rey de Francia, la sangre de los Macedonios, y quizá de los Arsácides está corriendo todavía por las venas de los Borbones. Intentó la emperatríz á la muerte de su marido, reinar en nombre de sus hijos, siendo el mayorcillo de cinco años y el menor tan solo de dos; mas luego esperimentó el vaiven de un sólio sostenido por una hembra aborrecida y por dos niños despreciables. Se revolvió Teófana en busca de un arrimo, y se arrojó á los brazos de un soldado valenton; todo cabia en aquel pecho, pero la monstruosidad del querido daba á conocer que el interés habia sido el móvil y la disculpa de su cariño. Hermanaba Nicéforo Focas, para el concepto público los dos realces, del heroismo y la san-

tidad; la primera prenda estaba esclarecidamente de manifiesto: resplandecian en su alcurnia hazañas militares, y habia el mismo sobresalido en todos los grados y por todas las provincias con su bizarría guerrera y su desempeño de caudillo; y se mostraba recien coronado de laureles por la conquista importantísima de la isla de Creta. No era tan patente su relijiosidad, pues su cilicio sus ayunos, su lenguaje místico y su anhelo por retirarse del bullicio mundano, venian á ser un disfraz estudiado de su ambicion recóndita y azarosa. Ilusó sin embargo á un santo patriarca, por cuyo influjo y por un decreto del senado, se le encargó, durante la menoría de los príncipes, el mando absoluto é independiente de los ejércitos orientales. Afianzada que tuvo la oficialidad y la tropa, marchó denodadamente á Constantinopla, holló á sus enemigos patentizó su correspondencia con la emperatríz (A 963. Ag. 6), y sin apear á los hijos, ostentó con el dictado de Augusto, la preeminencia de su jerarquía y la plenitud de su poderío. El mismo patriarca que le habia ceñido la corona, rechazó su matrimonio con Teófano, incurriendo, por su segundo desposorio, en la penitencia canónica, y mas mediando un impedimento de afinidad espiritual, y así era indispensable algun sesgo, para acallar con perjuros al clero y al pueblo. Perdió el emperador su popularidad con la púrpura, y en su reinado de seis años se acarreó el odio de súbditos y estranjeros reviviendo en el sucesor la hipocresía y la codicia del primer Nicéforo. Jamás abonaré ni disculparé la hipocresía, pero no puedo menos de reparar que el vicio odioso de la codicia es el primero que se zahiere y mas desapiadadamente se condena. Con un particular, allá sentenciamos sin pararnos á desmenuzar sus haberes y sus desembolsos y en un ecónomo del erario público, siempre es virtud el ahorro, aunque suele hacerse forzoso el recargo de impuestos. Comprobado tenia su desinterés Nicéforo, en el manejo de su patrimonio, y sus productos se adjudicaban por entero al servicio del estado; en asomando la primavera, marchaba el emperador personalmente contra los Sarracenos, y todo Romano podia ir desentrañando el empleo de sus pagos, en triunfos, conquistas y resguardos de la raya oriental.

Descolló entre los guerreros, sus ensalzadores y compañeros, un armenio noble y valeroso, que le mereció esclarecidos galardones. No era de gallarda estatura, pero el cuerpecillo de Juan Zimisces atesoraba brío, hermosura, y el alma de un héroe. Apeáronle, por zelos del hermano del emperador, del cargo de jeneral del Oriente, al de director de correos, y se le castigaron sus murmullos, con desdoro y destierro. Pero Zimisces abultaba en la lista larguísima de los amantes de la emperatríz, y por su mediacion se le permitió residir en Calcedonia, á las puertas de la capital, y correspondian á su fineza con visitas amorosas y encubiertas, al palacio; y así Teófana se avino gozosísima á la muerte de su marido taca-

ño y espantoso. Ocultáronse algunos conspiradores denodados é íntimos, en las estancias mas recónditas: en la lobreguez de una noche de invierno, Zimisces y sus principales camaradas se embarcan en un falucho, atraviesan el Bósforo, aportan en la gradería del palacio, y trepan calladamente por una escala de cuerda que les arrojan las sirvientas. Ni sus zozobras, ni el aviso de los amigos, ni el auxilio tardío de Leon, ni la fortaleza que se habia construido en palacio, pueden resguardar á Nicéforo contra un enemigo casero, á cuya voz se franquean todas las puertas á los asesinos. Está durmiendo en el suelo sobre una piel de oso, se levanta al estruendo, y le hieren á un tiempo treinta dagas. No consta que Zimisces empapase sus manos en la sangre de su soberano, pero se estuvo deleitando con la vista inhumana de su venganza. Desacatos y venganzas fueron dilatando la matanza, y al mirar la cabeza de Nicéforo en la ventana, enmudeció el alboroto, y fué el Armenio emperador del Oriente (A. 969. Dic. 25). Al ir á coronarse, lo atajó en el umbral de Santa Sofía, el denodado patriarca, pues se cargaba la conciencia con aquella traicion sangrienta, y exijió, en señal de arrepentimiento, su desvío de la asociada, todavía mas criminal. No se agravió el príncipe con aquel arranque de celo apostólico, puesto que no le cabia el amar, ni entregarse, á una mujer quebrantadora repetidamente de las obligaciones mas sagradas, y Teófana, en vez de alternar en la grandeza imperial fué afrentosamente arrojada de su lecho y palacio. Disparóse, al despedirla, en estremos frenéticos y desvalidos, reconvino al amante por su ingratitud, asaltó á voces y golpes á su hijo Basilio, al verle callado y rendido ante el compañero prepotente, y pregonó su propio adulterio y la ilejitimidad de aquel nacimiento. Aplacóse la ira jeneral con su destierro, y el castigo de sus cómplices inferiores: se perdonó la muerte de un príncipe malquisto, y quedó olvidada la traicion de Zimisces, con el esclarecimiento de sus virtudes. Quizás sus profusiones redundaron en menos utilidad del estado que la codicia de Nicéforo, mas su agrado halagüeño y caballeroso, prendaba á cuantos se llegaban á hablarle, y tan solo siguió las huellas de su antecesor, en el sendero de la victoria. Pasó la mayor parte de su reinado en el campamento y en sus empresas, descollando con su denuedo y actividad por el Danubio y el Tigris, los antiguos linderos del orbe Romano: y con sus ambos triunfos contra Rusos y Sarracenos, devengó los dictados de salvador del imperio, y conquistador del Oriente. Advirtió en su último regreso por Siria, que las campiñas mas pingües de sus nuevas provincias estaban en manos de los Eunucos: «¿Con qué para ellos,» prorumpió con ira decorosa, «hemos estado batallando y venciendo? ¿Con qué para ellos estamos derramando nuestra sangre, y consumiendo los haberes de nuestro pueblo?» Resonó la queja en palacio, y está harto patente la sospecha de veneno en la muerte de Zimisces.

Durante aquella usurpacion, ó rejencia, los dos emperadores lejítimos, Basilio y Constantino, vinieron á ser calladamente ya varones. En su tierna edad no cupo señorío; el comedimiento obsequioso de su acompañamiento y sus saludos, correspondian á la edad y al mérito de los ayos, sin sucesion, cuyo anhelo no debia inclinarlos á defraudar la descendencia de sus derechos; administrábale leal y acertadamente el patrimonio; y la muerte tan temprana de Zimisces, fué mas quebranto que beneficio para los hijos de Romano. Su inesperiencia los fué deteniendo, hasta doce años, allá como ahijados voluntarios y arrinconados, de un ministro que dilató mas y mas su reinado, persuadiéndoles que paladeasen los regalos de la mocedad, orillando los afanes del gobierno. Quedó para siempre enmarañada la flaqueza de Constantino en estos lazos halagüeños; mas su hermano mayor se sentia ímpetus grandiosos y anhelos de actividad; enojóse y desapareció el ministro. Reconocióse á Basilio por soberano de Constantinopla y de las provincias europeas, mas yacia el Asia bajo el azote de los jenerales veteranos Focas y Esclero, quienes alternativamente amigos y contrarios, súbditos y rebeldes, se mantenian independientes, y se afanaban por lograr una nueva usurpacion. Esgrimió desde luego su acero el hijo de Romano contra estos enemigos caseros, y se estremecieron al presenciar el denuedo de un príncipe lejítimo. El primero acaudillando la batalla quedó al pié de su caballo por efecto de veneno de un saetazo, y el segundo, aherrojado ya dos veces y otras tantas revestido de púrpura, apeteció acabar sus ya cortos dias pacíficamente. Al arrimarse el anciano suplicante al sólio, con los ojos llorosos y á pasos trémulos, sostenido por sus dos acompañantes, prorumpió el emperador, con el descoco de la mocedad y del poderío. «¿Es ese el hombre que tanto tiempo nos tuvo despavoridos?» Afianzada su autoridad y la paz del imperio, no dejaron los trofeos de Nicéforo y de Zimisces dormir en el palacio á su alumno. Sus muchas y largas espediciones contra los Sarracenos, fueron mas bien gloriosas que útiles el imperio, pero descuella el esterminio total del reino de Bulgaria, como el triunfo mas grandioso de las armas Romanas desde el tiempo de Belisario. Pero los súbditos, en vez de vitorear á su triunfador, estaban abominando de la codicia violenta y robadora de Basilio; y en la escasa relacion de sus proezas, tan solo asoman el denuedo, el aguante y el destemple de un soldado. Nubló su entendimiento una educacion aviesa, que nunca avasalló su arrogancia; como idiota, recordaba tan solo la ciencia de su apocado abuelo para menospreciar entrañable ó afectadamente leyes y letrados, artes y artistas. Apoderóse de por vida la superstición de tal índole, y en tal siglo, pues tras el primer desenfreno de su mocedad, Basilio II, dedicó su vida en el palacio y en el campamento, á la penitencia de un ermitaño; llevaba el hábito monástico debajo de su ropaje y armadura, guardaba voto de castidad, y enfrenaba

sus apetitos con la abstinencia del vino y de la carne. Su desenfado marcial lo arrebató, á los sesenta y ocho años de edad, á embarcarse para una guerra santa, contra los Sarracenos de Sicilia; pero le sobrevino la muerte, y Basilio, apellidado el *Mata-Búlgaros*, se fué del mundo llorado por el clero, y maldecido por el pueblo. A su muerte (A. 1021. Dic.) el hermano Constantino disfrutó unos tres años la potestad, ó mas bien los deleites de la monarquía, y su único esmero fué el arreglo de la sucesion. Obtuvo por sesenta y seis años el dictado de Augusto, y el reinado de ambos hermanos es el mas largo, y mas enmarañado, de la historia Bizantina.

Sucediéronse en el plazo de ciento y sesenta años y en línea recta, cinco emperadores, y fueron halagando la lealtad de los Griegos á la dinastía Macedonia, acatada, hasta tres veces, por los usurpadores de su potestad. Muerto Constantino IX, postrer varon de la alcurnia real, asoma una perspectiva nueva y quebrada, y adicionados los años de doce emperadores, no igualan al espacio de su reinado solo. Antepuso el primojénito su castidad personal al interés público, y fueron tres hijas toda la prole de Constantino. Eudocia, que tomó el hábito, y Zoe y Teodora que yacieron arrinconadas, ignorantes y vírjenes hasta su edad madura. Ventilados sus enlaces en el consejo del padre moribundo, la yerta y mística Teodora se desentendió de proporcionar herederos al imperio, pero su hermana Zoe, se adelantó á ser víctima voluntaria á las aras. Romano Arjiro, patricio de estampa agraciada y acendrado concepto, fué el escojido para esposo, y al esquivar este timbre, se le manifestó que ceguedad ó muerte serian el paradero de sus desdenes. Era el cariño convugal el móvil de su repugnancia, pues su leal consorte, quiso sacrificar aquella felicidad, por su salvamento y exaltacion, y entrando en un monasterio zanjó el único tropiezo que se oponia al desposorio imperial. Al fallecimiento de Constantino, paró el cetro en la diestra de Romano III, mas no asomaron tareas cuyas eficaces y provechosas, ni en casa, ni fuera; y la edad ya muy madura de Zoe, era menos á propósito para las resultas, que para el goce de los deleites. Su camarero predilecto era un Paflagonio muy lindo, llamado Miguel, cuya primera profesion habia sido la de cambiante de monedas, y Romano, por agradecimiento ó por condescendencia, se desentendia de este trato criminal, ó se satisfacia con algun descargo. Mas luego Zoe corroboró la máxima Romana, de que toda adúltera es abonada para emponzoñar al marido, y tras la muerte de Romano, sobrevino ejecutivamente el matrimonio escandaloso, y el ensalzamiento de Miguel IV. Quedó Zoe frustrada en sus anhelos, pues en vez de un amante lozano y agradecido, franqueó su lecho á un desastrado, cuya salud y entendimiento yacian menoscabados con accidentes epilépticos, y cuya conciencia estaba á to-

das horas atenazeada, con la desesperacion y el remordimiento (A. 1034. Abril. 11). Acudieron los facultativos mas consumados, de cuerpo y de alma en auxilio, y anduvo esperanzado, con viajes frecuentes á baños, y á túmulos de los santos mas milagrosos; y los monjes celebraban sus penitencias, y escepto la restitucion (pero, ¿á quién cabia restituir?) Miguel echó el resto por purgar su atentado. Mientras yacia sollozando y suplicando, con el saco y la ceniza, su hermano, el eunuco, Juan, se sonreia de aquellos remordimientos, y gozaba el fruto de un delito que principalmente era aborto suyo. Todo su afan se ciñó al cebo de su codicia, y Zoe paró en cautiva y emparedada en palacio, al cargo de los esclavos. Al acechar el menoscabo irremediable de la salud del hermano, entrometió á su sobrino, otro Miguel apellidado Calafate, por su ejercicio en la carena de bajeles: manda el eunuco y Zoe prohija al niño de un menestral; revisten á este heredero de farsa, con el dictado y púrpura de los Césares, á presencia del senado y clero. Era tan apocada la índole de Zoe, que se dejó avasallar por el mismo desahogo que recobró con la muerte del Paflagonio, y á los cuatro dias ciñó la corona en la sien de Miguel IV (A. 1041. Dic. 14), quien estuvo protestando, lloroso y juramentado, que siempre reinaria como el súbdito primero y mas rendido; y luego la única jestion de su reinado fué la ingratitud ruin con sus bienhechores, el eunuco y la emperatríz. Grato fué al público el vuelco del primero, mas el murmullo, y luego el clamor, de todo Constantinopla, acompañó en destierro á Zoe, hija de tantos emperadores; quedaron olvidados sus desvaneos, y Miguel se desengañó de que hay trances en que el sufrimiento del esclavo mas manso, se enfurece y se dispara á la venganza. Alborotóse el vecindario sin distincion, en asonada violentísima, por espacio de tres dias; sitian el palacio, quebrantan sus puertas, llaman á sus *madres*, la una de la cárcel, la otra del monasterio, y sentencian al hijo del Calafate á perder ojos y vida. Miran por primera vez atónitos los Griegos á las dos hermanas reales sentadas en el mismo sólio (A. 1042. Ab. 21.), presidiendo al Senado, y dando audiencia á los embajadores de las naciones. Mas cesa esta concordia peregrina á los dos meses: muy encontradas vivian las dos soberanas en índoles, intereses y allegados, y por cuanto seguia Teodora con su aversion al matrimonio, Zoe siempre incansable se avino á los sesenta años, por el bien público, á enlazarse con tercer marido, é incurrir la censura de la iglesia griega. Apellidóse Constantino, X y el adjetivo *Monomaco*, peleante solo, espresaria su denuedo y su victoria en alguna contienda pública ó particular (A. 1042. Jun. 11); pero gotoso y disoluto, su reinado vino á ser una alternativa incesante de dolencia y relajacion. Habia una viuda, noble y hermosa, acompañado á Constantino en su destierro á la isla de Lesbos, y blasonaba Ederena de titularse su man-

ceba. Tras el enlace y ensalzamiento, la encumbró con el dictado y boato de Augusta, y la hospedó en una estancia inmediata al mismo palacio. La consorte lejítima (tal era el miramiento, ó el descoco de Zoe) se avino á particion tan estraña y escandalosa, y el emperador se manifestó al público entre su esposa y su manceba. Sobrevivió á entrambas, pero las últimas disposiciones de Constantino, para variar el órden de la sucesion, quedaron atajadas por los amigos mas desvelados de Teodora, y á su muerte recobró esta, con general consentimiento, la posesion de su herencia (A. 1054. Nov. 30). En su nombre, y á influjo de cuatro eunucos, estuvo gobernado pacíficamente el orbe oriental unos diez y nueve meses y con afan de dilatar su predominio, recabaron de la anciana princesa, que nombrase por sucesor á Miguel VI. (A. 1056. Ag. 22). El sobrenombre de *Estratónico*, está diciendo su profesion militar, mas el veterano quebrantado y decrépito, tan solo veia con los ojos, y obraba con las manos de sus ministros. Mientras subia al sólio, se estaba empozando en el sepulcro Teodora, la postrera de la línea Basílica ó Macedónica. He compendiado presurosamente, y me despido gustoso de este plazo vergonzoso y aciago de veinte y ocho años, en que los Griegos, avillanados en ínfima servidumbre, fueron arrebatados acá y acullá, segun el albedrío ú el antojo de unas hembras baladíes.

Sobre esta lobreguez de esclavitud, asoma por fin allá un destello de libertad, ó á lo menos de brio; conservaban los Griegos ó resucitaron, el uso de los sobrenombres que perpetuan la nombradía de toda virtud hereditaria, y estamos ahora deslindando el arranque, la sucesion y las alianzas de las ultimas dinastías de Constantinopla y Trebisonda. Los *Comnenos* que por algun tiempo contrastaron el vuelco del imperio ruinoso, ostentaron el timbre de su oríjen Romano, pero llevaba ya largo tiempo la familia de su traslacion al Asia. Habian fincado en Cartamona, á las cercanías del Euxino, y uno de sus caudillos engolfado ya en la carrera de la ambicion, anduvo reviendo con apego, y quizas con pesadumbre, la vivienda decorosa y honrada de sus padres. Encabezó su alcurnia el esclarecido Manuel, que en el reinado de Basilio II acudió con armas y razones á sosegar las turbulencias del Oriente, dejó dos niños tiernos, Isaac y Juan, que recomendó con ínfulas de merecimiento, al aprecio y favor de su soberano. Educáronse los nobles mancebos en la enseñanza del monasterio, la cortesanía del palacio y los ejercicios del campamento; y desde el servicio palaciego de la guardia pasaron ejecutivamente al mando de provincias y ejércitos. La estrechez, de su hermandad robusteció la pujanza y nombradía de los Comnenos, y se realzó su nobleza por los enlaces de entrambos con una princesa cautiva de Bulgaria, y la hija de un patricio, que se apellidaba *Caronte*, por la caterva de enemigos que tenia enviados á las sombras infernales. Repugnaba á la soldadesca el

servicio y la lealtad á sus dueños afeminados. El ensalzamiento de Miguel IX era un insulto personal á jenerales mas acreedores, cuyo desabrimiento se acibaró mas y mas con la mezquindad del emperador, y el descoco de los eunucos. Se juntaron reservadamente en el santuario de Santa Sofía, y por votos unánimes de aquel congreso militar, recayera la eleccion en el anciano y valeroso Catacalon, si el patriotismo y comedimiento dejara de apuntarles la trascendencia del nacimiento, como mérito en el nombramiento de un soberano. El consentimiento general aclamó á Isaac Comneno, y los asociados se desviaron sin demora, para juntarse en las llanuras de Frijia, acaudillando respectivamente sus escuadrones y destacamentos. Defendieron en una sola batalla la causa de Miguel los mercenarios de la guardia imperial, forasteros en el interés público, y obrando únicamente á impulsos de su honor y agradecimiento. Tras su derrota, despavorido el emperador, solicitó un convenio que iba á quedar ajustado por la moderacion del Comnenio, pero vendieron sus embajadores al uno, y contuvieron los amigos al otro; y Miguel solitario tuvo que avenirse al dictámen del pueblo; anuló el patriarca su juramento de lealtad, y al afeitar la cabeza del monje real, se congratuló con él, por el trueque ventajosísimo de la soberanía temporal, con el reino de los cielos: cambio que el sacerdote mismo por su parte hubiera probablemente orillado. Coronó luego él mismo solemnemente á Comneno; ofenderia el símbolo de la espada que usó en sus monedas como conceptuoso del derecho de conquista; mas estaba pronto aquel acero para blandirse contra los enemígos propios y estraños del estado. El menoscabo de su salud y pujanza embargó los ímpetus de toda operacion activa, y la perspectiva de su muerte cercana, lo determinó á intermediar, por una temporada, la vida con la eternidad. Mas en vez de señalar por dote el imperio á su hija, se hermanaron su tino y su propension, para anteponerle su hermano Juan, militar, patriota, y padre de cinco hijos, colunas venideras de una sucesion hereditaria. El comedimiento de su primera resistencia pudiera equivocarse con impulsos de advertencia y cariño, mas su perseverancia porfiada y vencedora, por mas que deslumbre con destellos pundonorosos, se debe tildar como agena de su obligacion, y un agravio á su familia y patria. Admitió Constantino Ducas la púrpura desechada, amante de la alcurnia Comnenia, y cuyo esclarecido nacimiento se engalanaba con la práctica y el concepto de intelijencia en los negocios. Recobró Isaac su salud con el hábito de monje y sobrevivió dos años á su renuncia voluntaria. A las órdenes del Abad, desempeñaba segun la regla de San Basilio, los menesteres ínfimos del convento; pero allá su vanagloria encubierta, se pagaba con las visitas frecuentes y atentísimas del monarca reinante, que reverenciaba en su persona, la calificacion de un bienhechor y de un santo.

Si Constantino XI era positivamente el prohombre del imperio, hay que lastimarse del avillanamiento del siglo y nacion, en que fué nombrado (A. 1059. Dic. 25). Se afanaba aniñadamente por descollar en elocuencia sin conseguirlo, anteponiendo la corona de la oratoria á la de Roma, y en el desempeño subalterno de juez, trascordaba su instituto de soberano y de guerrero. Ajeno de la tibieza patriótica de sus ensalzadores, Ducas tan solo afianzaba, á costa de la república, el poderío y la prosperidad de su prole. Sus tres hijos, Miguel VII, Andrónico I y Constantino XII, (A. 1067. Mayo) permanecieron revestidos desde su niñez con igual dictado de Augustos, y luego les quedó tambien patente la sucesion con la muerte del padre. Su viuda Eudocia fué la encargada del réjimen; mas el desengaño habia enseñado al padre moribundo y zeloso á escudar á sus hijos contra el peligro de segundo desposorio, y este resguardo solemne, testimoniado por los senadores principales, se depositó en manos del patriarca. Antes de siete meses, los apuros de Eudocia ó del estado, clamaban ya por las prendas varoniles de un soldado, y su pecho tenia escojido á Romano Diójenes que ensalzó, del cadalso al sólio. El descubrimiento de una traicion intentada, lo habia espuesto á la severidad de las leyes: su jentileza y denuedo lo descargaron para los ojos de la emperatríz, y Romano desde un destierro benigno, fué llamado al segundo dia para el mando de las huestes orientales. Ignoraba el público su eleccion para monarca, y la promesa que iba á patentizar su liviandad y fementimiento, cayó con ardides en manos del emisario, que acertó á burlar al patriarca. Alegó al pronto Xifilino la santidad del juramento y lo sagrado de un depósito; mas secreteándole, que su hermano era el emperador venidero, aventó sus escrúpulos y confesó, que la salvacion pública era la ley suprema. Se desprendió del documento tan importante, y luego desahuciado con el nombramiento de Romano, ya no le cupo recobrar su afianzamiento, ni contrarestar el segundo desposorio de la emperatriz. (A. 1067. Ag.) Suena un susurro en palacio, y la guardia bárbara alza sus mazas por la alcurnia de Ducas, pero las lágrimas de la madre ablandan á los infantillos, afianzándoles la lealtad de su padrino, que desempeñaba la dignidad imperial con pundonor y señorío. Referiré mas adelante sus conatos esforzados, pero infructuosos, para atajar el raudal de los Turcos. Su derrota y cautiverio fué una llaga mortal para la monarquía Bizantina del Oriente, y cuando allá el sultan llegó á desaherrojarlo, en vano volvió en busca de esposa y súbditos. Yacia aquella emparedada en un monasterio, y estos se atenian á la máxima inexorable de la ley civil, de que todo prisionero en manos del enemigo, queda destituido, como guadañado por la muerte, de todo derecho público y privado de ciudadano. Despavoridos todos, el César Juan esforzó la penitencia incontrastable de los tres sobrinos; oyó Constantinopla su voz, y se pregonó en la

capital y en la raya al cautivo de Turcos, como enemigo de la república. (A. 1071. Ag.) No fué Romano mas venturoso en la guerra interior que en la esterna; perdidas dos batallas tuvo que rendirse, bajo el resguardo de un trato apacible y decoroso; mas carecian sus contrarios de humanidad y de palabra, y tras la privacion de la vista le dejaron desangrar y enconar las heridas, hasta que á los tres dias dejó por fin de padecer aquel martirio. Bajo los tres reinados de la casa de Ducas, los dos hermanos menores quedaron reducidos al boato insubstancial de la púrpura, pero el mayor, Miguel, de suyo apocadísimo, era inhábil para empuñar el cetro Romano, y su apodo de *Perpinatis* denota la tacha que le cupo, al par de un privado avariento, que subia el precio y cercenaba las medidas del grano. Aprovechó algun tanto en retórica y filosofía el hijo de Eudocia, al ejemplo de su madre, en la escuela de Piclio; pero su concepto quedó mas bien deducido que realzado, con las virtudes de un monje y la ciencia de un sofista. Dos jenerales, engreidos con el menosprecio de un soberano y su propia suficiencia, capitaneando las lejiones de Asia y de Europa, se revistieron la púrpura en Niza y en Andrinópolis. Se rebelaron en el mismo mes, y se apellidaban igualmente Nicéforos; pero se diferenciaban con los apodos de Brienio y Botaniates, el primero ya en la cumbre de su valentía y desempeño, y el otro descollante aun, con la memoria de proezas ya remotas. Mientras Botaniates marchaba pausada y cautelosamente, su competidor disparado, se apersonó con sus armas á las puertas de Constantinopla. Esclarecido era el nombre de Brienio y estaba bienquisto, pero el desenfreno incontrastable de su tropa, incendió y saqueó un arrabal, y el vecindario que vitoreara al rebelde, desechó y rechazó, al incendiario de su patria. Favorable fué á Botaniates aquel cambio de la opinion pública, y se arrimó con un ejército turco á las playas de Calcedonia. Corrió por las calles de Constantinopla un llamamiento formal en nombre del patriarca, del sínodo y del Senado, y junta jeneral estuvo ventilando, en el presbiterio de Santa Sofía, con método y sosiego, la eleccion del soberano. Dispersara la guardia de Miguel aquella muchedumbre desarmada, mas el emperador apocado, ufano con su clemencia y comedimiento, depuso sus insignias imperiales, y quedó recompensado con un hábito de monje y el título de arzobispo de Efeso. Dejó un hijo, otro Constantino, nacido y educado en la púrpura, y una hija de la alcurnia de Ducas realzó la sangre, y revalidó la sucesion de la dinastía Comnenia.

Juan Comneno, hermano del emperador Isaac, sobrevivió en paz y señorío á su garboso desvío del cetro. Hubo en su esposa Ana, mujer despejada y varonil, hasta ocho hijos: las tres niñas fueron emparentando con los prohombres de Grecia; de los cinco hijos, Manuel falleció temprano; Isaac y Alexio restablecieron la grandeza imperial de la alcurnia

Comnenia, disfrutándola sin afan ni peligro los dos hermanos menores Adriano y Nicéforo. Alexio, el mas esclarecido de todos, descolló con sus prendas eminentes de cuerpo y alma, cultivándolas con su educacion esmerada, y doblegándolas, en la escuela de la obediencia y la adversidad. El desvelo paternal del emperador Romano, desvió al mancebo de las contingencias de la guerra turca; mas se acusó á la madre de los Comnenos, con su linaje engreido, de traicion, desterrándola los hijos de Ducas, á una isla de la Propóntida. Campearon luego con su privanza y sus empleos, pelearon de pareja contra los rebeldes y bárbaros, y acompañaron al emperador Miguel, hasta su total desamparo, por el mundo y por sí mismo. Al avistarse con Botaniates, «Príncipe,» prorumpió Alexio con candoroso garbo, «mi obligacion me constituyó vuestro enemigo; las disposiciones del Señor y del pueblo, me hacen vuestro súbdito; conceptuad mi lealtad venidera, por mi oposicion pasada.» El sucesor de Miguel lo agasajó con intimidad, y empleó su valentía contra tres rebeldes que estaban alterando el sosiego del imperio, ú á lo menos de los emperadores. Hacíanse formidables Ursel, Brienio y Basilacio, por sus crecidas fuerzas y pericia militar; fueron quedando todos vencidos, y luego traidos aherrojados al pié del sólio, y por violento que fuese el trato que les cupo de una corte medrosa é inhumana, vitorearon la clemencia y bizarría del triunfador. En breve, zozobras y sospechas desdoraron la lealtad de los Comnenos, ni es tan obvio deslindar entre un súbdito y un déspota, el feudo de agradecimiento que el primero suele reclamar con su rebeldía, y cumplir el segundo por mano del sayon. Se niega Alexio á marchar contra el cuarto rebelde su cuñado, y desmerecia sus servicios anteriores; los allegados de Botanicio foguearon una ambicion que temian y tildaban, y la retirada de ambos hermanos pudiera sincerarse, con el resguardo de su vida y su libertad. Quedaron depositadas las hembras de la familia en un santuario, acatado por los tiranos; los varones cabalgaron, partieron y tremolaron el estandarte de la guerra civil. La soldadesca que sucesivamente se habia ido agolpando en la capital y sus cercanías, se apasionó por la causa de un caudillo victorioso y agraviado; vínculos de interés y de parentesco afianzaban el apego de la casa de Ducas, y el paradero de la contienda garbosa de los Comnenos, fué la resolucion terminante de Isaac; que fué el primero en revestir á su hermano menor, con el nombre y las insignias de la soberanía. Revolvieron sobre Constantinopla mas bien para amagar que para sitiar aquella fortaleza inespugnable; pero se cohechó la guardia, se sorprendió una puerta, y se adelantó á rendir la escuadra el denodado Jorje Paleólogo que estuvo peleando contra su padre, sin prever que se afanaba por su prosperidad. Entronizóse Alexio, y su ansioso competidor se empozó en un monasterio. Se dió la ciudad al saqueo para halagar á una hueste de varias na–

ciones, pero lloraron y ayunaron por aquel desman los Comnenos, que se avinieron á toda penitencia compatible con la posesion del imperio.

Rasgueó la vida del emperador Alexio su hija predilecta, enamorada de su persona, y loablemente ansiosa de perpetuar sus escelencias. (A. 1081. Abril.) Enterada de cuanto fundadamente pudieran maliciar sus lectores, se habia informado de palabra y por escrito, de los veteranos mas fidedignos, protestando repetidamente, que todos estaban corroborando su conocimiento; que habiendo ya pasado treinta años, olvidando al mundo y olvidada de él, no asomaban zozobras ni esperanzas por el desamparo de su soledad, y que la verdad desnuda y cabal, le era mas halagüeña y sagrada que la memoria de su padre. Mas, en vez de aquel sencillo y fluido lenguaje que nos embelesa, su acicalamiento esmerado de retórica y de ciencia, está poniendo de manifiesto, á cada paso, la vanagloria de la autora. La índole nativa de Alexio se enmaraña allá en un ramillete revuelto de primores; y la entonacion incesante del panejírico y apolojía, nos encela contra la veracidad del historiador y los merecimientos del héroe. No podemos, sin embargo, desentendernos de su reparo atinado y trascendental, de que en el desconcierto de los tiempos, se cifraron los quebrantos y los blasones de Alexio, y de que cuantas plagas pueden aquejar á un imperio menoscabado, se dispararon sobre su reinado, por la justicia del cielo, y los desbarros de sus antecesores. En el Oriente, los Turcos victoriosos habian ido derramando, desde la Persia al Helesponto, la prepotencia del Alcoran y de la media luna; la valentía aventurera de los Normandos habia invadido el Occidente, y en los intermedios de paz seguia el Danubio desembocando nuevos enjambres, que habian aventajado en el arte de la guerra, cuanto iban perdiendo de sus costumbres desenfrenadas. No estaba menos embravecido el mar que la tierra, y mientras un enemigo patente asaltaba la raya, alevosía y conspiraciones encubiertas, traian despavorido el palacio. Tremolan de repente los latinos la bandera de la Cruz; arrójase la Europa sobre el Asia, y Constantinopla está á pique de fracasar en tamaña inundacion. En el vaiven de la tormenta, maneja Alexio la nave con denuedo y maestría. Acaudilla los ejércitos, campea en la refriega, aguanta la fatiga, acude á sus ardides, y avalora las ventajas, y se rehace de los quebrantos, con inexhausta pujanza. Revive la disciplina en el campamento, y el ejemplo y la ciencia del jeneral, plantea nuevas jeneraciones de hombres y soldados. Alexio, en sus relaciones con los latinos, se muestra sufrido y artero; su vista despejada cala, hasta las interioridades de aquel mundo desconocido; y mas adelante desentrañará la política recóndita, con que acertó á ir equilibrando los intereses y los afanes de los campeones cruzados. En su larguísimo reinado de treinta y siete años, doblegó y disimuló la envidia de sus iguales: restableció las

leyes del órden público y particular se cultivaron las artes lujosas y cien-tíficas: ensanchó los linderos del imperio en Asia y en Europa, y el cetro Comnenio se fué traspasando, hasta la tercera y aun cuarta jeneracion. Pero los contrarestos del tiempo, sacaron á luz los lunares de su conjunto; y ocasionaron algunas tachas fundadas, ó siniestras, en su memoria. Se sonreirá acaso el lector con el raudal de alabanzas que suele la hija derramar sobre un héroe fujitivo: la flaqueza, ó la cordura, en aquellas situaciones, podrán equivocarse con la cobardía, y sus amaños políticos se solian tildar por los latinos con los vituperios de doblez y engaño. Su alcurnia redoblada de varones y hembras, realzaban su sólio, afianzando la sucesion; pero su boato y engreimiento réjio lastimaba á los patricios, desangraba el erario y estaba insultando á las escaseces del pueblo. Atestigua formalísimamente Ana, que se nubló la dicha y se quebrantó la salud del celador de la felicidad pública. Su dilatado y adusto señorio, llegó á cansar al vecindario, y Alexio en vida, habia ya desmerecido el cariño y el acatamiento de los súbditos. No le perdonaba el clero el desvío de sus riquezas sagradas, á la defensa del estado, pero encarecia su sabiduría teolójica y su afan desalado por la fé acendrada, batallando por ella con lengua, pluma y espada. Desdoraba la superstición griega sus prendas, y el idéntico móvil, encontrado, de flaqueza humana, lo arrebataba, para fundar un hospital de dolientes y desamparados, y para disponer y presenciar la quema de un hereje, que fué abrasado vivo, en la plaza de Santa Sofía. Sus íntimos de por vida maliciaron fementimiento en su moralidad y su relijion. En su última hora, estrechado por su mujer Irene, para que alterase la sucesion, se incorporó algun tanto y prorumpió en una esclamacion mística sobre la vanidad del mundo. La contestacion colérica de la emperatriz podia esculpírsele, por epitafio, en la tumba «¡Mueres como has vivido..... Un hipócrita!»

Anhelaba Irene desbancar al primojénito de los hijos en vida, á favor de su hija la princesa Ana, cuya filosofía no esquivara el peso de una diadema; mas los amantes de la patria, esforzaron la sucesion masculina; desencajó el heredero lejítimo el sello, ú estampilla real, del dedo insensible del padre consentido, y el imperio obedeció al mayordomo del palacio. La ambicion y la venganza incitaron á Ana Comnena, para conspirar contra la vida de su hermano, y cuando el intento quedó frustrado, con los recelos, ó escrúpulos, de su propio marido, esclamó destempladamente, que la naturaleza habia equivocado los sexos, dando á Brienio el alma de una mujer. Los dos hijos de Alexio, Juan é Isaac, conservaron la concordia solariega de su alcurnia, pagándose el menor con el dictado de César, inmediato en dignidad, mas no en poderío, al emperador. Hermanaba este, por dicha, mérito y jerarquía: su rostro atezado, facciones broncas y estatura menguada, le acarrearon el apodo irónico de

Calo-Fabanes ó Juan el Lindo, que los súbditos agradecidos aplicaban con formalidad á la hermosura de su alma. Vida y haberes desmereció Ana, segun las leyes, descubierta una vez su traicion; pero la clemencia del emperador le conservó la existencia; mas en vista de sus tesoros y de su ostentoso palacio, lo cedió todo, despues de confiscarlo, á amigo mas benemérito. Este precioso amigo, esclavo de linaje turco, se arrestó á esquivar el agasajo, y á interceder por el reo; su dueño caballeroso celebró el rasgo de su privado, y á su ejemplo, la reverencia ó la queja de un hermano agraviado fué el único castigo de princesa tan criminal. Con este ejemplar de clemencia, ni conspiracion ni rebeldía alteraron ya la bonanza de su reinado, y nunca Juan, temido por la nobleza, y amado de la plebe, tuvo que padecer la precision de castigar ó de indultar á sus enemigos personales. Quedó durante su gobierno de veinte y cinco años, abolida la pena de muerte en el imperio Romano; ley induljente, muy halagüeña á los especulativos afectuosos, pero cuya práctica, en un estado grandioso y estragado, por maravilla se hermana con la seguridad pública. Adusto para consigo, bondadoso para los demás, recatado, sobrio y parco, no esquivara el filosofo Marco las prendas candorosas de aquel sucesor, como que brotaron de su interior, sin asomar por las escuelas. Menospreciaba, y fué desmoronando el boato de la corte Bizantina, tan desangrador del pueblo, y tan baladí, para el concepto de la racionalidad. Con aquel príncipe no hubo zozobras para la inocencia, ni desaires para el mérito; y sin revestirse del cargo tiránico de censor, fué labrando mejoras succesivas y patentes, en las costumbres públicas y privadas de Constantinopla. El único lunar de índole tan cabal era la flaqueza de toda alma esclarecida, el afan por las armas y la gloria militar; pero las muchas espediciones de Juan el Lindo, pueden sincerarse, á lo menos en cuanto á su móvil, con la precision de rechazar á los Turcos, del Helesponto y del Bósforo. Quedó el sultan de Iconio emparedado en su capital, los bárbaros enriscados en sus breñas, y las provincias marítimas del Asia paladearon la dicha volandera de su rescate. Acaudilló repetidamente, de Constantinopla á Antioquía y Alepo, su ejército victorioso, y en los sitios y batallas de aquella guerra sagrada, dejó atónitos á los latinos con la bizarría y sobresalencia de un Griego. Ya se estaba empapando en su esperanza grandiosa de recobrar los antiguos linderos del imperio; ya revolvia en su ánimo el Tigris y el Eufrates, el señorío de la Siria y la conquista de Jerusalen, cuando un fracaso estrañísimo, cortó el hilo de su vida, y se desplomó la felicidad pública. Cazando jabalíes en el valle de Anazarbo, logró clavar su venablo en el cuerpo de la alimaña enfurecida, pero con el empuje se le saltó de la aljava una flecha emponzoñada, y una leve herida en la mano, que vino luego á enconarse, dió al través con el mejor y mayor de los príncipes Comnenios.

Habian fallecido tempranamente los dos hijos mayores de Juan el Lindo; su concepto ó su cariño, de los dos restantes Isaac y Manuel, antepuso el menor, y se revalidó la eleccion del príncipe moribundo por la soldadesca, enamorada del denuedo de aquel predilecto en la guerra contra los Turcos. Acude el fiel caudillo presuroso á la capital, afianza la persona de Isaac en honorífico encierro, y cohecha con doscientas libras de plata á los prelados de Santa Sofía, consagradores de todo emperador. Síguele Manuel con sus tropas afectas y veteranas; aviénese su hermano al dictado de Sebastocrator; se prendan los súbditos de la estatura gallarda, y marcial jentileza de su nuevo soberano, y dan crédulamente oidos á la promesa lisonjera de que ha de hermanar la cordura de la madurez con el ímpetu y pujanza de la mocedad. Se desengañan luego de que competia con el padre en el brio y en parte de su desempeño, pero que yacen aquellas prendas sociales en la huesa. Hierve su reinado de treinta y siete años con guerras incesantes contra Turcos, Cristianos y rancherías de los páramos allende el Danubio. Ejercitáronse las armas de Manuel en el monte Tauro, en las llanuras de Hungría, en las costas de Italia y Ejipto, y por los mares de Sicilia y Grecia, abarcaron sus negociaciones Jerusalen, Roma y Rusia, y la monarquía Bizantina por una temporada vino á causar acatamiento y pavor á las potencias de Asia y de Europa. Aunque educado en la seda y en la púrpura del Oriente, era de hierro el temple del guerrero Manuel, sin que le quepa cotejo, sino con Ricardo I de Inglaterra, y Cárlos XII de Suecia. Llegaba á tanto su brio y maestría en las armas, que Raimundo, apellidado el Hércules de Antioquía, nunca acertó á blandir la lanza y embrazar el broquel del emperador griego. En un torneo decantado, cabalgó un alazan fogosísimo, y á la primera embestida volcó á dos de los caballeros italianos mas corpulentos. El primero en el avance, y el postrero en la retirada, amigos y enemigos temblaban igualmente, aquellos por *su* salvamento, estos por el suyo propio. Emboscó su escuadron; se adelantó en busca de aventuras arriesgadas, sin mas escolta que la de su hermano y el leal Anxuch, quienes no se avinieron á desamparar al soberano. Diez y ocho jinetes tras un breve encuentro les huyeron, pero se reforzaron; la venida de un auxilio fué tardía y apocada, y Manuel, ileso, se abrió paso por medio de un escuadron de quinientos Turcos. En una batalla contra Húngaros, en ascuas con la pausa de su tropa, arrebató un estandarte de la cabeza de la columna, y fué el primero, y casi solo, que atravesó el puente que lo separaba del enemigo. En el mismo país, traspuesto el Save con su ejército, despidió las embarcaciones con órden al comandante, bajo pena de la vida, le dejase vencer ó morir en aquel territorio absolutamente contrario. En el sitio de Corfú, remolcando una galera apresada, estuvo el emperador erguido sobre la popa, recibiendo las descargas de fle-

chas y piedras en su broquel grandioso y una vela desplegada; ni podía evitar una muerte ejecutiva, á no mandar el almirante siciliano á sus flecheros que respetasen la memoria de un héroe. Se cuenta, que en un dia mató con su propia mano hasta mas de cuarenta bárbaros; volvió al campamento arrastrando cuatro prisioneros turcos, amarrados al arzon de su silla: siempre era el mas delantero para retar ó aceptar alguna lid personal, y cuantos campeones *ajigantados* le salian al encuentro, quedaban traspasados con el lanzon, ó descuartizados con la espada del invencible Manuel. Tan estremadas hazañas, norma ó copia de novelas caballerescas, acarrean fundada desconfianza acerca de la veracidad de los Griegos: no trato de aventurar mi crédito escudando el suyo, mas reparo, que en sus dilatados anales, tan solo Manuel es el príncipe que ha dado campo á tamaños encarecimientos. No realzaba su valentía como soldado con la maestría y cordura como jeneral; no redundaron sus victorias en conquistas permanentes y provechosas, y sus laureles turcos se marchitaron en la campaña postrera y desventurada, perdiendo su ejército por los riscos de la Pisidia, y debiendo su rescate á la jenerosidad del Sultan. Pero la estrañeza mas peregrina en el conjunto de Manuel, es su vaiven contrapuesto y frecuente de afan y de apoltronamiento, de aguante y de afeminacion. En guerra desconocia la paz, y en esta, aparecia incapaz de aquella. En campaña dormia al sol ó sobre la nieve, causaba con marchas larguísimas hombres y caballos, y terciaba risueñamente en las escaseces y el desamparo; mas en llegando al umbral de Constantinopla, se engolfaba mas y mas en regalos y en primores; galano, gloton y lujoso en alhajas y colgaduras, sobrepujó en gasto á todos sus antecesores, veraneando deliciosamente por las islas amenísimas de la Propóntida, y solazándose incestuosamente con su sobrina Teodora. Con ambos desembolsos de disolucion y de guerra, se apuraron las rentas, se recargaron los impuestos, y Manuel en el conflicto de su postrer campamento en Turquía, padeció la reconvencion amarguísima de un soldado en el estremo de su desesperacion. Llegó sediento á un manantial, y se quejó de que estaba revuelta el agua con sangre cristiana. « No es de ahora, » prorumpió una voz de la muchedumbre, el estar vos bebiendo, emperador, la sangre de vuestros desventurados súbditos Cristianos. » Se desposó dos veces Manuel Comneno, con la virtuosa Berta ó Irene de Jermania, y la hermosa María, princesa latina ó francesa de Antioquía. Destinó la hija única de la primera mujer á Bela, príncipe Húngaro, educado en Constantinopla con el nombre de Alexio, y la consumacion de su desposorio trasladaba el cetro romano á una alcurnia de bárbaros, libres y guerreros. Mas luego que María dió un hijo y heredero al imperio, fueron abolidos los derechos presuntivos de Bela, y quedó defraudado de su novia ofrecida; pero en suma el príncipe Húngaro recobró el nombre y reino de sus padres, y

luego floreció con prendas envidiables para los Griegos. Llamóse Alexio el hijo de María, y subió á los diez años al sólio Bizantino, cuando el fallecimiento del padre amortajó las glorias de la alcurnia Comnenia.

La hermandad efectiva de los dos hijos del grande Alexio, se nubló á veces con arranques de interés ó de acaloramiento. Incitó su ambicion al Sebastocrator Isaac, á huir y rebelarse, pero lo retrajo la entereza y clemencia de Juan el Lindo. Los yerros de Isaac, padre de los emperadores de Trebisonda, fueron leves y pasajeros, pero Juan, el primojénito suyo, renegó de su relijion para siempre. Airado con un insulto efectivo ú soñado del tio, huyó del campamento Romano al Turco; mereció su apostasía el galardon de la hija del Sultan, del dictado de Quselebí, ó noble, y de la herencia de un principado, y aun en el siglo quince, blasonaba Mahometo II, de su entronque imperial con la alcurnia Comnenia. Andrónico, hermano menor de Juan, hijo de Isaac, y nieto de Alexio Comnenio, fué uno de los individuos mas descollantes de aquel tiempo, y sus aventuras positivas darian grandioso campo para una novela peregrina. Para abonar la eleccion de tres damas reales, me incumbe el advertir que el amante venturoso era un dechado de brio y jentileza, y si carecia de trato afectuoso, sobresalta con su garbo varonil, gallarda estatura, musculacion grandiosa, y marcialidad agraciada. Su templanza y su ejercicio le conservaron hasta la ancianidad la pujanza y robustez juvenil. Un mendrugo y un trago de agua solian ser ya por la tarde su comida única; y si participaba de un jabalí asado por sus propias manos, ó bien de un ciervo, era el producto de su propia y afanada cacería. Con su maestría en las armas, desconocia el miedo, su persuasiva se atemperaba á toda situacion y circunstancia de la vida; amoldaba su lenguaje, mas no su práctica, al ejemplo de San Pablo, y en toda jestion siniestra abrigaba alcance para idear, pecho para resolver y manos para ejecutar. En su mocedad, tras la muerte del emperador Juan, siguió la retirada del ejército Romano, pero al atravesar el Asia Menor, de intento ú por acaso, tuvo el arranque de irse monteando por los riscos; apresaron al cazador otros cazadores turcos, y permaneció algun tiempo de cautivo forzado ú voluntario del Sultan. Privaba con el primo por sus virtudes y sus vicios, terciaba con Manuel en peligros y en recreos, y mientras el emperador vivia pública é incestuosamente amancebado con su sobrina Teodora, Andrónico se estaba empapando en el cariño de su hermana Eudocia. Hollando decoros de sexo y jerarquía, blasonaba de ser su manceba, y así el campamento como el palacio estaban viendo que dormia ó velaba en brazos de su amante. Le acompañó en su mando militar de Cilicia, primer sitio de su arrojo y su imprudencia. Activaba desaladamente el sitio de Mopsuestia; se dedicaba de dia á denodados ataques, pero empleaba la noche en saraos y cantares, y una compañía de come-

diantes griegos, venia á componer lo mas selecto de su comitiva. Sorprende el enemigo desvelado á Andrónico en una salida, huye su tropa deshechamente, pero su lanza invicta atraviesa las filas de los Armenios. Regresa al campamento imperial en Macedonia, recíbele Manuel risueñamente en público, y le reconviene en privado, pero los ducados de Nasia y Braniseba galardonan y consuelan al jeneral desairado. Sigue Eudocia sus pasos, y á deshora los hermanos coléricos, y ansiosos de lavar aquella afrenta en la sangre de Andrónico, les asaltan repentinamente la tienda, su denuedo menosprecia el dictámen de Eudocia para que se disfrace de mujer, y arrojándose osadamente de su lecho, esgrime la espada, y se abre paso por medio de un tropel de asesinos. Allí es donde saca por fin á luz su ingratitud y su traicion; entabla una correspondencia alevosa con el rey de Hungría y el emperador de Jermania; se abalanza á la tienda real á hora sospechosa, con espada en mano y con el disfraz de soldado latino, confiesa su ánimo en desagraviarse de un enemigo mortal, y confiesa indiscretamente la velocidad de su caballo, que lo arrebata y lo salva. Disimula el monarca su sospecha, pero al fin de la campaña, prende y encierra estrechamente á Andrónico, en una torre del palacio de Constantinopla.

Permanece preso por mas de doce años, mas y mas afanado por huir en pos de aventuras y deleites. Solitario y caviloso descubre unos ladrillos desmoronados hácia un rincon de la estancia, y ensanchando por punto el portillo, escudriña un retrete lóbrego y olvidado. Se empoza en el hoyo con los restos de su alimento, repone los ladrillos como estaban, y encubre esmeradamente todo rastro de su retraimiento. Llega la hora de la requisa, y enmudecen los guardas con el silencio y soledad de la cárcel y van luego á dar cuenta vergonzosos y trémulos, de aquella fuga inapeable. Ciérranse inmediatamente las puertas del palacio y de la ciudad; despáchanse órdenes ejecutivas á las provincias en pos del fujitivo, y su mujer, con la sospecha de algun arrojo de su cariño, queda villanamente encerrada en la misma torre. Allá á deshora se le apareció un vestiglo: conoció á su marido, partieron su alimento, y resultó un niño de aquellos avistamientos furtivos, que amenizaban el quebranto de su encierro. La vijilancia de los guardas amainó de suyo custodiando á una mujer, y el preso habia realizado su escape, cuando lo descubrieron, lo retrajeron á Constantinopla y lo aherrojaron con dobles cadenas. Logró por fin su rescate. Un muchacho, su sirviente, embriagó la guardia, y estampó las llaves en cera. La eficacia de los amigos proporcionó llaves iguales, y un lio de cuerdas que se introdujeron dentro de un tonel. Habilita Andrónico mañosa y arrojadamente los arbitrios de su salvamento, abre las puertas, baja de la torre, se oculta de dia en los matorrales, y se descuelga por la noche de la cerca del palacio. Está pron-

to el barquillo para recibirle, visita su propia casa, abraza á sus niños, se deshace de su cadena, monta en un caballo veloz, y se encamina hácia las márjenes del Danubio. En Anquíalo de Trácia, un amigo resuelto le apronta caballo y dinero, atraviesa el rio y arrebatadamente el desierto de Moldavia y los cerros Carpathios, y al llegar ya al pueblo de Halier en la Rusia Polaca, lo ataja una partida de Walaquios, quienes disponen conducir el cautivo de tanta consideracion á Constantinopla. Su serenidad le salva de aquel gran peligro. Pretestando indisposicion se apea por la noche, logra desviarse un tantillo de la tropa; planta su varapalo en el suelo, lo cubre con su sombrero y su capote, y emboscándose luego deja allí un bulto para entretener, por largo rato la vista de los Walaquios De Halier lo escoltaron honoríficamente á Kiou, residencia del gran duque; el agudo griego se granjeó luego la privanza de Yeroslao; su índole se atemperaba á las costumbres de todos países, y los bárbaros vítorearon su brio y denuedo en la caza de los elanos y osos de la selva; en aquella rejion septentrional, mereció el indulto de Manuel, quien solicitó del príncipe ruso que se incorporase con sus armas para invadir la Hungría. El influjo de Andrónico facilitó este servicio importante; se firmó su tratado personal, con la promesa de fidelidad por una parte y el olvido por la otra, y marchó acaudillando la caballería rusa del Boristenes al Danubio. Manuel en medio de sus rencores, se hermanó siempre con la índole guerrera y desbocada de su primo, y su indulto cabal quedó sellado en el asalto de Zemlim donde fué segundo y segundo tan solo, el denuedo del emperador.

Repuesto el desterrado en su libertad y su patria, su ambicion revivió con sus desventuras y las de todos. Endeble valle era la de un hijo de Manuel para la sucesion de los varones mas beneméritos, de la sangre Comnenia, y aquel enlace venidero con el príncipe de Hungría, repugnaba á las preocupaciones de la parentela y la nobleza. Mas al ir á juramentarse en homenaje al heredero presuntivo, tan solo Andrónico volvió por el honor del nombre Romano, se desentendió de aquel compromiso ilegal, y protestó denodadamente contra la adopcion de un estranjero. Lastimó al emperador su patriotismo, pero prorumpió debidamente en el concepto del pueblo, y se le alejó de la presencia real con un destierro honorífico, cual fué un segundo mando en la raya de Cilicia, con los productos de Chipre á su absoluta disposicion. En aquel cargo ejecutaron de nuevo su valentía los Armenios y patentizaron su descuido y el mismo rebelde, que burló todos sus conatos, quedó desmontado y casi muerto con el ímpetu de su lanza. Mas descubrió Andrónico luego otra conquista mas obvia y halagüeña, la hermosa Felipa, hermana de la emperatriz María é hija de Raimundo del Postú, príncipe latino de Antioquia. Desamparó por ella su puesto y desperdició el estío con saraos y

torneos, sacrificando á su pasion, envileciendo y privando de acomodo competente á la misma inocencia. Pero enconado Manuel por aquel desdoro propio, le atajó sus devaneos; dejó Andrónico á la desacordada princesa llorosa y arrepentida, y con una pandilla de aventureros desatinados emprendió la peregrinacion de Jerusalen. Su nacimiento, su nombradía militar y sus protestas de celo, le pregonaron allá como el campeon de la cruz; embelesó al clero y al rey, quien le dió el señorío de Berito, sobre la costa de Fenicia. Vivia por las cercanías una reina jóven y linda de su misma nacion y alcurnia, viuda del rey de Jerusalen, Baldovino III. Visitó y se rindió á su pariente; fué Teodora la víctima tercera de su hechicero galanteo, y su afrenta fue mas pública y escandalosa que la de sus antecesoras. Ansiaba el emperador mas y mas su desagravio, y amonestó y estrechó repetidamente á súbditos y aliados de la raya siríaca que prendiesen y deshojasen al fujitivo. No estaba ya en salvo dentro de Palestina, mas la enamorada Teodora, le patentizó su peligro y le acompañó en su fuga declarándose por el Oriente toda una reina de Jerusalen su rendida concubina dejando hasta dos bastardos por monumentos vivos de sus deslices. Guareciéronse por el pronto en Damasco, y allá el señorío del gran Nuradin y su segundo Paladino, pudieron enseñar al Griego supersticioso á reverenciar el pundonor de los Musulmanes. Visitó, como amigo de Nuradin probablemente, Bagdad y las cortes de Persia, y tras un rodeo larguisimo por el mar Caspio y las montañas de Jeorjia, se aposentó por fin con los Turcos del Asia Menor, enemigos hereditarios de su patria. Agasajó el Sultan de Colonia al amante y á su dama y gavilla: entabló el agradecido correrías incesantes, por la provincia romana de Trebisonda, trayendo por lo mas ricos despojos y cristianos cautivos. Se preciaba historiando sus aventuras de parangonarse con David, que se libertó con un dilatado destierro de las asechanzas de sus enemigos; pero se entonaba añadiendo que el Profeta real que se avino á ocultarse por los confines de Judea, á desollar un Amalecita, y á amagar, desde aquel desamparo, con muerte ejemplar al avariento Nabal. Estendíanse infinitamente y por otros ámbitos las correrías del príncipe Comnenio, y habia derramado por el orbe oriental la gloria de su nombre y de su relijion. Una sentencia de la Iglesia griega habia separado al salteador escandaloso, del gremio de los fieles, mas esta misma escomunion está demostrando que nunca orilló la profesion del Cristianismo.

Burlaron sus desvelos, ó rechazaron la persecucion, patente ó encubierta, del emperador, pero quedó por fin enlazado con el cautiverio de su compañera. Logró el gobernador de Trebisonda afianzar la persona de Teodora; enviáronla á Constantinopla con sus dos niños, y aquel sumo quebranto acibaró mas y mas la soledad y el destierro. Imploró y alcanzó el fujitivo su indulto, permitiéndole arrojarse á las plantas de su so-

berano, quien se satisfizo, con doblegar su altanería. Postrado en el suelo, lloró y jimió por el desbarro de su rebeldía, ni trataba de levantarse, hasta que algun súbdito leal lo arrastrase hasta el umbral del sólio, con una cadena, reservadamente enroscada al cuello. Se conmovieron y apiadaron los concurrentes, con penitencia tan peregrina; perdonaron sus culpas la Iglesia y el Estado, mas el recelo fundado de Manuel, lo confió allá lejos de la corte en Oenoe, pueblo del Ponto, cercado de lozano viñedo y situado en la costa del Euxino. Con la muerte de Manuel y las revueltas de la menoría, se esplayó su ambicion por anchuroso campo. Niño de doce á catorce años, era el emperador, endeblillo, parado y bisoño: su madre, la emperatriz María, entregó su persona y gobierno á un privado, de los Comnenios; su hermana, otra María, cuyo marido, italiano, estaba condecorado con el dictado de César, tramó una conspiracion, y luego una asonada, contra la odiosa suegra. Quedaron olvidadas las provincias, se incendió la capital, y un siglo de arreglado sosiego se empozó en un albañal de torpezas y maldades. Estalló la guerra civil en Constantinopla, y dos bandos trabaron sangrienta refriega, en la misma plaza del palacio, teniendo que formalizar un sitio á los rebeldes en la catedral de Santa Sofía. Afanóse el patriarca, con zelo decoroso, por curar las llagas de la república; los patriotas mas respetables clamaban con alaridos, por un ayo y vengador, y todos los labios andaban repitiendo las alabanzas, y aun las virtudes de Andrónico. Aparentaba estar en su retiro recapacitando las obligaciones imprescindibles de su juramento. «Si la conservacion, ó el pundonor, de la familia imperial estuviesen amenazadas, revelaré y contrastaré la maldad, hasta lo sumo de mis alcances.» Salpicaba oportunamente su correspondencia con el patriarca y los patricios de citas oportunas de los Salmos de David y las Epístolas de San Pablo, y estaba resignadamente aguardando á que la patria lo llamase para su rescate. Marchando de Oenoe para Constantinopla, su escasa comitiva va creciendo mas y mas, hasta parar en tropel, y luego en ejército; se conceptuaban partos entrañables sus protestas de relijion y de lealtad, y la sencillez del traje estranjero que favorece á su estatura majestuosa, está retratando su pobreza y su destierro. Su asomo, aventa allá todo contraresto; llega al estrecho del Bósforo Trácio; la armada Bizantina da la vela para recibir y trasportar al salvador del impèrio; retumba el torrente arrollador, y cuantos insectillos revoloteaban á los destellos de la privanza réjia desaparecen al primer soplo de la tormenta. Esmeróse ante todo Andrónico en acudir á palacio, saludar al emperador, encerrar á la madre, castigar á los ministros, y restablecer el sosiego y la confianza. Visita el sepulcro de Manuel, desvia á los concurrentes, quienes al doblegarse en ademan de plegaria, oyen, ó creen oir, un murmullo triunfador y vengativo. «Ya no te estoy temiendo, enemigo

antiguo, que me has arrojado y tenido vagando por todos los climas del orbe. Yaces ya depositado bajo siete bóvedas, de donde no te has de erguir hasta la llamada del clarin postrero. Llegó mi vez, y luego voy á hollar tus cenizas y tu posteridad.» Tales serian sus arranques en aquel trance, pues así lo comprueba su inmediata tiranía; mas no se hace probable que articulase perceptiblemente sus recónditos pensamientos. Su hipocresía fué al pronto enmarañando y encubriendo á la muchedumbre sus intentos; solemnizó por tanto la coronacion de Alexio, y el ayo alevoso, teniendo en sus manos el cuerpo y sangre de Jesucristo, pregonó fervorosísimamente, que su ánimo era vivir y morir echando el resto en servicio de su amado alumno. Mas al mismo tiempo, sus muchos allegados se estremaban en defender, que el imperio se estaba derrumbando en manos de un niño; que tan solo un príncipe veterano podia salvar á los Romanos, pues denodado en armas, consumado en política y amaestrado, para reinar, con su larga esperiencia de la suerte y de los hombres, incumbia á todo ciudadano la obligacion de violentar el comedimiento melindroso de Andrónico, á cargar con el desempeño de los afanes públicos. Tuvo el tierno emperador que entonar la cantinela jeneral, y solicitar la asociacion de un compañero, que inmediatamente lo apeó de la jerarquía suprema, desvió su persona, y comprobó la declaracion temeraria del patriarca, á saber, que debia conceptuarse por muerto Alexio, desde el punto en que se le entregaban á disposicion de un ayo. Pero antecedió á esta muerte el encierro y la ejecucion de su madre. Despues de tiznar su reputacion y enconar contra ella los ímpetus de la muchedumbre, tildó al tirano y procesó á la emperatriz, por correspondencias fementidas con el rey de Hungría. El mismo hijo de Andrónico, mozo humano y pundonoroso, se horrorizó de aquella bastardía, y aun tres de los jueces contrajeron el mérito de anteponer su conciencia á su seguridad; pero el tribunal avasallado, sin probanza y sin defensa, sentenció á la viuda de Manuel, y su desventurado hijo tuvo que firmar aquel fallo sangriento. Dieron garrote á María, y zambulleron su cadáver en el mar, lastimando su memoria con el insulto mas ofensivo para la vanagloria mujeril, que fué un mamarracho, ú caricatura horrenda, de su linda estampa. Se fue dilatando la suerte de su hijo; lo ahorcaron con la cuerda de un arco, y el tirano, empedernido para todo asomo de compasion ó remordimiento, despues de andar rejistrando el cuerpo de aquel inocente mozo, lo empujó reciamente con el pié, y prorumpió luego: «Tu padre fué un bribon, tu madre una ramera, y tú un mentecato.»

Empuñó Andrónico el cetro Romano, por galardon de sus atrocidades, como tres años y medio, á título de zelador, ó soberano, del imperio (A. 1183. Oct.). Su gobierno fué una contraposicion incesante de

su escelencia y de maldades. Era en sus ímpetus el azote, y en ajuiciándose, el padre de su pueblo. En su réjimen privado, era justiciero; quedó desterrada toda venalidad aciaga y vergonzosa, y desempeñaban los cargos sujetos nombrados por un príncipe certero en la eleccion, y ejecutivo en el escarmiento. Prohibió la práctica atroz de saltear los haberes y las personas de los náufragos; rebosaron de abundancia y prosperidad las provincias, antes exánimes con las tropelías y el abandono, y allá le vitoreaban millones desde lejos, al paso que lo estaban maldiciendo los testigos de sus Crueldades diarias. Aquel proverbio antiguo, de que el desterrado que se entroniza está sediento de sangre, se aplicó allá con harta verdad á Mario y á Tiberio, y se comprobó ahora, por tercera vez, con Andrónico. Hervian en su memoria, mil rostros verdinegros de enemigos y competidores, que habian ajado sus merecimientos, contrastado sus medros, ó insultado á sus desventuras; y el consuelo único de su destierro era la esperanza sagrada y el consentimiento de su venganza. El esterminio indispensable del tierno emperador y de su madre trajo consigo el de los amigos que odiaban y pedian castigar al asesino; y la matanza misma lo encrudecia mas y mas, con las nuevas víctimas. El ir refiriendo largamente las infinitas que sacrificó ya con veneno, ya con el acero, ya con el fuego y el agua retrataria menos al vivo su crueldad que la denominacion de Haleyodais que se aplicaba á semana estrañísima de reposo, y sin ajusticiado. Se esmeraba el tirano en trasponer á las leyes y los jueces parte de su criminalidad; mas no cabia máscara y los súbditos no podian ya equivocar el verdadero autor de sus desdichas. Los griegos mas esclarecidos, con especialidad los que por algun entronque podian disputarle la herencia de los Comnenios, huyeron de la caverna del monstruo; Niza ó Prusa, la Sicilia ó Chipre, fueron sus asilos, y como su fuga era ya criminal, agravaron su culpa con rebelion manifiesta y el dictado imperial. Contrastó sin embargo Andrónico las espadas y dagas de sus mayores enemigos: allanó y castigó á Niza y Prusa; halagó á los Sicilianos con el saqueo de Tesalónica, y la distancia de Chipre no favorecia mas al rebelde que al tirano. Un competidor sin mérito, y un pueblo sin armas, volcaron su sólio. Isaac Anjelo, descendiente por línea recta femenina del grande Alexio, era ya víctima señalada por la cordura ó la supersticion del emperador. Anjelo en un rapto desesperado, defendiendo su vida y libertad, mató al sayon, y huyó á la iglesia de Santa Sofía. El santuario se fué cuajando mas y mas de un tropel ansioso y desconsolado, que estaba viendo su propia suerte en la del refugiado. Los lamentos pararon luego en maldiciones, y estas en amenazas, atreviéndose á preguntar. «¿Porqué tememos? ¿porqué estamos obedeciendo? Nosotros somos muchos y él es solo, nuestro aguante es el único vínculo de nuestra servidumbre.» Al amanecer se dispersa la ciudad en-

tera en asonada; ábrense las cárceles; hasta los tibios y rendidos, se enardecen para la defensa de su patria, é Isaac, segundo de este nombre, queda desde el santuario entronizado. Ajenísimo de tamaño peligro, estaba ausente el tirano, desahogándose de los afanes gubernativos, por las islas amenísimas de la Propóntida. Habia contraido enlace indecoroso con Alice ó Alisa, hija de Luis VII rey de Francia, resto del desventurado Alexio, y su compañía mas propia de su índole que de su edad, se componia de una esposa jóven, y una ramera predilecta. Acude sobresaltado á Constantinopla, sediento de la sangre de los culpados; mas enmudece con el silencio de un palacio, el bullicio de la ciudad y el desvío del vecindario. Pregona Andrónico su indulto cabal á los súbditos, quienes ni lo admiten, ni lo conceden: ofrece trasladar la corona á su hijo Manuel, mas todas las prendas del hijo no abonan los delitos del padre. Franquéale todavía el piélago retirada; pero las últimas novedades habian corrido por la costa: voló la obediencia en alas de la zozobra, un bergantin armado persigue y apresa la galera imperial, y arrastran aherrojado de pies y de cuello al tirano ante Isaac Anjelo. Ni elocuencia, ni lágrimas de compañeros, aciertan á abogar con éxito por su vida, pues en vez de ajusticiarle legal y decorosamente, queda el malvado á merced de sus infinitos agraviados, á quienes habia despojado de un padre, de un marido ú de un amigo. Arráncanle dientes, cabello, y una mano, en desagravio mezquino de mis padecimientos, y le dan una tregua breve, para acibararle mas y mas su agonía. Lo cabalgan en un camello, sin asomo de rescate, lo van paseando por las calles, y la ínfima chusma huella con algazara toda la majestad de un príncipe, ya destronado. Tras miles de golpes y vilipendios, lo cuelgan por los pies entre dos columnas que sostenian un lobo y una lechona, y cuantas manos pueden alcanzarlo le descargan algunas muestras de crueldad estudiada é irracional, hasta que dos Italianos, ó amigos ó enfurecidos, lo estoquean y lo libertan de mas castigos. En aquella larga y desastrada agonía « Apiadaos de mí, Señor: ¿para qué habeis de estrellar una caña ya quebrada? » fueron las únicas palabras que salieron de sus labios. Nos horroriza el tirano, pero siempre nos lastimamos del hombre, sin que vituperemos su resignacion apocada, pues un déspota Griego, no era ya dueño de su propia vida.

No he podido menos de esplayarme en la índole peregrina y aventuras de Andrónico, pero voy á cerrar aquí (A. 1185. Set. 12.) la reseña de los emperadores Griegos, desde el tiempo de Heraclio. Se habian ido agotando los vástagos de la cepa Comnenia, y la línea varonil siguió únicamente en la posteridad del mismo Andrónico, la cual en tantísimas revueltas, escapó la soberanía de Trebisonda, tan enmarañada en la historia, como sonada allá en las novelas. Un mero ciudadano de Filadelfia, Constantino Anjelo, se habia encumbrado con blasones y caudales, por

su enlace con una hija del emperador Alexio. Su hijo Andrónico sobresalió únicamente en cobardía; su nieto Isaac castigó y sucedió al tirano; pero lo destronaron sus propios vicios y la ambicion del hermano, y su desavenencia acarreó á los latinos, para la conquista de Constantinopla; período primero y grandioso en el vuelco del imperio oriental. (A. 1204. Abril 12).

Si ajustamos ahora el número y duracion de los reinados, hallarémos que resultan en el plazo de seis siglos sesenta emperadores, comprendiendo en el recuerdo augustano algunas soberanas, y rebajando ciertos usurpadores, nunca reconocidos en la capital, y varios príncipes que no vivieron hasta posesionarse de la herencia. Corresponden proporcionalmente diez años por cabeza, mucho menos de la regla cronolójica de Newton, quien por el cómputo de las monarquías modernas, ha venido á señalar de diez y ocho á veinte años por término de un reinado regular. Prosperaba en bonanza el imperio Bizantino, cuando se avenia á la sucesion hereditaria: cinco dinastías, la Heraclia, Isauri, Armórica, Basílica, y Comnenia, fueron las alcurnias que disfrutaron y traspasaron su patrimonio réjio á su descendencia respectiva, por cinco, cuatro, tres, seis y cuatro jeneraciones; varios príncipes cuentan los años de su reinado con los de su niñez, y Constantino VII y sus dos nietos, cuajan el espacio de un siglo entero. Mas en los intermedios de las dinastías Bizantinas, se quiebra ó se arrebata la sucesion, y el nombre de un candidato venturoso queda atropelladamente burlado por un competidor prepotente. Trepaban por varios y revueltos senderos á la cumbre de la soberanía; volcaba el embate de la conspiracion, ó socavaba el amago recóndito, la tramoya de la rebeldía: los predilectos de la soldadesca ó la plebe, del senado ó el clero, de las mujeres ó los eunucos, solian alternativamente irse arropando con la púrpura; se encumbraban ruinmente para finar con trajedia, ó menosprecio. Algun ente de nuestra misma naturaleza, con las idénticas potencias, pero de vida mas dilatada, allá se sonreiria con desden lastimero al ir presenciando las maldades y devaneos de la ambicion humana, tan desalada en tan menguadillo plazo, para arrojarse de bruces sobre logros tan mínimos y tan volanderos. La esperiencia de la historia, va de este modo engrandeciendo y sublimando nuestros alcances. En las plumadas de unos cuantos dias en el repaso de algunas horas, volaron allá seiscientos años, y la duracion de un reinado queda reducido á un trance disparado y ejecutivo; allí se patentiza la huesa junto al sólio; el éxito de un malvado se estrella inmediatamente con la presa, y nuestra racionalidad, siempre inmortal, queda sobreviviendo y menospreciando esas secretas estantiguas de reyes, que fueron pasando por nuestra vista, y asoman enmarañadamente en nuestros recuerdos. Al reparar, que en todos tiempos y países, descolló la am-

bicion con la misma pujanza prepotente, debe apear de su estrañeza al filósofo; y al zaherir la vanidad, tendrá que escudriñar el móvil de aquel anhelo universal por empuñar el cetro de la soberanía. No cuadra el afan de nombradía y de humanidad para los mas de la sucesion Bizantina. Tan solo el pundonor de Juan Comneno fué acendrado y benéfico: los príncipes mas esclarecidos que anteceden ó siguen á aquel nombre respetable, han hollado con cierto tino y desembarazo, las sendas intrincadas y sangrientas de su política interesada: al desentrañar las índoles achacosas de Leon Isáurico, Basilio I y Alexio Comneno, de Teófilo, de Basilio II, y de Manuel Comneno, vienen á equilibrarse nuestro aprecio y sus tachas, y los demás de la chusma imperial, deben únicamente apetecer y esperar el yacer para siempre olvidados. ¿Se vinculaba su ambicion en la felicidad personal? No andaré ahora repitiendo y glosando esa vulgaridad de la desventura de los reyes, pero sí afirmaré que su esfera es, entre todas, la que mas adolece de zozobras, y que menos se engrie con esperanzas. Mayor campo se ofrecia en la antigüedad, á estos afectos de suyo contrapuestos, que en el temple ya suavizado y fortalecido del mundo moderno, que por maravilla podrá repetir, ni el encumbramiento de Alejandro, ni el vuelco de Darío, pero la desventura vinculada en los príncipes Bizantinos, los estaba esponiendo á continjencias caseras, sin brindarles con muestras y proporciones de conquista estranjera. Fué Andrónico derrocado desde la cumbre de la grandeza á muerte mas cruel y afrentosa que la del ínfimo malhechor; pero aun sus antesesores mas esclarecidos tenian mucho mas que temer de sus súbditos, que esperanzar de sus enemigos. Era el ejército demandado, sin denuedo, como la nacion alborotadora, sin libertad: estrechaban la monarquía los bárbaros por Levante y Poniente, y la pérdida de las provincias paró en la servidumbre perpetua de la capital.

La serie cabal de los emperadores Romanos desde el primer César hasta el postrer Constantino, abarca mas de mil y quinientos años, y el término de su señorío, sin quiebra de conquista estranjera, sobrepuja la estension de las monarquías antiguas, esto es, de Asirios ó Medos, de los sucesores de Ciro y de Alejandro.

NOTAS

correspondientes al capítulo cuadrajésimooctavo.

(*a*) Sus soldados (segun Abul-faradje, Chron. Syr., p. 112) le llamaban Cain. S. Martin, t. IX, p. 379. —M.

(*b*) Fué admitido en Roma, y saqueó las iglesias. Se llevó consigo á Siracusa el tejado de bronce del panteon, ó, segun Schlosser cree, á Constantinopla. Schlosser, Geschichte der bilder stürmenden Kaiser, p. 80. —M.

(*c*) Schlosser (Geschichte der bilder sturmenden Katser, p. 90) supone, que los jóvenes príncipes quedaron cercenados, tras la primera asonada, y que despues de tal quebranto sus nombres todavía se estampaban en las actas, permaneciendo los príncipes reclusos en palacio. La inverosimilitud de esta circunstancia, está en contra de Gibbon, por falta de autoridad en que apoyarse. —M.

(*d*) O temor mas bien, que una causa jenerosa. Compárese Le Beau, vol. XII, p. 64. —M.

(*e*) Durante la última parte de su reinado, las hostilidades de los Sarracenos, que habian revestido con la púrpura á un Persamenio, llamado Tiberio, y proclamándole, como el hijo de Justiniano, y un terremoto, que destruyó las murallas de Constantinopla, compelieron á Leon á aumentar á sus súbditos la carga del impuesto. Se recargó de un dozavo por aureo (νομισμα) como contribucion de murallas. Teófanes, p. 275. Schlosser. Bilder-stürmend. Kaiser, p. 197. —M.

(*f*) Se le tilda el haber quemado la librería de Constantinopla, fundada por Juliano, con su presidente y doce profesores. La Sorbana oriental ha vencido á los teólogos imperiales en la gran cuestion de la adoracion de las imájenes. Schlosser advierte, que este incendio accidental sucedió seis años despues de haber el emperador puesto en mano de los profesores la cuestion de la adoracion de las imájenes. Bilder-stürmend. Kaiser, p. 264. Compárese Le Beau, vol. XII, p. 156. —M.

(*g*) Schlosser forma mejor concepto del talento de Leon; pero la única prueba que da de su superioridad es el buen éxito de sus jenerales contra los Sarracenos. Schlosser, p. 256. — M.

(*h*) La segunda ofensa sobrevino al advenimiento del jóven Constantino. — M.

(*i*) Culpan á Gibbon el haber sentado este principio; pero Schlosser lo defendió con buen éxito. B. S. Kaiser, p. 327. Compárese Le Beau, c. XII, p. 372. — M.

(*j*) El historiador sirio Abul-faraje, Chron. Syr. p. 133, 139, habla de este príncipe y lo trata de valiente, cuerdo y relijioso, y temido de los Arabes. Saint Martin, c. XII, p. 402. Compárese Schlosser, página 350. — M.

(*k*) En una campaña contra los Sarracenos, dió á conocer su negatez y cobardía. Jenesio, c. IV, p. 94. — M.

(*l*) Tres años y cinco meses. Leon Diácono en Niebuhr, Byz. Hist., p. 30. — M.

(*m*) La objecion canónica á su casamiento, estaba en relacion de *Dios Padre* con sus hijos. Leon Diac., p. 50. — M.

(*n*) Recobró á Antioquía y trajo consigo, como un trofeo la espada del «profano é impío Mahoma.» Leon Diac. p. 76. — M.

(*o*) Segun Leon Diácono, Zimisces, despues de mandar arrastrar hasta sus piés al emperador herido, é insultarle, á lo que el desgraciado solo contestó invocando el nombre de la «madre de Dios,» con su propia mano le estiró la barba en tanto que sus satélites le hacian saltar los dientes con los pomos de sus espadas, y luego arrojándolo contra el suelo, le metió la espada en el cráneo. Leon Diac. en Niebuhr. Byz. Hist., l. VII, c. 8, p. 88. — M.

(*p*) Una vez por el califa y otra por su rival Focas. Compárese Le Beau, l. XIV, p. 176. — M.

(*q*) Fallmerayer (Geschichte des Kaiserthums von Trapezunt, p. 29, 33) ha retratado al vivo el carácter de Andrónico. A su modo de ver, la esterminacion de las facciones bizantinas y de la nobleza disoluta formaba parte del grandioso plan para la rejeneracion del imperio. Era indispensable que el sabio y benévolo padre de su pueblo, cortase los miembros ya gangrenados—

«y con la necesidad,
El tirano disculpaba sus actos diabólicos.» —

Con todo la caida de Andrónico fué un golpe fatal para el imperio bizantino. — M.

(*r*) Segun Nicetas (p. 444) Andrónico despreciaba mucho al mentecato Isaac para temerle: fué arrestado por el afan oficioso de Estefen, el instrumento de las crueldades del emperador. — M.

CAPITULO XLIX.

Introduccion, culto y persecucion de las imájenes. — Rebelion de la Italia y de Roma. — Dominio temporal de los Papas. — Conquista de la Italia por los Francos. — Establecimiento de las Imájenes. — Indole y coronacion de Carlo Magno. — Restablecimiento y menoscabo del imperio de Occidente. — Independencia de Italia. — Constitucion del cuerpo Jermánico.

En el enlace de la Iglesia con el Estado he tenido que conceptuar á la primera como únicamente subalterna y relativa al segundo; sesgo muy provechoso, si se hubiese llevado siempre por delante esta máxima, así en la realidad como en su historia. La filosofía oriental de los gnósticos, aquel piélago inapeable de la predestinacion y de la gracia y el peregrino trueque de un mero remedo en la sustancia del cuerpo de Cristo (1), allá queda todo orillado y en manos de los teólogos especulativos. Pero he ido escudriñando con esmero y complacencia, los móviles de la parte eclesiástica que han trascendido eficazmente al menoscabo y derribo del Imperio Romano, á saber, la propagacion del Cristianismo, la constitucion de la Iglesia católica, el vuelco del Paganismo, y las sectas que fueron brotando de las contiendas misteriosas sobre la Trinidad y la Encarnacion. Tenemos que encabezar esta clase con el culto de las imájenes tan reciamente batallado en los siglos ocho y nueve, puesto que una reyerta de superstición popular acarreó la rebelion de Italia, la potestad temporal de los papas y el restablecimiento del imperio Romano en el Occidente.

Horrorizaba á los Cristianos primitivos el uso como el abuso de las imájenes, y esta aversion corresponde á su entronque con los Judíos y su encono con los Griegos. Vedaban las leyes de Moisés rigurosísimamente toda representacion de la Trinidad, y vivia aquel precepto siempre arraigado en el interior y en la práctica del pueblo escojido. Acertaban los apolojistas cristianos sus agudezas contra los insensatos idólatras que se postraban ante el artefacto de sus propias manos; aquellas imájenes de bronce y mármol, que si estuvieran dotadas de sentido y movimiento allá se dispararan de sus pedestales para idolatrar el númen sobrehumano de

sus artífices (2). Tal vez algunos de los recienconvertidos á medias de la grey gnóstica, dieron en coronar las estátuas de Cristo y de San Pablo con los timbres profanos que solian tributar á los de Aristóteles y de Pitágoras (3); pero la relijion pública de los Católicos era toda sencilla y espiritual, y la primera especie acerca de pinturas, asoma en la censura del concilio de Iliberis, á los trescientos años de la era cristiana. Con los sucesores de Constantino, en la lozanía pacífica de la Iglesia triunfadora, la cordura de algunos obispos se avino á franquear una supersticion visible al afan de la muchedumbre; y tras el esterminio del Paganismo, ya no los enfrenaba la zozobra de un parangon odioso. El arranque del culto simbólico se cifró en la adoracion de la cruz y de las reliquias. Los santos y los mártires cuya intercesion se estaba implorando, se hallaban sentados á la diestra de Dios; pero las finezas graciables y aun sobrenaturales que iban brotando de sus túmulos, en la aprension popular, venian á sancionar indisputablemente á los peregrinos devotos, que visitaban, tocaban y besaban, aquellos restos exánimes, los recuerdos de sus méritos y padecimientos (4). Pero recuerdo mas interesante que la calavera ó las sandálias de un benemérito ya fallecido, es el trasunto fiel de su cuerpo y sus facciones retratadas al vivo con el primor de la pintura ó la escultura. Semejantes traslados tan jeniales con el temple humano, merecieron el afan de la amistad entrañable y del aprecio público: adorábanse las imájenes de los emperadores Romanos con obsequios civiles y casi relijiosos; rendíanse acatamientos, menos ostentosos, pero mas injenuos, á las estatuas de sabios y de patricios, y aquellas virtudes profanas, aquellos pecados esplendorosos en presencia de los sagrados varones, que morian por su patria celestial y sempiterna. Al punto mediaron cautelas y escrúpulos en el esperimento, y se dedicaron estudiadamente los rasgos edificativos para instruir al ignorante, enardecer al tibio y halagar las preocupaciones de los prosélitos paganos. A pasos lentos, pero inevitables, el obsequio del orijinal se trasladó á la copia: el cristiano fervoroso rogó á la imájen de un santo, y los ritos del jentilismo, arrodillamientos, luminarias ó incienso, se fueron entrometiendo por la Iglesia católica. Enmudecieron la razon y la relijiosidad con la evidencia palpable de las visiones y de los milagros, y pinturas con habla, movimiento y sangre, debian exhalar una virtud divina, y conceptuarse como objetos muy adecuados de adoracion relijiosa. El pincel mas denodado debió estremecerse con el intento temerario de ir deslindando con líneas y matices el espíritu infinito, y Padre sempiterno que se embebe en el universo y lo sostiene (5). Pero todo ánimo supersticioso se avenia mejor á rasguear y reverenciar los ánjeles, y ante todo al hijo de Dios bajo figura humana, que se dignaron revestir sobre la tierra. La segunda persona de la trinidad quedó revestida á un cuerpo efectivo y mortal; pero este cuerpo se

encumbró á los cielos, y no abultando con alguna semejanza á la vista de sus discípulos, el culto espiritual de Cristo peligraba de trasponerse con las reliquias y figuraciones de los santos. Igual condescendencia se requeria, é interesaba, para la Virjen Maria; ignorábase su paradero despues de difunta, y la creencia de Griegos y Latinos la ensalzó á los cielos en cuerpo y alma. Quedó incontrastablemente planteado el uso, y aun el culto de las imájenes en todo el siglo sexto, la fantasía acalorada de Griegos y Asiáticos se prendó de ella desaladamente; engalanáronse el Panteon y Vaticano, con los emblemas de la nueva superticion, pero los bárbaros cerriles, y el clero arriano se aficionaron con mas tibieza á este remedo de idolatría. Aquellas formas endiosadas que estaban poblando, en bronce y en mármol, los templos de la antigüedad, lastimaban el pensamiento de los Griegos cristianos, y una superficie tersa de matices se ha conceptuado siempre un jénero de imitacion mas inocente y decorosa (6).

El realce y trascendencia de una se cifran esencialmente en su semejanza con el orijinal, mas ignoraban absolutamente los Cristianos primitivos las facciones del Hijo de Dios, de su Madre y de sus apóstoles; pues la estatua de Cristo en Paneas de Palestina (7) era probablemente la de algun salvador personal; reprobáronse los Gnósticos y sus monumentos profanos, y la fantasía de los artífices cristianos á los remedos encubiertos de algun dechado pagano. En tantísimo apuro un invento peregrino afianzó á un tiempo la semejanza de la imájen y la inocencia del culto. Alzóse otro andamio de patraña sobre el quicio popular de una leyenda siríaca, á saber la correspondencia de Cristo con Abguro, tan sonado en tiempo de Eusebio, y con tanta repugnancia orillado por nuestros defensores modernos. El obispo de Cesarea (8) menciona la epístola (9) pero trascuerda harto impropiamente la pintura de Cristo (10), aquella impresion cabal de su rostro en un lienzo, con la cual halagó la creencia del estranjero real que habia invocado su potestad curativa, y le brindaba con la ciudad fuerte de Edesa, para escudarlo contra la maldad de los Judíos. La ignorancia de la Iglesia primitiva se patentiza con el dilatado encierro de la imájen allá en un nicho de la pared, de donde, tras un olvido de cinco siglos lo rescató el acuerdo de algun obispo y logró esponerlo á la devocion de los tiempos. Su primera y mas esclarecida hazaña fué libertar la ciudad de las armas de Cosroes Nushirvan; y se reverenció luego como prenda de la promesa divina de que nunca enemigo estraño avasallaria á Edesa. Es en verdad positivo que el texto de Procopio está atribuyendo ambos rescates de Edesa al teson y caudales del vecindario, que feriaron la reparacion y contrastaron los asaltos del monarca Persa. Ignoraba el historiador profano el testimonio que está comunicando en la pájina eclesiástica de Evagrio de haberse colocado el palacio sobre la muralla, y

que los rociados con que bañaron el rostro sagrado, en vez de apagar dieron nuevo pábulo á las llamas de los sitiados. Tras un servicio tan señalado se estuvo conservando la efijie de Edesa con veneracion y agradecimiento; y si los Armenios desecharon aquella leyenda, los Griegos, mas crédulos, siguieron adorando el remedo, que no era de pincel mortal, sino trasunto inmediato del orijinal sobrehumano. La entonacion y los arranques de un himno bizantino van á patentizar cuanto distaba aquel culto de la torpe idolatría « ¿Como cabe contemplar nosotros con ojos mortales esa efijie cuyo resplandor celeste no se aviene á considerar la hueste del Empíreo? Aquel habitador del cielo se allana á visitarnos hoy con su imájen venerable. El, sentado sobre los querubines, nos agasaja hoy con una pintura que delineó el mismo Padre con su diestra inmaculada, rasgueándola de un modo inefable para que la santifiquemos adorándola con zozobra y cariño » En todo el siglo sesto fueron ya cundiendo aquellas imájenes, *labradas sin manos* (en griego es una sola voz, *ayuciros* (11) por los campamentos y ciudades del imperio oriental (12) siendo objetos de culto é instrumentos de milagros y en los trances de pelea ó de alboroto su presencia venerable esperanzaba, enardecia ó enfrenaba las lejiones Romanas. Estas pinturas, la mayor parte trasuntos del pincel humano, tan solo podian aspirar á semejanza allá remota y á realces impropios; mas las habia de encumbrado entronque retrayendo al orijinal por su contacto positivo, y por tanto dotadas de virtud milagrosa y enjendradora. Era suma ambicion el hermanarse, cuanto mas emparentar, con la efijie de Edesa; y tal es la *verónica* de Roma ó España ó Jerusalen que Jesucristo en su agonía y sudor sangriento, se la apretó al rostro y se la entregó á la santa matrona. Se trasladó luego el antecedente eficaz á la Virjen María y á los santos y mártires. En la iglesia de Dióspolis en la Palestina, las facciones de la Madre de Dios (13) estaban hondamente estampadas sobre una columna de mármol: san Lucas fué con su pincel condecorando Levante y Poniente; y aquel evanjelista, que tal vez era médico, tuvo que dedicarse al ejercicio de pintor tan profano y odioso para los cristianos primitivos. El Júpiter Olímpico fantaseado por la musa de Hómero y el cincel de Fidias, pudiera infundir devocion volandera en el ánimo de un filósofo; pero aquellas imájenes católicas eran mamarrachos delineados á bulto por artífices claustrales en la ínfima bastardía del númen y del gusto (14).

El culto de las imájenes se habia ido entrometiendo á hurtadillas en la Iglesia, y á cada paso diminuto iba halagando á los ánimos supersticiosos como embelesados é inculpables. Pero á principios del siglo octavo en lo mas rematado del abuso, los Griegos mas timoratos se sobresaltaron con la zozobra de que bajo disfraz de Cristianismo, habian restablecido la relijion de sus mayores; el apodo de idólatras los apesadumbraba y enfure-

cia: cargo redoblado por los Judíos y Mahometanos (15), que por sus leyes y el Alcoran rebosaban de encono implacable á toda imájen estampada y culto relativo. Doblegaba la servidumbre á los Judíos menoscabando su autoridad; pero los Mahometanos triunfadores, que estaban reinando en Damasco y amagando á Constantinopla, recargaban mas y mas sus vituperios con el peso redoblado de la verdad y la victoria. Las ciudades de Siria, Palestina y Ejipto se habian fortalecido con las efijies de Cristo, de su Madre y de los santos; y todas se engreian con la esperanza y la promesa de una defensa milagrosa. Arrollaron los Arabes ciudades é imájenes en la disparada conquista de diez años, y en su concepto el Señor de los ejércitos sentenció ya definitivamente entre la adoracion y el menosprecio de aquellos ídolos mudos y exánimes. Retó Edesa por algun tiempo á los asaltadores Persas; pero la ciudad selecta, la esposa de Cristo, allá se empozó en el vuelco jeneral, y aquella semejanza divina pasó en esclava y en trofeo de los infieles. Tras una servidumbre de tres siglos se tributó el paladio á la devocion de Constantinopla con un rescate de mil y doscientas libras de plata la redencion de doscientos Musulmanes, y tregua perpetua con el territorio de Edesa (16). En aquella temporada de quebranto y desamparo se vinculaba la oratoria de los monjes en la defensa de las imájenes, y se empeñaban en sostener que los pecados y el cisma de la mayor parte del Oriente habian desmerecido las finezas y destroncado la pujanza de aquellos símbolos preciosísimos. Pero les contrarestaban ya los susurros de Cristianos sencillos y atinados que acudian á la evidencia de testos y hechos y de los tiempos primitivos, y estaban á sus solas anhelando la reforma de la Iglesia. Como el culto de las imájenes no se habia planteado en virtud de ley jeneral y positiva, se avivó ú rezagó su progreso con la diferencia de hombres y costumbres, del grado local de ilustracion y de la índole personal de los obispos. La liviandad de la capital se aficionó al boato de la devocion á impulsos de la inventiva jenial del clero Bizantino, al paso que los distritos atrasados y lejanos de Asia vivian ajenos de estas inovaciones del lujo sagrado. Varias congregaciones crecidas de gnósticos y arrianos seguian conservando aun despues de su conversion el culto sencillo de su profesion anterior, y luego los Armenios, los súbditos mas belicosos de Roma, no estaban avenidos aun en el siglo doce con la vista de aquellas efijies (17). Todas estas clases de individuos venian á componer un conjunto de preocupacion y antipatía de poquísima entidad por las aldeas de la Anatolia y de la Trácia pero con el encumbramiento de un soldado, un prelado ó ya un eunuco se daban la mano con las potestades de la Iglesia y del Estado.

De tantos aventureros el mas adelantado fué el emperador Leon III (18), quien de los riscos de Isauria vino á ensalzarse al sólio de Oriente. Era lego en letras sagradas y profanas; pero su educacion su raciona-

lidad y quizá su roce con Judíos y Arabes le infundieron aversion á las imájenes, y se conceptuaba instituto de un príncipe el imponer á los súbditos los dictámenes de su propia conciencia. Mas en la carrera de un reinado mal seguro, durante diez años de afanes y peligros, Leon incurrió en la ruindad de la hipocresía, se doblegó ante los ídolos que estaba menospreciando, y contemplaba al Pontífice romano con protestas cordiales de fervor acendrado. Comedido y santo anduvo en los primeros pasos de su reforma relijiosa; juntó un concilio muy crecido de senadores y obispos, y providenció con su dictámen, que se encumbrasen todas las imájenes del santuario y del altar á elevacion competente, en las mismas iglesias, donde quedasen visibles, pero traspuestas á la supersticion del pueblo. Mas no cabia el atajar por una y otra parte el raudal encontrado de la veneracion y el aborrecimiento; pues allá en su elevado sitio seguian las efijies sagradas halagando á sus devotos y reconviniendo al tirano. Acrece mas y mas con la resistencia y la provocacion, y su propio partido le zaheria de escaso en el desempeño de su instituto, y le estrechaba al remedo del rey Judío, que no escrupulizó en estrellar la sierpe de bronce en el templo. Vedó con segundo edicto la existencia al par del uso de las pinturas relijiosas; despojáronse de idolatría las iglesias de Constantinopla y las provincias; demoliéronse las efijies de Cristo, la Virjen y los Santos, y se revistieron las paredes de la iglesia con una capa lisa de yeso. El fervor y despotismo de seis emperadores sostuvo la secta de los Iconoclastas, y allá se estremeció el Levante y el Poniente en el vaiven ruidoso de ciento y veinte años. Era el ánimo de Leon Isaurico el sentenciar á muerte las imájenes, como articulo de fé, con la antoridad de un concilio jeneral; mas su convocacion quedó reservada para el hijo de Constantino (19), y aunque la supersticion triunfadora lo motejó de junta de mentecatos y ateistas, sus actas parciales y descabaladas están brotando racionalidad y devocion. Las contiendas y decretos de varios sínodos provinciales acarreó la convocatoria del concilio jeneral que se juntó (A. 754) en los arrabales de Constantinopla, y se componia del número de trescientos y treinta y ocho obispos de Europa y Anatolia; pues los patriarcas de Antioquía y Alejandría allá yacian esclavizados por un califa, y el pontífice Romano habia atajado á las iglesias de Italia y de Occidente toda comunicacion con los Griegos. Se engrió este sínodo Bizantino con la jerarquía y la potestad de séptimo concilio jeneral, mas aun este dictado venia á ser un reconocimiento de las seis reuniones anteriores que se habian afanado en edificar el alcázar de la Fé católica. Tras formalísimas deliberaciones de seis meses, los trescientos y treinta y ocho obispos firmaron un decreto unánime, de que todo símbolo de Cristo, escepto en la Eucaristía, era ó herético ó blasfemo; que el culto de efijies era un aborto del Cristianismo y renovacion del Paganismo; que semejantes monu-

mentos de idolatría debian destrozarse y roerse; que cuantos se resistieran á entregar los objetos de su íntima superstición, se constituirian reos de desobediencia á la autoridad de la Iglesia y del emperador. Estuvieron decantando y vitoreando estruendosamente el mérito de su redentor temporal, y confiaron á su fervor justiciero el encargo de cumplimentar sus censuras espirituales. En Constantinopla, al par de los demás concilios, el albedrío del príncipe fué la norma de la fé episcopal, mas en esta coyuntura, propendo á maliciar que la muy crecida mayoría de los prelados sacrificó allá su recóndita conciencia á los impulsos de la esperanza y la zozobra. En aquella lobreguez anchurosa de la supersticion se habia estraviado lejanamente de la sencillez del Evanjelio; ni les cabia el ir desenmarañando el hilo de tan intrincado y revuelto laberinto. El culto de las imájenes embebia, á lo menos para los ánimos devotos, la Cruz, la Vírjen los santos y sus reliquias: el suelo sagrado se conceptuaba todo con visiones, y la pujanza del entendimiento, la curiosidad y las dudas, se embotaban con la obediencia y compuncion incesante. Tildan al mismo Constantino de propenso á dudas, negativas y escarnios acerca de los misterios católicos (20), pero estaban ya hondamente estampados en la creencia pública y particular de los obispos, y el Iconoclasta mas denodado se horrorizaria allá al asaltar los monumentos de la devocion popular consagrados en obsequio de sus patrones celestiales. En la reforma del siglo diez y seis las luces y el desahogo esplayaron los alcances del hombre; el flujo de inovar orilló todo miramiento con la antigüedad, y la pujanza europea arrolló los vestiglos que asustaban allá tantísimo á los Griegos apocados y rendidos.

El escándalo de una herejía recóndita puede tan solo hacer en el pueblo con los estampidos del clarin eclesiástico; pero el mas lego se entera y el mas yerto se estremece del vuelco profanador de sus divinidades visibles. Los primeros embates de Leon (A. 726-775) se asestaron contra un Cristo encaramado en el átrio y sobre la puerta del palacio. Arrimóse una escala para el asalto; pero una chusma de fanáticos y mujeres la derribó desaforadamente, y todos se afanaron devotamente al ver los ministros sacrílegos estrellados contra el pavimento, y se envilecieron los blasones del martirio con unos reos que justicieramente finaron por su homicidio y rebeldía (21). Menudearon las asonadas en Constantinopla y en las provincias contra los edictos imperiales; peligró la persona de Leon, perecieron sus oficiales y hubo que echar el resto de la pujanza militar y civil para enfrenar el entusiasmo popular. Imájenes y monjes cuajaban las islas del Archipiélago y del mar sagrado; no escrupulizaron sus devotos en rebelarse contra el enemigo de Cristo, de su Madre y de los santos; armaron denodadamente una escuadrilla de lanchas y galeras, tremolaron sus estandartes consagrados, y surcaron hasta la misma ba-

hia de Constantinopla, para entronizar un nuevo predilecto de Dios y del pueblo. Estaban colgados de algun milagro; mas todos ellos eran inhábiles contra el *fuego Griego*, y vencida y abrasada su escuadrilla, yacieron desnudos los isleños á merced del vencedor. Habia el hijo de Leon, en el primer año de su reinado, emprendido una espedicion contra los Sarracenos; durante su ausencia, Artavasdes, pariente suyo y campeon ambicioso de la acendrada Fé, se apoderó de la capital, del palacio y de la púrpura. Restablecióse triunfantemente el culto de las imájenes: orilló el patriarca todo disimulo, ú bien encubrió su dictámen, y el derecho justísimo del usurpador quedó reconocido, así en la nueva, como en la antigua Roma. Huyó Constantino á refujiarse por sus riscos paternales, pero se apeó de ellos acaudillando á sus valerosos y apasionados Isaurios; arrollando allá con su victoria final las armas y los anuncios de los fanáticos. Plagaron su largo reinado clamores, asonadas, conspiraciones, rencores y venganzas sangrientas: alegaban sus contrarios ó pretestaban la persecucion de las imájenes; y si malograron la diadema temporal, acudieron los Griegos á galardonarlos con la corona del martirio. Acosó al emperador el encono implacable de los monjes, esclavos perpétuos de la snpersticion á la que debian su influjo y riquezas, desbocándose en traiciones mas ó menos patentes ó encubiertas. Rezaban, predicaban, absolvian, enardecian, conspiraban; las soledades de la Palestina allá dispararon un raudal de baldones, y la pluma de San Juan Damasceno (22) el postrero de los padres griegos, condenó la cabeza del tirano para el mundo presente y el venidero (23). No me cabe el pararme á justipreciar hasta que punto se acarrearon y abultaron los monjes sus padecimientos positivos, ni cuantos perdieron sus vidas ó sus miembros, ojos ó barbas por la inhumanidad del emperador. Del castigo de individuos trascendió á la abolicion de sus órdenes enteras, pues como ricas é inservibles estimularia la codicia y sinceraria el patriotismo los ímpetus de su encono. El nombre y la comision formidable del *Dragon* (24) su visitador jeneral, horrorizó y aterró á la nacion *negra:* quedaron disueltas las comunidades relijiosas; sus edificios se trocaron en almacenes ó cuarteles; se confiscaron sus fincas, muebles y ganados, y nuestros ejemplares modernos comprueban el rasgo de la asolacion antojadiza ó malvada que se cebó en reliquias, libros y monasterios. Vedóse, con el hábito y la profesion claustral rigurosísimamente todo culto público y reservado de las imájenes, y por lo que aparece, se impuso abjuracion solemne de idolatría á los súbditos ó á lo menos al clero del imperio oriental (25).

El sufrido Oriente se desentrañó amargamente de sus imájenes sagradas; pero el fervor indómito de los Italianos las defendió á todo trance. El patriarca de Constantinopla venia á igualarse con el papa de Roma en punto á jerarquía y jurisdiccion eclesiástica. Mas el prelado Griego era

allá un esclavo cauto bajo el albedrío de su dueño á cuyo entrecejo solia pasar del convento al sólio, y de este al claustro alternativamente. Su colocacion lejana y arriesgada entre los bárbaros de Occidente avivó el derecho y franqueó el desahogo de los obispos latinos. Prendábanse los Romanos de su eleccion popular; sus rentas cuantiosas acudian al socorro de escaseces públicas y privadas, y el desvalimiento ó desatencion de los emperadores los precisó á desvelarse en paz y en guerra por la seguridad temporal de la ciudad. Aquel sacerdote se empapaba mas y mas en las virtudes y en la ambicion de un príncipe, y encumbrárase á la cátedra de San Pedro el Italiano, ú el Siríaco; todos venian á ostentar la misma índole y á ejercer la misma política; y tras el malogro de lejiones y provincias, el númen y la suerte de los papas restableció la supremacía de Roma. Es innegable que en el siglo octavo su señorío se planteó sobre la rebeldía, y esta resubió y logró sincerarse por la herejía de los Iconoclastas; pero la conducta de los Gregorios II y III en esta contienda memorable, se ha ido interpretando variamente segun el albedrío de los afectos á los enemigos. Declaran únanimamente los escritores bizantinos, que tras una amonestacion infructuosa, decretaron la separacion del oriente y el occidente, y defraudaron al tirano sacrílego de las rentas y de la soberanía de Italia. Está mas terminante la escomunion en boca de los Griegos que presenciaban el complemento de los triunfos papales, y por cuanto adolecen de mayor apego á su relijion que á su patria, encarecen allá en vez de vituperar el celo acendrado de aquellos varones apostólicos (26). Los campeones modernos de Roma se empapan en las alabanzas y en el ejemplar, pues los cardenales Baronio y Belarmino (27) andan elojiando aquel escarmiento grandioso y esclarecido de la deposicion de unos herejes reales, y en preguntándoles: ¿porque no se fulminaban los mismos rayos contra las Nerones y Jubianos de la antigüedad? contestan que el apocamiento de la Iglesia primitiva fué la causa única de su callado aguante (28). En este caso los resultados del cariño y del odio se dan la mano; y los protestantes que allá se disparan desalados á enconar las iras y agravar las zozobras de príncipes y magistrados, se esplayan en el desacato y alevosía de entrambos Gregorios contra su soberano lejítimo (29). Salen tan solo á su defensa los Católicos mas comedidos, jeneralmente de la Iglesia Galicana (30), que respetan la santidad zahiriendo la culpa. Cuantos abogan al par por la corona y la mitra deslindan la verdad de los hechos con la pauta de la equidad, la escritura y la tradicion, y se atienen al testimonio de los Latinos (31) y á las vidas y epístolas de los mismos papas (32).

Quedan todavía dos cartas orijinales de Gregorio II al emperador Leon (33), y aunque no les cabe el concepto de perfectos dechados en lógica y elocuencia (A. 727), estan retratando al vivo, ú por lo menos dis-

frazando al fundador de la monarquía papal. « Por espacio de seis años acendrados y venturosos, » dice Gregorio al emperador, « hemos estado paladeando el regalo réjio y anual de vuestras cartas, firmadas con tinta de púrpura de vuestro propio puño, prenda sagrada de vuestro apego á la creencia acrisolada de nuestros padres. ¡ Qué variacion tan lastimosa! ¡ qué horroroso escándalo! Tildais ahora los Católicos de idólatras, y este cargo mismo está demostrando vuestra impiedad é ignorancia. Tan solo en esta ignorancia cabe ese estremo de tosquedad en lenguaje y argumentos : los ínfimos elementos de las letras sagradas son suficientísimos para vuestro desengaño, pues si llegareis á entrar en una aula de gramática, y á manifestaros enemigo de nuestro culto, los mismos niños con toda su sencillez cristiana no podrian menos de emprenderos á cartillazos. » Tras este saludo tan decoroso, entra luego el papa en el deslinde corriente de los ídolos de la antigüedad y las imájenes cristianas; pues eran las primeras, representaciones fantásticas de vestiglos ó demonios, en tiempo de que el Dios visible no se habia apersonado en semejanza patente. Los segundos son las estampas castizas de Cristo, su Madre y sus santos, que habian estado comprobando con milagros á miles la inocencia y el merecimiento de aquel culto relativo. En verdad que confiaria en la suma ignorancia de Leon, puesto que daba por sentado el uso perpetuo de las imájenes desde la edad apostólica y su presencia venerable en los seis sínodos de la Iglesia católica. Argumento mas relumbrante usa con la posesion actual y práctica reciente: la armonía del orbe cristiano es ajena de la peticion de un concilio jeneral, y confiesa Gregorio sin rebozo que tales juntas pueden tan solo ser provechosas en el reinado de un príncipe católico. Encarga al disoluto é inhumano Leon, mas culpado que todos los herejes, paz, mudez y rendida obediencia á las lumbreras espirituales de Roma y Constantinopla. Va el pontífice deslindando los alcances de la potestad civil y eclesiástica, vinculando el cuerpo en la primera y el alma en la segunda; empuñe el majistrado la espada de la justicia; el clero tiene á su cargo el arma mas formidable de la escomunion; y en el desempeño, de su instituto divino, un hijo timorato no tiene que acatar al padre atropellador : cabe al sucesor de san Pedro castigar á los reyes de la tierra : « Nos asaltan tiranos con sus diestras carnal y militar desnudos y destronados, tan solo nos queda el arbitrio de implorar á Jesucristo, príncipe del ejército celestial para que allá se emboque un Luzbel, para el esterminio de ese cuerpo y la salvacion del alma. Estás ahí pregonando con ínfulas disparatadas; voy á enviar órdenes á Roma; voy á destrozar en átomos la efijie de San Pedro, y Gregorio, al par de su predecesor Martin, ha de yacer aherrojado y en destierro sobre la tarima del sólio imperial. Pluguiera á Dios que me cupiese el seguir las huellas de Martin el Santo, pero sirva la suerte de Constante de escarmiento á los

perseguidores de la Iglesia. Tras su combinacion, justísima por los obispos de Sicilia, se quitó de en medio al tirano, en el auje de sus desbarros, por medio de un sirviente insigne adorándose el santo por las naciones de Escitia, entre las cuales terminó su destierro y su vida. Mas nos incumbe la obligacion de vivir para edificacion y ánimo de los fieles, ni estamos reducidos á aventurar nuestra seguridad en trance de una refriega. Siendo allá tan incapaz de resguardar á tus súbditos Romanos, quizás la situacion marítima de la ciudad la está esponiendo á tus algaradas; mas podemos retraernos á la distancia de algunas leguas (54), á la primera fortaleza de los Lombardos, y entonces.... anda acosando á los vientos. ¿Te cabe el ignorar que son los papas el vínculo de concordia y los medianeros de la paz entre el Levante y el Occidente? Clavados tienen las naciones sus ojos en nuestra humildad, y están todos reverenciando, como un Dios sobre la tierra, al apóstol San Pedro que amagas destrozar. (35). Los reinos lejanos y recónditos de Occidente tributan acatamientos á Jesucristo y á su plenipotenciario, y nos estamos disponiendo para ir á visitar á su monarca mas poderoso que está anhelando recibir de nuestras propias manos el sacramento del bautismo (56). Hanse doblegado los bárbaros al yugo del Evanjelio, cuando tú solo ensordeces á la voz del Mayoral. Enfurecidos se muestran estos bárbaros tan religiosos, y sedientos mas y mas de vengar la persecucion del Oriente. Orilla ya esa empresa aciaga y temeraria; recapacita, tiembla y te arrepiente. Si te obstinas, inocentes quedamos de cuanta sangre se va á derramar en la contienda: así caiga toda sobre tu cabeza.»

Presenciaron el primer asalto de Leon contra las imájenes de Constantinopla un sin número de estranjeros de Italia y del Occidente, que fueron luego relatando con ira y pesadumbre el sacrilejio del emperador; mas al recibir su edicto de proscripcion, se estremecieron por sus divinidades caseras; quedaron abolidas en todas las iglesias de Italia las efijies de Cristo, de la Vírjen, de los ánjeles, de los mártires y de los santos, intimando al pontífice Romano la alternativa violentísima, de congraciarse por su condescendencia con el soberano, ó de padecer apeamiento y destierro por su rebeldía. Sin atenerse á plegarias ni milagros (no cabia ya en su relijiosidad ni en su política el titubear, y así lo demuestra la entonacion de Gregorio, confiado en sus medios de resistencia, el mismo emperador) ármase denodamente contra el enemigo público, y sus pastorales van pregonando á los Italianos su peligro y su obligacion (37). A su amonestacion, Ravena, Venecia, y las ciudades de Exarcato y Periapolis proclaman la causa de la Relijion; constaba por lo mas su fuerza militar de mar y tierra de los mismos naturales, y el denuedo del fervor y el patriotismo trascendió á los estranjeros asalariados. Juraron los Italianos vivir y morir en defensa del papa y de las imájenes sagradas; brindá-

base el pueblo Romano en holocausto por su padre, y ansiaban tambien los Lombardos participar del merecimiento y ventajas de aquella guerra santa. El paso mas alevoso, pero la venganza mas obvia era el destrozo de las efijies del mismo Leon; la disposicion mas halagüeña y trascendental de la rebeldía, era el retenerle los tributos de Italia y defraudarle de aquella potestad en que acababa de propasarse cargando un encabezamiento nuevo (58). Se conservó el sistema de administracion elijiendo sus majistrados y gobernadores, y se enardeció contra la ira pública, que trataron los Italianos de crearse un emperador católico y colocarlo, por medio de su escuadra y ejército, en el palacio de Constantinopla. En aquel mismo alcázar, los obispos Romanos, Gregorio II y III, quedaron condenados como autores de la rebelion, y se idearon arbitrios peregrinos para afianzar sus personas con ardid ó á viva fuerza y quitarlos de en medio. Reconocieron ó asaltaron repetidamente capitanes de la guardia, duques y exarcas de esclarecida esfera ó de confianza reservada; desembarcaron con tropas estranjeras; lograron algun auxilio casero, y la supersticion Napolitana puede sonrojarse de que sus padres fueron adictos á la causa de la herejía. Mas el denuedo desvelado de los Romanos rechazó aquellos embates patentes ó encubiertos; arrollaron y mataron á los Griegos, padecieron sus caudillos escarmiento afrentoso, y los papas, de suyo propensos á la clemencia, se desentendieron de interceder por aquellas víctimas criminales. En Ravena (39), estaban los barrios, mutua, sangrienta y hereditariamente enconados; la contienda relijiosa dió nuevo pábulo á los bandos; pero los devotos de imájenes sobrepujaban en número y denuedo, y el exarca empeñado en atajar el torrente, feneció en una asonada. Para castigar tamaño atentado y restablecer su señorío en Italia, envió el emperador escuadra y ejército al golfo Adriático. Contrastando temporales con sumo quebranto y atraso, desembarcaron los Griegos en las cercanías de Ravena; amenazaron asolar aquella capital culpada y remedar, ó tal vez sobrepujar, el ejemplo de Justiniano II que castigó una rebeldía anterior ajusticiando á cincuenta de los vecinos principales. Postrábanse en sus plegarias el clero y las mujeres con sacos y cenizas; los barones estaban sobre las armas para defensa de la ciudad; hermanáronse los bandos contra el peligro comun, y se antepuso el trance de una refriega á las desdichas dilatadas de un sitio. Con una jornada porfiadísima adelantaron y cejaron alternativamente los ejércitos, se apareció una fantasma, se oyó una voz y fué Ravena victoriosa por la seguridad de su victoria. Reembarcáronse los advenedizos, pero la marina populosísima arrojó de sí un sin número de lanchas; las aguas del Po se empaparon tantísimo en sangre, que por espacio de seis años la vulgaridad se abstuvo del pescado de aquel rio, y la institucion de una funcion anual perpetuó el culto de las imájenes y el aborreci-

miento del tirano Griego. En alas del triunfo de las armas católicas, juntó el pontífice Romano un sínodo de noventa y tres obispos contra la herejía de los Iconoclastas; y con su dictámen pronunció escomunion personal contra cuantos de palabra ú obra osasen contrastar la tradicion de los padres y las imájenes de los santos: comprendióse tácitamente el emperador en esta sentencia (40), mas con la votacion de una representacion postrera y desahuciada parece que se sobreentiende que estaba suspendido el anatema sobre la cerviz criminal. Afianzada una vez su seguridad, con el culto de las imájenes y la libertad de Roma é Italia vinieron los papas á amainar en su entereza, y contemplaron las reliquias del señorío Bizantino. Sus intentos comedidos dilataron y atajaron la eleccion de nuevo emperador, exhortando á los Italianos, á no desmembrarse del cuerpo de la monarquía Romana. Permitióse al exarca el residir en el recinto de Ravena, como cautivo mas que en calidad de superior, y hasta la coronacion imperial de Carlo Magno, se siguió ejerciendo el gobierno de Roma y la Italia en nombre de los sucesores de Constantino (41).

La libertad de Roma avasallada por las armas y ardides de Augusto, quedó rescatada tras siete siglos y medio de servidumbre, de la persecucion de Leon Isáurico. Yacieron bajo las plantas de los Césares los triunfos de los cónsules; con el menoscabo y trastorno del imperio, el Dios Termino, el sagrado lindero, habia ido cejando pausadamente del Océano, del Rin, del Danubio y del Eufrates, y quedó Roma reducida á su territorio antiguo de Viterbo á Terracina, y desde Narni hasta el desembocadero del Tiber (42). Arrojados los reyes, quedó enquiciada la república sobre el cimiento del pundonor y de la sabiduría. Su jurisdiccion se promediaba entre dos majistrados anuales; siguió el senado desempeñando la potestad administrativa y consultiva, y la autoridad lejislativa se equilibró en los concejos populares con proporcion á los haberes y los servicios. Los Romanos, legos en las artes de lujo, se habian ido amaestrando desde lo primitivo en la ciencia del gobierno y de la guerra, era absoluta la voluntad del concejo; sagrados los derechos de cada individuo: habia hasta ciento y treinta mil ciudadanos armados para la defensa ó la conquista, y una gavilla de salteadores y desterrados vino á cuajarse en una nacion merecedora de la libertad y ambiciosa de gloria (43). Soterrada la soberanía de los emperadores Griegos, Roma toda escombros estaba manifestando un cuadro de menoscabo y despoblacion: conjeniábales ya la esclavitud y era su libertad un centellazo, un aborto en fin de supersticion, y aun de asombro y pavor para ella misma. Hasta el mínimo rastro de la realidad y aun la plataforma de una constitucion yacia borrada en la práctica y en el ánimo de los Romanos y carecian de luces, y de pundonor para reedificar la mole de una república. Sus escasos restos prole esclava y advenediza, se hacia despreciable á los mismos bárbaros vic-

toriosos pues para estremar los Francos y Lombardos en espresion de amargo menosprecio de algun enemigo, le apellidaban Romano, «y bajo este nombre dice el obispo Luitprando, ciframos cuanta ruindad, cobardía, perfidia, cuantos estremos de codicia y lujo, y cuantos vicios pueden tiznar en el señorío de la especie humana (44).» Con la urjencia de su situacion el vecindario de Roma tuvo que amoldarse desencajadamente á un sistema republicano; tuvieron que nombrar jueces para la paz y caudillos para la guerra; juntáronse los nobles para deliberar, pero sus acuerdos no pasaban á ejecutarse sin la concordia y anuencia de la muchedumbre. Revivió el estilo del senado y pueblo Romano, mas no asomó su denuedo (45) y su nueva independencia se ajó con vaivenes y alborotos, con desenfreno y tropelías. Acudia la relijion á la carencia de leyes, y la autoridad del obispo iba revisando sus consejos esternos y caseros. Sus limosnas, sus sermones, su correspondencia con los reyes y prelados de Occidente, sus servicios recientes y su juramentado agradecimiento, fueron acostumbrando á los Romanos á conceptuarlo el primer majistrado ú príncipe de la ciudad. No se lastimaba la humildad cristiana de los papas con el dictado de *Dominus* ó señor, y las monedas antiguas están todavía mostrando sus rostros y sus rótulos (46). Mil años ahora ya revalidan mas y mas con su prestijio su señorío temporal, y su título mas esclarecido es el nombramiento libre de un pueblo que rescataron de la esclavitud.

En las desavenencias de los antiguos Griegos seguia el pueblo sagrado de Elis disfrutando de paz inalterable, con el amparo de Júpiter y el ejercicio de los juegos Olímpicos (47). Venturosos mil veces los Romanos si tamaña regalía escudara el patrimonio de San Pedro contra los desvanes de la guerra; si los Cristianos al visitar el umbral sacrosanto, envainaran sus aceros en presencia del apóstol y de los sucesores. Mas tan solo la varilla de un lejislador ó de un sabio pudiera ir delineando aquel místico seno; no tenia cabida sistema tan pacífico allá con el fervor ambicioso de los papas: sus Romanos nunca se dedicaban, como los habitantes de Elis á los afanes apacibles é inocentes de la agricultura, y los bárbaros de la Italia aunque amansados por el clima desmerecian infinito respecto á los Griegos en las instituciones de su vida pública y privada. Descolló con su ejemplo memorable de relijiosidad y arrepentimiento Luitprando, rey de los Lombardos. Escuadronado á la puerta del Vaticano (A. 730—752) estuvo el vencedor oyendo la voz de Gregorio II (48), retiró sus tropas, devolvió sus conquistas y visitó acatadamente la iglesia de san Pedro y cumplidas sus devociones ofrendó con su espada y daga, su coraza, su manto, su cruz de plata y su corona de oro sobre el túmulo del apóstol. Pero tanto fervor venia á ser un rapto y tal vez un artificio volandero; los arranques del interés se arraigan y se dilatan; conjeniaban

los Lombardos con las armas y la rapiña, y tanto el príncipe como el pueblo se dejaron tentar incontrastablemente con los trastornos de Italia, el desvalimiento de Roma y la profesion desaguerrida de su nuevo caudillo. Desde los primeros edictos de los emperadores ya se ostentaron los campeones de las imájenes sagradas; invadió Luitprando la provincia de la Romanía, pues se apellidaba así distinguidamente; allanáronse sin repugnancia los católicos del Exarcado á su potestad civil y militar, y por primera vez quedó introducido un enemigo advenedizo en la fortaleza inespugnable de Ravena. La dilijencia ejecutiva y fuerzas marítimas de los Venecianos recobraron presurosamente la ciudad y fortaleza, y aquellos súbditos fieles obedecieron las exhortaciones del mismo Gregorio, en diferenciar la culpa personal de Leon de la causa jeneral del imperio Romano (49). No agradecieron tanto los Griegos la fineza como se amargaron los Lombardos con el agravio: las dos naciones enemigas en la fé se hermanaron con alianza impropia y arriesgada, marcharon el rey y el exarca á la conquista de Espoleto y de Roma; disipóse la tormenta sin estrago, pero la política de Luitprando sobresaltó la Italia con la alternativa gravosísima de hostilidades y treguas. El sucesor Ataulfo se manifestó igualmente enemigo del emperador y del papa: quedó Ravena avasallada por violencia ó por alevosía (50) y esta conquista definitiva terminó la sucesion de los exarcas que habian estado reinando con potestad subordinada desde el tiempo de Justiniano hasta el esterminio del reino Godo. Se intimó á Roma el reconocimiento de los victoriosos Lombardos como su lejítimo soberano, se fijo por tributo anual una pieza de oro, como rescate de cada ciudadano y se blandió la espada ejecutiva para exijir la pena de toda desobediencia. Titubearon los Romanos, suplicaron, se lamentaron y se contuvo á los bárbaros amenazadores con armas y negociaciones, hasta que los papas ajenciaron la intimidad de un aliado de allende los Alpes (51).

En aquel conflicto, habia Gregorio I implorado el auxilio del héroe del siglo, de Cárlos Martel, que estaba gobernando la monarquía Francesa con el dictado comedido de mayor ó duque, y que con una victoria señalada contra los Sarracenos habia salvado á su patria y quizás la Europa del yugo Mahometano. Recibió Cárlos con agasajo decoroso á los embajadores del papa; pero lo sumo de sus quehaceres y lo breve de su vida atajaron su intervencion en los negocios de Italia, escepto por una mediacion amistosa é improductiva. Su hijo Pepino, heredero de su poderío y de sus prendas tremoló el cargo de campeon de la Iglesia Romana y el afan de gloria y de relijiosidad parece que fueron los móviles del príncipe francés; mas el peligro estrechaba por las márjenes del Tiber, y el auxilio yacia por las del Sena, y luego nos impresionamos tibiamente por quebrantos lejanos. Llorosa la ciudad, se enardeció Estévan III por visitar personal—

mente las cortes de Lombardía y Francia, para apear de su sinrazon al enemigo y mover al amigo á ira y á compasion. Despues de embalsamar el desconsuelo público por medio de letanías y plegarias, emprendió su trabajoso viaje con los embajadores del monarca francés y del emperador griego. Mantúvose inexorable el rey de los Lombardos, mas en medio de tremendas amenazas no enmudeció en sus quejas ni amainó en su priesa el pontífice Romano, quien tramontó los Alpes Peninos, descansó en la abadía de san Mauricio, y se atropelló por estrechar la diestra á su amparador, diestra que nunca se alargaba en vano, tanto en guerra como en amistad. Agasajaron á Estévan como al sucesor visible del apóstol (A. 754): en la asamblea inmediata fué relatando sus agravios ante una devota y guerrera nacion, y se descolgó de los Alpes no ya en ademan de suplicante, sino de conquistador al frente de un ejército francés acaudillado por el rey en persona. Cupo á los rendidos Lombardos una paz afrentosa, juramentándolos por devolver las posesiones y acatar la santidad de la Iglesia Romana. Mas no bien se llegó á ver Ataulfo descargado de la presencia de las armas francesas cuando olvidó sus promesas y se dolió de su desdoro. Cercó de nuevo á Roma, y Estévan, temeroso de tanto molestar á sus aliados Transalpinos esforzó sus quejas y requerimientos en una carta elocuente en el nombre y persona del mismo San Pedro (52). Asegura el Apóstol á sus hijos adoptivos, rey, clero y nobles de Francia, que la carne yace difunta pero que el ánimo está viviendo, que ahora mismo están oyendo y tienen que obedecer aquella voz del fundador y guarda de la Iglesia Romana; que la Vírjen, los ánjeles, las santos y los mártires con toda la hueste celestial unánimemente amonestan é instan por el desempeño de aquella obligacion innegable, que las riquezas, la victoria y el paraiso han de coronar empresa tan piadosa, y que condenacion eterna será la pena de su desvío, si aguanta que su túmulo, su templo y su pueblo vayan á caer en manos de los pérfidos Lombardos. Igual prontitud y ventura logró la segunda espedicion de Pepino: quedó desagraviado San Pedro; salvóse otra vez Roma, y Ataulfo quedó aleccionado en punto á justicia y sinceridad con el azote de un dueño advenedizo. Tras tanto escarmiento siguieron allá desmayados y casi yertos los Lombardos por espacio de veinte años. Mas no yacian sus ánimos avenidos con su apocada situacion, y en vez de aparentar las prendas pacíficas de todo desvalido, siguieron mas y mas escarneciendo y hostigando á los Romanos con demandas, estrañezas y correrías atropellada é indecorosamente Acosaban por acá y acullá á su monarquía agonizante el favor y la cordura de Adriano I, y luego el númen, la prosperidad y el engrandecimiento de Carlo Magno, hijo da Pepino; hermanaba intimidad, ya pública ya casera, á entrambos héroes de la Iglesia y del Estado, y al hallar al caido hermoseaba sus procedimientos con el sobrescrito ostentoso de la equidad y la moderacion (53).

Los desfiladeros de los Alpes y las murallas de Pavía eran el único antemural de los Lombardos; sorprendió el hijo de Pipino los primeros, cercó los segundos, y tras un bloqueo de dos años, Desiderio (A. 774), el postrero de sus príncipes nativos, rindió su cetro y su capital. Avasallados por un rey advenedizo, pero poseedores de sus leyes naciones, se hermanaron los Lombardos mas bien que se sujetaron á los Francos por sus entronques de sangre, costumbres, idioma y oríjen tambien jérmanico (54).

Los mutuos empeños de los papas con la familia Carlovinjia eslabonan abultadamente la historia antigua y moderna, civil y eclesiástica. Con la conquista de Italia (A. 751. 753. 768.) los campeones de la Iglesia Romana lograron proporcion ventajosa, dictado virtuoso, el albedrío del pueblo y las plegarias y amaños del clero. Pero los dones grandiosos de los papas á la alcurnia Carlovinjia fueron las dignidades de rey de Francia (55), y patricio de Roma. I. Bajo la monarquía sacerdotal de San Pedro, fueron las naciones volviendo á la práctica de acudir á las orillas del Tiber en busca de soberanos, leyes y oráculos de su propia suerte. Indecisos andaban los Francos acerca del nombre y de lo sustancial de su gobierno. Estaba Pipino desempeñando, como mayor del palacio, todas las potestades de un rey, faltando tan solo este dictado á su ambicion. Su denuedo fué estrellando á sus enemigos, y sus larguezas acreciendo á los amigos; habia el padre salvado la Cristiandad, y el blason de sus prendas esclarecidas se fué mas y mas repitiendo y ensalzando en la prole de cuatro jeneraciones. Conservábanse el nombre y el remedo de la soberanía en el postrer descendiente de Clodoveo, el apocado Quilderico; mas este derecho anticuado venia á ser un instrumento tan solo de asonadas. Ansiaba la nacion entera restablecer la sencillez de la constitucion, y Pipino, súbdito y príncipe, anhelaba afianzar su propia jerarquía y los caudales de su familia. Juramentados estaban mayor y nobles con el figurin réjio: era para ellos acendrada y sacrosanta la sangre de Clodoveo y los embajadores de todos acudieron al pontífice Romano para desvanecer sus escrúpulos y descargarles de su promesa. Incitaba al papa Zacarías, sucesor de los dos Gregorios, su propio interés á sentenciar, y muy favorablemente: decretó, pues, que la nacion podia hermanar lejítimamente en un mismo individuo el dictado y la autoridad de rey, y, que el desventurado Quilderico, víctima de la salvacion pública, quedase apeado, afeitado y emparedado en un monasterio para lo restante de sus dias. Aceptaron desaladamente los Francos una contestacion tan apetecida, como dictámen de un moralista, sentencia de un juez y oráculo de un profeta; desapareció de la tierra la alcurnia Merovinjia, y el voto de un pueblo libre encaramó á Pipino sobre un escudo, acostumbrados ya todos á obedecer sus leyes y marchar bajo su estandarte. Se celebró dos veces su coronacion, sancionada por los papas, por su sirviente leal, San Bonifacio,

el apóstol de la Jermania, y por las manos agradecidas de Estevan III, quien ciñó, en el monasterio de San Dionisio, la diadema en la sien de su bienhechor. Se le apropió directamente la uncion real de los monarcas de Israel (56): se engrió el sucesor de San Pedro con las ínfulas de embajador divino; trasformóse un caudillo jermano en el unjido del Señor, y aquel rito judío ha ido cundiendo y conservándose por la superstición y la vanagloria de la Europa moderna. Quedaron los Francos absueltos de su antiguo juramento; mas los dispararon allá un anatema horroroso abarcando á su posteridad, si osasen ya renovar semejante libertad de eleccion, ó nombrar algun rey fuera de la alcurnia benemérita y sagrada de los príncipes Carlovinjios. Ajenos de todo peligro venidero, blasonaban estos de su afianzamiento presente, pues afirma el secretario de Carlo Magno, que el cetro francés se trasfirió por la autoridad de los papas (57), y en sus empresas mas arrojadas se aferran confiadamente en aquella acta muy sonada y certera de jurisdiccion temporal.

II. Variaron costumbres y lenguaje, y allá los patricios de Roma (58), quedaron muy desviados del senado de Rómulo y palacio de Constantinopla, de los nobles independientes de la república, ó padres soñados del emperador. Recobradas la Italia y el Africa con las armas de Justiniano, la cortedad y el peligro de tan lejanas provincias requerian la presencia de un majistrado supremo; titulaban con indiferencia exarca ó patricio, y los gobernadores de Ravena, que ocupan sus lugares en la cronolojía de los príncipes, abarcaban con su jurisdiccion la ciudad de Roma; con la rebelion de Italia y cesacion del exarcado, los apuros de Roma habian acarreado sacrificios de parte de su independencia; pero aun en el mismo acto estaban ejercitando el derecho de disponer de sí mismos, y los decretos del senado y del pueblo fueron sucesivamente revistiendo á Cárlos Martel y á su posteridad con el timbre de patricios de Roma. Desentendiéronse los caudillos de nacion tan poderosa de un dictado servil y un cargo subalterno; mas quedó suspendido el reinado de los emperadores Griegos, y la vacante del imperio. Les cabia un desempeño mas esclarecido de parte del papa y de la república. Los embajadores Romanos presentaron á aquellos patricios las llaves del sagrario de San Pedro, como prenda y emblema de soberanía; con una bandera, tambien consagrada, que les incumbia tremolar en defensa de la Iglesia y de la ciudad (59). En tiempo de Cárlos Martel y de Pipino, interpuesto el reino Lombardo resguardaba la libertad amenazando la independencia de Roma, y así el *patriciado* se reducia al dictado, la correspondencia y la alianza de aquellos protectores lejanos. El poderío y la política de Carlo Magno, soterraron al enemigo, pero impusieron un dueño. En su primera visita á la capital fué recibido con cuanto obsequio se tributaba al exarca, representante del emperador, condecorando á los festejos el júbilo y el agradeci-

miento del papa Adriano I (60). Al asomar el monarca repentinamente, allá le envió á diez leguas de distancia los majistrados y la nobleza de Roma con la bandera. A la media legua, la comitura Flaminia estaba toda guarnecida con las *escuelas*, ó gremios nacionales de Griegos, Lombardos, Sajones, etc: se hallaba la juventud sobre las armas, y los muchachos con palmas y ramas de olivo en las manos, entonaban las alabanzas de su esclarecido libertador. Al avistar las cruces sagradas y las insignias de los santos, se apeó, encumbró la procesion de los nobles al Vaticano, y al subir por la gradería, fué devotamente besando grado por grado el umbral de los apóstoles. Estaba Adriano en el pórtico esperándole al frente de su clero; abrazáronse como amigos é iguales, pero al adelantarse hácia el altar, el rey ó patricio tomó la derecha del papa. No quedó el Franco con estas huecas demostraciones de respeto, pues en los veinte y seis años que mediaron entre la conquista de Lombardía y su coronacion Imperial, Roma, como redimida por su acero, y como propia, estaba sujeta al cetro de Carlo Magno. Juró el pueblo homenaje á su persona y familia; se acuñó la moneda y se administró justicia en su nombre, y la eleccion de los papas se escudriñaba y revalidaba con su autoridad. Escepto un derecho primitivo é innato de soberanía, no quedaba prerogativa, que pudiera añadir el dictado de emperador al patricio de Roma (61).

Correspondió el agradecimiento de los Carlovinjios á tamañas obligaciones, y quedan sus nombres consagrados como salvadores y bienhechores de la Iglesia Romana. Su patrimonio antiguo de caseríos y cortijadas se trasformó por su dignacion en el señorío temporal de ciudades y provincias, y la donacion del Exarcado fué el primer fruto de las conquistas de Pipino (62). Desprendióse Ataulfo suspirando de su presa; entregáronse las llaves y los rehenes de las ciudades principales al embajador francés, quien á nombre de su amo las presentó ante el túmulo de San Pedro. Podia el Exarcado con sus ámbitos abarcar cuantas provincias obedecieran al emperador y á su lugarteniente; pero su distrito y linderos propios se reducian á los territorios de Ravena, Bolonia y Ferrara: su dependencia inseparable era la Pentápolis que se estendia por las ensenadas del Adriático desde Rimini hasta Ascona, y se internaba por el país hasta las cumbres del Apenino. Hase zaherido agriamente la ambicion y codicia de los papas en este ajuste. Quizás la humildad de un sacerdote cristiano debió soslayarse de un reino terrestre, que le cabia gobernar sin desentenderse de las virtudes de su profesion; quizás todo súbdito fiel, y aun todo enemigo garboso, debia desalarse menos en la particion de los despojos con un bárbaro, y si el emperador encargara á Estévan el abogar en su nombre por la devolucion del Exarcado, no descargara yo al papa de la tacha de traicion y alevosía; mas segun interpretacion muy acen-

drada de las leyes, lícito es á cualquiera y sin desdoro el aceptar cuanto el bienhechor le franquee sin asomo de injusticia. Habia el emperador Griego depuesto ú anulado su propio derecho al Exarcado, y el montante de Carlovinjio quebró la espada de Ataulfo; no habia Pipino arriesgado su persona y hueste en dos espediciones allende los Alpes, por la causa de los Iconoclastas; estaba poseyendo y podia enajenar lejítimamente sus conquistas, y replicó relijiosamente á las importunaciones de los Griegos que por ninguna consideracion humana se avendria á reasumir el don que habia conferido al pontífice Romano por la remision de sus pecados y la salvacion de su alma. Concedióse la donacion esplendorosa en señorío supremo y absoluto, y miró el mundo por la vez primera á un obispo cristiano revestido con las prerogativas de un príncipe temporal, como la eleccion de majistrados, el ejercicio de la justicia, el reparto de impuestos, y las riquezas del palacio de Ravena. Al desplomarse el reino Lombardo, los habitantes del ducado de Espoleto acudieron á refujiarse (64) de la tormenta, se afeitaron las cabezas á la Romana, se manifestaron sirvientes y súbditos de San Pedro, y redondearon con su avasallamiento voluntario el ámbito actual del estado eclesiástico. Estos ámbitos misteriosos se fueron ensanchando indefinidamente, con la donacion verbal ó escrita de Carlo Magno (65), queden allá en los primeros raptos de la victoria, se desapropió á si mismo y despojó al emperador griego de las ciudades é islas que antes habian pertenecido al Exarcado. Pero allá en los ratos de sosiego y reflexion, se enceló desde lejos con el engrandecimiento reciente de su aliado eclesiástico. Se fué atentamente costeando el desempeño de las promesas propias y paternas: como rey de Francos y Lombardos esforzó los derechos imprescriptibles del imperio, y en vida y en muerte, Ravena (66) y Roma sonaban en la lista de las ciudades metropolitanas. La soberanía del Exarcado se fué desmoronando y hundiendo en manos de los papas; tropezaron en los arzobispos de Ravena con unos competidores azarosos (67); los nobles y el pueblo desacataban el yugo de un sacerdote, y en el trastorno de los tiempos, tan solo podian conservar la memoria allá de un derecho remoto, que en mas prósperos dias han venido á recibir y realizar.

Es el engaño de suyo el muro de la doblez y flaqueza, y el bárbaro, denodado pero idiota, solia enmarañarse en las redes de la política sacerdotal; pues el Vaticano y el Laterano eran arsenales y fábricas que, segun las coyunturas, han ido desembozando ú encubriendo un cúmulo entreverado de actas verídicas ó apócrifas, estragadas ó sospechosas, segun se encaminaban á ir promoviendo los intereses de la Iglesia Romana. A fines del siglo octavo, algun escribiente apostólico, tal vez el consabido Isidoro, compuso las decretales y la donacion de Constantino, los dos estribos májicos de la monarquía temporal y espiritual de los papas. Asomó

al mundo aquel regalo memorable en una carta de Adriano I, que está amonestando á Carlo Magno paraque imite la liberalidad y resucite el nombre del gran Constantino (68). Aquel primer emperador cristiano, segun la leyenda, sanó de la lepra y se purificó en las aguas del bautismo, por San Silvestre, obispo de Roma, y no hubo jamás médico mas esclarecidamente galardonado. Retiróse el alumno réjio del solar y patrimonio de San Pedro, pregonó su ánimo de fundar una capital nueva en el Oriente, y traspasó á los papas la soberanía libre y perpetua de Roma, la Italia y provincias de Occidente (69). Surtió esta patraña cuantiosísimos efectos; resultaron los príncipes Griegos reos convictos de usurpacion, y la rebelion de Gregorio pasó en demanda de su herencia lejítima. Quedaron los papas descargados del gravámen de su agradecimiento, y los dones dominales de los Carlovinjios vinieron á ser la restitucion justa é irrevocable de una porcion escasa del estado eclesiástico. Ya la soberanía del papa no estuvo colgada del albedrío de un pueblo voluble, pues los sucesores de San Pedro y de Constantino se erguieron revestidos con la púrpura y prerogativas de los Cesares. Tan cerriles eran la ignorancia y la credulidad de los tiempos, que la fábula absurdísima mereció igual acatamiento en Grecia y en Francia, y está todavía rejistrada entre los decretos de la lejislacion canónica (70). No alcanzaban ni emperadores ni Romanos á desentrañar una falsedad, en que fracasaban sus derechos y su independencia, y la única oposicion salió á luz de un monasterio Sabino, que á principios del siglo doce contrarestó la certeza y validez de la donacion de Constantino (71). En el siglo quince la pluma de Lorenzo Vola, todo un crítico elocuente y patriota Romano, borrenó de medio á medio la sonada acta (72); quedaron atónitos sus contemporáneos con aquel sacrílego arrojo; pero tales son los adelantos callados é incontrastables de la racionalidad, que en todo el siglo inmediato se acarreó el embuste el menosprecio de historiadores (73) y poetas (74), y la censura tácita ó comedida de cuantos abogaban por la Iglesia Romana (75). Sonríense candorosamente los mismos papas con la credulidad del vulgo (76), pero un documento falso y anticuado está todavía santificando su señorío, siguiendo la idéntica suerte que los oráculos Sibilinos las decantadas decretales, pues á venido á permanecer el edificio despues de socavado el cimiento.

Mientras estaban los papas ufanísimos planteando su independencia y señorío, las imájenes, causa primera de su rebeldía, quedaron restablecidas en el imperio oriental (77). Bajo el reinado de Constantino V, el enlace de la potestad civil con la eclesiástica habia volcado el árbol, sin descepar la raíz de la supersticion. Los ídolos, pues tales los apellidaban, lo eran siempre en realidad para la clase y el sexo mas propenso á devociones, y la intimidad entrañable de monjes y hembras logró arrollar victoriosa y terminantemente la razon y la autoridad del hombre. Sos-

tuvo con menos tirantez Leon IV la relijion de su padre y su abuelo; pero su consorte, la linda y ambiciosa Irene, se empapó en el fervor de los Atenienses, herederos de la idolatría, mas bien que de la filosofía de sus antepasados. Enardeciéronse, en vida del marido, sus impulsos con el peligro y el disimulo, y tan solo le cupo el afan de escudar y engrandecer á algunos monjes predilectos que fue desempozando de sus cuevas, para sentarlos en las sillas metropolitanas del Oriente; mas apenas llegó á reinar en su nombre y en el del hijo, formalizó el intento de estrellar á los Iconoclastas, y el primer paso para su persecucion venidera fué un edicto jeneral de libertad de conciencia. (A. 780). Restablecidos los monjes, ensalzaron allá miles de imajenes á la veneracion pública, y se fraguaron otras tantas patrañas de sus padecimientos y milagros. Se proveyeron sucesiva y atinadamente las sillas episcopales con fallecimientos ó remociones parciales, los competidores mas desalados tras los favores terrestres ó celestiales, predecian ó lisonjeaban el concepto de la soberana, y promoviendo á su secretario Tarasio, tuvo Irene patriarca en Constantinopla y caudillo de la Iglesia Oriental. Mas los decretos de un concilio jeneral tan solo podian revocarse en congreso semejante (78); los Iconoclastas convocados se mostraban denonados en su posesion y apuestos á toda contienda, y la voz apocada de los obispos retumbó con el clamoreo mas formidable de la soldadesca, y vecindario de Constantinopla. La demora y tramoyas de un año, el desvío de toda tropa desafecta y la eleccion de Nisa para el segundo sínodo católico, arrollaron aquellos tropiezos, y la conciencia episcopal allá paró de nuevo en manos del príncipe. Ciñóse á diez y ocho dias (A. 787. Set. 14-Oct. 25) el desempeño consumado de obra tan grandiosa: asomaron los Iconoclastas, no como jueces, sino como reos y penitentes; aparatóse mas y mas la concurrencia con los legados del papa Adriano y los patriarcas Orientales (79); minutaba los decretos el presidente Tarasio, y los revalidaban y firmaban trescientos y cincuenta obispos. Pronunciaron unánimamente, que el culto de las imájenes se aviene con la escritura y con la razon, con los Padres y con los concilios de la Iglesia; mas titubean en que sea el culto directo ó relativo; y en sí la divinidad ó la figura de Cristo es ó no acreedora al mismo jénero de adoracion. Quedan todavía las actas de este segundo concilio Niceno, monumento curioso de supersticion é ignorancia, de falsedad y desvarío. Apuntaré tan solo el dictámen de los obispos sobre el mérito comparativo de la moralidad con el culto de las imájenes. Habia un monje ajustado tregua con el demonio de la fornicacion, con tal que orase en su rezo diario á una pintura colgada en su celda. Sus escrúpulos le llevaron á consultar con el abad: « Antes que cesar en la adoracion á Cristo y á su santa Madre en sus sagradas imájenes, mejor os fuera, » contestó el moralista, » frecuentar todos los burdeles y visitar á todas las rameras de la ciudad (80). »

Por el honor del catolicismo, ú á lo menos el de la Iglesia Romana, es una fatalidad el que los dos principes convocadores de los concilios de Nisa, estén mancillados entrambos con la sangre de sus hijos. Quedó el segundo aprobado y rigurosamente ejecutado por el despotismo de Irene, y negó á sus contrarios la tolerancia que al pronto habia concedido á sus amigos. Durante los cinco reinados sucesivos, plazo de treinta y ocho años, se mantuvo aferrada la contienda sin amainar en su saña y con varias alternativas entre los quiebra-imájenes y sus reverenciadores... mas no me cumple el seguir mas y mas desmenuzando y repitiendo los idénticos trances. Concedió Nicéforo desahogo jeneral de palabra y de obra, y los monjes tildanla única virtud de su reinado, como la causa de su perdicion temporal y sempiterna. Supersticioso y apocado Miguel I, mal podian los santos ni las imájenes sostener á su devoto en el sólio. Leon V con la púrpura siguió blasonando de Armenio en el nombre y en la relijion, y los ídolos quedaron, con sus allegados alborotadores, condenados á segundo destierro. Santificaran con aplauso el homicidio de un tirano irrelijioso, pero su asesino y sucesor, Miguel II, se mancilló desde el nacer con las herejías Frijias: intentó mediar entre los contrincantes, y el destemple de los católicos lo arrojó al estremo contrapuesto. Su comedimiento era achaque de cobardía; pero su hijo tan ajeno de zozobra como de sensibilidad, fué el primero y el mas inhumano de los Iconoclastas. Disparóse el entusiasmo de la temporada contra ellos, y cuantos emperadores contrastaron el torrente, vinieron á ensoberbecerse y estrellarse luego en el odio público. Muerto Teófilo redondeó la victoria de las imájenes otra hembra, su viuda Teodora (A. 841) encargada de la tutoría del imperio. Fueron denodadas y terminantes sus disposiciones. El contraste de un arrepentimiento tardío sinceró el concepto y el alma del difunto marido; conmutóse la sentencia del Iconoclasta de la pérdida de los ojos en doscientos azotes: temblaron los obispos, vitorearon los monjes, y la festividad del catolicismo está conservando la conmemoracion anual del triunfo de las imájenes. Quebaba en pié una sola cuestion, y era si estaban ó no dotados de santidad propia é inapeable; ventilóse entre los Griegos del siglo once (81), y como este concepto lleva consigo el realce de su irracionalidad, me pasmo que no se tranzase afirmativa y terminantemente. En el Occidente, el papa Adriano I aceptó y proclamó los decretos de la junta Nicena, que se está reverenciando por los católicos como el séptimo en la jerarquía de consultos jenerales. Atendieron Roma y la Italia á la voz de su padre, pero los mas de los católicos Italianos se rezagaron sobre manera en aquella carrera de la supersticion. Las Iglesias de Francia, Alemania, Inglaterra y España marcaron por un rumbo sesgo entre la adoracion y el destrozo de las efijies, admitiéndolas en sus templos no como objetos de culto sino como recuerdo vivo y provechoso de la fé y de

la historia. Publicóse en nombre de Carlo Magno (794) un libro avinagrado (82) de controversia, y luego bajo su autoridad se juntó en Francfort (83) un sínodo de trescientos obispos; vituperaron el enfurecimiento de los Iconoclastas, pero disputaron una censura mas violenta contra la supersticion de los Griegos y los decretos del supuesto concilio, menospreciado largo tiempo entre los bárbaros de Occidente (84), por donde adelantó pausada é imperceptiblemente el culto de las imájenes; mas queda colmadamente repuesto aquel atraso y vaiven, con la tosca idolatría que antecedió á la reforma y con la de cuantos países, tanto en América como Europa, yacen todavía en la lobreguez de la supersticion.

Tras el sínodo Niceno y bajo el reinado de la devota Irene, fué cuando los papas vinieron á consumar la separacion de Roma y la Italia, con la traslacion del imperio al menos acendrado Carlo Magno (A. 774 800). Tuvieron que optar contra las naciones contrapuestas, sin atenerse esclusivamente al movil de la relijion, y al disimular los deslices de sus hermanos, estuvieron maliciando bastardías entre las virtudes católicas de sus enemigos. La diversidad de idioma y de costumbres habia ido arraigando el encono de las dos capitales; se retrajeron luego mas y mas con las contraposiciones de setenta años. Durante el cisma habian los Romanos paladeado la libertad y los papas la soberanía; con la sumision se esponian á la venganza de un tirano enojadizo, y la revolucion de Italia tenia patentizado el desvalimiento, al par de la tiranía, de la corte Bizantina. Habian los emperadores Griegos restablecido las imájenes, mas no repusieron los estados de Calabria (85) y la diócesis Ilírica (86) que los Iconoclastas habian allá desmembrado de los sucesores de San Pedro, y el papa Adriano los amagó con sentencia de escomunion, si no adjuraban inmediatamente aquella herejía práctica (87). No eran católicos los Griegos, mas pudiera empañarse su relijion con el aliento del monarca reinante: contumaces se mantenian á la sazon los Francos, pero toda riña perspicaz podia mirar ya su conversion del ejercicio á la adoracion de las imájenes. Mancillaron el nombre de Carlo Magno las avinagradas contiendas de sus amanuenses, mas el emperador de suyo se avenia al temple de una estadista, con las varias prácticas de Italia y Francia. En sus cuatro romerías ó visitas al Vaticano anduvo abrazando á los papas con la llaneza de su estrechez é intimidad; se arrodilló ante el túmulo, y por consiguiente, ante la imájen del Apóstol, y no escrupulizaba el incorporarse y alternar en las plegarias y procesiones del rezo Romano. ¿Cabia en la cordura y el agradecimiento de los pontífices el desviarse de su bienhechor? ¿Tenian derecho para traspasar el don del Exarcado? ¿Tenian potestad para volcar el gobierno de Roma? El dictado de patricio desdecia de los méritos y grandezas de todo un Carlo Magno, y tan solo removiendo el imperio Occidental podian desempeñar sus obligaciones y afian-

zar su establecimiento. Con esta disposicion terminante desarraigaban para siempre las demandas de los Griegos: reencumbrábase la majestad de Roma sobre el apocamiento de un pueblo provinciano; se hermanaban los Cristianos Latinos bajo una cabeza suprema, en su antigua capital, y los conquistadores de Occidente venian á recibir su corona de los sucesores de San Pedro. La Iglesia Romana se granjeaba un abogado fervoroso y respetable, y á la sombra del poderío Carlovinjio podia el obispo ejercer honrosa y afianzadamente el gobierno de la ciudad (88).

Antes del esterminio del paganismo en Roma, menudeaban asonadas sangrientas por aquel opulento obispado. Menor era el vecindario, pero los tiempos eran mas bravios y el galardon mas cuantioso, y allá los eclesiásticos mandarines batallaban desaforadamente en pos de aquella soberania. Descuella el reinado de Adriano I (89) sobre los siglos precedentes y posteriores (90); las murallas de Roma (A. 800. 25 Dic.); el patrimonio sagrado, el esterminio de los Lombardos y la intimidad con Carlo Magno, fueron los trofeos de su nombradía: pues fué encubiertamente labrando el sólio de los sucesores, y ostentó en ámbito reducido las prendas de un gran monarca. Reverencióse su memoria, mas en la eleccion inmediata, un sacerdote del Luterano, Leon III, fué antepuesto al sobrino y predilecto de Adriano, á quien habia encumbrado á las primeras dignidades de la Iglesia. Su avenencia ó su arrepentimiento estuvieron disfrazando, por mas de cuatro años, su intento fementido de venganza, hasta que un dia de procesion, en que una gavilla de conspiradores enfurecidos levantó la muchedumbre desarmada, y asaltó con varapalos y puñaladas la persona sacrosanta del papa. Mas quedó burlada su empresa contra su libertad y su vida, por el rubor quizás y el remordimiento. Yació Leon por recuerdo en el suelo, pero vuelto en sí del paroxismo causado por su pérdida de sangre, recobró el habla y la vista, y este trance naturalísimo vino á engrandecerse con el recobro milagroso de sus ojos y lengua, de que por dos veces le habian despojado los forajidos (91). Huyó de la cárcel al Vaticano; voló el duque de Espoleto á su rescate; condolióse Carlo Magno de su tropelía y aceptó ú solicitó desde su campamento de Paderborn en Wesfalia, una visita del pontífice Romano. Leon fué y vino luego por los Alpes con escolta de condes y obispos para resguardo y testimonio de su inocencia; y sintió en el alma el conquistador de los Sajones el tener que dilatar hasta el año siguiente el desempeño personal de aquel compromiso relijioso. En su cuarta y postrera romería se le obsequió en Roma con los honores debidos al rey y al patricio: cupo á Leon el sincerarse bajo juramento de las culpas que le achacaban: enmudecieron, y aquel arrojo sacrílego contra su vida se castigó con la pena leve é insuficiente de mero destierro. Apareció Carlo Magno en la festividad del nacimiento de Cristo, el último año del siglo octavo, en la iglesia de san

Pedro, y para halagar la vanagloria Romana, habia trocado el traje sencillo de su país por el ropaje de patricio (92). Celebrados los santos misterios, Leon repentinamente le colocó en la cabeza una corona preciosa (93), y retumbó el cimborio con las aclamaciones del pueblo « ¡ Viva y triunfe Cárlos el Augusto mas piadoso, coronado por el mismo Dios, como grande y pacífico emperador de los Romanos! » Consagraron y unjieron réjiamente la cabeza y el cuerpo de Carlo Magno: le saludó ú adoró el pontífice al remedo de los Césares: se cifra en su juramento de coronacion la promesa de mantener la fé y regalías de la Iglesia, y quedaron pagados los primeros frutos en sus riquísimas ofrendas al sagrario del Apóstol. El emperador en sus coloquios familiares, que ignoraba los intentos de Leon, pues los frustrara ausentándose en aquel dia memorable pero no pudo menos de asomar el secreto con los preparativos del ceremonial, y el viaje de Carlo Magno está patentizando su noticia espectativa, habia confesado que el dictado imperial era el blanco de su ambicion, y un sínodo Romano habia sentenciado que era el único galardon competente para sus merecimientos y servicios (94).

Se suele conceder y se ha merecido alguna vez el dictado de *grande*, pero es Carlo Magno el único á cuyo favor se haya embebido inseparablemente aquel adjetivo con el nombre. Háse tambien incluido el nombre en el calendario Romano con el conotado de *santo*, y este, con logro sin par, se ha acarreado las alabanzas de los historiadores y filósofos de un siglo ilustrado (95) (A. 767—814). Por supuesto que la barbarie de la nacion y el tiempo en que floreció encumbra mas y mas su merecimiento *efectivo*, mas con parangon desigual realza tambien la grandeza *aparente* de todo objeto, y las ruinas de Palmira resplandecen mayormente por la vecindad accidental de un páramo desierto. Sin desairar su nombradía apuntaré ciertos lunares en la santidad y esclarecimiento del restaurador del imperio Occidental. No campea la continencia en sus virtudes morales (96); pero sus nueve mujeres ó concubinas en poquísimo desmejorarian la bienaventuranza pública, como tampoco los volanderos ó vulgares amoríos, el sin número de sus bastardos que dedicó á la Iglesia, y el celibato dilatado y el desenfreno de sus hijas (97), á quienes el padre estuvo indiciado de amar con escesivo cariño. Escusado es tildar la ambicion de un conquistador, pero en una reseña justiciera, los hijos de su hermano Carloman, los príncipes Merovinjios de la Aquitania y los cuatro mil y quinientos Sajones que degolló en un mismo sitio, serian alegatos fundados contra la justicia y la humanidad de Carlo Magno. Aquel tratamiento de los Sajones vencidos (98) fué rematado abuso del derecho de conquista; sus leyes fueron no menos sanguinarias que sus armas, y al desentrañar sus motivos, cuanto se descuente de su devocion hay que achacarlo á su índole. Atónito queda un lectorsedentario con aquella actividad incesante

de cuerpo y alma; y no se asombraban menos súbditos y enemigos con su presencia repentina cuando lo estaban suponiendo al estremo contrapuesto del imperio; ni paz, ni guerra, ni estío ni invierno, eran para él temporadas de sosiego, y la imajinacion no alcanza á hermanar los anales de su reinado con la jeografía de sus espediciones. Mas era racional que personal aquel desasosiego, pues la vida vagarosa de un Franco allá se desplegaba en cacerías, peregrinaciones y aventuras militares, y los viajes de Carlo Magno sobresalian únicamente por el mayor acompañamiento y la entidad mas grandiosa de sus intentos. Hay que ir desentrañando su nombradía militar con una reseña de sus tropas, sus enemigos y sus acciones. Conquistó Alejandro con las armas de Filipo, pero los *dos* héroes predecesores de Carlo Magno le dejaron su nombre, sus ejemplos y los compañeros de sus victorias. Acaudillando huestes veteranas y superiores fué arrollando naciones montaraces ó bastardas, inhabiles para confederarse en su contraresto, y así jamás tropezó con antagonista igual en número, disciplina y armas. Vive y muere la ciencia de la guerra con las artes de la paz, mas no sobresalen sus campañas con sitio ú batalla de dificultad ó éxito descollantes, y debia envidiar los trofeos sarracenos de su abuelo. Tras su espedicion á España quedó derrotada su retaguardia en el Pirineo, y los soldados cuya situacion era irremediable y su teson inservible, pudieran tildar en su postrer aliento el ningun desempeño ni cautela de su jeneral (99), con sumo miramiento á la lejislacion de Carlo Magno, tan encarecida por un juez respetable. No vienen á componer un sistema, sino un eslabonamiento de edictos mas ó menos oportunos y circunstanciados, para enmienda de abusos, reforma de costumbres, economía de cortijos, cria de aves y aun venta de huevos. Ansiaba mejorar las leyes y la índole de los Francos, y su empeño aunque endeble y escaso se hace recomendable; los achaques inveterados de aquel tiempo se zanjaron ó mitigaron con su gobierno (100), mas por maravilla advierto en sus instituciones, miras jenerales, y el denuedo inmortal de un lejislador, que está sobreviviendo en beneficio de la posteridad. Unido y estable permaneció el imperio durante su vida; mas siguió la práctica azarosa de dividir sus reinos entre los hijos, y tras la repeticion de sus dietas quedó al cabo la constitucion en el vaiven incesante de la anarquía y el despotismo. Su aprecio de la relijiosidad y luces del clero, le movió á confiarle el señorío temporal y la jurisdiccion civil que anhelaba, y su hijo Luís, al quedar despojado por los obispos, pudo hasta cierto punto culpar la imprudencia del padre. Sus leyes revalidaron el impuesto del diezmo, por cuanto los diablos habian andado pregonando por los aires que la falta de aquel pago habia acarreado la última carestía (101). Consta el mérito literario de Carlo Magno por la fundacion de escuelas, la introduccion de las artes, las obras que se publicaron en su

nombre y su trato familiar con los súbditos y estranjeros á quienes brindó con la corte para educar así al príncipe como al pueblo. Sus propios estudios fueron tardíos, trabajosos y escasos; si hablaba latin y entendia el griego, se habia ido imponiendo en sus rudimentos por el habla mas que por los libros, y allá en la madurez tuvo que aprender á escribir en la forma que en el dia lo está haciendo todo campesino en su niñez (102). Tanto la gramática y la lójica, como la música y la astronomía de aquel tiempo, se cultivaban como adminículos de la supersticion; mas el paradero de los afanes mentales viene á ser siempre la mejora de sus alcances, y el fomento de las letras es el timbre mas acendrado y halagüeño de la carrera de Carlo Magno (103). El señorío de su persona (104), la estension de su reinado, la prosperidad de sus armas, la pujanza de un gobierno, y el acatamiento de naciones lejanas, lo encumbran sobre la caterva réjia; y la Europa entera está aun fechando una era nueva desde el restablecimiento del imperio Occidental.

El imperio no desairaba á su dictado (105), y algunos de los reinos mas grandiosos de Europa, eran patrimonio ú conquista de un príncipe que estaba al mismo tiempo reinando en Francia, España, Italia, Alemania y Hungría (106). I. La provincia Romana de la Galia se habia trasformado en el nombre y monarquía de Francia, mas en el menoscabo de la alcurnia Merovinjia, se estrecharon sus ámbitos con la independencia de los *Bretones* y la rebelion de *Aquitania*. Carlo Magno acosó y estrechó á los Bretones contra las playas del Océano, y aquella tribu montaraz, que discuerda tanto de los Franceses en idioma y oríjen, quedó escarmentada con tributos, rehenes y sosiego. Tras contienda inapeable y dilatada padecieron los duques de Aquitania el castigo de perder provincia, libertad y vida. Justiciero y violentísimo fuera tan sumo escarmiento con gobernadores ambiciosos que remedaban tan al vivo á los mayores del palacio; mas un descubrimiento reciente (107) acaba de probar que aquellos príncipes desventurados, herederos últimos y lejítimos de la sangre y cetro de Clodoveo, descendian por la rama menor del hermano de Dagoberto, de la alcurnia Merovinjia. El reino antiguo quedó reducido al ducado de Gascuña, y los condados de Trenzas y Armañas á la falda del Pirineo; su linaje se propagó hasta principios del siglo diez y seis, y despues de sobrevivir á los tiranos Carlovinjios, se reservaron para esperimentar las injusticias ó finezas de tercera dinastía. Incorporada la Aquitania ensanchó sus ámbitos la Francia, cuales son en el dia, con los aumentos de España, Paises Bajos y hasta el Rin. II. Habian padre y abuelo de Carlo Magno arrojado de Francia á los Sarracenos, pero estaban todavía poseyendo la mayor parte de España, desde el peñon de Jibraltar hasta el Pirineo, y en sus desavenencias civiles un emir de Zaragoza acudió en pos de auxilio á la dieta de Padesborn. Emprende Carlo Magno

la espedicion, restablece al emir, y desentendiéndose de creencias, arrolla imparcialmente la resistencia de los Cristianos, y premia la obediencia y el servicicio de los Mahometanos. Plantea luego en su ausencia la *marca Hispánica* (108), que se extendia desde el Pirineo hasta el Ebro; el gobernador francés residia en Barcelona; poseia los condados del Rosellon y de Cataluña, y los reinos asomantes de *Navarra* y *Aragon* estaban sujetos á su señorío. III. Reinaba, como rey de Lombardos y patricio de Roma, sobre la mayor parte de Italia (109), por una tirada de mas de trescientas leguas desde los Alpes hasta el confin de Calabria. El ducado de Ben evento, feudo Lombardo, se habia ido esplayando, á costa de los Griegos, por el reino moderno de Nápoles; pero Arrequís, el duque reinante, se desentendió de empozarse en la esclavitud de su patria; ostentó su dictado independiente de príncipe, y blandió su espada contra la monarquía Carlovinjia. Se defendió con entereza y se allanó sin desaire, contentándose el emperador con tributo llevadero, la demolicion de sus fortalezas, y el reconocimiento en las monedas de un señor supremo. Añadió la adulacion certera de su hijo Grimoaldo la denominacion de padre, pero mantuvo cuerdamente su jerarquía, y Benevento se fué imperceptiblemente desenlazando del yugo francés (110). IV. Fué Carlo Magno el primero que reunió la Jermania bajo un mismo cetro. Consérvase en el círculo de *Franconia* el nombre de *Francia oriental*, y el pueblo de *Hesse* y de *Thurinjia* quedó recien-incorporado con los vencedores, con la hermandad de relijion y de gobierno. Los *Alemanes*, tan formidables para los Romanos, eran vasallos siempre fieles y confederados de los Francos, y su país estaba encajonado entre los linderos modernos de la *Alsacia*, la *Suabia* y la *Suiza*. Los *Bávaros*, aunque con igual anuencia para con sus leyes y costumbres, eran menos sufridos de dueño alguno; las traiciones redobladas de Trasilo abonaron la abolicion de sus duques hereditarios, y su potestad quedó repartida entre los condes que juzgaban y guardaban aquella raya importante. Pero el norte de Jermania, desde el Rin hasta mas allá del Elba, permanecia siempre enemistado y pagano, y no se logró doblegar á los Sajones al yugo de Cristo y de Carlo Magno sino despues de treinta y tres años de guerra. Quedaron descartados los idólatras con sus ídolos, y la fundacion de ocho obispados, Munster, Osnaburgh, Pandesborn, Minden, Bremen, Verden, Hidelsheim y Halberstad, van deslindando, por ambas orillas del Weser, la antigua Sajonia; aquellos solares episcopales fueron las primeras escuelas y ciudades de un país montaraz, y la relijion y humanidad de los hijos sinceró hasta cierto punto la matanza de los padres. Allende el Elba, los *Eslavos* ó Eslavonios, de costumbres parecidas y varias denominaciones, abarcaban los dominios modernos de Prusia, Polonia y Bohemia; y allá ciertos asomos de obediencia han inducido al historia-

dor frances á dilatar el imperio hasta el Báltico y el Vístula. La conquista y conversion de aquellos países es de fecha posterior, mas la primera incorporacion de la *Bohemia* con el cuerpo Jermánico, se debe fundadamente apropiar á las armas de Carlo Magno. V. Revolvió sobre los Avaros aquel raudal de conflictos que habian ido derramando sobre las naciones. Sus cercos, fortificaciones de madera que abrazaban sus distritos y aldeas, fueron al través con el empuje triplicado de una hueste francesa, que allá se disparó por mar y tierra sobre su país, atravesando las cumbres Carpacias, y desembocando por las llanuras del Danubio. Tras contienda sangrientísima de ocho años, el malogro de algunos jenerales franceses quedó vengado con la muerte de los Hunos principales: las reliquias de la nacion se postraron: la residencia real del Chagan paró en soledad desconocida, y los tesoros, presas de dos siglos y medio, vinieron á enriquecer las tropas victoriosas, ó á condecorar las iglesias de la Italia ó de la Galia (111). Avasallada la Panonia, deslindaba la confluencia del Danubio, Fetes y Save el imperio de Carlo-Magno: las provincias de Istria, Liburnia y Dalmacia fueron un agregado obvio pero inservible, y por sistema de moderacion, dejó las ciudades marítimas bajo la soberanía efectiva ó nominal de los Griegos. Mas aquellas posesiones lejanas realzaron el esplendor mas no el poderío del emperador latino, ni aventuró allá fundaciones eclesiásticas para retraer á los bárbaros de su vida vagarosa y culto idólatra. Zanjas de comunicacion entre el Saona y el Mosa, el Rin y el Danubio se entablaron desmayadamente (112), y su ejecucion hubiera vivificado el imperio, al paso que se invertian caudales y afanes mayores en la construccion de una catedral.

Bosquejando en globo este mapilla, resulta que el imperio de los Francos abarcaba, entre Levante y Poniente del Ebro al Elba ó el Vístula, de Norte á Sur, desde el ducado de Benevento al rio Cider, lindero invariable de Alemania y Dinamarca. Engrandecian personal y políticamente á Carlo Magno el desamparo y las desavenencias de lo restante de Europa. Una caterva de príncipes Escoceses ó Sajones batallaban mas y mas por las islas de la Gran Bretaña é Irlanda, y perdida una vez España, el reino cristiano y godo de Alfonso el Casto, quedaba reducido á la estrechez de los riscos asturianos. Estos soberanillos tenian que reverenciar el poderío ú la sobresalencia del Carlovinjio monarca, implorar el blason ó el arrimo de su alianza, y aclamarle padre universal y emperador único y supremo del Occidente (113). Se correspondió constantemente con el califa Harun-al-Rashid (114), cuyos dominios allá se estendian desde el Africa á la India, y aceptó de sus embajadores una tienda, un reloj de agua, un elefante y las llaves del santo sepulcro. No se deja alzanzar fácilmente esta intimidad particular de un Franco y un Arabe, tan estraños mutuamente en personalidad, idioma y relijion: mas su correspondencia

pública estribaba toda en vanagloria, y su situacion lejana no dejaba cabida á competencias de intereses. Dos tercios del imperio Romano de Occidente estaban sujetos á Carlo Magno, y el desfalco venia á quedar colmadamente compensado con la soberanía de las naciones inaccesibles ó insuperables de Jermania; mas en cuanto á la eleccion de sus enemigos, debemos fundadamente estrañar, que se acostumbrase á preferir las desnudeces del Norte á la opulencia del Mediodía. Las treinta y tres campañas afanadamente consumidas por las selvas y pantanos de Jermanía sobraban para afianzar los ensanches de su dictado, aventando á los Griegos de Italia y á los Sarracenos de España. En su mano tenia la victoria contra los desvalidos Griegos, y la nombradía y el desagravio le brindaban con una cruzada santa contra los Sarracenos, sincerándola á voz de pregon, la Relijion y la política. Aspiraba tal vez con aquellas espediciones allende el Elba á resguardar su monarquía de la suerte del imperio Romano, imposibilitar á los enemigos de toda sociedad civil y descastar la semilla de emigraciones venideras; pero está ya averiguado que en materia de precauciones queda mansa toda conquista no siendo universal, puesto que los ensanches de aquella circunferencia acarrean con la mayor esfera mas y mas puntos de hostilidad (115). El avasallamiento de la Jermania desencapotó y sacó á luz por la vez primera el continente ó islas de Escandinavia, y las presenció la Europa desaletargando á sus bárbaros y valerosos naturales. El mas sañudo de los idólatras Sajones huyó del tirano católico á sus hermanos del Norte; sus escuadras surcaron pirateando el Occéano y el Mediterráneo, y Carlo Magno llegó á ver con amargos suspiros los progresos asoladores de los Normandos, quienes en menos de setenta años atropellaron el vuelco de su alcurnia y monarquía.

Si el papa y los Romanos resucitaran la constitucion primitiva, confiriéranse á Carlo Magno para toda la vida los dictados de emperador y Augusto; y los sucesores, á cada vacante hubieran ido ascendiendo al sólio por eleccion tácita ó espresa. Pero la asociacion de Luís el Piadoso está demostrando el derecho independiente (A. 814—887) de la monarquía y la cónquista, y parece que el emperador en aquella coyuntura estuvo previendo y precaviendo las demandas encubiertas del clero. Mandóse al juez real tomar la corona del altar (A. 815), y colocársela con sus propias manos en la sien, como regalo recibido de Dios, de su padre y de la nacion (116). Repitióse el idéntico ceremonial, aunque con menos eficacia, en las asociaciones posteriores de Lotario y Luís II; el cetro Carlovinjio se fué traspasando de padre á hijo en línea recta por cuatro jeneraciones, y la ambicion de los papas se ciñó al honor insustancial de coronar y unjir unos príncipes hereditarios que se hallaban ya revestidos de la potestad y el dominio. Sobrevivió Luís el Piadoso á sus hermanos, y abarcó el imperio cabal de Carlo Magno (A. 814—840), pero las naciones y la nobleza, sus obis-

pos y sus hijos desde luego se enteraron de que no vivificaba ya la misma alma aquella inmensa mole, y estaban ya socavados los cimientos hasta su centro, mientras aparecia la haz vistosa é ilesa. Tras una guerra ó batalla, en que fenecieron cien mil Francos, medió un tratado para dividir el imperio entre los tres hijos que habian atropellado todo miramiento filial y fraternal. Separáronse para siempre los reinos de Alemania y Francia; las provincias de la Galia entre el Ródano y los Alpes, el Mora y el Rin, quedaron señaladas con la Italia para la dignidad imperial (A. 840—856) de Lotario. En la particion de su cupo, se concedieron dos reinos recientes y transitorios, la Lorena y Arles, á los niños menores, y el primojénito Luís II, tuvo que contentarse con el reino de Italia, patrimonio propio y suficiente para un emperador Romano. A su muerte, sin sucesion varonil (A. 856—875), tios y primos anduvieron batallando por el sólio vacante, y los papas afianzaron sagazmente la coyuntura de sentenciar las demandas y merecimientos de los candidatos, y de otorgar al mas rendido y dadivoso, el cargo imperial de abogado de la Iglesia Romana. Carecian ya las heces de la alcurnia Carlovinjia de todo ascenso de pujanza y poderío, y los motes burlones de el *Calvo*, el *Tartamudo*, el *Gordo* y el *Bobo* estaban apellidando una runfla de reyes mansos y parecidos, merecedores todos de olvido perpetuo. Exhaustas ya las ramas colaterales, recayó toda la herencia en Cárlos el Gordo, postrer emperador de la alcurnia (A. 888), y á fuer de mentecato se le desmandaron y retrajeron la Alemania, Italia y Francia; quedó depuesto en un dieta, y solicitó de los rebeldes su escaso diario, pues le dejaron vida y libertad por menosprecio. Gobernadores, obispos y magnates á proporcion de su poderío se fueron apropiando los trozos del imperio desplomado, guardando algun miramiento con la sangre femenina ó bastarda de Carlo Magno. Dudosos eran títulos y posesion de la mayor parte, y se fueron regulando sus merecimientos por la estrechez de sus dominios. Cuantos asomaron con ejército á las puertas de Roma, quedaron coronados emperadores en el Vaticano, pero solian por modestia mostrarse satisfechos con el dictado de reyes de Italia, y el plazo entero de setenta y cuatro años puede conceptuarse vacante, desde la renuncia de Cárlos el Gordo hasta el ensalzamiento de Oton I.

Era Oton (117) del esclarecido linaje de los duques de Sajonia, y si efectivamente descendia de Witikin, contrincante y alumno de Carlo Magno, la posteridad de un pueblo vencido vino á reinar encumbradamente sobre sus mismos vencedores. Fué nombrado su padre Henrique el Pajarero, por voto de la nacion para rescatar é instituir el reino de Alemania, cuyos linderos ensanchó mas y mas por donde quiera (118) por su hijo, el primero y mas aventajado de los Otones. Parte de la Galia al poniente del Rhin, por las orillas del Mosa y del Mosela, cupo á los Jermanos, con

cuya sangre é idioma vino á salpicarse desde el tiempo de César y de Tácito. Los sucesores de Oton se fueron granjeando una supremacia improductiva sobre los reinos descuartizados de Borgoña y Arles, entre el Rin, el Ródano y los Alpes. Por el Norte fué la propagadora del Cristianismo la espada de Oton, conquistador y apóstol de las naciones Eslavas del Elba y el Oder; fortaleciéronse los cantones de Brandemburgo y Silesia con colonias Jermanas, y el rey de Dinamarca, con los duques de Polonia y Bohemia, se reconoció su vasallo y tributario. Acaudilla su ejército victorioso, tramonta los Alpes, sojuzga el reino de Italia, liberta al papa, y plantea para siempre la corona imperial en el nombre y nacion de Alemania. Entabló la fuerza y revalidó el tiempo, desde entonces dos máximas de jurisprudencia pública: I. que el príncipe elejido en la dieta Jermánica, adquiria desde aquel punto los reinos avasallados de Italia y de Roma, II. pero que no le cabia legalmente ostentar los dictados de emperador y Augusto, hasta ceñir en sus sienes la corona por la diestra del pontífice Romano (119).

Sonó en el Oriente el encumbramiento imperial de Carlo Magno con la variacion de su lenguaje, pues en vez de saludar como padres á los emperadores Griegos, usó la llaneza de apellidarlos marcialmente hermanos (120). Aspiraba tal vez por sus relaciones con Irene al nombre de marido; paz y amistad era el sonido de su embajada á Constantinopla y podia encubrir un ajuste de enlace con aquella princesa ambiciosa que se habia desentendido de las obligaciones sagradas de madre. No es dable conceptuar el temple, duracion y consecuencias probables de aquella incorporacion entre dos imperios allá tan lejanos y desavenibles, pero el silencio unánime de los Latinos me inclina á maliciar que los enemigos de Irene fueron los fraguadores de semejante hablilla, para achacarle la maldad de vender la Iglesia y el Estado á los estraños de Occidente (121). Presenciaron los embajadores, franceses y aun peligrando, la conspiracion de Nicéforo, por el encono nacional, pues se agriaba mas y mas Constantinopla con las traiciones y sacrilejios de la antigua Roma, y sonaba de boca en boca el adajio de que «eran los Francos buenos amigos y malísimos vecinos,» y era muy espuesto el ir á provocar un confinante que podia apetecer el segundar en la iglesia de Santa Sofía el ceremonial de la coronacion del emperador. Tras un viaje angustioso de rodeos y demoras, los embajadores de Nicéforo lo hallaron en su campamento, á las orillas del rio Sala, y Carlo Magno se esmeró en ajar su vanagloria, ostentando en una aldea de Franconia el boato, ú por lo menos, el orgullo del palacio Bizantino (122). Fueron conducidos los Griegos por cuatro salas sucesivas de audiencia: desde la primera fueron ya á postrarse ante un personaje esplendoroso en un sillon de aparato, hasta que él mismo los enteró de que era un sirviente en clase de caba-

llerizo del emperador. Repitióse la equivocacion y la respuesta en la estancia del conde palatino, del mayordomo y del camarero; fogueada mas y mas su impaciencia, se abrieron por fin de par en par las puertas del estrado y presenciaron entonces al verdadero monarca, encumbrado en su sólio con mil realces lujosos y peregrinos que estaba menospreciando, empapándose en el cariño y acatamiento de sus caudillos victoriosos. Ajustóse un tratado de paz y alianza entre ambos imperios, quedando desde luego deslindados con el derecho de la posesion actual; pero los Griegos orillaron pronto aquella igualdad desairada (123), ó la recordaron tan solo para odiar mas y mas á los bárbaros que la habian impuesto. Durante la breve concordia del pundonor y el poderío, siguieron saludando acatadamente al *augusto* Carlo Magno con los vítores de *basileo* y emperador de los Romanos. Apenas cesaron aquellas prendas en la persona de su hijo devoto, era el sobrescrito de las cartas Bizantinas: «Al rey, ó como él se apellida, al emperador de Francos y Lombardos.» Cuando ya no asomaba rastro de poderío ni pundonor, apearon á Luís II de su dictado hereditario y con la denominacion bárbara de rex ó *rega*, lo barajaron allá con la caterva de los príncipes latinos. La contestacion (124) está retratando su flaqueza, pues va probando con alguna erudicion, que tanto en la historia sagrada como en la profana, el nombre de rey es sinónimo con la voz griega *basileo*: si en Constantinopla se conceptua bajo otro sentido mas esclusivo é imperial, reclama por sus antepasados y por el papa, su debida alternativa á los honores de la púrpura Romana. Revivió la contienda en tiempo de los Otones, y su embajador describe con subidos colores el engreimiento de la corte Bizantina (125). Aparentaban los Griegos menospreciar la mezquindad é ignorancia de los Francos y los Sajones, y allá en la postrera decadencia se negaron á tiznar con los reyes de Jermania el dictado de emperadores Romanos.

Continuaron estos emperadores ejercitando, en la eleccion de los papas la potestad que ostentaron los príncipes godos y griegos; y fué siempre medrando la entidad de esta prerogativa con la jurisdiccion temporal y espiritual de la Iglesia Romana. En la aristocracia cristiana los prohombres del clero componian siempre un senado para atender al réjimen, y suplir las vacantes de los obispos. Dividíase Roma en veinte y ocho parroquias, administrada cada una por un sacerdote cardenal, ó presbítero, dictado vulgar en su oríjen y comedido, aspiró luego á competir en la púrpura con los reyes. Aumentóse el número con la incorporacion de siete diáconos de los hospitales mayores, los siete jueces palatinos del Laterano y algunos prebendados de la Iglesia. Encabezaban este senado eclesiástico siete obispos cardenales de la provincia Romana que se atareaban menos con las diócesis suburbanas de Ostia, Porto, Velitre, Túsculo, Preneste, Tibur y las Sabinas, que por su servicio semanal

en el Laterano, y su participacion eminente en los timbres y autoridad de la silla apostólica. A la muerte del papa, estos obispos recomendaban un sucesor á los votos del colejio de los cardenales (126), y su nombramiento se revalidaba ó desechaba con los vítores, ó el clamoreo del pueblo Romano. Quedaba sin embargo descabalada la eleccion, no podia consagrarse legalmente, hasta que el emperador, como abogado de la Iglesia, habia graciablemente manifestado su anuencia y aprobacion. El comisionado réjio se hacia cargo en el mismo sitio del rumbo y libertad de los procedimientos, y solo mediando un escrutinio acerca de las prendas de los candidatos, los juramentaba sobre su lealtad y confirmaba las donaciones que se habian ido haciendo para el engrandecimiento del patrimonio de San Pedro. En las desavenencias frecuentes las pretensiones encontradas pasaban á la decision del emperador; y en un sínodo de obispos se arrestó á sentenciar, condenar y castigar las demasías de un pontífice criminal. Oton I, impuso un tratado al senado y al pueblo, que se comprometió á preferir el candidato mas acepto á su majestad (127): los sucesores fueron anticipándose á su eleccion, concediendo el beneficio Romano como los obispados de Colonia y de Bamberg, á sus ayos ó cancilleres, y prescindiendo de los méritos de un Franco, ú de un Sajon, su nombre está desde luego declarando la intervencion de potestad estranjera. Cohonestábanse estos actos de la prerogativa réjia con los achaques de toda eleccion popular; pues el competidor escluido por los cardenales acudia á los ímpetus ó la codicia de la muchedumbre: ensangrentáronse el Vaticano y el Laterano, y los senadores mas poderosos, los marqueses de Toscana y los condes de Túsculo, tuvieron la silla apostólica bajo su servidumbre afrentosa y dilatada. Los pontífices Romanos padecieron en los siglos noveno y decimo desacatos, encarcelamientos y matanzas por parte de sus tiranos, y llegó á tal estremo su desamparo, tras la pérdida y usurpacion de los patrimonios eclesiásticos, que ni alcanzaban á costear el boato de príncipes, ni á ejercitar la caridad de sacerdotes (128). El influjo de dos hermanas rameras, Marozia y Teodora, estribaba todo en su riqueza y hermosura, y en sus tramoyas políticas y amorosas; sus galanes mas esforzados cargaban con la mitra Romana, y su reinado pudo (129) en la lobreguez de aquellos tiempos (130) abortar la patraña (131) de una papisa (132). El hijo bastardo, el nieto y el bisnieto de Marozia, linaje peregrino, se vinieron á sentar en la cátedra de San Pedro, y el segundo de los nombrados encabezó desde la edad de diez y nueve años la Iglesia latina. Su mocedad y su madurez se dieron estrechamente la mano, y naciones enteras de peregrinos presenciaron los cargos mortales con que le estuvo acosando un sínodo Romano delante de Oton el grande. Por cuanto Juan XII habia orillado el traje y el decoro de su profesion, quizás un *soldado* no vino á disfamarse por empaparse en vino y

en sangre, por incendiar, jugar y cazar incesantemente. Podian sus simonías públicas ser efecto de sus escaseces, y sus invocaciones blasfemas de Júpiter y Venus, á ser ciertas, no cabe que las profiriese con formalidad. Mas no podemos menos de estrañar, que el dignísimo nieto de Marozia viviese adúlteramente y sin rebozo con las matronas de Roma, que el palacio Laterano se trocase en zahurda de rameras y que las tropelías con doncellas y viudas retrajesen á las peregrinas de visitar el túmulo de San Pedro, temerosas de que en medio de su fervor viniese el sucesor del Apóstol á violentarlas (133). Los protestantes se han esplayado con malvada complacencia en estos arranques de todo un ante-Cristo, mas en concepto de cualquier filósofo resultan menos azarosos los desbarros que el recato del clero. Tras aquel cenagal escandaloso y dilatado, la austeridad celosa de Gregorio VII reformó y realzó la silla apostólica (A. 1075 etc.). Aquel monje ambicioso vinculó su vida en el desempeño de dos intentos: I. Plantear en el colejio de los cardenales la libertad é independencia en las elecciones, y desarraigar para siempre el derecho ó usurpacion de los emperadores y el pueblo Romano. II. Conceder ó reasumir el imperio occidental como feudo ú beneficio (134) de la Iglesia, y abarcar bajo su señorío temporal los reyes y los reines de la tierra. Tras reñidos vaivenes de medio siglo quedó cumplido aquel primer objeto al arrimo pujante del cuerpo eclesiástico, cuya independencia se hermanaba con la de su caudillo; pero el segundo empeño aunque con asomos de logro, al menos parcial, se estrelló en la resistencia denodada de la potestad secular y fracasó por fin con el descollamiento de la racionalidad.

A la renovacion del imperio Romano, ni en el pueblo ni en el obispo cabia franquear á Carlo Magno ú á Oton las provincias perdidas, al paso que se iban ganando con los vaivenes de las armas; mas quedaron árbitros los Romanos en nombrarse superior, y cuantas facultades se habian otorgado al patricio se concedieron irrevocablemente á los emperadores franceses y sajones del Occidente. Los rejistros descuartizados de aquel tiempo (135) conservan ciertos recuerdos de su palacio, casa de moneda, tribunal, edictos y espada de justicia, que aun hasta el siglo trece procedia del César al prefecto de la Ciudad. (136) Entre las arterías de los papas y los arrebatos de la plebe, quedó soterrada aquella supremacia. Los sucesores de Carlo Magno, satisfechos con los dictados de emperadores, desatendieron el goce de aquella jurisdiccion local. Empujábase su ambicion con la prosperidad en objetos mas halagüeños, y luego con el menoscabo y divisiones del imperio afanábanse en la defensa de sus provincias hereditarias. En medio de los escombros de Italia, la famosa Marozia (A. 932) brindó á uno de los usurpadores con las ínfulas de tercer marido suyo, y entrometieron á Hugo, rey de Borgoña, con los banderizos (A. 732) en la mole de Adriano ú castillo de Sant-Anjelo, que señorea el puente princi-

pal y la entrada de Roma. Precisó la introductora á su hijo del primer matrimonio Alberico á realzar el desposorio y su banquete; pero su asistencia violenta y enojadiza le acarreó un bofeton de su padrastro; y fué aquel golpe causador de una revolucion «Romanos.» prorumpe el mozo; «fuisteis allá dueños del orbe, y estos Borgoñones eran vuestros ínfimos esclavos; en el dia estos irracionales voraces y bravíos están reinando, y mi agravio es el arranque de vuestra servidumbre (157).» Resuena el arrebato y clamó á las armas por todos los barrios de la ciudad: retíranse atropellada y vergonzosamente los Borgoñones; victorioso el hijo encarcela á Marozia, y el hermano Juan XII queda reducido al ejercicio de sus funciones espirituales. Estuvo Alberico mas de veinte años poseyendo el gobierno de Roma, y se cuenta que halagó á la plebe preocupada con el restablecimiento de los cargos, ó cuando menos, los títulos de cónsules y tribunos. Su hijo y heredero Octaviano tomó con el pontificado el nombre de Juan XII; vióse comprometido, al par de su antecesor, por los príncipes Lombardos para acudir á un libertador de la Iglesia y la república, y galardonó el servicio de Oton ensalzándolo á la dignidad imperial. Mas imperioso el Sajon y mal sufridos los Romanos, se trastornaron los regocijos de la coronacion por el contraste encubierto de las regalías y la independencia, y mandó Oton á su escudero que no se le desviase un punto, temeroso de que le asaltasen y matasen al pié mismo del altar (158). Antes de tramontar los Alpes, castigó el emperador la asonada del pueblo y la ingratitud de Juan XII. Quedó apeado el papa en un sínodo (A. 967); montaron al prefecto sobre un asno, lo fueron azotando por la ciudad y lo empozaron en una mazmorra; ahorcaron á trece de los mas criminales, lisiaron ó desterraron á otros, sincerando aquellas justicias con las leyes antiguas de Teodosio y de Justiniano. El eco de la fama está tildando á Oton II del acto alevoso y sangriento de la matanza de los senadores, tras haberlos convidado á su mesa con el agasajo decoroso de amistad y hospedaje (159). Intentó denodadamente Roma, en la menoria del hijo Oton III, sacudir el yugo Sajon, y fué el cónsul Crescencio el Bruto de la república. De la clase de súbdito y desterrado se encumbró dos veces al mando de la ciudad (A. 998): atropelló, arrojó y creó los papas, y fraguó una conspiracion para restablecer la autoridad de los emperadores Griegos. Mantuvo un sitio porfiado, hasta que el desventurado cónsul fué vendido con la promesa de salvamento; colgáronle de una horca, y luego colocaron su cabeza en las almenas del castillo. En un vaiven de la suerte, Oton, habiendo separado sus tropas, estuvo tres dias sitiado y en ayunas dentro de su palacio, y su fuga desairadísima le preservó de que lo ajusticiase la saña de los Romanos. Encabezaba al pueblo el senador Tolomeo, y logró la viuda de Crescencio el desahogo ú la nombradía de haber desagraviado á su marido encerrando al amante imperial. Era el ánimo de Oton III

desamparar los países montaraces del norte, ensalzar su sólio en Italia, y reponer las instituciones de la monarquía Romana, mas luego los sucesores solian asomar una vez sola por las márjenes del Tíber, para recibir la corona en el Vaticano (140). Era su ausencia despreciable, pero odiosa y formidable su presencia. Se descolgaban de los Alpes capitaneando á sus bárbaros, advenedizos todos y enemigos del país, y la visita pasajera paraba por lo mas en alborotos sangrientos (141). Allá un recuerdo en bosquejo de sus antepasados estaba todavía atormentando á los Romanos, y miraban con ira devota la sucesion de Sajones, Francos, Suabios y Bohemios que seguian usurpando la púrpura y las prerogativas de los Césares.

Lo mas contrapuesto quizás á la naturaleza y á la racionalidad es el empeño de enfrenar países lejanos y naciones estranjeras, contrarestando sus inclinaciones é intereses. Dispárase un raudal de bárbaros por la tierra, mas un imperio dilatado requiere para su permanencia un sistema científico de policía y sujecion: en el centro una potestad absoluta muy ejecutiva en sus providencias, y abundante en recursos; comunicacion obvia y veloz entre sus estremos: fortalezas para contrastar el primer disparo de la rebeldía: un réjimen muy entonado para protejer y castigar, y un ejército disciplinado que infunda zozobra sin causar descontento ni desesperacion. Diversísima era la situacion de los Césares Alemanes ansiosos mas y mas de esclavizar el reino de Italia. Sus estados patrimoniales se estendian por el Rin ó se desparramaban por las provincias mas los ámbitos de aquel señorío fueron fracasando por la torpeza ó las escaseces de los príncipes sucesivos y sus rentas de regalías baladíes y gravosas apenas alcanzaban al mantenimiento de su sirvientes. Componíanse sus tropas de la asistencia legal ó voluntaria de sus vasallos feudales que atravesaban con repugnancia los Alpes se desenfrenaban con robos y tropelías y allá se marchaban antojadizamente antes de la terminacion de la campaña. El influjo pestilente del clima solia arrebatar á huestes enteras; los restantes cargaban con la osamenta de los príncipes y nobles (142) y las resultas de sus destemplanzas se achacaban luego á la maldad alevosa de los Italianos, que no dejaban al menos de complacerse con las desdichas de los bárbaros. Su tiranía desencajada podia habérselas en iguales términos con los tiranillos de Italia, y ni sus pueblos ni los lectores se interesarian en gran manera por tales contiendas. Pero en los siglos XI y XII reavivaron los Lombardos la chispa de la industria y de la libertad, cuyo ejemplo grandioso remedó por fin la república de Toscana. Nunca cesó absolutamente un gobierno municipal en las ciudades de Italia, y sus fueros fundamentales se concedieron por el favor y la política de los emperadores, ansiosos de levantar una valla plebeya contra la independencia de los nobles; pero sus medros prontísimos, y el ensanche diario de sus potestades y pretensiones estriba-

ban en el número y denuedo de sus vecindarios (143). Desempeñaba cada ciudad cuanto correspondia á su diócesis ó distrito; quedaron las campiñas esentas de toda jurisdiccion de condes, marqueses y obispos, y se recabó de los nobles mas engreidos el desamparo de sus castillos solitarios, y entablar el estado mas honorífico de ciudadanos y majistrados. El concejo gozaba de autoridad lejislativa, mas la potestad ejecutiva se confiaba á tres cónsules, elejidos anualmente de los tres órdenes, *capitanes, vavasores* (144) *y comunes* en que se dividia la república. Fueron reviviendo y medrando los afanes de la agricultura y del comercio al arrimo de las leyes iguales; mas el peligro presente era pábulo de la valentía Lombarda, y en sonando el campanon, ó en tremolando el estandarte (145) desembocaban las puertas de la ciudad unos tercios crecidos y denodados, cuyo afan por su causa tuvo luego por norte el ejercicio y la disciplina de las armas. Estrellábanse las ínfulas de los Césares al pié de aquellos antemurales populares; y el númen incontrastable de la libertad arrolló á entrambos Federicos los príncipes mas descollantes de la edad media, el primero quizá superior en pujanza militar, y el segundo sobresalia innegablemente en las prendas mas apacibles de la paz y la literatura.

Ansioso de recobrar los timbres de la púrpura, embistió Federico I á las repúblicas de Lombardía con las arterías de un estadista, la bizarría de un soldado y la crueldad de un tirano. Las Pandectas recien halladas renovaron la ciencia mas favorable al despotismo y sus incensadores venales (A. 1152 — 1190) pregonaron al emperador como dueño absoluto de vidas y haciendas. Reconociéronse las prerogativas reales bajo otro concepto menos odioso en la dieta de Roncalla, y los réditos de la Italia se acotaron en treinta mil libras de plata (146), que se fueron recargando indefinidamente con las rapiñas de los dependientes. El pavor ó la pujanza de sus armas fué avasallando á las ciudades mas pertinaces: entregó sus cautivos á los sayones ó los disparó de sus máquinas militares, y tras el sitio y la rendicion de Milan, los edificios grandiosos de aquella capital quedaron arrasados; se enviaron trescientos rehenes á Alemania, y se dispersó al vecindario por cuatro villares bajo el yugo del vencedor inflexible (147). Mas descolló luego Milan sobre sus escombros, y la desventura consolidó la liga de Lombardía; hermanáronse en la causa, Venecia, el papa Alejandro III y el emperador Griego: un solo dia echó al trevés toda aquella máquina de opresion, y Federico tuvo que firmar, aunque con reserva, en el tratado de Constancia la libertad de veinte y cuatro ciudades, contra los cuales ya en su pujanza y madurez vino á batallar el nieto Federico II (148), dotado de ciertas prendas aventajadas (A. 1158 — 1250). Recomendábanle para los Italianos su nacimiento y educacion, y en la discordia implacable de los dos bandos, los Guibelinos estaban adictos al emperador, al paso que los Guelfos tremolaban la

bandera de la libertad y de la Iglesia. Yacia aletargada la corte de Roma al consentir que su padre Henrique VI incorporase con el imperio los reinos de Nápoles y Sicilia, cuyos reinos hereditarios aprontaban al hijo crecidos réditos en caudales y en reclutas. Pero las armas de los Lombardos y los rayos del Vaticano estrellaron por fin á Federico II; se traspasó su reino á un estraño, y el postrero de su familia fue degollado en Nápoles sobre un cadalso. No asomó emperador alguno en Italia por espacio de sesenta años, y su nombre sonaba tan solo por la almoneda de los últimos rastros de soberanía.

Los bárbaros conquistadores del Occidente tuvieron á bien condecorar á su caudillo con el dictado de emperador, mas no fué su ánimo revestirlo con el despotismo de Constantino y Justiniano. Libres eran las personas de los Jermanos, sus conquistas propias y su temple nacional rebosaban de arrogancia despreciadora de la jurisprudencia servil de la Roma antigua y la nueva. Empeño infructuoso y espuestísimo fuera embocar un monarca á guerreros independientes mal avenidos aun con sus majistrados; al donodado que se desmandaba, y al poderoso que aspiraba al dominio. Estaba el imperio de Carlo Magno y de Oton repartido entre los duques de las naciones ó provincias (A. 814—1250), los condes de los distritos menores y los margraves fronterizos que abarcaban todos la autoridad civil y militar cual se habian subdelegado á los lugartenientes de los primeros Césares. Los gobernadores Romanos que solian ser soldados de fortuna, cohechaban á sus lejiones asalariadas, se revestian la púrpura imperial y triunfaban ó fracasaban en su rebeldía, sin lastimar el poderío y la unidad del gobierno. Si los duques, margraves y condes de Alemania se propasaban menos en sus demandas, los resultados de sus logros eran mas duraderos y nocivos al Estado. En vez de encaminarse á la cumbre se afanaban calladamente por plantear y apropiarse la independencia provincial. Fomentaban su ambicion aquella mole de Estados y vasallos, en arrimo y ejemplo mutuo, el interés comun de la nobleza subalterna, la variacion de príncipes y familias, las menorías de Oton III Henrique IV el anhelo de los papas y el afan desatinado de las coronas volanderas de Italia y Roma. Los comandantes de las provincias iban usurpando mas y mas todas las regalias de la jurisdiccion rejia ó territorial; el derecho de paz y guerra, de vida ó muerte, de cuños é imperios, de enlaces esternos de economía casera. Cuanto arrebataban las tropelías se revalidaba con el valimiento ú las escaseces, y se concedia como pago de un voto dudoso ú servicio voluntario: cuanto se habia otorgado á uno era ya sinrazon el negarlo al sucesor ó al igual, y todas las actas de posesion local ó temporal se iban imperceptiblemente embebiendo en la constitucion del reino Jermánico. Mediaba en todas las provincias entre el sólio y la nobleza, la presencia visible del duque ó del conde: los súbditos de la ley paraban en vasallos

un caudillo particular, y el estandarte recibido del soberano solia tremolarse contra él. La supersticion ó la política de las dinastías Carlovinjia y Sajona halagaban y engrandecian la potestad temporal del clero, entregándose ciegamente á su comedimiento y lealtad; pues los obispados de Alemania igualaban en estension y privilejios y se sobreponian en riquezas y poblacion á los estados mas grandiosos de la clase militar. Mientras los emperadores retuvieron la prerogativa de conceder en todas las vacantes aquellos nombramientos eclesiásticos ó seculares, el agradecimiento ú la ambicion de sus amigos ó privados los mancomunaba en su causa; mas en punto á investiduras quedaron defraudados de su influjo sobre los cabildos episcopales; restablecióse la libertad de eleccion, y el soberano, con escarnio solemne, quedaron reducidos á sus *primeras plegarias* la recomendacion única en sus reinados de una sola prebenda en cada iglesia. Los gobernadores seculares, en vez de revocarlos segun el albedrío da un superior, podian apearse privativamente por sentencia de sus pares. En los arranques de la monarquía se solicitaba como merced el nombramiento del hijo para el ducado ú condado de su padre; luego se fué logrando por mera costumbre ó vinculando como derecho; se solia estender la sucesion de la línea varonil á las ramas colaterales ó femeninas; los estados del imperio (denominacion popular y luego legal) se fueron dividiendo ú enajenando por testamento ú venta, y caducó todo concepto de encargo público con el de herencia privada y perpetua. No le cabia al emperador acaudalarse con las eventualidades de fallecimientos y confiscaciones; pues en el plazo de un año tenia que disponer del feudo vacante, y atenerse á la propuesta de la dieta jeneral ú provincial.

A la muerte de Federico II apareció la Alemania un aborto con cien cabezas. Una caterva de príncipes y prelados (A. 1250) se abalanzaron á los escombros del imperio; los señores de innumerables castillos propendian menos á obedecer que á remedar á sus mandarines y segun el alcance de sus fuerzas venian sus correrías á apellidarse robos ó conquistas. Era tan incesante anarquía resultado inevitable de las leyes y costumbres de Europa; y el idéntico huracan voló allá en trozos los reinos de Italia y de Francia. Pero las ciudades de Italia y los vasallos de Francia yacian en lastimosa division y menoscabo; mientras la hermandad de los Jermanos produjo un gran sistema, llamado imperio de república federativa. Con la institucion frecuente y al fin perpetuo de la dieta, vivió descolladamente el denuedo nacional, y la potestad de una lejislatura comun se está todavía ejerciendo por los tres brazos ó colejios de los electores, los príncipes y las ciudades libres é Imperiales de Alemania. I. Cupo á los siete feudatarios mas poderosos el cargar, tras denominacion y jerarquía esclarecida, con el privilejio esclusivo de elejir el emperador Romano, y fueron estos electores el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el margrave

de Brandemburgo, el conde palatino del Rix, y los tres arzobispos de Metz, Tréveris y Colonia. II. El colejio de los príncipes y prelados se descartó de una muchedumbre revuelta: redujeron á cuatro votos representativos la abultada caterva de condes independientes, escluyendo á los caballeros, que asomaron allá en la campiña de la eleccion hasta sesenta mil montados como en la dieta de Polonia. III. El engreimiento de cuño y señoríos, y de espada y mitra, tuvo cuerdamente que prohijar al estado llano como tercer estamento en la lejislatura, y progresando la sociedad vino por la misma epoca á ir alternando en los consejos nacionales de Francia, Inglaterra y Alemania. Señoreaba la liga Anseática el convenio y la navegacion del norte; los confederados del Rin afianzaban la paz y el tráfico del interior: correspondia el influjo de las ciudades á sus riquezas y su política, y su negativa está todavía derogando las actas de entrambos colejios supremos de electores y de príncipes (149).

En el siglo catorce es donde podemos hacernos cargo á mejores luces del estado y contraposicion del imperio Romano de Alemania, que ya no poseia fuera de las villas del Rin y del Danubio ni una sola provincia de Trajano ó Constantino (A. 1347-1378). Sus menguados sucesores fueron los condes de Habsburgo, de Nasau, de Luxemburgo y de Shwarsemburgo; proporcionó el emperador Henrique VII la corona de Bohemia para su hijo, y su nieto Cárlos nació en un pueblo estraño y bárbaro aun para el concepto de los mismos Alemanes (150). Tras la escomunion de Luís de Babiera, le cupo el don ó la promesa del imperio vacante por los pontífices Romanos, que desde su destierro y cautividad en Aviñon estaban aparentando el señorío del Orbe. Con la muerte de sus competidores se hermanó el colejio electoral, y saludó unánime á Cárlos como rey de Romanos y emperador venidero; dictado que se avillanó por el mismo tiempo en los Césares de Alemania y de Grecia. El emperador Jermano ya no era mas que un majistrado electivo y baladí de una aristocracia de príncipes que no le dejaban una aldea que pudiera llamar suya. Su prerogativa preeminente era el derecho de presidir y proponer en el senado nacional que se juntaba á su llamamiento, y su reino nativo de Bohemia, menos acaudalado, que la ciudad inmediata de Nuremberga era el solar mas fundamental de su poderío y el manantial mas pingüe de sus rentas. De trescientos caballos se componia el ejército con que tramontó los Alpes (A. 1355), Ciñeron á Cárlos la corona de *hierro* que la tradicion vinculaba en la monarquía lombarda, en la catedral de San Ambrosio; mas se le admitió tan solo con una comitiva pacífica, cerrando las puertas de la ciudad tras él, y el rey de Italia permaneció cautivo de las armas de los Vicentis, en quienes revalidó la soberanía de Milan. Coronáronle luego en el Vaticano con la corona de *oro* del imperio, pero cumpliendo con un convenio reservado, el emperador Romano se retiró

inmediatamente, sin descansar una sola noche en el recinto de Roma. El elocuente Petrarca (151), cuyo númen fantaseaba las glorias soñadas del Capitolio; está allá lamentando y zahiriendo la huida afrentosa de Bohemio, y hasta sus contemporáneos pudieron enterarse de que el único ejercicio de su autoridad se cifraba en la venta gananciosa de títulos y privilejios. El oro de Italia afianzó el nombramiento de su hijo, mas tan estremado y vergonzoso era el desamparo del emperador Romano, que un carnicero lo prendió en las calles de Horms, y quedó arrestado en un meson por prenda ó rehen del pago de sus gastos.

Orillemos tan bochornoso trance para presenciar la majestad relumbrante del mismo Cárlos en la dieta del imperio. La bula de oro que deslinda la constitucion Jermánica, suena á soberano y lejislador. Cien príncipes se doblegaban ante el sólio y encumbraban su propio señorío tributando acatamientos voluntarios á su caudillo ú ministro. En el banquete rejio los primeros palaciegos, los siete electores que en jerarquía y dictado se igualaban con los reyes, desempeñaban solemnemente el servicio interior de palacio. Los arzobispos de Metz, Colonia y Tréveris, arqui-cancilleres perpétuos de Alemania, Italia y Arles, iban llevando en pompa los sellos de los tres reinos. El gran mariscal á caballo ejercia sus funciones con una medida de centeno, que volcaba con sus visos plateados por el suelo, y se apeaba luego para coordinar la colocacion de los convidados. El mayordomo mayor, conde palatino del Rin, iba poniendo los platos sobre la mesa. El gran camarero, el margrave de Brandemburgo, servia la palangana y aguamanil de oro para lavarse. El rey de Bohemia, como su primo escanciano, estaba representado por el hermano del emperador, el duque de Luxemburgo y Brabante, y cerraba la procesion el montero mayor, que tenia un jabalí y un venado con un coro estruendoso de trompas y perros (152). No se limitaba la supremacia del emperador á la Alemania sola, pues los monarcas hereditarios de Europa reconocian su preeminencia su jerarquía y dignidad; era el primero de los príncipes cristianos, la cabeza temporal de la gran república de Occidente (153); vinculábase en su persona el dictado de majestad y disputaba con el papa la prerogativa escelsa de crear reyes y juntar concilios. El oráculo de las leyes civiles, el sabio Bartolo, estaba pensionado por Cárlos IV; y retumbaba en su cátedra la doctrina de que el emperador Romano era el soberano lejítimo de la tierra, desde el Sol saliente hasta su ocaso. La opinion contraria estaba condenada no como error sino como herejía, puesto que hasta el mismo Evanjelio habia pronunciado: «Y salió un decreto de César Augusto para que *el mundo todo* quedase empadronado (154).»

Si anonadamos el plazo que media entre Augusto y Cárlos, resalta y descuella hasta lo sumo la contraposicion entre ambos Césares; el Bohe-

mo encubridor de su apocamiento con el boato fementido, y el Romano disfrazador de su poderío socolor de comedimiento. Acaudillando sus lejiones victoriosas y reinando por mar y tierra, desde el Nilo y el Eufrates hasta el Occéano Atlántico. Augusto se estuvo siempre mostrando sirviente del Estado é igual á sus conciudadanos. Todo un vencedor de Roma y de sus provincias, acudió á la mera traza, como legal y popular, de censor, cónsul y tribuno. Su albedrío era ley por el jénero humano, mas siempre con el sobrescrito del senado y pueblo Romano, por cuyos decretos fué admitiendo y renovando el dueño absoluto, el encargo temporal de administrar mas y mas la república. En traje, servidumbre (155), dictados y trato civil, siguió Augusto con todos los visos de un particular, y sus aduladores mas arteros acataron invariablemente el secreto de su monarquía despótica y perpetua.

NOTAS

correspondientes al capítulo cuadrajésimonono.

(1) El instruido Selden trae la historia de la transubstanciacion en una sentencia comprensiva y enérjica. « Esta opinion no es mas que retórica trocada en lójica. » (Sus Obras, vol. III, p. 2073 en su Sobremesa).

(2) Nec intelligunt homines ineptissimi, quod si sentire simulacra et moveri possent, adoratura hominem fuissent, a quo sunt expolita (Divin. Institut., l II, c. 2). Lactantio es el último, así como el mas elocuente, de los apolojistas latinos. Sus mofas de los ídolos atacan no solamente al objeto, sino á la forma y al asunto.

(3) Véase Ireneo, Epifanio, y Agustin (Basnage, Hist. des Eglises Réformées, tom. II, p. 1313). Esta práctica gnóstica tiene una afinidad peregrina con la adoracion privada de Alejandro Severo (Lampridio, c. 29. Lardner, Testimonios Paganos, vol. III, p. 34)

(4) Véase esta Historia, vol. II, p. vol. III, p.

(5) Οὐ γὰρ τὸ Θεῖου ἁπλοῦν ὕπαρχον καὶ ἄληπτον μορφαῖς τισι καὶ σχήμασιν ἀπεικάζομεν, οὔτε κηρῷ καὶ ξύλοις τὴν ὑπερούσιον καὶ προάναρχον οὐσίαν τιμᾶν ἡμεῖς διεγνώκαμεν (Concilium Nicenum, II, in Collect. Labb., tom. VIII, p. 1025, edic. Venet.). Il serait peut-être à propos de ne point souffrir d'images de la Trinité, ou de la Divinité; les défenseurs les plus zélés des images ayant

condamné celles-ci, et le concile de Trente ne parlant que des images de Jésus-Christ et des Saints. (Dupin, Bibliot. Ecclés., tom. VI, p. 154).

(6) Esta historia jeneral de las imájenes está sacada del libro XXII de la Hist. des Églises Réformées de Basnage, tom. II, p. 1310-1337. Era protestante; pero de una índole apacible; y sobre este punto los protestantes se hallan tan puestos en razon, que se pueden aventurar á ser imparciales. Véase la incertidumbre del pobre fraile Pagi, Crítica, tom. I, p. 42.

(7) Tras remover algunos milagros y adefecios, puede concederse, que por el año 300, Paneas en Palestina quedó condecorada con una estatua de bronce, representando á un grave personaje envuelto en una capa, con una mujer agradecida ó suplicante arrodillada delante de él, y que una inscripcion — τῶι Σωτῆρι, τῶι εὐεργέτῃ — estaba quizás esculpida en el pedestal. Este grupo lo esplican á ciegas los cristianos, por su fundador y la *pobre* mujer á quien habia curado de un flujo de sangre (Euseb. VII, 18. Filostorj. VII, 3, etc.). M. de Beausobre supone mas despreocupados al filósofo Apolonio, ó al emperador Vespasiano: en la última suposicion, la mujer es una ciudad, una provincia, ó quizás la reina Berenice (Bibliothèque Germanique, tom. XIII, p. 1-92).

(8) Euseb. Hist. Ecclés., l. I, c. 13. El instruido Asemano cita en su apoyo, á tres Siríacos, San Efrem, Josua Stylites, y Jaime, obispo de Sarug; pero no hallo ningun apunte del orijinal siríaco, ó los archivos de Edesa (Bibliot. Orient., tom. I, p. 318, 420, 554); su creencia á bulto está sin duda sacada de los Griegos.

(9) El testimonio de estas epístolas está traido y desechado por el cándido Lardner (Heathen Testimonios, vol. I, p. 297-309) Entre la caterva de fanáticos que han sido arrojados por fuerza de este puesto cómodo; pero imposible de sostener, me avergüenzo con los Crabes, Caves, Tillemonts, etc. al descubrir á M. Addison, un caballero inglés (sus Obras, vol. I, p. 528, edicion Baskerville); pero su tratado sobre la relijion católica debe el concepto á su nombre, su estilo, y el aplauso interesado de nuestro clero.

(10) Por el silencio de Jaime de Sarug (Asemano, Bibliot. Orient., p. 289, 318) y el testimonio de Evagrio (Hist. Eccles. l. IV, c. 27), he deducido, que esta fábula se inventó entre los años 521 y 594, probablemente despues del sitio de Edesa en 540 (Asemano, tom. I, p. 416. Procopio de Bell. Persic., l. II). Es la espada y el broquel de Gregorio II, (in Epist. I ad Leon. Isaur. Concil., tom. VIII, p. 656, 657) de Juan Damasceno (Opera, tom. I, p. 281, edic. Lequien), y del segundo Concilio Niceno (Actio, V, p. 1030). La edicion mas completa se halla en Cedreno (Compend., p. 175-178).

(11) Ἀχειροποίητος. Véase Ducange, in Gloss. Græc. et Lat. El asunto está tratado con igual erudicion y fanatismo, por el jesuita Gretser (Syntagma de Imaginibus non manu factis, ad calcem Codini de Officiis, p. 289-330), el asno, ó mas bien el raposo, de Ingoldstadt (véase la Escalijerana); con igual razon é injenio por el protestante Beausobre, en la irónica controversia que ha ido repartiendo por muchos volúmenes de la Biblioteca Jermánica (tom. XVIII, p. 1-50, XX, p. 27-68, XXV, p. 1-36, XXVII, p. 85-118, XXVIII, p. 1-33, XXXI p. 111, 148, XXXII, p. 75-107, XXXIV, p. 67-96).

(12) Teofilacto Simocatta (l. II, c. 3, p. 34, l. III, c. 1 p. 63) ensalza el θεάνδρικον εἴκασμα, que llama ἀχειροποίητον; con todo no era mas que una copia, puesto que añade ἀρχέτυπον τὸ ἐκεῖνον οἱ Ῥώμαιοι (de Edesa) θρησκεύουσί τι ἄῤῥητον. Véase Pagi, tom. II, A. 586, N.º 11.

(13) Véanse, las obras orijinales ó supuestas de Juan Damasceno, dos pasos sobre la Vírjen y San Lúcas, de que Gretser no hace mencion, y por consiguiente tampoco Beausobre (Opera Juan Damasceno, tom. I, p. 618, 631).

(14) « Vuestras escandalosas figuras están casi fuera del lienzo; son tan malas como un grupo de estatuas » Así la ignorancia y fanatismo de un sacerdote griego, elojiaba las pinturas del Ticiano, que habia mandado hacer y luego se negó á admitirlas.

(15) Cedreno, Zonaras, Glicas y Manases, imputan el oríjen de los Iconoclastas al califa Yezid y á dos Judíos, que prometieron el imperio á Leon; y las reconvenciones de estos sectarios hostiles están trocados en una conspiracion absurda, para restablecer la pureza de la adoracion cristiana (véase Spanheim, Hist. Imag. c. 2).

(a) Yezid, noveno califa de la alcurnia de los Omíades, dió al través con todas las imájenes en Siria sobre el año 719; desde entonces los acendrados han hechado en cara á los sectarios el haber seguido el ejemplo de los Sarracenos y de los Judíos. Frag. Mon. Johan. Jerosolym. Script. Byzant. vol. XVI, p. 235. Hist. des Répub. Ital. por M. Sismondi, vol. I, p. 126. —G.

(16) Véase Elmacin (Hist. Saracen. p. 267) Abulfarajio (Dynast. p. 201) y Abulfeda (Annal. Moslem. p. 264) y las críticas de Pagi (tom. III A. 944). El cuerdo franciscano se desentiende allá de que la imájen de Edesa esté hoy en dia en Roma ó en Jénova; pero su quietud es deshonrosa; y este antiguo objeto de adoracion ya no suena ni es de moda.

(17) Ἀρμενίοις καὶ Ἀλαμανοῖς ἐπίσης ἡ τῶν ἁγίων εἰκόνων προσκύνησις ἀπηγόρευται (Nicetas, l. II, p. 258). Las iglesias armenias viven aun satisfechas con la Cruz (Missions du Levant., tom. III, p. 148): pero verdaderamente el supersticioso griego es injusto con las preocupaciones de los Jermanos del siglo XII.

(18) Nuestros monumentos orijinales ; pero no imparciales de los Iconoclastas , ó rompe-imájenes , deben sacarse de las Actas de los Concilios , tom. VIII y IX, Collect. Labbé, edic. Venet. y los escritos históricos de Teófanes, Nicéforo , Manases, Cedreno, Zonaras, etc. De los católicos modernos, Baronio , Pagi , Natalio Alejandro (Hist. Eccles. Seculum VIII y IX), y Maimburgo (Hist. des Iconoclastes) han tratado el asunto con erudicion , credulidad y preocupacion. Las tareas protestantes de Federico Spanheim (Historia Imaginum restituta) y Jaime Basnage (Hist. des Églises Réformées, tom. II, l. XXIII, p. 1339-1385) van pautadas por el patron de los quiebra-imájenes. Con este auxilio mutuo, y propension opuesta , fácil nos es el equilibrar la balanza con indiferencia filosófica (*).

(19) Algunos floreos retóricos Σύνοδον παράνομον καὶ ἄθεον, y los obispos τοῖς ματαιόφροσιν. Juan Damasceno le llama ἄκυρος καὶ ἄδεκτος (Opera , tom.I, p. 623). La Apolojía de Spanheim para el Sínodo de Constantinopla (pájina 171 , etc.) está redactada con injenuidad y esmero , por los materiales que pudo hallar en las Actas Nicenas (p. 1046, etc.). El injenioso Juan de Damasco convierte en ἐπισκόπους en ἐπισκότους; los hace κοιλιοδούλους, esclavos de su vientre , pancistas etc. Opera , tom. I, p. 306.

(20) Se le acusa de cercenar el dictado de santo ; llamando á la Vírjen, Madre de *Cristo* ; comparándola despues del parto, á una bolsa vacía ; de Arrianismo , Nestorianismo , etc. Spanheim (c. IV, p. 207) en su defensa se halla perplejo entre el interés de un protestante, y el deber de un teólogo acendrado.

(21) El santo confesor Teófanes aprueba el principio de su rebelion, θείῳ κινούμενοι ζήλῳ (p. 339). Gregorio II (in Epist. I. ad Imp. Leon. Concil. , tom. VIII, p. 661 , 664) aplaude el afan de las mujeres bizantinas que mataron á los oficiales imperiales.

(22) Juan ó Mansur, era un cristiano noble de Damasco, que tenia un empleo de consideracion en el servicio del califa. Su celo por la causa de las imájenes le espuso al resentimiento del emperador griego ; y por sospechas de una correspondencia traidora, se le cortó la mano derecha, que le fué milagrosamente devuelta por la Vírjen. Tras este recobro, hizo dimision de su empleo , distribuyó sus bienes , y se encerró en el monasterio de San Sabas, entre Jerusalen y el Mar Muerto. La leyenda es célebre ; pero este instruido editor, el padre Lequien , ha comprobado por desgracia, que San Juan Damasceno era ya fraile antes de la cuestion

(*) Compárese Schlossr , Geschichte del bildev-stürmender Raiser , Franglart. sobre el Mein, 1812 ; un libro de investigacion é imparcialidad. — M.

de los Iconoclastas (Opera, tom. I, Vit. Sant. Joan. Damscen. p. 10-13 y Notas ad loc).

(23) Despues de enviar á Leon al diablo, introduce su heredero — τὸ μιαρὸν αὐτοῦ γέννημα, καὶ τῆς κακίας αὐτοῦ κληρονόμος ἐν διπλῷ γενόμενος (Opera Damascen., tom. I, p. 625). Si la autenticidad de este paso es sospechoso; estamos seguros de que en otras obras, que no hace mucho existian, Damasceno confirió á Constantino los dictados de νέον Μωαμὲθ, Χριστομάχον, μισάγιον, (tom. I, p. 306).

(b) El patriarca Anastasio, Iconaclasta en tiempo de Leon, adorador de las imájenes bajo Artavasdes, fué azotado públicamente por las calles sobre un asno, con el rostro vuelto hácia la cola; y revestido de su dignidad, y fué de nuevo ministro obsequioso de Constantino, en sus persecuciones iconoclastas. Véase Schlosser, p. 211.—M.

(c) Compárese Schlosser, p. 228-234. —M.

(24) En la narracion de esta persecucion por Teófanes y Cedreno, Spanheim (p. 235-238) compara afortunadamente el *Draco* de Leon con los dragones (*Dracones*) de Luis XIV; y se regocija en estremo con esta lid controversial.

(25) Προγραμμα γὰρ ἐξέπεμψε κατὰ πᾶσαν ἐξαρχίαν τὴν ὑπὸ τῆς χειρὸς αὐτοῦ πάντας ὑπόλραψαι καὶ ὄμνυναι τοῦ ἀθετῆσαι τῆν προσκύνησιν τῶν σεπτῶν εἰκὸνων

(26) Καὶ τὴν Ῥώμην σὺν πάσῃ Ἰταλίᾳ τῆς βασίλειας αὐτοῦ ἀπέστησε, dice Teófanes (Chronograph. p. 343). Por esto Cedreno llama á Gregorio ἀνὴρ ἀποστόλικος (p. 450). Zonaras describe el trueno ἀναθήματι συνοδικῷ (tom. II, l. XV, p. 104, 105). Nótese que los Griegos son muy abonados para confundir las épocas y acciones de dos Gregorios.

(27) Véase Baronio, Annal. Eccles. A. 730, N.º 4, 5: ¡ dignum exemplum! Bellarmino, de Romano Pontífice, l. V, c. 8: mulctavit eum parte imperii Sigonio, de Regno Italiæ, l. III, Opera, tom. II, p. 169. Con todo, tal es el trastrueque de Italia, que Sigonio se halla enmendado por el editor de Milan, Filipo Arjelato, un Boloñés, y súbdito del papa.

(28) Quod si Christiani olim non deposuerunt Neronem aut Julianum, id fuit quia deerant vires temporales Christianis (el honrado Bellarmino, de Rom. Pont., l. V, c. 7). El cardenal Perron añade una distincion mucho mas honrosa á los primeros cristianos, pero no mas satisfactoria para los príncipes modernos — la *traicion* de los herejes y apóstatas quizás quebrantaron su juramento, desecharon su cuño, y renunciaron su fidelidad á Cristo y su vicario (Perroniana, p. 89).

(29) Tomad, por dechado, al cauto Basnage (Hist. de l'Église, página 1350, 1351), y el vehemente Spanheim (Hist. Imaginum), quien, con cien mas, sigue las huellas de los centuriatores de Magdeburgo.

(30) Véase Lannoy (Opera, tom. V, pars II, epist. VII, 7, p. 456, 474), Natalio Alejandro (Hist. Nov. Testamenti, secul. VIII, dissert. I, p. 92-96), Pagi (Critica, tom. III, p. 215, 216), y Giannone (Istoria Civile di Napoli, tom. I, p. 317-320), un discípulo de la escuela galicana. En el campo de la controversia, siempre compadezco al partido moderado, que está en el medio y entre dos fuegos.

(31) Apelan á Pablo Warnefrido, ó el Diácono (de Gestis Langobard. l. VI, c. 49, p. 506, 507, in Script. Ital. Muratori, tom. I, pars I), y el nominal Anastasio (de Vit. Pont. in Muratori, tom. III, pars I. Gregorio II, p. 154. Gregorio III, p. 158. Zacarías, p. 161. Estefano III, p. 165. Paulo p. 172. Estefano IV, p. 174. Adriano, p. 179. Leon III, p. 195). Con todo puedo notar, que el verdadero Anastasio (Hist. Eccles., p. 134, edic. Reg.) y la Historia Miscella (l. XXI, p. 151, in tom. I, Script. Ital.) ambos del siglo IX, traducen y aprueban el testo griego de Teófanes.

(32) Con alguna escasa diferencia, los críticos mas instruidos, Lúcas Holstenio, Schelestrate, Ciampini, Bianchini, Muratori (Prolegomena ad tom. III, pars I), están conformes en que el Liber Pontificalis, fué compuesto y continuado por los bibliotecarios y notarios apostólicos de los siglos VIII y IX; y que el último, la parte mas corta, es la obra de Anastasio, cuyo nombre lleva. El estilo es bárbaro, la narracion parcial, los pormenores baladíes; — con todo debe leerse como un recuerdo curioso y auténtico de los tiempos. Las epístolas de los papas andan dispersas por los volúmenes de los Concilios.

(33) Las dos epístolas de Gregorio II, se han preservado en las Actas del Concilio Niceno (tom. VIII, p. 651-674). Están sin fecha, la que está deslindada con suma variedad, por Baronio en el año 728, por Muratori (Annali d'Italia, tom. VI, p. 120) en 729, y Pagi en 730. Tal es la fuerza de la preocupacion, que algunos *papistas* han ensalzado la sensatez y moderacion de estas cartas.

(34) Εἰκοσι-τέσσαρα στάδια ὑποχωρήσει ὁ Ἀρχιερεὺς Ῥώμης εἰς τὴν χώραν Καμπανίας, καὶ ὕπαγε δίωξον τοὺς ἀνέμους (Epíst. I, p. 664). Esta proximidad de los Lombardos es de difícil dijestion. Camilo Pellegrini (Dissert. IV de Ducatu Beneventi, en el Scrip. Ital., tom. V, p. 172, 173) calcula los XXIV estadios, no de Roma, pero de los límites del ducado romano, á la primera fortaleza, quizás Sora, de los Lombardos. Mas bien creeré que Gregorio, con la pedantería de su tiempo, emplea *estadios* por millas, sin pararse en la verdadera medida.

(35) Ὃν αἱ πᾶσαι βασίλειαι τῆς ὡς Θεὸν ἐπίγειον ἔχουσι.

(36) Ἀπὸ τῆς ἐσωτέρου δύσεωθ τοῦ λεγομένου Σεπτετοῦ (p. 665). El papa parece haber escampado la ignorancia de los Griegos: vivió y murió en el

Laterano; y en su tiempo todos los reinos del Occidente habian abrazado el Cristianismo. ¿No podria este desconocido *Septeto* tener alguna referencia con el jefe de la *Heptarquia* sajona, con Ina rey de Wessex, quien, en el pontificado de Gregorio el Segundo, visitó á Roma, con la intencion, no de recibir el bautismo, sino por mera romería? (Pagi A. D. 689, N.º 2, A. 726, N.º 15)?

(37) Copiaré el paso importante y decisivo del Liber Pontificalis. Respiciens ergo pius vir profanam principis jussionem, jam contra Imperatorem quasi contra *hostem* se armavit, renuens hæresim ejus, scribens ubique se cavere Chistianos, eo quod orta fuisset impietas talis. *Igitur* permoti omnes Pentapolenses, atque Venetiarum exercitus contra Imperatoris jussionem restiterunt: dicentes se nunquam in ejusdem pontificis condescendere necem, sed pro ejus magis defensione viriliter decertare (p. 156).

(38) Un *censo* ú feudo, dice Anastasio (p. 156); el impuesto mas cruél, desconocido á los Sarracenos, esclama el celoso Mainburgo (Hist. des Iconoclastes, l. I), y Teófanes (p. 344), quien habla del empadronamiento de Faraon, de los hijos varones de Israel. Esta clase de impuesto era familiar á los Sarracenos, y desgraciadamente para el historiador, fué impuesta algunos años despues en Francia por su patrono Luís XIV.

(39) Véase el Liber Pontificalis de Agnelo (en el Scriptores Rerum Italicarum de Muratori, tom. II, pars. I) cuyas profundas señales de barbarismo deslindan la diferencia entre Roma y Ravena. Con todo, le debemos algunos hechos curiosos, y caseros los acantonamientos y facciones de Ravena (p. 154), la venganza de Justiniano II (p. 160, 161), la derrota de los Griegos (p. 170, 171), etc.

(40) Sin embargo, Leon estaba indudablemente comprendido en el si quis..... imaginum sacrarum..... destructor..... extiterit, sit extorris a corpore D. N. Jesu Christi vel totius Ecclesiæ unitate. Los canonistas pueden decidir si el desliz ó el nombre constituyen la escomunion; y la decision es de la mayor importancia para su seguridad; puesto que, segun el oráculo (Graciano Caus. XXIII, p. 5, c. 47, apud Spanheim, Hist. Imag. p. 112), homicidas non esse qui excommunicatos trucidant.

(41) Compescuit tale consilium Pontifex, sperans conversionem principis (Anastas. p. 156). Sed ne desisterent ab amore et fide R. J. admonebat (p. 157). Los papas llaman á Leon y Constantino Copronymo, Imperatores et Domini, con el estraño superlativo de *Piissimi*. Un célebre mosáico del Laterano (A. 798) representando á Cristo que entrega las llaves á San Pedro y la bandera á Constantino V (Muratori, Annali d'Italia, tom. VI, p. 337).

(42) He delineado el ducado romano segun los mapas, y estos por la escelente disertacion del padre Beretti (de Chorographia Italiæ Medii

Ævi, sect. XX, p. 216-232). Con todo, debo observar, que Viterbo es fundacion Lombarda (p. 211), y que Terracina fué usurpada por los Griegos.

(43) Sobre la estension, poblacion, etc. del reino Romano, el lector puede recorrer, con satisfaccion, el Discurso preliminar á la República Romana de M. Beaufort (tom. I), á quien no se le acusará de ser demasiado crédulo en cuanto á los primeros tiempos de Roma.

(44) Quos *(Romanos)* nos, Longobardi scilicet, Saxones, Franci, Lotharingi, Bajoarii, Suevi, Burgundiones, tanto dedignamur ut inimicos nostros commoti, nil aliud contumeliarum nisi Romane, dicamus: hoc solo, id est Romanorum nomine, quicquid ignobilitatis, quicquid timiditatis, quicquid avaritiæ, quicquid luxuriæ, quicquid mendacii, mmo quicquid vitiorum est comprehendentes (Luitprando, in Legat. Script. Ital., tom. II, pars I, p. 481). Por los pecados de Caton ó Julio Minos pudiera haberle impuesto, como una penitencia, la lectura diaria de este paso bárbaro.

(d) Esta sentencia denigrativa, citada por Robertson (Cárlos V, nota 2) así como por Gibbon, la aplicó el enojado obispo á los *Bizantinos* Romanos; quienes, ciertamente admite ser los verdaderos descendientes de Rómulo.—M.

(45) Pipino regi Francorum, omnis senatus, atque universa populi generalitas a Deo servatæ Romanæ urbis. Codex Carolin. epist. 36, in Scrip Ital., tom. III, pars II. p. 160. Los nombres de senado y senadores se habian estinguido enteramente (Dissert. Chorograph., p. 216, 217); pero en la edad media significaban poco mas que nobiles, optimates, etc. (Ducange, Gloss. Latin).

(46) Véase Muratori, Antiquitat. Italiæ Medii Ævi, tom. II, Dissertat. XXVII, p. 548. En uno de estos cuños se lee Adrianus Papa (A. 772): en el reverso, Vict. D. D. N. N. con la palabra CONOB, la que el padre Joubert (Science des Médailles, tom. II, p. 42), esplica por Constantinopoli officina B *(secunda)*.

(47) Véase la Disertacion de West. sobre los Juegos Olímpicos (Pindar., vol. II, p. 32-36, edicion en 12.°), y las juiciosas reflexiones de Polibio (tom. II, l. IV, p. 466, edic. Gronov.).

(48) El discurso de Gregorio á los Lombardos está esmeradamente redactado por Sigonio (de Regno Italiæ, l. III, Opera, tom. II, p. 173), quien remeda la independencia y la entonacion de Salustio ó Livio.

(49) Los historiadores Venecianos, Juan Sagornino (Chron. Venet., p. 13) y el doga Andrés Dandolo (Scriptores Rer. Ital., tom. XII, p. 135) han preservado esta epístola de Gregorio. La pérdida y recobro de Ravena están mencionadas por Pablo el Diácono (de Gest. Langobard.

l. VI, c,4 9, 54, in Script. Ital., tom. I, pars I, p. 506, 508); pero nuestros cronolojistas, Pagi, Muratori, etc. no alcanzan á deslindar la fecha ó las circunstancias.

(50) La eleccion dependerá del modo como se lea el manuscrito de Anastasio — *deceperat* ó *decepserat* (Script. Ital., tom. III, pars I, p. 167).

(51) El Codex Carolinus es una coleccion de las epístolas de los papas á Cárlos Martel (á quien llaman *Subregulus*), Pepino y Carlo Magno, desde el año 791, en que fué formado por el último de estos príncipes. Su manuscrito orijinal y auténtico (Bibliothecæ Cubicularis) está hoy dia en la librería imperial de Viena, y se ha publicado por Lambecio y Muratori (Script. Rerum Ital. tom. III, pars II, p. 75) etc.

(e) Gregorio I habia ya un siglo que habia muerto; léase Gregorio III. —M.

(52) Véase esta carta estraordinaria en el Codex Carolinus, epíst. III, p. 92. Los enemigos de los papas les han imputado el fraude y la blasfemia; con todo mas bien querrian persuadir que engañar. Esta introduccion de los muertos ó de los inmortales, era familiar á los oradores antiguos, aunque en esta ocasion esté desempeñado de una manera tosca, propia de la época.

(53) Escepto en el divorcio de la hija de Desiderio, á quien Carlo Magno repudió sine aliquo crimine. El papa Estévan IV se habia opuesto tenazmente al entronque de un noble Franco—cum perfida, horrida, nec dicenda, fætentissima natione Longobardorum —á quien imputa la primer mancha de lepra (Cod. Carolin. epíst. 45, p. 178, 179). Otra razon contra el casamiento era la existencia de una primera mujer (Muratori, Annali d'Italia, tom. VI, p. 232, 233, 236, 237). Pero Carlo Magno se otorgó á sí mismo la libertad de la poligamia ó el concubinaje.

(f) De quince meses. Jaime, Vida de Carlo Magno, p. 187.—M.

(54) Véase el Annali d'Italia de Muratori, tom. VI y las tres primeras disertaciones de sus Antiquitates Italiæ Medii Ævi, tom. I.

(55) Además de los historiadores comunes, tres críticos franceses, Launoy (Opera, tom. V, pars II, l. VII, epíst. 9, p. 477-487), Pagi (Critica, A. 751, N.º 1-6, A. 752, N.º 1-10), y Natalio Alejandro (Hist. Novi Testamenti, dissertat. II, p. 96-107) han tratado este asunto de la deposicion de Quilderico con esmero y tino, pero con una propension suma á salvar la independencia de la corona. Sin embargo, se hallan apurados con los textos que citan de Ejinhardo, Teófanes, y los antiguos anales, Laures hamenses, Fuldenses y Loisielanios.

(56) No absolutamente por la primera vez. En un teatro menos aparatoso, se habia usado, en los siglos VI y VII, por los obispos provincia-

les de Bretaña y España. El unjimiento real de Constantino, se tomó del Lacio en la última época del imperio. Constantino Manasses cita la de Carlo Magno como una ceremonia estranjera, judía é incomprensible. Véase Selden, Títulos de Honor, en sus obras, vol. III, part. I, p. 234-249.

(57) Véase Ejinhardo, in Vita Caroli Magni, c. I, p. 9, etc. c. III, p. 24. Quilderico fué depuesto—*jussu*, los Carlovinjios estaban establecidos—*auctoritate*, Pontificis Romani. Launoy, etc. pretenden que estas enérjicas palabras admiten interpretacion templada. Así sea; con todo, Ejinhardo conocia el mundo, la corte y el idioma latino.

(58) Para el dictado y potestad de un patricio de Roma, véase Ducange (Gloss. Latin., tom. V, p. 149-151), Pagi (Critica, A. 740, N.° 6-11), Muratori (Annali d'Italia; tom. VI, p. 308-329) y San Marcos (Abrégé Chronologique d'Italie, tom. I, p. 379-382). De estos el franciscano Pagi es el mas propenso á hacer del patricio un teniente de la Iglesia mas bien que del imperio.

(59) Los adictos papales pueden suavizar el significado simbólico de la bandera y las llaves, pero el estilo de ad *regnum* dimisimus, ó direximus (Codex Carolin. epíst. I, tom. III, pars II, p. 76), parece que no dan cabida á ningun atemperante. En el manuscrito de la librería de Viena, se lee, en vez de *regnum*, *rogum*, oracion ó plegaria (véase Ducange); y el reinado de Cárlos Martel queda anulado por esta enmienda trascendental (Catalani, en sus Prólogos Críticos Annali d'Italia, t. XVII, p. 95-99).

(60) En la narracion auténtica de este recibimiento el Liber Pontificalis dice—obviam illi ejus sanctitas dirigens venerabiles cruces, id est signa; sicut mos est ad exarchum, aut patricium suscipiendum, eum cum ingenti honore, suscipi fecit (tom. III, pars I, p. 185).

(61) Pablo el Diácono, que escribió antes del imperio de Carlo Magno, describe á Roma como su súbdita—vestræ civitates (ad Pompeium Festum), suis addidit sceptris (de Metensis Ecclesiæ Episcopis). Algunas medallas carlovinjias, acuñadas en Roma, han empeñado á Le Blanc á escribir una trabajosa disertacion, aunque parcial, sobre su autoridad en Roma, tanto como patricios y emperadores (Amsterdan, 1692, en 4.°).

(62) Mosheim (Institution, Hist. Eccles., p. 263) avalua esta donacion con atinada cordura. Nunca se ha exhibido el hecho orijinal; pero el Liber Pontificalis representa (p. 171) y el Codex Carolinus supone, esta dádiva grandiosa. Ambos recuerdos contemporáneos; y el último es el mas auténtico, puesto que se ha conservado, no en la librería papal, sino en la imperial.

(63) Entre las exorbitantes reclamaciones y las cortas concesiones, de interés y preocupacion, de que ni aun Muratori (Antiquitat., tom. I, p. 63-68) está exento me ha guiado, á los linderos del Exarcado y Pentápolis, la Dissertatio chorographica Italiæ Medii Ævi, tom. X, pájina 160-180.

(64) Spoletini deprecati sunt, ut eos in servitio B. Petri reciperet, et more Romanorum tonsurari faceret (Anastasio, p. 185). Con todo, cabe un punto de discusion, sobre si entregaron sus personas ó su país.

(65) La policía y donaciones de Carlo Magno están esmeradamente desentrañadas por San Marc (Compendio, tom. I, p. 390-408), quienes tudió bien el Codex Carolinus. Creo, como él, que eran únicamente verbales. El acta mas antigua de donacion que se dice existir, es la del emperador Luís el Piadoso (Sigonio, de Regno Italiæ, l. IV. Opera, tom. II, p. 267-270). Su autenticidad, ó al menos su integridad, se ha controvertido con ahinco. (Pagi, A. 817, N.º 7, etc. Muratori, Annali, tom. VI, p. 432, etc. Dissertat. chorographica, p. 34, 35); pero no veo objeccion alguna regular para que estos príncipes no dispusiesen libremente de lo que no les pertenecia.

(66) Carlo Magno solicitó y obtuvo del propietario Adriano I, los mosáicos del palacio de Ravena, para adornar á Aquisgran (Cod. Carolin. epíst. 67, p. 223).

(67) Los papas se quejan á menudo de las usurpaciones de Leon de Ravena (Codex Carolin. epíst. 51, 52, 53, p. 200-205). Si corpus St. Andreæ fratris germani St. Petri hic humasset, nequaquam nos Romani pontifices sic subjugassent (Agnelo, Liber Pontificalis, in Scriptores Rerum Ital. tom. II, pars I, p. 107).

(68) Piissimo Constantino magno, per ejus largitatem S. R. Ecclesia elevata et exaltata est, et potestatem in his Hesperiæ partibus largiri dignatus est.... Quia ecce novus Constantinus, his temporibus, etc. (Codex Carolin. epist. 49, in tom. III, part. II, p. 195). Pagi (Crítica, A. 324, N.º 16) los atribuye á un impostor del siglo VIII, que tomó el nombre de San Isidoro: su humilde dictado de *Peccator* fué por ignorancia, aunque adecuadamente, trocado en *Mercator*; con efecto su mercancia era de provecho, porque unas cuantas hojas de papel, le valieron muchas riquezas y poderío.

(69) Fabricio (Bibliot. Græc. tom. VI, p. 4-7) enumeró las varias ediciones de esta Acta, en griego y en latin. La copia que Lorenzo Valla cita y refuta, parece haberse tomado bien de las espúreas Actas de San Silvestre, ó del Decreto de Graciano, al cual, segun él y otros, ha sido agregado subrepticiamente.

(70) En el año 1059, se creia (¿creíanlo?) por el papa Leon IX, el cardenal Pedro Damian etc. Muratori coloca (Annali d'Italia, tom. IX, p. 23, 24) las donaciones supuestas de Luís el Piadoso, el Otos, etc. de Donatione Constanti. Véase una disertacion de Natalio Alejandro, seculum IV, diss. 25, p. 335-350.

(71) Véase una estensa relacion de la controversia (A. 1105), que se suscitó; de un proceso privado, en el Chronicon Farsense (Script. Rerum Italicarum, tom, II, pars II, p. 637, etc.), un copioso estracto de los archivos de la abadía benedictina. Al principio estaban visibles para los curiosos estranjeros (Le Blanc y Mabillon), y hubieran enriquecido el primer volúmen de la Historia Monastica Italiæ de Quirini. Pero hoy en dia están encerrados (Muratori Scriptores R. I. tom. II, pars II, p. 269) por la apocada administracion de la corte de Roma; y el futuro cardenal atendia á la voz de la autoridad, y á los dictámenes de la ambicion (Quirini, Comment. pars II, p. 123-136).

(72) He leido en la coleccion de Escardio (de Potestate Imperiali Eclesiástica, p. 734-780) este brioso razonamiento, compuesto por el autor, A. 1440, seis años despues de la fuga del papa Eujenio IV. Es un libelo incendiario: Valla sincera y acalora la revolucion de los Romanos, y aun aprueba el uso del puñal contra su tirano sacerdote. Semejante crítica debia temerse la persecucion del clero; con todo, hizo la paz, y se halla enterrado en el Laterano (Bayle, Dictionnaire Crítique, VALLA; Vosio, de Historicis Latinis, p. 580).

(73) Véase Guicciardini, un asalariado de los papas, en aquella larga y apreciable digresion, que se ha colocado en su lugar, en la última edicion, publicada con arreglo al manuscrito del autor, é impresa en cuatro volúmenes en cuarto, bajo el nombre de Friburgo, 1775 (Istoria d'Italia, tom. I, p. 385-395).

(74) El paladin Astolfo, lo halló en la luna, entre las cosas que se habian perdido en la tierra (Orlando Furioso, XXXIV, 80).

Di vari fiore ad un grand monte passa,
Ch'ebbe già buono odor, or puzza forte:
Questo era il dono (se pero dir lece)
Che Costantino al buon Silvestro fece.

Sin embargo este incomparable poema fué aprobado por una bula de Leon X.

(75) Véase Baronio A. 324, N.º 117-123. A. 1191, N.º 51, etc. El cardenal intentó persuadir que Roma fué ofrecida por Constantino, y *rehusada* por Silvestre. El acta de donacion la considera, con bastante estrañeza, como un embuste de los Griegos.

(76) Baronías n' en dit guère contre, encore en a-t-il trop dit, et l'on vouloit sans moi *(Cardinal du Perron)*, qui l' empêchai, censurer cette partie de son histoire. J'en devisai un jour avec le Pape, et il ne me répondit autre chose « che volete? ¿ Canonici la tengono, » il le disait *en riant* (Perroniana, p. 77).

(77) La historia de las imájenes que nos queda, de Irene á Teodora, está recopilada, para los católicos, por Baronio y Pagi (A. 780-840), Natal. Alejandro (Hist. N. T. seculum VIII. Panoplia adversus Hœreticos, p. 118-178) y Dupin (Bibliot. Ecclés., tom. VI, p. 136-154); para los protestantes, por Spanheim (Hist. Imag. p. 305-639), Basnage (Hist. de l'Église tom. I, p. 556-572, tom. II, p. 1362-1385), y Mosheim (Institut. Hist. Eccles. secul. VIII, y IX). Los protestantes, escepto Mosheim, están mal hallados con la controversia; pero los católicos, escepto Dupin, están enardecidos por la furia y la superstición de losfr ailes; y hasta Le Beau (Hist. du Bas-Empire), un caballero y escolástico, se halla contajado con tan odiosa epidemia.

(78) Véanse las Actas, en griego y latin, del segundo concilio de Nicea, con una porcion relativa de documentos, en el volúmen VIII de los concilios, p. 645-1600. Una fiel version, con algunas notas críticas, que á ciertos lectores moveria á risa, y á otros á llanto.

(79) Los legados del papa eran mensajeros casuales, dos sacerdotes sin ninguna comision especial, y que á su regreso perdian la calidad de tales. Los Católicos persuadieron á algunos frailes vagabundos, á que representasen á los patriarcas orientales. Esta curiosa anécdota la revela Teodoro Estudites (epíst. 1, 38, in Sirmond. Opp., tom. V, p. 1319), uno de los mas acérrimos Iconoclastas de la época.

(80) Συμφέρει δὲ σοι μὴ καταλίπειν ἐν τῇ πόλει ταύτῃ πορνείον εἰς ὁ μή εἰσέλθῃς, ἢ ἵνα ἀρνήσῃ τὸ προσκύνειν τὸν κύριον ἡμῶν καὶ θεὸν Ἰήσοῦν Χριστὸν μετὰ τῆς ἰδίας αὐτοῦ μήτρος ἐν εἴκονι. Estas visitas no podian ser inocentes, puesto que el Δαίμων πορνείας (el demonio de la lujuria) ἐπολεμεῖ δὲ αὐτὸν... ἐν μίᾳ οὖν ὡς ἐπέκειτο αὐτῶι σφόδρα, Actio IV, p. 901. Actio V, p. 1031.

(81) Véase una relacion de esta controversia en el Alejo de Ana Comnena (l. V, p. 129) y Mosheim (Institut. Hist. Eccles., p. 371, 372).

(82) El Libri Carolini (Spanheim, p. 443-529) compuesto en el palacio ó cuarteles de invierno de Carlo Magno, en Worms, A 790; y enviado por Enjeberto al papa Adriano I, quien le contestó con una grandiset verbosa epístola (Concil., tom. VIII, p. 1553). Los Carolinos proponen 120 objecciones contra el sínodo niceno, y palabra como las siguientes son los floreos de su retórica dementiam.... priscæ Gentilitatis obsoletum errorem..... argumenta insanissima et absurdissima.... derisione dignas nænias, etc. etc.

(83) Las asambleas de Carlo Magno eran políticas, así como eclesiásticas; y los trescientos miembros (Nat. Alejandro, sec. VIII, p. 53) que tomaron asiento y votaron en Francfort, debian componerse, no solo de obispos, sino de abades, y hasta de los principales seglares.

(84) Qui supra sanctissima patres nostri (episcopi et sacerdotes) *omnimodis* servitium et adorationem imaginum renuentes, contempserunt, atque consentientes condemnaverunt (Concil. tom. IX, p. 101. Canon II Franckfurd). Una contienda debe estar muy enfurecida para no compadecerse de los esfuerzos de Baronio, Pagi, Alejandro, Maimburgo, etc. para descartar esta desgraciada sentencia.

(85) Teófanes (p. 343) especifica los de Sicilia y Calabria, que rendian una renta anual de tres talentos y medio de oro (quizá 35.000 duros). Luitprando enumera pomposamente los patrimonios de la Iglesia Romana en Grecia, Judea, Persia, Mesopotamia, Babilonia, Ejipto y Libia, que fueron injustamente retenidos por el emperador griego (Legat. ad Nicephorum, in Scrip. Rerum Italicarum, tom. II, pars I, p. 481).

(86) La gran diócesis del Ilírico Oriental, con Apuleya, Calabria y Sicilia (Tomasin, Discipline de l'Église, tom. I, p. 145), por confesion de los Griegos, el patriarca de Constantinopla habia separado de Roma las metrópolis de Tesalónica, Aténas, Corinto, Nicopolis y Patre (Luc. Holsten. Geograph. Sacra, p. 22): y sus conquistas espirituales se estendian á Nápoles y Amalfi (Giannone, Istoria Civile di Napoli, tom. I, p. 517-524. Pagi, A. 730. N.º 11).

(87) In hoc ostenditur, quia ex uno capítulo ab errore reversis, in aliis duobus, in *eodem* (¿era lo mismo?) permaneant errore.... de diocesi S. R. E., seu de patrimoniis iterum increpantes commonemus, ut si ea restituere noluerit hereticum eum pro in hujusmodi errore perseverantia decernemus (Epist. Adrian. Papæ ad Carolum Magnum, in Concil., tom. VIII, p. 1598); á lo cual añade una razon, que es enteramente opuesta á su conducta, á saber, que preferia la salvacion de las almas y la regla de la fé, á todos los bienes transitorios de este mundo.

(88) Fontanini considera á los emperadores nada mas que como abogados de la Iglesia (advocatus et defensor S. R. E. Véase Ducange, Gloss. Lat., tom. I, p. 297). Su antagonista Muratori reduce á los papas á exarcas del emperador. En el modo de ver mas equitativo de Mosheim (Institut. Hist. Ecclés., p. 265, 266), tenian á Roma bajo el imperio, como la clase mas honrosa de feudo ó beneficio; premuntur nocte caliginosa!

(89) Sus méritos y esperanzas se hallan reasumidos en un epitafio de treinta y ocho versos, del que Carlo Magno se declara ser su autor (Concil., tom. VIII, p. 520).

Post patrem lacrymans Carolus hæc carmina scripsi.
Tu mihi dulcis amor, te modo plango, pater....
Nomina jungo simul titulis, clarisime, nostra
Adrianus, Carolus, rex ego, tuque pater.

La poesía puede suplirse por Alcuin; pero las lágrimas, el tributo mas glorioso, pertenecen únicamente á Carlo Magno.

(90) A cada nuevo papa se le admonesta—« Sancte Pater, non videbis annos Petri, » veinte y cinco años En todas las séries el cálculo resultante es sobre ocho años—corta esperanza para un cardenal ambicioso.

(91) La seguridad de Anastasio (tom. III, pars I, p. 197, 198) está sostenida por la credulidad de algunos analistas franceses; pero Ejinhardo y otros escritores franceses de la misma época, son mas naturales y sinceros. « Unus ei oculus paullulum est læsus, » dice Juan el diácono de Nápoles (Vit. Episcop. Napol. in Scriptores Muratori, tom. I, pars II, p. 312). Teodolfo; un obispo contemporáneo de Orleans, dice con prudencia (l. III, carm. 3).

Reddita sunt? mirum est: mirum est auferre nequisse.
Est tamen in dubio, hinc mirer an inde magis.

(92) Dos veces, á peticion de Adriano y Leon, se presentó en Roma —longâ tunicâ et chlamyde amictus, et calceamentis quoque Romano more formatis. Ejinhardo (c. XXIII, p, 109-113) describe, como Suetonio, la sencillez de su traje, tan popular en la nacion, que cuando Cárlos el Calvo regresó á Francia vestido á la estranjera, los perros patriotas ladraban al apóstata. (Gaillard Vie de Charlemagne, tom. IV, pájina 109).

(93) Véase Anastasio (p. 199) y Ejinhardo (c. XXVIII, p. 124-128). El unjimiento lo menciona Teófanes (p. 399), el juramento Sigonio (del Ordo Romanus), y la adoracion del papa, more antiquorum principum, por los Anales Bertinianos (Script. Murator.. tom. II, pars II p. 505).

(94) Este gran acontecimiento de la traslacion ó restauracion del imperio está referido y ventilado por Natal Alexander (secul. IX, disert. I, p. 390-397), Pagi (tom. III, p. 418), Muratori (Annali d'Italia, tom. IV, p. 339-352), Sigonio (de Regno Italiæ, l. IV, Opp. tom. II, p. 227-251), Spanheim (de ficta Translatione Imperii) Giannone (tom. I, p. 395-405), San Marc (Abrégé Chronologique, tom. I, p. 438-450), Gaillard (Hist. de Charlemagne, tom. II, p. 386-446). Casi todos estos escritores modernos tienen algun fin relijioso ú nacional.

(95) Por Mably (Observation sur l'Histoire de France), Voltaire (Histoire génerale) Robertson (History of Charles V), y Montesquieu (Es-

prit des Lois, l. XXXI, c. 18). En el año 1782, M. Gaillard publicó su Histoire de Charlemagne (en 4 vols. en 12.º), de la que me he valido desahogadamente y con provecho. El autor es hombre de juicio y humano y su obra está desempeñada con tino y elegancia. Pero he desentrañado tambien los monumentos orijinales de los reinados de Pepino y Carlomagno, en el volúmen 5.º de los Historiadores de Francia.

(96) La vision de Weltin, compuesta por un fraile, once años antes de la muerte de Carlo Magno, lo representa en el purgatorio, con un buitre, que ahincadamente le está devorando su miembro criminal, en tanto que el resto de su cuerpo, emblema de sus virtudes, se conserva ileso (véase á Gaillard, tom. II, p. 317-360).

(97) El casamiento de Ejinhardo con Ima, hija de Carlo Magno, queda, á mi modo de ver, harto refutado por el *probrum* y *suspicio* que empañaba el honor de estas hermosas jóvenes, sin esceptuar su propia mujer (c. XIX, p. 98-100 cum Notis Schmincke). El marido debe haber sido en estremo robusto, para el historiador.

(g) Esta imputacion de incesto, como observa muy atinadamente M. Hallam, « parece provenir de torpe interpretacion de un paso de Ejinhardo. » Hallam's Middle Ages, vol. I, p. 16.—M.

(98) Además de los asesinatos y trasmigraciones, se imponia la pena de muerte por los crímenes siguientes: 1. El negarse el bautismo. 2. La equivocada creencia del bautismo. 3. El reincidir en idolatría. 4. El asesinato de un sacerdote ú obispo. 5. Los sacrificios humanos. 6. El comer carne en cuaresma. Pero todos los crímenes podian expiarse por medio del bautismo ó la penitencia (Gaillard, tom. II, p. 241-247); y los Sajones cristianos, vinieron á ser los amigos é iguales de los Francos (Struv. Corpus Hist. Germanicæ, p. 133).

(h) M. Guizot (Cours d'Histoire, p. 270, 273) ha formado el siguiente estado de las campañas de Carlo Magno:—

1	contra	los Aquitanios.
18	—	los Sajones.
5	—	los Lombardos.
7	—	los Árabes en España.
1	—	los Turinjios.
4	—	los Ávaros
2	—	los Bretones.
1	—	los Bávaros.
4	—	los Eslavos mas allá del Elba.
5	—	los Sarracenos en Italia.
3	—	los Daneses.
2	—	los Griegos.
53	total.—M.	

(99) En esta accion fué muerto el célebre Rutland, Rolando, Orlando—cum compluribus aliis. Véase la verdad en Ejinhardo (c. 9, p. 51-56), y el cuento en un injenioso suplemento de Gaillard (tom. III, p. 474) Los Españoles blasonan de una victoria, que la historia atribuye á los Gascones, y una novela á los Sarracenos (*).

(100) Con todo, Schmidt, apoyándose en las mejores autoridades, representa los desórdenes interiores y la opresion de su reinado (Hist. des Allemands, tom. II, p. 45-49).

(101) Omnis homo ex sua propietate legitimam decimam ad ecclesiam conferat. Experimento enim didicimus in anno, quo illa valida fames irrepsit, ebullire vacuas annonas a dæmonibus devoratas, et voces exprobationis auditas. Tal es el decreto y aserto del gran concilio de Francfort (canon. XXV, tom. IX, p. 105). Tanto Selden (Hist. of Tithes; Works vol. III, part. II, p. 1146) como Montesquieu (Esprit des Lois, l. XXXI, c. 12) representan á Carlo Magno como el primer autor *legal* de los diezmos. Estos son los gratos recuerdos que ha dejado á los campesinos.

(102) Ejinhardo (c. 25, p. 119) afirma claramente, tentabat et scribere... sed parum prospere successit labor præposterus et sero inchoatus. Los modernos han pervertido y variado esta significacion obvia, y el título de la Disertacion de M. Gaillard (tom. III, p. 247-260) descubre su parcialidad (**).

(103) Véase á Gaillard, tom. III, p. 138-176, y á Schmidt, tom. II, p. 121-129.

(104) M. Gaillard (tom. II, p. 372) fija la verdadera estatura de Carlo Magno (véase una Dissertation of Marquatd Freher ad calcem Eginhart p. 220, etc.) en cinco pies nueve pulgadas francesas, sobre seis pies y una pulgada y cuarto, medida inglesa. Los novelistas la han aumentado hasta ocho pies, y el jigante estaba dotado de una pujanza y apetito incomparables; de un solo tajo de su buena espada, *Joyeuse*, dividia á un jinete y su caballo, y en una sola comida se engullia un ganso, dos patos y un cuarto de carnero, etc.

(105) Véase la obra concisa; pero esmerada y orijinal, de D'Anville (États formés en Europe après la chute de l'Empire Romain en Occident, París, 1771, en 4.º), cuyo mapa incluye el imperio de Carlo Magno; las diferentes partes están ilustradas, por Valerio (Notitia Galliarum) para Francia, Beretti (Dissertatio Chronographica) para Italia, De Marca (Marca Hispanica) para España. En cuanto á la jeografía media de Alemania, confieso que me vengo á quedar en ayunas.

(*) Verdaderamente se debe al arrojo de los Garsones, ayudados por los montañeses Vascos y problemente algunos Navarros. — M.

(**) Este punto se ha ventilado. — M.

(106) Tras una breve reseña de sus guerras y conquistas (Vit. Carol. c. 5-14), Ejinhardo en pocas palabras hace una recapitulacion (c. 15) de los países sujetos á su imperio. Estruvio (Corpus Hist. German, p. 118-149) insertó en sus notas el testo de las antiguas crónicas.

(107) De una escritura concedida al monasterio de Alaon (A. 845) por Cárlos el Calvo, se comprueba esta prerogativa real. Dudo si los hechos subsiguientes de los siglos nono y décimo son tan sólidos; no obstante todo se halla aprobado y defendido por M. Gaillard (tom. II, p. 60 -81, 203-206), quien asegura, que la familia de Montesquieu (no la del presidente Montesquieu) desciende, por línea femenina, del Clotario y Clodoveo—pretension inocente.

(108) Los gobernadores ó condes de la Marca española, se sublevaron contra Cárlos el Sandio por el año 900; y una pobre pitanza, el Rosellon, fue recobrado en 1642 por los reyes de Francia (Longuerue, Description de la France, tom. I, p. 220-222). Con todo, el Rosellon cuenta 188.900 súbditos, y paga anualmente 2.600.000 libras (Necker, Administration des Finances, tom. I, p. 278, 279) quizá mas habitantes, sin duda alguna mas productiva que la marca de Carlo Magno.

(109) Schmidt, Hist. des Allemands, tom. II. p. 200, etc.

(110) Véase Giannone, tom. I, p. 374, 375, y los Anales de Muratori.

(111) Quot prælia in eo gesta! quantum sanguinis effusum sit! Testatur vacua omni habitatione Pannonia, et locus in quo regia Cagani fuit ita desertus, ut ne vestigium quidem humanæ habitationis appareat. Tota in hoc bello Hunnorum nobilitas periit, tota gloria decidit, omnis pecunia et congesti ex lungo tempore thesauri, direpti sunt. Eginhard, CXIII.

(112) La union del Rin y el Danubio, se emprendió únicamente para el servicio de la guerra panonia (Gaillard, Vie de Charlemagne, tom. II, p. 312-315). El canal, que no hubiera tenido mas que dos leguas de largo, y del que aun se conservan algunas señales en Suabia, fué interrumpido por las lluvias escesivas, los desvios militares y los terrores supersticiosos (Schæpflin, Hist. de l'Académie des Inscriptions, t. XVIII, p. 256. Molincina fluviorum, et jungendorum, p. 59-62).

(i) Dudo esto en tiempo de Carlo Magno, y hasta si el término «espendido» estaba sustituido por gastado. »—M.

(113) Véanse Ejinhardo, c. 16 y Gaillard, tom. II, p. 361-385, quienes mencionan, en una referencia suelta, la correspondencia de Carlo Magno y Ejberto, la dádiva que le hizo de su propia espada y la contestacion modesta de su discípulo sajon. La anécdota, si fuese cierta, hubiera adornado nuestras historias inglesas.

(114) La correspondencia solo se halla mencionada en los anales franceses, y los Orientales ignoran la amistad del califa con el *perro cristiano* —denominacion muy cortés, que Harun aplica al emperador de los Griegos.

(j) ¿Tenia el derecho de elejir? M. Guizot describe elocuentemente la posicion de Carlo Magno con respecto á los Sajones. Il y fit face par la conquête; la guerre défensive prit la forme offensive ; il transporta la lutte sur le territoire des peuples qui voulaient envahir le sien, il travailla à asservir les races étrangères et à extirper les croyances ennemies. De là son mode de gouvernement et la fondation de son empire : la guerre offensive et la conquête voilaient cette vaste et redontable unité. Compárense las observaciones en el Quaterly Review, vol. XLVIII, y la Vida de Carlo Magno por Jaime.—M.

(115) Gaillard, tom. II, p. 361-365, 471-476, 492. He tomado sus juiciosas observaciones sobre el plan de conquista de Carlo Magno, y la distincion que hacia de sus enemigos, del primero y segundo reducto (tom. II, p. 184, 509, etc.).

(116) Thegan, el biógrafo de Liuva, refiere esta coronacion; y Baronio la copia fielmente (A. 813, N.º 13, etc. Véase Gaillard, tom. II, p. 506, 507, 508), aunque en oposicion con las pretensiones de los papas. Sobre la serie de los Carlovinjios, véanse los historiadores de Francia, Italia y Alemania; Pfeffel, Schmidt, Velly, Muratori, y aun Voltaire, cuyas descripciones son á veces puntuales y siempre agradables.

(117) Era el hijo de Oton, el de Ludolfo, para quien se instituyó el ducado de Sajonia, A. 858. Rutjero, el biógrafo de San Bruno (Bibliot. Bunavianæ Catalog. tom. III, vol. II, p. 679) hace una hermosa pintura de su familia. Atavorum atavi usque ad hominum memoriam omnes nobilissimi; nullus in eorum stirpe ignotus, nullus degener facilè reperitur (apud Struvium, Corp. Hist. German. p 216). Con todo Gundlingo (en Henrico Aucupe) no está satisfecho en descender de Witikindo.

(118) Véase el tratado de Corinjio (de Finibus Imperii Germanici, Francofurt, 1680, en 4.º): desecha, como impropia y estravagante, la escala de los imperios romano y carlovinjio, y ventila con moderacion los derechos de Jermanio, sus vasallos y vecinos.

(119) El impulso de la costumbre me obliga á nombrar á Conrado I y á Henrique I el Pajarero, en la lista de los emperadores, dictado que nunca se dió á los reyes de la Jermania. Los Italianos, Muratori por ejemplo, son mas escrupulosos y apuradores, y solo cuentan á los príncipes que han sido coronados en Roma.

(120) Invidiam tamen suscepti nominis (C. P. imperatoribus super

hoc indignantibus) magna tulit patientia, vicitque eorum contumaciam... mittendo ad eos crebras legationes, et in epistolis fratres eos appellando. Ejinhardo, c. 28, p. 128. Quizá por ellos mismos, como Augusto, manifestó alguna repugnancia, en hacerse cargo del imperio.

(121) Teófanes habla de la coronacion y unjimiento de Cárlos Καρουλλος Chronograph., p. 399) y de sus pactos de casamiento con Irene (p. 402), lo que es desconocido á los Latinos. Gaillard refiere sus transacciones con el imperio griego (tom. II, p. 446-468).

(122) Gaillard observa muy atinadamente, que este espectáculo era una farsa propia únicamente de muchachillos; pero que en efecto se representaba en presencia, y en beneficio, de niños ya talludos.

(123) Compárese, en los testos orijinales recopilados por Pagi (t. III, A. 812, N.° 7, A. 824 N.° 10, etc.) la contraposicion de Carlo Magno y su hijo: al primero los embajadores de Miguel (á quienes en verdad se desatendió) more suo, id est, linguâ Græcâ, laudes dixerunt, imperatorem eum et Βασιλεα appellantes; al segundo, *Vocato* imperatore *Francorum*, etc.

(124) Véase la epístola, en Paralipomena, del escritor anónimo de Salerno (Script. Ital. tom. II, pars II, p. 243-254, c. 93-107) á quien Baronio (A. 871. N.° 51-71) tuvo por Eschempert, cuando lo trascribió en sus Anales.

(125) Ipse enim vos, non *imperatorem*, id est Βασιλεα suâ linguâ, sed ob indignationem Ρῆγα, id est *regem* nostrâ vocabat (Luitprand, in Legat. in Script. Ital. tom. II, pars I, p. 479). El papa exohortó á Nicéforo emperador de los Griegos, á formar alianza con Oton, el augusto emperador de los *Romanos*— quæ inscriptio secundúm Græcos, peccatoria et temeraria..... imperatorem inquiunt, *universalem*, *Romanorum*, *Augustum*, *magnum*, *solum*, Nicephorum (p 486).

(126) El oríjen y progresos del dictado de cardenal puede hallarse en Tomasin (Discipline de l'Église, tom. I, p. 1261-1298), Muratori (Antiquitat. Italiæ Medii Ævi, tom. VI, Disssert LXI, p. 159-182) y Mosheim (Institut. Hist. Eccles. p. 345-347), quienes siguen por puntos las formas y variaciones de la eleccion. Los obispos cardenales, tan ensalzados por Pedro Damian, han descendido al nivel del resto del sagrado colejio.

(127) Firmiter jurantes, nunquam se papam electuros aut ordinaturos, præter consensum et electionem Othonis et filii sui (Luitprand, l. VI, c. 6. p. 472). Esta concesion importante, puede muy bien suplir ó confirmar el decreto del clero y pueblo de Roma, tan á las claras desechado por Baronio, Pagi y Muratori (A. 964) y tan bien defendido y esplicado por Saint Marc (Abrégé, tom. II, p. 808-816, tom. IV, p. 1167-1185).

Sobre la eleccion y confirmacion de cada papa, consúltese la crítica histórica, y los Anales de Muratori.

(128) La opresion y vicios de la Iglesia Romana en el siglo décimo están retratados al vivo en la historia y legacion de Luitprando (véanse pájina 440, 450, 471-476, 479, etc.); y es bastante estraño el ver á Muratori suavizando las invectivas de Baronio contra los papas. Pero estos papas habian sido elejidos, no por los cardenales, sino por seglares.

(129) La época del papa Juan (*papissa Joanna* está colocada algun tiempo antes que Teodora ó Marozia; y los dos años de su reinado imajinario están cabalmente colocados entre Leon IV y Benedicto III. Pero el contemporáneo Anastasio une indisolublemente la muerte de Leon y la elevacion de Benedicto (illico, mox, p. 247); y la puntual cronolojía de Pagi, Muratori y Leibnitz, colocan ambos acontecimientos en el año 857.

(130) Los abogados del papa Juan presentan ciento y cincuenta testigos ó mas bien tradiciones de los siglos XIV, XV y XVI. Dan un testimonio en contra de sí mismo y de la leyenda, multiplicando la prueba de que un cuento tan interesante *debe* haber sido repetido por toda clase de escritores, á cuya noticia haya llegado. En los de los siglos noveno y décimo, un acontecimiento tan reciente, se hubiera publicado con mucha mas enerjía ¿No hubiera Fócio evitado semejante reconvencion? ¿Podia Luitprando haberse desentendido de este escándalo? No merece la pena de ventilar los varios escritos de Martin Polono, Sijeberto de Gemblurs, ni Mariano Escoto; pero aun es mas visible la superchería de introducir en algunos manuscritos del Romano Anastasio, el paso del papa Juan.

(131) Como *falso*, merece este nombre; pero no diré que sea increible. Supóngase á un célebre caballero francés de nuestros tiempos que hubiese nacido en Italia, y educado para la Iglesia, en vez de tomar la carrera de las armas: *su* mérito ó fortuna *podia* haberla elevado á la silla de San Pedro; sus amoríos hubieran sido muy naturales; su alumbramiento en las calles de mal agüero; pero no imposible.

(132) Hasta la reforma se referia este cuento y se le daba crédito; y la estátua de la papisa ocupó por mucho tiempo su puesto entre las de los papas, en la catedral de Siena (Pagi, Critiça, tom. III, p. 624-626). Ha sido anonadada por dos instruidos protestantes, Blondel y Bayle (Dictionaire Critique, Papessa, Polonus, Blondel); pero sus hermanos se escandalizaron con esta crítica justa y jenerosa. Spanheim y Lenfant se ensayaron en salvar esta débil palanca de controversia; y hasta Mosheim se aviene á abrigar algunas dudas y sospechas (p. 289).

(k) Juan XI era hijo de su marido Alberico, y no de su amante, el papa Serjio III, como Muratori trata de probar, Ann. ad ann. 911, tom. V, p. 268. Su nieto Octaviano, llamado Juan XII, fué papa; pe-

ro no se halla ningun bizniecto entre los papas sucesivos; ni nuestro historiador en su subsiguiente narracion, p. 170, parece no conocer ningun otro. Hobhouse, Illustrations of Childe Harold, p. 309. —M.

(133) Lateranense palatium . . . . . prostibulum meretricum . . . . . Testis omnum gentium, præterquam Romanorum, absentiâ mulierum, quæ sanctorum apostolorum limina orandi gratia timent visere, cum nonnullas ante dies paucos, hunc audierint conjugatas, viduas, virgines vi oppressisse (Luitprand., Hist., l. VI, c. 6. p. 471. Véase todo el asunto de Juan XII, p. 471-476).

(134) Una nueva prueba del mal que produce una equivocacion es el *beneficium* (Ducange, tom. I, p. 617, etc.) que el papa confirió al emperador Federico I, puesto que la palabra latina puede significar bien un derecho legal, un mero favor, ó una obligacion (necesitamos la voz *bienfait*). Véase Schmidt, Hist. des Allemands, tom. III, p. 393-408. Pfeffel, Abrégé chronologique, tom. I, p. 229, 296, 317, 324, 420, 430, 500, 505, 509, etc.

(135) Sobre la historia de los emperadores de Roma é Italia, véase á Sigonio, de Regno Italiæ, Opp. tom. II con las notas de Sajio, y los Anales de Muratori, quien puede apurar mejor los autores de su gran coleccion.

(136) Véase la Disertacion de Le Blanc al fin de su Tratado de Monedas de Francia, en el cual representa algunos cuños romanos de los emperadores franceses.

(137) Romanorum aliquando servi, scilicet Burgundiones, Romanis imperent? . . . Romanæ urbis dignitas ad tantam est stultitiam ducta, ut meretricum etiam imperio pareat? (Luitprand. l. III, c. 12, p. 450). Sigonio (l. VI, p. 400) afirma positivamente la renovacion del consulado; pero en los escritores antiguos á Alberico le dan por lo regular el dictado de princeps Romanorum.

(138) Ditmar, p. 354. apud Schmidt, tom. III, p. 439.

(139) Esta funcion sangrienta está descrita en versos leoninos en el panteon de Godofredo de Viterbo (Script. Ital. tom. VII, p. 436, 437), quien vivió hácia el fin del siglo XII (Fabricio, Bibliot. Latin. med. et infimi Ævi, tom. III, p. 69 edic. Mansi); pero este testimonio, á quien Sigonio dió crédito, es con fundamento sospechoso á Muratori (Annali, tom. VIII, p. 177).

(l) En la galería del marqués de Maffei habia una medalla con Imp. Cæs. August. P. P. Crescentius. De aquí deduce Hobhouse que se interesaba por el imperio. Hobhouse Illust. of Childe Harold, p. 252. —M.

(140) La coronacion del emperador y algunas ceremonias orijinales del siglo X, se conservan en el Panejírico Berengario (Script. Ital. tom. II

pars I, p. 405-414), ilustrado por las notas de Adriano Valesio y Leibnitz. Sigonio refirió toda la espedicion romana, en buen latin; pero con algunos yerros de fechas y hechos (l. VII, p. 441-446).

(141) En una disputa sobrevenida en la coronacion de Conrado II. Muratori se toma la libertad de decir: —doveano ben essere allora, indisciplinati, barbari, e *bestiali* i Tedeschi. Ann. tom. VIII, p. 368.

(142) Despues de hacerlos hervir para separar la carne. Los calderos para este intento eran un mueble indispensable de viaje; y un Aleman que lo usaba para su hermano, prometió á un amigo el dárselo cuando hubiese servido para él mismo (Schmidt, tom. III, p. 423, 424). El propio autor dice, que toda la línea sajona se estinguió en Italia (tom. II, p. 440).

(m) Compárese Sismondi, Histoire des Republiques Italiennes. Hallams Middle Ages. Raumer, Geschichte der Hohenstanffen. Savigny, Geschichte des Römisches Rechts, vol. III, p. 19, con los autores citados. —M.

(143) Oton, obispo de Frisinga, ha dejado un paso curioso sobre las ciudades de Italia (l. II, c. 13, in Script. Ital., tom. VI, p. 707-710); y el establecimiento, progresos y gobierno, de estas repúblicas, están perfectamente ilustrados por Muratori (Antiquitat. Ital. Medii Ævi, tomo IV, disert. XLV-LII, p. 1-675. Anal., tom. VIII, IX, X).

(144) Sobre estos títulos, véanse Selden (Tetles of Honour, vol. III, part. I, p. 488), Ducange (Gloss. Latin., tom. II, p. 140, tom. VI, p. 776) y Saint Marc (Abrégé chronologique, tom. II, p. 719).

(145) Los Lombardos inventaron el uso del *carocium*, un estandarte colocado en un carro tirado por bueyes (Ducange, tom. II, p. 194, 195. (Muratori, Antiquitat. tom. II, diss. XXVI, p. 489-493).

(146) Guntero Ligurino, l. VIII 584 et seg. apud Schmidt, tom. III, p. 399.

(147) Solus imperator faciem suam firmavit, ut petram (Burcard. de Excidio Mediolani, Script. Ital. tom. VI- p. 917). Este volúmen de Muratori contiene los orijinales de la historia de Federico I, que debe compararse, atendidas las circunstancias y preocupaciones de cada escritor, aleman ó lombardo.

(148) Para la historia de Federico II y la Casa de Suabia en Nápoles, véase Giannone, Istoria Civile, tom. II, l. XIV-XIX.

(149) En el inmenso laberinto del *jus publicum* de Jermania, ó bien debo citar á un solo escritor ó á miles; y creo mejor el entregarme á un guia fiel, que copiar una multitud de nombres y pasos. Este guia es M. Pfeffel, el autor de la mejor historia legal y constitucional de cualquier país, que haya llegado á mi noticia (Nouvel Abrégé Chronologique de

l'Histoire et du Droit Public d'Allemagne ; París, 1776, 2 vols. en 4.º). Su talento y criterio han deslindado los hechos mas interesantes; su sencilla concision los espresa en pocos renglones ; su órden cronolójico los va distribuyendo en sus verdaderas fechas ; y un esmerado índice los reune por materias. A esta obra, en un estado menos perfecto, debe estar muy agradecido el Dr. Robertson, por aquel cuadro majistral que delinea hasta los trueques modernos del cuerpo jermánico. El Corpus Historiæ Germanicæ de Estruvio se ha consultado tambien utilísimamente, como que aquella recopilacion está cada pájina apoyada en los textos orijinales.

(150) Con todo, *personalmente*, no puede considerarse á Cárlos IV, como Bárbaro. Tras su educacion en París, recobró el bohemio, que era su lengua nativa; y el emperador conversaba y escribia con igual facilidad en francés, latin, italiano y aleman (Estruvio, p. 615, 616). Petrarca siempre lo representa, como un príncipe político é instruido.

(151) Además de los historiadores alemanes é italianos, la espedicion de Cárlos IV se halla tambien retratado al vivo en las interesantes Mémoires sur la Vie de Pétrarque, tom. III, p. 376–430, por el abate de Sade, cuya prolijidad no ha sido nunca tachada por ningun lector intelijente.

(152) Véase toda la ceremonia en Estruvio, p. 629.

(153) La república de Europa, con el papa y el emperador á su cabeza, nunca se halló representada con mas dignidad que en el concilio de Constanza. Véase la historia de esta asamblea por Lenfant.

(154) Gravina, Origines Juris civilis, p. 108.

(155) Seis mil urnas se han descubierto de los esclavos y hombres libres de Augusto y Livia. Tan repartidas estaban las tareas, que un esclavo no tenia otro cargo mas que el de pesar la lana que hilaban las mujeres de la emperatríz, otro cuidaba de su perro faldero, etc. (Camere, Sepolchrale por Bianchini. Estracto de su obra, en la Bibliothèque, tom. IV, p. 175. Su Elojio, por Fontenelle, tom. VI, p. 356). Pero estos criados pertenecian todos á una misma clase, y probablemente no eran en mayor número, que los de Polion y Lentulo. Esto solo comprueba la riqueza jeneral de la ciudad.

CAPITULO L.

Descripcion de la Arabia y sus moradores. — Nacimiento, índole y doctrina de Mahometo. — Predica en la Meca. — Huye á Medina. — Propaga su relijion con la espada. — Rendimiento voluntario ú forzado de los Arabes. — Su muerte y sucesores. — Pretensiones y trances de Ali y sus descendientes.

Tras un alcance de mas de seiscientos años en pos de los Césares traspuestos á Constantinopla y á Jermania, tengo que apearme, en el reinado de Heraclio, á los confines orientales de la monarquía griega. Yacia exhausto el estado con la guerra de Persia, y atropellada la Iglesia con la sectas Nestoriana y Monofisita, cuando Mahometo, blandiendo la espada con la diestra y el Alcoran con la izquierda, encumbró allá su sólio sobre los escombros del Cristianismo de Roma. El numen del Profeta árabe, las costumbres de su nacion y su denuedo relijioso encabezan las causas del menoscabo y vuelco del imperio Oriental; y nuestra vista se clava intensamente sobre una de las revoluciones mas memorables que han acarreado nueva y duradera planta á las naciones del globo (1).

Allá por los ámbitos anchurosos entre la Persia, la Siria, el Ejipto y la Etiopía, puede la península (2) de Arabia conceptuarse como un triángulo irregular y grandioso. Desde la punta septentrional de Beles (3) sobre el Eufrates, se termina la línea de quinientas leguas, en los estrechos de Babelmandel y el territorio del incienso. Vendrá á caber como la mitad de esta dimension á su anchura de Levante á Poniente, desde Basora á Suez, y desde el golpe Pérsico hasta el mar Rojo (4). Se van luego ensanchando los costados del triángulo, y la base meridional ostenta un frente de mas de trescientas leguas al Océano Indio. La haz entera de la península sobrepuja cuatro veces á la de Alemania y Francia; pero su mayor parte queda tachada debidamente con los baldones de *pedregosa* y *arenosa*. Hasta los páramos de Tartaria se ostentan engalanados por la naturaleza con empinados árboles ó maleza lozana, y el viandante solitario logra ciertos asomos de recreo y sociedad con la presencia vividora de la vejetacion. Mas por los arenales pavorosos de la Arabia tan solo despuntan riscos agudos y aridísimos, y los flechazos directos é in-

tísimos de un sol de los trópicos está caldeando mas y mas, sin sombra ni resguardo, las llanadas del desierto. En vez de ambiente apacible y regalado, las ventiscas, con especialidad del sud oeste, van arremolinando un vapor nocivo y aun mortal; alzan luego alternativamente y desparraman cerros de arena comparables con las oleadas del Océano, y el torbellino ha llegado á sepultar no solo caravanas, sino ejércitos enteros. El recurso jeneral del agua suele ser objeto de anhelos y de contiendas, y es tan suma la escasez, ó carencia de la leña, que es forzoso acudir á varios arbitrios para contener ó avivar el elemento del fuego. Carece tambien la Arabia de rios navegables que tras de fertilizar el suelo trasportan sus productos á las próximas rejiones; la tierra, sedienta, se empapa en los torrentes que se despeñan de las sierras; las plantas escasas y despojadas, como el tamarindo y la acacia, que calan sus raices por las grietas de las breñas, se van alimentando con los rocíos de la noche; la menguada lluvia se va recojiendo en aljibes y acueductos: pozos y manantiales son los tesoros recónditos del desierto, y los peregrinos de la Meca (5), tras largas, áridas y angustiosas marchas, paladean desabridamente una agua salobre y azufrada. Tal viene á ser jeneralmente el conjunto de la Arabia; pues un bosquecillo sombrío, una corriente fresca y una pradera lozana, son suficientes para arraigar una colonia de Arabes, con el escarmiento de tantísimo desengaño que les realza sus escasos logros, en los venturosos apeaderos que proporcionan alimento y refrijerio á personas y ganados, y estimulan su industria para cultivar palmeras y viñedos. Allá las tierras altas y confinantes con el Océano Indio sobresalen con la abundancia colmada de arroyos y arbolados: es el ambiente mas templado, las frutas mas deliciosas, los hombres y demás vivientes en mayor número; la fertilidad del suelo está convidando con galardon precioso á los afanes del colono, y los dones particulares del incienso (6) y el café han ido atrayendo de siglo en siglo á los traficantes del Orbe. En cotejo de lo restante de la península, aquella rejion arrinconada desempeña verdaderamente su dictado de *dichosa*, y la contraposicion y la distancia han dado campo á cuantos galanos matices han podido fantasear á porfía las ficciones orientales. Para este paraíso terrenal habia reservado la naturaleza sus rasgos peregrinos y sus preciosidades incomparables: gozaban sus moradores la bienaventuranza incompatible de una lujosa inocencia; brotaba el cielo, el oro y las perlas (7), y mar y tierra estaban exhalando sobrehumanos y aromáticos perfumes. Este deslinde tan corriente, de *arenoso, pedregoso, y feliz* entre los Griegos y los Latinos jamás llegó á noticia de los mismos Arabes; y es harto de estrañar que un país cuyo idioma y moradores han sido siempre los mismos, conserve apenas un leve rastro de su jeografía antigua. Los distritos marítimos de *Bahrein* y *Oman* están encarados con el reino de Persia.

El reino de *Yemen* deslinda la situacion de la Arabia dichosa; abarca el nombre de Neguel el espacio interior, y el nacimiento de Mahometo esclareció la provincia de *Hejaz* por toda la costa del Mar Rojo (8).

Se suele justipreciar el grado de poblacion por los medios de subsistencia, y los individuos de una provincia fértil é industriosa sobrepujarán á los maradores de península tan dilatada. Por las playas del golfo Pérsico, del Océano y aun del Mar Rojo, los *Ictiófagos* (9), ó come-peces, seguian vagando en busca de su aventurado mantenimiento. En aquel estado primitivo y rastrero, en nada acreedor al nombre de social, el irracional humano, ajeno de artes y leyes, casi mudo é insensato, se deslinda á duras penas de los demás vivientes. Allá va corriendo el raudal de las jeneraciones y los siglos calladamente, y el desvalido montaraz no alcanza á multiplicar su casta por las carencias y los afanes que atajaron su existencia á las angostas playas de sus mares. Pero allá en la antigüedad mas honda, el grandioso cuerpo de los Arabes se habia encumbrado sobre aquel piélago de quebrantos; y por cuanto unos páramos desnudos no aprontaban mantenimiento para un pueblo todo cazador, asomaron repentinamente en la esfera mas sosegada y abundosa de la vida pastoril. Las tribus vagarosas del desierto están siguiendo invariablemente el mismo rumbo, y en retratando á los *Beduinos* del dia, rastrearémos el aspecto de sus antepasados (10), quienes en tiempo de Moisés y de Mahometo, vivian bajo tiendas muy parecidas, y pastoreaban sus caballos, camellos y ovejas por las mismas praderas y junto á los idénticos manantiales. El dominio de vivientes provechosos alivia nuestro afan y acrecienta nuestros haberes, y el ganadero Arabe se habia granjeado la posesion de un amigo leal y de un esclavo laborioso (11). Opinan los naturalistas que la patria lejítima del *caballo* es la Arabia, y su clima el mas apropiado, no para la corpulencia, pero sí para el denuedo y la velocidad de aquel animal jeneroso. Procede la escelencia de la casta berberisca, española é inglesa, de su mezcla con la sangre árabe (12); están siempre los Beduinos conservando, con escrupulosidad supersticiosa el linaje castizo; véndense los caballos á precio subido, mas por maravilla se desprenden de las hembras, y el nacimiento de una potranca fina se solemniza entre las tribus como asunto de regocijo y de mútuos parabienes. Críanse los potros por las tiendas entre los niños de los Arabes, con cierta familiaridad cariñosa que los va habituando á la mansedumbre y la querencia. No se les enseña mas que la andadura y el galope; jamás les embotan su sensibilidad nativa con los redobles del látigo ú de la espuela; reservan su pujanza para los trances de la huida ó del alcance, mas en tocándoles muy levemente con la mano ú el estribo, allá se disparan con el ímpetu del viento; y si el amigo viene al suelo con la rapidez violentísima de la carrera, se para de improviso hasta que ha recobrado su asiento. Don

precioso y sagrado es el *camello* por los arenales del Africa ó la Arabia. Aquel viviente, recio y sufrido para la carga, aguanta algunos dias sin comer ni beber, y allá conserva un depósito de agua fresca en un bolson ó quinto estómago del animal, cuyo cuerpo se halla estampado con las marcas de la servidumbre: la casta mas crecida lleva hasta el peso de cien libras; y el dromedario, de hechura mas lijera y traviesa, se aventajará en la carrera al alazan mas corredor que se atreva á competirle. El hombre aprovecha casi todas las partes del camello, tanto vivo como muerto: es su leche abundante y regalada: la carne jóven y fresca sabe á ternera (13): su orina deposita una sal apreciable; su boñiga sirve de leña, y con sus largas crines que se renuevan anualmente se labran toscamente ropas, muebles y tiendas los Beduinos. En la estacion lluviosa van consumiendo las yerbas escasas é insuficientes del desierto; en los ardores del estio y las estrecheces del invierno, acercan su campamento á las playas del mar, los cerros del Yemen ó la cercanía del Eufrates, y suelen á veces arrancar el permiso azaroso de asomarse á las orillas del Nilo y por las aldeas de la Siria y la Palestina. Vida peligrosa y angustiada es la de un Arabe vagaroso, y por mas que alguna vez con trueques y rapiñas se apropie los frutos de la industria, un particular de Europa está disfrutando con lujo mas sólido y halagüeño que el emir mas entonado, acaudillando por los campos diez mil jinetes.

Media una diferencia esencialísima entre las rancherías de la Escitia y las tribus Arabes, puesto que muchas de estas se avecindaban en pueblos y se dedicaban á los afanes del tráfico y la labranza. Dedicaban siempre parte del tiempo á la ganadería; alternaban en paz y en guerra con sus hermanos del desierto, y redundaba su trato para los Beduinos en provecho para acudir á sus urjencias y desbastarse con artes y conocimientos. Entre las cuarenta y dos ciudades de Arabia (14) que va reseñando Abulfeda, las mas antiguas y populosas estaban situadas en el Yemen *feliz*: las torres de Saana (15) y la alberca portentosa de Merab (16), fueron obra de los reyes de los Homeritas; mas aquella brillantez profana quedó eclipsada con el resplandor profético de Medina (17) y de la Meca (18), junto al Mar Rojo, y á distancia mutuamente de cerca de cien leguas. Noticia tuvieron los Griegos de la última bajo el nonbre de Macorabba, y la terminacion de la voz está espresando su grandiosidad, que sin embargo aun en su temporada mas floreciente no igualaba ni en ámbito ni en poblacion á Marsella. Algun motivo encubierto, y tal vez supersticioso, moveria á los fundadores para escojer situacion tan desengañada. Fueron levantando su caserío de adoves ó peñas en una llanura de mas de media legua de largo y la mitad en anchura: el solar es berroqueño, el agua, aun en el pozo sagrado de Zemzem, es amarga y salobre; los pastos caen lejanos de la ciudad, y las uvas se traen á veinte y cinco leguas de las huertas.

de Tayef: descollaban entre las tribus árabes la nombradía y el denuedo de los Koreishitas reinantes en la Meca; mas el terreno ingrato se negaba á los afanes de la agricultura; al paso que su paraje estaba brindando á las empresas comerciales. Mantenian por el puerto marítimo de Jeda, distante tan solas doce leguas, correspondencia muy obvia con la Abisinia, y aquel reino cristiano fué el primer refugio de los discípulos de Mahometo. Se trasladaban los tesoros de Africa, por la península de Gerrha ó Katif, en la provincia de Bahrein, ciudad edificada, segun se cuenta, con peñascos de Salina, por los Caldeos desterrados (19), de donde con las perlas propias del Golfo Pérsico se iban transportando en almadías hasta la desembocadura del Eufrates. Está situada la Meca á la distancia igual del viaje de un mes entre el Yemen á la derecha, y de la Siria por la izquierda. Aquel era el invernadero y esta la morada del estío para las caravanas; y su llegada oportuna libertaba á los bajeles de la India de su navegacion afanada y angustiosa del Mar Rojo. Cargaban los camellos de los Koreishitas en los mercados de Saana y Merab, y en las kabilas de Oman y Aden, con aromas preciosos; feriaban en Bostra y Damasco un surtido de trigo y manufacturas; el tráfico ganancioso derramaba abundancia y riqueza por las calles de la Meca, y su vecindario selecto hermanaba el amor á las armas con la profesion del comercio (20).

Naturales y estraños han estado descastando la independencia perpetua de los Arabes, y las arterías de los disputadores convierten tan estraña particularidad en profecía y milagro á favor de la posteridad de Ismael (21); pero median escepciones terminantes que desairan é inutilizan tales raciocinios: Abisinios, Persas, sultanes de Ejipto (22) y Turcos (23) han ido sucesivamente avasallando el reino de Yemen; algun tirano Escita ha doblegado repetidamente las ciudades de la Meca y Medina, y la provincia Romana de la Arabia (24) abarcaba las idénticas malezas donde Ismael y sus hijos debieron alzar sus tiendas á la vista de sus hermanos. Mas son las escepeciones locales é insubsistentes, pues la nacion en globo ha sorteado el yugo de los monarcas mas poderosos; nunca las armas de Sesotris, de Ciro, de Pompeyo ú de Trajano alcanzaron á redondear la conquista de la Arabia, el soberano actual de los Turcos (25) podrá ejercer asomos de jurisdiccion, mas todo su engreimiento tiene que allanarse á solicitar la amistad de un pueblo azaroso para provocado, é inasequible para embestido. Obvias aparecen las causas de su independencia con la índole y el país de los Arabes. Ya muchos años antes de Mahometo (26) habia su denuedo escarmentado á los vecinos en guerras ofensivas y defensivas. El ejercicio sistemático de la vida pastoril habilita desde luego para la profesion activa y sufrida de la milicia. Rebaños y camellos quedan á cargo de las hembras de la tribu, pero la gallarda juventud, abanderada con el emir, anda siempre cabalgando y monteando para amaes-

trarse en el manejo del arco, del venablo y de la cimitarra. El recuerdo allá recóndito de su independencia es la prenda eficacísima de su perpetuidad, y la jeneracion entrante se enardece mas y mas por comprobar y mantener su herencia. Suspéndense sus enconillos caseros al asomo del enemigo comun, y en sus últimas hostilidades contra los Turcos, la caravana de la Meca fué embestida y saqueada por ochenta mil confederados. En sus avances á la pelea están viendo al frente la victoria, y su salvamento, en un quebranto, á retaguardia. Sus caballos y camellos, que en diez dias ejecutan una marcha de ciento y cuarenta ó ciento y sesenta leguas, desaparecen de la vista del vencedor; la aguada encubierta del desierto burla su alcance, y sus tropas triunfadoras fenecen de sed, hambre y cansancio, persiguiendo á un enemigo invisible, que escarnece sus ahincos, y allá se adormece á su salvo en el centro de una soledad abrasadora. Las armas y el desierto de los Beduinos son además de la salvaguardia de su independencia, el antemural de la Arabia Feliz; cuyos moradores lejanos de toda guerra, yacen quebrantados con la lozanía del suelo y la blandura del clima. Hundiéronse allá las lejiones de Augusto enfermas y postradas (27), y tan solo fuerzas navales han acertado á enseñorearse mas ó menos del Yemen. Era aquel reino, cuando Mahometo tremoló su sagrado estandarte, una provincia de la Persia (28), mas todavía estaban reinando por las serranías hasta siete príncipes de los Homeritas, y el lugarteniente de Cosroes cayó en la tentacion de olvidar su patria lejana y su dueño desventurado. Los historiadores del tiempo de Justiniano retratan el estado de independencia de los Arabes, quienes, por intereses ó por afecto, estaban divididos en la contienda larguísima del Oriente: permitióse á la tribu de *Gasan* acampar en territorio Siriaco, como tambien á los príncipes de *Hira* el plantear una ciudad á doce leguas al Sur de las ruinas de Babilonia. Su desempeño en campaña era veloz y denodado, mas su amistad era venal, su fé voluble y su enemistad antojadiza: se hacia mas obvio el enardecer que el desarmar á los bárbaros vagarosos, y en el roce familiar de la guerra, les cupo el ver y menospreciar la endeblez esplendorosa de la Persia y de Roma. Desde la Meca hasta el Eufrates, las tribus Arabes (29) se equivocaban para los Griegos y Latinos bajo la denominacion jeneral de Sarracenos (30), nombre que todo labio cristiano está avezado á pronunciarlo con pavor y aborrecimiento.

Mal se engrien con su independencia nacional los esclavos de la tiranía casera, mas un Arabe es personalmente libre, y está disfrutando hasta cierto punto los logros de la sociedad sin menoscabar las preemitencias de la naturaleza. En todas las tribus por supersticion, agradecimiento ú haberes, descuella alguna alcurnia sobre todos sus iguales. Vinculados están en ellas los cargos de jeque y emir, mas este órden hereditario es

desahogado ú volandero, y el prohombre, por edad ó por prendas, de la parentela, es el escojido para el empleo sencillo pero trascendental de zanjar contiendas con su dictámen, ó encabezar á los valientes con su ejemplo. Una hembra atinada y briosa llegó tambien á mandar los paisanos de Zenobia (31). La incorporacion momentánea de varias tribus viene á componer una hueste: su hermandad permanente constituye nacion; y el jeneralísimo, el emir de los emires, cuya bandera va tremolando á su frente, merece para el concepto de los estraños el timbre de dictado rejio. Si los príncipes árabes se propasan en su poderío, pronto les cabe el escarmiento con la desercion de sus secuaces, avezados á jurisdiccion mansa y paternal. No hay trabas para su denuedo, ni coto para sus pasos; patente se muestra el desierto y familias y tribus se aunan por medio de un contrato mútuo y voluntario. Los naturales ya mas blandos del Yemen sobrellevan el boato y la majestad de un monarca; mas si no le cabia el desemparedarse de su palacio sin arriesgar su vida (32), la pujanza del gobierno recaia desde luego en sus nobles y majistrados, pues las ciudades de Medina y de la Meca están mostrando en el corazon de Asia, la forma, ó mas bien la realidad, de una república. Asoman el abuelo y los ascendientes paternos de Mahometo en clase de príncipes de su país en los negocios internos y estraños; mas su reinado se cifraba, como el de Péricles en Atenas, en el concepto de su pundonor y sabiduría; desmembróse su influjo al par de su patrimonio, y se trasladó el cetro de los tios del profeta á una rama menor de la tribu de Koreish. En coyunturas grandiosas convocaban el consejo, y puesto que el hombre tiene que ser precisado ú persuadido para obedecer, el ejercicio y la nombradía de la oratoria entre los antiguos Arabes es un testimonio terminante de la libertad pública (33). Mas aquella libertad sencillísima era de muy diverso jaez que la máquina entretejida y enmarañada de las repúblicas de Roma y Grecia, donde cada individuo atesoraba una porcion cabal de los derechos políticos y civiles del conjunto. En la suma llaneza de los Arabes, la nacion es libre por cuanto sus hijos todos se desentienden allá de rendimientos rastreros al albedrío de un dueño. Campean sus pechos con las prendas broncas del aguante, sobriedad y denuedo: aquel afan por su independencia les suministra la práctica espedita de mandarse á sí mismos y su pundonor los está siempre resguardando contra toda ruin zozobra de quebranto, peligro ú muerte. La entereza y señorío de su ánimo asoma desde luego en su traza esterior, su habla es pausada, lacónica y circunspecta; por maravilla se prorumpe en risa, y el ademan único es golpearse la barba, atributo respetable del varon; pues cada cual pagado de sí mismo se junta sin liviandad con sus iguales y se acerca sin acatamiento á los superiores (34). Sobrevivió la libertad entre Sarracenos á sus conquistas; aveníanse los primeras califas á los arranques osados y familia-

res de los súbditos; subian al púlpito para persuadir y edificar la congregacion, y hasta que el sólio del imperio se trasladó al Tigris, no adoptaron los Abasides el ceremonial engreido y pomposo de las cortes de Persia y de Bizancio.

Al ir desentrañando hombres y naciones, se van tambien palpando los móviles que las bien ó mal quistan entre sí, estrechan ó esplayan, suavizan ó destemplan su índole social. Desviados los Arabes de los demás hombres, se han ido acostumbrando á equivocar el concepto de estranjero con el de enemigo; y el desamparo del país ha venido á arraigar una máxima de jurisprudencia que están todavía creyendo y practicando en el dia. Andan pregonando que en el reparto de la tierra, cupieron los climas fértiles y aventajados á las demás ramas de la familia humana, y que la posteridad del fujitivo Ismael puede ir allá recobrando, por engaño ú por violencia, el mayorazgo de que se le defraudó injustísimamente. Advierte con razon Plinio, que las tribus árabes son propensas al robo y al tráfico; multan ó saquean cuantas caravanas atraviesan el desierto; y sus vecinos, desde el tiempo de Job ó de Sesostris (35), han sido siempre los pacientes de tan desalada rapacidad. En avistando un Beduino allá un viajero, cabalga desaforadamente contra él y le vocea: «Desnúdate al punto, pues tu tia (su mujer) está en cueros.» quien se avasalla logra algun alivio; la resistencia encona al salteador, y su propia sangre es el desquite de cuanta pueda derramar el asaltado en su defensa. Un solo bandolero, ú bien una gavilla escasa, cargan siempre con su debido nombre, mas los asaltos de un enjambre se realzan con los visos de una guerra lejítima y honrosa. La índole de un pueblo siempre en armas contra el linaje humano se inflamaba mas y mas con el desenfreno casero de robo, homicidio y venganza. En la planta actual de la Europa el derecho de paz y guerra está vinculado en poquísimos, y su ejercicio efectivo todavía á menos potentados de consideracion, mas todo árabe puede á su salvo y con aceptacion asestar su venablo al pecho de su paisano. Toda la nacion nacional se cifraba en una semejanza volandera de habla y de costumbres, y la jurisdiccion del majistrado enmudecia y se aletargaba por todas las tribus. Recuerda la tradicion hasta mil y setecientas refriegas (36) de los tiempos de ignorancia anteriores á Mahometo, el encono de los bandos civiles acibaraba las hostilidades, y la relacion en prosa ó verso de un rencor anticuado bastaba para foguear con iguales ímpetus á los descendientes de las tribus enconadas. En la vida casera, cada cual, ó por lo menos cada familia, era árbitra y vengadora de su propia causa. El pundonor vidrioso que se atiene al insulto mas bien que al agravio, emponzoña mortalmente las reyertas de los Arabes; el honor de sus mujeres y de sus *barbas* es en estremo asustadizo; una jestion indecorosa, y una espresion de menosprecio, pueden tan solo subsanarse

con la sangre del ofensor; y es tan aferrada su ojeriza que están acechando meses y años la coyuntura para su venganza. Multas ó compensaciones por homicidios son corrientes entre los bárbaros de todos tiempos, mas en Arabia la parentela del difunto es árbitra en admitir el equivalente, ó de ejercer con sus propias manos la ley del desagravio. La depravada ruindad de los Arabes desecha hasta la cabeza del homicida, sustituye un inocente al criminal y traslada el apenamiento al prohombre de la alcurnia agraviadora. Si este fenece de su mano airada, están luego espuestos al peligro de las represalias; agólpanse intereses y principal de la deuda, toda de sangre; la familia lleva una vida avinagrada y recelosa, y suele á veces mediar la mitad de un siglo antes no queda soldada la cuenta de la venganza (37). Este afan sanguinario ajeno de conmiseracion y de indulto, ha ido sin embargo amainando con las máximas pundonorosas que requieren allá en las refriegas particulares cierta proporcion decorosa en edad, pujanza, número y armas. Una festividad anual de dos meses, ó tal vez de cuatro se solia celebrar entre los Arabes antes del tiempo de Mahometo, durante la cual permanecia envainado todo acero para hostilidades caseras ó estrañas, y aquella tregua parcial denota mas bien el predominio de la anarquía que el de la guerra (38).

Amainó sin embargo aquel ímpetu salteador y vengativo con el roce halagüeño del comercio y la instruccion. Ciñen la península despoblada las naciones mas utilizadas del mundo antiguo; y el traficante se bienquista desde luego por donde quiera, y así las caravanas iban trayendo anualmente á las ciudades y aun á los campamentos del desierto las primeras semillas de cultura y sabiduría. Prescindiendo de la alcurnia de los Arabes, su idioma se entronca con el Hebréo, el Siríaco y el Caldeo; cada tribu se deslindaba con su dialecto peculiar é independiente (39), pero todos tras el propio y casero anteponian el castizo y despejado lenguaje de la Meca. Así en Arabia como en Grecia el primor del habla afeó el rezago de las costumbres, apellidando la miel con ochenta nombres, con doscientos la serpiente, el leon con quinientos, y hasta con mil la espada y quedando tan descomunal diccionario encomendado á la memoria de un pueblo cerril. Caractéres allá anticuados y misteriosos estaban cuajando los monumentos de los Homeritas, pero las letras Cuficas, cimiento del alfabeto actual, se inventaron por las orillas del Eufrates, y un advenedizo las llevó recien inventadas á la Meca despues del nacimiento de Mahoma. Ni gramática, ni versificacion, ni oratoria tenian cabida en la persuasiva antojadiza de los Arabes; mas eran de suyo agudos, arrebatados y conceptuosos (40) salpicando con mil chistes su elocuencia proporcionada á los alcances del auditorio. Asomaba un poeta, y su tribu y las comarcanas vitoreaban á porfía su numen y sus aprensiones; se aparataba un gran banquete, y un coro de mujeres al compás de sus panderos,

orientando el boato de un desposorio, entonaban ante sus hijos y maridos las venturas de su tribu nativa; que descollaba un campeon vengador de sus derechos y que estaba ya voceando el pregonero inmortalizador de su nombradía. Hasta las tribus lejanas y enemigas acudian á una feria anual, abolida luego por el fanatismo de los Musulmanes; junta nacional que no podia menos de influir para ir desembraveciendo y hermanando á los bárbaros. Empleábanse treinta dias en aquel tráfico, no solo de granos y vinos, sino tambien de elocuencia y poesía. Gallardas competencias de versistas echaban el resto en pos de su galardon, y el parto premiado se archivaba en la tesorería de los príncipes ó emires; y en nuestro mismo idioma nos cabe ya leer, las cuatro composiciones orijinales que estaban esculpidas en letras de oro, y colgadas en el templo de la Meca (41). Los poetas árabes eran los historiadores y moralistas de su tiempo, y si bien se avenian á las vulgaridades, infundian tambien y ensalzaban las prendas de sus compatricios. La estrechez íntima de todo denuedo con el desprendimiento, solia ser el tema predilecto de sus cantores, y al disparar sus flechazos satíricos allá contra alguna ruin ralea, estremaban lo sumo de sus baldones entonando que no hallaban los varones arbitrio para conceder, ni las hembras para negar (42), El agasajo hospedador que practicó Abrahan y encareció Homero está ahora reinando en los aduares arábigos. El desaforado Beduino, pavor de aquellos yermos, se abraza sin reparo ni pesquisa con el advenedizo que se entromete confiada y caballerosamente en su tienda. Se le trata con halagüeño decoro, parte su riqueza ó su desamparo con el huésped, y tras el descanso competente se le despide con agradecimiento, con bendiciones y acaso con regalos. Pecho y mano se franquean mas con un hermano ó un amigo menesteroso, pero los rasgos heróicos acreedores á públicas alabanzas no pueden menos de sobrepujar á los apocados miramientos de la cordura y el desengaño. Sobrevino contienda con el vecindario de la Meca sobre quien era el mas descollante en jenerosidad y benemérito de su galardon. Habia Abdallah, hijo de Abbas, emprendido un viaje larguísimo, y aun con el pié en el estribo, vino á oir la voz de un suplicante «O hijo de un tio del apóstol de Dios, soy un viandante desamparado.» Apéase instantáneamente, y brinda el peregrino con su camello, su lujosa gualdrapa y un bolson de cuatro mil piezas de oro, reservándose únicamente la espada, ya por su valor crecido, ya por ser don de un deudo condecorado, el criado de Kais contestó á otro suplicante que su amo estaba durmiendo, pero añadió: «Aquí hay una bolsa con setecientas piezas de oro, (que es cuanto tenemos en casa) pero ahí va un libramiento para que os entreguen un camello y un esclavo»; Despierta el amo, celebra y liberta á su esclavo, reconviniéndole tan solo levemente por haberle apocado su desprendimiento. El tercero de aquellos prohombres, el viejo Arabad,

á la hora de la plegaria, se iba recostando sobre los hombros de dos esclavos. « ¡ Ay ! » contesta, « vacíos están mis arcones, venderlos, y si tú no los quieres yo tampoco. » Dice, y desviando entrambos mozos anda á tientas por la estancia con su baston. La índole de Hatem es el dechado cabal del pundonor arábigo (43). Era valeroso y desprendido, poeta afluente y salteador certero; hasta cuarenta camellos se solian asar en sus espléndidos banquetes, y á los ruegos de un enemigo avasallado, devolvió cautivos y despojos. Su nacion voluntariosa se desentendia de leyes justicieras, pero procedia á impulsos de sus compasivos arranques.

Cifraban los Arabes, al par de los Indios, su relijion (44) en el culto del sol, de la luna y las estrellas, jénero de supersticion allá primitivo y si cabe vistoso, pues los luminares centellantes del Empíreo están visiblemente retratando al supremo Hacedor; su número y distancia ofrecen á la vista, así del filósofo como del vulgo, el concepto grandioso de unos ámbitos inmensos; la estampa de la eternidad está descollando en aquellos globos macizos, ajenísimos al parecer de todo quebranto y menoscabo; el arreglo de sus jiros asoma como parte de un movil racional ó instintivo; y su influjo efectivo ú soñado sigue fomentando la aprension desvariada de que la tierra es un objeto de su esmerado cariño. Cultivóse en Babilonia la ciencia de la astronomía, pero las aulas de los Arabes eran un firmamento despejado y una llanura rasa. En sus marchas nocturnas los astros guiaban su rumbo, familiarizándose ahincada y devotamente los Beduinos con sus nombres, jiros y paradero fijo, y aprendiendo experimentalmente á dividir el zodíaco de la luna en veinte y ocho porciones, y aclamando á las constelaciones que solian empapar el sediento desierto en lluvias saludables. Vinculaban el reinado de los globos celestes en las esferas visibles, y se requerian allá ciertas potestades metafísicas para acudir á la trasmigracion de las almas y la resurreccion de los cuerpos, y sepultaban un camello en la huesa para aprontarle sirviente en la otra vida, y el andar invocando á los espíritus arguye que les suponian dotados de alcances y poderío. Ni decifro ni halago la mitolojía de unos Bárbaros, con su devaneo de divinidades locales, de luceros, aire, tierra, sexo y dictados, atributos y jerarquías. Tribu, familia ó caudillo voluntarioso, fraguaba ó se revolvia los ritos ú objetos de su soñado culto; pero en todos tiempos la nacion tributó acatamiento á la relijion y aun al idióma de la Meca. La antigüedad acendrada de la Caaba se encumbra mas allá de la era Cristiana; el historiador griego Diodoro, al describir las costas del Mar Rojo (45) apunta entre los Tamuditas y Sabeos un templo decantado, cuya santidad preeminente reverenciaban *todos* los Arabes; el velo de seda ó de lino que está renovando anualmente el emperador turco, era en lo antiguo ofrenda de un rey devoto de los Homeritas, que reinaron siete siglos antes del tiempo de Mahoma (46). Po-

dia hartar una tienda ó una cueva para el culto de unos montaraces, pero vino luego á edificarse en su lugar un templo de piedra y argamasa, y las artes y el poderío de los monarcas orientales se han ceñido á la planta sencilla de su dechado primitivo (47). Un pórtico anchuroso, va cercando el cuadrángulo de la Caaba, una capilla cuasi cuadrada con veinte y cuatro codos de largo, veinte y tres de ancho y veinte y siete de alto, recibe la luz por la puerta y una lumbrera; la techumbre por tres pilares de madera; un grifo, en el dia de oro, vierte el agua de lluvia y el aljibe Semzem tiene para resguardo de toda basura su techado. Por violencia ó por engaño, la Caaba estaba á cargo de la tribu de Koreish; el empleo sacerdotal habia por cuatro jeneraciones parado vinculadamente en el abuelo de Mahoma, y la alcurnia de los Hashemitas, de donde procedia, era la mas respetable y como sagrada para toda la comarca (48). Gozaba el recinto de la Meca derechos de santuario, y todos los años en el último mes se agolpaba un sin número de peregrinos á tributar sus votos y ofrendas en la casa del Señor. La supersticion de los idólatras tenia allá inventados y estaba ya practicando los ritos idénticos que observan en el dia los Mahometanos. Desceñíanse de sus ropas á distancia decorosa: iban apresuradamente rondando hasta siete veces la Caaba y besando la piedra negra: visitaban y adoraban otras tantas los riscos inmediatos: y otras siete veces arrojaban piedras al valle de Mina, terminandose la peregrinacion, como ahora mismo, con un sacrificio de ovejas y camellos, y el entierro de sus cabellos y uñas en el territorio consagrado. Cada tribu hallaba ó introducia en la Caaba su culto casero; aparecia el templo engrandecido ú sea emponzoñado con trescientos y sesenta ídolos de hombres, águilas, leones y antílopes; pero descollaba la estátua de Hebal de ágata encarnada, empuñando siete saetas, sin alas ó plumas, instrumentos ó símbolos de adivinacion profana. Mas era aquella estatua un monumento de las artes siríacas, pues la devocion de tiempos mas toscos se pagaba con un poste ó una tablilla, y los peñascos del desierto se fueron labrando en dioses y altares al remedo de la piedra negra de la Meca (49), tiznada en extremo con la tacha de su oríjen idólatra. Descolló únicamente el uso de los sacrificios desde el Japon hasta el Perú, y el fervoroso manifestó siempre su agradecimiento ú su zozobra destrozando ó consumiendo sus dones mas peregrinos. La vida de un hombre es la ofrenda mas esquisita (50) para ahuyentar una plaga, y sangre humana estuvo bañando las aras de Fenicia y de Ejipto, de Roma y de Cartago. Conservaron los Arabes por largo tiempo tan inhumano estilo, pues aun en el tercer siglo la tribu de los Dumasianos (51) seguia sacrificando anualmente un muchacho, y el príncipe de los Sarracenos aliado y guerrero de Justiniano, degolló devotamente á un cautivo réjio (52). Padre que arrastra á un hijo hasta las aras está mostrando un arranque violento

y súblime de fanatismo: santos y héroes santificaban con su ejemplo el hecho ó el intento, y hasta el padre de Mahoma estuvo sentenciado por un voto temerario, rescatándose á duras penas con el equivalente de cien camellos. Allá en su idiotez, el Arabe, al par del Judío y del Ejipcio, se abstenia de la carne de cerdo (53); circuncidaba á sus hijos á los asomos de la mocedad (54), y las mismas prácticas sin veda ni mandamiento se han ido calladamente traspasando á su posteridad y á sus allegados. De donde se ha inferido atinadamente que el artero lejislador se avino á las vulgaridades empedernidas de sus compatricios. Mas obvio aparece el conceptuar que se atuvo á las opiniones y costumbres de su niñez, sin pararse á deslindar que una disposicion propia del clima de la Meca pudiera ser ajenísima de las orillas del Volga ó del Danubio.

Libre vivia la Arabia; estremecian huracanes de conquista y tiranía los reinos confinantes, y huian las sectas acosadas al solar venturoso donde cada cual podia profesar lo que estaba opinando, y practicar cuanto pensaba. La relijion de los Sabeos y de los Magos, de los Judíos y de los Cristianos, cundian desde el golfo Pérsico hasta el Mar Rojo. Allá en la antigüedad mas remota, estaba el Sabeismo derramado por el Asia con la ciencia de los Caldeos (55) y las armas de los Asirios; y por las observaciones de dos mil años, los sacerdotes y astrónomos de Babilonia (56) rastreaban las leyes sempiternas de la naturaleza y de la Providencia. Adoraban los siete dioses ó ánjeles que estaban guiando el jiro de los siete planetas, y ejerciendo su incontrastable influjo sobre la tierra, figuraciones y ensalmos representaban allá los siete planetas, los doce signos del zodíaco y las veinte y cuatro constelaciones del hemisferio austral y boreal; cada dia de la semana estaba dedicado á su divinidad respectiva; los Sabeos rezaban tres veces al dia, y el templo de la luna en Haran era el finiquito de su peregrinacion (57). Pero el temple avenible de su fé estaba siempre aparejado para enseñar y para aprender, en cuanto á sus tradiciones de la nacion, el diluvio y los patriarcas, se hermanaban en gran manera con los Judíos sus cautivos; acudian á los libres reservados de Adan, Set y Enoch, y con cierto baño del Evanjelio, aquellos politeistas, ya escasísimos, han parado en Cristianos de San Juan por el territorio de Basora (58). Volcaron los Magos las aras de Babilonia, pero la espada de Alejandro desagravió á los Sabeos; jimió la Persia por mas de cinco siglos bajo un yugo advenedizo, y los alumnos castizos de Zoroastro, sortearon el contajio de la idolatría, y estuvieron respirando, al par de sus contrários, el ambiente libre del desierto (59). Siete siglos llevaban ya los Jadíos de residencia en Arabia al nacimiento de Mahoma, y mucho mas crecida muchedumbre fué la desalojada de la tierra santa por las guerras de Tito y de Adriano. Los desterrados de suyo vividores, se amañaron tras la libertad y el poderío: levantaron sinagogas en las

ciudades y fortalezas del yermo y los paganos convertidos se barajaron allá con los hijos de Israel, asemejándoseles en la señal esterna de la circuncision. Fueron todavía mas eficaces y certeros en sus logros los misioneros Cristianos, aclamaban los católicos á su reino universal, y las sectas que iban avasallando trasponian los linderos del imperio Romano; los Marcionitas y Maniqueos derramaron sus opiniones soñadas y sus Evanjelios apócrifos; las Iglesias del Yemen y los príncipes de Hira y Gasan se empaparon en el credo mas castizo de los obispos Jacobitas y Nestorianos (60). Las tribus usaron de su albedrío, pues cada cual era dueño de entresacar ó fraguarse su relijion casera, y sus tosquísimas vulgaridades se solian dar la mano con las sublimidades teolójicas de los santos y de los filósofos. Los advenedizos planteaban á una entre los Arabes un artículo de fé, como quicial incontrastable y era la existencia de un Dios supremo, encumbrado allá sobre las potestades del cielo y de la tierra, pero que suele desembozarse ante los hombres con el ministerio de sus ánjeles y profetas, y como graciable ó justiciero suele interrumpir con milagros oportunos el jiro de la naturaleza. Los Arabes mas despejados reconocian su poderío, desentendiéndose de su culto (61), y mas por hábito que por convencimiento seguian con ese apego á los restos de la idolatría. Judíos y Cristianos eran hombres de *libro*, tradújose la biblia en lengua arábiga (62) y aquellos enemigos implacables aceptaron acordes el tomo del antiguo testamento. Complacíanse los Arabes en ir hallando á los padres de su nacion en la historia de los patriarcas hebreos. Vitoreaban el arranque y las promesas de Israel, reverenciaban la fé y las virtudes de Abrahan, iban rastreando desde ellos mismos la ascendencia hasta la creacion del primer hombre, y se empapaban con tan sediento afan en los portentos del texto sagrado como en los devaneos y tradiciones de los rabinos Judíos.

La cuna ruin y vulgarísima de Mahoma es allá una calumnia torpe de los Cristianos (63), ensalzando así en vez de apocar las prendas de su contrario. Su descendencia de Ismael era timbre ó fábula nacional; mas si el arranque de su linaje (64) es allá recóndito y dudoso, podia mostrar largas jeneraciones de nobleza castiza y remontada; salió de la tribu de Koreish y de la alcurnia de Hashem, la mas esclarecida entre los Arabes, como príncipes de la Meca, y guardas hereditarios de la Caaba. Era el abuelo de Mahoma Abdul Motaleb, hijo de Hashem, ciudadano acaudalado y dadivoso, que socorria en apuros de hambre al vecindario con los arbitrios de su comercio; y la Meca abastecida con la galantería del padre, se salvó con el denuedo del hijo. Señoreaban los príncipes cristianos de Abisinia el reino de Yemen, y medió un desacato que movió al vasallo Abrahan á desagraviar la cruz, acudiendo una formacion grandiosa de elefantes, con su hueste de Africanos á cercar la ciudad sagrada. Se

trató de convenio, y el abuelo de Mahoma pidió por preliminar la devolucion del ganado. «¿Cómo,» esclamó Abrahan, «no implorais antes mi clemencia á favor del templo que estoy amagando asolar? — Porque,» contestó el denodado caudillo, «el rebaño es mio y la Caaba corresponde á los dioses, *quienes* tomarán á su cargo el resguardar su casa de todo daño y sacrilejio.» Desabastecidos, ó mal parados por los Koreishitas, tuvieron los Abisinios que retirarse desairadamente, desman realzado con una bandada milagrosa de aves que descargaron un pedrisco sobre las cabezas de los infieles, celebrándose mucho despues aquel salvamento con la era de los elefantes (65). Coronaron la nombradía de Abdul Motaleb venturas caseras, pues vivió hasta ciento y diez años, y vino á ser padre hasta de seis hijas y trece muchachos. Su predilecto Abdalah era el mozo mas gallardo y ruboroso de toda la Arabia, y se cuenta que la noche de su desposorio con Amnisa de la casta principal de los Zabritas doscientas muchachas fallecieron de zelos y desesperacion. Mahoma, ó mas propiamente Mohamed, hijo único de Abdalah y Amina, nació en la Meca, á los cuatro años de la muerte de Justiniano y á los dos meses de la derrota de los Abisinios (66), cuya victoria hubiera planteado en la Caaba la Relijion cristiana. Huérfano desde la niñez, con la tutoría de sus muchos y poderosos tios, quedó reducido su peculio á cinco camellos y una esclava Etíope. En casa y fuera, en paz y en guerra, Abu Taleb, el prohombre de todos los tios, fué su ayo en la mocedad; á los veinte y cinco años entró de sirviente con Cadijah, viuda noble y acaudalada de la Meca, que le premió la lealtad con el don de su diestra y sus haberes. Los capítulos matrimoniales con sencillez anticuada, se esplayan en el cariño entrañable de Mahoma y Cadijah, retratándole á él como el mas descollante de la tribu de Koresch, y pactan un dote de doce onzas de oro y veinte camellos que le apronta el tio por via de agasajo (67). Con este enlace se reencumbró el hijo de Abdalah á la esfera de sus antepasados, y sus virtudes caseras tenian satisfecha á la matrona recatada, hasta que á los cuarenta años de edad (68), tremoló sus ínfulas de profeta y proclamó la relijion del Alcoran.

Era Mahoma, por la tradicion de sus compañeros, de peregrina jentileza (69), realce esterior que tan solo suelen menospreciar cuantos no lo poseen; y así el orador antes de prorumpir, ya se habia granjeado, tanto en particular como en público, el afecto de su auditorio. Estatura gallarda, aspecto majestuoso, vista penetrante, sonrisa halagüeña, barba ondeada, semblante donde se iban retratando todos sus arranques entrañables, y ademan que robustecia mas y mas la espresion de sus labios, todo en él era sumo embeleso. Escrupulizaba en el trato civil, hasta los ápices, la urbanidad ceremoniosa de su país: atentísimo con los mas pudientes, cuanto afable y cariñoso con los ínfimos ciudadanos de la Me-

ca, el desahogo de sus modales estaba allá encubriendo sus miras estudiadas, achacándose tan espresiva cortesanía ó intimidad personal ó jenial agrado. Memorioso en estremo, agudo y placentero, encumbrado en sus conceptos y ejecutivamente atinado en sus dictámenes, tan denodado en sus pensamientos como en sus obras, aunque sus intentos se fueron mas y mas esplayando con sus logros, el primer ímpetu con que se disparó, á fuer de mensajero divino, está retratando la orijinalidad y sobresalencia de su númen. Educado el hijo de Abdalah, en el regazo de su casta esclarecida, con el habla mas castiza de la Arabia, sabia comedir y realzar el raudal de su afluencia con sus alternativas oportunas y discretas de silencio. En medio de tan aventajada persuasiva, era Mahoma un Bárbaro sin letras: jamás asomó por su mocedad el ejercicio de leer y escribir (70), y si bien la idiotez jeneral le eximia de todo rubor y cargo, quedaba reducido á los estrechos ámbitos de su existencia, careciendo de aquellos espejos fieles que reverberan á nuestro entendimiento el alma toda de los sabios y de los héroes. Esplayábase no obstante su vista por el libro patente del hombre y de la naturaleza, y campea la fantasía en las observaciones políticas y filosóficas que se atribuyen al Arabe *viandante* (71). Parangona las naciones y las creencias de la tierra; desentraña las flaquezas de las monarquías persa y romana; se conduele y se aira con la bastardía de su siglo, y dispone el hermanar bajo un Dios y un Rey la entereza incontrastable y el pundonor primitivo de los Arabes. Nuestras investigaciones mas esmeradas vendrán á manifestar que en vez de visitar las cortes, los campamentos y templos del Oriente, los dos viajes de Mahoma á la Siria se vincularon á las ferias de Bosra y de Damasco: que era de trece años cuando acompañó la caravana de su tio, y tuvo por obligacion que regresar apenas ferió las mercancías de Cadijah. En aquellas correrías arrebatadas y someras pudo su númen calar interioridades inaccesibles á sus tosquísimos compañeros; pudo sembrar ciertas semillas científicas en un suelo fecundo; mas ignorando el idioma siríaco, no pudo menos de quedar atajada su curiosidad, y no alcanzó en la vida y escritos de Mahoma que su perspectiva tramontase los linderos del mundo arábigo. Acudian anualmente á impulsos de la devocion y del comercio peregrinos á la Meca de todos los ángulos de aquella rejion solitaria; en aquella muchedumbre arremolinada, un mero ciudadano en su idioma nativo podia enterarse del estado político y de la índole de las tribus, de la teoría y de la práctica de los Judíos y los Cristianos. Algun advenedizo de entidad tendria inclinacion ó urjencia de implorar derechos de estranjería, y los enemigos de Mahoma andan nombrando al monje ya judío, ya persa, ya siríaco y achacándole allá su auxilio reservado para fraguar el Alcoran (72). Suele la conversacion engalanar el entendimiento; pero la soledad es el pábulo del númen, y la uniformi-

dad de una obra está declarando la mano de un solo artífice. Era Mahoma desde su temprana mocedad afectísimo á los arrobos contemplativos, pues todos los años, durante el Ramadan, se desprendia de las jentes y de los brazos de Cadijah, y en la cueva de Hera, á una legua de la Meca (73), estaba allá mas y mas cavilando engaños ó arrebatos, cuya morada no se cifra en los cielos sino allá en el entusiasmo del profeta. Toda la fé que estuvo predicando á su familia y su nacion, va compendiada en una verdad eterna y una ficcion imprescindible, *de que no hay mas que un Dios y que Mahoma es el apóstol de Dios.*

Blasonan allá los Judíos de que mientras las naciones sabias de la antigüedad yacian embaucadas con las patrañas del politeismo, sus antepasados sencillos de Palestina siguieron conservando el conocimiento y el culto del verdadero Dios. No cuadran ajustadamente los atributos de su Jehovah con la norma de una virtud *humana*: sus propiedades metafísicas quedan en estremo enmarañadas; pero rebosa su poderío por todas las pájinas del Pentateuco y de los Profetas: la unidad de su nombre aparece estampada en la primera tabla de la ley, y nunca su santuario se mancilló con el menor asomo visible de su esencia invisible. Volcado el templo, la fé de los Hebreos desterrados se acrisoló, deslindó é iluminó con la devocion espiritualizada de la sinagoga, y la autoridad de Mahoma no comprueba su reconvencion incesante de que los Judíos de la Meca y de Medina estaban adorando á Circo como hijo de Dios (74). Mas ya los hijos de Israel no componian un pueblo, y las relijiones del orbe adolecian, á lo menos para el profeta, criminalmente de andar allá dando hijos, hijas y compañeros al Dios supremo. En la idolatría cerril de los Arabes está el desbarro patente y desaforado, pues torpemente se descargan los Sabeos con la preeminencia del primer planeta ó intelijencia en su gradería celeste; y en el sistema de los Magos la lid entre los dos principios contrapuestos está pregonando la imperfeccion del vencedor. Los Cristianos del siglo VII habian venido á reincidir en un remedo del paganismo; sus anhelos públicos y privados se exhalaban tras las reliquias y efijies que estaban afeando los templos del Oriente; un sin número de mártires, santos y ánjeles, objetos de la veneracion popular, estaban allá nublando el sólio del Todo Poderoso, y los herejes Coliridios que florecieron en el suelo fecundo de la Arabia, realzaron á la Vírjen María con el dictado y los obsequios de diosa (75). Los misterios de la Trinidad y la Encarnacion *aparecen* contrapuestos á la unidad divina, pues en el sentido mas obvio plantean tres divinidades iguales y endiosan al hombre Jesus internándolo en la sustancia de todo un hijo de Dios (76): tan solo un comentario acendrado puede satisfacer al entendimiento exijente; la suma curiosidad y el afan descompasado rasgó el velo del santuario, y cada secta oriental andaba desaladamente confesando que todas las de-

más, adolecian de idolatría y politeismo. Queda el credo de Mahoma exento de toda desconfianza y antigüedad, siendo el Alcoran un testimonio esclarecido de la unidad de Dios. Aventó el profeta de la Meca el culto de ídolos y de hombres, de astros y de planetas, aferrado á su principio racionalísimo de que cuanto sale se pone, que cuanto nace muere, y cuanto se menoscaba tiene que fenecer (77). Su atinado entusiasmo confesaba y engrandecia en el Hacedor del universo, un Ser infinito y sempiterno, sin forma ni lugar, sin alcurnia ni semejanza, presente en nuestros pensamientos mas recónditos, existente por la necesidad de su propia naturaleza, y desentrañando de sí mismo todas las perfecciones morales é intelectuales. Estas verdades sublimes, pregonadas así con la entonacion profética (78), resuenan aferradamente en boca de sus discípulos, y se deslindan metafísicamente por los intérpretes del Alcoran. Un creyente afilosofado pudiera atenerse al credo popular de los Mahometanos (79), credo tal vez encumbrado en demasía para nuestros alcances actuales. A ver cual es el atomillo que viene á quedar para la fantasía y aun para el entendimiento, en cercenando de aquella entidad desconocida todo concepto de tiempo y de espacio, de movimiento y de materia, de sensacion y de reflexion. Aclarnó ahincadamente Mahoma el primer principio del discurso y la revelacion: sus ahijados, desde la India hasta Marruecos, descuellan con el dictado de *Unitarios*, y el escollo de la idolatría quedó zanjado con la prohibicion de las efijies. Abrazan los Mahometanos estrechamente la doctrina de los decretos sempiternos y la predestinacion absoluta, y allá se engolfan en los laberintos corrientes de *como* hermanar la anteciencia de Dios con la libertad y la responsabilidad del hombre, y *como* esplicar el consentimiento del daño, bajo el reinado de la potestad infinita y de la bondad ilimitada.

Estampó el Dios de la naturaleza su existencia en todas sus obras y su ley en el pecho del hombre; y ostentaron siempre los profetas de todos tiempos su afan entrañable ó aparente de restablecer aquel conocimiento y la práctica de sus mandatos; y Mahoma estuvo aclamando garbosamente para sus antecesores el mismo concepto á que aspiraba por su parte, engarzando la serie de las inspiraciones desde la caida de nuestro primer padre hasta la promulgacion del Alcoran (80). Descollaron ráfagas de lumbre profética en tan largo plazo, sobre ciento y veinte y cuatro mil escojidos, deslindados con su respectiva cuota de virtud y de gracia; salieron hasta trescientos y trece apóstoles con el encargo especialísimo de rescatar sus patrias de la idolatría y del devaneo; dictó el Espíritu Santo hasta ciento y cuatro volúmenes, y seis lejisladores de esclarecida trascendencia han ido anunciando á los hombres las seis revelaciones sucesivas de ritos varios, pero de una relijion inalterable. La autoridad y el encumbramiento van pujando desde Adan, Noé, Abrahan, Moisés y Cristo

hasta Mahoma, mas quien quiera que odie y deseche á uno solo de los profetas, queda ya contado en el número de los infieles. Tan solo en las copias apócrifas de los Griegos y Siríacos asomaban los escritos de los patriarcas (81): poco acreedor se habia hecho Adan con su desbarro al agradecimiento y respeto de sus hijos; los siete preceptos de Noé tan solo merecian la observancia de una clase ínfima y mal vista de los alumnos de la sinagoga (82); y la memoria de Abrahan se reverenciaba allá en confuso por los Sabeos en su misma patria; del sinnúmero de los profetas ya tan solo vivian y reinaban Moisés y Cristo, y los escritos restantes revelados se cifraban todos en los libros del antiguo y nuevo Testamento. La historia milagrosa de Moisés descuella consagrada y engalanada en el Alcoran (83), y los Judíos cautivos están paladeando la venganza encubierta de verter su creencia sobre naciones cuyos símbolos están ridiculizando. Encárgase á los Mahometanos reverente y misterioso acatamiento al fundador del Cristianismo (84). « Verdaderamente, Cristo Jesus, hijo de María, es el apóstol de Dios, y su palabra que traspuso á María y al Espíritu Santo su procedente; condecorado en este mundo y en el venidero, y uno de los mas cercanos á la presencia de Dios (85). » Los portentos de los Evanjelios (86) lejítimos y apócrifos lo encumbran á porfía, y la Iglesia latina no se ha desdeñado en desentrañar del Alcoran la concepcion inmaculada (87) de su vírjen madre. Pero Jesus se quedó en meramente mortal, y el dia del juicio su testimonio acudirá á condenar tanto á los Judíos, que le desconocen por profeta como á los Cristianos, que lo están adorando por hijo de Dios. El encono de sus enemigos tiznó su reputacion y se conjuró contra su vida, mas tan solo su intento fué el criminal, pues quedó sustituida una estantigua ó bien un reo sobre la cruz, y el santo inocente fué arrebatado al séptimo cielo (88). Por espacio de seis siglos fué el Evanjelio el camino de la verdad y de la salvacion, pero los Cristianos fueron mas y mas olvidando las leyes y el ejemplo de su fundador, y Mahoma enterado por los Gnósticos tildó la Iglesia y la sinagoga de falsear el testo cabal y sagrado (89). El fervor de Moisés y de Cristo se regalaba con la seguridad de un profeta venidero, mas esclarecido que ellos mismos: la promesa evanjélica del *Paráclito* ú Espíritu Santo, quedó figurada de antemano con el nombre, y acabalado en la persona de Mahoma (90) el mayor y el postrero de los apóstoles del Señor.

Requiere la comunicacion de los conceptos hermandad en los pensamientos y en el habla: suenan los arranques de un filósofo en el oido atónito de un labriego, y no obstante ¡cuán menguada es la desproporcion de *sus* entendimientos respecto á la de un ente infinito con otro limitado! ¡con la palabra de Dios espresada por el habla ó la pluma de un mortal! Cabia muy bien la inspiracion de los profetas hebreos, de los apóstoles y evanjelistas de Cristo, con el ejercicio de la racionalidad y la memoria y el

desnivel de sus injenios se patentiza en el estilo y composicion del antiguo y nuevo Testamento. Mas contentóse Mahoma con el papel mas subalterno, pero mas sublime de mero editor, pues la sustancia del Alcoran (91), segun él mismo ú sus discípulos, es increada y sempiterna, empapada en la esencia de la Divinidad, y estampada con una pluma de lumbre en la tabla de sus decretos incontrastables. El mismísimo arcánjel Gabriel fué el portador de una copia en volúmen de seda y pedrerías hasta el ínfimo cielo, el mismo Gabriel que en tiempo del réjimen judáico, habia sido el mensajero de las embajadas principales, y aquel fidelísimo encargado fué el revelador sucesivo de los capítulos y versos del profeta arábigo. En vez de cierto compás seguido y cabal en la voluntad divina, los fragmentos del Alcoran fueron saliendo á luz á discrecion de Mahoma; cada revelacion sale apropiada á su trance político ú personal, y queda allá orillada toda contradiccion con el arbitrio comodísimo de que todo testo de la escritura viene á quedar derogado ú desatendido con el paso postrimero. Esmeráronse en ir apuntando las palabras de Dios y del apóstol en hojas de palma y huesos de espinazo de los carneros, y las pájinas revueltas estaban metidas en un cesto casero, al cargo de una de sus mujeres. A los dos años de la muerte de Mahoma, su amigo y sucesor Abubeker coordinó y dió á luz el volúmen; y el año trece de la héjira el califa Othman revisó la obra, cuyas varias ediciones comprueban la regalía milagrosa de su misterio constante é inalterable. A impulsos de su entusiasmo ú de su vanagloria, afianza el profeta en la escelencia de su libro la verdad de su instituto, retando hombres y ánjeles denodadamente para que remeden los primores de una sola pájina, afirmando además sin reparo que tan solo Dios pudiera dictar parto tan incomparable (92). Asestado directamente va este argumento poderoso sobre un Arabe devoto, cuyos arranques se encumbran con la fé y el embeleso, cuyo oido se enajena con la cadencia de los sonidos y cuya ignorancia no alcanza á parangonar los partos del injenio humano (93). No cabe en una traduccion mostrar á un infiel Europeo la armonía y numerosidad del lenguaje: reposa allá arrebatadamente aquel ensarte inconexo é interminable de patrañas, mandamientos y declamaciones, sin que por maravilla asomen afectos ni pensamientos, revolcándose á veces por el cieno para luego trasponerse entre las nubes. Los atributos sobrehumanos enardecen la fantasía del misionero arábigo; pero sus disparos mas encumbrados desmerecen respecto á la sencillez sublime del libro de Job, compuesto allá en siglos muy remotos, en el mismo país y en el idéntico idioma (94). Si la composicion del Alcoran sobrepuja á los alcances humanos ¿á qué intelijencia inapeable tendrémos que atribuir la Iliada de Homero ó las Filípicas de Demóstenes? En todas las relijiones la vida de su fundador suple por el silencio de su revelacion escrita: cada dicho de

Mahoma era una leccion sobre alguna verdad, cada accion un ejemplar de virtud, y sus mujeres y compañeros atesoraban sus recuerdos públicos y privados. A los dos siglos, la Sona ·ó ley viva quedó consagrada con los desvelos de Al Bochari, que estuvo deslindando hasta siete mil doscientas y setenta y cinco tradiciones castizas, de una mole de trescientas mil hablillas de calidad mas dudosa ó bastarda. Aquel autor devotísimo estaba diariamente rezando en el templo de la Meca, lavándose y relavándose con el agua del Zemzem: iba depositando sucesivamente sus pájinas en el púlpito y en el sepulcro del apóstol, y luego el conjunto mereció la aprobacion de las cuatro sectas acendradas de los Sonitas (95).

Esplendorosos portentos acudieron á revalidar el contesto de los profetas antiguos Moisés y Jesus; y allá los vecindarios de Medina y de la Meca estuvieron mas y mas estrechando á Mahoma para que diese á luz iguales testimonios de la divinidad de su embajada; para que apease del cielo el ánjel ó el volúmen de su revelacion, que plantase un verjel en medio del desierto, ú abrasase de un soplo á la ciudad incrédula: pero en viéndose apremiado con las instancias de los Koreishitas, allá se encapota en las lobregueces de visiones y profecías, se empoza en la comprobacion interna de su doctrina y se escuda con la providencia de Dios y se desentiende adustamente de señales y maravillas que desquilatan el merecimiento de la fé y agravan el desenfreno de la infidelidad. Sin embargo, el destemple entre airado y encojido de sus descargos está brotando apuro y enfado, y estos pasillos mal mirados corroboran sin contraste el contesto cabal del Alcoran (96). Los enamorados de su Mahoma están mas pagados que él mismo de sus dones milagrosos y su confiada credulidad se robustece al paso que se van alejando del tiempo y sitio de sus hazañas espirituales. Creen y vocean que los árboles le salian al encuentro, que las piedras le saludaban, que brotaba agua por los dedos, que alimentaba al hambriento, curaba al doliente y resucitaba al difunto; que le jimió una viga, que se le lamentó un camello, que una espalda de carnero le avisó que estaba envenenado, que vivientes y exánimes todos al par yacian avasallados por el apóstol de Dios (97). Describen el sueño de un viaje nocturno como suceso efectivo é innegable. Un irracional misterioso, el Borae, lo trasladó desde el templo de la Meca al de Jerusalen: fué subiendo con su compañero Gabriel sucesivamente á los siete cielos y recibiendo y contestando al saludo de patriarcas, profetas y ánjeles en sus paraderos respectivos. Pasado el séptimo cielo tan solo cupo á Mahoma el encumbrarse mas; atravesó el velo de la unidad se acercó á dos tiros de ballesta del sólio, y al tocarle Dios el hombro con su diestra percibió un frio intensísimo en lo íntimo de su corazon. Tras aquel coloquio familiar, pero importantísimo; se apeó de nuevo en Jerusalen, cabalgó su Borae, volvió á la Meca, y redondeó en un rato, el décimo de una noche, el viaje de largos miles de años (78).

Segun otra leyenda, atajó en un consejo nacional el reto malvado de los Koreishitas. Su palabra incontrastable sajó por medio el orbe de la luna; los planetas rendidos se desencajaron de sus ámbitos para jirar siete veces en torno de la Caaba, saludaron á Mahoma en idioma arábigo, y encojiéndose repentinamente se le metieron por el collete y le salieron por la manga de la camisa (99). Empapóse el vulgo con tamaños consejos, pero los doctores musulmanes mas circunspectos remedan la compostura de su maestro y se esplayan allá por los ensanches de su fé y de sus interpretaciones (100). Pudieran alegar muy garbosamente que no habia para que derrumbar la armonía de la naturaleza para andar predicando su Relijion; que una creencia despejada de todo misterio puede prescindir de milagros, y que no era de menos alcance la espada de Mahoma que la varilla de Moisés.

El sinnúmero de supersticiones abruman y descarnan al politeista; entretejiéronse millares de ritos de alcurnia ejipcia con la esencia de la ley Mosáica, y el temple del Evanjelio se desvaneció con el boato de la Iglesia. Preocupacion, ardid ó patriotismo, inclinaron al profeta de la Meca para santificar los ritos de la Arabia y seguir visitando la piedra santa de la Caaba; pero los mandamientos del mismo Mahoma encargan otra devocion mas sencilla y menos irracional, siendo la plegaria, el ayuno y la limosna las obligaciones del Musulman, esperanzado de que la plegaria lo pone á mitad del camino con Dios, el ayuno al umbral de su alcázar y las limosnas le franquean la entrada (101). I. Por la tradicion de viaje nocturno el apóstol en su coloquio estrecho con la Divinidad quedó encargado de imponer á sus discípulos la obligacion diaria de hasta cincuenta plegarias. Advirtióle Moisés que ajenciase algun alivio á tantísima mole, y así el número fué menguando hasta reducirse á cinco, sin asomo de dispensa por quehaceres recreos, por tiempo ni lugar; el rezo se repite al amanecer, al medio dia, á la siesta, al anochecer y á prima noche, y en medio de tantísimo menoscabo en el fervor relijioso nuestros viajeros quedan edificados con el esmero y rendimiento entrañable de los Turcos y los Persas. El aseo es la llave del rezo; aquel redoblado lavatorio de manos, rostro y cuerpo que practicaban allá en lo antiguo los Arabes, suena y resuena solemnísimamente en el Alcoran, y se concede con suma formalidad el permiso de acudir á la arena en escaseando el agua. Las palabras y ademanes de súplica segun se ejecute en el asiento, en pié ó postradamente por el suelo están ya rubricadas por la costumbre y la autoridad, pero el rezo tiene que prorumpirse con arranques breves y fervorosos; sus cumplidas letanías no apuran los ámbitos de la devocion, y cada Musulman para sí mismo queda revestido con el carácter de sacerdote. Para los creyentes desechadores de todo asomo de imájen, fuerza ha sido el enfrenar los estravíos de la fantasía, encaminando la vista y el pensamiento hácia

kebla ó punto visible en el horizonte. Impulsos tuvo á los principios el profeta de halagar á los Judíos escojiendo á Jerusalen, pero recayó luego en su parcialidad naturalísima, y los ojos de las naciones desde Astracan, Fez y Delhis, están cinco veces al dia devotamente alistados al templo sacrosanto de la Meca. Pero es de suyo todo solar para el servicio de Dios, y asi el Musulman reza indistintamente en su estancia ó en la calle. Para diferenciarse de Judíos y de Cristianos, está señalado el viérnes para el instituto provechoso del culto público: júntase el pueblo en la Mezquita y el Islam, algun anciano respetable sube al púlpito para entablar la plegaria y echar el sermon. Carece la relijion mahometana de sacerdocio y de sacrificios, y el temple voluntario del fanatismo está mirando allá con sumo menosprecio á los ministros y esclavos de la supersticion. II. La penitencia arbitraria de los místicos (102) y el martirio y la gloria de sus vidas se hacian odiosísimos á un profeta que tildaba con sus compañeros el voto temerario de abstenerse de carne, de mujeres, y de sueño, y pregonó desde luego que no toleraría monjes en su relijion (103). Pero instituyó para cada año un ayuno de treinta dias, encargando enérjicamente su observancia, como disciplina purificadora del alma y domadora del cuerpo y como ejercicio saludable de obediencia á la voluntad de Dios y de su apóstol. En la temporada del Ramadan, desde la salida hasta la puesta del sol se abstiene el Musulman de comida, bebida, mujeres, baño y perfumes de todo alimento que pueda fortalecerle y de todo deleite sensual. En el jiro del año lunar, el Ramadan viene á caer, ya en lo crudo del invierno, ya en los ardores del estío, y el sufrido mártir sin aliviar la sed con un sorbo de agua, tiene que estar aguardando la terminacion de un dia angustioso y abrasador. La prohibicion del vino, propia de cierta clase de sacerdotes y ermitaños, quedó tan solo por Mahoma convertida en ley jeneral y terminante (104); y con su mandamiento una porcion cuantiosa del globo ha orillado el uso de aquel licor saludable, aunque azaroso. Estas cortapisas trabajosas suelen quebrantarse por el desmandado; ú burlarse por el hipócrita, pero el lejislador que las plantea no incurre en la tacha de halagar á sus secuaces con la condescendencia de apetitos desenfrenados. III. La caridad de los Mahometanos trasciende hasta con los ínfimos irracionales, y el Alcoran encarga repetidamente no ya como un merecimiento, sino por obligacion estrechísima é imprescindible el amparo del menesteroso y desventurado. Quizás es Mahoma el único lejislador que impuso su arancel á la caridad: aquella cuota puede ir variando con el grado y la salida de los haberes segun consista en dinero, en granos en ganadería en frutos ó mercancias, mas no cumple el Musulman con la ley si no reparte el *diezmo* de sus rentas y la conciencia le remuerde por sus engaños ó tropelías: el décimo bajo el concepto de restitucion llega con sus creces hasta el *quinto* (105). El cariño es el quicial de la justicia por cuanto se

nos veda el agraviar á los que debemos asistir. Puede un profeta revelar allá arcanos del cielo y del porvenir; pero en sus mandamientos morales tiene que repetir únicamente las lecciones de nuestros propios pechos. Premios y castigos son los fiadores de los dos artículos de creencia las cuatro obligaciones prácticas del Islam y la fé del Musulman está entrañablemente cifrada en el acontecimiento del juicio final. No se propasó el profeta é prefijar el trance de aquella grandiosísima catástrofe, aunque rasguea enmarañadamente los señales que en cielo y tierra han de anteceder al esterminio universal, cuando cese la vida y el arreglo de la creacion se desplome en el caos primitivo. A la primera clarinada mundos nuevos han de salir á luz, ánjeles, espíritus y hombres se encumbrarán desde el sepulcro y el alma humana se enlazará de nuevo con su cuerpo. Los Ejipcios encabezaron la doctrina de la resurreccion (106) y embalsamaron momias, y construyeron pirámides para conservar la morada antigua del alma por espacio de tres mil años. Escaso é inservible empeño; y Mahoma con otro arranque mas filosófico confia en el Criador Todo-poderoso cuya voz alcanza á reanimar el barro yerto, y á reponer los atomillos inumerables destruidos de su forma y sustancia (107). No cabe deslindar el estado intermedio del alma, y los mas aferrados en la creencia de su naturaleza inmaterial, se quedan á ciegas para calar como ha de estar obrando y careciendo delos órganos y potencias corporales.

Al reenlace del alma con el cuerpo ha de sobrevenir el juicio final del linaje humano, y el profeta en su trasunto del cuadro de los Magos, está puntualizando las formalidades forenses y aun las operaciones pausadas y sucesivas de un tribunal terrestre. Aféanle sus contrarios intolerantes el que los abarque tambien á ellos en esperanzar á todos con la salvacion, pues da por sentada la herejía mas pavorosa; á saber, que cuantos creen en Dios y cumplen con sus mandamientos, deben contar en el postrer dia con una sentencia favorable. El destemple de un fánatico no se aviene con racionalidad tan sosegada, ni se hace probable que un mensajero del empíreo desquilate y dé por escusada su propia revelacion. Por el contesto del Alcoran (108), la creencia en Dios es inseparable de la de Mahoma: las buenas obras son aquellas que él encarga, y ambos requisitos son imprescindibles en la profesion del Islam, con el cual se brinda igualmente á toda nacion y á toda secta. Su ceguedad mental, aunque disculpada con la ignorancia y cohonestada con la virtud, será atenaceada en martirio sempiterno; y las lágrimas que Mahoma estuvo derramando sobre el sepulcro de su madre, por la cual le estaba vedado el orar, está encareciendo una contraposicion traspasante de humanidad y de entusiasmo (109). La condena de los infieles los iguala á todos, la tasa de su delito y castigo se justiprecia por el grado de certidumbre que han menospreciado, y por el bulto de los desaciertos que han estado abrigando:

el paradero sempiterno de Cristianos, Judíos, Sabeos, Magos é idólatras yace mas ó menos empozado allá en el abismo, reservando el mas ínfimo para los fementidos hipócritas que han enarbolado el disfraz de la Relijion. Condenado ya la mayor parte del linaje humano, no cabe á los verdaderos creyentes mas juicio que el de sus acciones. Lo bueno y lo malo de cada Musulman se ha de ir pesando esmeradísimamente en balanza material ó alegórica, otorgando un equivalente muy estraño por desagravio, pues el agresor tendrá que revertir el importe de sus jestiones justificadas á beneficio del agraviado, y en careciendo de algun haber moral, se le recargará el total de sus pecados con la porcion competente de los de su ofendido. Segun preponderen las virtudes ó los delitos, se pronunciará la sentencia, y todos por igual tienen que tramontar el encumbrado y peligrosísimo puente sobre el abismo; pero los inocentes pisando las idénticas huellas de Mahoma, irán esclarecidamente entrando por los portales del Paraíso; al paso que los culpados se irán empozando en el primero y menos horroroso de los siete infiernos. Variará el plazo de su purgatorio desde novecientos hasta siete mil años; pero el profeta tiene atinadamente ofrecido á *todos* sus discípulos, abulten cuanto quieran sus pecados, que vendrán á salvarse de la condenacion sempiterna por su intercesion y la fé propia de cada uno. Es corriente en toda superstición el traer despavoridos á sus secuaces, puesto que es mas obvio á la fantasía el retratar al vivo desdichas que felicidades para la vida venidera. Con los dos elementos sencillísimos del fuego y de la lobreguez, fraguamos acá una sensacion angustiosa que se puede ir mas y mas agravando hasta un grado infinito con el concepto de su duracion interminable. Pero aquel mismo concepto obra contrapuestamente en cuanto al deleite incesante, paladeando en gran manera nuestros logros actuales con el alivio ú el parangon de los quebrantos. Se hace naturalísimo el que un profeta arábigo se embelese y se empape en un paraíso de alamedas, manantiales y arroyuelos, pero en vez de labrar en sus bienaventurados un temple amantísimo de melodías, ciencias, coloquios é intimidades, allá se esplaya desvariadamente con perlas y diamantes, tintes, alcázares de mármol, vajillas de oro, vinos esquisitos, manjares primorosos y comitiva de gran servidumbre, aparatándolo sensual y lujosamente todo cuanto se marchita y desustancia, aun en el breve plazo de nuestra vida mortal. Setenta y dos *huris*, ó muchachas oji-negras, de beldad peregrina, lozanísima mocedad, virjinal pureza y sensibilidad estremada, se han de brindar al apetito del ínfimo creyente; un instantillo deleitoso se ha de dilatar hasta millares de años, y se han de centuplicar sus sentidos y potencias para habilitarlo en el goce de tan suma bienaventuranza. A pesar de una vulgaridad jeneral, los portones del cielo se han de abrir de par en par á entrambos sexos; pero no especifica Mahoma los galanes

de sus escojidas, por no encelar á sus consortes anteriores, ó acibarar sus dichas con la zozobra de un enlace sempiterno. Aquel cuadro de un paraíso carnal ha movido á ira, y tal vez á envidia la turba de los enclaustrados; alborotan contra la Relijion impura de Mahoma, y sus apolojistas encojidos tienen que acudir á la disculpa baladí de figuraciones y alegorías. Pero todo sujeto racional y consiguiente se atiene sin empacho al concepto literal del Alcoran: inservible fuera la resurreccion del cuerpo, si no se reintegrara en el disfrute y ejercicio cabal de sus facultades preeminentes, requiriéndose el consorcio de los goces sensuales é intelectuales para redondear la dicha del viviente doble, del hombre perfecto. Pero los regalos del paraíso mahometano de ningun modo se han de vincular en el ensanche de halagos y apetitos, y el profeta manifiesta espresamente, que toda felicidad adocenada ha de yacer en el olvido y el menosprecio para los santos y los mártires favorecidos con la bienaventuranza de presenciar de hito en hito la Majestad divina (110).

Las conquistas primeras y mas trabajosas de Mahoma (111) fueron las de su mujer, su criado, su alumno y su amigo (112); pues allá se ostentó en ademan de profeta (A. 609), á los mismos que estaban palpando sus achaques de hombre. Creia sin embargo Cadijah las palabras y se empapaba en la nombradía de su consorte; halagaba el embeleso de su libertad al rendido y afectuoso Zeid, el esclarecido Ali, hijo de Abu Taleb se entrañó en los arranques del primo con el denuedo de un héroe lozano, y las riquezas, el comedimiento y el pundonor de Abubeker, revalidaban la Relijion del profeta á quien luego debia suceder. Diez de los ciudadanos mas visibles de la Meca fueron acudiendo á su impulso á las lecciones reservadas del Islam; se doblegaron á los ecos de la persuasiva y del entusiasmo; repitieron el símbolo fundamental: «no hay mas que un Dios y Mahoma es el apóstol de Dios,» y aquella fé, quedó ya galardonada en esta vida con timbres, riquezas, mandos de ejércitos y gobiernos de reinos. Costó tres años la conversion recóndita de catorce secuaces, fruto primero de su carrera, pero al cuarto año tremoló las ínfulas de profeta, y ansioso de traspasar á su familia el resplandor de la verdad divina, aparató un banquete, con un cordero, dicen, y una jofaina de leche para regalar á cuarenta convidados del linaje de Hashem. «Amigos y deudos,» prorumpe Mahoma encarándose con los concurrentes, «os brindo, y tan solo yo os puedo brindar, con los dones mas preciosos, los tesoros de este mundo y del venidero. Me manda Dios que os convoque para su servicio. ¿Quién de vosotros ha de conllevar esta carga mia? ¿Quién de vosotros querrá ser mi compañero y mi visir?» (113). Enmudecen todos, hasta que el denuedo de Ali, mancebo de catorce años, orillando asombros, dudas y menosprecios, rompe el silencio y dice: «O profeta, aquí estoy yo; á quien quiera que se alce contra tí, le estrellaré los dientes, le

arrancaré los ojos, lo perniquebraré y sajaré las entrañas; ó profeta, yo seré tu visir sobre todos ellos.» Acepta Mahoma arrebatadamente el brindis, y exhortan encarecidamente á Abu Taleb para que acate la preeminencia de su hijo. Formalízase el padre de Alí para aconsejar á su sobrino que orille sus intentos impracticables. «Alto á las reconvenciones,» replica el denodado fanático á su tio y bienhechor, «pues pusiéranme el sol á la derecha y la luna á la izquierda que no me torcieran de mi rumbo.» Persevera diez años en el ejercicio de su empeño, y la misma Relijion inundadora del Oriente y del Ocaso, adelanta pausada y trabajosamente en el recinto de la Meca. Ya sin embargo Mahoma, presenciando ufanamente los ensanches de su estrechilla congregacion de unitarios, que lo reverencian á fuer de profeta, y á quienes dispensa oportunamente el parto espiritual de su Alcoran. Cabe computar el número de sus alumnos por la ausencia de ochenta y tres hombres y diez y ocho mujeres que se retiraron á Etiopía en el año séptimo de su carrera, fortalecida con la conversion oportunísima de su tio Hamza, y del bravío é irreducible Omar, que descolló en los aujes del Islam con el mismo afan que habia manifestado para su esterminio. No se vinculó la caridad de Mahoma en la tribu de Koreish á los ámbitos de la Meca, pues en las grandes festividades, en los dias de peregrinacion, solia frecuentar la Caaba, ladearse con los advenedizos de todas las tribus, esforzando en coloquios privados y conferencias públicas la creencia y el culto de una sola Divinidad. Hecho cargo de su acierto y de su flaqueza, abogaba por la libertad de conciencia, y arrinconaba toda violencia relijiosa (114), pero estaba clamando con los Arabes por ejemplar arrepentimiento, instándoles encarecidamente á que recordasen los idólatras de Ad y de Tamud, á quienes la justicia divina habia aventado de la haz de la tierra (115).

Se habia encallecido el vecindario de la Meca en su incredulidad con la supersticion y la envidia. Los prohombres del vecindario y los tios del profeta aparentaban menospreciar el engreimiento, de un huerfanillo, el reformador de su patria. (613-622). Las plegarias fervorosas de Mahoma en la Caaba llevaban por estribillo los clamores de Abu-Talep. «Ciudadanos y peregrinos, nada, no hay que oir á ese embaucador, no hay que escuchar sus novedades malvadas. Aferróse en el culto de Al Lata y de Al Uzzah.» Mas el anciano caudillo se prendaba mas de dia en dia del hijo de Abdalah y escudaba la nombradía y la persona del sobrino contra los embates de los Koreishitas, ya de antemano encelados con las preeminencias de la alcurnia de Hashem. Cohonestaban su encono con el pretesto de Relijion; el majistrado Arabe, en tiempo de Job, castigaba el delito de impiedad (116) y Mahoma se hacia reo de abandonar y negar las divinidades nacionales; mas era tan suma la flojedad en el réjimen de la Meca, que los Koreishitas, en vez de indicar á un culpado, tuvieron que

acudir á la persuasiva ó á la violencia. Se apersonaron repetidamente con Abu Taleb en el desentono de la reconvencion y del amago. «Tu sobrino anda tildando á la Relijion, tacha á nuestros antepasados de idiotas y delirantes; que enmudezca antes que alborote y enzizañe la ciudad. Si se aferra echarémos mano á nuestras espadas contra él y sus allegados, y tú serás responsable de la sangre de tus conciudadanos.» La trascendencia y el comedimiento de Abu Taleb enfrenaron el ímpetu de los bandos relijiosos; los discípulos mas desvalidos ó apocados se retiraron á Etiopía, y el profeta se encastilló por fortalezas en poblado ú en el desierto. Viviendo á espensas de su familia, tuvo toda la tribu de Koreish que atajar toda comunicacion con los hijos de Hashem, que prescindir de toda compra y venta y de todo enlace matrimonial, acosándolos implacablemente, hasta que entregaran la persona de Mahoma á la justicia de los dioses. Colgóse el decreto en la Caaba á la vista de la nacion; siguieron mensajeros Koreishitas persiguiendo á los desterrados musulmanes por el corazon del Africa: sitiaron al profeta con sus secuaces mas fieles, les atajaron el agua y enconaron mas y mas su enemistad con el vaiven de tropelías y desacatos. Medió tregua y se aparentó concordia, hasta que el fallecimiento de Abu Tabeb dejó á Mahoma en total desamparo, acibarado todavía con la pérdida de su fiel y jeneroso Cadijah. Entró Abu Sofian, caudillo de la rama de Omiah por sucesor en el mando de la república de la Meca; y á impulsos de su ceguedad con los ídolos y de su odio mortal á la casta de Hashem, formó una junta de Koreishitas y sus allegados para sentenciar al apóstol. Su encarcelamiento podia disparar desesperadamente su entusiasmo y con el destierro de un fanático popular y elecuente pudiera ir cundiendo la plaga por las provincias de Arabia. Acordóse su muerte, y se convino en que una espada de cada tribu le traspasaria el corazon para jeneralizar el atentado de su ejecucion y burlar el desagravio de los Hashemitas. Un ánjel ó un espía patentizó la conspiracion, y no quedó ya mas arbitrio á Mahoma que el de la fuga (A. 662) (117). Allá ádeshora con su íntimo Abubeker huye calladamente de su casa: asaltan los asesinos la puerta, pero se equivocan con el bulto de Ali que yacia en el lecho con la vestidura verde del apóstol. Respetan los Koreishitas la relijiosidad del mozo heróico, mas quedan todavía algunos versos de Alí que estan retratando al vivo su congoja, su ternura y su confianza mística. Mahoma y su compañero permanecen tres dias ocultos en la cueva de Bhor, á una legua de la Meca, pero todas las noches les llegan reservadamente avisos y sustentos del hijo y de la hija de Abubeker. Pesquisan mas y mas los Koreishitas todo rincon por las cercanías y se asoman á la boca de la cueva, pero el engaño predispuesto de una telaraña y un nido de palomas, se supone que les persuadió como el paraje estaba solitario é intacto: «somos tan solo dos» dice todo trémulo

Abubeker. «Hay un tercero,» contestó el profeta, « y es el mismo Dios.» Desaparecen los perseguidores, salen los fujitivos del peñasco y cabalgan sus camellos, alcánzanles los emisarios de los Koreishitas en el camino de Medina, pero se libertan de sus manos con ruegos y promesas. En aquel trance grandioso el lanzazo de un Arabe hacia variar la historia del Orbe. Fundó la huida del profeta de la Meca á Medina la era memorable de la *Héjira* (118) que tras doce siglos, deslinda todavía los años lunares de las naciones mahometanas (119).

Feneciera la Relijion del Alcoran en su cuna, á no abrazar Medina la fé y acatar á los sagrados arrojadizos de la Meca. Medina, ó la *ciudad*, conocida bajo el nombre de Yatreb, antes de quedar santificada con el sólio del profeta, estaba dividida entre las tribus de los Carejitas y los Ausitas, cuyo encono hereditario se reencendia al menor encuentro : dos colonias de Judíos, que blasonaban de su linaje sacerdotal, eran sus rendidos aliados ; y sin convertir á los Arabes fueron introduciendo algun apego á las ciencias y á la Relijion que ensalza Medina como la ciudad del libro. Algunos de sus prohombres, peregrinando á la Caaba, quedaron convertidos con las pláticas de Mahoma; derramaron la creencia en Dios y en su profeta, y se revalidó la nueva alianza con los diputados en dos avistamientos en un cerro de los arrabales de la Meca. Por el pronto diez Carejitas y dos Ausitas se hermanaron en fé y cariño, protestaron en nombre de sus consortes, hijos y deudos ausentes, que profesarian por siempre la creencia y cumplirian los mandamientos del Alcoran. La segunda vista fué una asociacion, y la chispa primera y encendedora del imperio sarraceno (120). Formalizaron setenta y tres varones y dos mujeres una conferencia con Mahoma, sus parientes y sus discípulos, y se juramentaron mutuamente para el desempeño de su fidelidad. Prometieron en nombre de la ciudad, que si lo castigaban lo recibirian á fuer de confederado, le obedecerian como caudillo, y lo resguardarian con todo estremo, como á sus propias mujeres y niños. « ¿Pero si os llama la patria, » le preguntan con halagüeña zozobra, «no desampararéis á vuestros aliados nuevos? — Todo es ya comun,» contestó sonriéndose Mahoma, «entre nosotros, vuestra sangre es la mia, y mio es tambien vuestro esterminio. Ya quedamos enlazados con los vínculos del pundonor y del interés. Soy vuestro amigo y contrario de vuestros enemigos. — Mas si fenecemos en la demanda, » prorumpen los diputados de Medina, «¿cuál ha de ser nuestro galardon?» — « El Paraíso, » esclamó el profeta, — Alarga esa mano. » La alarga y vuelven á juramentarse en prenda de su mútua fidelidad. Abraza el vecindario unánime el Islam, y ratifica el tratado ; regocíjase con el destierro el apóstol ; pero tiembla por su seguridad y así están esperando ansiosamente su regreso. Marcha veloz y arriesgadamente por la costa, se para en Koba á una legua escasa de la ciudad, y hace su entrada pública en

Medina á los diez dias de su fuga de la Meca. Hasta quinientos ciudadanos le salen al encuentro; todos le vitorean con lealtad y cariño; cabalga Mahoma una camella, se resguarda del sol con una sombrilla, y desplegan allá un turbante que haga veces de pendon á su delantera. Sus discípulos mas valientes, aventados antes por la tormenta, lo van escudando; y se apellidaron los merecimientos diversos de los Musulmanes con los nombres de *Mohajerios* y *Ansares* en igual jerarquía, esto es, los huidos de la Meca y los ausiliares de Medina. Para desarraigar toda semilla de zelos, hermanó atinadamente Mahoma á sus secuaces principales con los derechos y obligaciones de hermanos, y al hallarse Alí sin pareja, le manifestó entrañablemente el Profeta que él seria el compañero y hermano del esclarecido mancebo. Prosperó el arranque; la hermandad sagrada logró acatamientos en paz y en guerra, y se esmeraron á porfía entrambos partidos en competir con su denuedo y su lealtad. Tan solo por una reyerta casual sobrevino un leve disturbio en la concordia; pues un patricio de Medina tildó la insolencia de los advenedizos, mas al apunte de su espulsion, se encresparon todos, y su propio hijo se brindó á poner bajo las plantas del apóstol la cabeza del padre.

Avecindado Mahoma en Medina tremola ínfulas de soberanía réjia y sacerdotal; y era ya impiedad el apelar de un juez cuyos fallos eran parto de la sabiduría divina. Feria ú se granjea un terrenillo, pegujar de dos huerfanitos (121), y en aquel solar selecto, levanta una vivienda y una mezquita mas venerables con su tosca sencillez que los alcázares y templos de los califas Asirios. Estampa en su sello de oro ó de plata el dictado de apóstol; al rezar ó predicar en la junta semanal se recuesta contra un tronco de palmera, y tarda mucho en avenirse al uso de cátedra ó púlpito de madera mal labrada (122). Tras un reinado de seis años, ya se juramentan mil y quinientos Musulmanes armados y en campaña rindiéndole parias de lealtad, y repite el caudillo sus seguridades solemnes de amparo hasta el ínfimo individuo, y esterminio final de su partido. El diputado de la Meca se muestra atónito en el mismo campamento al ver el ahinco de los fieles, con las palabras y miradas del profeta, el afan con que acudian á recojer su saliva, un cabello que se le cayese al suelo, el agua de desecho de sus lavatorios, como si hasta cierto grado viniesen á participar de su virtud profética. « He visto, » dijo, « el Cosroes de Persia y el César de Roma; mas nunca llegué á mirar á un rey en medio de sus vasallos como á Mahoma entre sus compañeros: » el fervor devoto del entusiasmo obra con mas pujanza y trascendencia que la servidumbre entonada y yerta de las cortes.

Allá en el estado de naturaleza compete á todo individuo el resguardo armado de su persona y haberes; le cabe el rechazar y aun precaver las tropelías del enemigo, y aun el estremar sus hostilidades hasta cierto punto de

desquite y desagravio. En la sociedad anchurosa de los Arabes, era muy desahogado el coto de un súbdito y ciudadano, y Mahoma en el desempeño de un encargo apacible y cariñoso habia padecido saqueo y destierro por la sinrazon de sus conciudadanos. La eleccion de un pueblo voluntarioso habia encumbrado al fujitivo de la Meca á la jerarquía de soberano, y así estaba revestido con la prerogativa fundada de entablar alianzas, y entrar en guerra ofensiva y defensiva. La escasez de los derechos humanos quedaba reenchida con la plenitud de su potestad divina; el profeta de Medina en sus nuevas revelaciones prorumpe en arranques mas entonados y sanguinarios, por donde se comprueba que su comedimiento anterior, procedia de flaqueza (123) : se habia echado mano de la persuasiva; pero ya se hacia intempestiva la templanza ; y se le estaba mandando que propagase su Relijion al filo de la espada, volcando todo monumento de idolatría, desentendiéndose de la santidad de dias y meses perseguir á todo trance á las naciones incrédulas del orbe entero. Los idénticos y sangrientos mandatos suenan y resuenan en el Alcoran al par que en el Pentateuco y en el Evanjelio. Pero el temple suave del lenguaje evanjélico da ensanches al texto ambiguo de que Jesus no trajo paz á la tierra sino espada, sus virtudes sufridas y humildes no se han de equivocar con el afan intolerante de los príncipes y obispos, que han venido á deshonrar el nombre de sus discípulos. Mas fundadamente pudo Mahoma acudir, en el desempeño de su guerra relijiosa, al ejemplo de Moisés, de los Lucas y de los reyes de Israel, y las leyes militares de los Hebreos adolecen todavía de mas tirantez que las del lejislador arábigo (124), El Señor de los ejércitos los encabezaba personalmente: toda ciudad que contrarestaba á su intimacion presenciaba el degüello de todos sus varones sin escepcion: las siete naciones de Canaan yacieron en su esterminio, sin que arrepentimiento ni conversion las libertase del fallo inevitable, de que ni un estremo quedase salvo en su recinto. Los enemigos de Mahoma optaban á su albedrío en toda amistad, rendimiento ú batalla. En profesando la creencia del Islam alternaban en todas las ventajas temporales y espirituales de sus alumnos primitivos, y allá tremolaban el pendon idéntico para dilatar mas y mas la Relijion que habian una vez admitido. La clemencia del profeta se cifraba toda en su interés, y por maravilla llegó á hollar al rendido; prometiendo al parecer, que en cuanto al pago de los tributos, los menos culpados de sus pueblos incrédulos eran árbitros de seguir con su culto, ó bien con su fé descabalada. Sigue en los primeros meses de su reinado siempre atenido á las máximas de una guerra sagrada, y enarbola su bandera blanca ante las puertas de Medina; pelea el apóstol batallador en nueve sitios ó refriegas (125) y redondea cincuenta empresas guerreras en diez años por sí mismo ú por sus lugartenientes. Sigue mas y mas como Arabe, hermanando las profesiones de tratante y de sal-

teador, y en sus correrías de ataque ó defensa de una caravana, va imperceptiblemente habilitando sus tropas á la conquista de la Arabia. Una ley divina pauta el reparto de los despojos (126); pues se hacina todo en masa comun; se reserva el quinto de oro, plata, prisioneros, ganados, muebles y sitios por el profeta, para usos piadosos ó caritativos, lo restante se distribuye proporcionalmente entre la soldadesca victoriosa y la guarnicion del campamento; el galardon de los difuntos recae todo en sus viudas y huérfanos, fomentando mas y mas la caballería, duplicando la cuota por el caballo y el jinete. Relijion y robo van cebando á diestra y á siniestra la Arábia entera; santifica el apóstol el ensanche de gozar á las cautivas á fuer de esposas ó de concubinas, y el disfrute de riquezas y hermosura era un escasillo remedo de las glorias del Paraíso aparatados para los mártires de la fé. « La espada, » dice Mahoma, « es la llave del cielo y del infierno; una gota de sangre derramada por la causa de Dios, una trasnochada sobre las armas, es de mayor monte que dos meses de ayunos y rezos; en muriendo en batalla, se queda absuelto de todo pecado, y aquellos heridos en el dia del juicio han de centellear como el bermellon y trascender como el almizcle, supliendo alas de arcánjeles y querubines la carencia de miembros. » Caldea mas y mas el entusiasmo las almas denonadas de los Arabes: su fantasía les retrata al vivo aquel mundo invisible, y hasta la muerte, que siempre menospreciaron, es ya el ansiado blanco de sus esperanzas. Entona el Alcoran redondamente los dogmas del fatalismo y la predestinacion, que darian al través con la industria y el pundonor, si la creencia del hombre de suyo especulativa pautase sus jestiones; pero en todos tiempos su influjo estremó el denuedo de Turcos y Sarracenos. Se abalanzaron los primeros, compañeros de Mahoma á la refriega con garbosa confianza, pues no cabe peligro sin continjencia, pues yacian sentenciados á muerte en sus lechos ó bien gallardeaban en salva como invulnerables entre las descargas enemigas (127).

Quizás los Koreishitas se complacieran con la huida de Mahoma, á no ser tan provocador, vengativo y atajador del comercio de Siria al ir y volver por el territorio de Medina. Conducia el mismo Abu Sofian, con solos treinta ó cuarenta secuaces, una caravana riquísima de mil camellos: la dicha y la maestría de su rumbo sortea el acecho de Mahoma, sabe sin embargo que los salteadores santos le están esperando emboscados á su regreso, envia un aviso á los interesados en la Meca, quienes se aprontan con la zozobra del malogro de sus mercancías y abastos, no acudiendo militar y ejecutivamente con las fuerzas de la ciudad. El tercio sagrado de Mahoma se compone de trescientos y trece Musulmanes, siendo los setenta y siete fujitivos y los demás auxiliares: iban alternativamente cabalgando setenta camellos (eran los del Yatreb formidables para

la guerra) mas es tan estremado el desamparo de sus primeros discípulos, que tan solos dos pueden presentarse en caballos (128). En el valle pingüe y decantado de Beder (129), á tres jornadas de Medina, tiene aviso por sus espías de que se acerca la caravana por cierto rumbo, y por otra parte los Koreishitas con cien caballos y ochocientos y cincuenta infantes. Tras breve deliberacion, sacrifica la perspectiva de tanta opulencia al ímpetu de tanta nombradía y de la venganza, se atrinchera escasamente para el resguardo de su tropa y de una corriente fresca que baña toda la vega «¡Oh Dios!» esclama, al descolgarse los Koreishitas de los cerros. «¡Oh Dios! si estos mios fenecen, ¿quien te ha deadorar sobre la tierra?.. Ea, hijos, denuedo, estrechad las distancias, acestad las flechas y vuestro es el dia.» A estas palabras (A. 623) se encumbra con Ahubeker en un tabladillo ú púlpito (130). Se implora encarecidamente el auxilio de Gabriel y de tres mil arcánjeles. Clava la vista en el campo de batalla, desmayan atropellados los Musulmanes, y en aquel trance el profeta se arroja del tabladillo, monta en su caballo y aventa un puñado de arena. «¡Así sus rostros queden cubiertos de baldon!» Su voz atruena á entrambas huestes y su fantasía está viendo á los guerreros anjélicos (131); tiemblan y huyen los Koreishitas, fenecen setenta de los mas valientes, y setenta cautivos realzan la primera victoria de los fieles. Desnudos y ultrajados quedan los cadáveres enemigos y dos de los mas culpados padecen muerte, y cuatro mil dragmas de plata por el rescate de los otros, vino á compensar el salvamento de la caravana. Mas en vano anduvieron los camellos de Abu Sofian allá tanteando nuevos rumbos por el desierto y sobre el Eufrates, los alcanzó la dilijencia de los Musulmanes, y subido seria su importe, puesto que ascendió á veinte mil dragmas el quinto del apóstol. Airado Abu Sofian con el quebranto público y personal, allega un cuerpo de tres mil hombres, los setecientos coraceros y doscientos jinetes en caballos: siguen tres mil camellos su marcha, y su esposa Henda con quince matronas de la Meca, andan tamborileando á porfía sus timbales para alentar á la tropa, y solemnizar las grandezas de Hobal, la divinidad mas popular de la Caaba Novecientos y cincuenta creyentes son los tremoladores del estandarte de Dios, y de Mahoma; no era mas pavorosa la desproporcion de fuerzas que en los campos de Beder, y sus ínfulas victoriosas arrollan los arbitrios divinos y humanos del apóstol. Trábase la segunda refriega sobre el monte Ohud, á dos leguas al norte de Medina (132); forman los Koreishitas una media luna en el avance, y acaudilla Caled el ala derecha de la caballería, en ademan de prohombre entre los guerreros Arabes. Coloca Mahoma militarmente su tropa sobre el pendiente de un cerro, resguardando su espalda, con cincuenta flecheros. Embiste disparadamente y arrolla el centro de los idólatras; mas pierden allá en el avance la ventaja del terreno: desamparan los fle-

cheros su sitio: cébanse los Musulmanes en el despojo, desobedecen á su jeneral y desbaratan su formacion. Murió Mahoma, clama descompasadamente el denodado Caled, revoloteando por costados y retaguardia con su caballería. Mal hirióle con efecto un venablo en el rostro, estremécenle dos dientes de una pedrada; pero en medio de la revuelta y del quebranto, afea á los infieles el asesinato de un profeta, y bendice la mano amiga que le estanca la sangre y lo pone en salvo. Setenta mártires fenecen por los pecados de todos; cayeron, dice el apóstol, orando, y abrasando cada hermano á su compañero exánime (133); las hembras inhumanas de la Meca destrozaron sus cadáveres, y la mujer de Abu Sofian masticó las entrañas del tio de Mahoma. Allá se empaparon en su saña supersticiosa, mas los Musulmanes se rehicieron en campo raso, y los Koreishitas escasearon de fuerzas ó de aliento para formalizar el sitio de Medina. El año siguiente le atacó una hueste de diez mil enemigos; y esta espedicion tercera se nombra diversamente, por las *naciones* que se alistaron con Abu Sofian, por el *foso* que se abrió por delante de la ciudad y de un campamento de tres mil Musulmanes. Mahoma sorteó ciertamente toda refriega jeneral: descolló allí en una lid particular, y continuó la guerra por veinte dias hasta el desvío final de los confederados. Sobrevino un temporal de viento, lluvia y granizo que les desbarató las tiendas: las asechanzas de su contrario anduvieron fomentando zizaña entre ellos, y los Koreishitas desamparados por sus compañeros, desesperanzaron de volcar el sólio y atajar las conquistas de su desterrado incontrastable (134).

La eleccion de Jerusalen para la primera kebla del rezo está manifestando la propension temprana de Mahoma á los Judíos, y venturosísimos fueran en sus intereses temporales, si reconocieran en el profeta arábigo la esperanza de Israel y el prometido Mesías (A. 623-627). Su pertinacia trocó aquella inclinacion en ódio implacable, con el cual estuvo acosando al pueblo desdichado hasta el postrer punto de su vida; y bajo entrambos conceptos de apóstol y de conquistador, estendió tambien su persecucion á entrambos mundos (135). Habitaba el Kainoka á Medina, al resguardo de la ciudad; avaloró la coyuntura de un alboroto casual y les intimó que abrazasen su relijion, ó saliesen á trabar batalla con él. «¡Ay de nosotros!» contestan trémulos los Judíos, «que somos legos en el uso de las armas, pero nos aferramos en la fé y el culto de nuestros padres: ¿á que fin reducirnos á la precision de una defensa justísima?» Terminóse en quince dias la contienda desproporcionada, y condescendió al fin Mahoma con las encarecidas instancias de sus aliados para no quitar la vida á los cautivos. Pero quedaron confiscados sus haberes, sus armas fueron mas eficaces en manos de los Musulmanes, y allá fueron arrojando una colonia desventurada con mujeres y niños para que implo-

rase acojida por el confin de la Siria. Mas criminales fueron los Nadhiritas, puesto que en un avistamiento amistoso conspiraron contra la vida del profeta. Sitió su castillo á una legua de Medina; pero el teson de su defensa alcanzó una capitulacion decorosa, y la guarnicion al eco de sus clarines y al compás de sus tambores, salió con los honores de la guerra. Incitadores los Judíos y compañeros de los Koreishitas, apenas se retiraron las naciones del *foso* tuvieron sobre sí á Mahona, marchando sin desarmarse en el mismo dia para esterminar la prole enemiga de Koraidha. Resistieron veinte y cinco dias y se entregaron á discrecion. Confiaban en la intercesion de sus aliados en Medina, mas no podian ignorar cuan arrollador es el fanatismo de todo impulso de humanidad. Un anciano venerable, á cuyo juicio apelaron, pronunció la sentencia de muerte: setecientos Judíos aherrojados estuvieron vivos en el mercado de la ciudad, y asi mismo fueron sepultados en un socavon; y el apóstol estuvo inflexiblemente mirando aquella matanza de sus contrarios desvalidos. Heredaron los Musulmanes sus ovejas y camellos, pero trescientas corazas, con mil y quinientas lanzas y picas fueron la parte mas provechosa de aquel despojo. A seis jornadas al Nordeste de Medina, estaba la antigua y rica ciudad de Chaibar, solar de la potestad judía en Arabia; cuajaban su pingüe territorio en medio del desierto plantíos y ganados, al resguardo de ocho castillos, conceptuados algunos de inespugnables. Consistian las fuerzas de Mahoma en doscientos caballos y mil y cuatrocientos infantes, empeñándose en ocho sitios consecutivos estaban expuestos á contingencias, penalidades y escaseces, y hasta los caudillos mas intrépidos daban por desahuciado el intento. Enardece el apóstol su fé y su denuedo con el ejemplar de Ali, á quien apellidó el Leon de Dios: tal vez nos avendrémos á creer que un campeon Hebreo y ajigantado quedó hendido por su cimitarra incontrastable; mas no cabe allanarse al invento de un desquiciador de portones de fortalezas, y embrazándolos á manera de escudos en su izquierda (136). Avasallados los castillos, lo quedó igualmente la ciudad de Chaibar. Martirizaron al adalid de su tribu para esprimirle la manifestacion de sus tesoros ocultos, presenciándolo Mahoma: medió mansedumbre aparente con los ganaderos y labradores industriosos, consintiéndoles durante el albedrío del conquistador ejercitar su granjería y partir con él por igual los productos. Fueron los Judíos de Chaibar trasladados á Siria en el reinado de Omar, alegando el califa la disposicion de su dueño moribundo para que una relijion sola y verdadera se profesase en la Arabia su patria (137).

Cinco veces al dia encaminaba Mahoma la vista hácia la Meca (138), y motivos sagrados y peligrosos le impelieron á rejistrar ya á fuer de conquistador el mismo templo y ciudad de donde saliera desterrado (A. 629). Su fantasía le estaba, en sueño y en vela, retratando la Caaba, y sus mas

rematados desvarios se trocaban en visiones y profecias; y tremolando la bandera santa, boqueó temeraria y arrebatadamente promesas de su logro. Marcha de Medina á la Meca; ostenta el boato pacífico y grandioso de una peregrinacion; van de batidores ante la vanguardia setenta camellos selectos y engualdrapados para el sacrificio; entra respetando el territorio sagrado y despidiendo sin rescate á los cautivos, para que aclamen su clemencia y su devocion. Mas al bajar Mahoma á la llanura, á una jornada de la ciudad, prorumpe: « Se han revestido de pieles de tigre, » el número y el denuedo de los Koreishitas le contrarestan, y los Arabes vagarosos del desierto iban tal vez á desamparar ó vender á un caudillo á quien habian seguido esperanzados de la presa. Amaina el fanático sus disparos, y asoma ya pausado y receloso estadista: se realza en un ajuste con el dictado de apóstol de Dios, zanja una tregua de diez años con los Koreishitas y sus aliados, se allana á devolver los huidos de la Meca que abracen su Relijion, y pacta únicamente para el año inmediato el agasajo comedido de entrar en la ciudad como amigo, y permanecer tres dias para cumplir con los ritos de su romería. Cierto rubor y pesadumbre está allá nublando la retirada de los Musulmanes, y su malogro franquea cargos contra las decantadas evidencias del profeta anunciador de felicidades. Campea la perspectiva de la Meca y enardece la fé y la esperanza de los peregrinos; envainan las espadas y van rondando por las huellas del apóstol hasta siete veces la Caaba: habíanse retirado los Koreishitas á las serranías, y Mahoma, tras el acostumbrado sacrificio, evacua la ciudad al cuarto dia. Edifica al vecindario con su devocion y asombra, ó desaviene, ó cohecha á los adalides enemigos; y tanto Caled como Amru, los conquistadores venideros de Siria y Ejipto, desiertan oportunísimamente de la parcialidad desmoronada de la idolatría. Acrecienta Mahoma su poderío con el rendimiento de las tribus arábigas; junta diez mil soldados para avasallar á la Meca, y recaba fácilmente de los idólatras, como mas endebles el quebrantamiento de la tregua. Entusiasmo y disciplina entonan la marcha y afianzan la reserva, hasta que el resplandor de diez mil fogatas pregona á los atónitos Koreishitas el asomo, el intento y la pujanza incontrastable del enemigo. El altanero Abu Sofian se apersona con las llaves de la ciudad, va celebrando la variedad de armas é insignias que le pasan por delante en reseña, espresa que el hijo de Abdalah se tiene ya granjeado un reino poderoso, y confiesa, al blandirle Omar su cimitarra, que es el apóstol del verdadero Dios. Borron fué del regreso de Mario y de Sila aquel derramamiento de sangre romana; hervor relijioso estimulaba la venganza de Mahoma, y ansiosísimos se mostraban sus secuaces agraviados de ejecutar ó anticipar las órdenes de matanza; pero el desterrado victorioso, en vez de halagar los ímpetus propios y ajenos (159), indulta y hermana á los facciosos de la Meca. Marcha su

tropa á la ciudad en tres divisiones; acuchilla Caled á veinte y ocho moradores; tenia Mahoma sentenciados á once varones y seis mujeres, y vitupera la crueldad de su lugarteniente y varias de las víctimas señaladas debieron la vida á su clemencia ó su menosprecio. Póstranse á sus plantas los caudillos Kereishitas. « ¿Qué compasion os cabe esperar de quien teneis tan agraviado? » — « Confiamos en la jenerosidad de nuestro deudo. » — « Pues no confiasteis en vano; andad, estais en salvo y quedais libres. » Hácese el vecindario de la Meca acreedor al indulto profesando el Islam; y tras un destierro de siete años, el misionero fujitivo queda entronizado como príncipe y profeta de su misma patria (140). Destroza ignominiosamente los trescientos y sesenta ídolos de la Caaba, purifica y hermosea la casa del Señor, y para ejemplo de los venideros, cumple el apóstol con las obligaciones de peregrino, pregonando la ley sempiterna de que ningun incrédulo fuese osado poner los pies en el territorio de la ciudad sagrada (141).

Conquistada la Meca, tribútanle fé y obediencia las tribus árabes (142), que con los vaivenes de la suerte reverenciaron ó desatendieron la afluencia y las armas del profeta (A. 629-632). Su despego en punto á opiniones y ritos es todavía el distintivo de los Beduinos, y allá admitirian tan á sus anchuras como lo practican ahora la doctrina del Alcoran. Pero allá una porcion empedernida se aferró en su apego á la Relijion y libertad de sus antepasados, y la guerra de Honain se apellidó de los *ídolos* por los que Mahoma habia hecho voto de anonadar, y por los mismos que los confederados de Tayef se habian juramentado para defender (143). Adelántanse cuatro mil paganos veloz y reservadamente á sorprender el vencedor; compadecen y menosprecian la apoltronada flojedad de los Koreishitas, pero cuentan con la inclinacion y el arrimo de un pueblo recien desprendido de sus ídolos, y doblegado bajo el yugo de un enemigo. Enarbola el profeta los pendones de Medina y de la Meca, un tropel de Beduinos robustece ó aumenta su hueste y hasta doce mil Musulmanes se engrien temeraria y culpablemente con sus fuerzas incontrastables. Bajan desprevenidos al valle de Honain, cuyas cumbres dominantes ocupa el cuerpo de flecheros y honderos de los confederados; arrollados quedan sus tercios, inutilizada su disciplina, quebrantado su denuedo y los Koreishitas se están sonriendo con el esterminio iminente. Cercan los enemigos al profeta; cabalgando su tordilla intenta abalanzarse á sus piés en pos de una muerte esclarecida: diez de sus leales compañeros atraviesan sus armas y sus pechos, y tres caen difuntos á sus pies: « ¡ Ay hermanos, » clama repetida y dolorosamente con ira, « soy el hijo de Abdalah, el apóstol de la verdad; mantente, hombre, aferradamente en la fé ¡ Ay Dios! ¡favoréceme con tu auxilio! » Su tio Abas, que al par de los héroes de Homero, sobresalia con la retumbancia de su voz, hace

resonar el valle recitando los dones y promesas de Dios; acuden los Musulmanes fujitivos á diestro y siniestro del pendon sagrado, y Mahoma está viendo ufanísimo como la hoguera se reinflama: su maestría y su ejemplo rehace la batalla, y enardece á sus tropas vencedoras para que descarguen su venganza despiadada sobre los autores de su afrenta. Desde el campo de Honain marcha ejecutivamente al sitio de Tayef, á veinte leguas al sudeste de la Meca, fortaleza de entidad, cuya pingüe campiña está produciendo los frutos de Siria en medio del yermo arábigo. Una tribu amiga, impuesta (no consta como) en el arte de los sitios, le proporciona un surtido de aríetes y máquinas militares, con un cuerpo de quinientos operarios. Pero en vano brinda con libertad á los esclavos de Tayef; quebranta sus propias leyes con la tala de los frutales, socava con sus mineros la tierra y asalta la brecha con sus tropas, pues tras veinte dias de sitio toca el profeta la retirada, pero allá con ecos devotos y triunfadores, aparentando rogar por el arrepentimiento y la salvacion de la ciudad incrédula. Ascendian los despojos de aquella espedicion venturosa á seis mil cautivos, veinte y cuatro mil camellos, cuarenta mil ovejas y cuatro mil onzas de plata; una tribu que peleara en Honain rescató sus prisioneros con el sacrificio de sus ídolos, pero Mahoma repuso el quebranto cediendo á la soldadesca su quinto de la presa, y anheló en beneficio de ella la posesion de tantas cabezas de ganado, como árboles habia en la provincia de Tehama. En vez de castigar la desestimacion de los Koreishitas, se esmeró en cortarles las lenguas (expresion suya) y afianzar su afecto con las creces de sus agasajos; cupieron tan solo á Abu Sofian trescientos camellos y veinte onzas de plata, y la Meca quedó entrañablemente convertida á la relijion provechosa del Alcoran. Quejáronse los *fujitivos* y *auxiliares* de que recargados en la fatiga quedaban desatendidos en el trance de la victoria. «¡Ay de mí!» contesta el artero caudillo, «llevad á bien que yo hermane estos enemigos de ayer, estos alumnos mal seguros, por medio de unos bienes perecederos. Yo pongo en vuestra custodia mi vida y haberes; pues sois mis compañeros de mi destierro, de mi reino y de mi Paraíso.» Siguiéronle diputados de Tayef, temerosos de la repeticion del sitio. «Otórganos, ó apóstol de Dios, una tregua de tres años, con la tolerancia de nuestro antiguo culto.» — «Ni un mes, ni una hora.» — «Dispensadnos á lo menos de la pension del rezo.» — «De nada sirve relijion sin plegarias.» Enmudecen y se avienen, sus templos quedan demolidos, y la misma sentencia de esterminio alcanza á todos los ídolos de la Arabia. Sus tenientes por las playas del Mar Rojo, del Océano y del Golfo Pérsico, logran aclamaciones de un pueblo leal, y los embajadores arrodillados ante el sólio de Medina, se agolpan (dice el refran arábigo) como los dátiles que van cayendo en sazon de una palmera. Ríndense allá las naciones al Dios y al cetro de Ma-

homa: queda abolido el nombre afrentoso de tributo; aplícanse las ofrendas voluntarias ó forzadas, tal como limosnas y diezmos, al ejercicio de la Relijion; acompañando al apóstol hasta ciento y catorce mil Musulmanes en su postrera romería (144).

Al regresar Heraclio triunfante de su guerra pérsica, conversó en Emesa con uno de los embajadores de Mahoma que iban convidando á los príncipes y naciones de la tierra para profesar el Islamismo. (A. 629 y 630). Con este antecedente, el afan de los Arabes ha supuesto la conversion reservada del emperador cristiano; la vanagloria de los Griegos soñó allá una visita personal del príncipe de Medina, quien aceptó de la dignacion réjia de un señorío opulento y retiro seguro en la provincia de Siria (145). Pero breve fué la amistad de Heraclio con Mahoma; habia la nueva Relijion enardecido mas bien que saciado el sediento anhelo de los Sarracenos, y la matanza de un enviado proporcionó pretesto decoroso para invadir, con tres mil soldados la provincia de Palestina á levante del Jordan. Fué Zeid el alférez del pendon sagrado, y era tal el entusiasmo ú la disciplina de la secta flamante, que los adalides mas encumbrados se avenian sin reparo á militar bajo las órdenes de un esclavo del profeta. En caso de muerte le han de ir sucediendo Jaafar y Abdalah en el mando, y feneciendo los tres caudillos quedaba árbitro el ejército de elejir su jeneral. Mueren los tres en la batalla de Muta (146), la primera refriega en que el denuedo musulman se ensayó contra un enemigo forastero. Cae Zeid como un soldado en las primeras filas; la muerte de Jaafar es heróica y memorable; pierde la mano derecha y pasa el estandarte á la izquierda, cortánle esta y afianza la insignia con los muñones manando sangre, hasta lo clavan en el suelo con cincuenta heridas honoríficas. «Adelante,» vocea Abdalah, colocándose en el sitio vacante, «pues ó victoria ó Paraíso ha de ser nuestro.» La lanza de un Romano tranza la alternativa, pero acude Caled el alumno de la Meca y rescata el estandarte; quiebra hasta nueve espadas, y su teson contraresta y rechaza el número superior de los Cristianos. El consejo nocturno del campamento le confiere el mando, y la maestría de sus evoluciones á la madrugada afianza la victoria ó la retirada de los Sarracenos, y suena Caled entre amigos y enemigos con el dictado peregrino de *Espada de Dios*. Entona Mahoma desde el púlpito los blasones de los mártires bienaventurados con raptos proféticos; pero en privado adolece de los quebrantos de la humanidad, pues se le sobrecojió llorando con la hija de Zeid: «¿qué es lo que miro?» prorumpe atónita la devota. — «Estás viendo,» contesta el apóstol, «un amigo que está llorando el malogro del amigo mas entrañable.» Avasallada la Meca, aparenta el soberano de Arabia anticiparse á hostilizar á Heraclio, y pregona solemnísimamente la guerra contra los Romanos, manifestando sin rebozo las penalidades y con-

tinjencias de la empresa (147). Los Musulmanes se acobardan, alegan su escasez de dinero, de caballos y de abastos, la temporada de su siega y el calor insufrible del estío. « Mucho mas ardiente es el infierno, » contesta airado el profeta. No se allana á violentarlos, pero intima á los mas culpados una escomunion de cincuenta dias. Aquellos desertores vienen á realzar el merecimiento de Abubeker, Othman los y compañeros leales que allá le tributan sus vidas y haberes, y tremola Mahoma su bandera capitaneando veinte mil caballos y veinte mil infantes. Trabajosísimo es el afan de la marcha; las ráfagas abrasadoras y pestilentes del desierto redoblan el cansancio y la sed; diez hombres van alternativamente montados en cada camello, y se ven reducidos á la precision vergonzosa de beber el agua del vientre de un animal tan provechoso. A la mitad del camino, y á diez jornadas de Medina y de Damasco, descansan en la arboleda y manantiales de Tabuc. Desde allí Mahoma se desentiende ya de la guerra, manifestándose satisfecho con los intentos pacíficos, aunque probablemente arredrado con la hueste que estaba aparatada del emperador del Oriente. Pero el fogoso y denodado Caled anda á diestro y siniestro aterrando con su nombre, y el profeta va recibiendo los pactos que le rinden las tribus y ciudades, desde el Eufrates hasta Ailah, al encabezamiento del Mar Rojo. Otorga Mahoma garbosamente á sus nuevos súbditos cristianos seguridad en sus personas, libertad de comercio, resguardo de sus haberes y tolerancia de su culto (148). El apocamiento de sus hermanos Arabes los habia retraido de contrarestar aquella ambicion desenfrenada; luego los discípulos de Jesus se le hacian apreciables como enemigos del Judaismo, y mas que interesaba infinito á un conquistador el proponer una capitulacion decente á la Relijion prepotente en el orbe.

Robusto se conservó hasta los sesenta y tres años Mahoma para arrostrar los afanes temporales y espirituales de su carrera. Sus accidentes de alferecía, calumnia desatinada de los Griegos, debieran redundarle en compasion mas bien que en odio (149), pero conceptuó formalmente que una Judía de Chaibar lo habia envenenado por venganza (150). Por espacio de cuatro años se fué menoscabando la salud del profeta; se le fueron agravando los achaques; pero su dolencia mortal fué un calenturon de catorce dias que lo tenia á ratos privado. Apenas se hizo cargo de su riesgo, estuvo edificando á sus hermanos con la humildad de su virtud y su penitencia. « Si hay hombre, » esclama el profeta desde el púlpito, « á quien yo hubiere azotado indebidamente, aquí tiene mi espalda sentenciada al tanto. ¿Tizné yo nunca el concepto pundonoroso de algun Musulman? que vocee mi yerro á presencia de la congregacion. ¿Despojé á alguien de sus haberes? mi corto caudal está pronto en desquite del principal y de los intereses de la deuda. » — « Sí, » dice una voz del jen-

tío, «soy acreedor de tres dragmas de plata.» Oye Mahoma la queja, satisface la deuda, y agradece al demandante el haberle reconvenido en este mundo sin aguardar al dia del juicio. Arrostra con entereza cabal los asomos de la muerte; liberta á sus esclavos (diez y siete varones, segun se van nombrando, y once mujeres), dispone por ápices el arreglo de sus exequias y comide los lamentos de sus amigos llorosos, á quienes va dando su bendicion de paz. Sigue desempeñando puntalmente las funciones de la plegaria pública hasta tres dias antes de su fallecimiento: el nombramiento de Abubeker para hacer sus veces parece que está señalando aquel antiguo y leal amigo para sucesor suyo en el cargo réjio y sacerdotal, pero se desentiende cuerdamente de la continjencia y envidia de nombramiento mas terminante. En el trance de yacer palpablemente menoscabadas sus potencias, pide pluma y tinta para escribir, ó mas propiamente, para dictar un libro divino, la suma ó redondeo cabal de sus revelaciones: sobreviene en su estancia una contienda, sobre permitirle ó no desbancar á todo un Alcoran, y tiene el profeta que vituperar el enardecimiento indecoroso de sus discípulos. Si cabe dar el menor crédito á las tradiciones de sus mujeres y compañeros, conservó en el regazo de su familia y hasta el postrer aliento el señorío de un apóstol de la fé y de un entusiasta; fué describiendo las visitas de Gabriel; quien se despidió para siempre de la tierra, y se manifestó confiadísimo, no solo en la conmiseracion, sino en las finezas del Sér Supremo. En una plática familiar especificó su regalía especialísima de que, el ánjel de la muerte carecia de facultades para arrebatarle el alma, hasta que pidiere rendidamente permiso al profeta. Concedióse la demanda, y Mahoma en seguida adoleció de agonía mortal: recostó la cabeza sobre la falda de Ayesha la predilecta de sus mujeres; desmayóse con sumo quebranto; y vuelto en sí, levantó los ojos al techo y luego clavándolos, aunque con voz balbuciente, boqueó sus palabras postreras, interrumpida pero articuladamente: «O Dios... perdona mis yerros... Sí... voy entre mis conciudadanos á lo alto:» y espiró así sosegadamente sobre una alfombra tendida en el suelo. Atajó este fracaso una espedicion á Siria que estaba en el disparador, pues detenido el ejército á las puertas de Medina, se agolparon los caudillos en derredor del Amo espirante. La ciudad y con especialidad la casa del difunto, era un teatro de lamentacion trájica ó de mudo desconsuelo, y tan solo el fanatismo acertó allá á flechar un destello de alivio y de esperanza. «¿Cómo ha podido morir nuestro testigo, nuestro intercesor y medianero para con Dios? Pero vive Dios, que él no ha de haber fallecido, pues al par de Moisés y de Jesus, allá se encumbró en un rapto sacrosanto, y luego ha de volver á su solar siempre fiel.» Se orilla el testimonio de los sentidos, y Omar blandiendo su cimitarra amaga con degüello á cuantos infieles osen afirmar que murió el profeta.

El predominio y comedimiento de Abubeker aplaca el alboroto. «¿Es por ventura Mahoma,» dice á Omar ya la muchedumbre, «ó el Dios de Mahoma el que estais adorando? El Dios de Mahoma vive para siempre, pero el apóstol era un mortal como nosotros mismos, y segun se tenia muy predicho padeció la suerte jeneral de la mortandad.» Encerráronle devotamente sus propios deudos, en el mismo sitio donde habia espirado (151). Quedó santificada Medina con la muerte y el entierro de Mahoma, y los peregrinos innumerables de la Meca suelen desviarse de su rumbo, para doblegarse con devocion rendida (152) ante el túmulo sencillo del profeta (153).

Historiada ya la vida de Mahoma, tal vez se estará esperando aquí un parangon de sus nulidades y de sus prendas, y que sentencie yo si cuadra mas bien el dictado de entusiasta que el de impostor á tan descomunal individuo. Aun cuando yo hubiese terciado en conversacion con el hijo de Abdalah fuera la empresa de mayor cuantía, y aventurado el acierto, pero mediando hasta doce siglos apenas alcanzo á columbrar en confuso su sombra por una humareda de incienso relijioso, y aun cuando atinase á retratarlo al vivo en una hora, la semejanza volandera desdiria abultadamente en el solitario del monte Hera, del predicador de la Meca y del conquistador de la Arabia. Aparece el autor de una revolucion tan grandiosa dotado de temple devoto y contemplativo: habilitado con su enlace contra los embates de la escasez, se desvía del sendero de la ambicion y la codicia, y así como vivió con inocencia hasta la edad de cuarenta años, hubiera muerto sin nombradía. La unidad de Dios es un concepto hermanado con la naturaleza y la racionalidad, y el mas leve roce con Judíos ó Cristianos debió enseñarle á menospreciar y hollar la idolatría de la Meca. Incumbia á un prohombre el ir comunicando allá doctrinas de salvacion, y el rescatar su patria del dominio del error y del desbarro. La pujanza de una fantasía clavada á toda hora en un objeto idéntico, debió trocar una obligacion jeneral en vocacion particular: los impetus disparados de su pecho siempre en ascuas, no pudieron dejar de tomar visos de inspiraciones celestes, el ahinco caviloso paraba en arrobos y visiones, y aquella sensacion entrañable, aquel ayo invisible, se apareceria con visos de ánjel ó del mismo Dios (154). El entusiasmo es el resbaladero para la impostura; pues allá el espíritu favorecedor de Sócrates (155) ejemplifica memorablemente cuanto puede ilustrarse á sí mismo un varon cuerdo, cuanto puede allá descarriar á otros, y cuanto puede venir á adormecerse la conciencia en el vaiven del embeleso y del engaño estudiado. Cabe en la caridad el suponer que Mahoma se movió á impulsos de un afecto castizo y acendrado, mas no cabe en el misionero mas humano el amar al incrédulo empedernido y rechazador de sus intentos, despreciador de sus razones y perseguidor de su vida; podia in-

dultar á sus contrarios personales y podia lejítimamente odiar á los enemigos de Dios; ardió el pecho de Mahoma con arranques adustos de engreimiento y venganza, y acuchillaba allá suspirando (como el profeta de Nínive) á los rebeldes que ajusticiaba. La sinrazon de la Meca y la eleccion de Medina encumbraron el prohombre á príncipe y el rastrero predicador á caudillo de huestes; pero el ejemplar de los santos estaba consagrando su espada, y aquel mismo Dios que atropella al mundo pecador con epidemias y terremotos pudo robustecer el denuedo de sus siervos para conversion ó castigo de los culpados. En el desempeño político del gobierno tuvo que amainar los disparos del fanatismo, atemperándose un tanto á las vulgaridades é ímpetus de sus secuaces y valiéndose aun de los devaneos mundanos como instrumentos de salvacion. Engaños y alevosías, crueldades y atropellamientos eran arbitrios para la propagacion de su fé, y solia Mahoma disponer la matanza de Judíos é idólatras preservados del campo de batalla. Repitiendo mas y mas tamañas demasías, tuvo que irse emponzoñando la índole del individuo y el influjo de tan malvado ejercicio tenia escaso contraresto en la práctica de virtudes personales y caseras imprescindibles para conservar el concepto de profeta entre sus secuaces y amigos. Descolló la ambicion en sus postreros años, y un estadista no puede menos de maliciar, que allá en sus adentros (¡aquel impostor victorioso!) se sonreía de su entusiasmo juvenil, y de la credulidad de sus paniaguados (156). Pero un filósofo se hará cargo de que la credulidad ajena y sus propios medios condujeron eficacísimamente para robustecer las ínfulas de su encargo divino y que interés y relijion corrian parejas, aquietando su conciencia con el concepto de que únicamente él era el dispensado por la Divinidad de toda ley moral y positiva. Si le quedó rastro de su inocencia nativa, las mismas demasías de Mahoma están evidenciando su injenuidad. Aparecen menos criminales las arterías y engaños en apoyo de la verdad, y se estremeciera con la vileza de sus medios, á no abonarlo la entidad y justificacion del intento. Aun como conquistador ó sacerdote, prorumpe allá en voces y actos de humanidad candorosa, y la providencia de Mahoma para que en el reparto de cautivos jamás las madres se desviasen de sus hijos, enfrena ó templa el enojo del historiador (157).

Menospreciaba la sensatez de Mahoma el boato réjio (158) allanándose el apóstol de Dios á los quehaceres caseros: encendia lumbre, barria el suelo, ordeñaba las vacas y se remendaba con sus propias manos los zapatos y la ropa de lana. Desentendiéndose de penitencias y merecimientos de ermitaño, se atuvo sin violencia ni vanagloria al réjimen parquísimo de un árabe y de un soldado. Para las festividades solia agasajar á los compañeros con esplendidez llana y espresiva, pero en su vida interna se le pasaban semanas enteras sin encender lumbre en el ho-

gar de su casa. Corroboró con su ejemplo la prohibicion del vino; aplacaba el hambre con su escasa racion de pan de cebada ; era aficionado á la leche y la miel, pero por lo mas su sustento se reducia á dátiles y agua. En cuanto á deleites sensuales, perfumes y mujeres eran los que requeria su temperamento y su relijion no vedaba, y afirmaba Mahoma que entrambos goces inocentes enfervorizaban mas y mas sus devociones. Caldea el clima á los Arabes, y los escritores antiguos los tildan de lujuriosos (159). Las leyes civiles y relijiosas del Alcoran enfrenaban su incontinencia; vituperaban tratos incestuosos y reducian á cuatro esposas ó concubinas, el desmando de la poligamia ; deslindaban equitativamente sus derechos del tálamo y del dote; contenian los desahogos del divorcio, condenaban el adulterio como culpa capital, y castigaban con cien azotes en ambos sexos el goce carnal (160). Tales eran los mandamientos sosegados del lejislador, pero en su conducta particular Mahoma desfogaba los apetitos de hombre y se propasaba de los fueros de profeta. Una revelacion peculiar le dispensaba de las leyes que tenia impuestas á su nacion; soltaba la rienda á las hembras sin reserva á medida de sus deseos, y prerogativa tan peregrina causaba mas bien que escándalo ú envidia, veneracion entrañable á los devotos Musulmanes. En recordando las setecientas mujeres y trescientas concubinas del sabio Salomon, tenemos que encarecer el recato del Arabe, que tan solo se desposó con unas diez y seis mujeres ; cuéntanse hasta once avecindadas con separacion en Medina junto á la casa del apóstol, y solian ir alternativamente disfrutando las finezas de la intimidad conyugal. Se hace harto reparable que todas fuesen viudas, escepto Ayesha, hija de Abubeker. Era indudablemente *vírjen*, puesto que Mahoma consumó su desposorio (tal es la madurez anticipada del clima) teniendo tan solos nueve años. Logró Ayesha con su niñez, su hermosura y su despejo, suma privanza, y aun difunto el profeta aquella hija de Abubeker mereció siempre obsequios de madre de los fieles. Adoleció de poquísimo recato en su conducta, pues en una marcha nocturna se fué quedando allá rezagada y acudió por la madrugada al campamento con un hombre. Era Mahoma de suyo zeloso, mas una revelacion divina le afianzó la inocencia de la estraviada, y castigando á sus motejadores, pregonó una ley de pacificacion casera para que no se condenase á una casada á menos que cuatro testigos presenciasen el adulterio (161). Desentendióse el profeta de todo miramiento en sus amores con la mujer de Zeid y con María, cautiva ejipcia; pues viendo en casa de Zeid, su liberto é hijo adoptivo, la hermosura de Zeineb en paños muy menores prorumpió en una esclamacion devota y lujuriosa, y enterado el servil y agradecido mancebo, le franqueó sin titubear el anhelado ensanche; mas como las resultas acarreaban dudas y escándalo, acudió el arcánjel Gabriel desde el cielo para revalidar el he-

cho, anular la adopcion y aun reconvenir amistosamente al apóstol por desconfiar de las condescendencias de Dios. Una de sus mujeres, Hafna, hija de Omar, lo cojió infraganti y en su propio lecho abrazando á la cautiva Ejipcia; prometió la ofendida reserva y avenencia, pero él se desapropió con juramento de su María. Olvidaron entrambas partes el contrato, y Gabriel segundó su descenso tremolando un capítulo del Alcoran para descargarle de su juramento, exhortándole á disfrutar cautivas y concubinas desoyendo todo alarido de sus esposas; y durante un mes de retiro solitario se estuvo afanando por cumplir con el encargo del arcánjel. Ahito ya de amorío y de venganza, convoca á sus once mujeres, les afea su desobediencia y destemplanza, y las amenaza con sentencia de divorcio, para entrambos mundos: fallo en estremo pavoroso, pues cuantas habian participado del lecho del profeta, quedaban para siempre desahuciadas de segundo enlace. Cabe tal vez cohonestar la incontinencia de Mahoma con la tradicion de sus dones naturales y sobrehumanos (162); pues hermanaba la pujanza varonil de treinta hijos de Adan, y aun pudiera el apóstol competir con el trabajo décimo tercio (163) del Hércules Griego (164). Disculpa mas formal y decorosa se puede alegar por su fidelidad con Cadijah, pues en los veinte y cuatro años de su enlace, su marido aun en la mocedad se retrajo de todo derecho de poligamia, y nunca compañera alguna desairó el engreimiento ú el cariño de la matrona venerable. Apenas murió mereció ser colocada por él allá en el predicamento de las cuatro mujeres cabales, con la hermana de Moisés, la madre de Jesus y Fátima, la predilecta de sus hijos. « ¿No era ya vieja? » dijo Ayesha con el descoco de una beldad lozana, « ¿y Dios no os ha regalado otra mejor en su lugar? » — « No, vive Dios » prorumpe Mahoma con un arranque de agradecimiento pundonoroso, « no cabe otra mejor; pues me creyó cuando todos me andaban menospreciando, y acudió á mi desamparo cuando yacia menesteroso y perseguido por el mundo (165).

Con los sumos ensanches de la poligamia, cabia al fundador de relijion y de imperio el aspirar al logro de posteridad crecida y sucesion perene, pero quedaron infaustamente malogradas las esperanzas de Mahoma, pues tanto la doncella Ayesha como las diez viudas de suyo fecundas, se esterilizaron en medio de sus ahincos amorosos. Fallecieron de niños los cuatro hijos de Cadijah, y aunque mas y mas desalado con María, la concubina ejipcia por el nacimiento de Ibrahim, á los quince meses lo lloró en su túmulo, pero contrarestó con entereza el escarnio de sus émulos, enfrenando la adulacion ó credulidad de los Musulmanes, con manifestarles que *no* era la muerte de su niño un eclipse de sol. Tuvo tambien hasta cuatro hijas en Cadijah, casadas con sus discípulos mas leales, fallecieron las tres mayores antes que el padre, pero Fátima

su íntima del alma, se enlazó con su primo Alí con quien dió á luz una prosapia esclarecida. Los merecimientos y desventuras de Alí y de sus descendientes me proporcionan el participar desde ahora la sucesion de los califas cortesanos, dictado en que se cifra la soberanía de los fieles, como vicarios y sucesores del apóstol de Dios (166).

Nacimiento, índole y enlace sobreponian á Alí á todos sus paisanos, y así le habilitaban para ascender al sólio vacante de la Arabia. El hijo de Abu Taleb era de suyo cabeza de la alcurnia de Hashem, y príncipe hereditario ú guarda del templo de la Meca. Apagóse el destello de la profecía; mas todo un marido de Fátima no podia menos de esperanzar la herencia y logros del padre: habian los Arabes á temporadas sobrellevado el mando de una mujer, y el abuelo habia repetidamente arregazado á los nietezuelos, aclamándolos desde el púlpito como esperanzas de su ancianidad y adalides de la juventud en el Paraíso. El primero de los acendrados creyentes debia aspirar á acaudillarlos en ambos mundos, y aunque los hubiese mas circunspectos y rastreros, no se atravesaba alumno nuevo que desbancase á Alí el desalado y el pundonoroso. Hermanaba las prendas de poeta, de guerrero y de virtuoso: rebosa todavía su cordura en una coleccion de sus dichos morales y devotos (167), y solia arrollar en afluencia y denuedo á todos sus contrarios en las concurrencias. Desde el arranque de su carrera hasta los ritos postreros de sus exequias, el profeta tuvo en él un amigo jeneroso, apellidándolo cariñosamente hermano, lugarteniente y Aaron del segundo Moisés. Tildaron al hijo de Abu Taleb su descuido en no afianzar sus intereses con alguna declaracion terminante de su derecho, para que enmudeciese todo competidor y sellase allá su innegable sucesion con los decretos del cielo; mas el héroe candoroso confiaba en sí mismo: zelos por el imperio y tal vez alguna zozobra por el contraresto, pudieron retraer las disposiciones de Mahoma, y la taimada Ayesha tuvo sitiado el lecho del moribundo, como hija de Abubeker y enemiga de Alí.

El silencio del difunto profeta devolvió la libertad al pueblo, y los compañeros celebraron junta para deliberar sobre nombramiento de sucesor (A. 632 Junio 7). El alegato hereditario y las ínfulas altaneras de Alí lastimaban á la aristocracia de los ancianos, ansiosos de otorgar ó reasumir el cetro con sus elecciones desahogadas y repetidas: no cabia en los Koreishitas el avenirse á las preminencias orgullosas de la alcurnia de Hashem; reinflamóse la desavenencia antigua de las tribus, los *fujitivos* de la Meca y los *ausiliares* de Medina alegaban sus respectivos merecimientos, y la propuesta temeraria de nombrar dos califas daba al través en sus asomos la relijion y el imperio de los Sarracenos. Queda aplacado el alboroto con el arranque desentonado de Omar, quien orillando repentinamente sus pretensiones, alzó su diestra y se declaró el

primer súbdito del apacible y respetuoso Abubeker. La estrechez del trance y la avenencia del pueblo pudo disculpar aquella disposicion ilegal y atropellada; pero el mismo Omar confesó desde el púlpito, que si algun Musulman fuese osado en lo sucesivo á anteponerse á los votos de sus hermanos, tanto elector como elejido eran dignos de muerte (168). Tras la mera inauguracion de Abubeker, obedeciéronle Medina, la Meca y las provincias de Arabia, se negaron los Hashemitas á juramentarse, y su caudillo aislado en casa mantuvo por seis meses su reserva adusta é independiente, desentendiéndose de los amagos de Omar, que intentó abrasar la vivienda de la hija del apóstol. Muere Fátima, amaina su partido y se allana airadamente Alí; se aviene á saludar al caudillo de los fieles, acepta su disculpa de la precision de anticiparse á sus enemigos comunes, y desecha cuerdamente la oferta cortesana de renunciar el gobierno de los Arabes. Reina el anciano califa dos años y el ánjel de la muerte le intima su plazo, dejando en su testamento, con anuencia tácita de los compañeros, el cetro en la diestra briosa y justificada de Omar. «No soy acreedor,» dice el candidato recatado, «á tanto encumbramiento.—Pero esa cumbre os necesita,» replica Abubeker, quien espira exalando plegarias (A. 634 Julio 24) para que el Dios de Mahoma revalidase la eleccion, y encaminase á los Musulmanes por el rumbo de la hermandad y de la obediencia. Certera fué la demanda, puesto que el mismo Alí rezando á sus solas se mostró reverente con la sobresalencia y señorío de su competidor, quien siguió consolándole del malogro de todo un imperio, con las demostraciones mas lisonjeras de confianza y aprecio. A los doce años de su reinado traspasa á Omar un asesino, orilla con igual imparcialidad los nombres de su hijo y de Alí, se niega á cargar su conciencia con las culpas de un sucesor, y pone en manos de sus electores pundonorosos y compañeros el árduo desempeño de escojer el mas digno para caudillo de los fieles. Se aferran mas entonces los amigos de Alí (169) en vituperarle el allanamiento de su derecho al dictámen de los hombres, por cuanto reconoce su predominio admitiendo un lugar entre los seis electores. En su mano estuvieron los demás votos con solo avenirse á prometer conformacion estrecha y rendida, no solo al Alcoran y á la tradicion sino tambien al acuerdo de dos *mayores* (170). Aceptó Orman, secretario de Mahoma, el gobierno, con estas cortapisas, y tan solo tras el tercer califato y á los veinte y cuatro años de la muerte del profeta, no llegó á revestirse Alí, por eleccion popular, con el cargo réjio y sacerdotal. Conservaron los Arabes su sencillez primitiva de costumbres, y el hijo de Abu Taleb siguió menospreciando el boato y la vanagloria del mundo. Acudió á la hora del rezo, á la mezquita de Medina, vestido con una bata delgada de algodon, un turbante tosco en la cabeza, sus chinelas en una mano y el arco en la otra haciéndole veces de baston. Los

compañeros del profeta y los adalides de las tribus saludaron á su nuevo soberano, y le fueron alargando sus diestras en señal de lealtad y acatamiento.

Los quebrantos que de suyo acarrea la ambicion contrapuesta suele ceñirse al plazo y al solar de los contrincantes; pero las desavenencias relijiosas entre amigos y enemigos de Alí se han ido renovando en todas las temporadas de la Hejira, y sigue agora mismo en la ojeriza mortal entre Persas y Turcos (171). Los primeros, tiznados con el apodo de *Schiitas* ó sectarios, han rellenado el símbolo mahometano con un artículo nuevo de fé, y si Mahoma es el apóstol, su compañero Alí es el lugarteniente de Dios. En sus coloquios caseros y en su culto público, están desaforadamente abominando de los tres usurpadores que atajaron su derecho incontrastable á la dignidad de Iman y Califa, y en el nombre de Omar se cifra allá en su idioma la impiedad y la vileza suma (172). Los *Sonitas* sostenidos por el consentimiento jeneral y tradicion acendrada de los Musulmanes, abrigan al menos una opinion algun tanto imparcial, ó sea decorosa, pues acatan la memoria de Abubeker, Omar, Orman y Alí, sucesores lejítimos y sacrosantos del profeta; pero dejan allá en el ínfimo lugar al marido de Fátima, muy empapados en que los quilates de santidad son la pauta de la sucesion (173). El historiador que con diestra desapasionada va afinando la balanza entre los cuatro califas, sentenciará sosegadamente que sus costumbres fueron igualmente puras y ejemplares; que su afan era fervorosísimo y por tanto entrañable, y que en medio de sus riquezas y poderío ahincaron de por vida en el desempeño de sus obligaciones morales y relijiosas, pero las virtudes públicas de Abubeker y de Omar, la cordura del primero y la entereza justiciera del segundo mantuvieron el sosiego y la prosperidad en sus reinados. La índole endeble y la edad ya quebrantada de Orman desdecian del peso de la conquista y del imperio. Quiso escojer y le engañaron, trató de confiarse y le vendieron; los prohombres de los fieles pararon en inservibles ó contrapuestos á su gobierno, y su pródiga condescendencia abortó tan solo ingratitudes y desabrimientos. Fué cundiendo la desavenencia por las provincias, juntáronse sus diputados en Medina, y los Carejitas, fanáticos desaforados, holladores de toda subordinacion y racionalidad, quedaron barajados con los Arabes libres y solariegos, que clamaban por desagravio con el castigo de sus opresores. Acuden armados desde Cufa Basona, el Ejipto y tribus del desierto, acampan como á una legua de Medina, y allá envian un mensaje altanero al soberano intimándole que haga justicia ó se apee del sólio. Se arrepiente y se van desarmando y desaparatando los sublevados; pero las arterías de sus enemigos los ensañan de nuevo, y fraguan una falsedad por mano de un secretario alevoso para tiznar su pundonor y empujarlo al derrumbadero. Habia el

califa malogrado el único resguardo de sus antecesores, el aprecio y confianza de los Musulmanes, atájanle el agua y los abastos en un sitio de seis semanas, y las puertas endebles de su alcázar estaban al cargo de rebeldes algun tanto escrupulosos y cobardes. Desamparado por los abusadores de su sencillez, el califa desvalido ya y venerable, está ansiando los asomos de la muerte; encabeza el hermano de Ayesha los asesinos, y un sinnúmero de heridas traspasan á Orman con el Alcoran en la falda (A. 655, Junio 18). Inaugurado Alí se aplaca la desmandada anarquía, pues asomaba en el disparador la matanza que amaga por cinco dias, hasta que se avino el caudillo á su nombramiento. Arrostra en el arriesgado trance las ínfulas decorosas del principal Hoshemita, vocea que mas bien se avasalla que se entroniza; contraresta el arrojo de advenedizo, y requiere la anuencia formal, aunque mas ó menos voluntaria, de los prohombres de la nacion. Jamás se le tildó de incitador del asesinato de Omar, aunque la Persia está neciamente celebrando la festividad de aquel santo mártir. Media prontamente Alí, se aplaca la contienda entre Othman y los súbditos, quienes atropellan y hieren á su primojénito al defender al califa. Queda sin embargo problemática la sinceridad y eficacia del padre en el contraresto de los rebeldes, y en suma vino á disfrutar el logro de aquel atentado, siendo en verdad la tentacion tamaña que pudiera conmover y volcar el pundonor mas adusto. No se vincula ya el candidato ambicioso en el cetro estéril de la Arabia, pues van venciendo los Sarracenos por Levante y Poniente, y los riquísimos reinos de Persia, Siria y Ejipto son ya patrimonio del caudillo de los fieles.

No habian los rezos y contemplaciones apocado la pujanza denodada de Alí, y en su edad ya madura, curtido en el roce del mundo, allá se disparaba con el ímpetu temerario de la mocedad. No cuidó de afianzar en el arranque de su reinado, con dones ó con grillos el rendimiento mal seguro de Telha y Zobeir; dos de los caudillos Arabes mas poderosos. Huyen de Medina á la Meca y de allí á Basora; tremolan el estandarte de la rebeldía, y usurpan el gobierno de Irak ó de Asiria, que habian solicitado en vano por galardon de sú servicios. Suele el disfraz de patriotismo encubrir desmanes mayores, y los enemigos; quizás tambien asesinos, están ahora pidiendo venganza por su sangre. Acompaña á los fujitivos Ayesha, la viuda del profeta, que siguió abrigando hasta el postrer aliento de su vida, ódio implacable contra el marido y la descendencia de Fátima. Los Musulmanes ajuiciados se escandalizan de que la madre de los fieles esté ostentando su persona y jerarquía en un campamento; pero la chusma supersticiosa confia en que su presencia santificaria la justicia y afianzaria el éxito de sus intentos. Acaudilla el califa veinte mil Arabes leales y nueve mil ausiliares valerosos de Cufa, y embiste y derrota al número superior de los rebeldes bajo los muros de Basora. Yacen difuntos

sus caudillos Telha y Zobeir en la primera refriega que mancilló con guerra civil las armas de los Musulmanes. Ayesha, despues de recorrer las filas para enardecer á la tropa, se coloca en medio del peligroso trance; en cuyo acaloramiento hasta setenta palafreneros de su camello habian ido quedando muertos ó mal heridos, y su caja ó litera habia resultado enrastrillada de flechas y venablos como las puas de un puerco espin. Aguantó la grandiosa cautiva con entereza la descarga de reconvenciones del vencedor, quien la envió arrebatadamente á su condigna morada que era el túmulo de Mahoma, con el acatamiento y afan que correspondia á la viuda del apóstol. Tras aquella victoria, apellidada luego la jornada del Camello, se encaminó Alí contra un enemigo mas temible, á saber Moawyah, hijo de Abu-Sofian, quien se habia apropiado todo un dictado de califa, sostenido con las fuerzas de Siria y los intereses de la alcurnia de Omiah. Pasado el Tapiaco, la llanura de Sifin se esplaya allá (174) por la orilla occidental del Eufrates, y en cuyo teatro llano y anchuroso entrambos competidores se estuvieron hostilizando con guerrillas por espacio de ciento y diez dias. Mediaron hasta noventa lances ó escaramuzas, donde el malogro de Alí se conceptuó de veinte y cinco mil soldados, y de cuarenta y cinco mil la pérdida de Moawiyah; realzándose la lista de los muertos con los nombres de veinte y cinco veteranos que habian peleado en Beder bajo la bandera de Mahoma. Descolló en contienda tan sanguinaria, el califa lejítimo con rasgos de valentía y de humanidad. Tenian sus tropas estrechísimas ordenes para aguardar el primer embate del enemigo, desentenderse de los hermanos fujitivos, y respetar los cadáveres y rescate de los cautivos. Propuso garbosamente el ahorrar sangre musulmana por medio de una lid personal; pero trémulo su contrario se desentendió del reto á par de sentencia de muerte. Arremete el héroe en su caballo bayo con un montante irresistible y arrolla la formacion siríaca; en alcanzando un rebelde prorumpe Alah Acbar «Dios es victorioso» y en los remolinos de un reencuentro nocturno sonó hasta cuatro cientas veces su esclamacion triunfadora. Ya está el príncipe de Damasco cavilando en su fuga, pero la desobediencia y acaloramiento de sus tropas viene á defraudar á Alí de la victoria que ya tenia en su diestra. Les remuerde la conciencia al ver como apela Moawiyah á la perspectiva sacrosanta del Alcoran en las primeras filas, y tiene Alí que avenirse á una tregua desairada y á las asechanzas de un convenio. Retírase airado y presuroso á Cufa, desalienta á sus parciales, su astuto competidor sojuzga ó cohecha las provincias remotas de Persia, Yemen y Ejipto; y el embate del fanatismo asestado contra los tres caudillos de la nacion, viene á concentrarse únicamente en el primo de Mahoma. Se ponen tres Carejitas ó entusiastas á conversar sobre los quebrantos de la Iglesia y del Estado en el templo de la Meca, y luego concuerdan en que la muerte de

Alí, de Moawiyah y de su íntimo Amru, virey del Ejipto, han de restablecer la paz y hermandad en el regazo de la Relijion. Escoje cada uno de los asesinos su víctima, emponzoña la daga, comprometen sus vidas y acuden reservadamente á sus respectivos paraderos. Su denuedo era igualmente incontrastable, mas el primero equivoca la persona de Amru, y traspasa al diputado que está haciendo sus veces; el segundo malhiere al príncipe de Damasco, y el tercero descarga puñalada mortal sobre el califa lejítimo en la mezquita de Cufa. Espira á los sesenta y tres años de edad y encarga compasivamente á sus hijos que quiten de en medio al matador de un solo golpe. Hubo que ocultar el sepulcro de Alí (175) á los tiranos de la alcurnia de Omiah (176), pero al cuarto siglo de la hejira, túmulo, templo y ciudad vinieron á descollar junto á las ruinas de Cufa (177). Millares de Shiitas están descansando en la tierra sagrada á los pies del vicario de Dios, y el jentío de los visitantes anuales de Persia suelen verificar el desierto, conceptuando su devocion no menos meritoria que la de una romería á la Meca.

Usurparon los perseguidores de Mahoma la herencia de sus hijos, y los campeones de la idolatría fueron los adalides supremos de su Relijion y su imperio. Rendido y desaforado habia sido el contraresto de Abu Sofian, tardía y violentísima fué su conversion; robustecieron la prevision y el interés su nueva fé; sirvió, peleó y tal vez creyó, y sus yerros de la temporada de ignorancia quedaron purgados con los merecimientos flamantes de la alcurnia de Omiah. (A. 655 ó 661–680). Moawiyah, hijo de Abu Sofian, se halló condecorado desde su temprana mocedad con el cargo ú dictado de secretario del profeta; el tino de Omar lo colocó en el gobierno de Siria, y estuvo cuarenta años rijiendo aquella provincia ya de superior ó ya de subalterno. Atentó á merecer el concepto de valeroso y desprendido, aspiró al de comedido y afectuoso con empeño; agradecido el pueblo, le cobró afectos de agraciado, y mas habiéndole proporcionado victorias y despojos en Chipre y Rodas. Su ambicion se aferró al móvil de afanarse en ajusticiar á los asesinos de Othman. Ostentóse en la mezquita de Damasco la camisa ensangrentada del mártir; lamentóse el emir de la infausta suerte de su malogrado deudo, y hasta sesenta mil Siríacos se juramentaron con él en demanda de venganza. El conquistador del Ejipto Amru, por sí solo una hueste, fué el primero en saludar al monarca, y divulgó el arcano de que podia plantearse un califa donde quiera lejos de la ciudad del profeta (178). La maña de Moawiyah fué sorteando la maestría de Alí, á cuya muerte anduvo negociando la renuncia de su hijo Hasan, incapaz ú despreciador del gobierno del mundo, hasta el punto de evacuar sin un ay el alcázar de Cufa, para venir á emparedarse en una celdilla junta al túmulo de su abuelo. Ansioso mas y mas el califa, quedó colmado su anhelo con el trueque de una corona electiva por

otra hereditaria. Prorumpió la repugnancia de los Arabes en murmullos de independencia ó de fanatismo, y cuatro ciudadanos de Medina se negaron al juramento : pero Moawiyah acertó á llevar adelante sus intentos con brio y habilidad, y su hijo Yenid, mancebo endeble y relajado, fué al punto proclamado caudillo de los fieles y sucesor del apóstol de Dios.

Refieren un caso muy sencillo de la afectuosidad de uno de los hijos de Alí. Un esclavo al servir en la mesa, derramó sobre su dueño una fuente con saba hirviendo, y el desventurado torpe se postró á sus plantas implorando misericordia y repitiendo un verso del Alcoran. «El paraiso es para los enfrenadores de sus propias iras.» — Yo no estoy airado, — y para los que perdonan los agravios. — Perdonado está el tuyo. — Y á los que corresponden á los daños con beneficios. — Allá vá tu libertad con cuatrocientas piezas de plata.» Con iguales arranques de humanidad, Hoseim, hermano menor de Hassan heredó rasgos de su padre, y sirvió con realce contra los Cristianos en el sitio de Constantinopla. Refundióse en su persona la primojenitura del linaje de Hashem y el carácter sagrado de nieto del apóstol, y quedaba á sus anchuras en esforzar su intento contra Yezid, tirano de Damasco, cuyos devaneos menospreciaba y cuyo dictado nunca se habia dignado reconocer. Comunicóse reservadamente de Cufa á Medina una lista de ciento y cuarenta mil Musulmanes que se profesaban sus allegados y prontísimos á esgrimir sus aceros en asomando él por las orillas del Eufrates. Aferróse contra el dictámen de sus amigos mas atinados en confiar su persona y familia á un pueblo de suyo alevoso. Atraviesa el desierto de la Arabia con una comitiva medrosa de mujeres y niños, pero al ir llegando á la raya de Irak se estremece con la soledad y el aspecto enemigo del pais, y malicia el vencimiento ó el derribo de sus parciales. Fundadas eran sus zozobras, pues Obcidola gobernador de Gufa, habia logrado apagar las primeras pavesas de una rebeldía, y Hosein en la llanura de Kerbela queda acorralado por un cuerpo de cinco mil caballos, que le atajaban la ciudad y el rio. Pudo todavía escudarse con una fortaleza en el desierto que habia burlado el poderío del César y de Cosroes, confiándose en la lealtad de la tribu de Tai, que le aprontaba hasta diez mil guerreros; pero en una conferencia con el caudillo enemigo propone optar entre las tres propuestas decorosas de franquearle el regreso á Medina, permanecer en apostadero contra los Turcos por la raya, á conducirlo á su salvo á presencia de Yezid. Mas son las providencias del califa y su teniente adustas y terminantes, y Hosein queda enterado de que se ha de avasallar á fuer de cautivo y reo al caudillo de los fieles, ó atenerse al resultado de su rebeldía. «¿ Pensais,» contesta,» arredrarme con la muerte?» y en el corto plazo de una noche se aparata con resignacion plácida y aseñorada para arrostrar su signo. Enfrena los lamentos de su hermana Fátima que está ya llorando el estre-

llon iminente de toda su alcurnia. «No hay mas arrimo,» dice Hosein, «que el de Dios; todo, en cielo y tierra, tiene que fenecer y volver á su Criador. Mejores eran que yo padre, madre y hermano, y todos los Musulmanes tienen que espejarse en el ejemplar del profeta.» Insta á los amigos para que atiendan á su salvamento con fuga oportuna: se niegan unánimes á desamparar ó sobrevivir á su amado dueño; y su denuedo se enardece con plegaria fervorosa y el embeleso del Paraíso. En la madrugada de aquel dia azaroso, monta á caballo con la espada en una mano y el Alcoran en la otra: la cuadrilla bizarra de los mártires se reduce á treinta y dos jinetes y cuarenta infantes, pero afianzan costados y retaguardia con el cordaje de las tiendas, y con profunda trinchera cuajada de haces reencendidas segun práctica de los Arabes. Adelanta el enemigo con repugnancia y desierta uno de sus caudillos con treinta secuaces, ansiosos de alternar en aquella muerte inevitable. Incontrastable es, en todo encuentro ú lid parcial, la desesperacion de los Fatimitas, pero la muchedumbre los acorrala y asaetea desde lejos con nubes y nubes de descargas, y caballos y jente van sucesivamente feneciendo: media un rato de treguas para la hora del rezo, y se termina con la muerte del postrer compañero de Hosein. Solo, postrado y herido sientase á la puerta de su tienda; al beber un sorbo de agua, le atraviesa un flechazo la boca, y su hijo y su sobrino, hermosísimos mancebos, yacen traspasados en sus brazos; levanta sus manos ensangrentadas al cielo y prorumpe en una plegaria fúnebre por los vivos y los difuntos. Sale su hermana desesperada de la tienda, y amonesta al caudillo de los Cufianos para que no se avenga á matar á Hosein ante sus ojos; baña en lágrimas su barba venerable, y los soldados mas aguerridos cejan á diestra y siniestra al arrojarse el héroe sobre ellos. El empedernido Shamer, nombre abominado entre los fieles, aféales su cobardía, y así el nieto de Mahoma queda traspasado con treinta y tres lanzazos ó estocadas. Huellan su cuerpo, llevan su cabeza al castillo de Cufa, y el inhumano Obcídola le descarga un palo sobre la boca. «¡Ay de mí!» esclamó un Musulman anciano, «en estos labios estoy viendo los del apóstol de Dios.» Acá en siglo y clima remotísimo una escena trájica con la muerte de Hosein, no puede menos de mover á simpatía al lector mas yerto (179). Viene la festividad anual de su martirio, y en romería devota á su sepulcro, el Persa desolado allá se empapa todo en ímpetus frenéticos de ira y pesadumbre (180).

Llegan hermanas y niños de Alí aherrojados ante el sólio de Damasco, aconsejan al califa que descarte de una vez la enemistad de una ralea popular y encontrada, habiéndola ya ultrajado hasta desahuciarla de toda reconciliacion; mas Yezid se atiene á los dictámenes de la conmiseracion, y despide honoríficamente á la familia llorosa para que junte sus lágrimas con las de su parentela en Medina. La gloria del martirio avasalló el de-

recho de primojenitura y los doce IMAMES (181), ó pontífices de la creencia persa, son Alí, Hosan, Hosein y los descendientes en derechura de Hosein hasta la novena jeneracion. Sin armas, tesoros ni súbditos, fueron mas y mas disfrutando la veneracion de las jentes y ensalzando á los califas reinantes; y aun ahora mismo sigue la devocion de sus secuaces visitando sus túmulos en Medina y en la Meca por las orillas del Eufrates y en la provincia de Corasan. Sediciones y guerras civiles abortaron con su sobrescrito, mas los santos réjios menospreciaban el boato mundano, se conformaban con la voluntad de Dios y la injusticia de los hombres, y concretaban allá sus vidas inocentes al estudio y la práctica de la Relijion. El dozavo y último de los Imames, en estremo esclarecido con el dictado de *Mahadi* ó el Guia, descolló en arrinconamiento y santidad sobre sus antecesores. Se empozó en una cueva junto á Bagdad: ignórase el sitio y el plazo de su fallecimiento, y sus devotos se empeñan en que está viviendo todavía; y tiene que aparecerse antes del dia del juicio para derrocar la tiranía de Dejal ó sea el Ante Cristo (182). Mediaron dos ó tres siglos y la posteridad de Abas, tio de Mahoma, se habia multiplicado hasta el número de treinta y tres mil (183); cundió no menos la prole de Alí; su ínfimo individuo se sobreponia al príncipe mas encumbrado, y se suponia á los mas eminentes allá mas cabales y peregrinos que los arcánjeles; mas su estrella adversa y los ámbitos del imperio musulman franquearon anchuroso campo á impostores arteros y denodados para entroncar con la semilla sacrosanta, el cetro de los Almohades en España y Africa, de los Fatimitas en Ejipto y Siria (184), de los Sultanes del Yemen y de los Sofies de Persia (185), se haido consagrando con este dictado hueco é inapeable. Espuestísimo era el ventilar en su reinado la lejitimidad de su nacimiento, y enmudeció todo escudriñador ante el Fatímita califa Moez, quien blandiendo su cimitarra, prorumpe: « Este es mi linaje, » y tirando un puñado de oro á su soldadesca, «esta es mi prole y mi parentela.» En la vasta jerarquía de príncipes, ó doctores, ó nobles, ó bien de traficantes y aun pordioseros, un enjambre de castizos ú soñados descendientes de Mahoma y de Alí están mereciendo blasones de jeques, scherifes ó emires. Sobresalen por el imperio Otomano con su turbante verde, están pensionados por el erario, gozan el fuero de su caudillo, y por mas que la suerte ó el oficio los envilezca, tremolan siempre sus ínfulas de escelsa preeminencia por su nacimiento. Una alcurnia de trescientas personas, rama castiza y acendrada del califa Hasan, se está conservando sin mancilla ni recelo en las ciudades santas de Medina y de la Meca, y tras los vaivenes de doce siglos, se hallan todavía custodiando el templo y ejerciendo la soberanía de su patria. La nombradía y los merecimientos de Mahoma hidalgarian la ralea mas plebeya, y la sangre antiquísima de los Koreishitas se encumbra allá sobre la majestad moderna de los reyes de la tierra (186).

Descollantes y envidiables campean los alcances de Mahoma; mas tras sus logros peregrinos llegan á embelesarnos con demasía. ¿Es de estrañar que tanta muchedumbre de alumnos se empapase en la doctrina y los ímpetus de un fanático elocuente? ¿Echaron el resto, por ese rumbo los heresiarcas de la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles hasta el siglo de los reformistas. ¿Se ha de traer increible que un mero particular empuñase espada y cetro, avasallase su patria y plantease una monarquía con su diestra victoriosa? Allá en los vaivenes incesantes de las dinastías orientales, á centenares se han ido encumbrando usurpadores de ruin cuna, arrollando tropiezos mayores, y abarcando ámbitos mas extensos de imperio y conquista. Siempre en igual disparador para predicar y para combatir, enlazando entrambos requisitos de suyo contrapuestos, al paso que realzaban su trascendencia, contribuian para sus logros: pujanza y persuasiva entusiasmo y zozobra, con su flujo y reflujo, obraban mas y mas en los ánimos, hasta volcar por fin todas las vallas. Clama á los Arabes redobladamente, libertad y victoria, armas y rapiñas, ensanche á rienda suelta para sus apetitos entrañables en el mundo actual y en el venidero; y siendo imprescindibles algunas rémoras para conceptuar las ínfulas de profeta y arraigar la obediencia del pueblo, no quedaba mas contraresto para sus triunfos que la racionalidad de su creencia en la unidad, y en los atributos del Altísimo. Pasmémonos mas bien de la permanencia que de la propagacion de su fé. La idéntica mella que estampó tan cabal y acendradamente en la Meca y en Medina, se está conservando, tras doce siglos en el Indio, el Africano, el Turco y demás alumnos del Alcoran. Si pudiesen volver los apóstoles cristianos San Pedro y San Pablo al Vaticano, andarian tal vez preguntando el nombre de la Divinidad que se reverencia con ritos tan misteriosos en aquel grandioso templo: no se pasmaran tanto en Oxford ó en Jinebra; pero siempre tendrian que recorrer el catecismo de la Iglesia y estudiar abincadamente á los comentadores católicos sobre sus propios escritos y las palabras de su Maestro. Mas el cimborio turco de Santa Sofía, aunque muy realzado en esplendor y grandiosidad, es siempre un mero remedo de aquel humilde tabernáculo levantado en Medina por mano de Mahoma. Siempre los Musulmanes contrarestaron á una la aprension de apocar el objeto de su fé y devocion anivelándolo con la sensualidad y fantasía humana.» Creo en un Dios, y Mahoma es el apóstol de Dios, es la profesion sencillísima é inalterable del Islam. Jamás ídolo visible desautorizó la estampa allá intelectual de la Divinidad; nunca los timbres del profeta tramontaron los ámbitos de la virtud humana, y sus mandamientos espresivos enfrenaron el agradecimiento de sus discípulos en los términos de la racionalidad y de la Relijion. Los feligreses de Alí consagraron por cierto la memoria de su héroe, mujer y niños, y afirman doctores Persas que la esencia divina se encarnó en la persona de los Ima-

mes; pero los Sonnitas son todos abominadores de aquella supersticion, y su demasia ha venido á ser un aviso y dispersador contra el culto de santos y de mártires. Tan disputadores han sido los Musulmanes como los Cristianos acerca de los atributos de Dios y la libertad del hombre, acicalando hasta lo sumo lo metafisico; mas entre aquellos nunca se trascendió á alborotar y trastornar los pueblos con sus cavilaciones, á causa de la incorporacion entre ellos de la jerarquía réjia con la sacerdotal. Interesaban en gran manera los califas, sucesores del profeta y caudillos de los fieles, en orillar y enfrenar toda inovacion relijiosa; ni la clase, ni la ambicion temporal y espiritual del clero asomaron jamás entre Mahometanos, y los amaestrados en la ley son los entonadores de sus conciencias y los oráculos de su fé. Desde el Atlántico hasta el Gànjes impera el Alcoran como el código fundamental, no solo en teolojía, sino en la jurisprudencia civil y criminal: y las leyes que pautan las jestiones y los haberes del jénero humano, quedan escudadas con la sancion infalible y aferrada de la voluntad de Dios. Adolece esta servidumbre relijiosa de tropiezos en la práctica. Desbarró aquel idiota lejislador á impulsos de sus propias vulgaridades y de las de su patria, y las instituciones del desierto de la Arabia no pueden cuadrar con la opulencia y el vecindario de todo un Ispahan ó un Constantinopla. En tales casos, el Cadhí se encasqueta rendidamente el volúmen sacrosanto, y lo sesga con una glosa peregrina, mas conforme con la equidad y con las costumbres y el réjimen de estos tiempos.

Su influjo benéfico ú pernicioso en la felicidad pública es la postrera pincelada en el retrato de Mahoma. Sus enemigos mas avinagrados y empedernidos, ya Judíos ya Cristianos, le concederán sin reparo que se encargue de una comision soñada para ir derramando una doctrina saludable y tan solo menos cabal que la de ellos. Dió devotamente por supuesta, como cimiento de su Relijion, la certeza de las revelaciones anteriores, con las virtudes y milagros de sus maestros. Yacieron á trozos los ídolos de Arabia ante el sólio de Dios; la sangre de víctimas humanas quedó sustituida con plegarias, ayunos y limosnas, ejercicios inocentes y recomendables de relijiosidad, retratando al vivo los premios y castigos de la vida venidera al remedo de cuanto apetecia una jeneracion idiota y toda carnal. No alcanzaba tal vez Mahoma á idear y abarcar un sistema político y moral para el uso de sus paisanos: pero los empapó en arranques caritativos y amistosos; les amonestó la práctica de virtudes sociales, y enfrenó con sus leyes y mandamientos la sed de venganzas y las tropelías con viudas y huérfanas. Hermanáronse las tribus enemigas en su fé y obediencia, y el denuedo que se solia desperdiciar en contiendas caseras, se disparó allá contra los forasteros opuestos. Si el ímpetu amainara un tanto la Arabia, desahogada en su interior y formidable por fuera, tal vez se encumbrara floreciendo con una sucesion de monarcas solariegos; pero se anonadó su soberanía con

la estension y velocidad de sus conquistas. Cundieron sus colonias por el Oriente y el Ocaso, barajando su descendencia con la de sus convertidos ó cautivos. Tras el reinado de tres califas, se trasladó el sólio de Medina al valle de Damasco y las márjenes del Tigris; mancilláronse las ciudades santas con una guerra impía; la varilla de un súbdito y quizás de un advenedizo avasalló la Arabia, y los Beduinos del desierto, desengañados de su soñado señorío, recobraron su antigua y solitaria independencia (187).

NOTAS

correspondientes al capítulo quinquajésimo.

(1) Como en este capítulo y el siguiente tendré que ir acudiendo de continuo á documentos arábigos, debo advertir que me son enteramente desconocidas las lenguas orientales, y manifestar mi gratitud á los doctos intérpretes que han trasladado su contenido en latin, francés é inglés; cuyas colecciones, versiones é historias iré dando á conocer en sus debidos lugares.

(2) Los jeógrafos de la Arabia deben dividirse en tres clases: 1.ª Los *Griegos* y *Latinos*, cuyos conocimientos progresivos pueden verse en Agatarcides (de Mari Rubro, en Hudson, Geograph. Minor,, tom I), Diodoro Sículo (tom. I, l. II, p. 159-167, l. III, p. 211-216 edic. Wesseling), Estrabon (l. XVI, p. 1112-1114 de Eratostenes, p. 1122-1132, de Artemidoro, Dionisio (Periegesis, 927-969), Plinio (Hist. Natur. V, 12, VI, 32), y Tolomeo (Descript. et Tabulæ Urbium, en Hudson, tom. III). 2.ª Los *escritores arábigos*, que han tratado este asunto con afan patriótico ú devoto: los estractos de Pocock (Specimen Hist. Arabum, p. 125-128) de la jeografía del jerife Al Edrisi, hace que quedemos menos satisfechos con la version ó compendio (p. 24-27, 44-56, 108, etc. 119 etc.) que publicaron los Maronitas, bajo el título absurdo de Jeografía Nubiense (París 1619); pero los traductores latino y francés, Greaves (en Hudson, tom. III) y Gailland (Voyage de la Palestine par La Roque, p. 265-346), han puesto á nuestro alcance la Arabia de Abulfeda, la relacion mas estensa y esmerada de la Península, la que puede todavía aumentarse, con la Bibliothèque Orientale de

D'Herbelot, p. 120 et alibi pasim. 3.ª Los *viajeros europeos*; entre los cuales Shaw (p. 438-455) y Niebuhr (Description, 1773; Voyages, tom. I, 1776) merecen un lugar preeminente: Busching (Géographie par Berenger, tom. VIII, p. 416-510) ha recopilado con tino y luego los mapas de D' Anville (Orbis Veteribus Notus, y 1.er Partie de l'Asie) debe tenerlos el lector á la vista con su Géographie Ancienne, tom. II, p. 208-231 (*).

(3) Abulfeda Descript. Arabiæ, p. 1. D'Anville, l'Euphrate et le Tigre, p. 19-20. Fué en este paraje el paraiso ú pensil de un sátrapa, en donde Jenofonte y los Griegos pasaron por primera vez el Eufrates (Anabasis, l. I, c. 10, p. 29, edic. de Gales).

(4) Relaud ha probado con sobrada erudicion: 1. Que nuestro Mar-Rojo (el golfo Arábigo) no es mas que una parte del *Mare Rubrum*, el Ερυθρὰ θαλάσση de los antiguos, que se estendió al espacio indefinido del Océano Indio. 2. Que las palabras sinónimas ἔρυθρος, αἰθίοψ, aluden al color de los negros (Dissert. Miscell., tom. I, p. 59-117).

(5) En los treinta dias ó jornadas entre el Cairo y la Meca, hay quince en que se carece de agua buena. Véase la ruta de los Hadjees, en los Viajes de Shaw, p. 477.

(6) Los aromas, particularmente el incienso de Arabia, ocupan el libro XII de Plinio. Nuestro gran Poeta (Paradise Lost, l. IV), introduce, en un simil, los olores aromáticos que trae el nordeste de la costa sabea:

—En mas de una legua,
El antiguo Océano sonrie, con el grato olor.
(Plin. Hist. Natur. XII, 42).

(7) Agatárcides asegura que se hallaron pedazos de oro puro, desde el tamaño de una aceituna hasta el de una nuez; que el hierro valia el doble del oro, y la plata diez veces mas (de Mari Rubro, p. 60). Estos tesoros, verdaderos ó imajinarios, han desaparecido; y en el dia no se conoce ninguna mina de oro en Arabia (Niebuhr, Description, p. 124) (**).

(8) Consúltese, léase y estúdiese el Specimen Historiæ Arabum de Pocock (Oxon. 1650, en 4.º). Las treinta pájinas de texto y version están estractadas de las dinastías de Gregorio Abulfaraje, el que despues Pocock

(*) De los viajeros modernos puede citarse el aventurero que se titulaba Alí Bey; pero sobre todos, el intelijente, emprendedor y puntual Burckhardt. — M.

(**) Un precioso paso, en el poema jeográfico de Dionisio Periegetes, encabeza el concepto de los antiguos sobre las riquezas y fertilidad de los colonos. La mitolojía griega, y las tradiciones del «magnífico Oriente,» de India así como Arabia, aparecen revueltas en un confuso esplendor. Sobre la costa de Arabia compárense los viajes recientes del subt. Wellsted. — M.

tradujo (Oxon. 1663, en 4.°): trescientas cincuenta y ocho notas de una obra clásica y orijinal, sobre las antigüedades arábigas.

(9) Arriano habla de los Ictiófagos de la costa de Hejaz (Periplus Maris Erythræi, p. 12 y mas allá de Aden (p. 15). Parece probable que las orillas del Mar Rojo (en su sentido mas lato) estuviesen ocupadas por estos salvajes, quizás, en tiempo de Ciro; pero no puedo creer que quedase ninguno de estos cáribes entre los salvajes, en el reinado de Justiniano (Procop. de Bell. Persic., l. I, c. 19).

(10) Véase el Specimen Historiæ Arabum de Pocock, p. 2, 5, 86, etc. La jornada de M. d'Arvieux, en 1664, al campo del emir del Monte Carmelo (Voyage de la Palestine, Amsterdan, 1718) presenta una pintura agradable y orijinal de la vida de los Beduinos, que puede ampliarse con Niebuhr (Description de l'Arabie, p. 327-344), y Volney (tom. I, p. 343-385), el último y el mas juicioso de nuestros viajeros sirios.

(11) Léanse (no es un afan desagradable) los artículos incomparables del *Caballo* y el *Camello*, en la Historia Natural de M. de Buffon.

(12) Sobre los caballos árabes, véase D'Arvieux (p. 159-173) y Niebuhr (p. 142-144). A fin del siglo XIII, los caballos de Neged se estimaban por su paso seguro, los de los colonos fuertes para las faenas, y los de Hejaz los mas nobles. Los caballos de Europa, la décima y última clase, eran jeneralmente despreciados, por tener mucha planta y poco brio (D'Herbelot, Bibliot. Orient. 339): se requeria que su fuerza fuese suficiente para sobrellevar el peso del caballero y su armadura.

(13) Qui carnibus camellorum vesci solent odii tenaces sunt, era la opinion de un médico árabe (Pocock, Specimen, p. 88). El mismo Mahoma, que era aficionado á la leche, antepone la vaca, y no hace mencion del camello; pero el mantenimiento de la Meca y Medina, era ya entónces mas lujoso (Gagnier, Vie de Mahomet, tom. III, p. 404).

(14) Con todo Marciano de Heraclea (in Periplo, p. 16, in tom. I, Hudson, Minor. Geograph. cuenta ciento y sesenta y cuatro ciudades en la Arabia Felíz. El recinto de las ciudades podia ser harto reducido, pero las creederas del escritor muy anchurosas.

(15) La compara Abulfeda (in Hudson, tom. III, p. 54) á Damasco, y es aun la residencia del iman de Yemen (Voyages de Niebuhr, tom. I, p. 331-342). Saana está á veinte y cuatro parasanjes de Dafar (Abulfeda, p. 51), y sesenta y ocho de Aden (p. 53).

(16) Pocock, Specimen, p. 57. Geograph. Nubiensis, p. 52. Meriaba ó Merab, seis millas de circunferencia, quedó asolada por las lejiones de Augusto (Plin. Hist. Natur. VI, 32) y no se habia restablecido en el siglo XIV (Abulfed. Descript. Arab., p. 58) (*).

(*) Véase la nota 2 del capítulo I. La destruccion de Meriaba por los Roma-

(17) El nombre de *ciudad*, *Medina*, se aplicó, κατ' ἐξοχὴν, á Yatreb (el Iatrippa de los Griegos la residencia del profeta. Las distancias de Medina las calcula Abulfeda en jornadas de una caravana (p. 15): á Bahrein, XV; á Balsora, XVIII; á Cufa, XX; á Damasco ó Palestina XX; al Cairo, XXV; á Meca, X; de Meca á Saná, (p. 52) ó Aden, XXX; al Cairo, XXXI dias ó 412 horas (Shaw's Travels, p. 477); lo que, segun el cómputo de D'Anville (Mesures Itinéraires, p. 99), cada jornada vienen á ser unas veinte y cinco millas inglesas. Desde la tierra del incienso (Hadramaut, en Yemen, entre Aden y el cabo Fartasch) á Gaza, en Siria, Plinio (Hist. Natur., XII, 32) cuenta LXV jornadas de camellos. Estas medidas pueden ayudar á la imajinacion y aclarar hechos.

(18) Nuestros conocimientos de la Meca deben sacarse de los Árabes (D'Herbelot, Bibliothèque Orientale, p. 368-371. Pocock, Specimen, p. 125-128. Abulfeda, p. 11-40). Como no es lícito á ningun infiel el entrar en la ciudad, por eso callan nuestros viajeros; y los escasos apuntes du Thevenot (Voyages du Levant, part. I, p. 490) están tomados, de boca de un renegado africano. Algunos Persas cuentan 6.000 caballos (Chardino, tom. IV, p. 167) (*).

(19) Estrabon, l. XVI, p. 1110. Véase una de estas casas de sal cerca de Balsora, en D'Herbelot, Bibliot. Orient., p. 6.

(20) Mirum dictu ex innumeris populis pars æqua in *commerciis*, aut in latrociniis, degit (Plin. Hist. Nat., VI, 32). Véase Sale's Koran, Suro. CVI, p. 503. Pocock, Specimen, p. 2. D'Herbelot, Bibliot. Orient. p. 361. Prideaux's Life of Mahomet, p. 5. Gagnier, Vie de Mahomet, tom. I, p. 72, 120, 126, etc.

(21) Un doctor sin nombre (Universal Hist. vol. XX octava edicion) ha evidenciado la verdad del Cristianismo con la independencia de los Arabes. Una crítica, además de las escepciones del hecho, pudiera dis-

nos, es dudosa. La ciudad nunca se recobró de la inundacion que hubo, con motivo de haberse reventado un grandisimo pantano, — acontecimiento de mucha importancia en los anales arábigos, y ventilado largamente mucho tiempo por los Orientales modernos. — M.

(*) En tiempo de Gibbon ya la Meca era accesible á los Europeos. La habia visitado Ludovico Barthema, y mas á un tal José Pitts de Exeter, que habia caido prisionero de los Moros, y obligado á convertirse al mahometismo. Su obra es interesante, aunque no es mas que una sencilla relacion de sus padecimientos y viajes. Desde entonces han penetrado en la Meca, el doctor Seetzen, cuyos papeles desgraciadamente se han estraviado, que presenció sus ceremonias; el Español que se titulaba Alí-Bey, y últimamente Burckhardt, cuya descripcion nada deja que apetecer. — M.

putar el significado del texto (Gen. XVI, 12), la estension de la aplicacion y el fundamento de las preocupaciones (*).

(22) Fué subyugada, A. 1173, por un hermano del gran Saladino, quien fundó una dinastía de Curdos ó Ayubitas (Guignes, Hist. des Huns, tom. I, p. 425. D'Herbelot, p. 477).

(23) Por el lugarteniente de Soliman I (A. 1538) y de Selim II (1568). Véase la Historia de Cantemir del Imperio Otomano, p. 201, 221. El bajá, que residia en Saana, mandaba veinte y un beyes; pero nunca se remitió ninguna suma á la Puerta (Marsigli, Stato Militare dell'Imperio Ottomano, p. 124), y los Turcos fueron espulsados sobre el año 1630 (Niebuhr, p. 167, 168).

(24) De la provincia Romana, bajo el nombre de Arabia, y la tercera Palestina, las ciudades principales eran Bostra y Petra, cuya fundacion fecha del año 105, cuando fueron subyugadas por Palma, lugarteniente de Trajano (Dion Casio, l. LXVIII). Petra era la capital de los Nabateos; cuyo nombre deriva del hijo mayor de Ismael (Gen. XXV, 12, etc. con los Comentarios de Jerónimo, Le Clerc y Calmet) (**). Justiniano evacuó un país de diez jornadas de estension hácia el sur de Elá (Procop. de Bell. Persic., l. I, c. 19), y los Romanos tenian un centurion y una aduana (Arrian in Periplo Maris Erythrœi, p. 11 in Hudson, tom. I), en un punto (λέυκ κώμη, Pagus Albus Hawara) en el territorio de Medina (D'Anville, Memoire sur l'Egypte, p. 243). Estas reales posesiones, y algunas correrías navales de Trajano (Peripl. p. 14, 15), están hermoseadas por la historia y medallas en la conquista romana de Arabia.

(25) Niebuhr (Description de l'Arabie, p. 302, 303, 329-331) suministra los conocimientos mas recientes y esmerados sobre el imperio turco en Arabia (***).

(26) Diodoro Sículo (tom. II, l. XIX, p. 390-393, edic. Wesseling) ha espuesto claramente la libertad de los Nabateos Arabes, quienes se resistieron á las armas de Antígono y de su hijo.

(27) Estrabon, l. XVI, p. 1127-1129. Plin. Hist. Natur., VI, 32. Elio Galo desembarcó cerca de Medina, y se internó cerca de mil millas en la parte del Yemen entre Mareb y el Océano. El non ante devictis Sa-

(*) Véase nota 3 del cap. XLVI. El último punto es quizá el que ofrece menos reparos de los tres. — M.

(**) Sobre las ruinas de Petra, véanse los viajes de Irby y Mangles, y el de Leon de Laborde. — M.

(***) Niebuhr, á pesar de la multitud de viajeros posteriores, se conserva como la obra clásica sobre la Arabia. — M.

beœ regibus (Od. I, 29) y el intacti Arabum thesauri (Od. III, 25) de Horacio, atestiguan la pureza virjinal de la Arabia.

(28) Véase la historia imperfecta del Yemen en Pocock, Specimen, p. 55-66, de Hira, p. 66-74, de Gassan, p. 75-78, tan estensamente como ha sido posible ó conservada en el tiempo de la ignorancia (*).

(29) El Σαρακηνικὰ φῦλα, μυριαδὲς ταῦτα, καὶ τὸ πλεῖστον ἀυτῶν ἐρημονόμοι, καὶ ἀδέσποτοι, están descritas por Menandro (Excerpt. Legation, p. 149) Procopio (de Bell. Persic., l. I, c. 17, 19, l. II, c. 10); y en colores muy vivos, por Amiano Marcelino (l. XIV, c. 4), quien habia hablado de ellos, ya en el reinado de Marco.

(30) El nombre, que en boca de Tolomeo y Plinio tiene un sentido muy reducido y que en la de Amiano y Procopio adquiere mayor estension, se ha derivado, ridícularmente, de Sara, la mujer de Abrahan, confusamente de la aldea de *Saraka* (μετὰ Ναβαταῖους. Stephan de Urdubis), con mas probabilidad de las palabras árabes, que significan un carácter *dado al robo* ó situacion *Oriental*. (Hottinger, Hist. Oriental, l. I, c. 1, p. 7, 8. Pocock, Specimen, p. 33, 35. Aseman. Bibliot. Orient., tom. IV, 567). Con todo la última de estas etimolojías y la mas popular la rechaza Tolomeo (Arabia, p. 2, 18 en Hudson, tom. IV), quien hace observar las posiciones Oriental y Occidental de los Sarracenos, entónces una tribu desconocida á orillas del rio en Ejipto. La denominacion pues no alude á ningun carácter *nacional*, y ya que ha sido dada por estranjeros, no debe hallarse en el árabe, sino en los idiomas estranjeros (**).

(31) Sarraceni... mulieres aiunt in eos regnare (Expositio totius Mundi, p. 5 in Hudson, tom. III). El reinado de Mavia es célebre en la historia eclesiástica. Pocock, Specimen, p. 69, 83.

(32) Εκ τῶν βασιλείων μὴ ἐξελθεῖν es lo que refieren Agatarcides (de Mari Rubro, p. 63, 64, in Hudson, tom. I), Diodoro Sículo (tom. I, l. III, c. 47, p. 215) y Estrabon (l. XVI, p. 1124). Pero sospecho que este es uno de los cuentos populares, ó sucesos estraordinarios, que la credulidad de los viajeros tan frecuentemente trasforma en un hecho, una costumbre, ó una ley.

(33) Non gloriabantur antiquitas Arabes, nisi gladio, hospite, et *elo-*

(*) Compárese la Hist. Yemana, publicada por Johannsen en Bonn, 1828, particularmente el prólogo del traductor. — M.

(**) El Dr. Clarke (Viajes, vol. II, p. 491) despues de manifestar su desprecio compasivo por la ignorancia de Gibbon, deriva la voz de Zara, Zaara, Sara, el Desierto, de donde Sarracenos, los hijos del Desierto. De Merles adopta la derivacion de Sarrick, un bandido, Hist. des Arabes, vol. I, p. 36. Saint Martin de Scharkiun ó Sharkun, Oriental, vol. XI, p. 55. — M.

quentia (Sephadius, apud Pocock, Specimen, p. 161, 162). Este don del habla solo participaban de él los Persas; y los sentenciosos Arabes es probable que habrian despreciado la sencilla y sublime lójica de Demóstenes.

(34) Debo recordar al lector, que D'Arvieux, D'Herbelot, y Niebuhr retratan al vivo las costumbres y gobierno de los Arabes, que están ilustrados por muchos lances en la Vida de Mahoma (*).

(35) Nótese el capítulo primero de Job, y el gran muro de 1300 estadios que Sesostris construyó desde Pelusio hasta Heliópolis (Diodor. Sicul. tom. I, l. I, p. 67). Bajo el nombre de *Hicsos*, los reyes pastores al principio habian subyugado el Ejipto (Marsham, Canon. Chron., p. 98-163, etc.) (**)

(36) O, segun otra relacion, 1200 (D'Herbelot, Bibliot. Orient. p. 75): los dos historiadores que escribieron sobre el *Ayam al Arab*, las batallas de los Arabes, vivieron por los siglos IX y X. La célebre guerra de Dahes y Gabrá fué motivada por dos caballos, duró cuarenta años y terminó en un proverbio (Pocock, Specimen, p. 48).

(37) La teórica y práctica moderna de los Arabes, en la venganza de un asesinato están descritas por Niebuhr (Description, p. 26-31). Las violentísimas facciones de la antigüedad pueden verse en Alcoran, c. 2, p. 20, c. 17, p. 230, con las Observaciones de Sale.

(38) Procopio (de Bell. Persic., l. I, c. 16) coloca los *dos* meses santos, cerca del solsticio de verano. Los Arabes consagraban *cuatro* meses del año—el primero, el séptimo, el undécimo, y el duodécimo; y pretendian, que en una larga serie de años no se habia infrinjido la verdad sino cuatro ó seis veces (Sale's Preliminary Discourse, p. 147-150 y las notas del capítulo IX del Alcoran, p, 154, etc. Casiri, Bibliot. Hispano—Arabica, tom. II, p. 20, 21).

(39) Arriano, en el segundo siglo, nota (in Periplo Maris Erythræi, p. 12) la parcial ó total diferencia de los dialectos de los Arabes. Su idioma y letras están estensamente esplicadas por Pocock (Specimen, p. 150-154), Casiri (Bibliot. Hispano Arábica, tom. I, p. 1, 83, 292. tom. II, p. 25, etc.), y Niebuhr (Description de l'Arabie, p. 72-86). Paso lijeramente, no me gusta el repetir las palabras como un loro.

(40) En el Zadig de Voltaire (le Chien et le Cheval) se refiere un cuento familiar para comprobar la perspicacia natural de los Arabes (D'Her-

(*) Véase tambien la interesante novela de Antar, con la pintura vivísima y atinada de las costumbres árabes. — M.

(**) Este oríjen de los Hycsos, aunque probable, no es por ningun estilo tan seguro; hay fundamento para suponer que son Escitas. — M.

belot, Bibliot. Orient., p. 120, 121. Gagnier, Vie de Mahomet, tom. I, p. 37-46); pero D'Arvieux, ó mas bien La Roque (Voyage de Palestine, p. 92) niega la ponderada superioridad de los Beduinos. Las ciento sesenta y nueve sentencias de Ali (traducidas por Ockley, Lóndres, 1718) suministran una prueba favorable del talento arábigo (*).

(41) Pocock (Specimen., p. 158-161) y Casiri (Bibliot. Hispano Arabica, tom. I, p. 48, 84, etc. 119, tom. II, p. 17, etc.) hablan de los poetas árabes antes de Mahoma. Los siete poemas de la Caaba se han publicado en inglés, por sir Guillermo Jones; pero su honroso envio á la India nos ha defraudado de sus notas, mucho mas interesantes que el testo mohoso y ramplon.

(42) Discurso Preliminar de Sale, p. 29, 30.

(43) D'Herbelot, Bibliot. Orient, p. 458. Gagnier, Vie de Mahomet, tom. III, p. 118. Caah y Hesmo (Pocock, Specimen, p. 43, 46, 48) eran tambien eminentes por su liberalidad; y al último lo ensalza un poeta árabe; « Videbis eum cum accesseris exultantem, ac si dares illi quod ab illo petis (**) ».

(44) Cuanto se apetezca averiguar sobre la idolatría de los antiguos Arabes puede hallarse en Pocock (Specimen, p. 89-136, 163, 164). Su profunda erudicion campea mas clara y concisamente, interpretada por Sale (Discurso Preliminar, p. 14-24); y Asemano (Bibliot. Orient., tom. IV, p. 580-590) ha añadido algunas observaciones apreciables.

(45) Ἱερόν ἁγίωτατον ἵδρυται τιμώμενον ὑπὸ πάντων Ἀράβων περιττότερον (Diodor. Sicul. tom. I, l. III, p. 211). La índole y situacion aparecen tan sumamente adecuados, que estraño como este interesante paso se ha leido sin llamar la atencion, ni hecho uso de su contenido. No obstante aquel célebre templo lo ha visitado Agatarcides (de Mari Rubro, p. 58, en Hudson, tom. I) á quien copia Diodoro en el resto de la descripcion. ¿Era de mayor desempeño el Siciliano que el Ejipcio? ¿O fué construida la Caaba entre los años 650 y 746, las fechas de sus historias respectivas? (Dodwell, in Dissert. ad tom. I. Hudson, p. 72. Fabricio, Bibliot. Græc tom. II, p. 770).

(46) Pocock, Specimen, p. 60, 61. Desde la muerte de Mahoma se cuentan 68 años despues de la era cristiana y desde su nacimiento 129. El velo ó cortina, que en el dia es de seda y oro, no era mas que un trozo de lienzo ejipcio (Abulfeda, in Vit. Mohammed, c. 6, p. 14).

(*) Compárense los Proverbios Arabes traducidos por Burckhardt. Lóndres, 1830. — M.

(**) Véase la traduccion de la entretenida novela persa de Hatim Tai, por Duncan Forbes, entre las obras publicadas por el Fondo de traduccion Oriental. — M.

(47) El plano orijinal de la Caaba (que está servilmente copiado en la Historia universal de Sale, etc.) era un dibujo turco, que Reland (de Religione Mohamomedica, p 113-123) ha correjido y esplicado con las mejores autoridades. Sobre la descripcion y leyenda de la Caaba, consúltese á Pocock (Specimen, p. 115-122), la Bibliothèque Orientale de D'Herbelot *(Caaba, Hagir, Zemzem, etc.)* y Sale (Discurso Preliminar, p. 114-122).

(48) Cosa, el quinto sucesor de Mahoma, debió haber usurpado la Caaba, A. 440; pero el cuento lo refieren de diferente modo Jannabi (Gagnier, Vie de Mahomet, tom. I, p. 65, 69) y Abulfeda (in Vit. Moham., c. 6, p. 13).

(49) En el siglo II, Máximo de Tiro atribuye á los Arabes la adoracion de una piedra—Ἀράβιοι σέβουσι μὲν, ὅντινα δὲ οὐκ οἶδα τὸ, δὲ ἄγαλμα εἶδον. λίθος ἦν τετράγωνος (Dissert. VIII, tom. I, p. 142, edic. Reiske); y la reconvencion la repiten con furor los Cristianos. Clemens Alex. in Protreptico, p. 40, Arnobius contra Gentes, l. VI, p. 246). Con todo, estas piedras no eran otra cosa que el βάιτυλα de Siria y Grecia, tan célebres en la antigüedad sagrada y profana. (Euseb. Prep. Evangel. l. I, p. 37. Marsham, Canon Chron., p. 54-56).

(50) Ambos horrorosos asuntos de Ανδροθυσία y Παιδοθυσία, están esmeradamente apurados por el instruido sir Juan Marsham (Canon. Chron., p. 76-78, 301-304). Sanchoniaton deriva los sacrificios fenicios del ejemplo de Crono, pero ignoramos si Crono vivió antes ó despues de Abrahan, ó si llego á existir.

(51) Κατ' ἐτὸς ἑκαστον παῖδα ἔθυον, es la reconvencion de Porfiro; pero tambien imputa á los Romanos la misma costumbre bárbara, que, A. 657, al fin se abolió. Dumætha, Daumat al Gendal, la cita Tolomeo (Tabul. p. 47, Arabia, p. 9-29) y Abulfeda (p. 57); y puede hallarse en los mapas de D'Anville, en el semi-desierto entre Chaibar y Tadmor.

(52) Procopio (de Bell. Persico, l. I, c. 28), Evagrio (l. VI, c. 21) y Pocock (Specimen, p. 72, 86), afirman los sacrificios humanos de los Arabes en el siglo VI. El peligro y huida de Abdalah es mas bien una tradicion que un hecho (Gagnier, Vie de Mahomet, tom. I, p. 62-84).

(53) Suillis carnibus abstinent, dice Solino (Poly, histor. c. 33), quien copia á Plinio (l. VIII, c. 68) en la estraña suposicion de que los cerdos no pueden vivir en Arabia. Los Ejipcios se horrorizaban de suyo y supersticiosamente con aquel sucio viviente mal (Marsham, Canon, p. 205). Los antiguos Árabes practicaban tambien, *post coitum*, el rito de ablucion (Herodot., l. I, c. 80) santificado por la ley mahometana (Reland, p, 75, etc. Chardino ó mas bien el *Molla* de Shah Abbas, tom. IV, p. 71, etc.).

(54) Los doctores mahometanos se retraten de este asunto ; con todo, creen indispensable la circuncision para salvarse , y hasta pretenden que Mahoma nació milagrosamente sin prepucio (Pocock , Specimen , 319, 320. Discurso Preliminar de Sale, p. 106 , 107).

(55) Diodoro Síeulo (tom. I , l. II, p. 142-145) ha echado sobre su relijion la mirada curiosa, pero superficial, de un Griego. Su astronomía hubiera sido mucho mas apreciable ; habian mirado por el telescopio de la razon, puesto que podian dudar si el sol estaba en el número de los planetas ó en el de las estrellas fijas.

(56) Simplicio (á quien cita Porfiro), de Cœlo, l. II, com. XLVI, p. 123, lin. 18. apud Marsham, Canon. Chron. p. 474, quien duda del hecho, porque está en oposicion con su sistema. La primera fecha de las observaciones caldeas es del año 2.234 antes de Cristo. Tras la conquista de Babilonia por Alejandro, á peticion de Aristóteles, se comunicaron al astrónomo Hiparco. ¡ Qué momento en los anales de la ciencia !

(57) Pocock (Specimen, p. 138-146), Hottinger (Hist. Orient., p. 162-203), Hyde (de Religione Vet. Persarum ; p. 124 , 128, etc.) D'Herbelot (*Sabi*, p. 725, 726), y Sale (Discurso Preliminar, p. 14 , 15), escitan nuestra curiosidad, en vez de satisfacerla ; y el último de estos estos escritores confunde el Sabismo con la Relijion primitiva de los Árabes.

(58) D'Anville (l'Euphrate et le Tigre, p. 130-147) fijará la posicion de estos Cristianos ambiguos ; Asemano (Bibliot. Oriental., tom. IV, p. 607-614) puede esplicar sus dogmas. Pero es un trabajo muy difícil el asegurar la creencia de un pueblo, su ignorancia temerosa y avergonzada de descubrir sus tradiciones secretas (*).

(59) Los Magos residian en la provincia de Bahrein (Fagnier, Vie de Mahomet, tom. III, p. 114) revueltos con los antiguos Arabes (Pocock, Specimen, p. 146-160).

(60) El estado de los Judíos y Cristianos en Arabia está descrito por Pocock de Sharestani, etc. (Specimen, p. 60, 134, etc.), Hottinger (Hist. Orient., p. 212-238), D'Herbelot (Bibliot. Orient., p. 474-476), Basnage (Hist des Juifs, tom. VIII, p. 185, tom. VII, p. 280) y Sale (Discurso Preliminar, p. 22 etc. 33, etc.).

(61) En sus ofrendas tenian por máxima el defraudar á Dios en bene-

(*) El Codex Nasiræus, su libro sagrado, lo ha publicado Norberg, cuyas indagaciones contienen todo lo que se sabe de este pueblo singular. Pero su oríjen es dudoso, como siempre ; si es antiguo, su credo se halla tan corrompido con el misticismo y mahometismo, que los caracteres primitivos son casi inintelijibles. — M.

ficio del ídolo, patron no mas poderoso; pero mas enfadadizo (Pocock, Specimen, 108, 109).

(62) Las versiones que nos quedan, ya judías ó cristianas, aparecen mas recientes que el Alcoran, pero debe naturalmente inferirse que media una traduccion anterior,—1. De la práctica perpetua de la sinagoga, de esplicar la leccion hebrea por una paráfrasis en la lengua vulgar del país. 2. Por la analojía de las versiones armenias, persas y etíopes, citadas ya por los padres del siglo V, quienes aseguran que las Escrituras estaban traducidas en todos los idiomas bárbaros (Walton, Prolegomena ad Biblia Polyglot., p. 34, 93-97. Simon, Hist. Critique du V. et N. Testament, tom. I, p. 180, 181, 232, 286, 293, 305, 306, tom. IV, p. 206).

(63) In eo conveniunt omnes, ut plebeio vilique genere ortum, etc. (Hottinger, Hist. Orient., p. 136). Con todo Teófanes, el mas antiguo de los Griegos, y el padre de muchas mentiras, confiesa que Mahoma era de la alcurnia de Ismael, ἐκ μιᾶς γενικωτάτης φυλῆς (Chronograph., p. 277).

(64) Abulfeda (in Vit Mohammed, c. 1, 2) y Gagnier (Vie de Mahomet, p. 25-97) describen la jenealojía popular y comprobada del profeta. En la Meca, no hubiera disputado su autenticidad, en Lausana me atreveré decir: 1°. *Que* desde Ismael á Mahoma, un período de 2500 años, cuentan treinta jeneraciones en lugar de setenta y cinco. 2.° *Que* los Beduinos modernos no conocen su historia, y no se cuidan de su jenealojía (Voyage de D'Arvieux, p. 100, 103).

(65) La semilla de esta historia, ó fábula, se halla en el capítulo CV del Alcoran; y Gagnier (in Præfat. ad Vit Moham., p. 18, etc.) tradujo la narracion histórica de Abulfeda, que puede ilustrarse con D'Herbelot (Bibliot. Orientale, p. 12) y Pocock (Specimen, p. 64). Prideaux (Vida de Mahoma, p. 48) dice que es una mentira inventada por Mahoma; pero Sale (Koran, p. 501-503), que es medio musulman, afea al doctor la poca consecuencia de su fé porque cree los milagros del Apolo Delfico. Marracci (Alcoran, tom. I, part. II, p. 14, tom. II, p. 823) atribuye el milagro al diablo, y desentraña á los Mahometanos la confesion, de que Dios no hubiera defendido á los ídolos de la Caaba contra los Cristianos.

(a) Amina, ó Emina, era judía de nacimiento. V. Hammer, Geschichte der Assass, p. 10.—M.

(66) Las eras mas seguras de Abulfeda (in Vit. c. 1, p. 2), de Alejandro, ó de los Griegos, 882, de Bocht Naser, ó Nabonasar, 1310, nos conducen igualmente al año 569. El antiguo calendario árabe adolece de oscuridad y poca seguridad, para servir de apoyo á los Benedicti-

nos (Art de Vérifier les Dates, p. 15), quienes, del dia del mes y semana, deducen un nuevo modo de calcular, y mudan el nacimiento de Mahoma en el año de Cristo 570, el 10 de noviembre. No obstante esta fecha va muy acorde con el año 882 de los Griegos, que trae Elmacin (Hist. Saracen., p. 5) y Abulfarajio (Dynast. p. 101, y Errata, version de Pocock). En tanto que apuramos nuestra cronolojía, es muy posible que el profeta leguísimo no supiese á punto fijo su propia edad (*).

(67) Copio el honroso testimonio de Abu Taleb á su familia y sobrino. Laus Dei, qui nos a stirpe Abrahami et semine Ismaelis constituit, et nobis regionem sacram dedit, et nos judices hominibus statuit. Porro Mohammed filius Abdollahi nepotis mei (*nepos meus*) quo cum ex æquo liberabitur e Koraishidis quispiam cui non præponderaturus est, bonitate et excellentiâ, et intellectu et gloriâ et acumine, etsi opum inops fueri (et certe opes umbra transiens sunt et depositum quod reddi debet, desiderio Chadijæ filiæ Chowailedi tenetur, et illa vicissim ipsius, quicquid autem dotis vice petieritis, ego in me suscipiam (Pocock, Specimen, é séptima parte libri Ebn Hamduni).

(68) La vida privada de Mahoma, desde su nacimiento hasta su mision está conservada por Abulfeda (in Vit. c. 3-7), y los escritores árabes de la nota, verdadera ó apócrifa, que están citados por Hottinger (Hist. Orient., p. 204-211), Maracci (tom. I, p, 10-14), y Gagnier (Vie de Mahomet, tom. I, p. 97-134).

(69) Abulfeda, in Vit, c. LXV, LXVI. Gagnier, Vie de Mahomet, tom. III, p. 272-289; las mejores tradiciones de la persona y conversacion del profeta están tomadas de Ayesha, Alí, y Abu Horaira (Gagnier, tom. II, p. 267. Ockley, Hist. de los Sarracenos, vol. II, p. 149), llamado el Padre de un Gato, quien murió en el año 59 de la héjira.

(70) Aquellos que crean que Mahoma podia leer ó escribir, son incapaces de leer lo que está escrito, por otra pluma, en el Surate, ó Capítulos del Alcoran VII, XXIX, XCVI. Aquellos testos, y la tradicion del Sona, están admitidos, sin titubear, por Abulfeda (in Vit., c. VII), Gagnier (Not. ad Abulfed. p. 15) Pocock (Specimen, p. 151), Reland

(*) La fecha del nacimiento de Mahoma no ha venido á deslindarse todavía con acierto. Se sabe únicamente por los autores orientales, que nació un lúnes, el 10 Reby 1°., el tercer mes del año mahometano; el año 40 ó 42 de Cosroes Nushirvan, rey de Persia; el año 881 de la era seleucida; el año 1316 de la era de Nabonasar. Esto deja el punto indeciso entre los años 569, 570, 571 de J. C. Véase la Memoria de M. Silvestre de Sacy, sobre diversos acontecimientos en la historia de los Arabes, antes de Mahoma, Mém. Acad. des Inscript, vol. XLVII, p. 527, 531, Saint Martin, vol. XI, p. 59. — E.

(de Religione Mohammedica, p. 236), y Sale (Discurso Preliminar, p. 42). M. White, casi solo, niega la ignorancia, para patentizar la impostura, del profeta. Sus argumentos están muy lejos de ser convincentes. Dos cortas jornadas á las ferias de Siria, no eran bastantes para infundir una ciencia tan escasa entre los ciudadanos de la Meca: no es posible que en la jestion formalísima de un tratado, Mahoma se hubiese quitado la máscara; ni puede sacarse ninguna conclusion de las palabras de un enfermo y delirante. El *instruido* jóven, antes de aspirar al caracter profético, debe haberse ejercitado, particularmente, en leer y escribir; y los primeros convertidos, de su propia familia, hubieran sido los primeros en aborrecer su escandalosa hipocresía (Whites Sermons, pájina 203, 204. Notas, p. XXXVI-XXXVIII).

(71) El conde de Boulainvilliers (Vie de Mahomed, p. 202-228) conduce á su pupilo árabe, como el Telémaco de Fenelon ó el Ciro de Ramsay. Su viaje á la corte de Persia es probablemente una ficcion, ni puedo hallar el oríjen de su esclamacion, « Les Grecs sont pourtant des hommes. » Las dos jornadas sirias las citan casi todos los escritores árabes, tanto Mahometanos como Cristianos (Gagnier ad Abulfed. p. 10).

(72) No me sobra el tiempo para ir siguiendo las fábulas ó conjeturas de que hablan los estranjeros sospechosos á los infieles de Meca (Alcoran c. 16, p. 223, c. 35, p. 297 con las Observaciones de Sale. Prideaux, Vida de Mahoma, p. 22, 27. Gagnier, Not. ad Abulfed. p. 11, 74. Maracci, tom. II, p. 400). Hasta Prideaux ha dicho, que la transaccion debe haber sido reservada, y que la escena pasó en el corazon de la Arabia.

(73) Abulfeda in Vit., c. 7, p. 15. Gagnier, tom. I, p. 133, 135. La situacion del Monte Hera la espresa Abulfeda (Geograph. Arab. p. 4). No obstante Mahoma nada habia leido de la cueva de Ejeria, ubi nocturnæ Numa constituebat amicæ, del monte Ideo, en Minos donde conversó con Jove, etc.

(74) Alcoran, c. 9, p. 153. Al Beidawi, y los otros comentadores citados por Sale, se adhieren á este cargo; pero no entiendo lo que está salpicado con la mas absurda y oscura tradicion de los Talmudistas.

(75) Hottinger, Hist. Orient., p. 225-228. La herejía Colliridiana fué llevada de Tracia á Arabia, por algunas mujeres, y tomó su nombre del κόλλυρις, ó torta, que ofrecian á la diosa. Este ejemplo, el de Berillo obispo de Bostra (Euseb. Hist. Eccles. l. VI, c. 33) y otros muchos, pueden escusar la reconvencion, Arabia hæreseon ferax.

(76) Los tres dioses en el Alcoran (c. 4, p. 81, c. 5, p. 92) están obviamente arrestados contra nuestro misterio católico; pero los comentadores árabes los comprenden del Padre, el Hijo y la Vírjen María,

una Trinidad herética, sostenida, segun dicen, por algunos Bárbaros en el concilio de Nicea (Eutiquio, Anal., tom. I, p. 440). Pero la existencia de los *Marianitas* la niega el sincero Beausobre (Hist. des Manichéisme, tom. I, p. 532); y deriva la equivocacion de la palabra *Rouah*, él Espíritu Santo, que en algunas lenguas orientales es del jénero femenino, y usado figuradamente como la Madre de Cristo, en el Evanjelio de los Nazarenos.

(77) Este pensamiento se halla filosóficamente ejemplificado en el carácter de Abrahan, quien se opuso en Caldea á la primera introduccion de la idolatría (Alcoran, c. 6, p. 106. D'Herbelot, Bibliot. Orient., p. 13).

(78) Véase el Alcoran, particularmente los capítulos segundo (p. 30), cincuenta y siete (p. 437) y cincuenta y ocho (p. 441) que proclaman la omnipotencia del Criador.

(79) Los credos mas ortodojos están traducidos por Pocock (Specimen, p. 274, 284-292), Ockley (Hist. de los Sarracenos, vol. II, p. LXXXII-XCV), Reland (de Religion. Moham., l. I, p. 7-13) y Chardino (Voyages en Perse, tom. IV, p. 4-28). La gran verdad, que Dios es sin semejanza, la critica desatinadamente Marracci (Alcoran, tom. I, part. III p. 87-94), porque hizo al hombre como á su propia imájen.

(80) Reland, (de Relig. Moham., l. I, p. 17-47). Sale, (Discurso Preliminar, p. 73-76. Voyage de Chardini, tom. IV, p. 28-37 y 37-47) para la adicion persa. « ¡ Alí es el vicario de Dios! » No obstante el número cabal de profetas, no es un artículo de fé.

(81) Sobre los libros apócrifos de Adan, véase á Fabricio, (Codex Pseudopigraphus V. T. p. 27-29; de Seth, p. 154-157; de Enoch, p. 160-219). Pero el libro de Enoch está consagrado, en parte, por la cita del apóstol San Judas; y un gran fragmento de una leyenda: la citan Sincelo y Escalíjero (*).

(82) Los siete preceptos de Noé los esplica Marsham (Canon. Chronicus, p. 154-180), quien en esta ocasion prohija la sabiduría y credulidad de Selden.

(83) Los artícnlos de *Adan*, *Noé*, *Abrahan*, *Moisés*, etc. en la Biblioteca de D'Herbelot, están gallardamente adornados con las leyendas imajinarias de los Mahometanos, quienes han edificado en el mismo terreno de la Escritura y el Talmud.

(84) Alcoran, c. 7, p. 128, etc. c. 10, p. 173, etc. D'Herbelot, p. 647, etc.

(*) Desde entonces se ha recojido el libro entero en lengua etíope, y ha sido impreso y traducido por el arzobispo Lorenzo, Oxford, 1821. — M.

(85) Alcoran, c. 3, p. 40, c. 4, p. 80. D'Herbelot, p. 399, etc.

(86) Véase el Evanjelio de Santo Tomás, ó de la niñez, en el Codex Apocryphus V. T. de Fabricio, quien recopiló los varios testimonios concernientes (p. 128-158). Lo publicó en griego Cotelier, y Sike en árabe, quien cree nuestra copia actual mucho mas reciente que Mahoma. Con todo, sus citas concuerdan con el orijinal sobre el discurso de Cristo en la cuna, sus pájaros de barro vivos, etc. (*Sike*, c. I, p. 168, 169, c. 36, p. 198, 199, c. 46, p. 206. *Cotelier*, c. 2, p. 160, 161).

(87) Está oscuramente apuntado en el Alcoran (c. 3, p, 39) y esplicado con mas claridad en la tradicion de los Sonitas (Notas de Sale, y Maracci, tom. II, p. 112). En el siglo XII, San Bernardo condenó la concepcion inmaculada, como una presuntuosa novedad (Fra Paolo, Istoria del Concilio di Trento, l. II).

(88) Véase el Alcoran, c. 3, v. 53 y c. 4, v. 156 de la edicion de Maracci. Deus est præstantissimus dolose agentium (una estraña oracion).. nec crucifixerunt eum, sed objecta est eis similitudo: espresion que cuadra muy bien con el sistema de los Docetas; pero los comentadores creen (Maracci, tom. II, p. 113-115, 173. Sale, p. 42, 43, 79), que otro hombre, su amigo ó enemigo, fué crucificado en lugar de Jesus; un cuento que puede leerse en el Evanjelio de San Bernabé, lo que ya se habia descubierto en tiempo de Ireneo, por algunos herejes abionitas (Beausobre, Hist. du Manichéisme, tom. II, p. 25. Mosheim de Reb. Christ. p. 353).

(89) Este cargo está confusamente estampado en el Alcoran (c. 3, pájina 45); pero ni Mahoma ni sus secuaces, están harto versados en idiomas y crítica, para dar ningun peso ó color á sus sospechas. Con todo, los Arrianos y Nestorianos podian referir algunos cuentos, y el idiota profeta dar oidos á las osadas aserciones de los Maniqueos. Véase Beausobre, tom. I, p. 291-305.

(90) Entre las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento, que están alteradas por la mala fé ó ignorancia de los Musulmanes, atribuyen al profeta la promesa del *Paracleto* ó Consolador, que habia ya sido usurpado por los Montanistas y Maniqueos (Beausobre, Hist. Critique du Manichéisme, tom. I, p. 263, etc.); y la fácil trasposicion de letras περίκλυτος ό παράκλητος, suministra la etimolojía del nombre de Mahoma (Maracci, tom. I, part. I, p. 15-28).

(91) Sobre el Alcoran, véase á D'Herbelot, p. 85-88. Maracci, tom. I, in Vit. Mohamed, p. 32-45. Sale, Discurso Preliminar, p. 56-70.

(92) Alcoran, c. 17, v. 89. En Sale, p. 235, 236. En Maracci, pájina 410 (*).

(*) Compárese con Hammer, Geschichte der Assassinen, p. 11.—M.

(93) No obstante, una secta de Arabes estaba persuadida, que cualquiera pluma humana podia igualarla y aun aventajarla (Pocock, Specimen, p. 221, etc.); y Maracci (la contienda es demasiado intrincada para el traductor) se burla de la afectacion del paso mas celebrado (tom. I, part. II, p. 69-75).

(94) Colloquia (bien verdadero ó fabuloso) in media Arabia atque ab Arabibus habita (Lavth, de Poesi Hebræorum Prælect. XXXII, XXXIII, XXXIV, con su editor aleman Michaelis, Epimetron IV). Michaelis (p. 671-673) ha dado á conocer muchas imájenes ejipcias, el elephantiasis, papyrus, Nilo, cocodrilo, etc. El idioma se le llama ambiguamente, *Arabico-Hebræa*. La semejanza de los dialectos era mucho mas palpable en su arranque, que en la edad media (Michaelis, p. 682. Schultens, in Præfat. Job) (*).

(95) Al Bochari murió A. 224. Véase D'Herbelot, p. 208, 416, 827. Gagnier, Not. ad Abulfed. c. 19, p. 33.

(96) Véase mas notablemente, Alcoran. c. 2, 6, 12, 13, 17. Prideaux (Vida de Mahoma, p. 18, 19) confundió al impostor. Maracci, de un modo mas entendido, ha demostrado que los pasos que niegan sus milagros son claros y positivos (Alcoran, tom. I, part. II, p. 7-12) y aquellos que parecen tacharlos de ambiguos é insuficientes (p. 12-22).

(97) Véase el Spcimen Hist. Arabum, el texto de Abulfarajio, p. 17. las notas de Pocock, p. 187-190. D'Herbelot (Bibliothèque Orientale, p. 76, 77. Voyages de Chardin, tom. IV, p. 200, 203). Maracci (Alcoran, tom. I, p. 22-64) ha recopilado afanosamente y refutado los milagros y profecías de Mahoma, las que, segun algunos escritores, ascienden á tres mil.

(98) La jornada nocturna está circunstanciadamente referida por Abulfeda (in Vit. Moham. med. c. 19, p. 33), quien desea conceptuarla como una vision; por Prideaux (p. 31-49) que agrava los absurdos; y por Gagnier (tom. I, p. 252-343), quien declara, del celoso Al Jannabi, que el negar esta jornada, es descreer el Alcoran. No obstante el Alcoran sin nombrar ni el cielo, Jerusalen ó la Meca, ha hecho una insinuacion

(*) La fecha del libro de Job es y será probablemente controvertida. Rosenmüller manifiesta así su opinion: — « Certe serioribus reipublicæ temporibus, assignandum esse librum, suavere evidetur ad Chaldaicum vergens sermo. » No obstante las observaciones de Kosegarten, que Rosenmüller ha dado en una nota, y la razon natural, sujieren que este Caldeismo puede ser la forma primitiva de un dialecto mucho mas antiguo; ó el Caldeo puede haber prohijado los arcaismos poéticos de un dialecto diferiendo del hebreo, pero no menos antiguo. Véase Rosenmüller, Proleg. en Job, p. 41. La poesía me parece que pertenece á un período muy anterior. — M.

misteriosa: Laus illi qui transtulit servum suum ab oratorio. Haram ad oratorium remotissimum (Alcoran, c. 17, v. 1. en Maracci, tom. II, p. 407; porque la version de Sale es demasiado libre). Base mezquina para la estructura aérea de la tradicion.

(99) En el estilo profético, que usa el presente ó pasado por el futuro, Mahoma dijo: Appropinquavit hora, et scissa est luna (Alcoran, c. 54, v. 1, en Maracci, tom. II, p. 688). Esta figura de retórica se ha convertido en un hecho, lo que dicen estar comprobado por los testimonios mas respetables (Maracci, tom. II, p. 690). La festividad la celebran aun los Persas (Chardino, tom. IV, p. 201); y la leyenda está pesadamente redactada por Gagnier (Vie de Mahomet, tom. I, p. 183-234), y segun parece, apoyándose en la fé del crédulo Al Jannabi. No obstante, un doctor mahometano ha colocado en su lugar los testimonios de los principales testigos (apud Pocock, Spcimen, p. 187); los mejores intérpretes se dan por satisfechos con el sencillo sentido del Alcoran (Al Beidawi, apud Hottinger, Hist. Orient; l. II, p. 302); y el silencio de Abulfeda es propio de un príncipe y de un filósofo (*).

(100) Abulfaraje, en Specimen Hist. Arab., p. 17; y su escepticismo está sincerado en las notas de Pocock, p. 190-194 de las mejores autoridades.

(101) La relacion mas auténtica de estos preceptos, peregrinacion, oracion, ayunos, almas y abluciones, está estractada de los teólogos persas y árabes por Maracci (Prodrom. part. IV, p. 9-24); Reland (en su escelente tratado de Religione Mohammedica, Utrech, 1717, p. 67-123); y Chardino (Voyages en Perse, tom. IV, p. 47-195). Maracci es un acusador parcial; pero el joyero Chardino, miraba las cosas como filósofo; y Reland, erudito juicioso, habia viajado por el Oriente durante su mansion en Utrech. La carta XIV de Tournefort (Voyage du Levant, tom. II, p. 325-360 en 8.º) describe cuanto ha visto de la Relijion de los Turcos.

(b) Tal es el mahometismo fuera del recinto de la Ciudad Santa. Pero Mahoma prohibia y el Alcoran sanciona (Alcoran de Sale, c. 5 in nit. c. 22, vol. II, p. 171, 172) el sacrificio de carneros y camellos (probablemente segun los antiguos ritos árabes) en Meca; y los peregrinos completan su ceremonial con sacrificios, á veces tan costosos como los del rey Salomon. Compárese la nota, vol. III, c. XXIII, p. 146 y Forstêrs Mahometanism Unveiled, vol. I, p. 420. Este autor cita la dudosa autoridad de Benjamin de Tudela, sobre el sacrificio de un camello por

(*) Compárese Hamaker, Notas á Inc. Auct. Lib. de Exped. Memphidos, p. 62.—M.

el califa de Bosra ; pero es indudable que el sacrificio no forma parte del comun ritual mahometano ; ni la santidad del califa , como el representante terrenal del profeta , puede consentir en nada que tenga la mas mínima relacion con las relijiones mosaica ó jentil. — M.

(102) Mahoma (Alcoran de Sale, c. 9 p. 153,) reconviene á los Cristianos el considerar á los sacerdotes y frailes como sus señores, además de Dios. Con todo Maracci (Prodromo, part. III, p. 69, 70) disimula la adoracion , particularmente del papa , y cita , del Alcoran , el caso de Eblis ó Satanás , que fué arrojado del cielo por haberse negado á adorar á Adam.

(103) Alcoran, c. 5 , p. 94 , y la nota de Sale , que se refiere á la autoridad de Jallaloddin y Al Beidawi. D'Herbelot declara , que Mahoma condenaba *la vida relijiosa ;* y que las primeras cuadrillas de faquires, y dervises, etc. no aparecieron hasta despues del año 300 de la héjira (Bibliot. Orient. p. 292, 718).

(104) Véase la doble prohibicion (Alcoran. c. 2 p. 25, c. 5, p. 94) la una en el estilo de un lejislador , y la otra en el de un fánatico. Las causas públicas y privadas de Mahoma , las ha investigado Prideaux (Vida de Mahoma, p. 62-64) y Sale (Discurso Preliminar, p. 124).

(105) Los zelos incitan á Maracci (Prodromus, part. IV, p. 33) á enumerar la mayor jenerosidad de los católicos de Roma. Hay abiertos quince grandes hospitales para muchos millares de pacientes y peregrinos ; se dotan anualmente mil y quinientas doncellas ; se han fundado cincuenta y seis escuelas gratúitas para ambos sexos ; ciento y veinte cofradías alivian las necesidades de sus hermanos , etc. La benevolencia en Lóndres es aun mas estensiva ; pero mucho me temo que debe mas bien atribuirse á la humanidad , que á la Relijion , del pueblo.

(106) Véase Herodoto (l. II, c. 123) y nuestro instruido paisano Sr Juan Marsham (Canon. Chronicus, p. 46). El Αδης del mismo escritor (p. 254-274) es una descripcion esmerada de las rejiones infernales, segun la imajinacion de los Ejipcios y Griegos, de los poetas y filósofos de la antigüedad.

(107) El Alcoran (c. 2, p. 259, etc. de Sale, p. 32 ; de Maracci, pájina 97) refiere un injenioso milagro , que satisfizo la curiosidad, y confirmó la fé, de Abrahan.

(108) El sencillo Reland ha demostrado, que Mahoma condena á todos los descreyentes (de Religione Moham., p. 128-142) ; que al fin los diablos no se salvarán (p. 196-199) ; que el Paraiso no consistirá únicamente en los deleites corporales (p. 199-205) ; y que las almas de las mujeres son inmortales (p. 205-209).

(109) Al Beidawi, (apud Sale, Koran , c. 9 . p. 164). La oposicion á orar por un pariente incrédulo , queda sincerado, segun Mahoma por

el deber de un profeta, y el ejemplo de Abrahan, quien rechazó á su padre como enemigo de Dios. Con todo Abrahan (añade c. 9, v. 116. Maracci, tom. II, p. 317) fuit sane pius, mitis.

(110) Para el dia del juicio, infierno, paraíso, etc. consúltese el Alcoran (c. 2, v. 25, c. 56, 78, etc.) con la refutacion avinagrada; pero instructiva de Maracci (en sus notas, y en el Podromo, part. IV, p. 78, 120, 122, etc.); D'Herbelot (Bibliotheque Orientale, p. 368, 375); Reland (p. 47-61); y Sale (p. 76-103). Las ideas orijinales de los Magos están oscura y dudosamente esploradas por su apolojista el Dr. Hyde Hist. Religionis Persarum, c. 33, p. 402-412, Oxon. 1760). En el artículo de Mahoma, Bayle ha demostrado cuan indiferentemente el taento y la filosofía suplen la carencia de documentos auténticos.

(111) Antes de entablar la historia del profeta, corresponde el patentizar mis testimonios. Las versiones latina, francesa é inglesa del Alcoran van precedidas por discursos históricos, y los tres traductores, Maracci tom. I, p. 10-32) Savary (tom. I, p. 1-248), y Sale (Discurso Preliminar, p. 33-56) habian estudiado con esmero el lenguaje y carácter e su autor. Dos vidas de Mahoma compusieron el Dr. Prideaux (Vida e Mahoma, septima edicion, Lóndres, 1718, en 8.º) y el conde de Boulainvilliers (Vida de Mahoma, Lóndres, 1730, en 8.º); pero el afan vieso de hallar un impostor ó un héroe, ha influido mucho en el injenio del doctor y en la injenuidad del conde. El artículo en D'Herbelot (Bibliot. Orient., p. 598-603) está tomado de Novairi y Mirkoud; ero el mejor y mas auténtico de nuestros guias es M. Gagnier, francés, profesor de lenguas orientales en Oxford. En dos trabajadas obras (Ismael Abulfeda de Vita et Rebus gestis Mohammedis, etc. Latine vertit, præfatione et Notis illustravit Johannes Gagnier, Oxon. 1723, en folio. a Vie de Mahomet traduite et compilée de l'Alcoran, des Traditions auentiques de la Sonna et des meilleurs auteurs arabes; Amsterdam, 1748, vols. in 12.º) ha interpretado, ilustrado y suplido el texto arábigo de bulfeda y Al Jannabi; el primero, un príncipe instruido, que reinó en amá, en Siria, A. 1310-1332 (véase Gagnier Præfat. ad Abulfed.); segundo, un doctor crédulo, que visitó la Meca A. 1556. (D'Herbel, p. 397, Gagnier, tom. III, p. 209, 210). Estas son mis fuentes ncipales, y el lector perspicaz puede ir siguiendo el órden de las épocas, a division de los capítulos. Con todo debo observar, que tanto Abulfa como Al Jannabi, son historiadores modernos, y que no pudieron adir á ningun escritor del primer siglo de la héjira.

112) Tras los Griegos, Prideaux (p. 8) descubre las deudas secretas de esposa de Mahoma. Como si hubiese sido un consejero privado del prof, Boulainvilliers (p. 272, etc.) esplica las sublimes y patrióticas mide Cadijá, y los primeros discípulos.

(113) *Vezirus, portitor, bajulus, onus ferens*; y este nombre plebeyo se trasfirió por una metamórfosis á las columnas del Estado (Gagnier, Not. ad Abulfed. p. 19). Trato de conservar los idiotismos arábigos cuanto me es dado hallarlo, en la traduccion latina ó francesa.

(114) Son repetidos y conceptuosos los pasos del Alcoran en favor de la tolerancia: c. 2, v. 257, c. 16, 129, c. 17, 54, c. 45, c. 50, 39, c. 88, 21, etc. con las notas de Maracci y Sale. Este solo intento alcanza jeneralmente á tranzar las dudas de los eruditos, sobre si un capítulo fué revelado en Meca ó Medina.

(115) Véase el Coran (passim y particularmente c. 7. p. 123, 124, etc.), y la tradicion de los Arabes (Pocock, Specimen, p. 35-37). Las cavernas de la tribu de Tamud, adecuadas para hombres de una estatura regular, se hallaban á medio camino entre Medina y Damasco. (Abulfed. Arabiæ Descript. p. 43, 44), y pueden muy bien atribuirse á los Trogloditas del mundo primitivo (Michaelis, ad Locoth de Poesi Heoræor p. 131, 134. Recherches sur les Egyptiens, tom. II, p. 48, etc.).

(116) El crímen de impiedad, en tiempo de Job, se castigaba severamente por los majistrados árabes (c. 31, v. 26, 27, 28). Me avergüenzo de que un prelado respetable (de Poesi Hebræorum, p. 650, 651, edic. Michaelis; y la carta de un profesor moderno de la universidad de Oxford, p. 15-53) apruebe aquella inquisicion patriarcal.

(117) D'Herlebot, Bibliot. Orient. p. 445. Refiere una historia particular de la huida de Mahoma.

(118) La *Héjira* fué instituida por Omar, el segundo califa, á imitacion de la era de los mártires de los Cristianos (D'Herbelot, p. 444); y verdaderamente empezaba sesenta y ocho dias antes de la huida de Mahoma, con el dia primero de Moharrent ó primer dia del año árabe, que corresponde al viernes, 16 julio, A. 622 (Abulfeda, Vit. Moham. c. 22, 23, p. 45-50; y la edicion de Greaves de Ullug Beg Epochæ Arabum, etc. c. 1, p. 8, 10, etc.) (*).

(119) La vida de Mahoma, desde su mision á la héjira, puede hallarse en Abulfeda (p. 14-45) y Gagnier (tom. I, p. 134-251, 342-383). La leyenda desde la pájina 187-234 Al Jannabi la afirma, Abulfeda la desprecia.

(120) La triple iuauguracion de Mahoma la describe Abulfeda (p. 30, 33, 40, 86) y Gagnier (tom. I, p. 342, etc. 349, etc. tom. II, pájina 223, etc.).

(121) Prideaux (Vida de Mahoma, p. 44) afea la maldad del impostor,

(*) Los cronolojistas disputan si es el 15 ó el 16 de julio. Saint Martin cree que es el 18, c. XI, p. 70. — M.

que despojó á dos huérfanos, hijos de un carpintero, reconvencion sacada de la Disputatio contra Sarracenos, compuesta en árabe antes del año 1130; pero el honrado Gagnier (ad Abulfed. p. 53) ha demostrado que se equivocaron en la palabra *Al Nagjar*, que en este paraje significa, no un comercio ilícito, sino una noble tribu de Arabes. Abulfeda describe el estado inculto del terreno; y su digno intérprete probó por medio de Al Bochari, la oferta de un precio; por Al Jannabi, la compra legal, y por Ahmed Ben Joseph, el pago en metálico por el jeneroso Abubeker. En esta parte debe relevarse honrosamente al profeta.

(122) Al Jannabi (apud Gagnier, tom. II, p. 246, 324) describe el sello y púlpito, como dos venerables reliquias del apóstol de Dios; y el cuadro de su corte está sacado de Abulfeda (c. 44, p. 85).

(123) Los capítulos VIII y IX del Alcoran son los mas vehementes; y Maracci (Prodromus, part. IV, p. 59-64) ataca con mas justicia que discrecion el doble manejo del impostor.

(124) Los capítulos X y XX del Deuteronomio, con los comentarios prácticos de Joshue, David, etc. se leen con mas respeto que satisfaccion por los piadosos Cristianos de la época actual. Pero los obispos, así como los rabis de otros tiempos, hirieron el tambor eclesiástico con alegria y éxito (Sale, Discurso Preliminar, p. 142, 143).

(c) La opinion del editor sobre este particular puede leerse en la Historia de los Judíos, vol. I, p. 137.—M.

(125) Abulfeda, in Vit. Moham, p. 156. El arsenal particular del apóstol consistia en nueve espadas, tres lanzas, siete picas, un carcaj y tres arcos, siete corazas, tres escudos y dos cascos (Gagnier, tom. III, p. 328-334), con un grande estandarte blanco, una bandera negra (p. 335), veinte caballos (p. 322), etc. La tradicion conserva dos de sus dichos marciales (Gagnier, tom. II, p. 88, 337).

(126) Todo el asunto de jure belli Mohammedanorum queda ceñido en una disertacion separada por el intruido Reland (Dissertationes Miscellaneæ, tom. III. Dissert. X, p. 3-53).

(127) La doctrina de absoluta prediccion, de la que pocas relijiones pueden echarse en cara unas á otras, se halla severamente espuesta en el Alcoran (c. 3, p. 52, 53, c. 4, p. 70, etc. con las notas de Sale, y c. 17, p. 413, con las de Maracci). Reland (de Relig, Moham. p. 61-64) y Sale (Prelim. Discurs., p. 103) representan los pareceres de los doctores, y nuestros viajeros modernos la confianza, los de la citada confianza, de los Turcos.

(128) Al Jannabi (apud Gagnier, tom. II, p. 9) le concede setenta ú ochenta caballos; y en otras dos ocasiones, antes de la batalla de Ohud, habla de un cuerpo de treinta jinetes (p. 40), y de 500 infantes (p. 66).

Con todo, los Musulmanes, en el campamento de Ohud, no tenian mas que dos caballos, segun el verídico Abulfeda (in Vit. Moham. c. XXXI, p. 65). En la provincia *Pedregosa*, los camellos eran numerosos; pero los caballos parece que eran mas escasos que en la Arabia *Feliz* ó *Desierta*.

(129) Bedder Huneene, veinte millas de Medina y cuarenta de Meca, está en el camino real de la caravana de Ejipto; y los peregrinos celebran anualmente la victoria del profeta con iluminaciones, fuegos artificiales, etc. Viajes de Shaw, p. 477.

(130) El sitio á donde se retiró Mahoma durante la accion la llama Gagnier (in Abulfeda, c. 27, p. 58. Vie de Mahomet, tom. II, p. 30, 33) *Umbraculum, une loge de bois avec une porte*. La misma palabra arábiga la da Reiske (Annales Moslemici Abulfedæ, p. 23) por *Solium*, *Suggestus editior*; y la diferencia es de la mayor entidad tanto para el honor del intérprete, como para el héroe. Siento el orgullo y aspereza con que Reiske castiga á sus compañeros de turcas. Sæpe sic vertit, ut integræ paginæ nequeant nisi una litura corrigi: Arabice non satis ad calcem Abulfedæ Syriæ Tabulæ; Lipsiæ, 1766, in 4.º

(131) Las espresiones sueltas del Alcoran (c. 3, p. 124, 125, c. 8, p. 9) franquean los comentadores su vaiven entre los números 1000, 3000, ó 9000 ánjeles; y el menor de ellos puede ser muy suficiente para la matanza de setenta del Koreish (Maracci, Alcoran, tom. II, p. 131). Con todo los mismos escolásticos confiesan que esta banda anjélica no era visible para ningun mortal (Maracci, p. 297). Se apoyan en las palabras (c. 8, 16) «no tú, sino Dios,» etc. (D'Herbelot, Bibliot. Orientale, p. 600, 601).

(132) Geografía Nubiense, p. 47.

(133) En el capítulo III del Alcoran (50-53 con las notas de Sale) el profeta alega algunas disculpas baladíes por la derrota de Ohud.

(134) Para el pormenor de las tres guerras Koreish, de Boder, Ohud, y de la zanja, recórrase á Abulfeda (p. 56-51, 64-69, 73-77) Gagnier (tom. II, p. 23-45, 70-96, 120-139) con los propios artículos de D'Herbelot, y los compendios de Elmacin (Hist. Sarracen. p. 6, 7) y Abulfarajio (Dynast. p. 102).

(135) Las guerras de Mahoma contra las tribus judías de Kainoka, Nadhirites, Koraidha, y Chaibar, las refieren Abulfeda (p. 61, 71, 77, 87, etc.) y Gagnier (tom. II, p. 61-65, 107-112, 139-148, 268-294).

(136) Abu Rafe, el criado de Mahoma, dicen que afirmaba que él y otros siete hombres probaron despues, sin éxito ninguno, el mover la

misma reja del suelo (Abulfeda, p. 90). Abu Rafe era un testigo; ¿pero quién responde de Abu Rafe?

(137) El destierro de los Judíos los atestigua Elmacin (Hist. Saracen. p. 9) y el gran Al Zabari (Gagnier, tom. II, p. 285). Con todo Niebuhr (Description de la Arabie, p. 324) cree que la Relijion judía y la secta karaite, se profesan aun en la tribu de Chaibar; y que, en el robo de las caravanas, los discípulos de Moisés se acusan con los de Mahoma.

(138) Los pasos sucesivos de la reduccion de la Meca los refieren Abulfeda (p. 84-87, 97-100, 102-111) y Gagnier (tom. II, p. 209-245, 309-322, tom. III, p. 1-58); Elmacin (Hist. Saracen., p. 8, 9, 10), Abulfarajio (Dynast. p. 103).

(139) Despues de la conquista de la Meca, el Mahoma de Voltaire idea y comete los atentados mas pavorosos. El poeta confiesa que no se apoya en la verdadera historia, y solo puede alegar, que celui qui fait la guerre á sa patrie au nom de Dieu, est capable de tout (Œuvres de Voltaire, tom. XV, p. 282). La máxima ni es caritativa ni filosófica; y seguramente qúe se deben acatar la fama de los héroes y la relijion de las naciones. Segun me han informado, un embajador turco hallándose en París se escandalizó muchísimo de la representacion de aquella trajedia.

(140) Los doctores mahometanos disputan aun, si la Meca fué reducida de grado ó por fuerza (Abulfeda, p. 107 y Gagnier ad locum); esta controversia verbal es de tanta importancia como la nuestra sobre Guillermo el *Conquistador*.

(141) Escluyendo los Cristianos de la península de la Arabia, la provincia de Hejaz, ó la navegacion del Mar Rojo, Chardin (Voyages en Perse, tom. IV, p. 166) y Reland (Dissert. Miscell. tom. III, p. 51) son todavía mas estremados aun que los Musulmanes. Los Cristianos son admitidos sin recelo en los puertos de Meca y hasta de Geda; y solo la ciudad y arrabales de la Meca son inaccesibles á los profanos (Niebuhr, Description de l'Arabie, p. 308, 309. Voyage en Arabie, tom. I, pájina 205, 248, etc.).

(142) Abulfeda, p. 112-115. Gagnier, tom. III, p. 67-88. D'Herbelot, Mohammed.

(143) El sitio de Tayef, reparto del botin, etc. los refieren Abulfeda (p. 117-123) y Gagnier (tom. III, p. 88-111). Es Al Jannabi el que hace mencion de las máquinas y maquinistas de la tribu de los Davos. El fértil terreno de Tayef se supuso que era un trozo de la tierra de Siria separada y desprendida en el diluvio universal.

(144) Las últimas conquistas y peregrinacion de Mahoma se hallan en Abulfeda (p. 121, 133), Gagnier (tom. III, p. 119-219), Elmacin (p. 10, 11), Abulfarajio (p. 103). El IV de la héjira era el año de Embasies (Gagnier, Not. ad Abulfed. p. 121).

(145) Compárese al fanático Al Jannabi (apud Gagnier, tom. II, p. 232-254) con los no menos desaforados Griegos, Teófanes (p. 276-278), Zonaras (tom. II, l. XIV, p. 86) y Cedreno (p. 421).

(146) Sobre la batalla de Muta y sus consecuencias, véase Abulfeda (p. 100-102) y Gagnier (tom. II, p. 327-343). Καδοες (dice Teófanes) ὁν λεγουσι μαχαιραν τοῦ Θεου.

(d) Para consolar á los allegados de su pariente Jauffer (Mahoma) aseguró que, en el Paraíso, en cambio de los brazos que habia perdido, se le habia pertrechado de un par de alas, resplandecientes con los visos intensos del rubí, y con las cuales habia venido á ser el compañero inseparable el arcánjel Gabriel, en sus escursiones por las rejiones de eterna felicidad. Por consiguiente, en el catálogo de los mártires, se le denominó Jauffer teyaur, el alado Jauffer. Price; Reflexiones cronolójicas Retrospectivas de la Historia Mahometana, vol. I, p. 5.—M.

(147) La espedicion de Tabuco la recuerdan nuestros habituales historiadores Abulfeda (Vit. Moham. p. 123-127) y Gagnier (Vie de Mahomet, tom. III, p. 147-163); pero tenemos la ventaja de apelar al testimonio orijinal del Alcoran (c. 9, p. 154, 165), con las notas instructivas y racionales de Sale.

(148) El *Diploma securitatis Ailensibus*, lo atestigua Ahmed ben Joseph, y el autor *Libri Splendorum* (Gagnier., Not, ad Abulfedam, p. 125); pero el mismo Abulfeda así como Elmacin (Hist. Saracen., p. 11), aunque confiesan el miramiento de Mahoma por los Cristianos (p. 13), solo mencionan par y tributo. En el año 1630 Sionita publicó en París el texto y version de la patente de Mahoma en favor de los Cristianos; la cual fué admitida y reprobada por el gusto opuesto de Salmasio y Grocio (Bayle, MAHOMA, Rem. A. A.) Hottinger duda de su autenticidad (Hist. Orient., p. 237); Renaudot solicita el consentimiento de los Mahometanos (Hist. Patriarch Alex,, p. 169); pero Mosheim (Hist. Eccles., p. 244) demuestra lo insignificante de sus opiniones, y se inclina á creerlo espúreo. Con todo Abulfarajio cita el tratado del impostor con el patriarca nestoriano (Assemam. Bibliot. Orient. tom. II, p. 418); pero Abulfarajio era primado de los Jacobitas.

(149) La alferecía ó deliquios, de Mahoma, lo aseguran Teófanes, Zonaras, y el resto de los Griegos; y la traga ávidamente el gran fanático de Hottinger (Hist. Orient., p. 10, 11) Prideaux (Vida de Mahoma p. 12) y Maracci (tom. II, Alcoran, p. 762, 763). Los títulos *(el envuelto, el cubierto)* de dos capítulos del Alcoran (73, 74), trabajosamente se les puede dar esta interpretacion: el silencio, la ignorancia de los comentadores mahometanos, es mas concluyente que la negativa mas formal; y la parte caritativa. La adoptan Ockley (Hist. de los Sarracenos

tom. I, p. 301), Gagnier (ad Abulfedam., p. 9. Vie de Mahomet, tom. I, p. 118), y Sale (Alcoran, p. 469-474).

(150) Este veneno (mas ignominioso desde que se presentó con texto de su sabiduría profética) lo confiesan sin rebozo sus celosos partidarios, Abulfeda (p. 92) y Al Jannabi (apud Gagnier, tom. II, p. 286-288).

(e) El mayor Price, que escribe con la autoridad de una persona muy enterada de los manantiales de la sabiduría oriental, en tono muy cándido, considera bajo muy diferente punto de vista la muerte del profeta. «Al delinear las circunstancias de la enfermedad de Mahoma, en vano se buscan pruebas de aquella entereza suave y heróica que era de esperarse embelleciese los últimos momentos del apóstol de Dios. En algunas ocasiones dejó traslucir tal falta de fortaleza, y tales muestras de impaciencia infantil, como se observaron solo en hombres de carácter muy vulgar; de modo que produjo de parte de su mujer Ayesa la observacion cáustica, que si particularmente ella ó alguno de su familia, hubiese observado semejante conducta, incurriria en su severo desagrado.... Dijo que lo agudo y violento de sus padecimientos eran en proporcion á los honores con que la mano de la Omnipotencia se complace en distinguir á sus predilectos. Price, vol. I, p. 13.—M.

(151) Los Griegos y Latinos inventaron y propagaron el cuento ridículo y vulgar, de que la tumba de hierro de Mahoma está en *Meca* (σῆμα μετεωριζόμενον. Laonicus Chalcondyles de Rebus Turcicis, l. III, p. 66) suspendida en el aire por la accion igual y poderosa de enormes piedras imán (Dictionaire de Bayle, Mahomet, Reul. E. E. F. F.). Sin necesidad de investigaciones filosóficas, basta decir, 1.° Que el profeta no fué enterrado en la Meca; y 2.° Que su tumba en Medina, visitada por millones de personas, está colocada en el suelo (Reland de Relig. Moham., l. II, c. 19, p. 209-211), Gagnier (Vie de Mahomet, tom. III, p. 263-268).

(f) Segun el testimonio de todos los autores orientales, Mahoma murió el lúnes 12 de abril 1.°, en el año 11 de la héjira, que corresponde en realidad del 8 de junio del año 632 de J. C. Hallamos en Ockley (Hist. de los Sarracenos) que era el lúnes 6 de junio de 632. Es una equivocacion, por que el 6 de aquel año era sábado y no lúnes, por consiguiente el 8 era lúnes. Fáciles de descubrir que en su cálculo confundió el año lunar con el solar. Saint Martin, vol. XI, p. 186. —M.

(152) Al Jannabi enumera (Vie de Mahomet, tom. III, p. 372-391) los numerosos deberes de un peregrino que visita los sepulcros del profeta y sus compañeros, y los casuistas instruidos deciden que este acto de devocion es casi una obligacion y mérito con arreglo á un precepto divi-

no. Los doctores disienten sobre cual de los dos es mejor, si Meca ó Medina (p. 391-394).

(153) La última enfermedad, muerte y entierro de Mahoma, los describe Abulfeda y Gagnier (Vit. Moham. p. 133-142. Vie de Mahomet, tom. III, p. 220-271). Las circunstancias mas interesantes y particulares se recojieron de Ayesa, Alí hijos de Abas, etc.; y como vivian en Medina, y sobrevinieron muchos años del profeta, pudieron repetir el cuento piadoso á una segunda ó tercera jeneracion de peregrinos.

(154) Los Cristianos, con bastante atrevimiento, han apropiado á Mahoma un palomo manso, que segun parece bajaba del cielo y le hablaba al oido. Como este supuesto milagro lo asegura Grocio (de Veritate Religionis Christianæ) su traductor arábigo, el instruido Pocock, le pregunta los nombres de sus autores; y Grocio confiesa que hasta los mismos Mahometanos lo ignoran. A no ser que provocase su indignacion ó irrision; la piadosa *mentira* se halla suprimida en la version arábiga; pero ha conservado un lugar edificante en las numerosas ediciones del texto latino (Pocock, Specimen Hist. Arabium, p. 186, 187. Reland, de Religion, Moham. l. II, c. 39, p. 259-262).

(155) Ἐμοὶ δὲ τοῦτό ἐστιν ἐκ παιδὸς ἀρξάμενον, φωνή τις γιγνομένη· ἢ ὅταν γένηται ἀεὶ αποτρέπει με τούτου ὃ ἄν μέλλω πραττειν, προτρέπει δὲ οὔποτε (Plato, in Apolog. Socrat. c. 19, p. 121, 122 edic. Ficher). Los ejemplos familiares que Sócrates cita en sus Diálogos con Theages (Platon, Opera, t. I, p. 128; 129 edic. Hen. Stephan.) no se hallan al alcance de la vista humana; y la divina inspiracion (el Δαιμονίον) del filósofo, se enseña claramente en el Memorabilia de Jenofonte. Las ideas de los Platonistas mas racionales las espresa Ciceron (de Divinat. I, 54) y en las Disertaciones XIV y XV de Máxima de Tino (p. 153-172 edic. Davis).

(156) Voltaire, en alguno de sus numerosos escritos, compara al profeta en su edad avanzada, con un faquir « qui dètache la chaîne de son cou pour en donner sur les oreilles à ses confrères. »

(157) Gagnier refiere, con imparcialidad, esta ley humana del profeta y los asesinatos de Caal y Sofian, que promovió y aprobó (Vida de Mahoma, tom. II, p. 69, 97, 208).

(158) Sobre la vida doméstica de Mahoma, consúltese Gagnier, y los correspondientes capítulos de Abulfeda; sobre su réjimen (tom. III, p. 285-288), sus hijos (p. 189, 289), sus mujeres (p. 290-303), su casamiento con Zeineb (tom. II, p. 152-160), su amor con María (p. 303 309), la falsa acusacion de Ayesha (p. 186-199). El testimonio mas orijinal de las tres últimas transacciones se halla en los capítulos XXIV, XXXIII y LXVI del Alcoran, con el Comentario de Sale. Prideaux (Vida de Mahoma, p. 80 90) y Maracci (Prodom. Alcoran, part. IV,

p. 49-59) han exajerado maliciosamente las flaquezas de Mahoma.

(159) Incredibile est quo ardore apud eos in Venerem uterque solvitur sexus (Ammian. Marcellin. l. XIV, c. 4).

(160) Sale (Discurso Preliminar, p. 133-137) recapitula las leyes del casamiento, divorcio, etc.; y el curioso lector del Uxor Hebraica de Selden echará de ver muchas reglas judías.

(161) En un caso memorable, el califa Omar decidió que cualquiera testimonio presuntivo de nada servia; y que los cuatro testigos debian ver en la actualidad stylum in phyxide (Abulfedæ, Annales Moslemici, p. 71, vers. Reiske).

(162) Sibi robur ad generationem, quantum triginta viri habent, inesse jactaret: ita ut unicâ horâ posset undecim fæminis *satisfacere*, uter Arabum libris refert Sanctus Petrus Paschasius, c. 2 (Maracci, Prodromus Alcoran, p. IV, 55. Véanse tambien las Observaciones de Belon (l. III, c. 10, fol. 179 recto). Al Jannabi (Gagnier, tom. III, p. 287) hace presente su mismo testimonio, que sobrepujaba á los demás hombres en vigor conyugal; y Abulfeda menciona la esclamacion de Alí, que lavó su cuerpo despues de su muerte, « O propheta, certe pænis tuus cœlum versus erectus est, » (in Vit. Mohammed, p. 140).

(163) Tomo este estilo de un padre de la Iglesia, ἐναθλεύων Ἡρακλῆς τρισκαιδέκατον ἆθλον (Greg. Nazianzen., Orat. III, p. 108).

(164) La leyenda comun y muy gloriosa trae, que en una sola noche, consiguió Hércules cincuenta triunfos de las hijas vírjenes de Testis (Diodor. Sicul. tom. I, l. IV, p. 274. Pausanias, l. IX, p. 763. Statius Sylv. l. I, eleg. III, v. 42). Mas Ateneo concede siete noches (Deipnosophist., l. XIII, p. 556) y Apollodoro cincuenta para el ardoroso hecho de Hércules, que no tenia entonces mas que diez y ocho años (Bibliot, l. II, c. 4, p. 111 cnm notis Heyne part. I, p. 332).

(165) Abulfeda in Vit. Moham. p. 12, 13, 16, 17, cum notis Gagnier.

(166) Este bosquejo de la historia árabe está tomado de la Biblioteca Oriental de D'Herbelot (bajo los nombres de *Abubeker*, *Omar*, *Otman*, *Ali*, etc.); de los Anales de Abulfeda, Abulfaraje, y Elmacin (bajo los mismos años de la *Héjira*) y particularmente de la historia de los Sarracenos de Ockley (vol. I, p. 1-10, 115-122, 249, 363-372, 378-391, y casi todo el tomo segundo). Con todo, debiéramos mirar con precaucion las tradiciones de las sectas hostiles; arroyo que se enturbia á medida que se aleja del manantial. Sir Juan Chardin, ha copiado con demasiada exactitud los cuentos y errores de los Persas modernos (Viajes, tom. II, p. 235-250, etc).

(167) Ockley (al fin de su tomo segundo) ha dado una version in-

glesa de 169 sentencias, que atribuye, sin asegurarlo, á Alí, el hijo de Abu Taleb. Su prólogo está animado por el entusiasmo de traductor; con todo estas sentencias, aunque algo confusamente, delinean una pintura característica de la vida humana.

(g) Gibbon escribió únicamente por la relacion arábiga ó sucinta de estas transacciones, el único manantial accesible en la época en que compuso su historia. El mayor Price, escribiendo con datos persas, nos suministra la ventaja de comparar con lo que puede muy bien considerarse la version shiita. La gloria de Alí es su constante objeto. Estaba destinado, y segun algunas relaciones, designado, por el profeta para el califato; pero en tanto que los demás se afanaban en llevar adelante sus proyectos, Alí con piadosa fidelidad velaba los restos de Mahoma. Su desinteresada magnanimidad, en dos distintas ocasiones, lé hizo renunciar al cetro, y dió el noble ejemplo de obediencia al nombrado califa. Se le pinta, en el retiro, en el trono, y en el campo de batalla, como sinceramente piadoso, magnánimo, valiente y humano. Perdió su imperio por un esceso de virtud y amor por la lealtad; su vida por su confianza en Dios y sumision á los decretos de la suerte. Compárese la curiosa relacion de esta apatía en Price, cap. 2. Es sensible, debo decirlo, que el mayor Price se haya limitado á citar el título de las obras persas que siguió, sin hacer mérito de su clase, época y testimonios. — M.

(h) Abubeker, el padre de la vírjen Ayesha, Saint Martin, vol. XI, p. 188. — M.

(168) Ockley (Hist. de los Sarracenos, vol. I, p. 5, 6), de un manuscrito árabe representa á Ayesha opuesta á que su padre desempeñe el puesto del apóstol. Este hecho tan improbable, lo pasan por alto Abulfeda, Al Jannabi, y Al Bochari, y este último cita la tradicion de Ayesha (Vid. Mohammed, p. 136. Vie de Mahomet, tom. III, p. 236).

(169) Particularmente por su amigo, y primo Abdalah, el hijo de Abbas, que murió en el año 687, con el título de gran doctor de los Musulmanes. En Abulfeda recapitula las ocasiones importantes en que Ali despreció sus consejos saludables (p. 76 vers. Reiske); y concluye (p. 85), O princeps fidelium, absque controversia tu quidem vere fortis es, at inops boni consilii, et rerum gerendarum parum callens.

(170) Malicio que los dos señores (Abulfarajio, p. 115. Ockley tom. I, p. 371) pueden aludir, no á los dos consejeros actuales, sino á sus predecesores, Abubeker y Omar.

(171) El cisma de los Persas se halla esplicado por todos los viajeros del siglo último, particularmente en el tomo II y IV de su jefe, Chardin. Niebuhr, aunque de mérito muy inferior, tiene la ventaja de escribir en el año 1764 (Voyages en Arabie, etc. tom. II, p. 208-233) desde

la tentacion infructuosa de Nadir Shah para cambiar la religion del país (véase su Historia Persa traducida en francés por Sir William Jones, tom. II, p. 5, 6, 47, 144-155).

(172) Omar, es el nombre del diablo; su asesino es santo. Cuando los Persas disparan el arco, gritan por lo regular. ¡Pueda esta flecha herir el corazon de Omar!» (Voyages de Chardin, tom. II, p. 259, 240, 259, etc.).

(173) Esta gradacion del mérito se halla claramente marcada en el credo ilustrado por Reland) de Relig. Moham. l. I, p. 37); y un argumento sonita inserto por Ockley (Historia de los Sarraceuos, tom. II, p. 230). La costumbre de maldecir la memoriade Ali se abolió tras cuarenta años, por los Omíades (D'Herbelot, p. 690); y hay pocos Turcos que crean deberle injuriar como á un infiel (Voyages de Chardin. tom. IV, p. 46).

(i) Compárese Price, p, 180. —M.

(j) Alí habia determinado deponer á todos los lugartenientes de las diferentes provincias. Price, p. 191. Compárese, sobre la conducta de Telá y Zobeir, p. 193. — M.

(k) Véanse las circunstancias curiosísimas que acaecieron antes y durante su huida. Price, p. 196. —M.

(l) La repugnancia de Alí en derramar la sangre de los verdaderos creyentes se halla notablemente descrita en los Historiadores Persas del Mayor Price. Price, p. 222. —M.

(m) Véase (en Price) las singulares aventuras de Zobeir. Fué asesinado despues de abandonar el ejército de los insurjentes. Telá iba hacer otro tanto, cuando uno de su mismo partido le atravesó una pierna de un flechazo. La herida fué mortal. Price, p. 222. — M.

(n) Segun Price, doscientos ochenta de los Beni-Beianziat solo perdieron la vida en aquel trance, p. 225. —M.

(o) Iba escoltada por una guardia de mujeres disfrazadas de soldados. Cuando Ayesha lo conoció quedó tan satisfecha de la ocurrencia de esta disposicion, como le habia ofendido la aproximacion familiar de tantos hombres. Price, p. 229. —M.

(174) La llanura de Siffin declara D'Anville (l'Euphrate et le Tigre, p. 29) que es el Campus Barbaricus de Procopio.

(p) Los autores siitas han conservado un noble ejemplo de la magnanimidad de Alí. El jeneralísimo de Moawiyá habia cortado la comunicacion del ejército de Alí con el Eufrates; sus soldados perecian de sed. Alí envió un mensaje á su competidor solicitando el libre acceso del rio, declarando que en igualdad de circunstancias no consentiría que ninguno de los fieles, aunque fuesen sus adversarios, pereciesen de sed. Tras alguna discusion, Moawiyá determinó aprovecharse de la ventaja que le daba su

posicion y rechazó la peticion de Alí. Los soldados de este, desesperados, se abrieron paso por medio de las tropas hostiles que guardaban el rio, apoderándose de aquel punto de modo que la hueste de Moawiyá vino luego á quedar sedienta. Precisado Moawiyá á hacer igual súplica á Alí, el jeneroso califa accedió al momento, y ambos ejércitos y sus ganados disfrutaron sin ser molestados del goce del gran rio. (Price, vol. I, pájina 268, 272). —M.

(q) Su hijo Hasan fué reconocido como califa en Arabia y el Jrak; pero seis ó siete meses despues, abdicó voluntariamente el trono en favor de Moawiyá, (Saint Martin, vol. XI, p. 375). —M.

(175) Abulfeda, un moderado sonita, refiere las diferentes opiniones acerca el entierro de Alí, pero adopta el sepulcro de Cufa hodie fama numeroque religiose frequentantium celebratum. Este número calcula Niebuhr que asciende anualmente á 2.000 muertos, y 5.000 vivos (tom. II, p. 208, 209).

(176) Todos los tiranos de Persia, desde Adhad el Doulat (A. 977, D'Herbelot, p. 58, 59, 95) á Nadir Shak (A. 1743, Hist. de Nadir Shak, tom. II, p. 155) enriquecieron el sepulcro de Alí con los despojos del pueblo. La cúpula es de cobre con macizos y brillantes dorados, que reflejan con el sol á muchas millas.

(177) La ciudad de Meshed Alí, cinco ó seis millas de las ruinas de Cufa, y ciento veinte al sur de Bagdad, tiene la misma estension y forma que la moderna Jerusalen, Meshed Hosein, mayor y mas poblada, se halla á la distancia de treinta millas.

(178) Tomo, en esta ocasion, la espresion y fuerte sentido de Tácito Hist. I, 4): Evulgato imperii arcano posse imperatorem alibi quam Romæ fieri.

(r) Segun los testimonios del mayor Price, habia trascurrido mucho mas tiempo. P. 400. etc. —M.

(179) He abreviado la interesante narracion de Ockley (tom. II, pájina 170-231). Es larga y minuciosa; pero lo pátetico consiste por lo regular en pormenores baladíes.

(s) La relacion de la muerte de Hosein, en el Persa Tarikh Tebry, es mucho mas larga; en algunos pasos es mucho mas patética que la de Ockley, seguida por Gibbon. Su familia, despues la muerte de sus defensores, fué tambien pereciendo en su presencia. Habíaseles cortado el agua y padecian todas las angustias de la sed. Su hijo mayor, Alí Akbar, habia ya rechazado diez asaltos, y en cada uno muerto dos ó tres enemigos, cuando la sed y el calor le obligaron á quejarse amargamente de sus padecimientos. «Su padre se levantó, é introduciendo su lengua por entre los desecados labios de su hijo predilecto, procuró de este modo aliviar sus pade-

cimientos con los únicos medios de que aun no habian podido privarle sus enemigos. » Alí fué muerto y despedazado á su vista, lo que le arrancó su primero y único jemido ; entonces fué cuando su hermana Zeyneb salió precipitadamente de la tienda. Los demás, incluso su sobrino, cayeron unos despues de otros. El caballo de Hosein estaba herido y cayó en tierra. Habiendo llegado la hora de la oracion, entre la tarde y la puesta del sol, el iman emperó con sus deberes relijiosos; cuando Hosein estaba orando, oyó los gritos de su hijo menor Udallá, que solo tenia doce meses. Segun sus deseos colocaron al niño en sus brazos, y mientras le lloraba atravesólo una flecha. Arrastróse Hosein hasta el Eufates, y al estar apagando su devoradora sed, una flecha le atravesó la boca, de modo que bebió su propia sangre. Herido en treinta y cuatro diferentes partes de su cuerpo, aun se resistia valientemente. Un soldado llamado Zeraia le dió el golpe postrero y Ziljusheng le cortó la cabeza. Price, p. 402, 410. —M.

(180) El Danés Niebuhr (Voyages en Arabie, etc. tom. II, p. 208, etc.) es quizá el único viajero europeo que se haya atrevido á visitar á Meshed Alí y Meshed Hosein. Los dos sepulcros se hallan en poder de los Turcos, quienes toleran y exijen una retribucion de los heréticos Persas. El aniversario de la muerte de Hosein se halla estensamente descrito por Sir Juan Chardin, viajero á quien he ensalzado con frecuencia.

(181) El artículo jeneral del *Iman*, con la Biblioteca de D'Herbelot indicará la sucesion ; y la vida de los *doce* se halla bajo sus nombres respectivos.

(182) El nombre de *Antecristo* puede parecer ridículo, pero los Mahometanos han tomado todas las fábulas de cada relijion (Discurso Preliminar de Sale, p. 80, 82). En la caballeriza real de Kpahan habia siempre dos caballos ensillados, uno para el mismo Mahadi, el otro para su ayudante, Jesus el hijo de María.

(183) En el año de la Héjira 200 (A. 815). Véase D'Herbelot, pájina 546.

(184) D'Herbelot, p. 342. Los enemigos de los Fatimitas les atribuian un oríjen judío ; con todo deslindaban fundadamente su jenealojía de Yafar, el sexto Iman, y el imparcial Abulfeda dice (Anales Moslem. p. 230) que muchos lo reconocian así : qui absque controversia genuini sunt Alidarum, homine propaginum suæ gentis exacte callentes. Cita algunas líneas del célebre *jerife ó radi* ; ¿Egone humilitatem induam in terris hostium ? (Conceptuo que sea un edrisita de Sicilia) cum in Ægypto sit Chalifa de gente Alii, quocum ego communem habeo patrem et vindicem.

(185) Los reyes de Persia de la última dinastía descienden de Sheik Sefi, un santo del siglo XIV, y, por él, de Musa Casem, el hijo de Hosein, el hijo de Alí (Oleario, p. 957. Chardino, tom. III, p. 288). Pero no puedo marcar los grados intermedios de ninguna línea fabulosa ó verdadera. Si eran verdaderamènte Fatimitas, deberíase derivar su oríjen de los príncipes de Marendaran, que reinaron en el siglo IX (D'Herbelot, p. 96).

(186) El estado actual de la familia de Mahoma y Alí se halla exactamente descrito por Demetrio Cantemir (Historia del Imperio Otomano, p. 94), y Niebuhr (Description de l'Arabie, p. 9-16, 317, etc.). Es sensible que el viajero danés no se pudiese procurar las crónicas de Arabia.

(187) Los escritores de la Historia moderna universal (tom. I y II), han compilado, en 850 pájinas en folio la vida de Mahoma y los anales de los califas. Tenian la ventaja de leer, y muchas veces correjir, el texto arábigo; mas, á pesar de sus campanudas alabanzas, no hallo, despues de haber terminado mi obra, que me hayan suministrado muchos informes. La insulsa relacion se halla animada por ninguna chispa de filosofía ó gusto; y los compiladores emplean la crítica del fanatismo contra Boulainvilliers, Sale, Gagnier, y todos los que han hablado de Mahoma haciéndole favor ó aun justicia.

CAPITULO LI.

Conquista de la Persia, Siria, Ejipto, Africa y España por los Arabes ó Sarracenos.—Imperio de los Califas ó sucesores de Mahoma.—Estado de los Cristianos bajo su gobierno.

Perenne se mantenia la índole de los Arabes tras aquella revolucion, pues la muerte de Mahoma fué el padron de toda independencia, y aque encumbramiento atropellado de tantísimo poderío se estremeció en sus cimientos. Una cuadrilla escasa, pero leal, de sus discípulos primeros le sirvió de auditorio, terció en sus desventuras, huyó con él de las tropelías

de la Meca, ó bien lo albergó fujitivo en el recinto de Medina. Los miles y miles que se fueron mas y mas acrecentando y vinieron á reconocer por monarca y profeta á Mahoma, se doblegaron á sus armas ó se embelesaron con sus logros. Hollados quedaron los politeistas con el concepto sencillísimo de un Dios invisible y solitario; mas la altanería de Cristianos y Judíos rechazó allá el yugo de un lejislador mortal y contemporáneo. Mal hallados con el ejercicio de la fé nueva y atropelladora, muchos de los recienconvertidos acudian desalados á la antigüedad venerable de la ley de Moisés; á los ritos y misterios del Catolicismo, ú á los ídolos, sacrificios y funciones alborozadas de sus antepasados paganos. Los intereses de suyo reñidísimos y enconos hereditarios entre las tribus Arabes no habian llegado á hermanarse en un sistema único y subordinado, y aquellos bárbaros se desentendian disparados de leyes cariñosas y saludables que enfrenaban sus ímpetus y desdecian sus costumbres. Hacíanseles muy cuesta arriba aquellos preceptos relijiosos del Alcoran, como la abstinencia del vino, el ayuno del Ramadan, y la repeticion diaria de cinco rogativas; y luego los diezmos agolpados para tesoro de Medina, tan solo en el nombre se diferenciaban del pago de un tributo perpetuo y afrentoso. Hervia todo, al remedo de Mahoma, en fanatismo é impostura, y varios competidores se arrojaban, aun en vida del profeta á seguir sus huellas y contrarestar su predominio. El primer califa, capitaneando los *fujitivos* y *auxiliares*, quedó reducido á las ciudades de la Meca, Medina y Tayef, y aun quizá repusieron los Koreishitas los ídolos de la Caaba, á no atajarlos la liviandad una reconvencion terminante. «¿Cómo, vecindario de la Meca, con que has de ser el último en seguir, y el primero en orillar la relijion del Islam?» Despues de robustecer á los Musulmanes su confianza en el amparo de Dios y de su apóstol, acordó Abubeker precaver ejecutivamente la incorporacion de los rebeldes. Pónense mujeres y niños á buen recaudo por las escabrosidades de los riscos: tremolan los guerreros once banderas; aterran con sus armas, y escuadronadas las fuerzas restablecen y afianzan la lealtad de los fieles; las tribus, siempre volubles, se arrepienten, se humillan y se avienen á la plegaria, al ayuno y á las limosnas, y tras sonados y victoriosos escarmientos, los apóstatas mas desmandados se postran ante el alfanje del Señor y de Caled. En la provincia pingüe de Yemanah (1), entre el mar Rojo y el Golfo de Persia, en una ciudad igual á Medina, un caudillo poderoso, llamado Moscilama, ostentó tambien sus ínfulas de profeta, descollando bajo este predicamento en la tribu de Hanifa. Acudió á su nombradía una profetisa, y aquella pareja celestial, desentendiéndose de todo decoro y miramiento (2), se esplayó por largos dias en sus mutuas hablas y amoríos. Consérvase todavía allá una sentencia enmarañada (3) de su libro ú Alcoran, y en medio de las alas que les infundia su incumbencia, se allanó Moscilama á promediar la tierra. Menosprecio su-

mo mereció la propuesta á Mahoma, pero los medios ejecutivos del impostor causaron al sucesor suma zozobra. Junta Caled hasta cuarenta mil guerreros, que cifran toda su fé en un solo trance, réchazados al pronto con pérdida de mas de mil hombres; pero luego prepondera la maestría venturosa del caudillo, y se desagravia del primer contraste con la matanza de diez mil infieles, y un esclavo etíope traspasa á Moscilama con el mismo venablo que habia herido mortalmente al tio de Mahoma. El auje de la monarquía arrolla mas y mas á los rebeldes Arabes sin capitan y sin objeto, y la nacion entera volvió á profesar mas aferradamente la relijion del Alcoran. La ambicion de los Califas franqueó nuevo campo al denodado desasosiego de los Sarracenos; hermanáronse para su guerra sacrosanta, y su entusiasmo ardió y se disparó igualmente con la victoria y el contraresto.

Al presenciar aquel arrebeto de conquistas en los Sarracenos, se hace muy obvio el conceptuar que los Califas acaudillaban personalmente sus fieles, desalados adalides tras la corona del martirio en la refriega. Acuchillado estaba con efecto el denuedo de Abubeker (4), Omar (5) y Othman (6) guerreando con el profeta, y aquella viva voz, afianzadora del Paraiso, no podia menos de amaestrarlos en el menosprecio de todo deleite y peligro en este mundo. Mas treparon al trono en edad ya madura y venerable, y antepusieron el afan casero de la Relijion y de la justicia, como el desempeño mas urjente de un soberano, á todas las espediciones que, escepto la del sitio de Jerusalen por Omar, solian reducirse á romerías de Medina á la Meca, recibiendo inalterablemente los noticiones victoriosos, mientras seguian orando ú predicando ante el sepulcro del profeta. Su método frugal y austero de vida era parte del pundonor y de la costumbre, y el engreimiento de tantísima sencillez afeaba el boato disparatado de los reyes de la tierra. Al posesionarse Abubeker del cargo de califa, dispuso que su hija Ayesha inventariase por menor el patrimonio solariego, para que se evidenciase si se habia acaudalado ú empobrecido sirviendo al Estado. Consideróse acreedor al estipendio de tres piezas de oro y al mantenimiento suficiente de un camello y un esclavo negro; pero todos los viérnes repartia el sobrante de su dinero particular y del público, primero á los mas dignos, y luego á los mas menesterosos de los Musulmanes. El resíduo de sus haberes, un vestido tosco y cinco piezas de oro pararon en manos del sucesor, que se lamentó suspirando modestamente de su torpeza para ser el remedo de tan sumo dechado. Sin embargo, el miramiento y la humildad de Omar corrian parejas con las virtudes de Abubeker, reduciendo su alimento á pan de cebada ó dátiles; era agudo y solia predicar con una bata agujereada en doce partes, y un sátrapa persa que rendia su acatamiento al conquistador lo halló durmiendo con los mendigos en la gradería de la mezquita de Medina. La econo-

mía es madre de la liberalidad, y el auje de sus rentas proporcionaron á Omar el plantear un galardon condigno para los servicios pasados y presentes de los fieles. Desentendiéndose de sus propios sueldos, señaló á Abbas, tio del profeta, el situado primero y grandioso de veinte y cinco mil dracmas ó piezas de plata. Cupieron cinco mil á cada veterano; residuos del campo de Beler, y los compañeros últimos é ínfimos de Mahoma disfrutaron la renta anual de tres mil piezas. Mil era el haber de los veteranos que habian peleado en las primeras batallas contra Griegos y Persas, y la paga menor hasta la reduccion de cincuenta piezas, se iba adecuando al mérito respectivo y la antigüedad de los guerreros de Omar. En su reinado y el de su antecesor, los conquistadores de Oriente fueron los sirvientes leales de Dios y del pueblo: la masa del grande erario estaba vinculada en los desembolsos de paz y guerra, y un sistema entre justiciero y bondadoso, fué conservando la disciplina de los Sarracenos, hermanando peregrinamente la brevedad ejecutiva del despotismo, con la igualdad comedida de un gobierno republicano. El denuedo heróico de Alí (7) como la cordura consumada de Moawiyá (8), estimulaban la emulacion de los súbditos, y la sabiduría ejercitada en la escuela de sus discordias civiles, se abocó mas provechosamente á propagar la fé y el señorío del profeta. Los príncipes sucesores de la casa de Ommiyan, apoltronados vanagloriosamente en el alcázar de Damasco, yacieron igualmente destituidos del desempeño de estadistas y de místicos (9). Agolpábanse, sin embargo, á sus plantas despojos sin fin de naciones desconocidas, empapábanse en mirarlos como tarimas de su sólio; y así el auje y la sobrepujanza del encumbramiento arábigo fué parte del ímpetu de los naturales y no del adocenado desempeño de sus caudillos. La endeblez de los enemigos tiene que entrar crecidamente en cuenta, pues el nacimiento de Mahoma acaeció en la temporada mas revuelta y afeminada de Persas, Romanos y Bárbaros de Europa. Rechazaron los imperios de Trajano, y aun de Constantino y Carlo Magno, el embate de los desnudos Sarracenos; y allá yaciera desconocido el raudal del fanatismo por los arenales de la Arabia.

Allá en los dias victoriosos de la República Romana, asestaba el Senado vinculadamente sus intentos y sus lejiones á una guerra, rematando de todo punto á un enemigo antes de enconarse en hostilidades con otro alguno; pero los califas árabes, á impulsos de su magnanimidad ó de su entusiasmo, orillaban disparadamente máximas tan apocadas, embistiendo con la misma pujanza y prevalencia á los sucesores de Augusto y de Artajerjes, pues entrambas monarquías en un mismo trance, yacieron rendidas á un enemigo que en tantísimo grado habian estado siempre menospreciando. En los diez años del réjimen de Omar lograron los Sarracenos avasallar treinta y seis mil ciudades ó castillos, volcar hasta cuatro mil iglesias ó

templos de incrédulos, y plantear mil y cuatrocientas mezquitas para el culto de la religion mahometana. A los cien años de la huida del profeta, las armas de sus varios sucesores abarcaban desde la India hasta el Océano Atlántico las dilatadísimas provincias que pueden comprenderse bajo los nombres de: I. Persia; II. Siria; III. Ejipto; IV. Africa y V. España. Bajo esta division jeneral voy á ir historiando aquellos acontecimientos memorables; ciñendo con estrechez las conquistas lejanas y menos interesantes del Oriente, y esplayándome luego por comarcas ya caseras, encajonadas en los ámbitos del imperio Romano; mas tengo que sincerar mi escaso desempeño con la ceguedad é insuficiencia de mis guias. Los Griegos tan decidores en sus contiendas, poquísimo afan dedicaron á decantar triunfos enemigos (10); y tras todo un siglo de idiotez, los primeros anales del Mahometismo allá se fueron cuajando en gran parte con el eco de la tradicion (11). Entre los crecidos partos de la literatura persa y arábiga (12), nuestros intérpretes han ido entresacando los meros rasguños de temporadas mas recientes (13), pues nunca los Asiáticos alcanzaron el primor y el númen de la historia (14), ignorando todo asomo de criterio, y las crónicas monásticas de aquel mismo plazo pueden parangonarse á sus escritos mas apreciados que carecen yertos de todo desahogo y filosofía. La *librería oriental* de un francés (15) instruiria al mufti mas aventajado, y quizás no hallarán los Árabes en uno solo de sus historiadores el pormenor de sus propias hazañas con el despejo y el ensanche que irán asomando por las pájinas siguientes.

I. Al mando del primer califa, su lugarteniente Caled, el alfanje de Dios y el azote de los infieles, se asomó ya á las orillas del Eufrates (A. 632), y allanó las ciudades de Ambar y de Hira. Al poniente de las ruinas de Babilonia, una tribu de Arabes fijos se habia avecindado sobre el confin del desierto, siendo Hira el solar de una casta de reyes cristianos, que imperaron por setecientos años, á la sombra del sólio de Persia (16). Derrotó Caled y dió muerte al postrer Mondas, enviando al hijo cautivo á Medina; doblegáronse los nobles ante los sucesores del profeta; siguió el pueblo en todo el ejemplar de sus paisanos; y aceptó el califa por primer fruto de una conquista estranjera el tributo anual de setenta mil piezas de oro. Atónitos quedaron los guerreros, y aun sus historiadores, con aquel albor de su encumbramiento venidero. « En un mismo año, » dice Elmacin, » « trabó Caled varias refriegas señaladas, matando inmensidad de infieles, y atesorando los victoriosos Musulmanes innumerables despojos (17). » Pero trasladaron luego al invicto Caled á la guerra de Siria; caudillos no tan eficaces ó atinados capitanearon la invasion de la raya persiana, pues quedaron los Sarracenos rechazados con quebranto en el tránsito del Eufrates; y aunque escarmentaron á los Persas en su alcance indirecto, las fuerzas restantes permanecieron vagando por el desierto de Babilonia.

La ira y la zozobra de los Persas enfrenó por una temporada sus desavenencias; y sentencia unánime de sacerdotes y nobles depuso á la reiña Arzema, usurpadora sexta y transitoria de tantas cabezas como habian descollado en dos, tres ó cuatro años que mediaron desde la muerte de Cosroes y la retirada de Heraclio. (A. 636.) Ciñeron su tiara en la sien de Yezdegerd, nieto de Cosroes, y la misma temporada que viene á coincidir con un período astronómico (18), recuerda el vuelco de la dinastía Safania y de la relijion de Zoroastro (19). La mocedad y bisoñez del príncipe, pues era de quince años le hizo sortear un tránsito arriesgado; puso el estandarte réjio en manos de Rustam, y un resíduo de treinta mil hombres de tropa arreglada, se robusteció hasta el número, efectivo ú supuesto, de cien mil súbditos ó aliados del gran rey. Los Musulmanes, cuyo número habia crecido desde doce hasta treinta mil, sentaron sus reales en las llanuras de Cadesia (20), y su frente aunque ofrecia menos *hombres*, encerraba mas *soldados* que la hueste revuelta de los infieles. Apuntaré desde ahora y tendré que repetirlo otras veces, que la embestida de los Arabes no era, como la de Griegos y Romanos, el empuje de una infantería cerrada é incontrastable; pues sus fuerzas militares se cifraban principalmente en caballería y flecheros, y así la refriega ya interrumpida ya renovada con peleas particulares y escaramuzas volanderas, podia irse dilatando por varios dias, sin trance decisivo. En la batalla de Cadesia mediaron plazos que se fueron apellidando respectivamente. El primero con el asomo oportunísimo de seis mil hermanos Siríacos, se llamó el dia del *socorro*. El del *estrellon* pudo espresar el desconcierto de un ejército, ú tal vez de entrambos; el tercero, alboroto nocturno, se llamó disparatadamente la noche *ladradora*, por los alaridos disonantes, que pudieron parangonarse con los sonidos descompasados de horrendas alimañas; pero la madrugada siguiente redondeó la suerte de la Persia, con una ventura favorable que arrolló nubes y nubes de polvareda sobre los rostros incrédulos. Retumba el estruendo de las armas en la tienda de Rustam, quien, muy diverso del héroe antiguo del mismo nombre, estaba regaladamente recostado en una sombra sosegada y fresca, entre el pasaje de su campamento y en medio de infinitas acémilas cargadas de oro y plata. Se sobresalta al eco de tamaño peligro; huye, pero le alcanza y le ase por el pié un Arabe esforzado, le cercena la cabeza, la tremola con el bote de su lanza, y volviendo ejecutivamente al campo de batalla, amedrenta y desbarata los tercios redoblados de la Persia. Confiesan los Sarracenos una pérdida de siete mil quinientos hombres, y describen la refriega de Cadesia con los adjetivos de porfiada y honorsa (21). Yace el estandarte de la monarquía, y lo afianza en el mismo campo el delantal de un herrero, que allá en otro tiempo se encumbró á libertador de la Persia; pero aquella prenda de pobreza heróica estaba disfrazada con un sin número de pedrería que cuasi la cuaja-

ba por entero (22). Tras aquella victoria, las provincias riquísimas de Irak y de Asiria se rindieron al califa, afianzando ya sus conquistas con la fundacion ejecutiva de Basora (23), plaza que está mas y mas señoreando el comercio y la navegacion de los Persas. A cinco leguas del Golfo, se incorporan el Tigris y el Eufrates con corriente plácida y recta, nombrándose adecuadamente el rio de los Arabes. Al comedio de la confluencia y el desembocadero de aquellos rios afamados, se planteó por la orilla occidental el nuevo establecimiento. Constaba la primera colonia de ochocientos Musulmanes; pero el llamamiento de la situacion agolpó en breve un vecindario populoso y floreciente. El ambiente, aunque en estremo cálido, es puro y saludable; retozan los ganados por las praderías á la sombra de las palmeras, y uno de los valles inmediatos se celebra como uno de los cuatro paraisos ó jardines del Asia. Abarcaba con los califas la colonia arábiga las provincias meridionales de la Persia bajo su jurisdiccion, túmulos de compañeros y de mártires han santificado la ciudad, y los bajeles de Europa están todavía frecuentando de arribada al puerto de Basora para el comercio de la India.

Tras la derrota de Cadesia, un territorio sajado todo con rios y acequias, podia contrarestar incontrastablemente la caballería victoriosa, y los murallones de Ctenfonce y de Madayn, que habian resistido á los aríetes romanos, mal se allanarian con los flechazos del Sarraceno; pero los Persas en su fuga se postraron con la creencia de que era venido el dia postrero de su Relijion y su imperio; traicion y cobardía dejaron en total desamparo los puntos mas inespugnables, y el rey, con parte de su familia y tesoro, huyó á Holwan, á la falda de los cerros de la Media. A los tres meses de la batalla, Said, lugarteniente de Omar, atraviesa el Tigris sin contraresto; toma la capital por asalto, y la resistencia desconcertada del vecindario afila mas agudamente los alfanjes de los Musulmanes, quienes prorumpen con relijioso arrebato: « Este es el alcázar blanco de Cosroes, esta es la promesa del apóstol de Dios... » Los salteadores en carnes del desierto se enriquecen repentinamente, sobrepujando la realidad á sus noticias y á sus esperanzas, pues á cada estancia salia á luz un nuevo tesoro, ya estudiadamente recóndito, ya patente en ostentoso alarde: oro y plata, alhajas y preseas se aventajaban, dice Abulfeda, á los alcances de la fantasía y del guarismo, y otro historiador regula aquella indecible y casi-infinita mole por el cómputo fabuloso de tres mil millares de piezas de oro (24). Algunos hechos, aunque mínimos en sí, manifiestan curiosamente el estremo contrapuesto de riqueza y de ignorancia. Un acopio cuantioso de alcanfor (25) se habia traido de las islas lejos del Océano indio para mezclarlo con cera é iluminar los palacios del Oriente: ajenísimos del nombre y propiedades de aquella goma olorosa, y teniéndola por sal, la mezclaron con el pan y se pasmaron de su amargura. Una de las estan-

cias del alcázar estaba realzada con una alfombra de seda de sesenta codos de larga y otros tantos de ancha; retrataba el suelo un jardin ó paraiso; sus figuras en realce remedaban al vivo flores, frutas y matorrales de oro y hasta el matiz de piedras preciosas, abarcando una cerca verde y lozana todo el anchuroso recinto. La persuasiva del caudillo arábigo recabó de la soldadesca que se reservase tantísimo primor para regalar la vista del califa con aquel milagro de la naturaleza y el arte. El adusto Omar, desentendiéndose de todo su atractivo y del sumo boato réjio, fué repartiendo la presa entre sus hermanos de Medina: se inutilizaron las labores, pero su valor intrínseco era tan subido, que Alí vendió su cupo en veinte mil dracmas. Cojieron en el alcance una acémila portadora de la tiara, coraza, tahalí y ajorcas de Cosroes y presentando el riquísimo trofeo al caudillo de los fieles, y hasta los hermanos mas circunspectos prorumpieron allá en una sonrisa, al mirar la barba cenicienta, brazos velludos y zompo figuron del veterano, revestido con los despojos del gran rey (26). Desalado Ctesifonte tras el saqueo, vino á menoscabarse en gran manera, pues los Sarracenos, mal hallados con su ambiente y su situacion, aconsejaron á Omar que trasladase el solar de aquel gobierno á la márjen occidental de Eufrates. Facilísima ha sido en todos tiempos así la fundacion como la ruina de las ciudades asirias, pues careciendo el país de sillares y de madera, y construyendo por suma solidez (27) con adobes, se reduce la obra á irlas pegando con el betun solariego por todo el país. El nombre de *Cufa* (28) está retratando una vivienda de cañizo y tierra; pero los aujes de la nueva capital fueron siempre á mas con el número, haberes y brio de una colonia de veteranos, á cuyo desenfreno se avenian los califas mas advertidos con la zozobra que infundian las ínfulas de cien mil alfanjes, « Vecindario de Cufa, » decia Alí ansioso de su arrimo, « siempre descollastes con vuestro denuedo; tú arrollastes al gran rey, aventando sus fuerzaz y posesionándote de su herencia. » Redondeóse tan grandiosa conquista con las batallas de Jalula y de Nehavend. Tras el descalabro de la primera, Yezdeged huyó de Holwan para emboscar su afrenta y su desesperacion por los riscos de Farsistan, de donde allá Ciro se habia descolgado con sus compañeros iguales y valerosos. Sobrevivió el espíritu de la nacion al del monarca, y por las serranías al Sur de Ecbatana ó Hamadan, ciento y cincuenta mil Persas, se aferraron terca y rematadamente en defensa de patria y relijion, y los Arabes apellidaron la refriega decisiva de Nehavend, la victoria de las victorias. Si es cierto que una recua de acémilas y camellos cargada de miel se detuvo hasta alcanzarle el enemigo al jeneral Persa, el caso aunque trivial y estrañísimo está denotando la lujosa barahunda de una hueste oriental (29).

Enmarañadamente apuntan Griegos y Latinos la jeografía de la Persia, pero su ciudad mas descollante aparece anterior á la invasion de los Ara-

bes. Tomando á Hamadan, Ispahan, Caswin, Tauris y Rei se fueron asomando á las playas del mar Caspio, y los oradores de la Meca encarecian mas y mas el denuedo y los avances de los fieles, quienes habian llegado á perder de vista la Osa septentrional, y casi traspuesto el lindero del orbe habitable (50). Revolviendo luego hácia el Occidente y el Imperio Romano, despasaron luego el Tigris por el puente de Mosul, y en las provincias ya rendidas de Armenia y Mesopotamia se abrazaron con sus hermanos victoriosos del ejército siríaco. El avance oriental no fué menos ejecutivo y dilatado desde el palacio de Madayn. Se fueron adelantando por las orillas del Tigris y del Golfo; calaron por las gargantas de los riscos hasta el valle de Estachar ó Persépolis, y allí profanaron hasta el postrer santuario del imperio de los Magos; y aun estuvieron á pique de sobrecojer al nieto de Cosroes entre las columnas caedizas y efijies desfiguradas, que estaban simbolizando la estrella antigua y presente de la Persia (51); huyó atropelladamente por el desierto de Kirman, imploró el arrimo de los Sejestanes belicosos, y se acojió á humildísima guarida en el confin del dominio Turco y Chino. Pero es de suyo incansable toda hueste victoriosa; dividen los Arabes su alcance en pos de un enemigo amedrentado, y el califa Othman brinda con el gobierno de Chorasan al primer caudillo que se interne por aquel país dilatado y populoso, el reino antiguo de Bactriana. Admítese el brindis, y queda el galardon devengado; tremola el estandarte de Mahoma en las almenas de Herat, Meru y Balch, y el campeon triunfador ni para ni sosiega hasta abrevar su caballería hijadeante en los raudales del Oxó. En aquella anarquía rematada, independientes ya los gobernadores de ciudades y castillos, van logrando sus respectivas capitulaciones, cuyos términos se otorgan é imponen á fuer del aprecio, cordura ó lástima de los vencedores, y una mera profesion de fé deslinda al hermano del esclavo. Harmozan, príncipe ó sátrapa de Ahwaz y Susa, tras gallardísima defensa, tiene que rendir persona y estados á discrecion del califa, y su avistamiento está al vivo retratando las costumbres arábigas. El bárbaro galano, á presencia y de órden de Omar queda despojado de su ropaje de seda recamado de oro, y de su tiara tachonada toda de rubíes y esmeraldas. « ¿Acabas de hacerte cargo, » dice el vencedor á su cautivo desnudo, « de los juicios de Dios, y de la recompensa diversísima de la infidelidad y la obediencia? » — « ¡ Ay de mí! » contesta Harmozan, « harto lo estoy viendo. En los dias de nuestra ignorancia jeneral, peleábamos con las armas de la carne, mi nacion prevalecia. Neutral era Dios á la sazon; pero despues que se abanderizó con vosotros, habeis dado al través con nuestro reino y nuestra Relijion. » Acongojado con tan doloroso diálogo, se queja el Persa de su sed insufrible, pero manifiesta recelos de que lo degüellen al sorber un poquillo de agua. « Buen ánimo, » prorumpe el ca-

lifa, « en salvo tienes la vida hasta que hayas bebido el agua » admite el sátrapa sagaz aquel resguardo y estrella la vasija contra el suelo. Trata Omar de vengar el engaño, pero los compañeros le hacen cargo de que está juramentado, pero Harmozan se convierte y logra no solo indulto, sino una pension de dos mil piezas de oro. Se formalizó reseña del jentío, ganados y productos de toda la Persia (32) que evidenciando el desvelo de los califas, pudiera estar instruyendo á los filósofos de todos los siglos (33). (A. 651.)

Traspuso Yezdegerd, en alas de su pavor, el Oxó y llegó al Yaxartes, rios ambos de nombradía en lo antiguo y en lo moderno (34), que despeñándose de las cumbres de la India van á parar al Caspio. Agasajóle Tarkhan, príncipe de Fargana (35), provincia feraz sobre el Yaxartes; lamentos y promesas del monarca destronado movieron al rey de Samarcanda con las tribus turcas de Sogdiana y Escitia, y luego con embajada rendidísima solicitó el arrimo mas poderoso y fundamental del emperador de la China (36). El virtuoso Taitsong (37) de la dinastía de los Tangres, puede cabalísimamente parangonarse con los Antoninos de Roma, pues disfrutaba su pueblo todo las dichas y prosperidades de la paz, y hasta cuarenta y cuatro rancherías de los Bárbaros de Tartaria estaban reconociendo su señorío. Sus guarniciones fronterizas de Cashgar y Khoten, vivian relacionadas con sus vecinos del Yaxartes y el Oxó; una colonia reciente de Persas habia introducido en la China la astronomía de los Magos, y pudo Taitsong asustarse con el avance disparado y la vecindad azarosa de los Arabes. El influjo, y aun quizá los auxiliios, de la China, resucitó las esperanzas y el afan de los adoradores del fuego, y volvió con una hueste turca á reconquistar la herencia de sus padres, pero venturosos en todo los Musulmanes, sin desenvainar sus alfanjes estuvieron presenciando su esterminio y muerte. Vendió un sirviente y el vecindario desmandado de Meca insultó al nieto de Cosroes, hollado luego, derrotado y perseguido por sus aliados Bárbaros. Llega el desventurado á un rio, ofrece anillos y brazaletes por su tránsito ejecutivo en la barquilla de un molinero, quien ajeno de toda noticia ó lástima del conflicto réjio, contesta que el producto diario de su molino era de cuatro dracmas y no aprontándoselas le era imposible suspender su faena. En aquel trance del coloquio y la tardanza, sobreviene la caballería turca y degüella al último rey Sasanio, á los diez y nueve años de su infausto reinado (38). Su hijo Jiruz, rendido ahijado del emperador chino, aceptó el cargo de capitan de su guardia, conservando allá una colonia de leales desterrados en culto de los Magos en la provincia de Bucharia. Heredó el nieto su rejio nombre; pero tras endeble y malogrado intento, se volvió á la China y acabó sus dias en el palacio de Sigan. Estinguióse la línea varonil de los Sacanides; pero las cautivas, hijas de la Persia, pararon como

siervas ó esposas en manos de los vencedores, y así madres reales vinieron á ennoblecer con su sangre la alcurnia de los califas é imames (39).

Tras el vuelco del reino Persa, quedó el rio Oxó por deslinde entre Turcos y Sarracenos; pero el denuedo arábigo traspuso luego aquella estrechez, pues los gobernadores del Chorasan fueron ensanchando mas y mas sus correrías, adornando uno de sus triunfos con el borceguí de una reina turca (A. 710), desprendiéndosele en su fuga atropellada allende la serranía de Bochara (40), pero la conquista cabal de la Transoxiana (41), como tambien la de España, se reservaba para el reinado esclarecido del apoltronado Walid; y el nombre de Catibah, el arriero de camellos, está patentizando el oríjen y merecimientos de su venturoso lugarteniente. Mientras uno de sus compañeros estaba tremolando el primer pendon mahometano por las orillas del Indo, las armas de Catibah fueron avasallando el ámbito anchuroso comprendido entre el Oxó; el Yaxartes y el mar Caspio á la obediencia del profeta y del califa (42). Impuso un tributo de dos millones de piezas de oro á los infieles; quemó ú estrelló sus ídolos; pronunció un sermon en la nueva mezquita de Carizme; mediaron batallas y las rancherías turcas fueron arrolladas sobre el desierto, y los emperadores de la China solicitaron la amistad de los Arabes victoriosos. Prosperó á su impulso en gran parte aquella provincia, la Sogdiana de los antiguos; pero ya los reyes Macedonios se hicieron cargo de las ventajas de suelo y clima, y así antes de la invasion de los Sarracenos, Carizme, Bocara y Samarcanda florecian ricas y populosas bajo el yugo de los mayorales del Norte. Murallas cercaban el recinto, y la fortificacion esterior abarcaba, con mucho mayor ámbito, las campiñas y huertas del distrito contiguo. Acudia la eficacia de los tratantes sogdianos á las urjencias mutuas de la India y de la Europa, y el arte imponderable de transformar el lienzo en papel, se fué estendiendo desde las fábricas de Samarcanda por todo el orbe occidental (43).

II. No bien logra Abubeker consolidar la unidad en la Fé y en el gobierno, cuando espide una circular (A. 632) á las tribus árabes. « En el nombre de todo un Dios misericordioso, á los demás verdaderos creyentes. Salud, felicidad, cariño y bendicion de Dios sea con vosotros. Alabado sea el Altísimo y roguemos por su profeta Mahoma. Esta se reduce á participaros como voy á enviar los verdaderos creyentes á la Siria (44), para arrebatarla de manos de los infieles; y habeis de tener entendido, como el pelear por la Relijion es un acto de obediencia á Dios. » Vuelven los mensajeros con la nueva del afan devoto y guerrero recien inflamado por todas las provincias, y allá se van agolpando en el campamento de Medina bandadas y remolinos de Sarracenos, desalados por los trances y quejosísimos del ardor de la estacion y de la escasez de abastos, recon-

viniendo mas y mas á voz en grito al califa por sus demoras. Se acabala su número, trepa Abubeker al cerro, va oteando jente, caballos y armas, y dispara el raudal de su plegaria fervorosa por el logro de la empresa. Marcha al pronto en persona y á pié, y si tal vez algun caudillo avergonzado trataba de apearse, avenia el califa sus escrupulillos voceando que jinetes é infantes se hacian igualmente merecedores en servicio de la relijion. Sus instrucciones (45) á los caudillos de la hueste Siríaca, son parto de un fanatismo guerrero que se abalanza desaladamente á los objetos de ambicion terrena que está aparentando menospreciar altísimamente. «Recordad,» esclama el sucesor del profeta, «que os hallais á toda hora en presencia de Dios, asomados á la muerte, á la seguridad del juicio y á la puerta del Paraíso. Nada de injusticias ni tropelías; contad con vuestros hermanos, y esmeraos en afianzar el cariño y el concepto de la tropa. Al pelear en las refriegas del Señor, portaos varonilmente sin jamás volver la espalda; mas no hay que mancillar la victoria con sangre de mujeres ó niños. No derribeis palmeras, ni quemeis mieses, ni taleis frutales, ni dañeis al ganado, matando tan solo el preciso para el mantenimiento. En ajustando algun convenio ú pacto, conservadlo aferradamente, y cumplid siempre vuestra palabra. En vuestros avances vendréis á tropezar con varones relijiosos que viven allá retirados en monasterios, dedicados á servir únicamente á Dios por aquel rumbo: dejadlos en paz, y no hay que matarlos ni derribar sus albergues (46). Hallaréis tambien otra ralea de jente que corresponde á la sinagoga de Satanás, con sus cabezas afeitadas en corona, rajadles sin falta los cascos (47) sin darles jamás cuartel hasta que se hagan Mahometanos, ó paguen tributo.» Toda conversacion profana é insustancial, y toda especie rencorosa de enemistad antigua estaban severísimamente vedadas entre los Arabes; en medio del tráfago de un campamento se practicaban esmeradamente todos los ejercicios relijiosos, y todos los intermedios de refriegas se dedicaban al rezo, á la meditacion y al estudio del Alcoran. El esceso y aun el uso del vino se castigaba con ochenta palos en las plantas de los pies; y allá en los arranques del fervor primitivo, muchos pecadores recónditos revelaban su culpa y ansiaban su castigo. Tras alguna premeditacion recayó el mando del ejército Siríaco en Abu-Obeidah, uno de los fujitivos de la Meca y compañeros de Mahoma, cuyo afan y devocion amainaba, sin amortiguarse, con la templanza de su índole en estremo bondadosa; mas en asomando el trance clamaba la soldadesca por el númen descollante de Caled, y prescindiendo de la eleccion del príncipe *el Alfanje de Dios*, era en realidad y en nombradía el Adalid de los Sarracenos. Obedecia sin repugnancia y se le consultaba sin emulacion, y tal era su temple, ó mas bien el de aquella temporada, que Caled estaba siempre en ademan de pelear bajo las banderas de la Fé, aun

cuando tremolase en manos de un niño, ú de algun contrario. Gloria, riquezas y señorío sonaban en los oidos del Musulman victorioso, mas estaba entrañablemente imbuido en el concepto, de que no mediando mas incitativo que el de los bienes mundanos, tampoco le cabria otro galardon.

Encumbró la vanagloria Romana al dictado de Arabia (48) á una de las quince provincias de la Siria al oriente del Jordan, y así aquel equívoco de cierto viso ú desecho nacional vino á sincerar los primeros conatos de los Sarracenos. Fomentaba grandiosamente el comercio todo el país, acordonado ya por el afan de los emperadores con una línea de fortalezas, y los murallones de las ciudades de Jerasa, Filadelfia y Bosrá (49), resguardaban su crecido vecindario por lo menos contra toda sorpresa. Asomaba la última á diez y ocho jornadas de Medina, derrota muy trillada por las caravanas de Irak y Hejaz, que solian frecuentar anualmente aquel mercado pingüe de la provincia y de todo el desierto. los zelos perpetuos de los Arabes habian aguerrido á los habitantes, y hasta doce mil caballos podian desembocar por las puertas de Bosra; nombre que en Siríaco significa torreon de defensa. En alas de sus primeros logros contra los pueblos abiertos y las partidas fujitivas de la raya, un destacamento de cuatro mil Musulmanes se arrojó á intimar y embestir la fortaleza de Bosra, y arrollados por el número de los Siríacos, debieron su salvamento á la presencia de Caled con mil y quinientos caballos: vituperó la empresa, rehizo la batalla y rescató á su amigo, el venerable Serjabil, que en vano habia estado invocando la unidad de Dios y las promesas del apóstol. Tras breve descanso practican los Musulmanes sus abluciones con arena, por falta de agua (50), y entona Caled la plegaria de la mañana, antes de montar á caballo. El vecindario de Bosra, engreido con sus fuerzas, abre las puertas, se arroja á la llanura y jura morir en defensa de su Relijion; mas una Relijion de paz no alcanza á contrarestar el alarido fanático de « Guerra, Guerra; Paraíso, Paraíso, » que va resonando por las filas Sarracenas; y luego el alboroto de la ciudad, el clamoreo de las campanas (51) y las esclamaciones de clérigos y de monjes, aumentan el quebranto y el trastorno de los Cristianos. Quedan los Arabes, con la pérdida de doscientos y treinta hombres, dueños del campo, y las almenas de Bosra, cuajadas de cruces sacrosantas y de pendones consagrados, están esperando el auxilio divino ó humano. Aboga el gobernador Romano por una rendicion pronta; pero menospreciado por el vecindario y apeado de su cargo, abriga en acecho el afan de la venganza. Se avista de noche con el enemigo y le manifiesta un tránsito subterráneo desde su morada por debajo de la muralla; el hijo del califa con cien voluntarios se confia en manos del nuevo aliado, y su arrojo venturoso franquea entrada espedita á los compañeros. Despues

que Caled impone la ley de tributo y servidumbre, el renegado ú convertido ostenta ante el consejo su traicion como meritoria. « Renuncio á vuestra asociacion, » dice Romano, « tanto en este mundo como en el venidero, y reniego del crucificado y de cuantos le adoran; escojo á Dios por mi dueño y Señor, el Islam por mi fé, la Meca por templo, los Musulmanes por hermanos, y Mahoma por mi profeta, enviado para encaminarnos por el rumbo derecho y para ensalzar la Relijion verdadera, á pesar de cuantos quieren igualarse con el mismo Dios. »

La conquista de Bosra á cuatro jornadas de Damasco (52), enardece á los Arabes para sitiar aquella capital de la Siria (53), (A. 633) y acampando á corta distancia de sus murallas, entre las arboledas y manantiales de aquel terreno delicioso (54), proponen la alternativa de tabla en el sistema musulman, de tributo ú guerra, el vecindario resuelto y recien reforzado con cinco mil Griegos. En la caduquez, como en el embrion del arte militar, solian mediar con frecuencia retos entre los mismos caudillos (55); quebráronse repetidamente lanzas por la llanura de Damasco, y descolló la bizarría de Caled desde la primera salida de los sitiados. Tras lid reñidísima vuelca por fin y rinde á un caudillo cristiano, ajigantado y digno contrincante. Muda ejecutivamente de caballo, que era regalo del gobernador de Palmira, y encabeza la vanguardia. « Descansa un tanto, » le vocea el amigo Derar, « y déjame reemplazarte por ahora, pues cansadísimo has de estar por la lid con aquel can. » — « ¡ Ha, Derar, » le replica el Sarraceno incansable, « ¡ allá lograrémos reposo en el mundo venidero! Quien hoy se afane, descansará mañana. » Caled, mas y mas denodado, acude, lidia y vence á segundo campeon, arrojando luego á la ciudad las cabezas de entrambos cautivos que se aferraron en conservar su Relijion. Sobrevienen peleas mas ó menos considerables que van siempre estrechando á los Damascenos; mas un mensajero descolgado de las almenas vuelve con el aviso de socorro pronto y poderoso, y la gozosa algazara comunica la noticia al campamento de los Arabes. Deliberan un rato y acuerdan los caudillos levantar, ó mas bien suspender, el sitio de Damasco, hasta despues de batallar con las fuerzas del emperador. Ansia Caled, en la retirada, el punto mas arriesgado de retaguardia, pero se aviene modestamente á los deseos de Abu-Obeidah. Pero sobreviene el trance y vuela al rescate de su compañero acosado en una salida de seis mil caballos y diez mil infantes, y poquísimos son los Cristianos que llegan á Damasco para individualizar las circunstancias de su derrota. La suma entidad del trance estaba requiriendo la incorporacion de cuantos Sarracenos andaban dispersos por la raya de Siria y Palestina, y voy á trasladar uno de los mandatos circulares enviado á Amru, el conquistador venidero del Ejipto. « En el nombre de Dios todo misericordioso, de Caled á Amru, salud y felicidades. Sabe como tus hermanos los Musulma-

nes tratan de marchar á Aiznadin, donde hay una hueste de setenta mil Griegos, que intentan venir sobre nosotros, *á fin de apagar la luz de Dios con sus bocas; pero Dios está conservando su luz, á pesar de los infieles* (56). Por tanto, apenas esta mi carta llegue á tus manos, acude con cuantos esten contigo á Aiznadin, donde nos hallarás, si place asi al Altísimo.» Obedécese gozosamente el llamamiento, y los cuarenta y cinco mil Musulmanes, que se agolpan en un mismo dia y sitio, atribuyen á las bendiciones de la Providencia el efecto de su afan y actividad.

A los cuatro años de los triunfos de la guerra pérsica, padecen Heraclio y el imperio todo nuevos vaivenes por un enemigo, cuyo poderío relijioso atropella de todo punto á los Cristianos, sin que acaben de alcanzar en todo el Oriente su aciaga trascendencia. La invasion de Siria, la pérdida de Bosra y el peligro le sobresaltan en su palacio de Constantinopla ó de Antioquía. Junta una hueste de setenta mil veteranos, ó reclutas, en Hems ó Emesa, al mando de su jeneral Werdan (57), y consistiendo aquellas fuerzas principalmente en caballería, pudieran igualmente apellidarse Siríacas, Griegas ó Romanas; *Siríacas* por su naturaleza y el teatro de la guerra, *Griegas* por la relijion y el idioma de su soberano y *Romanas* por el dictado grandioso que estaban todavía profanando los sucesores de Constantino. Al andar Werdan por las llanuras de Aiznadin, cabalgando en una mula tordilla, condecorado con cadenas de oro y cercado de insignias y pendones, quedó atónito con el encuentro de un guerrero desnudo y adusto que habia tomado á su cargo el reconocer al enemigo. El entusiasmo de su país y de su siglo enardeció, ú tal vez recargó, el denuedo anovelado de Derar. El osado Sarraceno era todo codicia, todo ojeriza á los Cristianos y menosprecio de los peligros; y al presenciar la muerte no decayó un punto su confianza relijiosa, ni su sosegado arrojo, ni aun la jocosidad marcial de su temple. En el trance mas desahuciado descollaban su atrevimiento, su tino, y su ventura; tras inumerables trances, despues de hallarse tres veces prisionero en manos de los infieles, sobrevivió todavía para andar historiando las proezas y disfrutar las recompensas de la conquista de Siria. En aquel encuentro su lanza sola sostuvo una pelea de escape contra treinta Romanos destacados por Werdan, y despues de matar ó desmontar á diez y siete, llegó Derar sano y salvo á recibir los aplausos de sus hermanos. Al reconvenirle el jeneral cariñosamente por su temeridad, se disculpó con sencillez soldadesca: «En verdad que no fuí el agresor, pero viniendo á cojerme temí que Dios me viese volver la espalda, y eché seguramente el resto en la pelea, y por tanto me ayudó Dios contra ellos; y á no recelar el cargo de mi desobediencia á tres órdenes, no me retirara como lo hice: pero desde ahora estoy viendo que han de caer en nuestras manos.» Al encararse los ejércitos se adelanta un Griego venerable con ofrecimientos garbosos de paz, y se feria-

ba el desvío de los Sarracenos con un regalo á cada soldado de un turbante, un ropaje y una pieza de oro ; diez ropas y cien piezas de oro al caudillo, cien ropajes y mil piezas al califa. En la sonrisa airada de Caled va cifrado su desvío. «Ea, perros Cristianos, sabida es la alternativa, el alcoran, el tributo ó la espada. Somos jente que nos saboreamos con la guerra mas que con la paz ; menospreciamos allá esas limosnillas baladíes, puesto que luego va á ser dueño de vuestras riquezas, familias y personas.» En medio de aquel desprecio aparente se hacia muy bien cargo del sumo peligro, pues cuantos habian estado en Persia y presenciado los ejércitos de Cosroes confesaban que jamás habian visto formacion mas formidable. Aquella superioridad del enemigo fogueaba mas y mas el denuedo del astuto Sarraceno; « Ahí teneis, prorumpe, á los Romanos todos; no hay arbitrio ya para sortearlos; pero tambien podeis en un solo dia avasallar la Siria y el éxito se cifra todo en vuestra disciplina y sufrimiento. Reservaos; por la tarde solia vencer el profeta.» Aguanta su teson reportado los dos embates sucesivos acosado por las arrojadizas del enemigo y el susurro de los suyos. Por fin exhaustos ya los ímpetus y las aljavas de la linea contraria, tremola Caled la señal del trance y de la victoria. Huyen los restos de la hueste imperial á Antioquía, Cesarea y Damasco, y la muerte de cuatracientos y setenta Musulmanes queda mas que compensada con el concepto de haber internado mas de cincuenta mil infieles. Inestimable es el despojo de banderas y cruces de plata y oro, cadenas de lo mismo, pedrería y repuestos interminables de armaduras y galas peregrinas. Se dilata su reparto hasta despues de la toma de Damasco, pero el surtimiento oportunísimo de armas proporciona nuevas victorias. Vuela el noticion esclarecido al sólio del califa y aun aquellas tribus Arabes mas tibias y aun contrapuestas al profeta son ya las mas sedientas y desaladas tras los productos de la Siria (A. 633. Jul. 13).

Llega la infausta nueva á Damasco en alas del pavor y el desconsuelo, y el vecindario está ya presenciando desde las almenas el regreso de los héroes de Aiznadin. Amru, el adalid de la vanguardia, asoma con nueve mil caballos; redóblanse en pos bandadas formidables de Sarracenos, cerrando allá personalmente la retaguardia y tremolando el estandarte del águila negra. Acaudilla Derar desveladamente dos mil caballos, que patrullan, despejan y atajan las llanuras, desahuciando á la ciudad de todo auxilio y comunicacion; y los demás jefes Arabes se acuartelan respectivamente contra las siete puertas de Damasco, renovando el sitio con desalado ahinco y gallarda confianza. El arte, el afan y la maquinaria militar de Griegos y Romanos, por maravilla vienen á aparecer en las faenas sencillas pero acertadas de los Sarracenos ; bastábales el cercar una ciudad pero sin trincheras, el rechazar las salidas de los sitiados, el entablar un ardid ó un asalto ó estarse aguardando las resultas del hambre ó del alboroto. Allanárase Damasco

al trance de Aiznadin como sentencia final y terminante entre el emperador y el califa, á no enardecer sus ánimos el ejemplo y el predominio de Tomás, Griego de suyo esclarecido y mas por su entronque con el mismo Heraclio (58). El bullicio y las luminarias de la noche están pregonando el intento de salida á la madrugada y el héroe cristiano despreciador del entusiasmo arábigo acude al recurso de otra superstición parecida. Encumbra sobre la puerta principal y á la vista de entrambas huestes allá un grandioso Crucifijo, acompañan la marcha obispo y clero depositando el Nuevo Testamento ante la imájen de Jesus y las partes contrapuestas quedan escandalizadas ó edificadas con la rogativa paraque el Hijo de Dios amparase á sus sirvientes y desagraviase á la verdad. Se batalla rabiosa y aferradamente y la maestría de Tomás (59), flechero sin igual, es harto aciaga para los prohombres Sarracenos hasta que su muerte queda vengada por una heroina. La esposa de Aban, siguiendo al marido en la guerra santa, lo abraza al espirar. « ¡Dichoso, dichosísimo, prorumpe, pues vuelas al Señor que nos habia juntado y que ahora nos desvia. Voy á vengar tu muerte y echar el resto de mis alcances para acudir al sitio donde te hallas. Ya no ha de haber hombre que me toque pues me vinculo toda en el servicio de Dios.» No llora ni suspira pero lava y relava el cadáver y luego lo entierra con los debidos ritos. Empuña luego las armas varoniles, que estaba hecha en manejar desde su patria, corre denodadamente en pos del sitio, donde en medio de lo mas empeñado de la refriega está peleando el matador. Su primer flechazo traspasa la diestra del alférez, el segundo mal hiere un ojo á Tomás, y desmayan los Cristianos careciendo de la insignia de su caudillo. No se aviene el bizarro campeon de Damasco á emparedarse en palacio; le vendan la herida en la muralla; anochece peleando y permanecen los Siríacos sobre las armas. A deshora la campana mayor suena con un golpe en señal de abrir las puertas, y cada una desemboca y dispara su columna sobre el campamento adormecido de los Sarracenos. Ya está armado Caled, capitanea cuatrocientos caballos, se abalanza al arriesgado trance, y baña con lágrimas su rostro atesado al exhalar su jaculatoria fervorosa. «Oh Dios que nunca duermes, mira á tus siervos y no los entregues á manos de sus enemigos.» El *alfanje* de Dios ataja el denuedo y la victoria de Tomás; los Musulmanes enterados ya del peligro acuden á sus filas y embisten á sus asaltadores por costado y retaguardia. Jime y se desespera el caudillo cristiano, y tras la pérdida de miles, tiene que retirarse alejando á los Sarracenos con las máquinas de la muralla.

Alárgase el sitio hasta setenta dias (60); se apuran el sufrimiento y acaso los abastos doblegándose ya sus caudillos mas esforzados al crudo imperio de las necesidades (A. 634). En los vaivenes de paz y guerra, habian estado esperimentando los ímpetus desaforados de Caled y las prendas ha-

lagüeñas de Abu Obeidah. Llegan á deshora cien diputados escojidos del clero y del vecindario á la tienda del caudillo venerable; los recibe y despide cortesmente y vuelven con un convenio por escrito sobre la fé de un compañero de Mahoma, diciendo que cese toda hostilidad; que los emigrados voluntarios se retirarán á su salvo, cargando con cuanto puedan llevar consigo de sus pertenencias, y que los súbditos tributarios disfrutarán sus casas y haciendas con el uso y pesesion de siete iglesias. Bajo estos pactos se le entregan esclarecidos rehenes franqueándole la puerta mas inmediata á su campamento, muéstrase al par comedida la soldadesca, y logra paladear el agradecimiento rendido de un vecindario que acaba de rescatar de su esterminio. Pero al irse ya disponiendo el tratado amaina la vijilancia, y asaltan entretanto y afianzan el barrio contrapuesto, de la ciudad y luego una partida de cien Arabes abre la puerta oriental á otro enemigo mas inexorable. « Nada de cuartel, » clama el robador y sanguinario Caled, « no hay cuartel para los enemigos del Señor. » Suenan sus clarines y corre la sangre cristiana á rios por las calles de Damasco. Llega á la iglesia de Santa María, ve el sosegado ademan de sus compañeros y se enfurece; una muchedumbre de clérigos y monjes anda entre la tropa que tiene envainados los alfanjes. Saluda Abu Obeidah al caudillo y dice: « Dios ha puesto la ciudad rendida en mis manos y escusa á los creyentes el afan de la pelea. » — ¿ Por ventura no soy yo, replica airado Caled, el lugarteniente del comandante de los fieles ? ¿ No he tomado la ciudad por asalto ? Mueran los infieles á los filos de este alfanje. Allá va. » Los Arabes hambrientos é inhumanos están ya obedeciendo el halagüeño mandato, y Damasco yaciera á no acompañar Abu Obeidah su bondad entrañable con entereza decorosa y entonada. Arrójase entre el vecindario trémulo y los bárbaros mas desaforados, les amonesta en el nombre sacrosanto de Dios paraque respeten la promesa que les tiene ya hecha, enfrenen su saña y esperen el acuerdo de los superiores. Se juntan los caudillos en la iglesia de santa María y tras recios debates, se allana Caled al talento y predominio de su compañero quien le hace cargo de la santidad de un convenio, de las ventajas y blasones que han de redundar á los Musulmanes del cumplimiento puntualísimo de su palabra y de la resistencia pertinaz que van á esperimentar luego con la desconfianza y desesperacion de las demás ciudades siríacas. Es el acuerdo, que se envainen los aceros que la parte de Damasco rendida á Abu Obeidah es desde luego acreedora á los términos de la capitulacion y que la disposicion definitiva se reservase á la equidad y sabiduría del califa (64). Una mayoría crecida del vecindario se avino á los pactos de la tolerancia y el tributo, y subsisten todavía hasta veinte mil Cristianos en Damasco. Pero el valeroso Tomás y los patriotas voluntariosos que habian peleado bajo su bandera, anteponen la escasez y el destierro al

estremo contrapuesto ; y en la pradera inmediata se forma un campamento de clérigos y seglares, de soldados y vecinos, de mujeres y niños ; van recojiendo atropellada y despavoridamente sus alhajas mas preciosas y desamparan con agudos alaridos ó congojoso silencio sus albergues solariegos y las márgenes placenteras del Farfor. El alma empedernida de Caled prescinde allá de tan lastimero conflicto: alterca con los Damascenos sobre un almacen de trigo y se empeña en escluir la guarnicion del beneficio del ajuste ; se aviene con repugnancia á que cada fujitivo se arme con espada, lanza ó arco, y prorumpe ferozmente en que á los tres dias de tregua se les ha de perseguir y acosar como enemigos de los Musulmanes.

La pasion de un mancebo siríaco atropella el esterminio de los desterrados de Damasco. Un noble de aquella ciudad, llamado Jonás (62), estaba apalabrado con una señorita acaudalada, pero los padres iban dilatando el desposorio, y el novio recabó de la niña que se fugase con él. Sobornan al vijilante de la puerta Keisan : marcha delante el galan y lo cerca una partida de Arabes, y entonces prorumpe en griego, « El pájaro está preso, » para avisar á su querida que al punto se vuelva atrás. En presencia de Caled y la muerte, el amante desventurado confiesa su creencia en un solo Dios y su apóstol Mahoma, y sigue, hasta el paradero de su martirio, desempeñando las incumbencias de un Musulman gallardo y entrañable. A la toma de la ciudad huye al monasterio donde Eudocia se habia retirado, pero queda el enamorado pospuesto y menospreciado el apóstata, pues la dama antepone la Relijion á su patria, y Caled como justiciero, aunque ajeno de compasion, se niega á detener á viva fuerza varon ni mujer del vecindario de Damasco. Afánase cuatro dias en acudir á los quehaceres de la ciudad en cumplimiento del tratado ; y aunque sediento de sangre y robo, amainan aquellos ímpetus regulando ya desahuciadamente el tiempo y la distancia, mas quiere dar oidos á las amonestaciones encarecidas de Jonás, quien le asegura que los fujitivos cansadísimos son todavía asequibles en el alcance, y así Caled lo emprende capitaneando cuatro mil jinetes disfrazados de Arabes cristianos. No se hace mas alto que el de la plegaria, y el guia estaba muy enterado de todo el país. Por larga tirada van rastreando á las claras á los Damascenos, mas de repente desaparecen sus huellas, mas aseguran á los Sarracenos, que la caravana se ha ladeado para encumbrarse por los riscos, y que en breve va á caer en sus manos. Imponderables fueron sus penalidades al tramontar los despeñaderos del Líbano, pero el enardecimiento del amante foguea mas y mas el afan ya quebrantado de los veteranos fanáticos. Un campesino les participa como el emperador ha enviado órden á la colonia de los desterrados paraque se adelanten por las playas del mar hasta Constantinopla ; tal vez con la zozobra de que la guarni-

cion y el vecindario de Antioquía desmayasen al presenciar y oir el estremo de sus padecimientos. Atraviesan los Sarracenos el territorio de Gabala (63) y de Laodicea, recatándose siempre de las ciudades; incesante es la lluvia, lóbrega la noche; una sola cumbre los está separando del ejército Romano, y Caled mas y mas desalado por el salvamento de sus hermanos, secretea con su compañero un sueño infausto que acaba de tener. Amanece, despeja y están viendo en un valle ameno las tiendas de los Damascenos. Descansan un rato y rezan, y divide Caled su caballería en cuatro porciones, encargando la primera á su fiel Derar y reservándose la última. Allá se van sucesivamente abalanzando á la muchedumbre revuelta, rendida ya de cansancio y desconsuelo. Escepto un cautivo, á quien perdonan y despiden, se empapan los Arabes en el regalo de pasar á degüello por entero á los Cristianos. Oro y plata, todo yace desparramado por el suelo, y un repuesto réjio de trescientas cargas de seda alcanza á vestir una hueste de Bárbaros desnudos, Jonas en la barahunda del trance corre acá y acullá en pos del objeto de sus ansias, quien está ahora mas horrorizado con los últimos pasos de su alevosía, y forcejeando Eudocia contra sus odiosísimos estremos, se traspasa el corazon con una daga; conservan y devuelven sin rescate á otra dama, la viuda de Tomás, mas aquel rasgo de Caled es un aborto de su menosprecio, y el engreido Sarraceno insulta con un reto al sólio de los Césares. Cincuenta leguas está Caled internado por la provincia Romana, y regresa á Damasco en igual dilijencia y con la misma reserva. Remueve Omar en su ensalzamiento al *Alfanje de Dios*, de todo mando, pero vituperando la temeridad tiene que encarecer su denuedo y desempeño en la empresa.

Descuella igualmente en otra espedicion el afan y el menosprecio de riquezas mundanas. Saben que el producto de las manufacturas del pais se está anualmente agolpando en la feria de Abyla (64), á diez leguas de la ciudad, que con aquel motivo, muchedumbre de peregrinos acude á la celdilla de un ermitaño devotísimo, y que la festividad comercial y superticiosa va á realzarse con los desposorios de la hija del gobernador de Trípoli. Toma Abdalah, hijo de Jaafar, á su cargo la incumbencia mística y provechosa de saltear á los infieles. Al irse acercando á la gran feria queda atónito al presenciar la atropellada concurrencia de Judíos y Cristianos, de Griegos y Armenios, de naturales de la Siria y de estranjeros de Ejipto, hasta el número de diez mil, fuera de la guardia de quinientos caballos que van escoltando á la novia. Hacen alto los Sarracenos: « Por mi parte, » esclama Abdalah, « no me atrevo á cejar: muchísimos son los enemigos y sumo es el peligro, pero tambien es el galardon esplendoroso en esta vida ó en la venidera, y así cada cual, segun su inclinacion, es árbitro de seguir ó de retirarse. » Ni un Musulman desampara su estandar-

te. « Guíanos, » dice Abalah á su conductor cristiano, « y verás cuanto pueden ejecutar los compañeros del profeta. » Se abalanzan en cinco escuadrones, pero tras la primera ventaja del sobrecojimiento, quedan acorralados y casi hundidos con la muchedumbre de los enemigos parangonando allá idealmente la valerosa bandada á una pinta blanca sobre la piel negra de un camello negro (65). Al trasponerse el sol, cuando ya las armas se les desprenden de las manos, cuando se asoman ya palpitantes á la orilla de la eternidad, divisan una gran polvareda que se va acercando, oyen el eco halagüeño del *techir* (66), y al fin distinguen el estandarte de Caled, quien acude á escape á socorrerlos. Arrolla aquel avance á los Cristianos, y los siguen matando en su fuga hasta el rio de Trípoli. Van dejando á la espalda toda la riqueza de la feria; las mercancías patentes para su venta, el caudal traido para las compras, las galas rozagantes para el desposorio, y la hija del gobernador con cuarenta sirvientes. Cargan los devotos salteadores solícitamente frutos, abastos, alhajas, dinero, vajilla y joyas sobre sus acémilas, y se vuelven triunfantes á Damasco. El ermitaño, tras breve y colérica contienda con Caled, se desentiende allá de la corona del martirio, y se queda vivo en aquel campo solitario de sangre y asolacion.

La Siria (67), uno de los países mas tempranos en punto á civilizacion y cultivo, se hace muy acreedora á toda preferencia (68). Su cercanía á la marina y á las serranías, y la abundancia de aguas y arbolados templan los ardores del ambiente, y la feracidad del suelo apronta la subsistencia y favorece la cria de hombres y de ganados. Ciudades populosas descollaron por sus vegas desde el siglo de David hasta el de Heraclio: hervia de habitantes y riquezas, y tras los estragos pausados de la superstición y el despotismo, y tras los quebrantos recientes de la guerra pérsica, podia aun la Siria atraer y galardonar á las tribus salteadoras del desierto. Va el Orontes sesgando y bañando toda una llanura de diez jornadas por la orilla occidental desde Damasco hasta Alepo y Antioquía. Corre de Norte á Sur la serranía del Líbano y Anti-Líbano, entre el Orontes y el Mediterráneo; y apellidaron *hueco* (Celesiria) á un valle pingüe y dilatado, encajonado sobre el mismo rumbo entre dos riscos nevados (69). Suenan entre las ciudades conquistadas nombres griegos y orientales de la jeografía contemporánea, es con sobresalencia Emesa, ó Hems, y Heliópólis ó Balbec, la primera como metrópoli de la llanura; y la segunda por capital del valle. Descollaron con los Césares; centellaban á lo lejos sus torreones; cuajaban su anchuroso recinto edificios públicos y privados, y resplandecia su vecindario con su gallardía, ó por lo menos su soberbia, y con sus riquezas, ó á lo menos con su lujo. Allá con el paganismo, al par Emesa y Heliópolis eran afectísimas al culto de Baal, ó del sol; pero acompañaron estraños vaivenes de bien ó mal

estar á la decadencia de su esplendorosa supersticion. No asoma rastro del templo de Emesa, parangonado poéticamente con las cumbres del Líbano (70), al paso que los escombros de Balbec, desconocidos á los escritores de la antigüedad, estan todavía asombrando al viajante europeo (71). La tirada del templo es de doscientos pies, y su anchura la mitad; un pórtico doble de ocho columnas realza la fachada; por cada costado se cuentan hasta catorce, y cada columna de cuarenta y cinco pies de altura se compone de tres sillares grandiosos berroqueños ó de mármol. Se patentiza la arquitectura griega con sus proporciones y adornos de órden corintio, y como nunca fué Balbec solar de algun monarca, no se alcanza como el rasgo de algun particular, ó los fondos de su ayuntamiento pudieron aprontar tamaños desembolsos (72). Los Sarracenos tras la conquista de Damasco, se arrojan á Heliópolis y Emesa, pero voy á orillar toda repeticion de salidas y peleas que se han historiado ya muy por estenso. No menos sistemáticos que batalladores para la guerra, con treguas breves y separadas van deshermanando al enemigo; acostumbran los Siríacos á cotejar su alianza con su enemistad; los familiarizan con la traza de su idioma, relijion y costumbres, y desabastecen y desarman por medio de compras encubiertas, las ciudades que luego se abalanzan á sitiar. Recargan mas y mas el rescate del pudiente ó del reacio, cabiéndole á solo Calcis cinco mil onzas de oro y otras tantas de plata, dos mil alcaiceles de seda y luego cuantos higos y aceitunas se podian cargar en cinco mil asnos. Cúmplense por ápices los tratados, y el lugarteniente del califa, que ha ofrecido no atravesar los umbrales de Balbec rendida, se mantiene inmoble en su tienda hasta que los estrellones de los bandos precisan al vecindario á acudir á una potencia estraña. Redondean la conquista de la llanura y el valle de Siria en dos años, pero el caudillo de los fieles zahiere la pausa en sus adelantos, y los Sarracenos llorosos se arrepienten rabiosamente, clamando con alaridos descompasados por que los lleven atropelladamente á batallar por el Señor. En una refriega reciente bajo los muros de Emesa, prorumpe un mancebo Arabe, primo de Caled. « Ya estoy viendo á las lindas oji-negras que me clavan sus miradas, y si una sola asomase acá por el mundo, todo el linaje humano arderia en pasion por ella; ya estoy viendo en la diestra de una de ellas un pañuelito de seda verde, y un sombrerito cuajado de pedrería que me seña y me vocea, ven acá al vuelo porque estoy prendada de tí » Dice, embiste á los Cristianos, los arrolla á diestro y siniestro, hasta que lo acecha y lo traspasa con su venablo el gobernador de la ciudad.

No pueden menos ya los Arabes de echar el resto de su denuedo y entusiasmo en contraresto de las fuerzas del emperador, quien por fin con tantísimo descalabro está palpando, que los salteadores del desierto han

emprendido y se hallan en ademan de redondear en breve una conquista premeditada y permanente. Hasta ochenta mil soldados se agolpan desde las provincias de Europa ó de Asia por mar y por tierra á Cesarea y Antioquía, llevando una hueste de sesenta mil guerrilleros Arabes cristianos de la tribu de Gasan. Iban á vanguardia bajo las banderas de Jabalah, su último príncipe; y llevan los Griegos por máxima que para cortar un diamante, era otro diamante el mas ejecutivo. Retrae su persona Heraclio de las contingencias de la guerra, pero su engreimiento ú quizás su desconfianza le hace prorumpir en la disposicion terminante de que en una sola lid se ha de tranzar la suerte de toda la contienda. Afectos eran de suyo los Siríacos al estandarte de Roma y á su cruz; pero nobles, ciudadanos y campesinos se enconan con las tropelías y crueldades de una hueste que los desangra como súbditos y los menosprecia como estraños (73). Llega el eco de tan grandioso preparativo á los Sarracenos en el campamento de Emesa, y los caudillos, aunque desde luego prontos á pelear, juntan su consejo; quisiera la fé de Abu Obeidah esperar allí mismo la gloria del martirio: la maestría de Caled opina por una retirada decorosa á las faldas de la Palestina y la Arabia, donde les cabe esperar los auxilios de sus amigos y contrarestar el embate de los incrédulos. Vuelve por la posta un mensajero del sólio de Medina, con las bendiciones de Omar y de Alí, con las rogativas de las viudas del profeta y un refuerzo de ocho mil Musulmanes. Vuelcan sobre su marcha un destacamento de Griegos; y al incorporarse en Yermuk con el campamento de sus hermanos, se regocijan con la noticia de que Caled tiene ya vencidos y aventados á los Arabes Cristianos de la tribu de Gasan. Despéñanse, por las cercanías de Bosra, los manantiales del monte Hermon en un raudal sobre la llanura de Decápolis, ó diez ciudades; y el Hieromejo, nombre que ha parado estragadamente en el de Yermuk, se empoza tras breve carrera en el lago de Tiberias (74). Refriega reñida y sangrienta realzó las orillas de aquel arrinconado riachuelo (A. 636, Noviembre). En aquel sumo trance la voz pública y la modestia de Obeidah devuelven el mando al mas acreedor de todos los Musulmanes. Va Caled como adalid á vanguardia, su compañero á la zaga, para que todo fujitivo desmandado quede atajado al golpe con su aspecto venerable y la vista del pendon amarillo que tremoló Mahoma ante los muros de Chaibar. Cierra las últimas líneas la hermana de Derar con las Arábigas alistadas para la guerra santa, amaestradas en manejar el arco y la lanza, y que en un trance de cautiverio habian ofendido su recato y cautiverio contra los atropelladores incircuncisos (75). Lacónico y pujante es el exhorto de los caudillos: « Ahí delante estais viendo el paraíso, y Luzbel con su infierno queda á la espalda. » Pero el empuje de la caballería Romana que aportilla la derecha de los Arabes y desvia toda el ala del cuerpo

principal; retíranse por tres veces atropelladamente, y otras tantas tienen que volver sobre el enemigo arrojados por los baldones y aun palos de sus mujeres. En los intermedios de la refriega va Abu Obeidah visitando las tiendas de sus hermanos, dilata su descanso repitiendo de una vez el rezo de dos horas diferentes; les venda las heridas con sus propias manos y los iba confortando con la reflexion entrañable de que el enemigo alterna en los quebrantos sin terciar con ellos en el galardon. Yacen cuatro mil y treinta Musulmanes en el campo de batalla, y la maestría de los flecheros Armenios proporciona á setecientos el lauro de haber perdido un ojo en aquel servicio tan recomendable. Los veteranos de la guerra de Siria están reconociendo que el trance es el mas árduo y azaroso de cuantos han presenciado; mas tambien es el mas decisivo, pues guadañan los alfanjes arábigos largos miles de Griegos y Siríacos, degüellan á muchos tras la derrota por los bosques y cerros, muchos equivocan el vado y se ahogan en el raudal del Yermuk, y por muchísimo que se abulte la pérdida (76), confiesan los escritores cristianos y lamentan el castigo sangriento de sus pecados (77). El jeneral Romano Manuel ó fenece en Damasco, ú se refujia en el monasterio del monte Sinaí. Jabala, desterrado en la corte bizantina, lloraba las costumbres de Arabia, y su aciaga preferencia del bando cristiano (78), tuvo sus arranques á favor del Islam, pero en su romería á la Meca descargó provocado un golpe á uno de sus hermanos, y huyó asombrado del ceñudo y justiciero califa. Victoriosos los Sarracenos, paladean por un mes el descanso y regalo de Damasco, y Obeidah va repartiendo discreta y equitativamente los despojos, agraciando igualmente al caballo y al jinete, y duplica la porcion á los alazanes castizos de la Arabia.

Tras la batalla de Yermuk ya no asoma hueste Romana en campaña, escojiendo los Sarracenos á su salvo entre las ciudades fortificadas de Siria para su embate la que mas les conviniera (A.637). Consultan con el califa, si se han de encaminar á Cesarea ó á Jerusalen, y el dictámen de Alí fijó su rumbo para la última. Jerusalen es para todo profano la capital primera ó segunda de Palestina, pero tras la Meca y Medina logra ser visitada y reverenciada, como templo de la Tierra Santa, consagrado con la revelacion de Moisés, de Jesus y del mismo Mahoma. Llega el hijo de Abu Sofian con cinco mil Arabes y entabla tratos despues de intentar una sorpresa, pero á los once dias se agolpan sobre la plaza las fuerzas todas de Abu Obeidah. Envia su intimacion acostumbrada al jefe supremo y al vecindario de *Ælia* (79). « Salud y felicidad á cuantos siguen el acertado rumbo. Os requiero que atestigueis como no hay mas que un Dios y que Mahoma es su apóstol; no mediando esto, teneis que allanaros á pagar tributo y vivir en lo sucesivo bajo nuestro mando. Si os desentendeis, traeré contra vosotros quien apetece la muerte aun mas que vosotros ansiais

el empinar copas y comer cerdo; ni me moveré de acá, queriéndolo Dios, hasta que acabe con cuantos pelean por vosotros y esclavice á vuestros hijos.» Resguardaban no obstante la ciudad por donde quiera barrancos y cerros cubiertos; se habian restablecido desaladamente murallas y torreones desde la invasion de Siria; los fujitivos mas esforzados de Yermuk habian acudido al primer apeadero, y en defensa del sepulcro de Cristo naturales y advenedizos podian abrigar en sus pechos tal cual chispazo de aquel entusiasmo que estaba abrasando el interior de los Sarracenos. Cuatro meses dura el sitio de Jerusalen; no amanece dia sin refriega de asalto ú de salida; estalla la maquinaria con disparos incesantes desde las almenas; y la intemperie del invierno causa todavía mayor angustia y estrago en los Arabes; pero su teson doblega por fin á los Cristianos. Asoma sobre la muralla el patriarca Safronio, y pide, por boca de un intérprete, una conferencia. Se aferra sin fruto en disuadir al lugarteniente del califa de aquel intento impío, y luego propone, en nombre del vecindario, una capitulacion decorosa con la cláusula estraña de que el mismo califa Omar con su autoridad y presencia ha de afianzar el cumplimiento de los artículos. Ventílase al punto en el consejo de Medina, y la santidad del sitio y el dictámen de Alí persuaden al califa que se avenga á los anhelos del enemigo y de su soldadesca y la sencillez de su viaje se hace mas esclarecida que todo el boato réjio de la vanagloria y el atropellamiento. El conquistador de la Persia y la Siria cabalga un camello rojo con un costal de trigo, otro de dátiles, un plato de madera y un pellejillo de agua. En haciendo alto iba brindando á todos los presentes sin distincion para terciar con él en su parquísimo sustento; consagrando luego el banquete con el rezo y la exhortacion del caudillo de los fieles (80). Pero en aquella espedicion ó romería va tambien ejerciendo su poderío justiciero, pues reforma la poligamia desenfrenada de los Arabes, resguarda á los tributarios contra toda crueldad ó tropelía y castiga el lujo de todos quitándoles sus ropajes de seda, y metiéndolos á su presencia en un lodazal. Al avistar á Jerusalen, prorumpe el califa á voces. «Dios es victorioso, ó Señor, franqueadnos una conquista llana;» y planta su tienda de pelo burdo, y se sienta sosegadamente en el suelo. Firma la capitulacion, entra en la ciudad sin zozobra ni cautela, y razona cortesmente con el patriarca acerca de sus antigüedades relijiosas (81). Sofronio rinde su acatamiento al nuevo dueño, y reservadamente está allá rumiando las palabras de Daniel. «La abominacion del esterminio está plagando el lugar santo (82).» A la hora del rezo, se hallan juntos en la iglesia de la Resurreccion, pero el califa no quiere cumplir con sus devociones, contentándose con rezar en la gradería de la iglesia de Constantino. Manifiesta en seguida al patriarca su motivo cuerdo y decoroso, diciéndole: «si cediera yo á tus instancias, allá los Musulmanes de siglos venideros quebrantaran el tratado, socolor de seguir mi

ejemplo. Dispone que se habilite el solar del templo de Salomon para fundar una mezquita (83), y en su residencia de diez dias arregla el estado actual y posterior de la conquista de Siria. Se estaba acaso encelando Medina de que el califa endiosado con la santidad de Jerusalen y los primeros de Damasco quedase propuesto, mas el regreso voluntario y ejecutivo al túmulo del apóstol aventó desde luego toda zozobra (84).

El califa para coronar aquella conquista divide el ejército en dos cuerpos, el uno mas selecto queda con Amru y Yecid en el campamento de Palestina, al paso que el mayor (A. 638) bajo las banderas de Abu-Obeidah y Caled, se interna hácia el Norte en pos de Antioquía y Alepo. No descollaba la última, la Berœa de los Griegos, como capital de provincia ó reino, y su vecindario, brindando con rendimiento y alegando escaseces logran un convenio conservando sus vidas y su Relijion; pero el castillo de Alepo (85), inconexo con el recinto se encumbra allá sobre un erguido malecon artificial. Despeñaderos son sus costados revestidos de mampostería, con foso anchísimo que se llena con el agua de manantiales inmediatos. La guarnicion, tras la pérdida de tres mil hombres, acude adecuadamente á la defensa, y su caudillo valeroso y hereditario, deja sin vida á un hermano suyo, monje virtuoso, por tener la osadía de articular el nombre de paz. Fenece un sin número de Sarracenos, sin los muchísimos heridos, en aquellos cuatro ó cinco meses del sitio: mas trabajoso de toda la guerra siríaca; retíranse á media legua, mas no se adormece Yukina, ni la ejecucion de trescientos cautivos degollados ante los muros del castillo amedrenta á los Cristianos. El silencio y luego las lamentaciones de Abu Obeida enteran al califa de que yacen aburridos y desahuciados al pié de aquella fortaleza inespugnable. « Me conduelo mas ó menos, » contesta Omar, segun el mayor ó menor costo de vuestros logros; pero no hay que levantar el sitio de ese castillo ; pues con esa retirada menguará la nombradía de nuestras armas, y brindará á los infieles para embestiros por diestro y siniestro. Permaneced sobre Alepo hasta que Dios disponga del acontecimiento, y forrajead con la caballería por toda la comarca. Robustece el caudillo de los fieles su exhorto con un refuerzo de voluntarios de todas las tribus de Arabia, que van acudiendo al campamento en caballos ó en camellos; descuella entre todos Damés, de nacimiento ruin, pero de corpulencia ajigantada y de incontrastable denuedo. Al mes y medio de su llegada propone el hacer con solos treinta hombres una tentativa sobre el castillo. Caled aguerrido y oficioso recomienda aquel arranque, y Abu Obeidah amonesta á sus hermanos paraque no menosprecien la humilde cuna de Damés, puesto que él mismo tan solo por no desatender el desempeño público, deja de seguir la bandera del esclavo. Aparentan para encubrir su intento ir de retirada y plantear su campamento á una legua de Alepo. Los treinta aventureros se emboscan por la maleza al pié del

cerro, y por fin Damés sale certero con sus pesquisas, aunque desesperado con la torpeza de los cautivos griegos: « ¡ Malhayan, » prorumpe, « estos canes, que habla tan estraña, y bárbara estan usando ! » Muy á deshora de la noche trepa por la parte mas accesible que tenia estudiadamente rejistrada, paraje por donde la fábrica está menos cabal, ó el pendiente menos empinado y la guardia no tan vijilante. Hasta siete Sarracenos membrudos se van encaramando mútuamente sobre los hombros, y la espalda maciza del ajigantado esclavo está sosteniendo la mole de aquella columna. Alcanza el mas encumbrado á afianzarse en la almena inferior, van calladamente degollando y derribando centinelas, y los treinta hermanos repitiendo su jaculatoria devota : « O apóstol de Dios, ven, acude á ayudarnos: » van subiendo sucesivamente colgados de los tiros de sus turbantes desceñidos, Damés arrojado y cauto logra descubrir la morada del gobernador que está solemnizando con festejo plancentero su ansiado rescate. Ceja á sus compañeros y asaltan la entrada en el castillo por el interior; se apoderan de la guardia, franquean la puerta, apean el puente levadizo, y defienden el tránsito angosto hasta la llegada de Caled que al amanecer, los liberta del peligro y afianza la conquista. Yukino, antes enemigo formidable, para en celosísimo y provechoso alumno, y el jeneral de los Sarracenos, manifestando su aprecio del mas ínfimo merecedor; detiene el ejército en Alepo hasta quedar Damés cabalmente restablecido de sus honoríficas heridas. El castillo de Aazaz y el puente de hierro sobre el Orontes, siguen todavía cubriendo la capital de Siria. Perdidos luego aquellos dos puntos importantes, y derrotada la última hueste Romana, tiembla la lujosa Antioquía (86), y se avasalla. Rescata su esterminio con trescientas mil piezas de oro; pero el sólio de los sucesores de Alejandro, el solar del gobierno Romano en Oriente, condecorado allá por César con los dictados de libre, sagrada é inviolable, queda apeado bajo el yugo de los califas á la jerarquía de segunda ciudad de provincia (87).

El asomo y el rescate de Heraclio anublan los timbres de su guerra pérsica, pues al desenvainar los sucesores de Mahoma sus alfanjes guerreros y relijiosos, otea despavorido allá la perspectiva descomunal de afan y de peligro, y mas para un emperador de suyo apoltronado, y como yerto con la edad para reentablar tamañas empresas (A. 638). Ruboroso no obstante y acosado por los Siríacos permanece casi á viva fuerza en el teatro de los acontecimientos; mas ya no hay héroe, los malogros sangrientos de Damasco, Jerusalen, Aiznadin y Yermuk deben hasta cierto punto achacarse á la ausencia y desgobierno del soberano. En vez de escudar el sepulcro de Cristo, engolfa la Iglesia y el Estado en una contienda metafísica sobre la unidad de su albedrío, y mientras Heraclio está coronando la prole de su segundo desposorio, queda rendidamente despojado de lo mas pingüe de su herencia. En la catedral de Antioquía, á presen-

cia de los obispos y al pié del Crucifijo está llorando los pecados del príncipe y del pueblo, pero aquella confesion pregona al mismo tiempo cuan infructuoso y aun impío es todo contraresto á los juicios de Dios. Invencibles ya los Sarracenos en la aprension, lo habian de ser en el hecho, y desercion de Yukina; su mentido arrepentimiento y redoblada alevosía, parece que está sincerando el recelo del emperador, conceptuándose acorralado por traidores y apóstatas, conjurados todos para entregar su persona y la patria á los enemigos de Cristo. En el terremoto de la adversidad agüeros y sueños de una corona al caer están acibarando mas y mas su destemple supersticioso, y despidiéndose para siempre de Siria, se embarca reservadamente con escasa comitiva y descarga á los súbditos de toda obligacion de lealtad (88). Hállase acuartelado su primójenito Constantino con cuarenta mil hombres en Cesarea, capital civil de las tres provincias de Palestina; pero intereses privados le están llamando á la corte Bizantina, y tras la fuga del padre se conceptua un adalid muy desproporcionado contra las fuerzas agolpadas del califa. Embisten denodadamente á su vanguardia trescientos Arabes y mil esclavos negros quienes trepando en la crudeza del invierno por los riscos nevados del Líbano, encabezan los escuadrones victoriosos del mismo Caled. Adelántanse por el Norte y el Sur las tropas de Antioquía y de Jerusalen, asombrando las playas marítimas, para tremolar luego al par sus banderas bajo los muros de las ciudades Fenicias: traidores venden á Tiro y Trípoli, y una escuadra de cincuenta velas apostando sin zozobra por las bahías rendidas, pertrecha oportunísimamente y abastece el campamento sarraceno. La entrega inesperada de Cesarea corona su carrera: embárcase de noche el príncipe Romano (89), y el vecindario indefenso implora su indulto con la oferta de doscientas mil piezas de oro. Lo restante de la provincia, Tolemaida ó Acre, Siquem ó Nápoles, Gaza, Ascalon, Berito, Sidon, Gabala Laodicea, Apamea, Hierápolis no intentan ya contrastar el albedrío del conquistador, y la Siria se doblega al cetro de los califas, á los siete siglos de haber Pompeyo apeado del sólio al último rey Macedonio (90).

Fenecieron largos miles de Musulmanes en los sitios y refriegas de seis campañas; pero morian todos con la nombradía y el júbilo de mártires, y la sencillez de su fe se patentiza en las palabras de un mancebo Arabe, al abrazar por despedida á su madre y hermana: «No son,» les dice, «los primores de la Siria, ni los deleites deleznables de este mundo, los estímulos que me hacen sacrificar la vida por mi relijion, pues ando en pos de las finezas de Dios y de su apóstol, y he oido de boca de un compañero del profeta que el espíritu de los mártires se ha de albergar en el camarin de los pajarillos verdes empapados en los frutos y los arroyos del paraíso. A Dios mil veces, que ya nos verémos allá por las arboledas y manantiales que Dios tiene dispuestos para sus escojidos». Los

cautivos fieles tenian que arrostrar conflictos mas árduos y trabajosos, y se elojió á un primo de Mahoma por desentenderse despues de tres dias de ayuno del vino y el cerdo con que únicamente le brindaba la malignidad de los infieles. La frajilidad de tal cual hermano endeble enconaba mas y mas los ímpetus del fanatismo, y el padre de Amer estuvo llorando en lamentaciones entrañables el malogro y la condenacion de un hijo apóstata, que orillaba las promesas de Dios y la intercesion del profeta para empozarse en las mazmorras ínfimas del infierno, con presbíteros y diáconos. Ni aun cabia á los Arabes bienhadados que perseverando en la fé sobrevivian á la guerra, el soltar la rienda á sus ínfulas de prosperidad, enfrenándolos siempre su observantísimo caudillo. Abu-Obeidah á los tres dias de ensanche arrebata su tropa del contajioso lujo y devaneo de Antioquía, asegurando al califa que su virtud y Relijion podian solo conservarse con la adusta disciplina, el afan y la pobreza; pero la entereza de Omar, severísima para sí mismo, se ablandaba graciablemente con sus hermanos. Prorumpe en alabanzas y aun gracias, pero se enternece compasivamente, y sentado en el suelo estiende una contestacion en que reconviene cariñosamente á su lugarteniente por su escesiva tirantez. «No vedó allá Dios,» dice el sucesor del profeta, «el uso de lo bueno en este mundo á los fieles y á cuantos han obrado honradamente, por tanto debieras franquearles el goce de algun descanso y de cuanto esquisito apronta el país. El Sarraceno soltero puede casarse en la Siria, y quien apetezca esclavas es árbitro de feriarse cuantas se le rodeen.» Tratan los conquistadores de disfrutar aquel ensanche con desenfreno; pero reina en el mismo año de su triunfo mortandad horrorosa de jente y de irracionales, y hasta veinte y cinco mil Sarracenos yacen de improviso en la huesa. Muere Abu Obeidah y se conduelen los Cristianos, pero sus hermanos recuerdan que es uno de los diez escojidos por el profeta para herederos del Paraíso (91). Sobrevive Caled tres años á sus hermanos, y se está todavía viendo en Emesa el túmulo del *Alfanje de Dios*. Su denuedo, fundador del imperio de los califas en Arabia y Siria, se enardecia con el concepto de una providencia especialísima, y en llevando el sombrero bendecido por Mahoma se daba por invulnerable, en medio de las descargas de los infieles.

Reemplazan á los conquistadores nuevas jeneraciones de hijos y de paisanos; es ya la Siria el solar y la columna de la casa de Omiyah; y rentas, soldadesca y naves de aquel reino poderoso se abocan por donde quiera en el imperio de los califas; pero menosprecian los Sarracenos el aura de la nombradía y apenas se allanan sus historiadores á mentar las conquistas subalternas traspuestas, al esplendor y atropellamiento de su victoriosa carrera. Por el *Norte* de Siria tramontan las cumbres del Tauro y avasallan la provincia de Cilicia, con Tarzo su capital, monumento

allá antiquísimo de los reyes Asirios. Tras la segunda cordillera de los propios montes, abrasan con la guerra mas bien que iluminan con su Relijion, hasta las playas del Euxino y las cercanías de Constantinopla. Por el *Oriente* se adelantan á las orillas y manantiales del Tigris y del Eufrates (92); el deslinde tan batallado de Roma y Persia queda allanado; los murallones de Edesa y Amida, de Dara y Nisibis, que habian burlado las armas y la maquinaria de Sapor ó Nushirvan yacen por el suelo, y la ciudad sagrada de Abgaro ostenta en vano la carta ó imájen de Cristo á un conquistador incrédulo. Ciñe el mar al *Ocaso* el reino de Siria, y el esterminio de Arado, islilla ó península de la costa, queda rezagado por diez años. Pero las cumbres del Líbano rebosan de madera, y el tráfico fenicio hierve de marinería, y los naturales del desierto habilitan una escuadra de mil y setecientos leños. Huye de ellos la armada imperial desde los peñascos de Pamfilia hasta el mismo Helesponto; pero un sueño y un equivoquillo habian dado al través con el ánimo del emperador, nieto de Heraclio, sin pelea (93). Surcan y señorean el piélago los Sarracenos, salteando las islas de Chipre, Rodas y las Cícladas. Tres siglos antes de la era cristiana, el sitio memorable aunque infructuoso de Rodas por Demetrio (94), habia suministrado á aquella república marítima los materiales y el motivo de un triunfo. Una estatua ajigantada de Apolo, ú el Sol, de setenta codos de altura, descollaba al emboque del fondeadero, monumento de la libertad y de las artes de la Grecia. Un terremoto vuelca el coloso de Rodas á los cincuenta y seis años de su construccion, pero la mole de su tronco y los trozos descomunales yacen ocho siglos por el suelo, y se describen con asombro como una de las maravillas del mundo antiguo. Recójelos la dilijencia de los Sarracenos, cargando, dicen, con su bronce hasta novecientos camellos: enormísimo peso; aun comprendiendo las cien figuras colosales (95), y las tres mil estatuas que estaban pregonando la prosperidad del pueblo y del sol.

II. Queda descifrada la conquista de Ejipto con la estampa del Sarraceno victorioso, uno de los mas descollantes de su nacion, aun en aquel siglo cuando el ínfimo de los hermanos dejaba allá en zaga á la naturaleza entera en alas de su entusiasmo. Esclarecida y ruin asoma á un mismo tiempo la cuna de Amrú, pues su madre, ramera de profesion, no acertó á sentenciar entre cinco Koreishitas; pero ateniéndose á la semejanza se prohijó el niño á Ali, el decano de sus galanes (96). La parentela de Amrú le traspasó sus ímpetus y sus vulgaridades; esplayóse su númen poético en satíricos partos contra la persona y doctrina de Mahoma, y la faccion dominante se valió de su maestría para acosar á los desterrados relijiosos guarecidos en la corte del rey de Etiopía (97). Pero al volver de su embajada es ya alumno encubierto; su racionalidad ó su interés le retraen del culto de los ídolos; huye de la Meca con su amigo

Caled, y logra el profeta de Medina la complacencia de estrechar en un mismo abrazo á entrambos Campeones mas desalados por su causa. Ataja Omar los impetus de Amru por acaudillar huestes de los fieles con la reconvencion de recordarle no aspire al mando y señorío; pues el súbdito de hoy puede ser un príncipe mañana; mas no se trasponen sus merecimientos á los dos primeros sucesores de Mahoma; sus armas fueron las conquistadoras de Palestina, y en todas las refriegas de la Siria hermanó la templanza de un caudillo con el denuedo de un aventurero. En una visita de Medina apeteció el califa mirar la espada degolladora de tantísimos guerreros cristianos; desenvaina el hijo de Aasi un alfanje corto y adocenado, y al ver la estrañeza de Omar, «¡Ay de mí!» prorumpe el vergonzoso Sarraceno, «el alfanje de suyo, sin el brazo de su dueño, no es ni mas agudo ni mas pesado que el espadin de Farezdak el poeta (98).» Los zelos del califa Othman lo retiraron de Ejipto despues de su conquista, pero en las turbulencias inmediatas la ambicion de un soldado, un estadista y un orador se encumbró sobre la esfera vulgar. Su arrimo poderoso en el consejo y en campaña planteó el sólio de los Omíades; el agradecimiento de Moawiyáh con un amigo y ensalzador sobre su estado llano le devolvió el réjimen y los productos del Ejipto; y Amru acabó sus dias en la ciudad y el alcázar que habia fundado sobre la orilla del Nilo. Encarecen los Arabes como dechado de elocuencia y sabiduría su despedida moribunda á los hijos; mas si el arrepentido estaba todavía adoleciendo de vanagloria poética, abultaba tal vez la trascendencia ponzoñosa y volcadora de sus composiciones impías (99).

Amru, desde su campamento en Palestina, arrebata ú presupone la anuencia del califa para la invasion del Ejipto (A. 638, Junio) (100). Confia magnánimamente Omar en Dios y en su alfanje volcador de sólios ya de Cosroes, ya de los Césares, mas al parangonar la escasa fuerza musulmana con la grandiosidad de la empresa, culpa su propia temeridad, y da oidos á sus apocados compañeros. Estan leyendo en el Alcoran el boato orgulloso de Faraon, y un redoble incesante de portentos habia apenas bastado para realizar, no la victoria, sino la huida de seiscientos mil hijos de Israel; populosas y muchísimas son las ciudades de Ejipto; su arquitectura es sólida y maciza; el Nilo, con sus crecidos brazos, es de suyo una valla incontrastable, y el poderío Romano echaria el resto en resguardar el granero de la ciudad imperial. En este vaiven de impulsos, el caudillo de los fieles, se pone en manos del acaso, y en su concepto, de la Providencia. El mensajero de Omar alcanza al denodado Amru, salido de su apostadero de Gaza capitaneando tan solos cuatro mil Arabes. «Si te hallas todavía en Siria,» dice la órden anbigua, «alto y en retirada; pero si al recibo de este pliego estás ya sobre la raya de Ejipto, adelanta sin zozobra y cuenta con el arrimo de Dios y de tus hermanos.» La prác-

tica, ó el tino natural de Amrú, le habian enseñado á maliciar la insubsistencia de las cortes, y sigue marchando hasta plantar indudablemente sus reales en territorio Ejipcio. Junta allí su oficialidad, rompe el sello, lee la carta, se entera con toda formalidad del nombre y situacion del paraje, y pregona su obediencia prontísima á las órdenes del califa. A los treinta dias de sitio, se posesiona de Farmah ó Pelusio, y aquella gran llave del Ejipto, como adecuadamente se apellida, le franquea la entrada en el país, hasta las ruinas de Heliópolis y las cercanías del actual Cairo.

Sobre la orilla occidental del Nilo, á Levante y á corta distancia de las pirámides, hácia el Sur, no lejos del Delta, Memfis, con su recinto de cinco ú seis leguas, está todavía ostentando la magnificencia de los reyes antiguos. Trasladaron los Tolomeos y los Césares el solar del gobierno á la costa; Alejandría con sus artes y opulencia desbancó á la capital decantada; cuyos palacios y luego los templos desfallecian desatendidos y ruinosos, pero en el mismo siglo de Augusto, y aun en el de Constantino, sonó siempre Memfis entre las ciudades de provincia mas crecidas y populosas (101). Las orillas del Nilo, ancho allí de mas de mil varas, se enlazaban con dos puentes de treinta y de sesenta barcas, estribando en el centro sobre la isilla de Roda, cuajada toda de viviendas y jardines (102). El estremo oriental del puente desembocaba sobre el pueblo de Babilonia, y el campamento de una lejion Romana, resguardando el tránsito del rio y la segunda capital de Ejipto. Aquella fortaleza grandiosa, que venia á ser parte de Memfis ó *Misrah*, queda sitiada por las armas del lugarteniente del califa: refuérzanle luego cuatro mil Sarracenos, y las máquinas militares que están batiendo las murallas pueden achacarse al afan y al injenio de los aliados Siríacos. Dilátase no obstante el sitio hasta siete meses, y la inundacion del Nilo acorrala y amaga á los invasores temerarios (103). Arrójanse acertadamente al último asalto: atraviesan el foso salpicado de chuzos, arriman las escalas; entran en la fortaleza con el alarido: « Dios es victorioso, » y arrollan el resíduo de los Griegos sobre sus barcos y la isla de Roda. Luego el vencedor se hace cargo de la ventaja del sitio para la comunicacion espedita con el golfo y la península de Arabia; pero Memfis queda yerma, y los Arabes plantean de asiento sus aduares, realzando la presencia de ochenta compañeros de Mahoma la primera mezquita (104). Asoma con su campamento ciudad nueva á la orilla oriental del Nilo, y los barrios inmediatos de Babilonia y Fostal se equivocan en su actual menoscabo con el nombre del antiguo Misrah ó Cairo, formando en él un arrabal dilatado. Pero la denominacion del Cairo, ciudad de la victoria, corresponde propiamente á la capital moderna, fundada en el siglo décimo por los califas Fatimitas (105). Se ha ido despues desviando del rio; pero toda vista perspicaz puede ir rastreando la se-

guida de los edificios desde los monumentos de Sesostris hasta los de Saladino (106).

Mas tuvieran los Arabes que reengolfarse en su desierto, tras aquella empresa esclarecida y provechosa un arrimo poderoso en el mismo corazon del reino (A. 638). Favoreció para la conquista velocísima de Alejandro la supersticion y la rebeldía de los naturales; pues abominaban de sus opresores Persas, discípulos de los Magos, abrasadores de los templos de Ejipto, regalándose en sacrílego banquete con las lonjas del dios Apis (107). A los diez siglos se repite la misma revolucion por un móvil idéntico; pues el afan de los Cristianos Coptos es igualmente desalado por una creencia inapeable. Tengo ya desentrañados el oríjen y progresos de la contienda Monofisita, con la persecucion del emperador que trocó en nacion una mera secta y malquistó el Ejipto con su relijion y gobierno. La Iglesia Jacobita recibe los Arabes á fuer de libertadores, y durante el sitio de Memfis se entabla y ajusta reservadamente un tratado efectivo entre una hueste victoriosa y un pueblo esclavo. Un Ejipcio noble y acaudalado, cuyo nombre es Mokawkas, encubre su creencia para lograr el manejo de una provincia: aspira, con los trastornos de la guerra pérsica, á constituirse independiente: la embajada de Mahoma lo encumbra á la jerarquía de príncipe; mas con regalos y agasajos enmarañados se desentiende allá de toda propuesta de nueva relijion (108). Su alevosía le acarrea el encono de Heraclio; engreimiento y zozobra le retraen de todo rendimiento y allá se arroja interesada y entrañablemente al partido de su nacion y de los Sarracenos. En su conferencia primera con Amrú oye sosegadamente la alternativa corriente del Alcoran, tributo ú refriega. «Los Griegos,» replica Mokawkas, «están aguardando el trance de la espada; pero no apetezco hermandad con ellos ni para este mundo ni para el otro, y reniego desde ahora del tirano Bizantino, de su sínodo de Calcedonia y de sus esclavos Melquitas. «Tanto yo como mis hermanos estamos resueltos á vivir y morir profesando el Evanjelio y la unidad de Cristo. No cabe en nosotros el avenirnos á las revelaciones de vuestro profeta, pero ansiamos la paz y nos allanamos á pagar tributo y obediencia á sus sucesores temporales.» El pago convenido es de dos piezas de oro por cabeza cristiana; pero se esceptuan monjes, ancianos, mujeres, individuos de ambos sexos de menos de diez y seis años; los Coptos de encima y debajo de Memfis juran acatamiento al califa y ofrecen hospedaje decoroso por tres dias á todo viandante Musulman por su país. Con aquel fuero queda esterminada la tiranía civil y eclesiástica de los Melquitas (109); todos los púlpitos fulminan los anatemas de San Cirilo, devolviendo los edificios sagrados con el patrimonio de la Iglesia al gremio nacional de los Jacobitas, que ostentaron descomedidamente su triunfo y venganza. Amrú intima ejecutivamente á su patriarca Benja-

min que salga á luz de su desierto, y tras breve avistamiento, cortesano el Arabe aparentó manifestar que jamás habia conversado con sacerdote cristiano de aspecto mas venerable y de modales mas candorosos (110). Marcha el teniente de Omar de Memfis á Alejandría entregado al agradecimiento y finezas de los Ejipcios; restablécense con eficacia puentes y caminos, y á cada paso va logrando mas y mas abastos y noticias. Los Griegos de Ejipto, cuyo número no llega al décimo de la casta nacional, quedan abrumados con aquel desvío incontrastable; se les odió siempre y ya no se les teme; huye el majistrado de su tribunal, el obispo de su silla, y las guarniciones descarriadas fenecen por sorpresa, ó bien por hambre cercadas de infinita muchedumbre. A no proporcionar el Nilo escape obvio y seguro hácia el mar, ni se salvara un solo individuo que por naturaleza, nacimiento, idioma, empleo ú relijion tuviese el menor enlace con tan odiosa ralea.

Agólpanse los Griegos, con su retirada del alto Ejipto, en la isla de Delta, y los cauces ya nativos ya artificiales del Nilo van proporcionando una línea de puntos fuertes y defendibles, y los Sarracenos siguen despejando su marcha trabajosamente con veinte y dos peleas parciales ó completas. El sitio de Alejandría es quizás la empresa mas ardua y grandiosa de sus anales de conquista (111). Rebosa aquel primer emporio del orbe en abastos y defensas. Pelea el crecido vecindario por los derechos mas entrañables de la humanidad, haberes y Relijion, y la enemistad de los naturales los está al parecer escluyendo del beneficio universal de la paz y la tolerancia. Patente está la marina; y á estar Heraclio alerta sobre los conflictos públicos, huestes y huestes Romanas y Bárbaras desembocaran en aquella bahía, tras la salvacion de la segunda capital del imperio. Mas de tres leguas de recinto debian desparramar las fuerzas de los Griegos, y abrigar los ardides de un enemigo travieso; pero el mar y el lago Mareotis ciñen dos costados del cuadrilongo, y cada uno de los dos estremos tan solo ofrece como escasa media legua de frente. Proporciona el Arabe su pujante conato á lo arduo del intento, y al valor de la recompensa. Clava Omar desde el sólio de Medina sus ojos en el campamento y la ciudad; su voz clama por armas á las tribus Arabes y á los veteranos de Siria, realzando allá los merecimientos de una guerra santa con la fertilidad y nombradía peculiar del Ejipto. Ansiosos los naturales por el total esterminio de sus tiranos, estreman á porfía su afan en servicio de Amrú; inflámanse chispazos de bizarría con el ejemplo de sus aliados, y Mokawkas está denodadamente esperanzado de lograr su sepulcro en la iglesia de San Juan de Alejandría. Espresa el patriarca Eutiquio que los Sarracenos pelean con el arrojo de leones; rechazan las salidas frecuentes y casi diarias de los sitiados, y asaltan luego en cambio muros y torres de la ciudad. El alfanje de Amrú centellea en todos

los trances al par de su bandera, á vanguardia de los Musulmanes. Su denuedo imprudente lo compromete en un dia memorable; entra su comitiva en la ciudadela, de donde la arrojan; y el jeneral, con un amigo y un esclavo cae prisionero en manos de los enemigos. Presentado Amrú ante el prefecto, recuerda su señorío y desatiende su situacion; su ademan erguido y su habla impetuosa están retratando á todo un lugarteniente del califa, tanto que un soldado enarbola ya su arma para cercenar de un hachazo la cabeza al osado cautivo. Le salva la vida la travesura de su esclavo, descargando un bofeton á su amo y mandándole con desentono que enmudezca en presencia de los superiores. Cae en la trampa el Griego inadvertido; da oidos á la oferta de un tratado; despiden á los prisioneros con la esperanza de mensajeros mas condecorados, hasta que la algazara del campamento está pregonando el regreso de su jeneral, y escarnece la torpeza de los infieles. Por fin, tras un sitio de catorce meses (112), y la pérdida de veinte y tres mil hombres, campean los Sarracenos, embarcan los Griegos su jente escasa y acobardada, y tremola el estandarte de Mahoma sobre las almenas de la capital de Ejipto. «Cayó en mis manos,» dice Amrú al califa, «la gran ciudad del Occidente. No me cabe el ir apuntando sus muchas riquezas y primores, contentándome con espresar que abarca cuatro mil palacios, cuatro mil baños, cuatrocientos teatros ó parajes de recreo, doce mil tiendas de comestibles, y cuarenta mil Judíos tributarios. Las armas han avasallado el pueblo, sin mediar tratado ú capitulacion, y los Musulmanes se muestran desalados por saborear los frutos de su victoria (113).» Con entereza desecha el caudillo de los fieles todo asomo de saqueo, encargando á su lugarteniente que reserve los caudales y rentas de Alejandría para el servicio público y la propagacion de la Fé; empadronan y cargan tributo al vecindario; enfrenan el encono y afan de los Jacobitas, franqueando á los Melquitas que se doblegan al yugo árabigo el ejercicio arrinconado y pacífico de su culto. La nueva de aquel fracaso tan afrentoso atropella la salud quebrantada del emperador, y Heraclio fallece de hidropesía á las siete semanas de la pérdida de Alejandría (114). Clama el vecindario desabastecido, y en la minoría del nieto precisa á la corte Bizantina á emprender el recobro de la capital de Ejipto. En cuatro años escuadra y y ejército Romano se posesionan por dos veces del puerto y fortificaciones de Alejandría, y otras tantas los arroja el denuedo de Amrú, llamado por aquel peligro urjentísimo desde las guerras remotas de Trípoli y de Nubia. Pero la facilidad del intento, la repeticion de tal desacato y el teson de la resistencia, le incitan á jurar que si llega á lanzar por tercera vez al piélago á los infieles, ha de quedar Alejandría tan espedita como la casa de una ramera. En desempeño de su promesa, va en parte volcando murallas y torreones, pero indulta al vecindario en el escarmiento

de la ciudad, y edifica la mezquita de la *Compasion* en el paraje donde el jeneral victorioso atajó el ímpetu de su tropa.

Chasqueado quedaria el lector, si callase el paradero de la librería Alejandrina, cual lo describe el sabio Abulfeda. Era mas curioso y culto de suyo Amrú que todos sus hermanos, y en los ratos sobrantes se desahogaba conversando con Juan, el postrer discípulo de Amon, apellidado *Filopono* por su laboriosidad en los estudios de gramática y filosofía (115). Con las alas de aquella continuada llaneza, se arroja Filopono á pedirle un don, inestimable en su opinion, y baladí para los Bárbaros, á saber, la librería real, esenta todavía del sello y visita del vencedor. Propenso se muestra este á los anhelos del Gramático, pues su entereza justiciera le retrae de todo enajenamiento sin anuencia del califa; y sabida es la contestacion de Omar, aborto de su idiotez fanática. « Si esos escritos griegos van acordes con el libro de Dios, se hacen inservibles y no hay paraque conservarlos; si van encontrados, son perniciosos y deben anonadarse. » Ejecútase á ciegas la sentencia; repártense los pliegos ó pergaminos por los cuatro mil barrios de la ciudad, y era tal su cúmulo, que apenas bastaron seis meses para el consumo de tan precioso combustible. Como las Dinastías de Abulfeda (116) han cundido en una traduccion latina, se ha ido repitiendo la patraña, y todos los eruditos están llorando airadamente aquel malogro y naufrajio literario de los tesoros de la antigüedad. Por mi parte me siento muy propenso á negar, tanto el hecho como las consecuencias, pues en efecto el trance es portentoso. « Lee y pásmate », dice el mismo historiador; y la relacion aislada de un estraño, que á los seis siglos estaba escribiendo por los confines de la Media, queda preponderado con el silencio de dos analistas, que escribieron muy posteriormente, y entrambos Cristianos y Ejipcios, el mas antiguo, el patriarca Eutiquio refirió estensamente la conquista de Alejandría (117). El fallo tremendo de Omar se contrapone al precepto castizo y fundamental de los moralistas Mahometanos; quienes pregonan espresamente que los libros relijiosos de Judíos y Cristianos, deparados por el derecho de la guerra, jamás deben arrojarse á las llamas, y que los partos profanos de historiadores ó poetas, de médicos y filósofos, pueden provechosamente avalorarse por los fieles (118). Mas asoladores se mostraron con efecto los primeros sucesores de Mahoma; mas en este lance muy en breve quedarán abrasados los materiales. No voy á reseñar los fracasos de la libertad Alejandrina, la quema involuntaria de César para su defensa (119), ni la aciaga mistiquez de los Cristianos, empeñadísimos en acabar con todo rastro de idolatría (120); mas si vamos descendiendo desde el siglo de los Antoninos hasta el de Teodosio, nos enterarémos, eslabonando testigos contemporáneos, que ni el alcázar réjio ni el temple de Serapis atesoraban ya los cuatro ú setecientos mil volúmenes, reunidos por el afan y la magnificencia de los Tolomeos (121). Tal vez la iglesia y el solar

del patriarca, tendrian su repuesto de libros: pero la mole crecidísima de la contienda arriana y monofisita, se abrasó realmente en los baños públicos (122), se sonreirá un filósofo graduándola de provechosa en su póstrer paradero. Me apesadumbro entrañablemente con las librerías mas apreciables que allá yacieron en los escombros del Imperio Romano; mas al recapacitar con ahinco el dilatado plazo, los estragos de la idiotez y las plagas de la guerra, estraño todavía mas nuestros tesoros que tantísimos malogros. ¿ Cuántos hechos curiosísimos yacen para siempre en el olvido? Cercenadísimos han llegado á nuestras manos los tres grandes historiadores de Roma, y carecemos de infinitos partos griegos en la poesía lírica, yámbica y dramática ; pero tenemos que recordar agradecidos que á tan repetidos fracasos del tiempo y la fatalidad, se sobrepusieron siempre las obras clásicas que merecieron ya en la antigüedad (123) remontarse á la cumbre del injenio y de la gloria. Los maestros de la sabiduría antigua que todavía disfrutamos, habian ido estudiando y encareciendo los escritos de sus antecesores, ni cabe conceptuar que nos hallemos defraudados en lo moderno de verdades trascendentales, ó descubrimientos provechosos del arte ó la naturaleza (124).

Manejó Amrú el Ejipto sábia y justicieramente (125), acudiendo á los intereses del pueblo escudado por la ley y por su Dios, y los de la jente allegada que debia apadrinarse por los hombres. En el vaiven de la conquista y del rescate el idioma de los Coptos y el alfanje sarraceno eran apuestísimos al sosiego de la provincia. Manifestó á los primeros el caudillo que todo banderizo y alevoso seria ejemplarmente escarmentado, castigando á los acusadores como enemigos personales y diábolicos, y ensalzando á sus hermanos, perseguidos vilmente por la envidia, para desbancarlos. Estimuló á los suyos con los móviles de la Relijion y el pundonor para portarse caballerosamente, realzarse para con Dios y con el califa por medio de una conducta decorosa y ajusticiada, bienquistarse con un pueblo que habia confiado en su buena fé, y contentarse con el galardon lejítimo y esplenderoso de la victoria. En el sistema de hacienda desaprobó el método sencillo pero atropellador del personal, y antepuso fundadamente un impuesto proporcionado en todos los ramos sobre el producto líquido de la labranza y el comercio. Aprontó un tercio del tributo á los reparos anuales de los malecones y acequias, tan indispensables para el bienestar jeneral. Con su réjimen la feracidad del Ejipto rebosaba sobre la aridez de la Arabia; y allá una recua interesante de camellos, cargados de trigo y demás abastos, estaba cuajando la distancia larguísima de Memfis á Medina (126). Mas el númen de Amrú renovó muy en breve la comunicacion marítima ideada ó concluida por los Faraones, los Tolomeos y los Césares, abrió un canal de treinta leguas de largo desde el Nilo hasta el Mar Rojo. La navegacion interior para enlazar el Mediterráneo con el

Océano Indico, se orilló luego por inservible y espuesta; trasladóse el sólio de Medina á Damasco, y las escuadras griegas pudieron escudriñar un tránsito á las ciudades santas de la Arabia (127).

A ciegas estaba el califa Omar en cuanto á la nueva conquista por el eco de la nombradía y los apuntes del Alcoran. Encargó á su lugarteniente que le retratase al vivo el reino de Faraon y de los Amalecitas, y la contestacion de Amrú está ofreciendo un cuadro espresivo y harto puntual de aquel país peregrino (128). « ¡O caudillo de los fieles! es el Ejipto un conjunto de tierra negra y plantas verdosas, entre peñascales corridos y arenilla roja. La distancia de Siena al mar es el viaje de un mes á caballo. Allá se tiende por todo el valle un rio, sobre el cual están mañana y tarde recayendo las bendiciones del Altísimo, y que sube y baja con los vaivenes del sol y de la luna. Cuando las finezas anuales de la Providencia franquean los manantiales y fuentes que están alimentando la tierra va el Nilo desarrollando sus majestuosos y sonoros raudales por el reino de Ejipto; abarca la inundacion benéfica las campiñas, y las aldeas se comunican mútuamente en sus barquillas pintadas. Retírase la riada y va depositando un légamo feraz para todo jénero de semillas: el tropel de labriegos que cuajan y ennegrecen los campos, son un símil de enjambres de hormigas industriosas, y el azote del capataz va desadormeciendo su poltronería, prometiéndoles flores y frutos en cosechon colmado. No queda burlada su esperanza, mas la riqueza del esquilmo de centeno, cebada, legumbres, arroz, frutales y rebaños, se reparte con desigualdad entre los operarios y los poseedores. Van y vienen las estaciones, y el país campea con *plateadas* olas, *esmeralda* verdosa y el amarillo vistoso de la miés *dorada* (129). « Suele, sin embargo, alterarse aquel órden bénefico, y el rezago y la subida ejecutiva del rio en el primer año de la conquista, pudiera, en cierto modo corroborar una fábula edificativa. Se cuenta que el sacro oficio anual de una vírjen (130) habia sido vedado por la relijiosidad de Omar, y que yacia el Nilo enojado y como yerto en su cauce superficial, hasta que la disposicion del califa fué arrojada al raudal obediente, que subió en una noche hasta la altura de diez y seis codos. El embeleso de los Arabes con su nueva conquista soltó la rienda á su anovelado temple. Estamos leyendo en autores muy formales, que veinte mil ciudades ó aldeas cuajaban el Ejipto (131); *que* « fuera de los Griegos y Arabes, resultaron por el empadronamiento de Coptos solos tributarios hasta seis millones ó veinte millones de toda edad y sexo (132), y *que* ingresaban anualmente en el erario del califa trescientos millones entre oro y plata (133). La racionalidad se destempla con tamaños apuntes, y asoman todavía mas disparatados en tomando en cuenta la estrechez del solar habitable; un valle desde el trópico hasta Memfis, por lo mas de cuatro leguas de anchura, y el triángulo del Delta, un territorio llano de dos mil y cien leguas cuadradas,

que vienen á componer el dozavo de la estension de la Francia (154). Un cómputo esmerado aprontará un tanteo mas atinado y terminante. Los trescientos millones fraguados por el yerro del amanuense se apocan hasta el rédito decoroso de cuatro millones y trescientas mil piezas de oro, de los cuales novecientos mil se abocaban al pago de la tropa (155). Hay dos estados uno del siglo actual y otro del siglo doce, que espresan el conjunto muy razonable de dos mil y setecientas aldeas ó poblaciones (156). Un cónsul francés tras su residencia de veinte años en el Cairo, se atreve á fijar unos cuatro millones de Musulmanes, Cristianos y Judíos, para la suma grandiosa, mas no inverosímil de la poblacion de Ejipto (157).

IV. El califa Othman fue el emprendedor de la conquista de Africa desde el Nilo hasta el Océano Atlántico (158). Caudillos de las tribus y compañeros de Mahoma encarecen al par el devoto intento, y allá se arrojan veinte mil Arabes desde Medina, con los agasajos y bendiciones del jefe de los fieles (A. 647). Incorpóranseles otros veinte mil paisanos en la campiña de Memfis, y encabeza las operaciones Abdalah (159), hijo de Sair y hermano de leche del califa, desbancador del lugarteniente y conquistador de Ejipto; pero ni sus merecimientos, ni su privanza con el príncipe, alcanzan á borrar el tiznon de su apostasía. Abdalah, convertido pronto, y luego pendolista primoroso, logró el cargo grandioso de copiante de las hojillas del Alcoran, pero estragó alevosamente el testo, se chanceó de sus propios desbarros, y huyó á la Meca para sortear la justicia y cacarear la idiotez del apóstol. Conquistada la Meca, se postra á las plantas de Mahoma, y sus lágrimas y las súplicas de Othman recaban el trabajoso indulto, pero manifestando el profeta que se habia resistido tanto para dar campo á algun devoto de por fin desagraviarle con la sangre del apóstata. Aparenta lealtad, echa el resto de su ahinco, y sirve á la Relijion que le está ya interesando, nacimiento y desempeño lo encumbra entre los Koreishitas, y en medio de aquella nacion cabalgante descuella Abdalah en jinetear con maestría sobre toda la Arabia. Acaudilla cuarenta mil Musulmanes y se interna desde el Ejipto por las ignoradas rejiones del Occidente. Intransitables son los arenales de Barca para las lejiones Romanas, pero el Arabe se acompaña con su fiel camello, y los naturales de un desierto estan viendo sin pavor, igual suelo y clima. Trabajosa es su marcha, pero al fin plantan sus tiendas ante las murallas de Trípoli (140); ciudad marítima en la cual *nombre*, caudales y moradores de la provincia se habian ido consumando, y que conserva todavía su tercera clase entre los estados de Berbería. Sorprenden y destrozan un refuerzo de Griegos en la misma playa; pero las fortificaciones de Trípoli contrastan sus conatos, y los Sarracenos, al asomar el prefecto Gregorio (141), se avienen á levantar el sitio tras el peligro y la esperanza de una refriega decisiva. En el conjunto de ciento y veinte mil hombres, los cuerpos ar-

reglados del imperio quedan allá traspuestos en el tropel desmandado de Africanos y Moros que constituyen la fuerza, ó mas bien el número de su hueste. Desecha airado Gregorio la alternativa del Alcoran ó el tributo: y por varios dias ambos ejércitos estan batallando desde el amanecer hasta medio dia, en que el cansancio y el calor irresistible, los precisan á ir en busca de resguardo y refresco en sus reales respectivos. Cuentan que la hija de Gregorio, dama bizarra y lindísima, peleó junto al padre, pues se amaestró desde niña en jinetear, flechar y blandir el alfanje; y sobresalia entre las avanzadas por su vistoso y marcial arreo. Su diestra y cien mil piezas de oro, se ofrecen por la cabeza del caudillo árabe, y toda la juventud africana echa el resto en pos de galardon tan esclarecido. Cede Abdalah al encarecido empeño de sus hermanos, y se pone á buen recaudo; pero su retirada descorazona á los Sarracenos, mas y mas acosados con el malogro de tantísima pelea.

Descolló ya en Ejipto un Arabe ilustre, que luego vino á ser el competidor de Alí, y padre de un califa, y aquel Zobeir (142) habia arrimado el primero su escala á las murallas de Babilonia. Milita allá destacado en la guerra africana; pero al eco de la batalla acude con doce compañeros, rompe por el campamento griego, y allá se arroja mas y mas sin tomar alimento ni descanso, á terciar en las continjencias de sus hermanos. Tiende la vista por la línea. «¿Donde para el jeneral?» — pregunta. — «En su tienda.» — «¿Es por ventura la tienda el puesto de un caudillo de Musulmanes?» Manifiéstale Abdalah sonrojado la trascendencia de su propia vida, y el cebo que está ostentando el prefecto Romano. «Revuelve,» esclama Zobeir, «sobre los infieles su ruin intento, y pregona por las filas que la cabeza de Gregorio se ha de galardonar con su muchacha cautiva, la cantidad igual de cien mil piezas de oro.» Media un ardid á cargo del advertido y denodado Zobeir, y se tuerce el trance á favor de los Sarracenos. Supliendo con la eficacia y la artería su desproporcion en el número, permanece parte de las tropas retraida en sus tiendas, y las demás van escaramuzando larga y revueltamente con el enemigo, hasta muy subido ya el sol en su carrera. Retíranse por entrambas partes á pasos desmayados; desembridan los caballos; se desarman y tratan unos y otros, ó aparentan acudir al desahogo de la tarde para reencontrarse á la madrugada. De repente suena el clarin, desemboca el campamento arábigo un enjambre de nuevos y desaforados guerreros, que sobrecojen asaltan y arrollan, con otros escuadrones de los fieles (ánjeles recien apeados del cielo para su fanatismo) la dilatada línea de los Griegos y Africanos. Mata Zobeir con su mano al mismo prefecto, cercan y rinden á su hija, empeñada en intentos vengativos y mortales, y los fujitivos acarrean igual fracaso á Sufetula por guarecerse de los alfanjes y lanzas de los Arabes. Cae Sufetula á cincuenta leguas al Sur de Catar-

go; baña un riachuelo el pendiente suave á la sombra de un enebral, y los curiosos pueden todavía encarecer la magnificencia romana en un arco triunfal, un pórtico y tres templos de órden Corintio (143). Tras el vuelco de ciudad tan grandiosa, Bárbaros y provinciales imploran por donde quiera la conmiseracion del vencedor. Ofrecimiento de tributos y protestas de fé halagan su vanagloria y su relijiosidad; pero sus menoscabos, sus afanes y los estragos de una epidemia imposibilitan todo establecimiento permanente, y los Sarracenos, tras su campaña de quince meses tienen que retirarse al confin del Ejipto, con los cautivos y las riquezas de la expedicion africana. El califa traspasa su quinto á un privado, bajo el pago nominal de quinientas mil piezas de oro (144), pero es sumo el quebranto del estado en aquel convenio, habiendo cabido en el reparto efectivo de la presa, mil piezas á cada infante y tres mil á cada jinete. Conceptúase al matador de Gregorio acreedor á lo mas selecto de la victoria: calla y se le supone caido en la batalla, hasta que los lloros y clamores de la hija del prefecto en presencia de Zobeir patentizan el denuedo y el recato del garboso guerrero. Ofrece y casi desecha como esclava el matador del padre á la doncella desventurada, espresando tibiamente que su alfanje se consagra al servicio de la relijion, y que está afinando por otro galardon de mayor embeleso que toda beldad mortal y que los caudales de esta vida pasajera. Premio mas jenial para su índole es el encargo honorífico de participar al califa Othman los lauros de sus armas. Júntanse compañeros, caudillos y vecindario en la mezquita de Medina para oir el pormenor interesantísimo de Zobeir, y al espresarlo todo el orador escepto sus propios merecimientos en consejos y jestiones, los Arabes aclaman el nombre de Abdalah al par de los nombres heróicos de Caled y de Amru (145).

Medió plazo entre las conquistas de Occidente por veinte años, hasta que se ajustaron las desavenencias de los Sarracenos con la plantificacion de la alcurnia de los Omíades, y los Africanos mismos estuvieron brindando á voces al califa Moawiyah (A. 665-689). Enterados los sucesores de Heraclio del tributo convenido á viva fuerza con los Arabes, y en vez de condolerse y descargar sus impuestos, exijieron por equivalente ó multa, segundo tributo de igual importe. Ensordecieron los ministros Bizantinos á los lamentos por su desamparo y esterminio: y desesperados antepusieron el señorío de un solo dueño; y mas con las tropelías del patriarca de Cartago, revestido de potestad civil y militar que redujo los sectarios y aun los Católicos de la provincia á hollar la Relijion y la autoridad de sus tiranos. El primer lugarteniente de Moawiyah se granjeó suma nombradía, derrotó un ejército de treinta mil Griegos, arrebató ochenta mil cautivos y enriqueció con despojos á los arrojados aventureros de Siria y Ejipto (146). Pero el dictado de conquistador del Africa,

corresponde mas adecuadamente á su sucesor Akbah. Sale de Damasco acaudillando diez mil Arabes sobresalientes, y aquella fuerza castiza de Mahometanos se robustece con el auxilio, aunque mal seguro, y la conversion de largos miles de Bárbaros. Arduo, fuera sin ser tampoco preciso, el andar despejando el rumbo y los adelantos de Akbah, pues los Orientales han ido poblando las rejiones interiores con ejércitos finjidos y ciudadelas soñadas. Hasta ochenta mil se juntan con armas en la provincia belicosa de Zab ó de Numidia, pero el número de trescientas y sesenta ciudades desdice del atraso ú menoscabo de su labranza (147), y los escombros de Erba ó Lambesa, la antigua capital de aquel país recóndito, no corresponden á las tres leguas de su recinto. Sobre la marina, las ciudades ya sabidas de Bujía (148), y Tanjer (149) deslindan mejor las victorias Sarracenas. Algun jénero de tráfico avalora todavía el fondeadero comodísimo de Bujía, que en temporadas mas florecientes, dicen llegó á contener hasta veinte mil casas; y la abundancia de hierro que se estrae de las serranías inmediatas, debe haber suministrado á un pueblo valeroso, hartos instrumentos para su defensa. Patrañas griegas y arábigas han ido engalanando la situacion lejana y antigüedad venerable de Tinji ó Tánjer, pero las espresiones figuradas de los últimos sobre sus murallas de bronce, y sus artesonados de oro y plata, pueden interpretarse como simbolizando su fortaleza y sus tesoros. Los Romanos descubrieron allá, y poblaron escasamente, la provincia de la Mauritania Tinjitana (150), que tomó el nombre de su capital, siendo reducido el ámbito de sus cinco colonias, muy retraidas de la parte meridional, á donde tan solo acudia algun traficante de lujo en busca de marfil ó de madera (151) de citro y á las playas del Océano tras las conchas de púrpura. El arrojado Akbah se engolfa allá por el corazon del país, atraviesa los yermos, donde luego los sucesores han de encumbrar las capitales esplendorosas de Fez y de Marruecos (152), y cala por fin hasta el estremo del gran desierto sobre el mar Atlántico. Despéñase el rio Sus por las faldas occidentales del monte Atlas, va fertilizando como el Nilo el suelo inmediato y desagua en el piélago á cierta distancia de las Canarias ó Islas afortunadas. Moraban en sus orillas los postreros Moros, ralea de bozales, sin leyes, disciplina ni relijion; atónitos se quedan á la prepotencia estraña é irresistible de las armas orientales, y careciendo de oro y plata, el despojo principal se reduce á la lindeza de algunas cautivas, vendidas algunas luego hasta en mil piezas de oro. Aquel Océano sin límites ataja la carrera mas no el afan de Akbah; aguija su caballo por las olas, alza los ojos al cielo, y esclama con el desentono de un fanático: « Gran Dios, si este piélago no zanjase mi rumbo, seguiria mas y mas á los ignorados reinos del Occidente, pregonando la unidad de tu sacrosanto nombre, y pasando á degüello á cuantas naciones rebeldes

están allá adorando á otros dioses muy diversos de tí (153).» Mas aquel Alejandro Mahometano que está suspirando por nuevos mundos, no acierta á conservar su conquista flamante. Se le alborotan Griegos y Africanos, y desde las playas del Atlántico, tiene que acudir adonde, acorralado por la muchedumbre, fenece decorosamente, realzando el trance postrero con un rasgo de garbosidad nacional. Osa un caudillo ambicioso competirle el mando, y tras el malogro de su intento, sigue preso en el campamento arábigo. Habian los sublevados confiádole sus miras de venganza, mas no aviniéndose á ellas las pone de manifiesto; llega el momento crítico, Akbah, agradecido, le quita los grillos y le encarga que se retire; pero el agraviado antepone el fenecer bajo las banderas de su competidor. Abrázanse como amigos y mártires, blanden sus alfanjes, rompen las vainas, sostienen la lid aferradamente y mueren de pareja con los últimos combatientes. Zubeir, caudillo ú gobernador tercero del Africa, se empeña en vengar á su antecesor y le cabe la misma suerte; vence á los naturales en repetidos encuentros, pero lo vuelca un ejército poderoso enviado de Constantinopla en socorro de Cartago.

Solian las tribus moriscas incorporarse con los advenedizos, terciar en la presa, profesar la misma fé y sublevarse en pos de su estado bravío de independencia é idolatría, tras la primera retirada ó fracaso de los Musulmanes. Propone atinadamente Akbar el plantear una colonia arábiga en el corazon del Africa; ciudadela enfrenadora de la liviandad berberisca, y un arrimo ú resguardo, contra los azares de la guerra, para las riquezas y familias de los Sarracenos (A. 670-675). Con este intento y bajo el dictado modesto de parador de una caravana, funda su colonia á los cincuenta años de la héjira; y aun en su actual menoscabo Cairuan (154), conserva todavía su segundo lugar en el reino de Tunez, de donde viene á distar veinte leguas al Mediodía (155), y su situacion interior á cuatro leguas de la marina, ha resguardado su recinto contra las escuadras griegas ó sicilianas. Aventadas las fieras y serpientes, y despejada la maleza, asoman los rastros de ciudad Romana en medio de un arenal; hay que abastecer de vejetales á Cairuan desde lejos, y el vecindario tiene que recojer y guardar en aljíbes ó cisternas el agua de lluvia á falta de manantiales y corrientes. Afánase Akbah y allana estos tropiezos; delinea un recinto de tres mil y seiscientos pasos y lo amuralla de ladrillo; á los cinco años cercan el palacio del gobernador los albergues de un vecindario suficiente; hasta quinientas columnas berroqueñas, ó de pórfido y mármol de Numidia, y entonces descuella Cairuan como solar de los estudios y del imperio. Pero son posteriores tales timbres, pues la nueva colonia padece mil embates con las derrotas de Akbah y de Zabeir y las desavenencias civiles de la monarquía arábiga. Sostiene el hijo del esforzado Zobeir una guerra de doce años, y un sitio de siete

meses contra la alcurnia de los Omíades; y dícese que hermanaba Abdalah con la braveza de un leon la astucia de una zorra, mas heredando el denuedo careció de la jenerosidad de su padre (156).

Remanece la paz interior y el califa Abdalmalek acude á la conquista de Africa (A. 692. —698); tremola Hosan, el gobernador de Ejipto, el estandarte y se abocan las rentas de aquel reino con cuarenta mil hombres á tan grandioso empeño. Las provincias internas, con los vaivenes de la guerra paran alternativamente en manos de Sarracenos ó de sus contrarios; pero siempre los Griegos señorean la marina; siempre los antecesores habian respetado el nombre y los antemurales de Cartago, cuyos defensores se habian aumentado con los fujitivos de Cabes y de Trípoli. Mas osadas y certeras son los armas de Hosan, pues avasalla y saquea la capital de Africa, y sonando el nombre de escala se infiere que un asalto repentino zanjó las formalidades pausadas de un sitio arreglado; pero asoman auxilios cristianos y acibaran el júbilo de los vencedores. El prefecto y patricio Juan, jeneral de esperiencia y nombradía, embarca en Constantinopla las fuerzas del imperio oriental (157); se le incorporan las naves y soldados de Sicilia y el monarca español medroso y devoto, apronta un refuerzo poderoso de Godos (158). El empuje de la armada reunida destroza la cadena que cierra la entrada del puerto; retíranse los Arabes á Cairuan ó Tripoli; desembarcan los Cristianos, el vecindario enarbola la insignia de la cruz: y desperdician desatinadamente el invierno con soñados logros de victoria y derescate. Mas perdióse irreparablemente el Africa: el afan y el enojo del caudillo de los fieles (159) aparata la primavera siguiente armamento mas grandioso de mar y tierra, y luego el patricio tiene tambien que evacuar el apostadero y fortificaciones de Cartago. Se traba segunda batalla junto á Utica; y quedando otra vez derrotados Griegos y Godos, se reembarcan y sortean el alfanje de Hosan, que allana el endeblillo parapeto de sus reales. Cuanto quedaba de Cartago es pábulo de las llamas, y la colonia de Dido y César (160), yace desamparada por mas de dos siglos, hasta que una porcion, quizás la veintena de su antiguo recinto, se repuebla por el califa primero de los Fatimitas. La segunda capital del Occidente se reducia en el siglo VI á una mezquita, á un colejio sin estudiantes, á veinte y cinco ú treinta tendezuelas y un aduar de quinientos campesinos, quienes en medio de su rastrero desamparo, ostentaban la arrogancia de los senadores Cartajineses; y hasta la ruin aldea desapareció á manos de los Españoles, aposentados por Cárlos V en la fortaleza de la Goleta. Fenecieron las mismas ruinas de Cartago, y aun se ignoraria su solar á no guiar los trozos desmoronados de un acueducto al viandante averiguador y desolado (161).

Arrojados los Griegos, no señorean todavía los Arabes el territorio. En las provincias interiores los Moros ó *Bereberes* (162), tan baladíes para

los primeros Césares, como formidables para los príncipes Bizantinos, estuvieron contrarestando desconcertadamente á la Relijion y sucesores de Mahoma. Reuniólos hasta cierto punto con asomos de arreglo su reina Cabina, y por cuanto la morisma acata á las hembras con ínfulas de profetisas se arrojaron de igual á igual por el entusiasmo sobre sus enemigos. No alcanzan las escuadras veteranas de Hosan á resguardar el Africa, perdiéndose en un solo dia las conquistas de un siglo, y el caudillo árabe, arrollado por tanto raudal, va á parar á la raya de Ejipto, y está esperando hasta cinco años los auxilios prometidos por el califa. Desviados los Sarracenos, la profetisa victoriosa junta á los caudillos moros y les encarga una disposicion política tan estraña como bravía. « Nuestras ciudades, prorumpe con el oro y plata que atesoran, son el cebo incesante de los Arabes; metales tan viles no corresponden á *nuestra* ambicion, contentándonos con los meros productos de la tierra. Fuera pues esas ciudades, y allá yazcan bajo sus escombros tesoros tan perniciosos, pues en careciendo la codicia enemiga de tales alicientes quizá dejará ya sosegar á este pueblo belicoso. » Vitorean unánimes la propuesta, y desde Tanjer á Trípoli se demuelen los edificios ó por lo menos las fortificaciones se arrasan los frutales, desaparecen los abastos, y un verjel feraz y populoso queda yermo, rastreándose en los historiadores modernos las muestras de la prosperidad y asolacion de sus antepasados. Así lo novelan los Arabes; mas yo malicio con grandes veras que su ignorancia de la antigüedad, el afan de los portentos y el flujo de encarecer la filosofía de los bárbaros, los indujo á describir como disposicion voluntaria las desdichas de tres siglos desde el primer ímpetu de Vándalos y Donatistas. Luego la sublevacion de Cabina fomentaria mas y mas el estrago y el sobresalto de ruina universal debió aterrar é indisponer á las ciudades que se habian doblegado con repugnancia á un yugo indecoroso. Ni esperanzaban ya, ni tal vez apetecian, la vuelta de los soberanos Bizantinos; ni sistema de arreglo y de justicia desamargaba la actual servidumbre, y así el católico mas desalado antepondria las escasas verdades del Alcoran á la idolatría ciega y bozal de los Moros. Reciben de nuevo al jeneral Sarraceno á fuer de salvador de la provincia: los amantes de la sociedad civil se hermanan contra los bravíos del pais, y la profetisa réjia fenece en la primera refriega, y queda por el suelo el desquiciado edificio de su imperio y supersticion. Revive aquel destemple contra el sucesor de Hosan; pero la eficacia de Muza y sus dos hijos lo esterminan; pero el número de los rebeldes se colije por sus trescientos mil cautivos, cabiendo al califa por su quinto hasta sesenta mil, vendidos todos en beneficio del erario. Se alistan treinta mil moros de los Bárbaros en la tropa, y el afan devoto de Muza, para empaparlos en el conocimiento y práctica del Alcoran, va acostumbrando los Africanos á obedecer al apóstol de Dios y al caudillo de los fieles. Hermánanse

los Moros vagarosos con los Beduinos del desierto, en clima, gobierno, vivienda y alimento, y se afanan en prohijar creencia, idioma, nombre y orijen de los Arabes; revuélvese la sangre de advenedizos y naturales, y la misma nacion parece que se está tendiendo desde el Eufrates hasta el Atlántico, por las arenales dilatados de Asia y Africa. No negaré, sin embargo que se trasladarian hasta cincuenta mil tiendas de Arabes castizos sobre el Nilo para irse desparramando por los desiertos de Libia, y me consta que cinco tribus moriscas están todavía conservando su habla *bozal*, apellidándose y apareciendo Africanos *blancos* (163).

V. Godos y Sarracenos conquistando mas y mas siempre, desde el Norte y el Sur, vinieron á tropezarse al confin de Europa y Africa. Para los Sarracenos en diferenciándose de relijion ya hay harto cimiento para enemistarse y guerrear á todo trance (164). Desde el tiempo allá de Othman, (165) sus cuadrillas anduvieron pirateando por las costas de Andalucía (166), teniendo muy presente el socorro de Cartago por los Godos. Poseian desde entonces, como ahora, los reyes de España la fortaleza de Ceuta, una de las columnas de Hércules zanjada de la otra al pilar contrapuesto, ú punta de Europa. Quedaba por conquistar en Africa una porcioncilla de la Mauritania; pero Muza, en medio de su ufanía victoriosa, fué rechazado de las almenas de Ceuta por la vijilancia y denuedo del conde don Julian, jeneral de los Godos. Yace confuso con aquel malogro, cuando inesperadamente se rehace con un mensaje del caudillo cristiano[1], brindándole con su plaza, su persona y su espada; y solicitando el blason afrentoso de entrometer sus armas en el corazon de España (167). Al indagar el móvil de tamaña alevosía, repiten los Españoles la historia popular de su hija Cava (168) de una doncella seducida ó atropellada por su soberano y de un padre, que sediento de venganza le sacrifica patria y relijion. Suelen ser los ímpetus de príncipes desbocados y arruinadores, mas esta conseja, tan sabida y de suyo anovelada carece del arrimo de testimonios esternos; y la historia de España está suministrando motivos de interés y de política mas jeniales para el pecho del estadista veterano (169). Al fallecimiento ú sea deposicion de Witiza, Rodrigo, ilustre y ambicioso Godo, desbanca á entrambos hijos de aquel tirano matador del padre de Rodrigo siendo duque ó gobernador de una provincia. La monarquia sigue siempre electiva; pero los hijos de Witiza, criados en las gradas del sólio están mal hallados con su esfera privada. El embozo cortesano encona mas y mas su ojeriza, aguijando á sus secuaces con recuerdos de finezas y promesas de una revolucion mientras su tio Opas, Arzobispo de Toledo y Sevilla, es el primer personaje en la Iglesia y el segundo en el Estado. Se hace probable que Julian quedó arrollado en el tropel del bando inferior viviendo desesperanzado y medroso en el nuevo reinado, y que desatentado el monarca no acertó á trascordar y encubrir los agravios de Rodrigo

y su familia (A 709). El conde con sus méritos y su influjo descuella para el daño ú beneficio de todos: grandiosas son sus haciendas, sus secuaces donodados y muchísimos, y luego quedó patente para la desventura comun, que con su mando en Andalucía y Mauritania tiene en su diestra las llaves de la monarquía española. No alcanza sin embargo á habérselas de mano armada con su soberano, y acude al arrimo advenedizo de Moros y Arabes, y su brindis acarrea un mundo de fatalidades por espacio de ocho siglos. Manifiesta por escrito ú de palabra la opulencia y el desabrigo de de su patria, la endeblez de un príncipe mal quisto, y la bastardía de un pueblo afeminado. No son ya los Godos aquellos bárbaros victoriosos ajadores del orgullo de Roma, saqueadores de la reina de las naciones, y abarcadores desde el Danubio hasta el Océano Atlántico. Desviados del orbe con las cumbres del Pirineo, los sucesores de Alarico se adormecen allá en una paz dilatada; los muros de las ciudades se desmoronan; la juventud orilla las armas, y el engreimiento de su nombradía antigua los expusiera en el campo de batalla al primer embate de un enemigo. Enardécese el Sarraceno ambicioso con la facilidad y la trascendencia de la empresa, pero dilata la ejecucion hasta consultar con el caudillo de los fieles; y al fin vuelven los mensajeros con la anuencia de Walid para encargar los reinos desconocidos de Occidente con la Relijion y el sólio de los califas. Reside Muza en Tanjer y sigue encubierta y cautelosamente su correspondencia, adelantando mas y mas sus preparativos; y entretanto embota los remordimientos de los conjurados con la seguridad engañosa de aspirar únicamente á la gloria y los despojos, sin asomo de plantear Musulmanes allende el mar que deslinda el Africa de Europa (170).

Muza, antes de aventurar un ejército de fieles en manos de traidores y desleales en territorio estraño, hace un ensayo menos azaroso de sus fuerzas y su veracidad. Cien Arabes y cuatrocientos Africanos transitan en cuatro naves de Tanjer á Ceuta (A. 710. Julio); desembarcan en el punto apellidado todavía por su caudillo Tarif, y la fecha de acontecimiento tan memorable (171) consta que fué en el mes de Ramadan, á los noventa y un años de la héjira, esto es en Julio de setecientos cuarenta y ocho de la era española de César (172), y á los setecientos y diez del nacimiento de Cristo. Desde su apeadero, siguen seis leguas por una serranía hasta el castillo y pueblo de Juliano (173), al cual imponen (se llama todavía Algeciras) el nombre de isla Verde, por un promontorio verdoso que se interna en el mar. El agasajo que logran, los Cristianos que van acudiendo á sus pendones, sus avances por una provincia pingüe y desprevenida, lo rico de su presa, y el desahogo de su regreso, estan mostrando á sus hermanos los plausibles anuncios de victoria. La primavera siguiente se embarcan cinco mil veteranos ó voluntarios á las órdenes de Tarik, denodado y habilísimo guerrero, que sobrepujó á la espectativa de su caudillo, aprontán.

doles los bajeles competentes la dilijencia de su harto fino aliado. Aportan los Sarracenos (174), en la columna ó punta de Europa (A. 711. Abril), pues el nombre estragado y corriente de Jibraltar *(Gebel al Tarik)* está diciendo la montaña ó cumbre de Tarik, y el parapeto de su campamento es el primer bosquejillo de aquellas fortificaciones, que en manos de los nuestros, han venido á burlar el arte y el poderío de la casa de Borbon. Participan los gobernadores cercanos á la corte de Toledo, el desembarco y los adelantos de los Arabes, y la derrota de su lugarteniente Edecon, encargado de prender y aherrojar á los engreidos advenedizos, advierte desde luego á Rodrigo lo sumo del trance. Acuden á la órden superior duques, condes, obispos y nobles de la monarquía goda, acaudillando á sus secuaces, y el dictado de rey de los Romanos que usa un historiador arábigo merece disculparse, por la hermandad en idioma, relijion, y costumbres entre las naciones de España. Compónese su hueste de noventa ó cien mil hombres, tremenda mole si su lealtad y disciplina correspondiesen al número. Refuérzase Tarik hasta juntar doce mil Sarracenos, pero el influjo de Julian atrae á los Cristianos malcontentos, y un tropel de Africanos se abalanza á paladear los beneficios temporales del Alcoran. Suena Jerez (175), á las cercanías de Cadiz, por el estrellon que tranzó la suerte del reino; deslinda el riachuelo Guadalete, que desagua en la bahía, entrambos campamentos, y por tres dias sucesivos y sangrientísimos, ya avanzan, ya cejan unos y otros con sus escaramuzas (Julio 19-26). Al cuarto dia se estrechan las huestes y formalizan el empeño; pero se sonrojara Alarico si presenciara á su indecoroso sucesor, ostentando en su sien la diadema perlada, embarazado allá con las oleadas de un manto grandioso y recamado de oro y seda, y recostado sobre una litera ó carruaje de marfil, tirado por dos mulas tordillas. Arrolla la muchedumbre á los denodados Sarracenos, cubriendo ya con diez y seis mil cadáveres las llanuras Jerezanas. « Hermanos, » clama Tarik á los compañeros restantes, « el enemigo está al frente, el mar á la espalda; ¿ á dónde quereis huir ? Seguid á vuestro caudillo, pues yo estoy resuelto á perder la vida, ú hollar la cervíz al rey de los Romanos. » Además del ímpetu de su desesperacion, confia en la correspondencia reservada y avistamientos nocturnos del conde Julian con los hijos y el hermano de Witiza. Ambos príncipes y el arzobispo de Toledo son los personajes mas encumbrados: se pasan oportunamente, y aportillan la línea de los Cristianos; el recelo y la zozobra arrebatan acá y allá á los guerreros fujitivos, y en los tres dias siguientes queda la hueste goda dispersa y destrozada en la huida y el alcance. En medio de tantísimo descalabro, se arroja Rodrigo de su carro y cabalga el Orelia, su alazan mas veloz, pero costea la muerte de un soldado para fenecer en las aguas del Betis ó Guadalquivir. Su diadema, ropaje y alazan, se hallan á la orilla, mas como el cadáver del príncipe Go-

do desaparece en los raudales, el orgullo y la torpeza del califa tuvo que pagarse con alguna cabeza vulgar, que se colocó triunfalmente ante el palacio de Damasco. « Y este, » continua un historiador esforzado de los Arabes, « viene á ser el paradero de todo rey que se aleja del campo de batalla (176). »

Está ya el conde Julian allá tan engolfado en su maldad y afrenta, que cifra todas sus esperanzas en el esterminio de su patria. Tras la batalla de Jerez, sigue estrechando mas y mas á los Sarracenos victoriosos, diciéndoles. « Falleció el rey Godo, huyen los príncipes á vuestra presencia, el ejército queda derrotado, la nacion yace despavorida; afianzad con destacamentos suficientes la Bética; pero marchad personal y ejecutivamente á la ciudad réjia de Toledo, sin dar tregua ni sosiego á los Cristianos desencajados para la eleccion de nuevo monarca. » Tarik sigue su dictámen; un Romano cautivo y luego renegado, libre por el mismo califa, se arroja sobre Córdoba con setecientos caballos, atraviesa el rio á nado, sorprende la ciudad y encierra á los Cristianos en la iglesia mayor, donde se están defendiendo mas de tres meses; otro destacamento va sujetando las costas de la Bética, que en el postrer plazo del señorío morisco, ha venido á formar por una tirada angosta el reino populoso de Granada. Marcha Tarik del Betis al Tajo por Sierra-Morena (177), que deslinda la Andalucía de la Castilla, hasta que se aparece escuadronado sobre Toledo (178). Los Católicos mas fervorosos están ya en salvo con las reliquias de sus santos; pero si se cierran las puertas al vencedor, es tan solo hasta que firma una capitulacion razonable y decorosa. Arbitro es todo desterrado voluntario de cargar con sus haberes; quedan siete iglesias para continuar el culto cristiano; el arzobispo y su clero son dueños de acudir á sus funciones, y los monjes de observar ó desentenderse de sus reglas; siguiendo Godos y Romanos en los puntos civiles y criminales bajo la jurisdiccion de sus propias leyes y majistrados. Resguarda Tarik por justicia á los Cristianos, pero premia por agradecimiento y política á los Judíos, á cuyo auxilio encubierto ú patente es deudor de sus principales logros. Acosados por los reyes y concilios de España, que solian encajonarlos en la alternativa de bautismo ú destierro, aquella nacion aventada se arroja á la primera coyuntura de venganza; cotejan su estado actual con el anterior y se aferran en su fidelidad, y la hermandad entre los discípulos de Moisés, vino á conservarse hasta el trance de la espulsion de unos y otros. El caudillo Arábigo desde el alcázar de Toledo va tendiendo la oleada de sus conquistas hácia el Norte por los reinos modernos de Leon y de Castilla; y es por demás el ir espresando las ciudades avasalladas á su primer asomo, y pararse á describir la mesa de esmeralda (179), traida desde el Oriente por los Romanos, adquirida por los Godos en el saqueo de Roma, y presentada por los Arabes ante el sólio de Damasco. Tramonta el lugarteniente-

te de Muza las cumbres asturianas hasta el pueblo marítimo de Jijon (180), y va ejecutando su marcha victoriosa, con la dilijencia de un viandante, de mas de doscientas leguas desde el peñon de Jibraltar hasta la bahía de Vizcaya. Tiene que retirarse ya por falta de tierra, cuanto mas que ha de acudir á Toledo para disculpar su arrojo de avasallar un reino en ausencia de su jeneral. Aquella España, que en su estado bravío y revuelto, estuvo contrastando por dos siglos á las armas Romanas, se deja recorrer en cortos meses por los Sarracenos, y es tantísimo el afan de rendimiento y contratacion, que tan solo se cita al gobernador de Córdoba como caido prisionero en manos del enemigo, sin condicion alguna. Queda irrevocablemente sentenciada la causa de los Godos en las campiñas de Jerez, y en aquel abatimiento nacional, cada porcion de la monarquía se va soslayando de una contienda con el batallador que arrolló las fuerzas agolpadas de todo el conjunto (181). Queda aun aquella fuerza menoscabada, con dos temporadas seguidas de epidemia y hambre, y los gobernadores ansiosos de rendirse, abultarian sus apuros para abastecer la plaza. Hasta la supersticion aterradora contribuye para desarmar á los Cristianos, y el Arabe astuto fomenta hablillas de sueños, agüeros y profecías, y de retratos de los conquistadores de España, aparecidos al descerrajar una estancia del alcázar. Quedan sin embargo pavesas de la llama vividora, pues hay fujitivos invictos que anteponen á todo una vida desamparada y libre por los riscos asturianos; los montañeses adustos rechazan á los esclavos del califa, y la espada de Pelayo viene á trocarse en cetro de los reyes católicos (182).

Al eco de logros tan ejecutivos los aplausos de Muza dejeneran en amargos zelos, y su bastardía no se queja pero teme que nada le deje Tarik por avasallar. Acaudilla diez mil Arabes y ocho mil Africanos; vuela de Mauritania á España, encabeza ante todo á los Koreishitas mas esclarecidos; deja á su primojénito de comandante en Africa y los hermanillos menores gallardean con las ínfulas del padre. El conde Julian lo agasaja al desembarcar en Aljeciras y abogando allá sus remordimientos acredita con palabra y obras que la victoria de los Arabes no ha redundado en desafecto por su causa. Aun quedan enemigos para el alfanje de Muza, pues el arrepentimiento tardío de los Godos ha ido cotejando su propio número con el de los advenedizos; las ciudades allá desviadas del rumbo de Tarik se conceptuan inexpugnables; y patriotas bizarros estan defendiendo las almenas de Mérida y Sevilla. El ahinco de Muza las sitia y las rinde, trasladando sus reales del Betis al Anas, del Guadalquivir al Guadiana. Al presenciar aquellas moles de la magnificencia Romana puente, acueductos, arcos triunfales y teatro de la antigua capital de Lusitania: «estoy allá recapacitando, dice á sus cuatro compañeros, «que el linaje humano echó el resto de su arte y poderío fabricando esta ciudad ¡venturoso mil veces quien llegue á señorearla!» Aspira á tamaña felicidad, pero

los *Meridanos* vuelven por el pundonor de unos descendientes de las lejiones veteranas de Augusto(183). Se desentienden bizarramente del encierro de sus antemurales y presentan batalla campal á los Arabes; pero una calada oculta en unas centeras ó escombros, escarmienta su indiscrecion y les ataja la espalda. Arriman sus torres de madera al asalto de las almenas, pero se aferra y dilata la defensa de Mérida, y *el castillo de los mártires* permanece por testimonio perpetuo de las pérdidas de los Musulmanes. Hambre y desesperacion doblegan por fin el teson de los sitiados, y cuerdo el vencedor encubre sus ímpetus con visos de clemencia y aprecio. Otórgase la alternativa de tributo ú destierro; se promedian las iglesias entre ambas relijiones confiscando los haberes de los fallecidos en el sitio ú retirados á Galicia para premio de los fieles. En el comedio de Mérida y Toledo acude el segundo de Muza á saludarle como lugarteniente del califa, y luego lo aposenta en el palacio de los reyes godos. Tibio y despegado es el primer avistamiento tras de residenciarle por ápices sobre los tesoros de España, median sospechas y hablillas contra el pundonor de Tarik, y la pronta mano ú la disposicion de Muza encarcela con improperio y luego azota afrentosamente al héroe; pero es tan tirante la disciplina, tan acendrado el fervor, y tan rendido el temple de los Musulmanes primitivos, que Tarik, tras aquel baldon horroroso sigue sirviendo, y se le confia el allanamiento de la provincia tarraconense. Los Koreishitas con sus larguezas levantan una mezquita en Zaragoza, se franquea el puerto de Barcelona á las naves de Siria, y allá van aventados los Godos por el Pirineo á parar á la provincia gálica de Septimania ó Languerod(184). Halla Muza en la iglesia de santa María de Carcasona hasta siete estatuas ecuestres de plata maciza que no cabe deje en su sitio; y desde el *término* ú columna de Narbona revuelve sobre las playas gallegas ó lusitanas del Océano. Su hijo Abdelaziz, en ausencia del padre escarmienta á los sublevados de Sevilla, y va luego sojuzgando las costas del Mediterráneo desde Málaga hasta Valencia, y su tratado orijinal con el valeroso Teodomiro (185), está retratando al vivo las costumbres y la política de aquel tiempo. *Condiciones de paz convenidas y juramentadas entre Abdelaziz, hijo de Muza, hijo de Nassir, y Teodomiro, príncipe de los Godos.* En nombre de Dios todo misericordioso Abdelaziz ajusta la paz bajo los pactos siguientes: *que* no se incomodará á Teodomiro en su principado, ni se cometerá desafuero contra las vidas, haciendas, mujeres, niños, Relijion y templos de los Cristianos: *que* Teodomiro entregará desde luego sus siete ciudades de Orihuela, Valentola, Alicante, Mola, Vacasora, Bijerra (ahora Bejar), Ora (ú Opta) y Lorca: *que* no auxiliará ni abastecerá á los enemigos del califa, sino que antes bien participará lealmente cuanto sepa acerca de sus intentos encontrados: *que* tanto él mismo como cada noble Godo pagará una pieza de oro, cuatro medidas de centeno, y otras tantas de cebada con cierta cuota de miel,

aceite y vinagre, cargando á todos sus vasallos una mitad del mismo impuesto. Dado á cuatro de Rejeb, en el año de noventa y cuatro de la Héjira y firmado con los nombres de cuatro testigos Musulmanes (186). » Tratan á Teodomiro y á los súbditos con suma blandura, mas parece que la cuota del tributo subió ú bajó del décimo al quinto segun el rendimiento ú la terquedad de los Cristianos(187). En tamaña revolucion los ímpetus carnales ó relijiosos de aquellos entusiastas se propasan con tropelías particulares profanando iglesias con el nuevo culto; equivocando reliquias é imájenes con ídolos, degollando rebeldes; y hay pueblo (lugar desconocido) entre Córdoba y Sevilla) absolutamente arrasado. Mas si reparáramos la invasion de España por los Godos ó su recobro por los reyes de Castilla y Aragon, tendremos que encarecer la disciplina y el comedimiento de los conquistadores Arabes.

Descuella Muza con sus hazañas en la otoñada de su vida, por mas que aparenta mocedad arrebolando su barba canísima; pero en el afan de empresas y timbres, hierve todavía su pecho con ímpetus juveniles, conceptuando la posesion de España como el primer escalon para el sólio de la Europa entera. (A. 714) Aparata grandioso armamento de mar y tierra para tramontar de nuevo el Pirineo, acabar en la Galia é Italia con los reinos ya menoscabados de Francos y Lombardos, y pregonar la unidad de Dios desde las aras del Vaticano. Desde allí, avasallando á los Bárbaros de Jermania, ha de ir siguiendo el cauce del Danubio, desde sus manantiales hasta el mar Euxino, ha de volcar el imperio Griego ú Romano, y revolviendo de Europa al Asia, enlazar sus nuevas posesiones con Antioquia y las provincias de Siria (188). Pero aquella empresa descomunal, pero llana tal vez en su ejecucion, debia parecer disparatada á los ánimos vulgares, y el proyectista soñador, tiene luego que reconocer su dependencia y servidumbre. Los amigos de Tarik han despejado la reseña de sus servicios y agravios; vitupéranse los pasos de Muza en la corte de Damasco, se malician sus intentos, y tardando en cumplir el primer encargo se le castiga con intimacion áspera y ejecutiva. Entrométese un mensajero denodado del Califa por sus reales de Lugo en Galicia, y á la vista de Sarracenos y Cristianos, afianza las riendas de su caballo. Tiene que obedecer por lealtad propia ó agena; pero se le alivia un tanto el sonrojo retirando tambien á su competidor y prometiéndole revestir de entrambos gobiernos á sus dos hijos Abdalah y Abdelaziz. Va luego ostentando triunfal y dilatadamente desde Ceuta á Damasco los despojos del Africa y los tesoros de España; descuellan cuatrocientos nobles Godos ceñidos y coronados de oro, regulándose el número de cautivos y cautivas, entresacados por su hermosura ó nacimiento, en diez y ocho y aun en treinta mil individuos. A su llegada á Tiberios en Palestina le participan la dolencia y peligro del califa, por un mensajero directo de So-

liman, su hermano y heredero presumptivo, quien está ansiando para su reinado la funcion de tamaña victoria. Su detencion si Walid convalece, le acrimina, y así continua su rumbo y halla un enemigo en el sólio. Se le procesa ante un juez parcial, contra una parte mas popular, y queda convicto de vanagloria y falsedad, y una multa de doscientas mil piezas de oro, ú le reducen al desamparo, ú comprueban sus robos. Desagraviado queda Tarik de su indigna tropelía con otra de igual afrenta, pues azotan públicamente al caudillo veterano, lo caldean al sol por todo un dia ante la puerta del palacio, hasta que alcanza un destierro decoroso bajo el nombre devoto de romería á la Meca. Arrinconado Muza, debia saciarse el encono del califa; pero sus zozobras claman por el esterminio de una alcurnia poderosa y agraviada. Encarga una sentencia de muerte con reserva y dilijencia á los sirvientes leales del sólio en Africa y España, y se ejecuta puntualmente, prescindiendo de formalidades. El alfanje de los confidentes degüella á Abdelaziz en la mezquita ó el alcázar de Córdoba, acusándole de aspirar á la soberanía y mostrándose escandalizados, al par de los Cristianos, por su enlace con Ejilona viuda de Rodrigo. Estreman la crueldad hasta el punto de presentar al padre la cabeza del hijo con la insultante pregunta de si conoce el rostro del rebelde? — « Me hago cargo de sus facciones, » prorumpe indignado, « afirmo su inocencia, y ruego ¡ay Dios! por igual, pero mas justa suerte contra sus matadores. » La edad y desesperacion de Muza lo sobreponen á los reyes, y fallece en la Meca con agonías de un pecho traspasado. Tratan mas propiciamente á su competidor, pues le perdonan sus servicios, y queda allá barajado con la chusma de la servidumbre (189). No me consta si cupo ó no al conde Julian el premio tan debido del cadalso (aunque no por parte de los Sarracenos); mas la patraña de mostrarse ingratos con los hijos de Witiza, queda desmentida con testimonios innegables; pues siguieron disfrutando el patrimonio peculiar del padre, pero muerto Cha el primojénito, Sisebuto su hermano usurpó á la sobrina sus pertenencias; pero acudiendo al califa Hasshem le fueron devueltas, pero se enlazó con un Arabe esclarecido, y sus dos hijos Isaac é Ibrahim merecieron en España el aprecio correspondiente á su cuna y haberes.

Tiene toda provincia que irse asemejando al estado victorioso, ya por los advenedizos ya por el remedo de los naturales, y la Espana, salpicada ya por la sangre cartaginesa, romana y goda, se fué en pocas generaciones empapando en relaciones y costumbres arábigas. En pos de los conquistadores y de los veinte lugartenientes sucesivos del califa, se fueron agolpando un sinnúmero de secuaces civiles y militares, que ansiaban fortuna, aunque lejana; se plantearon colonias y se fomentaron intereses públicos y privados, y las ciudades de España se engrieron ensalzando la tribu ó el país de sus antepasados orientales. Las tropas victoriosas y revueltas de Tarik y Muza,

alegaron bajo el nombre de Españoles su derecho fundamental de conquistadores, franqueando á sus hermanos Ejipcios el plantear sus vecindades en Murcia y en Lisboa. Arraigóse en Córdoba la lejion réjia de Damasco ; la de Emesa en Sevilla; la de Kinniarin ó Calcis en Jaen ; la de Palestina en Aljeciras y Medina Sidonia. Los naturales de Yemen y Persia se fueron desparramando por Toledo y las comarcas interiores, concediendo las vegas pingües de Granada á los diez mil jinetes de Siria y de Irak, hijos de las tribus mas castizas y nobles de la Arábia (190). Aquellos bandos hereditarios abrigaban competencias á veces provechosas, por lo mas aciagas, y á los diez años de la conquista presentaron al califa un mapa de la provincia, con espresion de mares, rios, bahías, pueblos, vecindarios, climas, suelo y productos minerales del país (191). Su labranza fué realzando en el término de dos siglos los dones naturales (192), con manufacturas, industria y comercio ; pero su fantasía vaga y soñadora ha ido abultando los partos de sus afanes. El primer Omíade que reinó en España acudió al arrimo de los Cristianos, y en su bando de paz y padrinazgo se contenta con el corto impuesto de diez mil onzas de oro, diez mil libras de plata, diez mil caballos, otras tantas mulas, mil corazas é igual número y de celadas de lanzas (193). Despues el sucesor mas poderoso llegó á cobrar del mismo reino, el tributo anual de doce millones y cuarenta y cinco mil dinares ó piezas de oro, unos treinta millones de duros (194); suma que en el siglo décimo sobrepujaba al total de las rentas de los monarcas cristianos. Su solar réjio de Córdoba contenia seiscientas mezquitas, novecientos baños y doscientas mil casas; estaba mandando á ochenta ciudades de primer órden y á trescientas de segundo y tercero; y doce mil aldeas ó cortijadas realzaban las fértiles orillas del Guadalquivir. Cabe que los Arabes abulten, pero fraguaron y describen la temporada mas venturosa de las riquezas, cultivo y poblacion de España (195).

Santifica el profeta las guerras musulmanas, pero entre los varios preceptos y ejemplos de su vida, entresacaron los califas las doctrinas de tolerancia conducentes á desarmar el contraresto de los incrédulos. El templo y patrimonio del Dios de Mahoma se hallan en la Arabia, y mira con mas tibieza y desvío las naciones de la tierra. Sus rendidos esterminan legalmente á los politeistas é idólatras que ignoran hasta su nombre (196), pero una política cuerda acudia á los vacíos de la justicia, y tras aquellos ímpetus de disparada intolerancia, los conquistadores mahometanos del Indostan se desentienden de las pagodas de aquel país devoto y populoso. La revelacion mas *cabal* de Mahoma fué brindando á los discípulos de Abrahan, de Moisés y de Jesus, pero si anteponian el pago de un tributo equitativo, quedaban árbitros de su conciencia y culto (197). En el campo de batalla el profano rescataba su vida ya enajenada profa-

sando el *Islam* ; las mujeres tenian que seguir la relijion de sus dueños, y alumnas entrañables fueron encartando en manos de los cautivos. Pero aquellos millones de convertidos asiáticos y africanos, que tantísimo acrecieron las cuadrillas nativas de los fieles Arabes, por halago, mas que á viva fuerza, fueron pregonando su creencia en un solo Dios y en su apóstol. En repitiendo alguna sentencia y cercenándose el prepucio, súbdito ú esclavo, cautivo ú reo ; al golpe se erguia como compañero é igual á los Mahometanos victoriosos. Todo pecado quedaba corriente, todo contrato disuelto; el voto del celibato se trasponia al impulso de la naturaleza ; los ánimos briosos que yacian por los claustros se enardecian al clarin de los Sarracenos, y en aquel vaiven universal, todo individuo de la nueva sociedad se encumbraba al temple natural de sus alcances y su denuedo. Las dichas invisibles y las temporales del profeta arábigo arrebataban al par los pechos de la muchedumbre, y se deja suponer que muchos de sus alumnos abrigaban un convencimiento cabal de la verdad y pureza de su revelacion. Para un politeista indagador debia aparecerse allá de una escelencia sobrehumana, pues mas acendrada que el sistema de Zoroastro, mas grandiosa que la ley de Moisés, la relijion de Mahoma debe parecer mas avenible con la racionalidad que la creencia monstruosa, y fanática que en el siglo séptimo mancilló la sencillez del Evanjelio.

La fé mahometana aventó la relijion nacional en las provincias dilatadísimas de Persia y de Africa. Sola se erguia la teolojía allá inapeable de los Magos entre las sectas del Oriente ; pero los escritos profanos de Zoroastro (198), venian á hermanarse bajo el nombre respetable de Abrahan, eslabonados mañosamente con la revelacion divina. El principio malvado, el diablo Ahiman, podia muy bien conceptuarse como competidor, ó bien hechura, del Dios de la luz. Carecian de imájenes los templos de Persia : mas cabia el tildar de idolatría torpe y criminal el culto del sol y del fuego (199). La práctica de Mahoma y la cordura de los califas (200) estuvieron siempre por la mansedumbre : alistaron á los Magos ó Guebros con los Judíos y los Cristianos entre las jentes de la ley escrita (201) y aun el siglo III de la héjira la ciudad de Herat está apronlando una contraposicion estremada entre el desafuero privado y la tolerancia publica (202). En pagando su tributo anual quedaban afianzados los Guebros de Herat, bajo el resguardo de la ley mahometana, en sus libertades civiles y relijiosas, pero la nueva y humilde mezquita yace allá como arrinconada junto al antiguo y esplendoroso templo del fuego. Laméntase un Iman en sus sermones de vecindad tan escandalosa y acrimina á los fieles por su tibieza y apocamiento, y el vecindario á los esallidos de su voz se alborota y se arremolina, y abrasando entrambos edificios, para luego echar sobre el solar y plantear los cimientos de una

nueva mezquita. Apelan los Magos agraviados al soberano de Corazan, ofrece justicia y desagravio, cuando ¡ ay Dios ! cuatro mil vecinos de Herat, de edad madura y de aspecto formal, juran á una voz que el idólatra santuario *jamás* existió; toda pesquisa queda atajada y sus conciencias satisfechas (dice el historiador Mirchond) (203) con aquel perjurio sacrosanto y meritorio (204). Pero desiertan los devotos empedernidos y sus templos de Persia yacen por la mayor parte en el suelo; *imperceptible* seria aquel menoscabo; puesto que no suena acontecimiento ni persecucion por aquella larga temporada y seria tambien *jeneral*, ya que todo el reino desde Shira á Samarcanda se empapó en la fé del Alcoran; y la conservacion del idioma antiguo esta manifestando la descendencia de los Mahometanos de Persia (205). Por los yermos y las serranías una ralea pertinaz de incrédulos se atuvo mas y mas á la supersticion solariega, y asoma todavía una tradicioncilla de la teolojía maga en la provincia de Kirvan por las orillas del Indo entre los desterrados de Surate, y en la colonia planteada por Shaw Abbac en el siglo anterior, á las puertas de Ispahan. Retiróse el Sumo Pontífice al monte Erbuz, á diez y ocho leguas de la ciudad de Yerd; el fuego perpetuo (si es que sigue ardiendo) está inaccesible á los profanos; pero es su residencia la escuela, el oráculo y la romería de los Guebros, cuyas fisonomías broncas y uniformes pregonan la castiza igualdad de su sangre. Los prohombres manejan ochocientas mil familias industriosas y vividoras, manteniéndose con ciertas manufacturas delicadas y un tráfico menudo, y cultivando, la tierra con el afan de un ejercicio relijioso. Contrastó su idiotez el despotismo de Shaw Abbac, quien estuvo requiriendo con amagos y tormentos los libros de Zoroastro, y aquellos residuos arrinconados de los Magos van subsistiendo con la moderacion ó el menosprecio de sus soberanos actuales (206).

La costa septentrional de Africa es el último territorio donde la luz del Evanjelio, despues de cabal y dilatado asiento, ha venido á apagarse por entero. Nubláronse las artes enseñadas por Cartago y Roma sin rastro ya de las doctrinas de Agustin y de Cipriano. El enfurecimiento de Donatistas, Vándalos y Moros echó por tierra hasta quinientas sillas episcopales. Menguó el clero y amainó su fervor, y el pueblo, sin arreglo, luz, ni esperanza, se doblegó al yugo del profeta arábigo. A los cincuenta años de arrojados los Griegos (A. 743), un lugarteniente de Africa participó al califa como el tributo de los infieles quedaba abolido con su conversion (207), y aunque trató de encubrir su engaño y rebeldía, fundó con boato su pretexto en los progresos rapídisimos é inmensos de la fé Mahometana. Destacóse al siglo siguiente una mision extraordinaria de cinco obispos desde Alejandría al Cairvan, pues el patriarca Jacobita les encargó que avivasen las pausas moribundas del Cristianismo (208); pero el entrometimiento de un prelado advenedizo, estraño para los latinos y enemigo del

Catolicismo, da por supuesto el menoscabo y vuelco de la clerecía africana. No era ya aquel tiempo en que un sucesor de Cipriano contrarestaba de igual á igual á la ambicion del pontífice Romano. En el siglo XI el sacerdote desventurado sentándose sobre los escombros de Cartago estaba implorando las limosnas y el amparo del Vaticano, y lamentándose amargamente de que los Sarracenos le habian azotado su cuerpo desnudo, y de que cuatro sufragáneos le disputaban los pilarcillos vacilantes de su sólio. Encamínanse dos epístolas de Gregorio VII á embalsamar (209) el quebranto de los Católicos y halagar el engreimiento de un príncipe moro. Asegura el papa al sultan que entrambos estan adorando el mismo Dios y viven esperanzados de juntarse en el seno de Abrahan; mas la queja de no hallarse ya tres obispos para consagrar á un hermano está anunciando el vuelco atropellado é inevitable del órden episcopal (A, 1053—1076—1146). Hacia tiempo que los Cristianos de Africa y España se habian allanado á practicar la circuncision y abstenerse legalmente de vino y cerdo, y el nombre de *Mozárabe* (210) (Arabes adoptivos) se aplicaba á los conformistas civiles y relijiosos (211). Quedó abolido á mediados del siglo XII el culto de Cristo con la sucesion de los pastores por toda la costa de Berbería, y en los reinos de Córdova y Sevilla, Valencia y Granada (212). El sólio de los Almohavides ó Unitarios estribaba en fanatismo rematado y su atropellamiento violentísimo era un contraresto de las victorias recientes, y el afan intolerante de los príncipes de Castilla y de Sicilia, de Aragon y Portugal. Tacual misionero del papa iba reviviendo la fé de los Mozárabes, y con el desembarco de Cárlos V (A. 1535) hubo familias Cristiano Latinas que osaron alzar la cabeza en Arjel y en Tunez. Mas la semilla del Evanjelio quedó luego aventada, y la provincia larguísima desde Trípoli hasta el Atlántico perdió allá todo recuerdo del idioma y relijion de Roma (213).

Mediaron once siglos, y Judíos y Cristianos estan disfrutando en el imperio turco la misma libertad de conciencia concedida por los califas arábigos. En la primera temporada de su conquista estuvieron recelosos contra la lealtad de los Católicos, en cuyo nombre de Melquitas se estaba rastreando su propension al emperador Griego; al paso que los Nestorianos y Jacobitas se estaban acreditando como enemigos mortales de los otros amigos entrañables y voluntarios del gobierno mahometano (214). Pero el tiempo fué embalsamando esta ojeriza parcial y á fuer de su rendimiento, participaron los Católicos de las iglesias de Ejipto (215) y todas las sectas orientales. El majistrado civil estaba apadrinando la jerarquía; las inmunidades y la jurisdiccion propia de los patriarcas, de los obispos y de todo el clero; con la ciencia se realzaban para los cargos de secretarios y de médicos; se enriquecian con la recaudacion gananciosa de las rentas, y sus merecimientos solia ensalzarlos hasta el mando de ciudades y provincias. Un califa de la alcurnia de Abac llegó á manifestar que los Cristianos se hacian

muy acreedores por su desempeño al réjimen de la Persia. « Los Musulmanes, decia, abusarán de su actual engrandecimiento: los Magos echarán menos su predominio anterior y los Judíos se muestran ansiosísimos por su redencion inmediata » (216). Mas todo esclavo se remonta ó se postra con la privanza ó el desvío del despotismo. Los árbitros del Oriente, á impulsos de su avaricia ó devocion, han estado atropellando las iglesias en todos los siglos, y el fervor ,ó el engreimiento de los Cristianos se lastimaba de las cortapisas mas legales y corrientes (217). Como dos siglos despues de Mahoma se deslindaban de los demás súbditos con un turbante ó ceñidor de matíz mas desairado , y en vez de caballos ó mulas , tenian que cabalgar borricos á la mujeriega; ceñian escasa dimension sus edificios públicos y privados; en las calles ó baños tenian que ladearse ó doblegarse ante el ínfimo del populacho , y quedaba desechado su testimonio en pudiendo parar perjuicio á algun verdadero creyente. Vedábanles todo boato en las procesiones, el clamoreo de las campanas, y hasta la canturia de los salmos para su culto; imponíaseles siempre decoroso miramiento en sermones y en conversacion para con la fé nacional, castigando ejemplarmente el intento sacrílego de entrar en una mezquita ó seducir á un Musulman. Sin embargo , en las temporadas de sosiego y equidad, jamás se precisó al Cristiano á renegar del Evanjelio y profesar el Alcoran pero; se castigaba de muerte á todo apóstata que abrazó y luego orilló la ley de Mahoma. Los mártires de Córdova estuvieron provocando al Cadhi con su confesion pública y sus disparos violentos contra la persona y relijion del profeta para sentenciarlos á la cuchilla (218).

A fines del primer siglo de la Héjira, con los califas los monarcas mas poderosos y absolutos del globo (An. 718). De derecho y de hecho no habia coto para los ámbitos de su albedrío, sin potestad en los nobles, sin ensanches para la plebe, sin privilejios en las iglesias , ni recuerdo de constitucion alguna. El predominio de los compañeros de Mahoma falleció con ellos; y los caudillos, ó emires de las tribus árabes, fueron dejando á la espalda por el desierto los arranques de su igualdad é independencia. Los sucesores de Mahoma tremolaron al par sus ínfulas réjias y sacerdotales; y si era el Alcoran la norma de sus jestiones, tambien se erguian ellos como jueces supremos é intérpretes irreplicables de su libro divino. Estaban reinando por derecho de conquista en las naciones del Oriente , ajenísimas aun del mero nombre de libertad , y avezadas á vitorear en sus tiranos las tropelías irracionales que estaban ejercitando contra ellos. Con el último Omíade , el imperio arábigo allá se esplayaba por el ámbito de doscientas jornadas de Levante á Poniente, desde el confin de la Tartaria y la India hasta las playas del Océano Atlántico; y en cercenando la manga del ropaje, como lo apellidan sus escritores , el señorío fundamental y populoso desde Fargana hasta Aden , desde Tarso á Surate, se va

estendiendo á diestro y siniestro hasta la línea de cuatro ú cinco meses de marcha para una caravana (219). No caben el enlace estrecho ni la obediencia rendida y arraigada en el gobierno de Augusto y de los Antoninos; mas el predominio de la relijion Mahometana fué derramando por tan anchurosos ámbitos cierta semejanza jeneral en costumbres y opiniones. Desde Samarcanda hasta Sevilla, se estaban estudiando al par desaladamente el idioma y las leyes del Alcoran; abrazábanse como hermanos y compatricios el Moro y el Judío en su romería á la Meca, y prevaleció el habla arábiga, á fuer ya de popular en todas las provincias al poniente del Tigris (220).

NOTAS

correspondientes al capítulo quinquajésimoprimero.

(1) Véase la descripcion de la ciudad y país de Al Yamaná, en Abulfeda, Descript. Arabiæ, p. 60, 61. En el siglo XIII, habia algunas ruinas y varias palmeras, pero en el siglo actual, el mismo terreno está ocupado por las visiones y arenas de un profeta moderno, cuyos dogmas no son muy conocidos (Niebuhr, Description de l'Arabie, p. 296-302).

(a) Esta mujer estraordinaria era cristiana, y estaba al frente de una secta numerosa y escojida; Moseilama reconoció su inspiracion. En una entrevista personal les propuso casasen y uniesen sus sectas. El personal aventajado, la elocuencia apasionada, y las artimañas de Moseilama, triunfaron de la virtud de la profetisa, que fué rechazada con desprecio por su amante, y por su notorio descoco perdió su influjo con sus propios partidarios. Gibbon particularmente en sus últimos tomos, escojió únicamente la parte mas abultada de esta estraña aventura. —M.

(2) Su primer saludo puede trascribirse; pero no traducirse. Así decia ó cantaba Moseilama:

Surge tandem itaque strenue permolenda; nam stratus tibi thorus est.

Aut in propatulo tentorio si velis, aut in abditiore cabiculo si malis.

Aut supinam te humi exporrectam fustigabo, si velis, aut si malis manibus pedibusque nixam.

Aut si velis ejus (*Priapi*) gemino triente, aut si malis totus veniam.

Imo, totus venito, O Apostole Dei, clamabat fœmina. Id ipsum dicebat,

Moseilama, mihi quoque suggessit Deus.

La profetisa Segjá, tras la caida de su amante; volvió á la idolatría, pero, bajo el reinado de Moawiyá, volvió á ser musulmana, y murió en Balsora (Abulfeda, Annal. vers. Reiske, p. 63).

(3) Véase este texto, que demuestra un Dios desde la obra de la jeneracion, en Abulfarajio (Especimen Hist. Arabum, p. 13 y Dinast. pájina 103) y Abulfeda (Anal. p. 63).

(b) Compárese una larga relacion de esta batalla en Price, p. 42. —M.

(c) En Arabe « succesores. » V. Hammer, Geschichte der Assass. p. 16.—M.

(4) Su reinado en Eutiquio, tom. II, p. 251. Elmacin, p. 18. Abulfarajio, p. 108. Abulfeda, p. 60. D'Herbelot, p. 58.

(5) Su reinado en Eutiquio, p. 264. Elmacin, p. 24. Abulfarajio, p. 110. Abulfeda, p. 66. D'Herbelot, p. 686.

(6) Su reinado en Eutiquio, p. 323. Elmacin, p. 36. Abulfarajio, p. 115. Abulfeda, p. 75. D'Herbelot, p. 695.

(7) Su reinado en Eutiquio, p. 343. Elmacin, p. 51. Abulfarajio, p. 117. Abulfeda, p. 93. D'Herbelot, p. 89.

(8) Su reinado en Eutiquio, p. 344. Elmacin, p. 54. Abulfarajio, p. 123. Abulfeda, p. 101. D'Herbelot, p. 586.

(9) Sus reinados en Eutiquio. tom. II, p. 360-395. Elmacin, pájina 59-108, Abulfarajio, Dinast. IX, p. 124-139. Abulfeda, 111-141. D'Herbelot, Biblioteca Oriental, p. 691 y los artículos particulares de los Omíades.

(10) Sobre el siglo VII y VIII, apenas tenemos ningun testigo orijinal de los historiadores bizantinos, escepto las Crónicas de Teófanes (Theophanis Confessoris Chronographia, Gr. et Lat. cum notis Jacobi Goar. Paris, 1665, en folio) y el Compendio de Nicéforo (Nicephori Patriarchæ C. P. Breviarium Historicum, Gr. et Lat. Paris, 1648, en folio), que ambos vivieron á principios del siglo IX (véase Hanckius de Scriptor. Byzant. p. 200-246). Su contemporáneo Focio, no parece mas rico. Tras ensalzar el estilo de Nicéforo, añade, Καὶ ὅλως πολλούς ἐστι τῶν πρὸ αὐτοῦ ἀποκρυπτόμενος τῇδε τῆς ἱστορίας τῇ συνγραφῇ, y solo se queja de su suma brevedad (Phot. Bibliot. Cod. LXVI, p. 100). Algunas adiciones pueden sacarse de las historias mas recientes de Cedreno y Zonaras del siglo XII.

(11) Tabari ó Al Tabari, Taborestan, un célebre iman de Bagdad, y la Vida de los Árabes, termina su historia jeneral en el año de la héjira 302 (A. 914). A peticion de sus amigos, redujo una obra de tres mil pliegos á un número mas razonable. Pero su orijinal árabe es conocido únicamente por las tradiciones turcas y persas. La historia sarracena de Ebn Amid, ó Elmacin, dicen que es un compendio del grande Tabari (Ockley, Hist. de los Sarracenos, vol. II, prefacio, p. XXXIX y lista de autores, D'Herbelot, p. 866, 870, 1014).

(12) Además de las listas de autores arregladas por Prideaux (Vida de Mahoma, p. 179-189), Ockley (al fin de su segundo tomo), y Petit de la Croix (Hist. de Jenjiscan, p. 525-550), hallamos en la Biblioteca oriental *Tarikh*, un catálogo de dos ó trescientas historias, ó crónicas del Oriente, de las cuales solo dos ó tres son mas antiguas que el Tabari. Una pintura viva de la literatura oriental se halla en Reiske (en su Prodidagmata ad Hagji Chalifæ librum memorialem ad calcem Abulfedæ Tabulæ Syriæ, Lipsiæ, 1776); pero su proyecto y la traduccion francesa de Petit de la Croix (Hist. de Timur Bec, tom. I, prefacio, p. XLV) se han desacreditado.

(13) Los historiadores y jeógrafos particulares se introducirán á su tiempo. Los cuatro títulos siguientes representan los Anales que me han guiado en esta narracion jeneral. 1. *Anales Eutychii Patriarchæ Alexandrini, ab Edwardo Pocockio, Oxon.* 1656, 2 vols. en 4.º Una pomposa edicion de un autor indiferente, traducida por Pocock para halagar las preocupaciones presbiterianas de su amigo Selden. 2. *Historia Saracénica Georgii Elmacin, opera et studio Thomæ Erpenii,* en 4.º *Lugd. Batavorum*, 1625. Se dice que tradujo apresuradamente un manuscrito corrompido, y su version es muchas veces defectuosa en estilo y sentido. 3. *Historia compendiosa Dynastiarum a Gregorio Abulpharajio, intérprete Edwardo Pocockio*, en 4.º *Oxon* 1663. Mucho mas útil para la historia literaria del Oriente que para la civil. 4. *Abulfeda Annales Moslemici ad ann. Hegiræ* CCCCVI. *a Jo. Jac.* Reiske, en 4.º *Lipsiæ*, 1754. Lo mejor de nuestras crónicas, tanto orijinales como traducciones, pero con todo muy inferiores al nombre de Abulfeda. Sabemos que escribió en Hamá, en el siglo XIV. Los tres primeros eran Cristianos de los siglos X, XII y XIII, los dos, naturales de Ejipto; un patriarca melchita y un escriba jacobita.

(14) M. de Guignes (Hist. des Huns, tom. I, pref. p. XIX, XX) caracterizó con acierto y sabiduría, las dos especies de historiadores árabes, el adusto analista, y el orador pomposo y florido.

(15) Biblioteca Oriental, por D'Herbelot, en folio, París, 1697. Sobre el carácter del respetable autor, consúltese su amigo Thevenot (Vo-

yages du Levant, (part. I, cap. I). Su obra es una miscelanea agradable, que debe satisfacer todos los gustos; pero nunca he podido ver el órden alfabético, y le hallo mas satisfactorio en la historia persa que en la arábiga. El suplemento reciente de los papeles de los señores Visdelou y Gallan (en folio, La Haya, 1799) son de un estilo muy diferente, una mezcla de cuentos, proverbios, y antigüedades chinas.

(16) Pocock esplicará la cronolojía (Specimen Hist. Arabum, p. 66-74) y D'Anville la jeografía (l'Eufrate et le Tigre, p. 125), de los Almondares. El estudiante inglés entendia mejor el árabe que el mufti de Alepo (Ockley, vol. II, p. 34); el jeógrafo francés se halla en su centro en todos tiempos y climas del mundo.

(d) Eichihorn y Silvestre de Saaj han escrito sobre la intrincada historia de los Mondares.—M.

(17) Fecit et Chaled plurima in hoc anno prælia, in quibus vicerunt Muslimi, et *infidelium* inmensa multitudine occisa spolia infinita et innumera sunt nacti (Hist. Saracénica, p. 20). El analista cristiano introduce la espresion nacional y breve de *infieles*, y muchas veces adopto (supongo que sin escandalizar) yo el mismo modo característico de espresarse.

(e) Compárese á Malcolm, vol. II; p. 136.—M.

(18) Anciclo de 120 años, á cuyo fin con un mes intercalado de 30 dias suplia nuestro bisiesto, y devolvia su integridad el año solar. En una gran revolucion de 1440 años esta intercalacion se movió sucesivamente desde el primero hasta el dozavo mes; pero Hyde y Freret se enredan en una profunda controversia sobre si doce ó solo ocho de estos cambios se verificaron antes de la era de Yezdegerd, que se fijó unánimemente el 16 de junio A. 632. ¡Cuán trabajosamente el espíritu curioso de Europa esplona las lobregueces de las antigüedades mas remotas (Hyde, de Religione Persarum, c. 14-18, p. 181-211. Freret en las Mém. de l'Académie des Inscriptions, tom. XVI, p. 233-267)!

(19) Nueve dias despues de la muerte de Mahoma (7 junio, A. 632) hallamos la era de Yezdegerd (16 de junio, A 632) y su accesion no puede posponerse mas allá del fin del primer año (*). Sus predecesores por consiguiente no pudieron resistir á las armas del califa Omar; y estas fechas inaveriguables destruyen la imajinaria cronolojía de Abulfarajio. Véase la Historia de los Sarracenos por Ockley, vol. I, p. 130.

(*) El Rezout Uzzuffa (Ruce p. 195) trae una exacta relacion de una embajada á Yezdegerd. Los historiadores orientales gustan mucho de estas embajadas, porque les ofrecen una ocasion de manifestar su elocuencia asiática.—M.

(20) Cadesia, dice el jeógrafo nubiano (p. 121) está, in margine solitudinis, 61 leguas de Bagdad, y dos jornadas de Cufa. Otter, (Viaje, tom. I, p. 63) calcula 15 laguas, y observa, que el sitio está provisto de agua.

(f) El dia de los glotones, ó, segun otro escrito, el dia de los refuerzos. La noche se titulaba la de la gritería. Price, p. 114.—M.

(g) Segun los datos de Malcolm solo tres mil, pero añade: « Esta es la relacion de los historiadores mahometanos, que tienden siempre á lo maravilloso, al referir las primeras acciones de los leales. » Vol. I, p. 139.—M.

(21) Atrox, contumax, plus semel renovatum, son las espresiones escojidas del traductor de Abulfeda (Reiske, p. 69).

(22) D'Herbelot, Bibliothèque Orientale, p. 297, 348.

(23) El lector puede satisfacer su curiosidad sobre Balsora consultando los escritores siguientes: Jeografía Nubiense, p. 121. D'Herbelot, Bibliothèque Orientale, p. 192. D'Anville, L'Euphrate et le Tigre, pájina 130, 133, 145. Raynal, Hist. philosophique des deux Indes, tom. II p. 92-100. Voyages: di Pietro della Valle, tom. IV, p. 370-391. De Tavernier, tom. I, p. 240-247. D. Thevenot, tom. II, p. 545-584. D'Otter, tom. II, p. 45-70: De Niebuhr, tom. II, p. 172-199.

(24) Mente vix potest numerare comprehendi quanta spolia.... nostris ceserint. Abulfeda, p. 69. Con todo sospecho, que el número estravagante de Elmacin puede ser, no error del texto, sino de la traduccion. Los mejores traductores griegos, por ejemplo, hallo que son muy poco intelijentes en aritmética (*).

(25) El árbol del alcanfor crece en China y el Japon; pero muchos quintales de las clases inferiores se cambian por una sola libra de la preciosa goma de Borneo y Sumatra (Raynal, Hist. Philosoph. tom. I, p. 362-365. Dictionnaire d'Histoire Naturelle par Bomare. Miller, Diccionario del jardinero). Estas pueden ser las islas del primer clima de donde importaron los Arabes su alcanfor (Geograph. Nub. p. 34, 35. D'Herbelot, p. 232).

(*) Ockley (Hist. de los Sarracenos, vol. I, p. 230) traduce del mismo modo tres mil millones de ducados. Véase el Mahometismo patentizado de Forster vol. II, p. 462; quien duda inocentemente de Gibbon respecto á la cantidad del botin, y yo me aventuro á calificarlo de abandono y falta de respeto á la memoria de Erpenio.

Los testimonios persas de Price, p. 122 hacen ascender el botin á trescientos treinta millones de libras esterlinas.— M.

(h) Compárese Price , p. 122.—M.

(26) Véase Gagnie. , Vie de Mahomet , tom. I , p. 376 , 277. Puedo dar crédito al hecho , sin creer la profecia.

(27) Las ruinas de mayor importancia en Asiria son la torre de Belo, en Babilonia , y la muralla de Cosroes en Tesifon ; fueron visitadas por aquel vano y curioso viajero Pietro della Valle (tom. I , p. 713-718, 731-735).

(28) Consúltese el artículo de *Cufa* en la Biblioteca de D'Herbelot. p. 277, 278 ; y el segundo tomo de la Historia de Ockley , particularmente p. 40 y 153.

(29) Véase el artículo de *Nehavend*, en D'Herbelot, p. 667 , 668 ; y Viajes á Turquía y Persia , por Otter, tom. I , p. 191 (*).

(30) Con ímpetus de ignorancia y pasmo describe el orador Ateniense, las conquistas septentrionales de Alejandro, quién jamás traspasó los linderos del mar Caspio. Ἀλέξανδρος ἔξω τῆς ἄρκτου καὶ τῆς οἰκουμένης, ὀλίγου δεῖν, πάσης μεθειστήκει. Æcquines contra Ctesiphontem , tom. III , p. 554. edit. Græc. Orat. Reiske. Aquel pleito memorable se litigó en Atenas , Olymp. CXII. 3. (330 antes de Cristo), por otoño (Taylor , præfat. p. 370 etc.), como un año tras la batalla de Arbela ; mientras Alejandro , en el alcance de Darío , iba marchando hácia Hircania y Bactriana.

(31) Debemos esta particularidad curiosa, á las Dinastias de Abulfaraje, p. 116; pero se han escusado el comprobar la identidad de Estachar y Persepolis (D'Herbelot , p. 327) y todavía mas ocioso el ir copiando los dibujos y descripciones de Juan Chardin, y Corneille le Bruyn.

(32) Tras la conquista de Persia, añade Teófanes αὐτῷ δὲ τῳ χρόνῳ ἐκέλευσεν Οὔμαρος ἀναγραφῆναι πᾶσαν τὴν ὑπ' αὐτὸ ν· ἐγένετο δὲ ἡ ἀναχράφη καί ἀνάγράφη καὶ ἀνθρώπων καὶ κτηνῶν καὶφυτῶν (Chronograph , p. 288).

(33) En medio de nuestras mezquinas relaciones , no puedo menos de condolerme de que D'Herbelot no haya podido hablar y disputar la traduccion persa de Tabari, realzada , como dice , con varios estractos de los historiadores nativos de los Ghebers ó Magi (Bibliot-Orient. p. 1014).

(34) El pormenor mas auténtico de ambos rios , el Sihon (Saxartes) y il Gihon (Oxo) se hallan en el Sherif el Edrisi (Geograph. Nubiens. pájina 138) , Abulfeda (Descr del Chorasan en Hudson tom. III , p. 23). Abulghazi Khan , que reinó en su orilla (Hist. Genealogique de Tatars, p. 32 , 57 , 766) , y el Jeógrafo Turco , manuscrito en la librería del rey de Francia (Exâmen Critique des historiens D'Alexandre p. 194-360).

(35) Abulfeda describe el territorio de Fergana p. 76 y 77.

(*) Malcolm. vol. 1 paj. 141.

(36) Eo redegit angustiarum eundem regem exulem, ut Turcici regis, et Sogdiani, et Sinensis, auxilia missis litteris imploraret (Abulfeda Annales p. 74). El enlace de la historia persa y china queda despejado por Freret (Mém, de l'Académie, tom. XVI, p. 245-255) y de Guignes (Hist. des Huns, tom. I, p. 52-53) y en cuanto á la jeografía de los linderos, tom. II, p. 1-53.

(37) Hist. Sinica p. 41-46, en la III parte de las Relaciones curiosas de Thevenot.

(38) He tenido que hermanar las diversas narraciones de Elmacin (Hist. Sarracen p. 37), Albulfaraji (Dinast. p. 116), Abulfeda (Annal. p. 74, 79), y D'Herbelot (p. 485). El final del Yezdegerd, no solo es fatal sino confuso.

(i) El por menor de la muerte de Yezdegerd en el Habeib' Usseir y Ruzut Uzzuffa (Price, p. 162) es mucho mas probable. Al pedirle pocos dhiremes, ofreció al molinero su espada y el tahalí réjio de sumo valor. Con esto enardeció la codicia del molinero, quien lo mató y arrojó su cadáver á la corriente. —M.

(j) Firem murió dejando un hijo llamado Ni-ni-cha por los Chinos, probablemente Narses. Tuvo Yezdegerd dos hijos, Firutz y Bahram. San Martin t. V p. 318. —M.

(39) Las dos hijas de Yezdegerd se casaron con Hassan, hijo de Alí, y Mohammed, hijo de Abubeker, y el primero tuvo dilatada prosapia. La hija de Firux paró en esposa del califa Walid, y su hijo Yezid, entroncaba su alcurnia efectiva ó mentirosa con Cosroes de Persia, los Césares de Roma, y los Chaganes de Turcos y Avaros (D'Herbelot, Bibliot. Orientale, p. 96, 487).

(40) Se valuó en 2000 piezas de oro, y cupo en galardon á Obeidolah hijo de Ziyad, nombre luego afamado con la muerte de Osein (Okley's History of the Sarracens, vol. II, p. 142, 143). Su hermana Salem andaba con su esposa, la primera mujer árabe (A. D. 680) que pasó el Oxó, y tomó ú robó la corona de perlas de los príncipes Sogdianos (p. 231, 232).

(41) Tradujo Greaves parte de la Jeografía de Abulfeda concertada en la coleccion de Hudson, de los jeógrafos menores (tom. III) é intitulada Descriptio Chorasmiæ et *Mawaralnahrœ*, id est, regionum extra fluvium Oxum, p. 80. El nombre de *Trans-oxiana*, de sonido mas suave, y equivalente en el sentido, se halla usado adecuadamente por Petit de la Croix (Hist. de Gengiskan etc.) y en algunos Orientalistas modernos; pero se equivocan en apropiarlo á los escritores antiguos.

(42) Elmacin apuntó escasamente las conquistas de Catibah Hist. Sa–

rac. p. 84), d'Herbelot (Bibliot. Orientale *Catbah, Samarcand Valid*) y de Guignes (Hist. des Huns, tom. I, p. 58 y 59).

(k) El manuscrito arábigo y los escritores persas, en la biblioteca real, contienen pormenores circunstanciados, sobre las contiendas entre Persas y Árabes. S. Martin se desentendió de este aumento en la historia de M. le Beau, por demasiado prolijo. S. Martin vol. XI, p. 320.—M.

(43) Se inserta una descripcion curiosa de Samarcand en la Biblioteca Arábica-Hispana, tom. I, p. 208 etc. El bibliotecario Casiri (tom. II, 9) refiere por testimonio fidedigno, que el papel se trajo por primera vez de la China á Samarcand, A. H. y se *inventó*, ú mas bien se introdujo en la Meca, A. H. 88. La librería del Escorial encierra manuscritos de papel, de antigüedad del cuarto ú quinto siglo de la éjira.

(44) Al Wakidi compuso una historia peculiar de la conquista de Siria. Era Cadi de Bagdad y nació en A. D. 748; escribió tambien la conquista de Egipto, del Diarbekir etc. (*). Se aventaja á las crónicas descarnadas y recientes de los Árabes por antiguo y estenso, y sus pormenores y tradiciones muestran un retrato vivo de personas y acciones; pero suele dejenerar en frívolo, inverosímil y escaso. Hasta tanto que asome descubrimiento mas aventajado, su docto y brioso intérprete (Ockley en su historia de los Sarracenos, tom. I, p. 21 y 342) no merece el desentonado asalto de Reiske (Prodidagmata ad Hagii Califæ tabulas p. 236). Me desconsuela el que los afanes de Ockley viniesen á redondearse en una cárcel. Véanse entrambos prólogos al I tomo A. D. 1708, al 2.° 1718 con la lista de sus autores al fin).

(45) Las instrucciones etc. de la guerra siríaca, se hallan en Al Wakidi y Ockley, tom. I, p. 22-27 etc. En adelante hay que compendiar, y escusar las citas, para autorizar los pormenores, pues se espresarán cuantas especies deba á los demás.

(46) A pesar de este precepto, M. Pauw (Recherches sur les Egyptiens, tom. II, p. 192, el de Laussane, retrata á los Beduinos como enemigos implacables de los monjes cristianos; yo malicio mas bien la codicia arábiga que las preocupaciones del filósofo aleman (**).

(*) M. Hamaker ha comprobado que ninguna de dichas obras pertenece á Al Wakdi, siendo no mas antiguas que de fines del siglo XI, y lo mas tarde de mediados del siglo XIV. Pract. in Inc. Auct. lib. de Expugnatione Memphilis. IX, X—M.

(**) Varios viajeros modernos (M. Fazakerley en los viajes de Walpole al Oriente t. X p. 371 dan individuales noticias del trato que media entre los monjes del monte Sinai con los Beduinos fronterizos, y así se comunicaron ya

(47) Aun en el siglo séptimo, solian ser legos los monjes, pues usaban el pelo largo, y solo se afeitaban la cabeza al ordenarse. La tonsura circular era sagrada y misteriosa, siendo la corona de espinas; pero tambien era una diadema réjia, y todo clérigo venia á ser un rey etc. (Thomassin, Discipline de l'Église, tom. I, p. 721-758, y con especialidad en las 37 y 38).

(k) Compárese Price, p. 66 — M.

(48) Huic Arabia est conserta, ex alio latere Nabathæis contigua; opima varietate commerciorum, castrisque oppleta validis et castellis, quæ ad repellendos gentium vicinarum excursus, sollícitudo pervigil veterum per opportunos saltus erexit et cautus. Ammian. Marcellin. XIV, 8. Reland. Palestin., tom. I, p. 85, 86.

(49) Al par de Gerasia y Filadelfia, celebra Amiano las fortificaciones de Bosra, firmitate cautissimas. El mismo encomio merecian en tiempo de Abulfeda (Tabul. Syriæ. p. 99.), quien describe aquella ciudad, la metrópoli de Hawran (Aurantia) á cuatro jornadas de Damasco. Reland enseña su etimolojía hebrea; Palestin. tomo II, p. 666.

(50) Apóstol del desierto, y un ejército se requirió para aprontar aquel equivalente del agua (Alcoran, c. III, p. 66, c. V. p. 83); pero los moralistas árabes y persas, han recargado aquel permiso con mil nimiedades y escrupulillos (Reland, de Religione Mohammed, l. 1, p. 82 y 83, Chardin, Viajes á Persia, t. IV).

(51) *Suenan las campanas.* Ockley, t. I, p. 38; pero temo que en realidad quepa esta esplicacion en el testo de Al Wakidi (*) ni en la práctica de los tiempos. Ad Gracos, dice el docto Ducange (Glossar. med. et infim. Græcitat. tom. I, p. 774) campanarum usus serius transit et etiam num rarissimus est. El ejemplar mas antiguo que he podido hallar en los escritores bizantinos es del año 1040; mas pretenden los Venecianos, que introdujeron campanas en Constantinopla por el siglo IX.

(52) Sherif el Edrisi describe anchurosamente á Damasco (Geograph. Nub. p. 116, 117) y su traductor, Sionita (Appendix, c. 4); Abulfeda (Tab. Syriæ, p. 100); Schultens (Index Geograph. ad Vita Saladin.); D'Herbelot (Biblioth. Orient. p. 291); Thevenot (Voyage du Levant,

en lo antiguo donde quiera que el Arabe vivia á lo Beduino.— M. Compárese Price p. 60 — M.

(*) Se conceptua en el dia que dicha historia no es la lejítima de Al Wakidi. S. Martin tom. X. p. 213. Segun la tradicion de Ockley, de los artículos de Jerusalen los Cristianos nunca debian voltear, sino solo golpear las campanas. Hist. de los Sarracenos t. p. 220, — M.

part. I p. 688-698); Maundrell (Journey from Aleppo to Jerusalem, p. 122-130); y Pocock (Description of the East, vol. II, p. 117-127).

(53) Nobilissima civitas, dice Justin. Segun las tradiciones orientales, era anterior á Abrahan y á Semiramis. Joseph. Antiquit. lib. I, c. 6-7, p. 24 y 29, edicion de Havercamp. Justin. XXXVI, 2.

(54) Ἔδει χὰρ, εἶμαι, τὴν Διὸς πόλιν ἀληθῶς, καὶ τὸν τῆς Ἑώας ἁπάσης ὀφθαλμόν· τὴν ἱερὰν καὶ μεγίστην Δάμασκον λέγω· τοῖς τε ἄλλοις σύμπασιν, οἷον ἱερῶν κάλλει, καὶ νεῶν μεγέθει, καὶ ὡρῶν εὐκαιρίᾳ, καὶ πηγῶν ἀγλαΐᾳ, καὶ ποταμῶν πλήθει, καὶ γῆς εὐφορίᾳ νικῶσαν, etc. Julian. epist. XXIV, p. 392. Los higos de Damasco son los acarreadores de adjetivos tan grandiosos, enviando el autor un ciento á su amigo Serapion; y Petavio, Spanhein, etc. (p. 390-396), introducen aquel tema de retórica, entre las cartas legítimas de Juliano. ¿Cómo les cupo desatender, que el escritor es un Damasceno (afirma hasta tres veces que aquel higo especialísimo tan solo se cria παρ' ἡμῖν), ciudad por donde jamás asomó Juliano?

(55) Voltaire oteando aguda y despejadamente el campo de la historia, se queda absorto con el parangon de los primeros Musulmanes y los héroes de la Iliada; el sitio de Troya y el de Damasco (Hist. Jeneral. t. I, p. 348.

(56) Palabras del testo idéntico del Alcoran c. IX, p. 32, c. LXI, p. 8. Al par de nuestros fanáticos del siglo anterior, los Musulmanes, con todo trance vulgar ó grandioso entonaban el habla de la Escritura, lenguaje mas obvio para ellos, que los idiotismos Hebreos trasladados al clima y dialecto británico.

(l) Sobre la invasion de Siria, se hace muy arduo el hermanar las autoridades persas del Mayor Price con los escritores árabes seguidos por Gibbon.

(57) Desconocido es el nombre Berdan para Teófanes; y aunque pudiera pertenecer á un caudillo armenio, no tiene asomo de griego en la traza el sonido. Si los historiadores bizantinos suelen descuartizar los nombres Orientales, los Árabes, en este caso, se desquitan ampliamente de sus enemigos. Trasponiendo las letras griegas de la derecha á la izquierda, ¿no les pudiera resultar de la denominacion familiar de *Andrew*, una especie de anagrama como Milan (*)?

(58) Creyeron por vanidad los Árabes, que Tomás era yerno del emperador. Sabemos los hijos de Heraclio por entrambas esposas, y su *augusta* hija no iria á desposarse y desterrarse en Damasco (véase Vocange,

(*) Vardan es nombre armenio. M. Conjetura San Martin que era de la alcurnia Mamigonia tomo XI, p. 205 —M.

Fam. Byzant. p. 118, 119). Si fuera menos devoto, le maliciaria tal vez la bostardía de la dama.

(59) Okley (p. 101) dice por Al Vakidi, con flechas envenenadas, pero este invento irracional es tan ajeno de Griegos y Romanos, que no puedo menos de tachar la credulidad malvada de los Sarracenos, en este particular.

(60) Ciñe Abulfeda á setenta dias el sitio de Damasco (Annal Moslem. p. 67 vers. de Reiske); pero Elmacin, quien se hace cargo de la cita, dilata el plazo hasta seis meses, y apunta el uso de las *balistas* por los sitiadores (Hist. Sarrac. p. 25-32). Pero aun el ensanche de la temporada no alcanza á cuajar el intermedio de la batalla de Aizmadin (julio A. D. 633) y la sucesion de Omar (24 de jul. A. D. 634), en cuyo reinado se coloca jeneralmente aquella conquista (Al Vakidi apud Ockley. vol. I, p. 115, Abulfaraje, Dynast. p. 112, vers. Pocock (*). Quizás, como en la guerra troyana, intermediaban desvíos y correrías, hasta los últimos setenta dias del año.

(61) Se echa de ver en Abulfeda (p. 125) y Elmacin (p. 32) que esta separacion de las dos porciones de Damasco, sonó antes sin tenerla presente todos los soberanos musulmanes. Véase igualmente Eutiquio (Annal. tom. II, p. 379, 380, 381).

(61) Sobre la suerte de aquellos amantes llamándolos Focis y Eudocia, fundó M. Hughes su trajedia popularísima del sitio de Damasco, que atesora el escaso realce en otros, de hermanar la historia con la naturaleza las costumbres contemporáneas con arranques entrañables. Los necios escrupulillos de los comediantes le previenen á apocar el desenfreno del héroe y la desesperacion de la heroína. En vez de ruin renegado, sirve Focis á los Arabes, como aliado pundonoroso; en vez de facilitar su alcance, se arroja al auxilio de sus paisanos, y despues de matar á Caled y Derar, queda él mortalmente herido, y espira á presencia de Eudocia, quien aclama su resolucion de hacerse monja en Constantinopla: catástrofe en verdad harto helada.

(63) Subsisten decaidísimas las ciudades de Gabala y Laodicea, por donde pasaron de largo los Arabes (Maundrell p. 11 y 12. Pocock t. II,

(*) M San Martin trae el jueves, 23 de agosto por fecha muy probable del fallecimiento de Abubeker, sin quedar cerciorado de que sea idéntica la fecha de la toma de Damasco, que sin embargo hizo rendimiento á los Arabes por aquel tiempo. Se evidencia por el testimonio de los autores arábigos que la toma de Damasco noticiada como del Reinado de Abubeker no llegó á la Arabia hasta el de Omar vol. XI p. 218 — M.

p. 13). Si los Cristianos sortean el alcance, pasan el Orontes por algun puente, á pocas leguas de Antioquía y el mar, y luego entran por Alejandría en la carretera de Constantinopla, los Itinerarios patentizan los caminos y sus entronques y distancias (p. 146, 148, 581, 582, edit. Wesseling.)

(64) *Dair Abil Kodos*. Cercenando la última voz, *sagrado*, estoy viendo el Abila y Lysanias, entre Damasco y Heliópolis: el nombre *Abil* significa viñedo, concuerda con la situacion y corrobora mi conjetura (Reland Palestin., tom. I, p. 317, tom. II, p. 525, 527.)

(65) Tengo mas arrojo que M. Ockley (tom. I p. 164) insertando en mi testo la espresion figurada, y allá advierte al márjen el autor comedido, que los Arabes suelen acudir á símiles con su viviente familiar; como los Lapones á su renjífero.

(66) Suena el *tecbir*, el ínclito alarido
Del Arabe que el cielo en coro amaga,
Sediento de la sangre del vencido.

Aquel vocablo tan formidable en sus guerras santas, (segun Ockley en su índice) es un verbo activo de la segunda conjugacion, de *Kabbara* que significa el estrilillo *Allá Akbar*, 155 Dios es poderosísimo.

(67) La parte mas auténtica é interesante de la jeografía de Abulfeda, es la descripcion de su patria la Siria. Publicóse toda en latin y en arábigo, Leipsick 1766, en 4.º, con eruditas notas de Kochler y Reiske, y algunos estractos de la jeografía é historia natural de Ibn Al Wardii. Entre los viajes modernos, el de Pocock á Levante (el de Siria y Mesopotamia, vol. II, p. 88, 209) es obra de recóndita sabiduría y gravedad; pero suele el autor equivocar lo leido con lo visto.

(68) Fundadas son las alabanzas del gallardo Dionisio Καὶ τὴν μὲν (Siria) πολλοί τε καὶ ὄλβιοι ἄνδρες ἔχουσιν (in Perigenesi, v. 902, tom. IV. Geograph. Minor. Hudson). En otro lugar apellida el país πολυπτόλιν αἶαν (vol. 898), luego añade:

Πᾶσα δὲ τοι λιπαρή τε καὶ εὔβοτος ἔπλετο χώρη,
Μῆλά τε φερβέμεναι καὶ δένδρεσι καρπὸν ἀέξειν. v. 921, 922.

Este jeógrafo poético vivia en tiempo de Augusto, y su descripcion del mundo va ilustrada con el comentario griego de Eustatio, quien tributó el mismo obsequio á Homero y á Dionisio (Fabric. Biblioth, Griega, l. IV, en un, tom. p. 21, etc.

(69) Queda primorosamente descrita la topografía del Líbano y Anti-Líbano por la erudicion y la cordura de Reland (Palestin. tom. I, pájina 311-326).

(70) ....Emesæ fastigia celsa renident.
Nam diffusa solo latus explicat; ac subit auras
Turribus in cœlum nitentibus: incola claris
Cor studiis acuit. . .
Denique flammicomo devoti pectora soli
Vitam agitant Libanus frondosa cacumina turget,
Et tamen his certant celsi fastigia templi.

Faltan estos versos de la traduccion latina de Rufo Avieno, en el orijinal griego de Dionisio, y puesto que tampoco los menciona Eustatio, tengo que apropiarlos mas bien á la imajinativa, que al manuscrito de Avieno. Así opina Fabricio, contra Selmasio (Biblioth. Latina p. 153, edit. de Ernesti) Salm. ad Vobiscum, p. 366, 367 in Hist. Augusto.

(71) Quedo mas pagado con el tomito en octavo de Maundrell (Viaje, p. 134-153) que con grandioso en folio del Dr. Pocock (Descripcion de Levante vol. 11, p. 106-113); pero ya todas las noticias anteriores quedan deslucidas con la gran descripcion y dibujos magníficos de los señores Dawkins y Wood, que han venido é traer las ruinas de Palmira y Balbec á Inglaterra.

(72) Esplican los Orientales el portento con un arbitrio siempre certero; pues acudieron brujas y duendes á encumbrar los edificios de Balbec (Hist. de Timor Bec, tom. III, lib. V, c. 23 p. 311, 312, Voyage de Otter, tom. I, p. 83. Con menos, desbarro, pero con igual ignorancia, los atribuyen á los Sabeos ó Aardites. Non sunt in omni Syria ædificia magnificentiora his (Tabula Syriæ, p. 103).

(73) Tengo leido en Tácito ó en Grocio, Subjecto habent tamquam suos, viles tamquam alienos. Oficiales griegos violentaron la esposa y mataron la prole de sus patrones, y Manuel se sonrió al oir la queja de los interesados.

(74) Véase Reland, Palestin, tom. I, p. 272, 283, tom. II, p. 773, 775. Aquel sabio catedrático era de todo desempeño para el intento de retratar la Tierra Santa, como amaestrado al par en las literaturas griega, latina, hebrea y arábiga. Apuntan el Yermuk ó el Hieromax, celarse (Jeograf. Ant. tom. II, p. 393) y D'Anville (Geographie Ancienne, tom. II, p. 185) los Arabes, y aun el mismo Abulfeda, no se muestran enterados del paraje de su victoria.

(m) Compárese Price, p. 79. Ascendian el ejército romano hasta el guarismo de 400.000. habiendo perecido hasta 70.000.—M.

(75) Eran aquellos mayores de la tribu de los Hamyarites, quienes entroncaban su oríjen con los antiguos Amalecitas. Cabalgaban tambien

sus mujeres, y peleaban como allí las Amazonas (Ockley, vol. I, p. 67).

(76) Hemos venido á matar, dice Abu Obeidah, al califa, hasta ciento y cincuenta mil, y cojido cuarenta mil prisioneros (Ockley, tom. I, p. 941). Como no tildo su veracidad, ni tampoco creo su cómputo, malicio que los historiadores arábigos solian tomar á su cargo el componer las arengas y escribir las cartas ó partes de sus caudillos.

(77) Teófanes despues de estar deplorando los pecados de los Cristianos, añade (Chronograph. p. 276) ἀνέση ὁ ἐρημικὸς Ἀμαλὴκ τύπτων ἡμᾶς τὸν λαὸκ τοῦ Χριστοῦ, καὶ γίνε ται πρώτη φορᾶπτῶσις τοῦ Ρωμαϊκοῦ στ ρατοῦ ἡ κατὰ τὸ Γαβιθὰν λέγω καὶ Ἱερμονχὰν, καὶ τὴν ἄθεσμον αἱματοχνσίαν. Tal vez significa Aiznadin. Confuso y brevísimo es su pormenor; pero culpa el número de los enemigos, el viento contrapuesto, la densa polvareda y hablando de los Romanos, dice μὴ δυνηθέντες (los Romanos) ἀντιπροσωπῆσαι ἐχθροῖς διὰ τὸν κοντορτὸν ἡττῶνται, ἑαυτοὺς βαλλοντες εἰς τὰς στενωδοὺς τοῦ Ιερμοχθοῦ ποταμοῦ ἐκεῖ ἀπώλοντο ἄρδην (Chronograph, p. 280).

(78) Véase Abulfeda (Annal. Moslem. p. 70 y 71) que va compilando las endechas, ó quejas poéticas del mismo Jabalah y algunos arranques panejíricos del poeta arábigo, á quien el caudillo de Gassan envió de Constantinopla, un regalo de quinientas piezas de oro, por mano del embajador de Omar.

(79) En cuanto al nombre de la ciudad, el profano arrolló al sagrado: sonaba *Jerusalen*, para los rezadores Cristianos (Euseb. de Martir. Palest. c. XI), pero la denominacion popular y legal de *Ælia* (colonia de Elio Adriano) trascendió de los Romanos á los Arabes. (Reland, Palestin. tom. I, p. 207, tom. II, p. 835, D'Herbelot, Bibliotec. Orientale, *Cods*, p. 269. *Ilia*, p. 420). El adjetivo *Al Cods*, la santa, se usa como apelativo de Jerusalem.

(n) Véase su esplicacion en Price, con la profecía cumplida en esta parte, p. 85.—M.

(80) El estraño viaje y tren de Omar, se hallan descritos (además de Ockley, t. I, p. 250) en Murtadi (Maravillas del Ejipto, p. 200-202).

(81) Blasonan los Arabes de una profecía antigua conservada en Jerusalen, espresando nombre, relijion y persona de Omar, el conquistador venidero; y aun se dice, que con tales mañuelas amansaron los Judíos á sus dueños altivos y advenedizos, Ciro y Alejandro (Joseph Antiquit. Judai. l. XI. cap. 1, 8, p. 447, 579-582).

(82) Τὸ βδέλνγμα τῆς ἐρημώσεωθτ ὁ ῥηθὲν διὰ Δανιὴλ τοῦ προφήτου ἑστὼς ἐν τόπω ἁγίω. Theophan. Chronograph. p. 281. La prediccion, despues de servir para Antíoco y los Romanos, se rehizo para el trance actual, por la discrecion de Sofrónimo, uno de los teólogos mas esforzados de la contienda Monotelita.

(83) Segun el tanteo esmerado de D'Anville (Disertac. sobre la Antigua Jerusalen, p. 42-54), la mezquita de Omar, engrandecida y hermoseada por los califas siguientes, vino á cuajar el idiótico solar del templo antiguo παλαιὸν τοῦ μεγάλου ναοῦ δάπεδον, dice Focas) con 215 toesas de largo y 170 de ancho. Espresa el jeógrafo Nubio, que el grandioso edificio tan solo cedia en estension á la gran mezquita de Córdova (p. 113) cuyo estado actual ha dibujado primorosamente M. Swinburne (Travels into Spain, p. 296-302).

(84) Entre las muchas tarikes arábigas, ó crónicas de Jerusalen (D'Herbelot, p. 867) halló Ockley una entre los manuscritos de Pocock en Oxford (vol. I, p. 257), del cual se valió para suplir los claros de Al Wakidi.

(85) El historiador Persa de Timur (tom. III, l. V, cap. 21, p. 300) va describiendo el castillo de Alepo, como fundado sobre un peñasco de cien codos de altura; prueba, dice el traductor franco, de que jamás habia llegado á verle. Se halla ahora en medio de la ciudad, de poquísima fortaleza, con una sola puerta y un circuito como de 500 á 600 pasos, y con un foso lleno á medias de agua estancada (Viajes de Tavernier, tom. I, p. 149. Pocock, vol. II, part. I, p. 150) Despreciables se hacen las fortalezas de Levante para toda vista europea.

(86) Es de trascendencia la fecha de la conquista de Antioquía por los Árabes, pues cotejando los años del mundo, en la Cronografía de Teófanes, con los años de la éjira en la Historia de Elmacin, podemos apurar, que se tomó, entre el 23 de enero y 1.° de setiembre del año de Jesucristo 638 (Pagi, Critica, in Baron. Annal. tom. II, p. 812-813). Al Wakidi (Ockley, vol. I, p. 314) fija este acontecimiento en el jueves 21 de agosto, fecha desatinada, porque la Pascua cayó en aquel año en el 6 de abril, y el 21 de agosto fué un viérnes (véanse las tablas en el Arte de comprobar Fechas).

(87) Su edicto favorable, que inclinó al vecindario agradecido á sentar por era perpetua la victoria de Farsalia, consta ἐν Ἀντιοχείᾳ τῇ μητροπόλει, ἱερᾷ καὶ ἀσύλῳ, καὶ αὐτονόμῳ καὶ ἀρχούσῃ καὶ προκαθεμένῃ τῆς ἀνατολῆς. Juan Malala, in Chronic. p. 91, edit. Venet. Hay que ir entresacando sus hechos auténticos de ciertas interioridades por la maleza de su ignorancia en la historia jeneral.

(88) Véase Ockley (vol. I, p. 308-312), quien se rie de las creederas de su autor. Al despedirse Heraclio de Siria, Vale Syria et ultimum vale, profetizó que nunca los Romanos asomarian por la provincia, hasta el nacimiento de un niño infausto, el azote venidero del imperio. Abulfeda, p. 68. Me quedo *en ayunas* acerca del contenido ó de la variedad mística de aquella prediccion.

(89) En medio de la cronolojía á tientas de aquella temporada, me voy ateniendo por norte á los apuntes auténticos (en el libro de ceremonias de Constantino Porfirojénito), por donde consta, que á 4 de junio, A. D. 638, coronó el emperador, á su hijo menor Heraclio, en presencia del mayor Constantino; á 1.º de enero, A. D. 639, visitando la procesion réjia, la iglesia mayor, y en 4 del mismo mes el hipódromo.

(90) Sesenta y cinco años antes de Cristo, *Syria* Pontusque monumenta sunt Cn. Pompeii virtutis (Vell. Paterculo, II, 38), ó mas bien de sus medios y poderío; empadronó la Siria como provincia romana, y los últimos Seleucides quedaron imposibilitados de blandir un estoque en defensa de su patrimonio (Véase el texto orijinal, arreglado por Usher, Annal. p. 420).

(91) Abulfeda (Annal. Mosl. p. 73). Pudo Mahoma variar estudiadamente las alabanzas de sus discípulos. Solia decir de Omar, que si cupiera asomar algun otro profeta tras él, seria Omar, y que en una plaga jeneral, esceptuaria la justicia divina á la persona de Omar (Ockley vol. I, p. 220).

(o) Kaled, segun el Rouzon Uzzuffa (Price, p. 90), despojado de su gran porcion en el saqueo de la Siria, por los zelos de Omar, falleció dueño ya tan solo de su caballo, armas y un solo esclavo. Pero á las querellas de su padre, tuvo Omar que reconocer, como nunca nació de madre hijo como Khaled.—M.

(92) Habia escrito igualmente Al Wakidi una historia del Diarbekir, ó Mesopotamia (Ockley, al fin del II vol.), no vista, al parecer, por nuestros intérpretes (*). La Crónica de Dionisio de Telmar, el patriarca Jacobita, apunta la toma de Edesa, al A. D. 637, y de Dara 641 (Asseman. Bibliot. Orient., tom. II, p. 103); y con algun ahinco se van respigando especies dudosas de la Cronografía de Teófanes (p. 285-287). Las mas de las ciudades de Mesopotamia se fueron rindiendo (Abulpharag., p. 112).

(93) Soñó que se hallaba en Tesalónica, vision harto inocente y santa; pero su adivino ú su cobardía, entendió el agüero positivo de un descalabro enmarañado en aquellas infaustas voces de θὲς ἄλλῳ νίκην, Franquea á otro la victoria (Theophan., p. 286. Zonaras, tom. II, l. XIV, p. 88).

(94) Cuantos lances ó hechos se refieren á la isla, la ciudad y coloso de Rodas, se han entresacado del afanoso tratado de Meursio, quien ha dedicado el propio teson á las dos islas grandiosas de Creta ó Candia y Chipre. Véase en el tom. III de su obra *Rhodus* de Meursio (l. I, c. 15

(*) Se ha publicado en arábigo por M Ewald, S Martin vol. XI p. 268; pero hay dudas acerca de su autenticidad.

p. 315-319). Los escritores bizantinos, Teófanes y Constantino, con su ignorancia han dilatado el plazo hasta 1360 años, y reparten ridículamente el peso entre 30.000 camellos.

(95) Centum colossi alium nobilitaturi locum, dice Plinio, con su brio, acostumbrado. Hist. Natur. XXXIV, 18.

(96) Así consta el lance por una anciana animosa que lo echó en cara al califa y á su amigo. Estimuláronla el silencio de Amrú y la marcialidad de Moawiyáh (Abulfeda, Annal. Moslem. p. 111).

(97) Gagnier, Vida de Mahoma, tom. II, p. 46, etc. quien va citando la Historia Abisinia, ó sea novela de Abdel Balcides. Pero cabe el hecho de la embajada y embajador.

(98) Se conserva el dicho en Pocock (Not. ad Carmen Tograi, p. 184), y fundadamente celebrado por Harris (Arreglos filosóficos, p. 350).

(99) En cuanto á la vida é índole de Amrú, véase Ockley (Hist. de los Sarracenos, vol. I, p. 28, etc. hácia el fin del tomo; vol. II, p. 52, etc.) y Otter (Mem. de la Academia de Inscripciones, tom. XXI, p. 131, 132). Los lectores de Tácito pueden ir comparando á Vespasiano y Muciano con Moawiyáh y Amrú. Mas el parangon debe cifrarse mas bien por la situacion, que bajo el concepto de sus respectivas índoles.

(100) Tenia igualmente compuesta una historia separada de la conquista de Ejipto, el mismo Al Wakidi, pero M. Ockley no se la pudo ajenciar (vol. I, p. 344-362) sin que sús pesquisas aparezcan certeras, mas que por el testo orijinal de Eutiquio (Annal. tom. II, p. 296-323, vers de Pocock), el patriarca Melquita de Alejandría, quien vivió tres siglos despues de la revolucion.

(101) Estrabon, esmerado observador, dice de Heliópolis νυνὶ μὲν οὖν ἔστι πανέρημος ἡ πόλις (Geograph. l. XVII, p. 1158); pero en cuanto á Memfis manifiesta πόλις δ; ἐστὶ μεγαλή τε καὶ εὔανδρος, δευτέρα μετ' Ἀλεξάνδρειαν (p. 1161); apunta, sin embargo, la mezcla del vecindario, y lo ruinoso de sus palacios. En el mismo Ejipto, cuenta Amiano á Memfis entre las cuatro ciudades, maximis urbibus quibus provincia nitet (XXII, p. 16); y descuella el nombre de Memfis, en el Itinerario Romano, y las listas episcopales.

(102) Estos hechos estraños y curiosos, la anchura (2946 pies), y el puente sobre el Nilo, asoman únicamente en el Viajero Dinamarqués y el Jeográfo Nubiense (p. 98).

(103) Empieza el Nilo á hincharse imperceptiblemente desde el mes de abril; la subida se patentiza y retumba en la lunacion posterior al solsticio de estío (Plin. Hist. Nat. v. 10), y regularmente se pregona en el Cairo el dia de San Pedro (29 de junio). El rejistro comparativo de treinta años señala lo sumo de la avenida entre 25 de julio y 18 de agosto.

(Maillet, Descripcion del Ejipto, carta XI, p. 67, etc. Descripcion de Levante, por Pocock, vol. I. p. 200, Viajes de Shaw, p. 383).

(104) Murtadi, Maravillas del Ejipto, 243-249. Se esplaya y desmenuza el cuento con el afan y nimiedad de un patricio y un devoto, y sus tradiciones solariegas tienen un baño de veracidad y esmero.

(105) D'Herbelot, Bibliotèc. Orientale, p. 233.

(106) El solar del Nuevo y el Antiguo Cairo es muy subido, como tantísimas veces descrito. Dos escritores, enterados por átomos en el Ejipto moderno y antiguo, han colocado, tras ahincadas pesquisas, la ciudad de Memfis en *Gized*, contrapuesto al Cairo antiguo (Sicard, Nuevas Memorias de las Misiones de Levante, tom. VI, p. 5-6. Schaw, Observaciones y Viajes, p. 296-304). No hay tampoco que desatender la autoridad y argumentos de Pocock (vol. I, p. 25-41), Niebuhr (Viaje, tom. I, p. 77-106), y sobre todo de M. D'Anville (Description de l'Égypte, p. 111, 112, 130-149), quien á desviado á Memfis hácia la aldea de Mohanna, tal cual legüilla mas adelante por el Sur. Los disputantes acalorados no han tenido presente el solar anchuroso de una capital que abarca gran parte del territorio, y viene á zanjar la contienda.

(107) Véase Herodoto. l. III, c. 27, 28 y 29. Ælian. Var. Hist., lib. IV, c. 8. Suidas in Ωχος, tom. II, p. 774. Diodor. Sicul. tom. II, l. XVIII, p. 197, edit Wesseling. Τῶν Περσῶν ἠσεβηκότων εἰς τὰ ἱερὰ, dice el postrero de estos historiadores.

(108) Mokawkas envió al profeta dos señoritas Coptas, con dos sirvientas y un eunuco, una vasija de alabastro, una barra de oro purísimo, aceite, miel, lienzos blancos y esquisitos de Ejipto, con un caballo, una mula y un asno, apellidados segun sus respectivos primores. Salió la embajada de Mahoma de Medina, el año séptimo de la Héjira (A. D. 628). Véase Gagnier (Vida de Mahoma, tom. II, p. 255, 256-303), de Al Jannabi.

(109) La prefectura y el desempeño de la guerra, se habian confiado por Heraclio al patriarca Ciro (Theoph., p. 280-281). ¿En España, preguntó Jaime II, consultais con los sacerdotes?—Así lo hacemos, contestó el embajador, y así no se malogran nuestros intentos. No alcanzamos á desentrañar los planes de Ciro, de pagar tributo, sin menoscabo de las rentas, ni de convertir á Omar por su desposorio con la hija del emperador (Nicephor. Breviar., p. 17-18).

(110) Véase la vida de Benjamin, en Renaudot (Hist. Patriach. Alexandrin., p. 156-172), quien ha realzado la conquista de Ejipto con algunos hechos, del texto arábigo de Severo el Jacobita historiador.

(111) Queda el solar efectivo de Alejandría cabalmente despejado por el sumo Jeógrafo D'Anville, (Memoria sobre el Ejipto, p. 52-65); mas

podemos acudir á la vista de los viajeros modernos, con especialidad de Thevenot (Voyage au Levant, part. I, p. 381-395), Pocock (vol. I, p. 2-13), y Niebuhr (Voyage en Arabie, tom. I, p. 34-43). De los dos competidores modernos, Savary y Volney, el uno puede entretener, pero el otro consigue instruir.

(112) Así Eutiquio (Annal., tom. II, p. 319) y Elmacin (Hist. Sarracen., p. 28) se conforman en fijar la toma de Alejandría en un viérnes del novilunio de Moharram, del año 20 de la Héjira (Diciembre 22, A. D. 640). Cejando con los 14 meses empleados en el sitio de Alejandría, siete en el de Babilonia, etc., vino Amrú á invadir el Ejipto á fines del año 638; pero consta que se internó en el pais el 12 de Bayni, 6 de junio (Muntadí, maravillas del Ejipto, p. 164. Severo, en Renaudot, p. 162). El Sarraceno y luego Luís IX de Francia, hicieron alto en Pelusio ú Damieta, durante la inundacion del Nilo.

(113) Eutiq. Annal., tom. II, p. 316, 319.

(114) En medio de inconsecuencias entre Teófanes y Cedreno, el esmero de Pagi (Critica, tom. II, p. 824) ha venido á entresacar de Niceforo y el Cronicon oriental la fecha verdadera de la muerte de Heraclio; 11 de febrero, A. D. 641, cincuenta dias despues de la pérdida de Alejandría, bastando la cuarta parte de aquel tiempo para llegarle la noticia.

(115) Quedan varios tratados de aquel laboriosísimo (φιλόπονος) mas para los lectores de ahora, lo impreso y lo inédito merecen el idéntico predicamento. Moisés y Aristóteles son los ídolos de sus comentarios. uno de los cuales asoma fecho allá en el 10 de mayo, A. D. 617 (Fabric. Bibliot. Græca, tom. IX, p. 458-468). Un moderno (Juan Le-Clerc), que tal cual vez se apellidó tambien así, era igual al antiguo Filopono en *despachaderas*, y muy superior en tino y conocimientos verdaderos.

(116) Abulfarag. Dynast., p. 114, vers. Pocock. Audi quid factum sit et mirare. Seria interminable el ir contando los modernos que se han pasmado y creido; pero descuella en racionalidad el escéptico Renaudot (Hist. Alexand. p. 170): historia..... habet aliquid ἄπιστον ut Arabibus familiare est.

(p) Despues acá se han citado varias autoridades mahometanas en apoyo del testimonio de Abulfaraje. La de I Abdollatiph, por el profesor White: II. De Makrizi; ha visto un manuscrito de mano suya. III. De Ibn Chaledun, y despues por Hadschi Chalfa. Véase en Hammer, Historia de los Asesinos, p. 17. Reinhart, en una disertacion Alemana, impresa en Gottinga, 1792, y Sainte Croix (Magasin Encyclop., tom. IV, p. 433) han desentrañado el punto. Entre los Orientalistas, el catedráti-

co White, M. de S. Martin, Hammer y Silvestre de Sacy, conceptuan el hecho de la quema de la librería, por disposicion de Omar, como ajeno de toda duda. Cotéjese la nota de S. Martin, vol XI, p. 296. Un escritor musulman culpa de igual atentado á los Cruzados. Dícese que la librería de Trípoli atesoraba el número increible de tres millones de volúmenes, y en la toma de aquella ciudad, el conde Beltran de S. Gilles, entrando en la primera estancia, que tan solo contenia el Alcoran, dispuso que se quemase todo, como parto del falso profeta de la Arabia. Véase Wilken, Historia de las Cruzadas, vol. II, p. 211.—M.

(117) Este lance curioso no aparece en los Anales de Eutiquio, ni en la Historia Sarracena de Elmacin. El silencio de Abulfeda, Mustadi, y un sinnúmero de Musulmanes se hace menos concluyente, por su ignorancia de la literatura cristiana.

(118) Véase Reland, de Jure Militari Mohammedanorum, en su tercer tomo de Disertaciones, p. 37. El motivo para no quemar las obras relijiosas de Judíos y Cristianos, se cifra en el acatamiento que profesan al *nombre* de Dios.

(119) Consúltense las colecciones de Frenshemio (Supplem. Livian., c. 12, 43). y Usker (Annal., p. 469). El mismo Tito Livio apellidó la biblioteca Alejandrina, elegantiæ regum curæque egregium opus; elojio culto por el cual Séneca, con su estraño estoicismo, lo tilda bachilleramente (de Tranquil. Animi, c. 9), cuya sabiduría en este caso para en adefesio.

(120) Véase esta Historia, tom. III, p. 85.

(121) Aulo Gelio (Nottes Atticæ, VI, 17), Amiano Marcelino (XXII, 16) y Orosio (l. VI, c. 15). Todos ellos hablan en pretérito, y las palabras de Amiano son vehementísimas; fuerunt Bibliotecæ innumerabiles; et loquitur monumentorum veterum concinens fides, etc.

(122) Responde Renaudot por versiones de la Biblia, Exaplo, *Catenæ Patrum*, Comentarios, etc. (p. 170). Nuestro manuscrito Alejandrino, si no vino de Constantinopla sino del Monte Athos (Wetstein, Prolog. al N. T. p. 8, etc.), pudo estar entre ellos.

(123) Me he solido recrear con un capítulo de Quintil. (Institut. Orator. X), donde al principio aquel crítico atinado va justipreciando el catálago de los autores clásicos griegos y latinos.

(124) Como Galeno, Plinio, Aristóteles, etc. Sobre este particular Woton (Reflexions on ancient and modern Learning, p. 85-95), arguye atinadamente contra los disparos estrañísimos del señor Guillermo Temple. El menosprecio de los Griegos para con toda ciencia *barbárica*, apenas admitiria los libros Indios y Etiópicos en la biblioteca Alejandrina; y no consta que la literatura haya padecido gran quebranto por aquel malogro.

(125) Las noticias curiosas y auténticas de Murtadi (p. 284-289), no cupieron á Ockley, ni á los presumidos hacinadores de la Historia Universal Moderna.

(126) Eutiquio, Annal., tom. II, p. 320. Elmacin, Hist. Sarracen. p. 35.

(q) Varios literatos dudaron de la comunicacion antigua entre el Mediterráneo y el Mar Rojo por el Nilo; pero los antiguos aseguran positivamente aquel hecho. Diodoro Sículo (l. I. p. 33) habla de ella en términos patentes como existentes en su tiempo. Igualmente Estrabon (l. XVII, p. 805) Plin. (tom. VI, p. 29) dice que el canal que unia entrambos mares era navegable (alveus navigabilis). Los apuntes que suministran Tolomeo y el historiador arábigo Makrisi, manifiestan que se habian emprendido faenas en el reinado de Adriano para el restablecimiento del canal, y estension mayor de la navegacion; y entonces le cupo el nombre de rio de Trajano. Luciano en su Pseudomatis (p. 44), dice, que vino por agua de Alejandría á Clysma, en el mar Rojo. Median testimonios del VI y VII siglo, que acreditan que no habian cesado á la sazon aquellas comunicaciones. Véase la traduccion francesa de Strabon, tom. V, p. 382, San Martin, vol. XI, p. 299.—M.

(127) Sobre estos *confusos* canales, puede el lector acudir á M. D'Anville (Mém. sur l'Égypte, p. 108, etc.), y unas conclusiones eruditas defendidas en Estrasburgo el año 1770 (Jungendorum marium fluviorumque molimina, p. 39, etc.). Y hasta los aletargados Turcos han ventilado el intento antiguo de la union de ambos mares (Memorias del Baron de Tott, tom. IV).

(128) Un tomito des Merveilles etc. de l'Egypte, compuesto en el siglo XIII por Murtadi del Cairo, y traducido de un manuscrito arábigo del Cardenal Mazarin, se publicó por Pedro Vatier, París 1666. Las antigüedades de Ejipto van á bulto y á lo devoto; pero el escritor merece crédito y aprecio por la razon que trae de la conquista y jeografía de su país nativo. (Véase la correspondencia de Amrú y Omar p. 273-289).

(129) El consul Maillet, en veinte años de residencia en el Cairo, estuvo contemplando el vaiven teatral del Nilo (Carta II, especialmente, p. 70 y 75); la fertilidad del terreno (carta IX), la vista poética de Gray, habia mirado, desde un colejio de Cambridge, los mismos objetos con mayor ahinco:

Arde el clima y se tiende el fértil Nilo,
Abarcando, cual piélago tranquilo,
La ribera, se afana y se recrea
Y alfombra luego de verdor inmenso,
Al fausto móvil de su influjo intenso

La sementera espléndida campea.
En tanto la atezada muchedumbre
En las leves barquillas que alfarea
De firme arcilla, á su jovial costumbre,
Boga, va y viene, y sin cesar vocea;
Mientras acá y allá la ciudad bella
Con su esplendor magnífico descuella, etc.

(Obras de Mason y Memorias de Gray, p. 199 y 200).

(130) Murtadi, p. 164-167. No se avendrá el lector á creer un sacrificio humano bajo los emperadores cristianos, ni un milagro de los sucesores de Mahoma.

(131) Maillet, Descripcion del Ejipto, p. 22. menciona el número, segun el concepto *jeneral*, y añade que, por lo mas, cada aldea ó pueblo contiene de dos á tres mil personas, y que á trechos hay vecindarios mas crecidos que los de nuestras ciudades populosas.

(132) Eutych. Annal. tom. II, p. 308, 311. Se suman los veinte millones con los *datos* siguientes: la duodécima parte de sesenta años para arriba, un tercio de menos de diez y seis, la proporcion de varones y hembras de diez y seis á diez y siete; (Investigaciones sobre la poblacion de Francia, p. 71, 72. El presidente Goguet, Oríjen de las artes, etc. (tom. III, p. 26 etc.) cuenta hasta veinte y siete millones en el antiguo Ejipto, por cuanto los mil y setecientos compañeros de Sesostris habian nacido en un mismo dia.

(133) Elmacin Hist. Saracen., p. 218, y no escrupulizó D'Herbelot en venir á engullirse aquel mendrugo mohoso (Bibliotech. Oriental. p. 1031), Arbuthnot (Tablas de Monedas antiguas, p. 262), y de Guignes (Hist. de los Hunos, tom. III, p. 135). Pudieran alegar la galantería no menos disparatada de Apiano á favor de los Tolomeos (in præfat.) de setenta y cuatro miriadas, 740.000 talentos, renta anual de 185, ó cerca de 300 millones de libras esterlinas, segun el cómputo del talento Ejipcio ó Alejandrino (Bernard de Ponderibus Antioquía, p. 186).

(134) Véase la medicion de D'Anville (Mem. sobre el Ejipto, p. 23, etc.). Tras algunos destemples cavilosos M. Pauro. Investigaciones sobre los Ejipcios tom. I, p. 118-121), alcanza á dilatar su cómputo hasta 2250 leguas cuadradas.

(135) Renaudot (Hist. Patriarch. Alexand. p. 334), quien apellida el texto, comento ó la union vulgar, *error librarii*. Su propia enmienda de 4,300.000 piezas en el siglo IX, viene á sostener un medio probable entre los 3,000.000 que cupieron á los Arabes con la conquista de Ejipto (el mismo p. 168) y los 2,400.000 que el sultan de Constantinopla re-

candó en el siglo anterior (Pietro de la Valle, tom. I, p. 332; Thevenot. part. I, p. 826). Pauw (Investigaciones tom. II, p. 363-373) va por grados acreciendo la renta de los Faraones, Tolomeos y Césares desde seis á quince millones de florines alemanes.

(136) El catálogo de Schultens (Index Geograph. ad calcem Vit. Saladin. p. 5) contiene 2396 lugares; y de D'Anville (Mem. sur l'Egypte, p. 23, por el divan del Cairo cuenta 2696.

(137) Véase Maillet (Descripcion del Ejipto, p. 28) quien suele discutir con tino y sencillez, pero me llenan mas las observaciones que la lectura del cónsul Francés. Carecia de literatura griega y latina, y suele allá empaparse fantásticamente en desvaríos arábigos. El mejor caudal se halla en Abulfeda (Descrip. Ægypt., Arab. et Lat. á John David Michaelis, Göttingæ, in 4.°, 1776) y dos viajes recientes al Ejipto, por el entretenido Savary y el instructivo Volney. Quien cree que este último anduviese por todo el globo.

(138) Rasgueo mi conquista de Africa por dos intérpretes franceses de la literatura arábiga, Cardonne (Hist. de l'Afrique et de l'Espagne sous la Domination des Arabes, tom. I, p. 8-55) y Otter (Hist. de l'Académie des Inscriptions. tom. XXI, p. 411-125; y 137). Estraen principalmente sus noticias de Novairi, quien compuso A. D. 1331, una Enciclopedia en mas de veinte volúmenes. Las cinco primeras partes jenerales van tratando sucesivamente: 1. de Medicina; 2. del Hombre; 3. de los Animales; 4. de Plantas, y 5. de Historia; y los acontecimientos africanos se refieren y ventilan en el capítulo VI de la seccion V de aquella última parte. (Reiske, Prodidagmata ad Hadji Califæ Tabulas, página 232-234). Descuella entre las narraciones antiguas citadas por Novairi, la relacion orijinal de un soldado que acaudillaba la vanguardia de los musulmanes.

(139) Véase la historia de Abdallah en Abulfeda (Vit. Mohammed. p. 109) y Gagnier, (Vie de Mahomet, tom. III, p. 45-48).

(140) Describe Leon Africano la provincia de Trípoli (Navigationne et Viaggi di Ramusio, tom. I, Venetia 1550, fol. 76 *verso*) y Marmol (Descripcion de Africa, tom. II, p. 562). Era el primero morisco, literato y viajero, quien compuso su obra ó su traslado de cautivo en Roma, donde profesó el nombre y la relijion de Leon X. En igual cautiverio el español Marmol, soldado de Cárlos V, arregló su descripcion de Africa, traducida en francés por D'Ablancurt (París 1667, tres tom. en 4.°). Habia Mármol leido y visto, mas carece del tino y ahinco que rebosa en la obra orijinal de Leon el Africano.

(141) Teófanes, quien menciona aquel descalabro mas bien que la muerte de Gregorio: Nombra al prefecto con el dictado de Τύραννος:

probablemente se habia revestido la púrpura (Chronograph. p. 285).

(142) Véase en Ockley (Hist. de los Sarrac. vol. 15, p. 45) la muerte de Zobeir, honrado con las lágrimas de Alí, contra quien se habia rebelado. Su denuedo en el sitio de Babilonia, si efectivamente es el mismo individuo, se menciona en Eutiquio (Annal. tom. II, p. 308).

(143) Viajes de Shaw, p. 118, 119.

(144) Mimica emptio, dice Abulfeda, erat hæc, et mira donatio, quandoquidem Othman, ejus nomine nummos ex ærario prius ablatos ærario præstabat (Annal. Moslem. p. 78) Elmacin (en su nublosa version p. 39) viene á referir el mismo retruécano. Al sitiar los Arabes el palacio de Othman, era muy crecido el catálogo de sus demasías.

(145) Ἐπεστρατευσαν Σαρακηνοὶ τὴν Ἀφρικὴν, καὶ συμβάλοντες τῷ τυράννῳ Γρηγορίῳ τούτον τρέπουσι, καὶ τοὺς σὺν αὐτῷ κτείνουσι, καὶ στοιχήσαντες φόρους μετὰ τῶν Ἄφρων ὑπέστρεψαν. Theophan. Chronograph. p. 285 edit. Paris. Su cronolojia suele ir á bulto.

(146) Theófanes (in Chronograph. p. 293) inserta las voces vagas que irian llegando á Constantinopla, acerca de las conquistas occidentales de los Sarracenos; y me encuentro en Paulo Warnefrid, diácono de Aquileya (de Gestis Longabard. l. V, c. 13). con que por entonces enviaron una escuadra de Alejandría á los mares de Sicilia y Africa.

(147) Véase Novairi (apud Otter. p. 118) Leon Africano (fol. 81. *verso*) que cuenta solamente cinque cittá e infinite casali. Marmol (Descripcion de Africa, tom. III, p. 33) y Sahw (Viajes, p. 17, 61-78).

(148) Leo African, fol. 58 verso, 59, recto. Marmol, tom. II, página 115, Shaw, p. 43.

(149) Leo African. fol. 52. Marmol, tom. II, p. 228.

(150) Regio ignobilis, et vix quicquam illustre sortita, parvis oppidis habitatur, parva flumina emittit, solo quam viris melior et segnitie gentis obscura. Pomponius Mela, I, 5, III, 10. Merece Mela mayor concepto, por cuanto sus antepasados Fenicios habian emigrado de la Tingitana á España (vease en II, 6, un paso de aquel jeógrafo descuartizado bárbaramente por Salmasis Isaac Vosio y el crítico siempre avinagrado Jaime Grenovio). Vivia al tiempo de la rendicion total de aquel pais por el emperador Claudio; pero como unos treinta años despues Plinio (Hist. Nat. V, 1), se lamenta de sus autoridades tan flojas en indagar, como altaneras para confesar su ignorancia acerca de aquella provincia lejana y montaraz.

(151) La moda desatinada de la madera de citro, predominó entre los hombres, en Roma, al par del afan de las perlas entre las mujeres. Una mesa redonda de cuatro ú cinco pies de diámetro, fué vendida en cambio de un cortijo, en treinta ó cuarenta mil duros (Plin. Hist. Nat. XIII, 23).

Me hago cargo de que no se debe equivocar el verdadero *citro* con el frutal llamado igualmente *citro*; mas nó me conceptuo harto botánico para delinear el primero (que viene á ser como un ciprés silvestre) con el nombre vulgar de Lineo, ni tampoco decidiré si el *citro* será naranjo ó limonero. Será tal vez el que en España se llama Poncil. n.º 3, 9.

(152) Leon Africano (fol. 16. verso. Marmol, tom. II, p. 28). La provincia, primer teatro de las hazañas y grandeza de los *cherifes*, asoma repetidamente en la historia curiosa de esta dinastía, al fin del t. III de Marmol, Descripcion de Africa. El III tomo de las Investigaciones históricas sobre los Moros, recien impresas en Paris, ilustran la historia y la jeografía de Foz y de Marruecos.

(153) Otter (p. 119) se dispara con el desentono del fanatismo en esta esclamacion, que Cardonne ha suavizado hasta el punto de un anhelo devoto de *predicar* el Alcoran. Y sin embargo tenian entrambos presente el texto de Novaire.

(154) Suena la fundacion de Cairoan en Ockley (Hist. de los Sarracenos, vol. II, p. 129-130); y Leon Africano describe (fol. 75), la situacion, mezquita, etc., de la ciudad. Marmol (tom II, p. 532) y Shaw p. 115.

(155) Monstruosa, pero frecuente equivocacion, ha venido á confundir la *Cirene* de los Griegos, con el *Cairoan* de los Arabes, ciudades allá desviadas sobre la costa en mas de trescientas leguas; sin que el célebre Tuano se haya libertado de yerro tan clásico, tanto menos disculpable, cuanto va embebido en una Descripcion espresa y esmerada de Africa (Historiar. l. VII, c. 2, in tom. I, p. 240, edit. Buckley).

(156) Además de las crónicas arábigas de Abulfeda, Elmacin y Abulfaraje, al año setenta y tres de la Héjira, podemos consultar á D'Herbelot (Bibliot. Orient. p. 7) y á Ockley (Hist de los Sarracenos, vol. II, p. 339-439). El primero trae el postrero y patético diálogo entre Abdalah y su madre; mas olvida un efecto físico para *su* muerte, la renovacion é infaustas consecuencias de su *menstruo* á los noventa años.

(157) Λεόντιος ——ἅπαντα τὰ Ῥωμαϊκὰ ἐξώπλισε πλόϊμα, στρατηγον τε ἐπ' αὐτοῖς Ἰωάννην τὸν Πατρίκιον ἔμπειρον τῶν πολεμίων προχειρισάμενος πρὸς Καρχηδόνα κατὰ τῶν Σαρακηῶν εξέπέμψεν. Nicephori Constantinop. Breviar., p. 28. El patriarca dè Constantinopla, con Teófanes (Cronograph. p. 309), apuntan apenas aquel intento postrero, para el socorro del Africa. Pagi (Crítica, tom. III, p. 129, 141) ha logrado discretamente comprobar la cronolojía, con un cotejo ahincado de los historiadores Arábigos y Bizantinos, que suelen discordar en el tiempo y en los hechos. Véase igualmente una nota de Otter (p. 121).

(158) Dove s'erano ridotti i nobili Romani e i *Gotti*; y despues: i Ro-

mani fuggirono e i *Gotti*, lasciarono Carthagine (Leo African., fol. 72, recto). No alcanzo de que escritor arábigo sacó á luz el Africano sus Godos; pero el hecho, aunque nuevo, es tan interesante y probable, que lo admito con cualquiera autoridad.

(159) Apellida Nicéforo al caudillo Βασιλεὺς Σαρακηνων, dictado á bulto, mas no impropio del califa. Introduce Teófanes la denominacion estraña de Πρωτοσύμβουλος, que su intérprete esplica por *Vizir Azem*. Atinan quizás en apropiar la parte ejecutiva al ministro, mas bien que al príncipe, mas olvidan que los Omníades tenian tan solo un *kateb*, ó secretario, y que el cargo de Visir no asomó ú revivió, hasta el año 152 de la Héjira (D'Herbelot, p. 912).

(160) Segun Solino (l. 27, p. 36, edit. Salmas.), subsistió la Cartago de Dido 677, ó mas bien 737 años; leccion muy varia, procedente de la diferencia en manuscritos ó ediciones (Salmas. Plin. Exercitat., tom. I, p. 228). El primer cómputo que compone 823 años antes de Cristo, concuerda mas con la esmerada autoridad de Veleyo Paterculo; pero nuestros cronolojistas (Marsham, Canon. Chronis., p. 898) anteponen el segundo como mas conforme con los anales hebreos y tirios.

(161) Leon African., fol. 71, verso 72, recto. Marmol, tom. II, p. 445-447. Shaw, p. 80.

(162) La historia de la voz *Barbar* puede repartirse en cuatro períodos. 1. En tiempo de Homero, cuando Griegos y Asiáticos usaban tal vez el idéntico idioma, se aplicaba el eco imitativo de bárbaras á las tribus cerriles, cuya pronunciacion era mas bronca, y la gramática mas escasa. Κάρες βαρβαρόφωνοι (Iliad. II, 867, con el escoliasta de Oxford, Anotaciones de Clarke y el Tesoro Griego de Henrique Estévan, tom. I, p. 720). 2. Desde el tiempo, allá por lo menos de Herodoto, abarcó á *todas* las naciones ajenas del habla y costumbres de los Griegos. 3. En tiempo de Plauto, los Romanos tuvieron que avenirse al desacato (Pompeyo Festo, l. II, p. 48, edit. Dacier), y se aplicaban sin rebozo el apodo de Bárbaros. Fueron luego abogando por una esencion para la Italia, y sus provincias subordinadas, y por fin allá descargaron aquel tiznon, á las naciones montaraces ó enemigas de fuera del regazo del imperio. 4. Correspondia, bajo todos conceptos á los Moros, y aquella voz ya familiar cundió de los provinciales Romanos á los conquistadores Sarracenos, y ha venido á parar muy adecuadamente en apellidar así, la Berbería, ó la costa septentrional de Africa.

(163) El primer libro de Leon Africano, y las observaciones del Dr. Shau (p. 220 etc.) despiden algunas ráfagas sobre las tribus andariegas de Berbario, de ralea morisca ó arábiga. Pero Shau estuvo viendo aquellos bravíos con pavor lejano, y Leon, cautivo en el Vaticano, parece

que malogró mas de su saber arábigo, que pudo granjear del griego ú latino; y asoman muchos de sus desbarros capitales, desde la primera temporada de la historia mahometana.

(164) Admitió Amrú en una conferencia con un príncipe griego, con lo cual se letigimaba toda contienda entre hermanos. Ockley, historia de los Sarracenos vol. 1. p. 328.

(165) Abulfeda, Annal Mahom. p. 78. verso. Recike.

(166) Suelen los Arabes apropiar el nombre de Andalucía, no solo á los cuatro reinos actuales sino á toda la península (Geograph. Nub. p. 151, D' Herbelot, Bibliot. Onena. p. 114, 175). La etimolojía es de Vandalicia, país de Vándalos (d' Anville, Estados de Europa 146, 147 etc.) Pero el Andalucía de Casiri, que significa en árabe, rejion de la tarde, ó de poniente, y en una palabra, la Hespería de los Griegos, es cabalmente adecuada (Bibliot; Arábica Hispana, tom. II, p. 327 etc.).

(167) El vuelco y rehacimiento de la monarquía Gótica, se hallan referidos en Mariana (tom. 1 p. 238 — 260, l. VI c. 11 — 26. l. VII c. 12). Aquel historiador empapó su gallardo parto (Historia de hechos Hispaneac l. XXX, Hagae comitum 1733, en cuatro tomos en fólio, con la continuacion de Mineana) en elegancia y brio romano, y desde el siglo XII es acreedor á toda confianza por su instruccion y su tino. Pero adolece el jesuita de las vulgaridades de su órden; suele prohijar y engalanar, como su competidor Buchanan, los consejos nacionales, y carecer de certeza y de cronolojía, supliendo con sus ocurrencias ideales las clases de documentos históricos. Aquellos vacíos menudean por estenso, y Rodrigo, el arzobispo de Toledo, y padre de la historia española, vivia quinientos años despues de la conquista sarracena; estrujándose las noticias primitivas en las croniquillas descarnadas de Isidoro de Badajóz (Pacensis) y de Alfonso III, rey de Leon, que tan solo he visto en los anales de Pagí.

(168) El forzamiento, dice Voltaire, es tan difícil de ejecutar como de comprobar. ¿Se coligarian obispos por una muchacha? (Hist. Jen. c. XXVI). No es su argumento lójicamente concluyente.

(169) La historia de la Cava (Mariana l. VI. c. 21 p. 241, 242) parece que corre parejas con la Lucrecia de Tito Livio. Por maravilla suele citar al modo de los antiguos; y el testimonio anterior de Baronío (Annal. Eccles. A. D. 713, N.° 19, el de Lucas de Tuy, diácono gallego del siglo XIII, solo dice, Cava, quam pro concubina utebatur.

Pero, dice Conde, el nombre de La Cava, el de su sirvienta Alefa, y cuantas circunstancias engalanan, están comprobando, que todo el trance se reduce á una ficcion morisca, fundada en alguna novelilla poética

y solariega. De Marlés, (abreviador de Conde). Hist. de los Arabes en España, tom. 1. p. 63. —M.

(170) Las Orientales, Abulfeda, Abulfaraje y Elmacin, pasan de largo la conquista de Esparta, ó la despachan en dos palabras. El testo de Novari y de otros Arabes, asoma en Cardonne con algunos retazos estraños (Hist. de Africa y España bajo el dominio sarraceno. Paris 1755, tres tom. en 12, t. l. p. 55—114); y mas concisamente en M. de Guigna (Hist. des Huns tom. 1. p. 347—350). El Bibliotecario del Escorial ha chasqueado mis esperanzas, mas parece que ha entresacado con esmero sus desencajados materiales; y la historia de la conquista se despeja un tanto con fragmentos apreciables del verdadero Rasis (quien escribió en Córdova, A. H. 300) de Ben Hasil etc. Véase la Bibliotec. Arábica Hispana tom. 2. p. 32 etc. En este lugar el ahinco de Pagí se auxilió con la erudicion arábiga de su amigo el abate de Longueras y dado muchísimo á sus tareas hermanadas.

(171) El yerro de Rodrigo de Toledo en el parangon de los años de la Héjira con los de la Era Juliana, ha inclinado á Baronio, Mariana y la caterva de historiadores españoles, á colocar la primera invasion en el año de 713 y la batalla de Jerez en noviembre de 714. Se ha descubierto el anacrónismo con el ahinco mas esmerado de los cronolojistas modernos, y principalmente Pagí (Corista tom. III p. 162—171 etc.) quien restableció la fecha positiva de la revolucion. En el dia un erudito arábigo como Cardonne, quien prohija el error antiguo es indisculpablemente torpe ó flojo.

(172) La Era del Cesar, cuyo uso era legal y popular en España hasta el siglo XIV, empieza treinta y ocho años antes del nacimiento de Cristo; y la refiero yo á la paz jeneral por mar y tierra, que corroboró el poderío y la particion de los Triunviros (Dion Casio, l. XLVIII p. 547, 558. Appian de Bell Civil. p. 1034 ed. folio. Fué la España provincia de Cesar Octaviano, y Tarragona, que erijió el primer templo á Augusto (Facit. Am. I. p, 78) tomaria de los Orientales aquel jénero de adolacion.

(173) La carretera, el pais y el antiguo castillo del conde Don Julian, y la creencia supersticiosa de los Españoles en tesoros ocultos etc., se hallan descritos en el padre Labat (Viajes á España é Italia tom. I. p. 201, 217) con su habitual jovialidad.

(174) El Jeógrafo Nubiense (p. 154) esplica la topografía de la guerra, pero se hace sumamente increible, que el teniente de Muza ejecutase el arbitrio desesperado é infructuoso de quemar las naves.

(175) Jerez, la antigua Asia Rejia se halla tan solo á tres leguas de Cádiz. En el siglo XVI era el granero del país en trigo, y toda Europa

conoce familiarmente el vino de Jerez (Ludov. Nonii Hispania c. 13. p. 54-56., obra concisa y esmerada. D' Anville, Etats de l' Europe. p. 154.)

(176) Id sane infortunii regibus pedem ex acie referentibus sæpe contingit. Ben Hazil de Granada, in Bibliot. Arabico-Hispana, tom. II p. 327. Creen algunos crédulos Españoles. que el rey D. Rodrigo huyó á un santuario, y se ocultó en la celdilla del ermitaño; y otros que lo arrojaron vivo en un tonel lleno de sabandijas, de donde prorumpió con alaridos lamentables:

Ya me comen, ya me comen,
Por do mas pecado habia, etc.

Cervantes, *Quijote*, parte 2.ª etc.

(177) M. Swinburne anduvo con sus mulas el trecho de Córdoba á Toledo en setenta y dos horas y media; pero hay que ensanchar este cómputo para las marchas sesgas y pausadas de un ejército. Atravesaron los Arabes aquella Mancha memorable trasformada para los lectores de todas las naciones en suelo *clásico*, por la pluma de Cervantes.

(178) Las antigüedades de Toledo, *Urbs Parva* en las guerras Púnicas, *Urbs Regia* en el VI siglo, están descritas brevemente en Nuñez (Hispania c. 53. p. 181-186) Toma de D. Rodrigo el *fatale palatium* de los retratos morunos, pero luego insinua modestamente que venia á ser un anfiteatro romano.

(179) En la Historia Arabum (c. 9 p. 17 ad calcem Elmasin), Rodrigo de Toledo va describiendo las mesas de esmeraldas, é inserta el nombre de Medinat Almeyda, en voces y letras arábigas. Se aparece versado en la literatura musulmana; mas no me avengo con M. de Guignes (Hist. des Huns, tom. I. p. 350) en que habia leido y copiado al Novairi; pues murió un siglo antes que Novairi compusiese su historia, y aquel desacierto estriba en otro mayor. Confunde Guignes el historiador Rodrigo Jimenez de Toledo en el siglo XIII, con el cardenal Jimenez, tambien arzobispo de Toledo, que gobernaba en España á principios del siglo XVI, tema y no autor, de obras históricas.

(180) Pudo Tarik estampar en el último peñasco, la farfantonada de Regnard y sus compañeros, en su viaje á Laponia:

Hic tandem stetimus, nobis ubi defuit orbis.

(181) Tal era el argumento del traidor Opas, y no todos los caudillos á quienes se dedicaban contestaron con el brio de Pelayo: Omnis Hispania dudum sub uno regimine Gothorum, omnis exércitus Hispaniæ, in

uno congregatus, ismaelitarum non valuit sustinere impetum. Chronic. Alphonsi Regis, apud. Pagi. tom. III. p. 1777.

(182) El renacimiento del reino godo en Asturias, resalta con despejo y concision en Mr. D' Anville (Etats de l' Europe. p. 159).

183) Los restos honradísimos de la guerra Cantábrica (Dion Casio, l. LIII. p. 720) se colocaron en la metropoli de Lusitania, y tal vez de España (summitit cui tota suos Hispania fasces). Nuñez (Hispania c. 51. p. 106.—110). Va eslabonando los monumentos antiguos, y acaba con un suspiro : Urbs hæc olim nobilísima ad magnam incolarum infrequentiam delapsa est, et præter priscæ claritatis ruinas nihil ostendit.

(184) Entrambos intérpretes de Novairi, De Guignes (Hist. des Huns, tom. I p. 343) y Cardonne (Hist. de l' Afrique et de l' Espagne, tom. I p. 93 etc.) encaminan á Muza hasta la Galia. Mas no asoma tal empresa, ni en Rodrigo de Toledo, ni en los manuscritos del Escorial; y la invasion sarracena se pospone en una crónica francesa, hasta el año IX despues de la conquista de España. A. D. 721 (Pagi, Critica. tom. 173 p. 176, 195. Historiadores de Francia, tom. III). Dudo mucho que Muza tramontase jamás el Pirineo.

(185) Cuatro siglos despues de Teodomiro, los territorios de Murcia y Cartajena conservan en el jeógrafo nubiense Edrisi (p. 154 y 161) el nombre de Tadmir (D' Anville, Etats de l' Europe p. 156. Pagi, tom. III p. 174. En la mengua actual de la agricultura española, Mr. Swinburne (Travels into Spain, p. 123) estuvo recreándose en la huerta de Murcia y de Orihuela, cuatro leguas de hermosísima sementera, guisantes, alfalfa, naranjos y todo jénero de hortaliza.

(s) Gibbon cuenta ocho ciudades, y en la trrduccion de Conde no asoma Riyera. — M.

(186) Véase el tratado en árabe y latin, en la Bibliotec. Arábico-Hispana tom. II. p. 105, 106, fechado en 4 de marzo del mes de Rejeb. A. H. 94; 5 de Abril A. D. 713; fecha que dilata al parecer la resistencia de Teodomiro y el gobierno de Muza.

(187) De la historia de Sandoval p. 87; Heary (Hist. Eccl. tom. IX p. 261) trae la sustancia de otro tratado concluido A. A. G. 782 A. D. 754 entre un caudillo arábigo y los Godos y Romanos, sobre el territorio de Coimbra en Portugal. Se deslinda el impuesto sobre las iglesias en veinte y cinco libras de oro, y el de los monasterios en cincuenta, el de las catedrales en ciento; los Cristianos acuden por justicia al Conde, pero en asuntos capitales tienen que consultar con el alcaide. Las puertas de la Iglesia, tienen que estar cerradas, y todos han de acatar el nombre de Mahoma. No tengo á la vista el orijinal, y con el corroboraria ó desterraria

la sospecha de que se fraguó para plantear la inmunidad de un convento.

(188) Aquel intento atestiguado por *varios* historiadores arábes (Cardonne, tom. I p. 95, 96), en un parangon del de Mitrídates, en marchar desde la Crimea á Roma, ó del de Julio-Cesar, en conquistar el Oriente y volver por el Norte á casa, y todos tres suponen tal vez menos que la empresa acertada de Anibal.

(189) Me pesa de nuestro malogro ó mi ignorancia de dos obras arábigas del siglo VIII, y un poema sobre las hazañas de Tarik. La primera de esta obra fué parto de un nieto de Muza, que se salvó de la matanza de su parentela; la segunda del Visir del primer Abderramen, califa de España, quien pudo concertar con algunos veteranos del conquistador (Bibliotec. Arábico-Hispana tom. II p. 36, 133).

(190) (Bibliotec. Arab. Hispana, t. II p. 32, 252). La primera de esta cita corresponde á la *Biografia Hispanica* de un Arabe Valenciano (Véanse los estractos abultados de Casiri, tom. II p. 30—121, y la segunda de una Cronolojia jeneral de los Califas, y de las Dinastías africanas y españolas, y como historia particular del reino de Granada, de la cual Casiri casi ha venido á hacer una traduccion cabal (Bibliot. Arábico-Hispana, tom. II p. 317—319). El autor Ebn Katheb, natural de Granada y contemporáneo de Novairi y Abulfeda (nacido A. D. 1313, murió en A. D. 1374) era historiador, jeógrafo, médico, poeta etc. (tom II. p. 71, 72).

(191) Cardonne Hist. de Africa y de España; tom. I, p. 116, 117.

(192) Un tratado estenso de economía por un Arabe Sevillano, en el siglo XIII, en la librería Escurialense, y Casiri tuvo arranques de traducirlo. — Tras una lista de autores citados árabes y griegos, y tambien latinos etc. pero seria de extrañar que el Andaluz viese aquellos estranjeros por medio de su paisano Columela (Casiri Bibliotec. Arábico-Hispana, tom. I, p. 323—338).

(193) Bibliotec. Arábico-Hispana, tom. II, p. 104. Traduce Casiri el testamento orijinal del Moro Rasis, puesto en su libro, parte IX. Pero estraño en gran manera su dedicatoria. Principibus cæterisque Christianis Hispanis suis *Castellæ*. No asoma el nombre de Castilla en todo el siglo VIII, sin que se erijiese aquel reino hasta el año de 1022, un siglo posterior á Rasis (Bibliotec. tom. II p. 330) significando, no una provincia tributaria, sino un cordon de *castillos* independientes del yugo morisco. (D' Anville, Etats de l' Europe p. 166—170). Si Casiri fuera crítico, despejara un tropiezo, quizá suyo propio.

(194) Cardonne, tom. I p. 337 y 338. Gradúa la renta en 130,000.000 de libras francesas. El cuadro cabal de paz y prosperidad alivia la uniformidad sangrienta de los Anales sarracenos.

(195) Logro la dicha de poseer una obra interesante y lujosa, que se ha ido regalando por la Corte de Madrid. *Bibliotheca Arábico-Hispana Escurialensis, ópera et studio Michaelis Casiri, Syro Maronitæ Matriti in fólio, tomus prior* 1760, *tomus posterior* 1770. Honra su ejecucion á las prensas españolas, los manuscritos en número de mil ochocientos cincuenta y uno estan coordinados con tino y despejo, y sus estractos estensos arrojan *alguna* luz sobre la literatura mahometana y la historia de España. Aquellos preciosos restos quedan afianzados, pero se fué dilatando la empresa en términos que en el año de 1671, un incendio abrasó la mayor parte de la librería del Escorial, enriquecida con los despojos de Granada y Marruecos (*).

(196) Los *Harbios*, como se les apellida, qui tolerari nequeunt, son 1. Cuantos *ademas* de Dios, adoran el sol, la luna, é ídolos. 2. Ateistas, Utrique, quamdiu princeps aliquisinter Mohammedanos superest, oppugnari debent donec religionem amplectantur nec requies iis concedenda est, nec pretium acceptandum, pro obtinenda conscientiæ libertate (Reland, dissertat X de Jure Militari Mohammed. tom. III p. 14) :sistema rigurosísimo.

(197) El deslinde entre una secta proscrita y otra tolerada, entre los *Harbios* y la gente del Libro, los creyentes en alguna revelacion, asoma á las claras en el coloquio del califa Al Mamun con los idólatrasó Sabeos de Charras. Hottinger, Hist. Orient. p. 107, 108.

(198) El Zend, ó Parend, la biblia de los Ghebros, se cuenta por ellos mismos, ó á lo menos por los Mahometanos, entre los diez libros que recibió Abrahan del cielo, y su culto se apellida decorosamente la religion de Abrahan (D' Herbelot Bibliot. Orient. p. 701; Hyde, de religione veterum Persarum c. 3 p. 27, 28 etc.). Malicio que no tenemos una razon sencilla y cabal de la religion de Zoroastro (**). Dr. Prideaux (Conection.vol. II. p. 300, octavo). Prohija la opinion de que fué esclavo y alumno de algun profeta judío, en el cautiverio de Babilonia quizás erau los Persas los maestros.

(199) Las Noches Arabes, pintura fiel y entretenida del mundo oriental, tiznan hasta lo sumo á los Magos, ó adoradores del fuego, á quienes atribuyen el sacrificio anual de algun mahometano. La relijion de Zoroastro

(*) Cotéjese la obra apreciable de Conde, Historia de la dominacion de los Arabes en España. Madrid 1820 — M.

(**) Prescindiendo de la antigüeda defectiva del Zend Avesta, publicada por Anquetil du Perron sea del tiempo de Ardeshir Baheghan, ó bien de época mas remota, se puede conceptuar en mi sentir como una razon sencilla, aunque no muy cabal del Zoroastrismo, particularmente con las ilustraciones del primer traductor y del Aleman Kesearker — M.

no tiene la mas remota hermandad con la de los Judíos, y sin embargo suelen los Mahometanos equivocarlos, cuyo frívolo yerro aguzó los filos del alfanje de Tamerlan (Hist. de Tamerlan por Cherefaddin Ali Yesdi LV).

(200) Vida de Mahoma, por Gagnier, tom. III, p. 114, 115.

(201) Hæ tres sectæ, Judæi, Christiani et qui inter Persas Magorum institutos addicti sunt κατ' ἐξοχήν, populi liberi dicuntur (Reland Disertat. tom. III p. 15). El califa Al Mamun corrobora la distincion honorífica á favor de las tres sectas, con la relijion mal deslindada y equívoca de los Sabeos, entre los cuales y los politeistas antiguos de Charras mereció abrigo su culto idólatra (Hottinger. Hist. Orient. p. 167, 168).

(202) D' Herbelot es quien refiere historia tan estraña (Bibliot. Orient. p. 448, 449) bajo la palabra de Condemir, y del mismo Mirchond (Historia priorum Regum Persanum etc. p. 3, 10 not. p. 88, 89).

(203) Mirchond (Mohammed Emir Koondah Shah, compuso en idioma persa una historia jeneral del Oriente (era natural de Herat) desde la creacion hasta el año de la Héjira 875 (A. D. 1471). En el año de 304 (A. D. 1438) logró el historiador el cargo de bibliotecario; y su hijo Condemir abrevió en tres tomos su obra celebrada A. H. 327, A. D. 1520. Ambos escritores deslindados esmeradamente por Petit de la Crois (Hist. de Ginghiscan p. 137 etc.) asoman descuidadamente comprendidos en D' Herbelot (p. 358 etc); pero sus muchos estractos, bajo el nombre impropio de Condemir, pertenecen mas bien al padre que al hijo. El historiador de Gingiscan se refiere á un manuscrito de Mirchond, que habia recibido de mano del mismo D' Herbelot su amigo. Un fragmento curiosísimo (las Dinastías Tahería y Soffaria) recien publicado en latin y en persa (Viennæ, 1787 en 4.° cum notis Bernard de Jenish); y el editor nos esperanza con la continuacion de Mirchond.

(204) Quo testimonio boni se quidpiam præstitisse opinabatur. Sin embargo Mirchond no puede menos de haber tachado su afan, puesto que aprobada la tolerancia legal de los Magos, cui (el fuego del templo) peracto singulis annis censu uti sacra Mohammedis lege cautum, ab omnibus molestia ac oneribus libero esse licuit.

(205) El último Mago de nombradía y poderío parece que fué Mardávigo el Dilemita, quien á principios del siglo X reinó en las provincias septentrionales de Persia, cerca del mar Caspio (D' Herbelot, Bibliot. Orient. p. 355). Pero sus soldados y sucesores los *Bowides*, ó abrazaron ó profesaron el mahometismo, y bajo su dinastía (A. D. 333-1020) tengo que colocar el esterminio de la relijion zoroastrica.

(206) Digo á Chardin en cuanto al estado actual de los Griegos, en Persia, pues aunque no es el mas instruido, es el mas juicioso y esmerado de los Viajeros modernos (Voyages en Perse, tom. II p. 109 etc. en 4.°)

Sus hermanos Pietro de la Valle, Oleario, Thevenot, Tavernier, etc. á quienes he ido rejistrando infructuosamente, ni tuvieron ojos, ni esmero para con un pueblo tan interesante.

(207) La carta de Abdelramen, gobernador ó tirano del Africa, el califa Abul Abas, el primer Abaside, va fechada A. H. 132 (Cardonne Hist. de l' Afrique et de l' Espagne, tom. I, p. 168).

(208) Biblioteca. Orient. p. 66. Renaudot, Hist. Patriarc. Alex. p. 287. 288.

(209) Entre las Epístolas de los Papas, véase Leon IX, epist. 3. Gregor VIII de epist. 22, 23, lib. III epist. 19, 20, 21, y las críticas de Pagi (tom. IV A. D. 1053; N.º 14. A. D. 1073 N.º 13, quien pesquisa el nombre y alcurnia del príncipe morisco, con quien el mas entonado de todos los pontífices Romanos se cartea tan cortesanamente.

(210) Mozárabes ó Mortárabes, *adscititii*, como se ve interpretado en latin (Pocock, Specimen Hist. Arabum, p. 39 y 40. Bibliot. Arábico-Hispana tom. II p. 18). La liturgia mozarábica, el ritual antiguo de la iglesia de Toledo, fué contrastado por los papas, y expuesto á las pruebas continjentes de espada y fuego. (Marian. Hist. Hispan. tom II. IX. c. 18 p. 378). Estaba, ó mas bien está, en latin; pero se conceptuó preciso en el siglo XII (A. Æ. C. 1687. A. D. 1039) copiar uua traduccion arábiga de los cánones de los concilios de España (Bibliot. Arábic-Hispan. tom. I p. 547) para uso de los obispos y el clero en los reinos moriscos.

(211) A mediados del siglo X, se tachó con esta práctica criminal al clero de Córdova, por un enviado atrevido del emperador Oton I (Vita Johannes Gorz, in Secul Benedic. V. N.º 115, apud Fleuri, Hist. Ecclesiást. tom. XII p. 91.)

(212) Pagi, Critica, tom. IV. A. D. 1149 N.º 8, 9. Advierte atinanadamente, que cuando Sevilla etc. se rescataron por Fernando de Castilla, no asomó en los pueblos cristiano alguno, mas que los cautivos, y que las iglesias mozárabes de Africa y de España, descritas por Jaime Vitriaco. A D. 1218 (Hist. Hierosol. c. 80. p. 1095, in Gest. Dei per Francos) se copiaron de algun libro antiguo. Tengo que añadir como la fecha de la Héjira 677. (A. D. 1278) se entiende únicamente de la copia y de la composicion de un tratado de jurisprudencia, que deslinda los derechos civiles de los Cristianos de Córdova (Bibliot. Arab. Hisp. tom. I. p. 471), y que los Judíos fueron los únicos desavenidos, á quienes Abul Waled, rey de Granada (A. D. 1313) pudo desautorizar, ó tal vez tolerar (tom. II. p. 288).

(213) Renaudot, Hist. Patriarch. Alex. p. 288. Lisonjeara Leon Africano á sus dueños Romanos, si desentrañara algunas reliquias encubiertas del Cristianismo en Africa.

(214) Absit, dijo el Católico al Visir de Bagdad, ut pari loco habeas Nestorianos, quorum præter Arabus nullus alius rex est, ut Græcos, quorum reges amovendo Arabibus bello non desistunt etc. Véase en las Colecciones de Aseman (Bibl. Orient. tom. IV p. 94-101) el estado de los Nestorianos con aquellos califas. Queda mas brevemente espuesto el de los Jacobitas en la Disertacion preliminar al segundo tomo de Aseman.

(215) Eutych. Annal. tom. II, p. 384, 387, 388. Renaudot; Hist. Patriarch. Alexand. p. 205, 206, 257, 332. Algun tiznon de la herejía Monotelita, pudo hacer al primero de estos patriarcas griegos menos leal con los emperadores y menos atropellado por los Árabes.

(216) Mothabed, quien reinó desde el A. D. de 892 hasta el de 902. Los Magos le conservaron siempre su nombre y jerarquía, entre las relijiones del imperio. (Aseman. Bibliot. Orient, tom. IV p. 97).

(217) Esplica Reland las cortapisas efectivas de la policía y jurisprudencia mahometana (Dissertat. tom. III. p. 16-20.) los edictos opresivos del califa Motawakel (A. D. 847-861), que están todavía vijentes asoman en Eutych. (Annal. tom. II. p. 448, y D'Herbelot (Bibliot. Orient. p. 640). Refiérese una persecucion del califa Omar II, y probablemente abultada en Teófanes (Chron. p. 334).

(218) Los mártires de Córdova (A. D. 850 etc.) se mencionan, y se comprueban por S. Eulogio, que vino tambien á ser víctima. Un sínodo convocado por el califa, censuró enmarañadamente su temeridad. El comedido Fleury no alcanza á hermanar su conducta con la disciplina de la antigüedad, toutefois l' autorité de l' église, etc. (Fleury, Hist. Ecclesiast. tom. X. p. 415-522, particularmente p. 451, 508, 509). Sus actas auténticas despiden alguna luz, aunque volandera, sobre la iglesia de España en el siglo IX.

(219) Véase el artículo *Eslamiah* (como nosotros decimos Cristiandad) en la Bibliothec. Orient. p. 325. Aquel mapa del mundo mahometano se continua por el autor, Ebn Alwardi, hasta el año de la Héjira 385 (A. D. 335). Desde aquel tiempo en España los malogros se han sobrepujado con sus conquistas en la India, Tartaria, y en la Turquía Europea.

(220) Se enseña en la Meca el árabe del Alcoran, en un colejio, como lengua muerta. Coteja el viajero Danis, aquel idioma antiguo con el latin; la lengua vulgar del Hejad y el Lemen con el italiano, y los dialectos árabes de Siria, Ejipto, Africa, etc. con el provenzal, el castellano y el portugués. (Nieburh. Description de la Arabia, p. 74, etc.)

CAPITULO LII.

Los dos sitios de Constantinopla por los Arabes. — Su invasion de Francia y Derrota por Cárlos Martel. — Guerra civil entre Omíades y Abasides. — Literatura Arábiga — Lujo de los califas. — Empresas navales contra Creta, Sicilia y Roma. — Menoscabo y division del Imperio de los Califas. — Derrotas y Victorias de los Emperadores Griegos.

Al desembocar los Arabes de su desierto, no pudieron menos de pasmarse con la prontitud y facilidad de sus logros; mas al asomar en su carrera victoriosa á las orillas del Indo y á las cumbres del Pirineo, enterados ya repetidamente de los filos de sus alfanjes y de la pujanza de su fe, ya se admirarian igualmente de que nacion alguna contrarestase á sus armas, ni que se atravesasen límites que hubiesen de atajar el señorío del sucesor del profeta. Disculpable es la confianza de una soldadesca fanática, puesto que el historiador que se afana desde el sosiego de su escritorio para ir ahora mismo siguiendo las corridas disparadas del Sarraceno, tiene que ahincar su conato para desentrañar los móviles que pusieron la Iglesia y el estado en salvamento, sorteando aquella catástrofe tan inminente y al parecer inevitable. Pastorean allá los septentrionales, y estension, clima, desamparo y valentía resguardan los yerros de Escitia y de Sarmacia; lejana é inaccesible yace la China; pero el conquistador Mahometano está ya avasallando la mayor parte de la zona templada, desfallecen los Griegos con las desdichas de la guerra y el malogro de las provincias mas pingües, y temblar debian fundadamente los Bárbaros de Europa con el vuelco repentino de la monarquía Goda. Voy á echar el resto de mi ahinco en despejar los acontecimientos que rescataron nuestros antepasados de Bretaña y los vecinos de la Galia, del yugo del Alcoran; que apadrinaron la majestad de Roma y dilataron la servidumbre de Constantinopla, y que robustecieron la defensa de los Cristianos, sembrando entre los enemigos las semillas de sus desavenencias y su menoscabo.

A los cuarenta y seis años de la huida de Mahoma de la Meca, asoman sus discípulos armados bajo los muros de Constantinopla (1) (An. 668-675). Enardécelos un dicho allá fundamental, aunque soñado, del Profeta, de que la primera hueste sitiadora de la ciudad de los Césares lograria el

perdon de sus pecados, y que el cúmulo inmenso de triunfos Romanos se trasladaria debidamente á los vencedores de la Nueva Roma; y así las preciosidades de mil naciones permanecerian atesoradas en aquel solar selecto del comercio y la soberanía. Derrumba el califa Moawiyáh á sus competidores, fundamenta su sólio y se afana en purgar el delito de la sangre civil con el logro y la nombradía de aquella espedicion sacrosanta (2); se aparata dignamente por mar y por tierra para tan esclarecido objeto; enarbola Sofian, guerrero veterano, el estandarte, pero enardece las tropas con su presencia y ejemplo el mismo Yezid, hijo y heredero presuntivo del caudillo de los fieles. Nada esperanzan los Griegos, y nada temen sus enemigos, por el denuedo y los desvelos del emperador reinante, que está afrentando el nombre de Constantino, y remedando únicamente los años indecorosos de su abuelo Heraclio. Transitan los Sarracenos sin demora ni contraresto el canal desamparado del Helesponto, que, aun en el dia, bajo el desgobierno Turco se está resguardando como el antemural nativo de la capital (3). Fondea la armada arábiga, y desembarca junto al palacio Hebdomon á dos leguas de la ciudad. Por largos dias asaltos y asaltos se están repitiendo desde el amanecer hasta la noche, por toda la línea que corre y abarca desde la puerta Dorada al promontorio Oriental, y los asaltadores delanteros tienen que ceder al empuje de los arrolladores de retaguardia. Mas conceptuan los sitiadores equivocadamente las fuerzas y recursos de Constantinopla. Cuerpos crecidos y disciplinados están guardando los encumbrados murallones; se retempla el denuedo Romano con el peligro postrero de la relijion y el imperio; los fujitivos de las provincias avasalladas renuevan acertadamente las defensas de Damasco y de Alejandría, y quedan los Sarracenos despavoridos con el estrago horroroso de los fuegos artificiales. El teson eficacísimo de aquella resistencia retrae las armas de intentos mas practicables por las costas Asiáticas y Europeas de la Propóntida, y despues de aguantarse en el mar desde abril á setiembre, á los asomos del invierno se retiran á mas de veinte y cinco leguas de la capital, á la isla de Cisico, donde tienen almacenados sus despojos, pertrechos y abastos. Tan aferrado fué su teson, y tan desvalidas sus operaciones, que siguieron por seis veranos repitiendo el avance y la retirada, menoscabando mas y mas su brio y sus esperanzas; hasta que el estrago redoblado de naufrajios y dolencias, del acero y del fuego, les precisaron á orillar su empresa infructuosa. Cúpoles llorar el malogro y encarecer el martirio de treinta mil Musulmanes, que yacieron en el sitio de Constantinopla, y las exequias solemnísimas de Abu Ayub, ó Job, merecieron la curiosidad de los mismos Cristianos. Aquel Arabe reverendo, uno de los últimos compañeros de Mahoma, era de los *ansares* ó auxiliares de Medina que abroquelaron la cervíz del Profeta fujitivo. Peleó de mozo en Bender y Ohud, bajo el estandarte sagrado; fué en su madurez amigo y

secuaz de Alí, y dedicó las postrimerías de su pujanza y vida ó una guerra lejana y azarosa contra los enemigos del Alcoran. Reverenciaban su memoria, mas quedó su sepulcro por cerca de ocho siglos desatendido é ignorado, hasta la conquista de Constantinopla por Mahometo II. Una vision oportunísima (como las que suelen fraguarse en todas las relijiones) reveló el solar sagrado, al pié de las murallas y al estremo de la bahía, y la mezquita de Ayub ha merecido ser la escojida para la inauguracion sencilla y marcial de los sultanes Turcos (4).

Revive, con el paradero del sitio, en Levante y Poniente el concepto de las armas Romanas, y empaña algun tanto los timbres Sarracenos. Reciben halagüeñamente en Damasco los emires ó Koreishitas al embajador Griego (A. 677); se ajusta paz, ó tregua por treinta años, y luego se ratifica, entre los dos imperios, y el pacto de un tributo anual de cincuenta caballos castizos, cincuenta esclavos y tres mil piezas de oro, viene á desdorar el señorío del caudillo de los fieles (5). Ansiaba el califa anciano el goce de sus dominios, acabando sus dias con bonanza y desahogo; mientras Moros é Indios se estremecen á su nombre, los Marduitas ó Maronitas del monte Líbano, están insultando su palacio y ciudad de Damasco, hasta que la política asombradiza de los Griegos desarma y traslada aquel antemural incontrastable del imperio (6). Rebeladas la Arabia y la Persia, la alcurnia de Omiyáh (7) queda reducida á los reinos de Siria y Ejipto; su conflicto y sus zozobras les precisan á acudir á las demandas encarecidas de los Cristianos, acrecentándose el tributo de un caballo, un esclavo y mil piezas de oro por cada uno de los trescientos y sesenta y cinco dias del año solar. Mas apenas se hermana y acabala con las armas y la política de Abdelmalek, se desentiende allá de aquella prenda de servidumbre, no menos amarga para su conciencia que para su orgullo, y el enojo de los Griegos yace imposibilitado con la desatinada tiranía de Justiniano segundo, la rebeldía lejítima de los súbditos y el vaiven incesante de sus contrarios y sucesores. Habíanse contentado los Sarracenos, hasta el reinado de Abdelmalek, con la posesion anchurosa de los tesoros Persa y Romano, y el cuño de Cosroes ó de Cesar; pero aquel califa plantea su moneda nacional de plata y oro, y el rótulo del Dinar, por mas que lo tilden moralistas timoratos, está pregonando la unidad del Dios de Mahoma (8); y luego con el califa Walid la leyenda Griega quedó escluida de la cuenta y razon en la hacienda pública (9). Si resultó de aquella mudanza el uso corriente de nuestros guarismos actuales, apellidados arábigos ó índios, aquella disposicion cancilleresca ha venido á proporcionar los descubrimientos mas grandiosos de la aritmética, el áljebra y las ciencias matemáticas (10).

Mientras el califa Walid se tiende apoltronado en su sólio de Damasco, y sus lugartenientes redondean la conquista de España y de la Trans-

oxiana, allá se desparrama un tercer ejército sarraceno por las provincias del Asia Menor (A. 716-718), asomándose á la misma capital Bizantina; pero el empeño y baldon del segundo sitio queda reservado para su hermano Soliman, cuyos impulsos ambiciosos aparecen mas ardientes y denodados. En los vaivenes del imperio Griego, tras el castigo y venganza del tiranillo Justiniano, un mero secretario, Anastasio ú Artemio, por acaso ú por mérito, se engalanó con la púrpura. Le sobresalta el estruendo de la guerra, llegando un embajador de Damasco portador de nuevas pavorosas con el armamento que estan los Sarracenos aparatando por mar y tierra, sobrepujando á todos los anteriores y haciéndose en el dia increible. Se esmera y se precave Anastasio para contrarestar el amago, pregona un bando para que salgan de la ciudad ejecutivamente cuantos carezcan de los abastos necesarios para mantenerse por espacio de tres años; rebosan de acopios los graneros y arsenales públicos; se reparan y robustecen las murallas; se van colocando por toda su estension máquinas para arrojar piedras, dardos ó fuego, guarneciendo tambien los bergantines de guerra y aumentando su número. Mas acertado y decoroso es el precaver que el rechazar todo peligro, y se ideó el intento, harto superior á la flaqueza griega, de abrasar los artilleros del enemigo y cuanta madera de ciprés cortada en el monte Líbano, está hacinada por las playas de la Fenicia, para el servicio de la escuadra ejipcia. Gallardísima empresa, frustrada por la cobardía ó traicion de las tropas que en el lenguaje nuevo del imperio, se apellidaban del Tema *Obsequioso* (11). Degüellan á su jeneral, desiertan de sus banderas en la isla de Rodas, se dispersan por el continente inmediato, y logran indulto ú premio, revistiendo á un mero dependiente de rentas con la púrpura. Pudiera recomendarle su nombre de Teodosio al senado y al pueblo; pero á pocos meses se empoza en un claustro, y pone en las manos mas briosas de Leon Isáurico, la defensa urjentísima de la capital y el imperio. El Sarraceno mas pavoroso, Moslemah, hermano del califa, está ya en las cercanías acaudillando ciento y veinte mil Arabes ó Persas, cabalgando sus alazanes ó camellos la mayor parte, y los sitios certeros de Tiana, Amorio y Pérgamo fueron de duracion suficiente para amaestrarse y engrandecer sus esperanzas. Trasládanse por la vez primera del Asia á la Europa las armas musulmanas por el tránsito tan sonado de Abido en el Helesponto. Desde allí Moslemah, revolviendo por las ciudades Tracias de la Propóntida, cerca á Constantinopla por la parte de tierra, resguarda sus reales con foso y parapeto, aparata y coloca su maquinaria para el asalto, y manifiesta de palabra y obra su ánimo aferrado de mantenerse esperando la vuelta de la sementera y de la siega, si la pertinacia de los sitiados venia á igualarse con la suya. Gustosos rescataran los Griegos su relijion é imperio, por medio de una multa ó reparto de una pieza de oro por ca-

beza de cada vecino; pero no tiene cabida el grandioso ofrecimiento, y el desdeñoso Moslemah se engrie mas y mas con el asomo cercano de las armadas incontrastables de Ejipto y Siria. Se dice que ascendian á mil y ochocientas naves; pero este número está manifestando su cortísimo buque, y aun los bajeles mayores y empinados, torpísimos en los movimientos por sus moles, no traian mas que cien hombres bien armados. Aquel aborto de armada va surcando con mar y viento bonancible hácia la embocadura del Bósforo; la haz del estrecho que da toda emboscada en lenguaje de los Griegos con una selva movediza; y el caudillo Sarraceno tiene aplazado el asalto jeneral para la idéntica aciaga noche por mar y por tierra. Para cebar mas y mas el anhelo del enemigo, habia el emperador desviado la cadena que suele atajar la entrada del puerto, y al titubear entre el afan de abalanzarse, y la zozobra de alguna asechanza estan los monstruos asoladores á la mano. Lanzan los Griegos sus brulotes contra los advenedizos; Arabes, armas, naves, todo se arremolina en las llamas; los fujitivos, desbandados, se estrellan mutuamente ó se hunden bajo las oleadas, y no asoma ya rastro alguno de aquella escuadra esterminadora hasta del nombre Romano. Pérdida mas aciaga é irreparable es la del califa Soliman, muerto de una indijestion (12) en sus reales junto á Kinisrin ó Calcis en Siria, cuando se estaba aparatando para acaudillar sobre Constantinopla las fuerzas restantes del Oriente. Sucede al hermano de Moslemah un deudo y enemigo, y las virtudes inservibles, y aun perniciosas, de un santon vienen á desdorar el sólio de un príncipe activo é intelijente. Mientras escrupuliza ó despeja á ciegas su conciencia, va siguiendo el sitio en el invierno, mas por el abandono que por las disposiciones del califa Omar (13). Crudísimo sobreviene el invierno, pues nieve densa está cuajando por mas de cien dias la tierra, y los naturales de aquellos climas abrasadores de Ejipto y Arabia yacen allá entumecidos y como exánimes en el helado campamento. Raya la primavera y reviven; se habia echado de nuevo el resto para socorrerles; les llegan dos escuadras cargadas de trigo, armas y tropa, la una de Alejandria, con cuatrocientos transportes y galeras, y la otra de los puertos de Africa con trescientos y sesenta bajeles; pero arde el fuego griego, y si el esterminio es menos rematado, consiste en que el Sarraceno, ya ducho sortea el peligro con la distancia, y luego los marinos Ejipcios desiertan alevosamente con sus naves al emperador de los Cristianos. Restablécese el comercio y navegacion de la capital, y la pesca acude á las necesidades, y aun al lujo, del vecindario. La tropa de Moslemah es la que adolece de hambre y enfermedades, y aunque se alivia la necesidad, la epidemia cunde mas y mas siempre, con los abastos perniciosos y aun inmundos á que se tuvo que acudir en las sumas escaseces. Yerto yace el ímpetu conquistador y relijioso, pues no pueden los Sarracenos desviarse de su recinto, ni en particular, ni tampoco en partidi-

llas, sin esponerse al encuentro implacablemente matador del paisanaje de Tracia. Recaba Leon con sus dádivas y promesas una hueste de Búlgaros del Danubio, y aquellos auxiliares bravíos vinieron en parte á compensar sus estragos en el imperio, con la derrota y matanza de veinte y dos mil Asiáticos. Cunde estudiadamente la hablilla de que los Francos y las naciones desconocidas del orbe latino, están en el disparador para acudir á la defensa de la causa cristiana por mar y por tierra, y su auxilio pavoroso se está esperando con diversísimos afectos en el campamento y en la ciudad. Desahuciado por fin Moslemah, tras un sitio de trece meses (14), recibe el anhelado permiso para retirarse. Marcha la caballería arábiga sobre el Helesponto y por las provincias de Asia sin demora ni tropiezo; pero un ejército de sus hermanos queda destrozado por la parte de Bitinia, y los residuos de su armada padecen tantísimo con el fuego y las tormentas, que tan solas cinco galeras logran aportar en Alejandría para ir contando la relacion de sus varios y casi increibles fracasos (15).

El rescate de Constantinopla en ambos sitios, debe principalmente atribuirse á la novedad, el pavor y el estrago positivo del *fuego griego* (16). Calinico, natural de Heliópolis en Siria, pasándose del servicio del califa al del emperador, trajo el arcano importantísimo de componer y disparar aquel incendio (17). Equivalió la maestría del químico y artillero al auxilio de escuadras y ejércitos, y aquel descubrimiento, y mejora en el arte militar cuadró venturosamente con el plazo infausto en que la bastardía de los Romanos orientales no alcanzaba á contrarestar el entusiasmo guerrero y el empuje Sarraceno en toda su lozanía. El historiador que se empeña en desentrañar aquel artefacto, tiene que desconfiar de su propia intelijencia, cuanto mas de la de sus orijinales Bizantinos, tan propensos á todo lo portentoso, tan inadvertidos, y en esta ocasion tan mal quistos con la verdad. Por sus apuntes allá enmarañados, y tal vez engañosos, aparece que el ingrediente principal era la *nafta* (18), ó betun líquido, especie de aceite claro, pegajoso é inflamable (19), que brota de la tierra y se enciende con el contacto del ambiente. Mezclábase la nafta, no sé con que arbitrios y en que proporciones con azufre y pez sacada de los pinos albares (20). De aquel amasijo humoso se disparaba una llamarada horrorosa y tenaz, que no solo cundia en alto sino tambien por debajo y al derredor con igual ímpetu y rapidez; el agua en vez de apagarla aumentaba su rabiosa actividad; siendo únicamente la arena, los orines y el vinagre, los contrarestos de aquel ajente poderosísimo, que los griegos apellidaban con toda propiedad, *líquido ú marítimo*. Causaba igual esterminio en el enemigo por mar y por tierra, en sitios y en batallas; ya lo vaciaban á calderadas desde las almenas, ya lo arrojaban en bolas caldeadas de piedra ó hierro, ó lo flechaban en dardos y venablos, con cáñamo ú borra empapada toda en aceite inflamable: á veces lo llevaban

metido en los brulotes, máquinas de mayor ejecucion y trascendencia, y solian aventarlo por un cañon largo de cobre, que abria un boqueron disparatado como de algun monstruo ideal, vomitando á raudales un fuego líquido y abrasador. Conservóse en Constantinopla el importantísimo invento, como el paladio afianzador del estado: tal vez se llegaron á franquear las galeras y aun la *artillería* á los amigos de Roma; pero la composicion del fuego griego se reservaba escrupulosísimamente, y el enemigo quedaba mas y mas despavorido con su ignorancia y sobresalto. El autor allá réjio del tratado sobre el réjimen del imperio (21), va apuntando las contestaciones y escusas mas propias para burlar el ahinco desaforado y las preguntas importunas de los Bárbaros. Dígaseles, encarga, que el fuego misterioso es revelacion de un ánjel, al primero y mayor de los Constantinos, con el mandamiento sagrado, de que tan sumo don del cielo, fineza vinculada en los Romanos, jamás debia franquearse á nacion estraña; pero príncipe y súbdito, tenian que enmudecer sópena de traicion y sacrilejio, y así sobre el escarmiento temporal, aquel deslíz impío se acarreaba la venganza del Dios de los Cristianos. Tan suma cautela aprisionó el secreto en el pecho de los Romanos orientales por mas de cuatro siglos; y aun á fines del siglo once, los Pisanos, árbitros del mar y amaestrados en todas las artes, padecieron el estrago, sin calar el invento de aquel fuego. Lo descubrieron por fin, ó lo ajenciaron, los Mahometanos; y en las guerras sagradas de Siria y Ejipto, revolvieron el artificio inventado contra ellos sobre los mismos Cristianos. Refiere un caballero, despreciador de alfanjes y lanzas sarracenas, con desahogo entrañable su propio susto, y el de sus compañeros, á la vista y al estruendo del aciago disparo con un raudal del *fuego griego*, llamado ya así por los primeros escritores franceses. Venia volando por los aires, dice Joinville (22), á manera de dragon alado y coli-largo, del macizo de media fanega, con el retumbo del trueno y la rapidez del rayo, ahuyentando la lobregez de la noche con su pavorosa luminaria. Siguió la práctica del fuego griego, y ya sarraceno, hasta mediados del siglo décimocuarto (23), cuando un compuesto de nitro, azufre y carbon, causó una nueva revolucion en el arte de la guerra y en la historia del jénero humano (24):

Constantinopla y el fuego griego atajan á los Arabes la entrada oriental en Europa; por acá al Occidente los conquistadores de España, tramontan el Pirineo y amagan, y aun invaden, las provincias de la Galia (25) (An. 733 etc.). El menoscabo de la monarquía francesa está brindando al avance á tan insaciables fanáticos. Desheredados yacen los descendientes de Clodoveo de su bizarría marcial y desaforada, y la desventura ó el demérito acarreó el apodo de *perezosos* á los últimos reyes de la estirpe Merovinjia (26), pues subian al sólio desvalidos y pasaban ignorados al sepulcro. Un palacio aislado, á las cercanías de Compiegne (27), les cupo

allá por residencia, ó cárcel; pero iban todos los años encaramados en una carreta de bueyes por marzo ú por mayo, al consejo de los Francos, para dar audiencia á los embajadores y revalidar las actas de sus mayordomos, pues el palaciego habia parado en ministro de la nacion y dueño del príncipe, y un empleo público se habia trocado en patrimonio de una alcurnia privada: dejó Pepino el mayor un rey de edad madura bajo la tutela de su propia viuda y de su niño, mas quedaron luego desposeidos tan endebles rejentes con la eficacia del bastardo. Desquicióse un gobierno estragado y bravío, y los duques tributarios, los condes provinciales y los señorones hacendados, viuieron luego á menospreciar la flaqueza del monarca y á remedar la ambicion de los mayordomos. Entre estos caudillos independientes, uno de los mas arrojados y venturosos fué Eudes, duque de Aquitania, que en las provincias meridionales de la Galia usurpó la autoridad, y aun el dictado, de rey. Godos, Gascones y Francos acuden al pendon del héroe Cristiano: rechaza el primer avance de las Sarracenos, y Zama, lugarteniente del califa, pierde ejército y vida bajo los muros de Tolosa. El afan de la venganza da nuevas alas á la ambicion de los sucesores, quienes se encumbran otra vez al Pirineo con ínfulas y denuedo de conquistadores. Vuelven los Musulmanes á aposentarse en Narbona, por la situacion aventajada que les mereció el asiento de una colonia Romana (28): están pidiendo la provincia de Septimania, ó Languedoc, por dependiente de la monarquía española; pues el soberano de Damasco y Samarcanda se halla poseedor de los viñedos de Gascuña y de la ciudad de Burdeos, y el mediodía de Francia, desde la desembocadura del Garona hasta la del Ródano, se avino á las costumbres y la Relijion de la Arabia.

Menosprecia tan estrechos linderos la gallardía de Abderramen, devuelto por el califa Hasshem á los anhelos de la soldadesca y el pueblo de España (A. 751). Aquel caudillo veterano y denodado doblega á la obediencia del Profeta cuanto faltaba de Francia ó de Europa, y se apara á ejecutar la sentencia, acaudillando una hueste pavorosa, plenamente confiado de arrollar todo tropiezo de la naturaleza ó de los hombres. Se esmera ante todo en dar al través con un pueblo casero que estaba aposentado en los tránsitos principales del Pirineo; pues Munuza, caudillo Moro, se habia amistado con el duque de Aquitania, quien por motivos de interés público ú privado sacrificó su hija hermosísima al tálamo de un feroz Africano. Fuerzas irresistibles arrollan la Cerdaña con todas sus empinadas fortalezas; alcanzan y matan al rebelde por los despeñaderos, enviando cautiva su viuda á Damasco, para saciar el apetito, y mas probablemente la vanagloria, del caudillo de los fieles. Se descuelga Abderramen del Pirineo, y se adelanta al tránsito del Ródano para sitiar á Arles. Intenta una hueste cristiana socorrer la ciudad; pero los se-

pulcros de sus mandarines se estaban todavía viendo en el siglo trece, y el raudal arrebató á millares los cadáveres hasta el Mediterráneo. Prospera mas y mas con sus armas Abderramen por la parte del Océano, pues atraviesa sin contraste el Garona y el Dordoña, que juntan sus aguas en el golfo de Burdeos; pero tropieza luego con los reales de Eudes, quien formando nuevo ejército padece otro descalabro, tan infausto para los Cristianos, que segun su misma confesion dolorosa, tan solo Dios podia contar los muertos. Victorioso el Sarraceno, va recorriendo las provincias de Aquitania, cuyos nombres galos están todavía mal encubiertos con los de Perigord, Santonja y Poitú; tremolan sus pendones sobre las almenas, ó por lo menos ante las puertas, de Turs y de Sens; y sus destacamentos se desparraman allá por la Borgoña hasta las ciudades notables de Lion y de Besanzon. Sonó por largos años el recuerdo de tanta asolacion, pues Abderramen iba al par destrozando campiñas y vecindarios; y la invasion de Francia por Moros ó Mahometanos dió campo á tantísima patraña, como se fué rematadamente desfigurando en las novelas caballerescas, tan primorosamente engalanadas por las musas italianas. En aquel menoscabo de la sociedad y de las artes, yermas las ciudades, podian cebar poquísimo la codicia de los Sarracenos, y sus despojos mas aventajados salian de las iglesias y monasterios, desnudándolos de sus ornamentos y entregándolos á las llamas; y aun aquellos santos titulares como San Hilario de Poitiers y San Martin de Turs se mostraron olvidadizos de su potestad milagrosa, en defensa de sus propios sepulcros (29). Por mas de trescientas leguas iba allá corriendo la línea victoriosa desde el peñon de Jibraltar hasta las orillas del Loira, y en redoblando aquella marcha, se aposentaban los Sarracenos en el confin de Palonia y en los riscos de Escocia; pues no es el Rin mas intransitable que el Nilo ú el Eufrates, y á sus anchuras y sin choque naval pudo surcar una escuadra arábiga la desembocadura del Támesis. Acaso se estuviera en el dia enseñando la interpretacion del Alcoran en las escuelas de Oxford, y en sus púlpitos se estuviera igualmente demostrando á un auditorio circuncidado la santidad y la certeza de la revelacion de Mahoma (30).

El númen y la dicha de un hombre libertan la Cristiandad de tamaño fracaso (An. 732). Cárlos, hijo natural de Pepino el mayor, se contentaba con los dictados de mayordomo, ú duque de los Francos; mas vino á encabezar una alcurnia de reyes. Afánase por veinte y cuatro años en su desempeño; restablece y sostiene el señorío del sólio, y los rebeldes allá de Germania y Galia van quedando soterrados con el ahinco arrollador de un guerrero que en una misma campaña va tremolando sus banderas por el Elba, el Ródano y las playas del Océano. Amagada la patria de tan sumo peligro, está clamando por su diestra, y el duque de Aquitania, su competidor, tiene que asomar en la comitiva de sus rendidos ó fujitivos,

«¡Ay Dios!» prorumpen los Francos; «¡qué desventura! ¡qué baldon! Estuvimos oyendo allá el nombre y las conquistas de los Arabes; por Levante nos acosaba la zozobra de su avance; tienen conquistada la España, y están ya invadiendo nuestro pais por la parte de Poniente. Pues en número y (puesto que vienen desabroquelados) en armas nos son muy inferiores.» «Si os ateneis á mi dictámen» contesta el mayordomo cuerdamente «no hay que atajarles la marcha, ni atropellar nuestro avance. Son como el raudal, pavoroso en el ímpetu de su carrera; sedientos de presa y engreidos con tanto logro, se envalentonan mas y mas, y el denuedo se sobrepone al jentío y á las armas. Aguantemos hasta que los abrume la mole de sus despojos; en siendo ricos, todo se les volverá desavenencias, y ya son nuestros.» Quizás los escritores arábigos soñaron política tan refinada, y aquellas largas de Cárlos se motivan con los apuros de su situacion y el anhelo ruin de doblegar las ínfulas del rebelde duque de Aquitania con la asolacion de sus provincias; pero se hace todavía mas probable que tanta demora le fué repugnante, pero inevitable. Ni la primera ni la segunda casta tuvieron ejército de planta, y luego mas de la mitad del reino paraba en manos de los Sarracenos: segun sus respectivas situaciones, los Francos de Neustria y de Austrasia se desentendian ó se horrorizaban con el peligro iminente; y allá el auxilio voluntario de Jépidas y Jermanos caia muy desviado de los estandartes del jeneral Cristiano. Agolpadas por fin sus fuerzas, busca y halla el enemigo en el corazon de Francia entre Turs, y Poitiers. Resguardan cordilleras de cerros su atinada marcha, y parece que su inesperada presencia sobrecoje á Abderramen. Las naciones de Asia, Africa y Europa se adelantan con igual denuedo al encontron de una refriega, que debia variar la historia del orbe. Por los seis dias primeros en los trances de guerrilla, los jinetes y flecheros orientales salen por lo mas airosos; mas en el dia séptimo, al estrechar el encuentro, se postran los Levantinos al brio y estatura de los Jermanos, quienes con pechos forzudos y manos *de hierro* (51), afianzan la libertad civil y relijiosa de su posteridad. El adjetivo de *Martel* ó *Martillo*, añadido al nombre de Cárlos, está retratando sus tremendos é irresistibles *martillazos*; el desagravio y la emulacion estimulan el valor de Eudes, y sus compañeros asoman para el historiador como los verdaderos Pares ó Paladines de la caballería francesa. Tras batalla sangrientísima, en que fenece Abderramen, y despues de anochecido, se acojen los Sarracenos á su campamento, y en el desconcierto y desesperacion, las diversas tribus del Yemen, de Damasco, Africa y España se provocan y traban mútuamente contienda; los residuos de la hueste se descarrian, y cada caudillo procura su salvamento retirándose atropellada y arbitrariamente. Amanece, y los Cristianos victoriosos malician doblez en aquel sosiego que están presenciando; informados por los escuchas, se

arrojan á escudriñar las preciosidades de las tiendas vacías; pero esceptuando tal cual reliquia afamada, cortísimo es el despojo que se devuelve á sus lejítimos dueños. Cunde repentinamente el noticion por todo el orbe católico, y los monjes de Italia se atreven á afirmar y creer, que trescientos y cincuenta mil, ó trescientos y setenta y cinco mil Mahometanos, quedaron machacados con el martillo de Cárlos (52), al paso que fenecieron tan solos mil y quinientos Cristianos en las campiñas de Turs. Mas no cabe desproporcion tan increible con la suma cautela del caudillo francés, en estremo aprensivo con los ardides y añagazas que se receló en el alcance, y así despidió los Jermanos á sus acostumbrados bosques. Vencedor sosegado, está denotando crecida mengua en fuerzas y sangre, pues el escarmiento mas atroz suele practicarse no tanto en la línea de batalla, como sobre las espaldas del vencido. Fué sin embargo la victoria de los Francos cabal y terminante, pues las armas de Eudes recobran la Aquitania; los Arabes ya nunca entablan la conquista de la Galia, y Cárlos Martel y su valeroso linaje los aventan luego allende el Pirineo (53). Parecia que el clero habia de canonizar, ó vitorear por lo menos entrañablemente, al redentor de la Cristiandad, debiéndole la existencia; pero habia tenido el mayordomo del palacio que acudir en aquel conflicto á las riquezas, ó bien á las rentas de obispos y abades, para sostener el estado y premiar su soldadesca. Se olvidan sus merecimientos; pero se tiene su sacrilejio muy presente, y un sínodo galo se arroja á decir por escrito á un príncipe Carlovinjio que su antecesor está condenado, pues al abrir su tumba quedó atónita la concurrencia con hedor ó fuego y el aspecto de un dragon pavoroso, y que un santo de aquel tiempo se habia estado regalando con la vision halagüeña de Cárlos Martel ardiendo y revolcándose en cuerpo y alma por toda una eternidad en los abismos infernales (54).

El malogro de un ejército ú de una provincia allá por el orbe occidental, se hizo menos doloroso á la corte de Damasco que el asomo y engrandecimiento de un competidor casero (An. 746-750). Nunca la alcurnia de Omiyah habia merecido privanza en el concepto público, pues la vida de Mahoma estaba recordando su perseverancia en la idolatría y la rebelion; habia sido su conversion forzada, y su encumbramiento desconcertado y banderizo, cimentando su sólio sobre la sangre mas esclarecida y sacrosanta de toda la Arabia. Omar todo relijioso, el mejor de la alcurnia, estaba mal hallado con su propio título, y las prendas de todos eran escasísimas; para sincerar aquel desvío del órden de la sucesion, clavando los fieles á porfía sus ojos y sus anhelos sobre el linaje de Hashem y la parentela del Apóstol de Dios. Eran en esto los Fatimitas ya temerarios y ya pusilánimes pero los descendientes de Abas estaban halagando con denuedo y advertencia las esperanzas de su declarado encumbramiento. Arrinconados en Siria, destacan allá reservadamente sus ajentes y misioneros para prego-

nar por las provincias orientales su derecho hereditario é incontrastable, y Mahomed, hijo de Alí, hijo de Abdalah, hijo de Abas, tio del Profeta, da su audiencia á los diputados de Corazan, y acepta el regalo de cuatrocientas mil piezas de oro. Muerto Mahomed, se juramenta con Ibrahim rendido, y desaladamente un sin número de sus afectos puestos en el disparador para la primera señal con su competente caudillo, y el gobernador de Corazan sigue lamentándose de sus advertencias infructuosas, y del aletargamiento mortal de los califas de Damasco, hasta que él mismo y todos sus allegados quedan escluidos del palacio y ciudad de Men por las armas del rebelde Abu Moslem (55). Aquel fraguador de reyes, y autor, como se le apellida, del *llamamiento* de los Abasides, cargó al fin, por su mérito supuesto, con el galardon corriente en las cortes; pues una ralea ruín, y tal vez advenediza, no alcanzó á contrarestar la pujanza lozana de Abu-Moslem. Amantísimo de sus mujeres, dadivoso de sus caudales y pródigo de la sangre propia y ajena, blasonó ufana y tal vez verdaderamente de haber soterrado á seiscientos mil enemigos; y era tan denodada la entereza de su espíritu y semblante, que nadie le vió risueño, sino en un dia de batalla. Se abanderizan los Fatimitas con el distintivo *verde*, los Omíades con el *blanco* y los Abasides prohijan el *negro*, como mas contrapuesto. Aquel color lóbrego cuaja sus turbantes y ropajes; dos estandartes negros con sus hastas de nueve codos de largas, se enarbolan en la vanguardia de Abu-Moslem, y sus apellidos alegóricos de *noche* y *sombra* simbolizan enmarañadamente el enlace indisoluble y la sucesion perpetua de la alcurnia de Hasshem. Estremécese el Oriente desde el Indo hasta el Eufrates con la reñida contienda entre los bandos blanco y negro: por lo mas vencen los Abasides, pero queda nublado tanto logro con la desventura personade su caudillo. La corte de Damasco se desaletarga al fin, y dispone precaver la romería á la Meca emprendida con esplendorosa comitiva por Ibrahim, para granjearse al mismo tiempo su privanza con el Profeta y con el pueblo. Ataja un destacamento de caballería su marcha y afianza su persona, y el desventurado Ibrahim, al ir á empaparse en el embeleso de la soberanía, fenece aherrojado en las mazmorras de Haran. Sus hermanos menores Safah y Almanzor, burlando las pesquisas del tirano, permanecen ocultos en Cufá, hasta que el afan jeneral y el asomo de sus amigos del Oriente les facilitan el esponerse ante el ansioso pueblo. Llega el viernes, y Safah, con los atavíos de califa y los matices de su secta, se encamina con boato relijioso y militar á la mezquita; trepa al púlpito, reza y predica á fuer de sucesor lejítimo de Mahoma; parte, y el vecindario se juramenta con su parentela para seguirle con lealtad. Mas la gran contienda se zanja, no en la mezquita de Cufa, sino en las márjenes de Zab, donde todo redunda en ventaja de la faccion blanca: con la autoridad del gobierno ya establecido, un ejército de ciento y veinte mil hom-

bres, contra la sexta parte de aquel jentío, y la presencia y merecimientos del Califa Mervan, el catorceno y último de la alcurnia de los Omíades. Antes de encumbrarse al sólio, habia logrado por su desempeño guerrero en Jeorjia, el dictado relevante de jumento de Mesopotamia (36); y se colocara allá entre los mayores príncipes, á no mediar, dice Abulfeda, el decreto sempiterno de aquel trance para el esterminio de su alcurnia, disposicion incontrastable para toda cordura y fortaleza humana. Se equivocan ó se desobedecen los mandatos de Mervan; con la vuelta de su caballo, del cual se acaba de apear por una urjencia, cunde la aprension de su muerte, y Abdalah, tio de su competidor, enardece y escuadrona con maestría la milicia negra. Huye el califa, tras su descalabro irreparable á Mosul; pero asoma sobre las almenas el color de los Abasides; atraviesa repentinamente el Tigris, tiende una mirada melancólica sobre su palacio de Haran, atraviesa tambien el Eufrates, se desentiende allá de las fortificaciones de Damasco, y sin detenerse en Palestina, planta sus reales aciagos y postreros en Busir sobre las orillas del Nilo (37). Atropella su escape por el eficacísimo alcance de Abdalah, que se va reforzando y afamando mas y mas á cada paso; quedan por fin vencidos de remate los residuos de la faccion blanca en Ejipto, y el lanzazo que acabó con la vida y las congojas de Mervan, fué quizá no menos apetecible para el caudillo desventurado que para el victorioso (An. 750 febrero 10). La pesquisa despiadada de este desarraigó hasta los vástagos mas lejanos de la ralea enemiga: aventaron sus osamentas, maldijeron su memoria, y quedó desagraviado de sobras el martirio de Hosein en la posteridad de sus tiranos. Convidan á ochenta Omíades, confiados en la clemencia y palabra de los vencedores, á un banquete espléndido, y atropellan las leyes del hospedaje matándolos indistintamente; cubren luego la mesa sobre sus cadáveres, y sus jemidos moribundos sirven de contrapunto á la algazara de la beodez. Afiánzase, con aquel paradero de la guerra, la dinastía de los Abasides; pero á los Cristianos tan solo era dado triunfar con los mútuos enconos y descalabros jenerales de los discípulos de Mahoma (38).

Pero tantos millares como guadañó la guerra se repusieran muy pronto con nuevas jeneraciones, si de resultas de la revolucion no se fuesen ya disolviendo la unidad y el poderío del imperio sarraceno. Proscritos los Omiades, un mancebo réjio llamado Abdalrahman se salva á solas de la saña del enemigo que sigue cazando al desterrado vagaroso desde las orillas del Eufrates hasta las cañadas del monte Atlas. Al presentarse por las cercanías de España revive el afan de la parcialidad blanca (A. 757). Son los Fersas los primeros desagraviadores de los Abasides; no alcanza al Occidente la plaga de armas civiles y los sirvientes de la familia apeada siguen poseyendo como feudo arbitrario la herencia de haciendas y destinos del gobierno. Rebosan sus pechos de agradecimiento, de ira y de

zozobra, y brindan al nieto del califa Heschem con el sólio de sus mayores, y en aquel sumo trance los estremos de la temeridad y de la cordura vienen á darse la mano. Vitoréanle al aportar en Andalucía, se afana, batalla y vence, y plantea por fin Abderramen el trono de Córdova, encabezando los Omíades de España, que estuvieron imperando por mas de dos siglos y medio desde el Atlántico hasta el Pirineo (39). Mata en batalla á un lugarteniente de los Abasides, que con un ejército y escuadra invade su señorío; y la cabeza de Alá, embebida en sal y alcanfor, amanece colgada por un mensajero denodado ante el palacio de la Meca, y el califa queda allí paladeando su resguardo, por mediar tierras y mares desde el alcance de contrario tan pavoroso. Guerras se aparatan y declaran mutuamente sin resultas, pero ya la España, en vez de ser el embocadero para la conquista de Europa, queda desgajada del tronco de la monarquía, comprometida en hostilidad perpetua contra el Oriente, y propensa á entablar paz y amistad con los príncipes cristianos de Constantinopla y de Francia. La alcurnia castiza ó supuesta de Alí, los Edrisitas de Africa y los Fatimitas mas poderosos de la misma y del Ejipto: tres califas batallan en el siglo X por el sólio de Mahoma, reinando en Bagdad, en Cairoan y en Córdova, escomulgándose mutuamente y acordes tan solo en un principio de encono á saber que un sectario es mas abominable y mas criminal que un incrédulo (40).

Era la Meca el patrimonio del linaje de Haschem, mas nunca trataron los Abasides de residir en la patria ó ciudad del Profeta. Mancillado quedó Damasco, no solo por la preferencia, sino tambien con la sangre de los Omiades; y tras laguna suspension, Almanzor, hermano y sucesor de Safah, plantea á Bagdad (41) para asiento imperial de su posteridad por espacio de cinco siglos (42). El solar escojido cae á la orilla oriental del Tigris, como á quinientas leguas mas arriba de las ruinas de Modain, era el recinto circular y dos veces amurallado; y creció tan arrebatadamente aquella capital, reducida hoy á un pueblecillo de provincia, que ochocientos mil hombres y sesenta mil mujeres asistieron á las exequias de un santon afamado, siendo todos de Bagdad y sus aldeas cercanas. Los Abasides en *aquella ciudad de paz* (43), en alas de su opulencia oriental, esquivaron allá los ayunos y estrecheces de los primeros califas, aspirando á competir en boato con los monarcas Persas. Tras tantísimo desembolso en guerras y edificios, deja Almanzor en oro y plata mas de cien millones de duros (44), y los rasgos ó devaneos de sus hijos apuran aquel tesoro en pocos años. Su hijo Mahadi, en una sola romería á la Meca, derrocha hasta cien millones de dinares de oro. Cabe en un impulso relijioso ú caritativo santificar la fundacion de cisternas y caravanzeras ó paradores, que va repartiendo con medida cabal por una carretera ó rumbo de mas de doscientas leguas; pero sus recuas de camellos cargados de nieve, tan solo conducen para pasmar á los

naturales de la Arabia y refrescar la fruta y los licores del banquete réjio (45). Encarecian los palaciegos las larguezas del nieto Almanzor que espende cuatro quintos de las rentas de una provincia; esto es, dos millones y medio de dinares de oro, antes de sacar el pie del estribo; y mas cuando el mismo príncipe en sus desposorios diluvia perlas crecidas á puñados sobre la cabeza de la novia (46), para luego holgarse con los caprichos ó finezas de la suerte en una lotería de casas y haciendas. Se menoscaba el imperio y crece mas y mas el boato de la corte cabiendo á un embajador griego el admirarse ó condolerse de la magnificencia del apocado Moctader. « El ejército entero del califa » dice el historiador Abulfeda, «tanto de caballería como de infantería, estaba sobre las armas componiendo hasta ciento y sesenta mil hombres. Sus palaciegos y esclavos predilectos estaban junto á él todos engalanados con sus tahalíes cuajados de oro y pedrerías; seguian siete mil eunucos, blancos los cuatro mil, y los restantes negros, y luego setecientos porteros. Surcaban el Tigris falúas y barquillas con esquisitos adornos y realces. No era menos esplendorosa la suntuosidad del palacio, con treinta y ocho mil colgaduras, de las cuales las doce mil y quinientas eran de seda y recamadas de oro; y eran veinte y dos mil las alfombras tendidas por los suelos. Se presentaron hasta cien leones, cada cual con su respectivo leonero (47); y entre otras preciosidades portentosas, habia un árbol de oro y plata que desparramaba sus diez y ocho ramas grandiosas, sobre las cuales y por sus pimpollos se paraban sin número de pajarillos de los mismos metales, como tambien las hojas. Al ir meneando arbitrariamente cierto mecanismo, las varias aves se ponian á gorjear sus melodías respectivas; y tras este vistosísimo aparato condujo el visir al embajador Griego á las gradas del sólio del califa (48).» Por el Occidente los Omíades de España están ostentando con igual boato el dictado de caudillo de los fieles. El tercero y mas descollante de los Abdalrahmanes construye en honor de su predilecta sultana, á una legua de Córdoba la ciudad, el alcázar, los pensiles de Zahra, dedicándoles el fundador veinte años y quince millones de duros: su finura grandiosa brinda á los artistas de Constantinopla y á los arquitectos y escultores preeminentes de su tiempo, sosteniendo y realzando los edificios hasta mil y doscientas columnas de mármol de España, de Africa, Italia y Grecia. El salon de audiencia está revestido de oro y pedrería, y un estanque anchuroso en el centro está cercado de figuras lindas y costosísimas de aves y de cuadrúpedos. Empínase allá un pabellon en medio de los jardines; y uno de aquellos estanques y fuentes tan deleitosas en un clima ardiente, reverbera, no con agua, sino con purísimo azogue. Asciende el serrallo de Abdalrahman con esposas, mancebas, y eunucos negros, á seis mil y trescientas personas, y su guardia en campaña es de doce mil jinetes con tahalíes y alfanjes guarnecidos de oro (49).

Tenemos los particulares que enfrenar nuestros anhelos por escaseces y sujecion; pero vidas y afanes de millones se abocan al servicio de un despota cuyas disposiciones se obedecen á ciegas, y cuyos consejos se cumplen instantaneamente. Aquel embeleso nos embarga la fantasía, y pese á nuestra racionalidad pocos se desentenderían aferradamente de un ensayo en los regalos y afanes de la soberanía. Podrá por tanto redundarnos en algun provecho el desengaño de Abdalrahman, cuya magnificencia nos pasma y tal vez nos encela, trasladando un apunte auténtico, hallado en el escritorio del monarca difunto: «He estado ya reinando mas de medio siglo empapado todo en victorias y en paz; amado de mis súbditos, temido de mis enemigos y bien quisto con mis aliados. Riquezas y timbres, poderío y deleites han rebosado á mi albedrío; ni hubo dicha terrena que no se agolpase á halagarme: en tan sumos logros, he ido recapacitando los dias en que vine á paladear acendrada y cabal felicidad, y ascienden á CATORCE.» ¡O hombre, no cifres tu cariño en el mundo actual (50)! El gran lujo de los califas, inservible para su dicha personal, relajó la pujanza y atajó los vuelos de su imperio. Los primeros sucesores de Mahoma se vincularon allá en su conquista temporal y espiritual, y en acudiendo á las urjencias de la vida abocaban escrupulosísimamente sus rentas todas al grandioso intento: pobrean los Abasides con un sin número de apetitos y con su menosprecio de la economía; pues orillando allá el íto de su ambicion encumbrada se están desalando y desviviendo á todo trance por el boato y los deleites; mujeres y eunucos cargan con los galardones de la valentía, y un lujo palaciego está empachando los reales de la milicia. Cunde el desbarro por los súbditos del califa, pues el tiempo y la prosperidad van quebrantando su adusto entusiasmo, ansiando ya caudales por el rumbo de la industria, nombradía con las tareas literarias y felicidad en el sosiego de la vida casera. Ya no se abalanza el sarraceno á la guerra, y ni aumento de paga, ni redoble de donativos alcanzan á cebar la posteridad de aquellos campeones voluntarios que se arremolinaban tras los pendones de Omar ó de Abubeker esperanzados con los despojos y el paraíso.

Vinculáronse los estudios mahometanos bajo el reinado de los Omíades, en la interpretacion del Alcoran y la elocuencia y poesía de su idioma nativo (A. 754 tc. 815 etc). Un pueblo guerreando y peligrando á toda hora no podia menos de apreciar la trascendencia benéfica de la medicina, ó mas bien de la cirujía; pero hambreaban los médicos arábigos susurrando lamentos de que el ejercicio y la templanza los iba en gran parte defraudando de su desempeño (51). Tras las guerras civiles é internas, se desaletargan los súbditos de los Abasides y se dedican fina y ahincadamente á las ciencias profanas. El califa Almamon es el adalid en aquel afan, siendo, además de letrado, astrónomo sobresaliente; pero al empuñar Almamon VII de los Abasides el cetro, acabala al punto los intentos de

su abuelo y galantea á las Musas en sus antiguas aras. Sus embajadores en Constantinopla y sus ajentes en Armenia, Siria y Ejipto, andan en pos de la sabiduría griega; dispone el traslado de sus escritos por los literatos mas consumados en la lengua arábiga; encarga á los súbditos que se atareen estudiando tan instructivos partos, el sucesor de Mahoma acude todo comedido y placentero á la enseñanza y las conferencias de los sabios. «Constábale,» dice Abulfarajio, «que *son* los escojidos de Dios sus sirvientes mejores y mas provechosos vinculando su vida toda en el realce de la racionalidad. La ruin ambicion del Chino y del Turco blasona del primor de sus manos y de los regalos de la sensualidad; pero aquellos mañosos artífices tendrán que estar mirando desahuciadamente los hexágonos y pirámides de las celdillas de una colmena (52); estos héroes bizarros se estremecen con la fiereza de un leon ó de un tigre; y en sus goces amorosos desmerecen respecto á los irracionales mas torpes é inmundos. Los maestros de la sabiduría son las lumbreras y los lejisladores del orbe, sin cuyo auxilio todo se empoza en la idiotez y la barbarie.» Remedan el afan y despejo de Almamon los príncipes posteriores de la alcurnia de Abás, sus competidores las Fatimitas en Africa, y los Omíades en España, apadrinan á los literatos al par que acaudillan á los fieles; los emires independientes de las provincias estan clamando por igual prerogotiva rejia y con su emulacion cunde mas y mas el gusto y el galardon de la ciencia desde Samarcanda hasta Bachara, hasta Fez y hasta Córdoba. El visir de un sultan tributa hasta doscientas mil piezas de oro á la fundacion de un colejio en Bagdad, dotándolo con la renta anual de quinientos mil dinares. Revertiase la semilla de la instruccion quizá en diversos plazos, á seis mil discípulos de varias clases desde el hijo de un noble hasta el de un menestral, habia su situado competente para los estudiantes menesterosos, y se correspondia debidamente al merecimiento y á la aplicacion de los catedráticos. Copiábanse por todas las ciudades los partos de la literatura arábiga por el ansia de los estudiosos ó la vanagloria de los pudientes. Rehusó un doctor particular de Bochara el brindis de un sultan por cuanto el transporte de sus libros necesitaba cuatrocientos camellos. Constaba la libreria real de los Fatimitas de cien mil manuscritos primorosamente copiados y encuadernados lujosamente, que se franqueaban sin rédito y sin reparo á los estudiantes del Cairo. Pero no es abultada esta coleccion, si creemos que los Omíades de España llegaron á componer una biblioteca de seiscientos mil volúmenes, empleando hasta cuarenta y cuatro en solo el catálogo. Su capital Córdoba, y las ciudades de Málaga, Almería y Murcia, habian dado á luz mas de trescientos escritores, y en los varios pueblos de la Andalucía y su reino se abrieron mas de setenta librerías públicas. Continuó floreciendo la literatura arábiga por quinientos años hasta la irrupcion descomunal de los Mogoles, contemporánea

de la temporada mas yerta y lóbrega de los anales Europeos mas desde el punto de rayar las ciencias en el Occidente fueron ya los estudios orientales amainando y desfalleciendo (54).

En las bibliotecas arábigas, así como en las europeas, lo mas abultado de tantisimo volúmen atesoraba tan solo partos locales y de mérito soñado (55). Cuajaban sus estantes oradores y poetas, cuyo estilo conjeniaba con el gusto y las costumbres de sus compatricios; historias jenerales ó particulares, acompañadas luego con otras en cosecha abundante de nuevos personajes y acontecimientos; códigos y comentarios de jurisprudencia, cuya autoridad estribaba en la ley del Profeta; intérpretes del Alcoran, tradiciones peregrinas, y la muchedumbre de teólogos, disputadores, místicos, escolásticos y moralistas, lo sumo de la escelencia, ó lo ínfimo de la ridiculez, segun el concepto de los creyentes ó los incrédulos. Las obras de trascendencia científica, se reducian á los cuatro ramos de filosofía, matemáticas, astronomía y medicina. Se tradujeron los sabios de Grecia y se ilustraron en arábigo, y tratados, perdidos ya en sus orijinales, han asomado luego en las versiones del Oriente (56), que estaba poseyendo y estudiando los escritos de Aristóteles y de Platon, de Euclides y de Apolonio, de Tolomeo, Hipócrates y Galeno (57). Entre los sistemas ideales que han ido variando con la moda por temporadas, prohijaron los Arabes la filosofía del Estajirita, igualmente inintelijible, ó enmarañada por igual, para los lectores de todos los siglos. Escribió Platon para los Griegos, y su númen alegórico aparace empapado en el idioma y la relijion de la Grecia. Tras el vuelco de aquella creencia, se desarrinconan los Peripatéticos, campean en las contiendas de las sectas orientales, y los Mahometanos de España lo reponen mucho despues en las escuelas latinas (58). La física, tanto del Liceo, como de la Academia, planteada toda, no sobre observaciones sino en argumentos, ha venido á rezagar los conocimientos. La metafísica de lo limitado y lo infinito, engolfada allá en la divinidad, ha venido á dar alas á la inapeable superstición. Pero el artificio y la práctica de la lójica fortalece las potencias, y los diez predicamentos de Aristóteles, reuniendo y hermanando los conceptos (59), disparan el flechazo agudo del silojismo en el vaiven de la contienda. Los Sarracenos se amaestraron en su manejo, pero como cuadra mejor para atajar el desbarro que para desentrañar la verdad, no se hace estraño que nuevas jeneraciones de maestros y discípulos esten todavía dando vueltas y revueltas en la idéntica estrechez de la lójica recóndita. Descuellan las matemáticas con su privilejio indisputable, de ir siempre y de siglo en siglo adelantando mas y mas, sin cejar un ápice; pero la jeometría antigua, si no estoy malenterado, yacia en el mismo atraso, cuando la recibieron los Italianos en el siglo quince; y el áljebra, sea cual fuere el orijen de su nombre, fue parto del Griego Diofanto, segun

atestiguan modestamente los mismos Arabes (60). Se encumbraron mas en la ciencia sublime de la Astronomía, elevadora del entendimiento, y despreciadora de este menguadillo planeta y de nuestra existencia volandera. Suministraba el califa Almamon los instrumentos costosísimos para las observaciones y el territorio de la Caldea, seguia siempre brindando con el mismo ensanche de llanura y el idéntico y despejadísimo horizonte. Por los páramos de Senaar, y por segunda vez en los de Cufa, estuvieron sus matemáticos midiendo esmeradamente un grado del gran círculo de la tierra, y computaron en ocho mil leguas la redondez cabal de nuestro globo (61). Desde el reinado de los Abasides hasta el de los nietos de Tamerlan, se estuvieron observando los astros sin anteojos; pero con sumo ahinco, y las tablas astronómicas de Bagdad, España y Samarcanda (62), enmiendan tal cual yerro menor, sin osar desentenderse de la hipótesis de Tolomeo, adelantar un paso para descubrir el sistema solar. Idiotez y devaneo eran los promovedores únicos de las verdades científicas en las cortes orientales, y desatendido quedara el astrónomo á no envilecer su sabiduría con las predicciones disparatadas de la astrolojía (63). Pero los Arabes lograron merecido aplauso en las ciencias médicas. Los nombres de Menea y de Jeber, de Rasis y de Avicena, están aun sonando con los de muchos maestros de la Grecia, y en la ciudad de Bagdad se facultó á ochocientos y setenta médicos para ejercer su profesion harto productiva (64). En España se solia cifrar la vida de príncipes católicos en el desempeño de los Sarracenos (65), y la escuela de Salerno, parto suyo lejítimo, resucitó en Italia y Europa la enseñanza médica (66). Causas estrañas ó personales daban mas ó menos realce á sus catedráticos, pero nos cabe deslindar mas fundadamente sus conocimientos en anatomía (67), botánica (68) y química (69), el triple cimiento de la práctica y la especulativa. Reverenciando Griegos y Arabes supersticiosamente los cadáveres, tenian que disecar únicamente irracionales; describiéronse en tiempo de Galeno las partes sólidas y patentes; pero el desentrañar por ápices las interioridades humanas, quedaba reservado para el microscopio y las inyecciones modernas. Actividad requiere la Botánica, y la zona tórrida alcanzó á enriquecer el herbario de Dioscórides con millares de plantas. Se sacramentaban allá noticias tradicionales en los templos y monasterios de Ejipto, habian progresado muy provechosamente en artes y en manufacturas, pero la *ciencia* química es deudora de su oríjen y adelantamientos á la injeniosidad de los Sarracenos. Inventaron y apellidaron así el alambique para las destilaciones; analizaron las sustancias de los tres reinos de la naturaleza; deslindaron las afinidades de los ácidos y alcalis, y trocaron los minerales ponzoñosos en medicamentos halagüeños y saludables. Pero el afan desalado de la química arábiga se aferró en la trasmutacion de los metales y el elixir de sanidad inmortal; la racio-

nalidad y los haberes de infinitos se fueron evaporizando en las retortas de la alquimia, y el recóndito misterio, la patraña y la superstician se agolparon para la consumacion de la obra de las obras.

Mas quedaron defraudados los Musulmanes de sus principales logros, cifrados en el trato íntimo con Grecia y Roma, el conocimiento de la antigüedad, el gusto acendrado y el desahogo del pensamiento; pues engreidos con el caudal de su propio idioma esquivaron el estudio de los demás. Entresacábanse los intérpretes Griegos de los súbditos Cristianos, quienes trasladaban ya el texto orijinal ó ya la version Siríaca, y con el cúmulo de astrónomos y médicos, no asoma orador, poeta ó historiador que se dedicase á la lengua Sarracena (70). La mitolojía de Homero no podia menos de estomagar enconadamente á fanáticos tan adustos; estuvieron poseyendo con idiotez apoltronada las colonias de los Macedonios y las provincias de Cartago y Roma; olvidados yacian los héroes de Plutarco y de Tito Livio, y la historia del mundo anterior á Mahoma se reducia á un compendillo de los patriarcas, los profetas y los reyes Persas. Quizás nuestra educacion en las escuelas griegas y latinas, nos clavó ya en el interior una norma de gusto esclusivo, y no me propaso á menospreciar la literatura y los dictámenes de naciones, cuyos idiomas ignoro; pero me *consta* que los clásicos tienen muchísimo que enseñar, y estoy *creido* de que en los Orientales hay poquísimo que aprender; el señorío entonado en el estilo, las proporciones donosas en el arte, la estampa de la beldad visible ó ideada, el retrato cabal de índoles y de afectos, la gala en la narracion y en la oratoria, y la planta garbosa de la poesía épica y dramática (71). El predominio del tino y de la verdad tienen mas deslindada su traza, y los filósofos de Atenas y de Roma disfrutaron la dicha y plantearon los derechos de la libertad civil y relijiosa. Sus escritos morales y políticos pudieran haber ido descerrajando los grillos del despotismo oriental, para luego entonar el temple de las investigaciones y de la tolerancia, y hacer al fin que los sabios Arabes maliciasen que su califa era un tirano y un impostor su Profeta (72). El instinto allá de la superstición se sobresaltó ya al asomo de las ciencias abstractas, y los doctores mas asombradizos de la ley, abominaron de los afanes de Almamon (73). Sedientos del martirio, empapados en el paraíso, y creidos de la predestinacion, príncipes y pueblos se disparan con entusiasmo incontrastable, y el alfanje Sarraceno se fue ya embotando, al desviarse la juventud del campamento al colejio, y al dedicarse las huestes de los fieles á la lectura y la crítica. Pero la vanagloria desatinada de los Griegos se enclaba con sus estudios, y comunicaba muy á su pesar el fuego sagrado á los Bárbaros del Oriente (74).

Pelean de muerte Omíades y Abasides, y acuden los Griegos á la oportunidad de al fin desagraviarse y rehacerse (A. 781-805), pero Mohadi

estrema su despique, aquel tercer califa de la nueva dinastía que por su parte afianza la coyuntura de hallarse una mujer y un niño, Irena y Constantino, aposentados en el sólio de Constantinopla. Marcha una hueste de cerca de cien mil Persas y Arabes, desde el Tigris hasta el Bósforo de Tracia, á las órdenes de Harun (75) ó Aaron, hijo segundo del caudillo de los fieles. Sus reales en los cerros contrapuestos de Crisópolis ó Scútari, participa á Irene en su mismo palacio la pérdida de sus tropas y provincias. Firman los ministros con su anuencia una paz afrentosa, y el trueque de algunos agasajos réjios no encubre el tributo anual de setenta mil dineros de oro, impuesto sobre el Imperio Romano. Internado el Sarraceno temerariamente en territorio remoto y enemigo, prométenle para su retirada apetecida guias fieles y mercados abundantes, y no hay un Griego que se atreva á boquear la especie de que tanta fuerza ya postrada pudiera muy obvíamente acorralarse y destruirse en su tránsito imprescindible entre unos riscos resbaladizos y el rio Sangario. Harun, á los cinco años de esta espedicion, asciende al sólio de su padre y su hermano mayor, monarca esforzado y poderoso, cual ninguno de su alcurnia, esclarecido aun en el Occidente, como aliado de Carlomagno, obvio aun para los niños, por héroe incesante de los consejos arábigos. Mancilló su dictado de *Al Rashed (el Justiciero)* con el esterminio de la alcurnia bizarra, y tal vez inocente de los Barmesidas, pero escuchó la queja de una viuda desamparada, á quien sus tropas habian saqueado, y entonando un paso del Alcoran se arrojó á amenazar al déspota inadvertido con el juicio de Dios y de la posteridad. Boato y ciencia realzan su corte; pero en un reinado de veinte y tres años, va repetidamente visitando sus provincias desde Corasan á Ejipto; peregrina nueve veces á la Meca; asalta ocho el territorio romano, y en habiendo un rezago en el tributo tienen que palpar al punto como un mes de correrías les resulta mas costoso que un año de rendimiento; mas una vez depuesta y desterrada la madre desaforada de Constantino, el sucesor de Nicéforo se empeña en aventar aquella prenda de baldon y servidumbre. Alude agudamente el emperador, en su carta al califa, al juego del ajedrez que habia cundido ya desde Persia por la Grecia. « La reina (hablando de Irene) os tuvo por un alfil, siendo ella un peon. Apocadilla la mujer se avino á pagaros un tributo doble del que debia imponer á unos Bárbaros. Devolved por tanto el producto de esas tropelías, ó avenios al trance del acero ». Y tras estas palabras arrojan los embajadores un lio de espadas sobre las gradas del sólio. Sonrióse el cafa al amago, y desenvainando su *alfanje*, arma de nombradía histórica y anovelada, destroza los espadines griegos sin aportillar el filo, ni destemplar la hoja. Dicta luego una cartita de pavoroso laconismo. « En nombre de Dios todo misericordioso, Harun Al Rashid, caudillo de los fieles, al can Romano. Leí tu carta, hijo de madre incrédula. No has de

oir, pero si has de ver mi contestacion. « Escríbela en letras de sangre y fuego por las llanuras de la Frijia, y el ímpetu guerrero de los Arabes tan solo amaina con engaños y muestras de arrepentimiento. Retírase triunfante el califa, tras el afan de la campaña, á su alcázar predilecto de Raca, sobre el Eufrates (76), pero la distancia de mas de doscientas leguas y la crudeza de la estacion, incitan á su contrario para quebrantar la paz. Atónito se muestra Nicéforo con la marcha osada y rapidísima del caudillo de los fieles, quien tramonta en el rigor del invierno el nevado Tauro; echa el resto de sus ardides políticos y militares; y el Griego alevoso tiene que huir del campo de batalla con tres heridas, y dejando allá tendidos hasta cuarenta mil súbditos. Avergüénzase sin embargo el emperador de todo rendimiento, y se afana el califa en pos de la victoria. Se alistan y se pagan ciento y treinta y cinco mil soldados, y marchan hasta trescientos mil individuos de todas clases bajo el estandarte negro de los Abasides. Barriendo van la haz del Asia Menor muy allende Tiana y Ancira, y cercan á la Heraclea Póntica (77), floreciente allá en su tiempo y en el dia poblacion ruincilla; capaz á la sazon de contrarestar con sus murallones antiguos las fuerzas del Oriente. Total es su esterminio y colmado el despojo, pero á estar versado Harun en la historia griega, se condoliera de la estatua de Hércules, cuyos atributos, masa, arco, aljava y piel del leon estaban cincelados sobre oro macizo. Con la asolacion de mar y tierra, desde el Euxino hasta la isla de Chipre, tiene el emperador Nicéforo que desdecirse de su altanero reto. Quedan por el nuevo tratado para siempre los escombros de Heraclea, como leccion y trofeo, y se acuña el tributo con la estampa y el rótulo de Harun y sus tres tres hijos (78). Pero aquel redoble de señores redunda en menor baldon del nombre Romano, pues muerto el padre, se disparan sus herederos en destempladas desavenencias; el vencedor, el garboso Almamon vive harto atareado en restablecer la paz casera é introduir la ciencia advenediza.

Bajo el reinado de Almamon en Bagdad y de Miguel el Balbuciente en Constantinopla, quedan sojuzgadas la islas de Creta (79) y de Sicilia (A. 823) por los Arabes. Callan la conquista de aquella sus propios escritores, ajenísimos de la nombradía de todo un Júpiter y un Minos; pero la mencionan muy cabalmente los historiadores bizantinos, que van empezando á despejar algun tanto sus negocios contemporáneos (80). Una porcion de Andaluces voluntarios, mal hallados con el clima y el gobierno de España, se engolfan allá en aventuras marítimas; pero navegando con una decena, ó cuando mas veintena, de galeras, vinieron desairadamente á piratear. Como banderizos del partido *blanco*, les correspondia guerrear contra califas *negros*. Una faccion rebelde los entromete en Alejandría (81); degüellan á diestro y siniestro, prescindiendo de partidos, saquean iglesias y mezquitas, venden mas de seis mil Cristianos

cautivos, y se afianzan en la capital de Ejipto, hasta que las fuerzas y la presencia misma de Almanzor los avasallan. Siguen pirateando desde el Nilo al Helesponto por las islas y costas de Griegos y Musulmanes; ven y envidian y saborean la fertilidad de Creta, y vuelven luego con cuarenta galeras y formalizan su embestida. Andan los Andaluces recorriendo las campiñas, pero al acudir con su presa á la playa, ven su bajeles ardiendo, y su caudillo Abu Caab se manifiesta él mismo como autor del fracaso. Claman contra su desvarío y su traicion. « ¿De qué os estais ahí lamentando? « les contesta el taimado emir. « Os he traido á un país rebosante de leche y miel. Esta es vuestra verdadera patria, descansad de tantísima fatiga, y olvidad el paraje de vuestro nacimiento. « ¿Y nuestras mujeres y niños? » « Vuestras hermosas cautivas harán veces de esposas, y en vuestra coyunda luego seréis padres de nueva prole. » El campamento fue su primera vivienda, con su parapeto y foso en la bahía de Lada; pero un monje apóstata los conduce á otro sitio preferente hácia levante, y el nombre de Candax, su fortaleza y colonia, se ha ido estendiendo á toda la isla bajo la denominacion estragada y moderna de *Candía*. Las cien ciudades del tiempo de Minos habian menguado hasta treinta, y de estas una sola acaso, Cidonia, tuvo aliento para conservar en lo esencial su libertad, y la profesion del Cristianismo. Los Sarracenos Cretenses en breve se rehicieron del malogro de sus naves, lanzando los leños del monte Ida á su golfo, y por cerca de ciento y cuarenta años anduvieron los príncipes de Constantinopla hostilizando á tan desaforados corsarios, con cruceros infructuosos y armas desvalidas.

Una tropelía supersticiosa acarrea la pérdida de Sicilia (82). Un mancebo enamorado roba una monja de su convento, y el emperador lo sentencia á que le corten la lengua (A. 827-878). Apela Eufemio á la racionalidad y política de los Sarracenos de Africa, y vuelve luego con su púrpura imperial, una escuadra de cien naves y un ejército de setecientos caballos y diez mil infantes. Apostan en Mazara junto á las ruinas del antiguo Selino; y tras algunas ventajillas libertan los Griegos á Siracusa (83). yace difunto el apóstata bajo sus muros, y sus amigos los Africanos tienen que alimentarse con la carne de sus caballos. Acuden luego á libertarlos sus hermanos Andaluces; la parte mayor y occidental de la isla va quedando sucesivamente reducida, y escojen el fondeadero comodísimo de Palermo para el solar del poderío naval y militar de los Sarracenos. Sigue conservando Siracusa por medio siglo su fé jurada á Jesu-Cristo y al César, y en el sitio postrero y azaroso, descuella todavía su vecindario con asomos de aquella bizarría con que arrostraron la potestad de Atenas y de Cartago. Contrastan por mas de veinte dias arietes y catapultas, minas y conchas de los sitiadores; pudiera socorrerse la plaza, á no emplearse los marineros de la escuadra imperial allá en Constantinopla, edificando una igle-

sia á la Vírjen María. Arrebatan del altar, aherrojan y arrastran hasta Palermo al diácono Teodosio y al obispo y clero, para luego empozarlos en una mazmorra, y tenerlos sin cesar como colgados entre la muerte y la apostasía. Sus lamentos patéticos y aun elegantes pueden conceptuarse como el epitafio de su patria(84). Desde la conquista Romana hasta la catástrofe postrera, Siracusa muy mermada y embatida en la isla de Ortijea, se habia ido siempre menoscabando; pero atesoraba aun restos preciosísimos; pues pesó la plata de la catedral cinco mil libras, y todo el despojo se reguló en un millon de piezas de oro (dos millones de duros), y los cautivos no pudieron menos de sobrepujar á los diez y siete mil Cristianos, trasladados del saqueo de Tauromenio á la servidumbre africana. Idioma y relijion de los Griegos quedaron descartados en Sicilia, y á tal estremo llegó la docilidad de la nueva jeneracion que hasta quince mil niños quedaron circuncidados en un solo dia con el hijo del califa Fatimita y con el idéntico ropaje. Las bahías de Palermo, Biserta y Tunez desembocan escuadras arábigas sobre ciento y cincuenta pueblos de Calabria y Campania destruidas y saqueadas; ni el nombre de César y de los apóstoles alcanza á escudar los arrabales de Roma; y si anduvieran acordes los Mahometanos, la Italia toda paraba fácilmente en ramillete esclarecido del imperio de su Profeta. Mas carecen ya los califas de Bagdad de todo predominio en el Occidente, pues los Aglabitas y Fatimitas tienen usurpadas las provincias del Africa, los enemigos de Sicilia ostentan ínfulas de independientes, y el intento de conquistas y señorío bastardeó mas y mas con redobladas piraterías (85).

Entre los ayes de la Italia exánime, el nombre de Roma despierta recuerdos grandiosos y lamentables. Una escuadra Sarracena de la costa Africana osa entrometerse por la desembocadura del Tíber (An. 846), y asomar sobre la ciudad que, aun en medio de su postracion, se está todavía reverenciando como la metrópoli del mundo Cristiano. Trémulo el vecindario acude á guardar puertas y almenas, poniendo de manifiesto los túmulos y templos de San Pedro y San Pablo en los arrabales del Vaticano y de la carretera de Hostia. Habíalos escudado su santidad invisible contra Godos, Vándalos, y Lombardos; pero el Arabe se desentiende allá de Evanjelios y leyendas, y los mandamientos del Alcoran aprueban y enardecen su destemple siempre robador. Quedan las imájenes cristianas despojadas de sus costosísimas ofrendas, arrebatan un altar de plata del sagrario de San Pedro; y aunque en nada escrupulizan, dejan intactos los cuerpos y edificios, merced á su atropellamiento, pues siguiendo el rumbo de la carretera Apia, saquean á Yundi, sitian á Gaeta: mas cejan de las murallas de Roma, y con sus desavenencias se salva el Capitolio del yugo del Profeta de la Meca. Sigue el peligro amagando á la cerviz Romana, y sus fuerzas propias no alcanzan á contrarestar á un emir africa-

no. Claman todos por el amparo de su soberano latino; pero un destacamento de Bárbaros atropella el estandarte Carlovinjio: tratan de reponer los emperadores griegos, mas era alevoso el intento, y el auxilio lejano y continjente (86). Agrávase su conflicto con el fallecimiento de su caudillo temporal y espiritual, pero el trance insta y arrolla formalidades y amaños para la eleccion, y el nombramiento unánime del papa Leon IV (87) es el salvamento de la iglesia y de la ciudad. Este pontífice es todo un Romano; arde en su pecho el denuedo de los primeros tiempos de la república, y se irgue en medio de las ruinas de su patria, como una de aquellas columnas grandiosas y empinadas que encumbran sus cabezas sobre los trozos del foro Romano. Dedica los primeros dias de su reinado á purificar y retraer las reliquias con plegarias, procesiones, y demás ejercicios relijiosos que embelesaron los ánimos y esperanzaron la muchedumbre. Desatendida yacia la defensa pública, no ya por confianzas pacíficas, sino por el desamparo y conflicto de los tiempos. Manda Leon ysomando las murallas antiguas con sus reparos, en cuanto cabe con las escaseces de medios y de tiempo; edifica ó renueva hasta quince torreones en los parajes mas espuestos, dos en una y otra orilla del Tíber, y cruza una cadena de hierro en el raudal para atajar la subida de toda armada enemiga. Algun desahogo cabe á los Romanos con la nueva de estar levantado el sitio de Gaeta, y de que parte de los robadores, con su sacrílega presa, ha fenecido en el golfo.

Mas si abonanzó la tormenta, estalla luego con redoblada saña (An. 849); pues el Aglabita reinante en Africa (88), hereda de su padre un tesoro y una escuadra; y esta, cargada de Arabes y Moros, tras una arribada de refresco por las bahías de Cerdeña, fondea sobre la desembocadura del Tiber, á cinco leguas de la ciudad, y con su disciplina y jentío amaga, no una correría de relámpago, sino un intento formal de conquista y señorío. Pero los desvelos de Leon tienen fraguada alianza con los súbditos del imperio Griego, y con los estados libres y marítimos de Gaeta, Nápoles y Amalfí; y sus galeras acuden al peligro, aportando en Ostia á las órdenes de Cesario, hijo del duque Napolitano, mozo ilustre y valeroso, vencedor ya de escuadras sarracenas. Convidan á Cesario y á sus principales compañeros al palacio Lateranense, y aparenta el mañoso pontífice informarse de aquella incumbencia, y aceptar gozosísimo aquel socorro sobrehumano. Las compañías ciudadanas acompañan el padre hasta Ostia, donde va revistando y bendiciendo á sus libertadores jenerosos, quienes le besan los pies, comulgan con ademan guerrero y devoto, y escuchan la plegaria de Leon entonando, como aquel mismo Dios, que fué sosteniendo á San Pedro y San Pablo sobre las aguas del piélago, va á robustecer las manos de sus campeones contra los enemigos de su santo nombre. Con plegaria muy semejante, y con igual denuedo, se abalanzan los

Musulmanes sobre las galeras cristianas, que se mantienen aventajadamente puestas por la playa. Ya la victoria se está inclinando hácia la parte de los aliados, cuando se decide á su favor con una tormenta repentina, que frustra la maestría y el denuedo de los marineros mas esforzados. Abríganse los Cristianos en su bahía amistosa; al paso que los Africanos se van estrellando y sumerjiendo por los islotes y peñascos de una costa enemiga. Los que se van salvando del naufrajio y del hambre, ni logran, ni merecen conmiseracion de mano de sus perseguidores implacables; pues el acero y la horca merman la muchedumbre azarosa de los cautivos, y los restantes se emplean mas provechosamente en perfeccionar los edificios sagrados que intentaban derribar. Encabeza el pontífice ciudadanos y aliados al tributar agradecido acatamiento á los sagrarios de los Apóstoles, y entre los despojos de la victoria naval, se cuelgan trece arcos arábigos, de plata fina y maciza sobre el altar del Pescador de Galilea. Emplea Leon su reinado en defender y realzar el estado Romano; se renuevan y hermosean las iglesias; se dedican cerca de cuatro mil libras de plata á reparar los quebrantos de San Pedro, y se condecora el santuario con un ornamento de oro de doscientas y diez y seis libras, realzado con los retratos del papa y del emperador, y orlado de perlas. Pero esta magnificencia vanidosa redunda en menos timbre á las glorias de Leon, que el esmero paternal con que reedifica los muros de Horta y Amería, y traslada el vecindario descarriado de Centumcella á su nueva fundacion de Leopolis, á cuatro leguas de la costa (89). Plantea su largueza en el apostadero de Porto, sobre la desembocadura del Tíber, una colonia de Corzos, restableciendo para su vivienda la ciudad ruinosa, repartiendo su campiña y viñedo en el nuevo vecindario, y aun le auxilia con caballos y rebaños; y aquellos desterrados, exhalando venganza contra los Sarracenos, juran vivir y morir bajo las banderas de San Pedro. Cuantas naciones acudian del norte y del poniente á visitar el umbral de los Apóstoles, habian ido formando el arrabal crecido y populoso del Vaticano, y sus barrios diversos se diferenciaban, segun el habla de aquel tiempo, en *escuela* de Griegos y Godos, de Lombardos y de Sajones. Mas aquel solar venerable yace siempre expuesto á desacatos sacrílegos: el empeño de amurallarlo y cerrarlo apura cuanto la autoridad puede disponer ó franquear; la caridad y el afan fervoroso de cuatro años se enardece mas y mas á toda estacion y á toda hora con la presencia del pontífice infatigable. El apego á la nombradía, arranque grandioso, pero mundano, asoma en el nombre de la *ciudad Leonina* con que apellida al Vaticano (An. 852); pero la humildad y las penitencias Cristianas doblegan el orgullo de su dedicatoria. Obispo y clero, descalzos, con saco y cenizas, van hollando el recinto; rocian los muros con agua bendita, y se termina la ceremonia con una plegaria, para que bajo el ahincado desvelo de los Apóstoles y de

la hueste anjelical, la antigua y moderna Roma se conserve acendrada, próspera é inespugnable (90).

Descuella el emperador Teófilo, hijo de Miguel el Balbuciente, en la edad media, como uno de los príncipes mas ejecutivos y eminentes que reinaron en Constantinopla. Por cinco veces marchó personalmente en guerra defensiva y ofensiva contra los Sarracenos, denodado en el avance, merecia el aprecio del enemigo, aun en medio de sus quebrantos y derrotas (An. 838). Se interna en su espedicion postrera por la Siria, y sitia el pueblecillo arrinconado de Sozopetra, patria casual del califa Motazem, cuyo padre Harun en paz y en guerra iba siempre acompañado de su esposa y mancebas predilectas. Embargado se hallaba á la sazon con todas sus armas en la rebeldía de un impostor Persa, y tan solo le cupo interceder por un sitio, que le merecia allá cierto cariño filial; pero aquellas instancias estimulan al emperador para lastimarle cabalmente en lo mas vivo. Arrasa á Sozopetra; va marcando ú listando con afrentosa crueldad á los prisioneros siríacos, y arrebata de aquel territorio hasta mil cautivas. Entre ellas, una matrona de la alcurnia de Abas está invocando, en el trance de su desesperacion, el nombre de Motazem; y el desacato de los Griegos compromete el pundonor de su deudo para vengar la tropelía, y contestar á su llamamiento. En el reinado de los dos hermanos mayores, la herencia del menor se redujo á la Anatolia, Armenia, Jeorjia, y Circasia; aquel apostadero fronterizo habia sacado á luz su desempeño militar, y entre sus varios realces para apellidarse *Octonario* (91), el mas esclarecido era el de las ocho batallas ganadas ó tenidas contra los enemigos del Alcoran. Para esta contienda personal, se reclutaron las tropas de Irak, Siria y Ejipto con tribus de Arabia y rancherías Turcas: numerosísima habia de ser su caballería, aunque cabe rebajar largos miles de los ciento y treinta mil caballos de las caballerías reales, valuándose el costo del armamento en veinte millones de duros, ó cien mil libras de oro. Los Sarracenos se adelantan desde Tarso, punto de reunion, en tres divisiones por la carretera de Constantinopla; manda Motazem mismo el centro, y encarga la vanguardia á su hijo Abas, el cual en el estremo de sus proezas pudiera descollar con mayor timbre ó desacertar con menos desaire. El califa lleva el desagravio por el mismo rumbo que el desacato. Era el padre de Teófilo natural de Amorio (92) en Frijia; y como solar de la alcurnia imperial, mereció el blason de privilejios y monumentos; y prescindiendo del vecindario, competia con la misma Constantinopla, á los ojos del soberano y de su corte. Todo Sarraceno ostenta en su escudo el nombre de *Amorio*, y los tres ejércitos se agolpan bajo sus muros. Pero consejeros mas atinados opinaron por la evacuacion de Amorio, la traslacion de su vecindario y el desamparo de sus edificios vacíos, á los embates enconados de los Bárbaros; mas el emperador se atuvo al dic-

támen mas airoso de resguardar con sitio y batalla la patria de sus antepasados. Al arrostrarse las huestes, la línea mahometana aparece á los Romanos como una espesura de lanzas y venablos; mas el éxito del trance no favorece, por una ni otra parte, á las tropas nacionales. Quedan los Arabes arrollados; mas es por los alfanjes de treinta mil Persas, avecindados y asalariados por el imperio Bizantino. Salen los Griegos rechazados y vencidos, pero es por los flechazos de la caballería Turca; y á no sobrevenir luego lluvia que empapa y afloja sus arcos, poquísimos Cristianos se salvaran con el emperador del campo de batalla. Respiran en Dorileo, á tres jornadas; y Teófilo, al revistar sus trémulas lejiones, tiene que indultarlos por la huida propia y ajena. Patente ya su flaqueza, mal puede esperanzar alivio por la suerte de Amorio; y desecha el califa inexorable con menosprecio sus ruegos y promesas, deteniendo á los embajadores Romanos para que presencien su ejemplarísima venganza, despues de haber casi presenciado su desdoro. Gobernador leal, guarnicion veterana y vecindario desesperado contrarestan los recios asaltos de cincuenta y cinco dias, y tienen ya los Sarracenos que levantar el sitio; cuando un traidor casero les muestra el paraje mas endeble de la muralla realzado con las estatuas de un leon y de un toro. Logra Motazem su anhelo con empedernida saña; cansado y no saciado de asolaciones, regresa á su nuevo palacio de Samara, en la cercanía de Bagdad, mientras el *desventurado* (93) Teófilo está implorando el auxilio tardío y dudoso de su competidor occidental, el emperador de los Francos. Mas habian fenecido en el sitio de Amorio mas de setenta mil Musulmanes, cuyo malogro queda vengado con la matanza de treinta mil Cristianos, y los padecimientos de igual número de cautivos, tratados como reos infames. La necesidad recíproca solia á veces acarrear canjes ó rescates imprescindibles de prisioneros (94); pero en aquel guerrear nacional y relijioso de ambos imperios la paz es mal segura é implacable la contienda. Por maravilla se da cuartel en el campo, y aun los esentos ya del filo del acero, quedan condenados á servidumbre desahuciada y tormentos estremados; y un emperador católico refiere, con manifiesta complacencia, como ajustició á los Sarracenos de Creta, desollándolos vivos ó chapuzándolos en calderas de aceite hirviendo (95). Habia Motazem sacrificado á un puntillo de honor una ciudad floreciente, doscientas mil vidas y los haberes de millones. El mismo califa se apea de su caballo y se quita el manto por acudir al apuro de un anciano caduco, y caido con su asnillo cargado en una acequia. ¿En cuál de estas jestiones cavilaria con mas complacencia al estarle llamando el Anjel de la muerte (96).?

Fallece con Motazem, octavo de los Abasides, el timbre de su alcurnia y de su nacion; pues tendidos ya los conquistadores arábigos por el Oriente, y revueltos con la chusma servil de Persia, Siria y Ejipto,

van perdiendo la gallardía y el engreimiento batallador de su desierto (An. 848—870). Parte de la disciplina y de la preocupacion es el denuedo artificial del mediodía; amaina el entusiasmo, y los califas van ya reclutando su jente asalariada por aquellos climas del norte, donde el valor brota de suyo con toda pujanza: alista Turcos (97), habitantes robustísimos de allende el Oxó y el Yaxartes, apresados en la guerra, ó feriados en el tráfico, y criados en el ejercicio de las armas y en la profesion Mahometana. Escuda la guardia turca el sólio de su bienhechor, y sus caudillos van usurpando el predominio del palacio y de las provincias. Introduce Motazem, autor de ejemplar tan azaroso, en la capital hasta cincuenta mil Turcos: se desmandan y enfurecen á los naturales; y sus contiendas inducen al califa á desviarse de Bagdad, y plantear su residencia y campamento con los Bárbaros predilectos en Samara sobre el Tigris, como á doce leguas mas arriba de la ciudad de la Paz (98). Su hijo Motawakel es un tirano asombradizo y cruel, y como malquisto con los suyos allá se enajena en manos de los advenedizos; quienes, á fuer de ambiciosos y desconfiados, se ceban con las promesas grandiosas de una revolucion. A impulsos, ó á lo menos por interés, de su hijo, se agolpan á su estancia mientras está cenando y lo descuartizan en siete trozos con los idénticos alfanjes recien repartidos á la guardia de su vida y sólio; y colocan en él, bañado aun todo con sangre del padre, al triunfante Montaser para agonizar seis meses con las ansias de una conciencia traspasada. Si llora al presenciar en una alfombra el atentado y castigo del hijo de Cosroes; si el pesar y el arrepentimiento le acortan la vida, condolámonos algun tanto de un parricida; que prorumpe, al espirar atenaceado por el remordimiento: que ha perdido este mundo y el venidero. Tras el rapto de su traicion los mercenarios advenedizos van confiriendo y arrebatando las insignias de la soberanía, el manto y el baston de Mahoma, hasta el punto de encumbrar, deponer y degollar en cuatro años á tres caudillos de los fieles. En acalorándose los Turcos por zozobra, saña ó codicia, arrastran por los pies á sus califas, los cuelgan desnudos al sol abrasador, los magullan con mazos de hierro, precisándolos á desear un breve plazo de su inevitable suerte, con la renuncia de su señorío (99). Se desvía por fin ó desembravece la tormenta; los Abasides vuelven á Bagdad; una diestra mas pujante y certera doblega el desenfreno turco, que mengua ó se desparrama con guerras lejanas. Mas están ya las naciones de Oriente enseñadas á hollar los sucesores del Profeta, y logran por fin la dicha del sosiego casero, amainando en su brio; pues la tiranía de su disciplina, y los desafueros del militar despotismo se dan tantísimo la mano, que estoy como repitiendo el pormenor de los pretorianos de Roma (100).

Amortiguada mas y mas la llamarada del entusiasmo con los negocios,

recreos y estudios del siglo, seguia ardiendo, reconcentrada en los pocos pechos sobresalientes que ansiaban á competencia el reinar en este mundo ú en el venidero. Sin embargo, por mas esmeradamente que el Apóstol de la Meca sellara el libro de las profecías, los anhelos, y aun (si cabe profanar este nombre) la racionalidad del fanatismo, podia creer que tras aquellos misioneros, Adan, Noé, Abrahan, Jesus y Mahoma, el mismo Dios con el tiempo habia de revelar otra ley mas cabal y permanente. A los doscientos y setenta y siete años de la Héjira, por las cercanías de Cufa (A. 890—954), un predicador Arabe llamado Carmath entona allá los dictados altisonantes é inapeables de Guion, Director, Demostracion, Palabra, Espíritu Santo, Camello y Heraldo del Mesías: quien habia conversado con él en figura humana; como representante de Mahoma, hijo de Ali de San Juan Bautista y del ánjel Gabriel. Robustece, acrisola y realza en su librito místico los mandamientos del Alcoran; desahoga las obligaciones de lavatorios, ayunos y romerías; franquea á discrecion el uso del vino y de alimentos vedados, y reenfervoriza mas y mas á sus discípulos con la repeticion diaria de cincuenta plegarias. El ocio y la fermentacion de la chusma montaraz embarga la atencion de los majistrados de Cufa; pero su persecucion medrosa da alas á la nueva secta, que reverencia con mayor ahinco á su Profeta al verle dejar este mundo. Sus doce apóstoles se dispersan por los Beduinos, « ralea de jente, dice Abulfeda, » igualmente destituida de racionalidad y de relijion, y la bulla de sus predicaciones amaga á la Arabia entera con nueva revolucion. Estan ya los Carmatas en el disparador, puesto que se desentienden allá de la alcurnia de Abas, y aborrecen de muerte el boato pomposo de los califas de Bagdad; y aparecen pronto á disciplinarse puesto que juran rendimiento ciego y absoluto á su iman, encargado del ejercicio profético por el voto de Dios y del pueblo. En vez del diezmo legal, les requiere el quinto de sus productos y despojos; los pecados mas horrendos quedan en jestiones desobedientes, y los hermanos se enlazan y se ocultan con juramento de sijilo. Traban la mas sangrienta batalla, y vencen por la provincia de Bahrein hasta el golfo Pérsico; el cetro, ó mas bien el alfanje de Abu Said y su hijo Abu Taher avasallan á diestra y siniestra las tribus del desierto; y aquellos imanes rebeldes llegan á contar en campaña con ciento y siete mil fanáticos (A. 900 etc.). Desfallecen los asalariados del califa al asomo de un enemigo, que ni da ni admite cuartel, y la suma diferencia que media entre ellos está demostrando la mengua de fortaleza y aguante que en tres siglos de prosperidad ha padecido la índole de los Arabes. Ya para ellos toda refriega es descalabro; les saquean las ciudades de Raca y de Balbec, de Cufa y de Basora; Bagdad está despavorida, y tiemblan allá los califas tras los velos de su alcázar. Con solos cinco mil caballos se adelanta Abu Taher en un avance osado allende el Tigris

hasta las puertas de la capital. Manda Moctader terminantemente que caigan los puentes, y como caudillo de los fieles, está por puntos esperando que le lleven la persona ó la cabeza del rebelde. El lugarteniente, por compasion ó por temor, participa á Abu Taher su peligro, encargándole su salvamento ejecutivo: « Vuestro amo, » dice el denodado Carmata al mensajero, « está acaudillando á treinta mil soldados, pero le faltan tres en toda su hueste.» Vuélvese á tres de sus compañeros manda al primero traspasarse el pecho con una daga, al segundo arrojarse al Tigris y al tercero derrumbarse por un despeñadero ; obedecen sin chistar. « Referid » continua el iman, « cuanto habeis visto: antes de la noche vuestro jeneral ha de estar aquí atrahillado con mis perros.» Antes del anochecer quedan asaltados los reales y ejecutada la amenaza. Santifican los Carmatas sus rapiñas con la antipatía al culto de la Meca, roban una caravana de peregrinos y desamparan allá veinte mil Musulmanes devotos exhaustos de hambre y abrasados de sed en los arenales. Otro año dejan transitar sin tropiezo á los peregrinos, y en medio de la festividad fervorosa asaltan la ciudad sagrada, huellan las reliquias (A. 929) mas venerables de la fé mahometana, degüellan á treinta mil ciudadanos ó forasteros, mancillan el recinto sacrosanto enterrando á tres mil cadáveres, cuajan de sangre el paso de Zennem, desencajan de su sitio el grifo dorado; los sectarios impíos se reparten el velo de la Caaba, y se llevan triunfalmente á su capital la piedra negra, el monumento fundamental de la nacion. Tras aquel aborto de sacrilejio y de crueldad, siguen infestando el confin de Irak de Siria, de Ejipto ; pero el arranque vividor de su entusiasmo se agosta en su raiz, sus escrúpulos ó su codicia franquean de nuevo la peregrinacion de la Meca reponen la piedra negra en la Caaba, y es de mas el pararse á escudriñar sus muchas subdivisiones, y los alfanjes que acaban de exterminarlos. Aquella secta puede conceptuarse como la segunda causa patente del menoscabo de los califas (101).

La causa tercera y mas obvia es la mole misma y grandiosidad del imperio. Podia el califa Almamon blasonar engreidamente de que le era mas llano el señorear el Oriente y el Ocaso que el manejar una tabla de ajedrez de dos pies en cuadro (102). Pero yo malicio que al par por entrambos juegos estuvo desbarrando por varios deslices, pues se echa de ver que allá en las provincias remotas la autoridad del primero y mas poderoso de los Abasides se iba ya desmoronando (A. 800—9). La traza del despotismo va revistiendo al representante con la majestad cabal del mismo príncipe; aquel desvío y contraposicion de potestad viene á desatender el ejercicio de la obediencia y tal vez estimula al súbdito atropellado á enterarse del oríjen y el réjimen del gobierno civil. Por maravilla, quien nació en la púrpura se hace acreedor á vestirla ; pero el encumbramiento de un particular, acaso labriego ú esclavo inclina á suponerle

arrojo y desempeño. El virey de un reino lejano se esmera en afianzarse el asiento y herencia de aquel encargo volandero ; las naciones se complacen con la presencia de su soberano y el mando de ejércitos y de tesoros viene á pasar en objeto á un tiempo é instrumento de su ambicion. Mudanza imperceptible sobrevenia mientras un lugarteniente del califa se hallaba satisfecho con este dictado mal seguro, y en tanto que instaba por la renovacion para sí ó para sus hijos del otorgamiento imperial, y seguir conservando en la moneda y en el rezo público el nombre y prerogativas del caudillo de los fieles. Mas ejercitando dilatada y hereditariamente su potestad ostentaban las ínfulas y atributos de la soberanía, pues la alternativa de paz ó guerra estaba pendiente de su albedrío, al par de los premios y castigos, reservando las rentas de su gobierno para destino, locales y magnificencia propia. En vez del apronto arreglado de jente y dinero, los sucesores del Profeta se pagaban del regalo ostentoso de un elefante, de unos halcones peregrinos, de un juego de colgaduras, ó de algunas libras de ambar ó de almizcle (103).

Rebelada ya la España contra la supremacia temporal y espiritual de los Abasides, estallan por la provincia de Africa los primeros asomos de inobediencia. Ibrain, hijo de Aglab, lugarteniente del disciplinista y desvelado Harun, deja á la dinastía de los *Aglabitas* la herencia de su nombre y poderío (A. 600— 941). El apoltronamiento ú la política de los califas se desentienden del malogro y desacato, persiguiendo tan solo con envenenamiento al fundador de los *Edrisitas* (104), quienes plantean el reino (A. 810—807) y la ciudad de Fez en las playas del piélago occidental (105). En el Oriente la primera dinastía es la de los *Taheritas* (106) (A. 813—872); posteridad del valeroso Taher, el cual en las guerras civiles de los hijos de Harun habia servido con escesiva pujanza y acierto en la demanda del hermano menor Almamon. Envíanle en destierro decoroso al mando de las orillas del Oxô, cohonestando la independencia de sus sucesores, quienes vienen á reinar en el Corasan hasta la cuarta jeneracion, con su desempeño comedido y atento con el bien estar de los súbditos y con el resguardo de la raya. Derrócalos uno de aquellos aventureros tan continuos en el Oriente quien orilla su ejercicio de cervecero (apellidándose de allí los *Sofarides*) por el de salteador. Va de noche á la tesorería del príncipe de Sirtan, Jacob hijo de Leith, tropieza en un gran terron de sal, y la prueba inadvertidamente con su lengua. Simboliza la sal entre los orientales el hospedaje, y el salteador timorato se retira sin presa ni daño (A. 872—902). Se descubre aquel arranque pundonoroso y en pago indultan y favorecen á Jacob, quien campea acaudillando una hueste al pronto para su bienhechor, despues para sí, con la cual avasalla la Persia y amaga la residencia de los Abasides ; pero enferma en su marcha para Bagdad, recibe en cama al embajador del califa y á su

lado, sobre una mesita, se manifiestan un alfanje desenvainado un mendrugo de pan moreno y un manojillo de cebolla «Si muero, prorumpe, sale vuestro amo de zozobra; si vivo *este* decidirá el trance; y si quedo vencido me avendré de nuevo al ejercicio de mi mocedad.» El vuelco desde su encumbramiento no cabia que fuese tan blando y volandero fallece y y queda afianzado su sosiego y el del califa, quien paga con cuantiosos dones la retirada de su hermano Amru á los palacios de Shiraz y de Ispahan. Sobrado endebles para batallar, y en estremo altaneros para desentenderse, los Abasides acuden á la dinastía poderosa de los *Samanides* quienes atraviesan el Oxó con diez mil caballos (A. 874—999) tan menesterosos que traen los estribos de madera, pero tan valientes que arrollan la hueste de los *Sofarides*, ocho veces mayor. Aherrojado llega Amru en ofrenda halagüeña á la corte de Bagdad, y contentándose el vencedor con la herencia de la Transoxiana y el Corazan, quedan devueltos los reinos de Persia por algun tiempo á manos de los califas; pero los esclavos Turcos de la ralea de *Tulun* y de *Ikshid* (107), les desmembran por dos veces las provincias de Siria y Ejipto. Aquellos Bárbaros, compatricios de Mahoma en relijion y en costumbres se descuelgan de sus sangrientos vaivenes en el interior del palacio, á mandos lejanos y sólios independientes (A. 864—968); suenan por entonces con pavor sus nombres, mas los fundadores de entrambas dinastías manifiestan en palabras y obras el devaneo de la ambicion. El primero está implorando al morir la conmiseracion de Dios para un pecador, atropellador de los límites de su poderío; el segundo en medio de cuatro mil soldados y ocho mil esclavos, encubre á los palaciegos las estancias en donde trata de acostarse. Sus hijos se vestian como hijos de reyes, y á los treinta años recaban y poseen los Abasides tanto el Ejipto como la Siria; pero van decayendo, y los príncipes Arabes de la tribu de *Hamadan* se apoderan de las ciudades grandiosas de Mosul y Alepo, con toda la Mesopotamia (A 891 —1001). Podian los poetas cortesanos entonar sin rubor que sus rostros se crian para la hermosura, sus labios para la elocuencia, y sus manos para la liberalidad y el denuedo; pero la relacion positiva del ensalzamiento y reinado de los *Hamadanitas* es un cuadro de traiciones, matanzas y parricidios. En aquel aciago plazo usurpan el reino de Persia los *Bowides* (933—1055), con el alfanje de tres hermanos apellidados bajo diversos nombres arrimos ó columnas del estado, quienes desde el mar Caspio hasta el Océano ningun tirano toleran mas que ellos mismos. Resucitan en su reinado el idioma y el númen de la Persia, y á los trescientos y cuatro años de la muerte de Mahoma, quedan defraudados del cetro del Oriente.

Rahdi el vijésimo de los Abasides y el trijésimonono sucesor de Mahoma (A. 336 etc.) es el postrero que merece el dictado de caudillo

de los fieles (108), el último, dice Abulfeda que habló al pueblo ú conversó con los eruditos ; y el último que en el aparato palaciego está remedando la riqueza y el boato de los antiguos califas. Tras él allá los dueños del mundo oriental yacen sumidos en sumo desamparo, y espuestos á los golpes y desacatos de una esfera servil. Rebélanse las provincias y queda su señorío reducido al recinto de Bagdad ; mas era aun crecidísimo su vecindario y engreido con su grandeza pasada, mal hallado con su situacion actual, y acosado con las demandas de un erario, antes colmado con los despojos y tributos de mil naciones. Ocioso, disputador y pendenciero abriga á los secuaces de Hanbul (109), quienes se entrometen por las casas plebeyas y principales, derraman el vino, apalean á los músicos, les destrozan los instrumentos y afrentan con sospechas infames á los asociados con hermosos mancebos. En siendo tan solos dos individuos de una profesion, el uno era apasionado y el otro opuestísimo de Alí; y clamando los sectarios agobiados sobresaltan á los Abasides, negándoles todo título y maldiciendo á sus mayores. Tan solo la faena militar alcanza á enfrenar un vecindario desmandado; mas ¿quién saciará la codicia y disciplinará los mismos asalariados? La guardia turca y la africana desenvaina y cruza sus alfanjes; y los caudillos principales, los emires en Omia (110) encarcelan ó apean á sus soberanos, atropellando el santuario de la Mezquita y del serrallo. En huyendo los califas al campamento ú corte de algun príncipe vecino, su salvamento era una mudanza de servidumbre, hasta que, á impulsos de su desesperacion, acuden los Bowides, sultanes de Persia cuyas armas irresistibles aplanan los bandos á su albedrío. Moczaldaulat se apropia la potestad civil y militar ; auuque el segundo de los hermanos y su jenerosidad señala un situado de cerca de trescientos mil duros para el gasto particular del caudillo de los fieles; pero á los quince dias en la audiencia de los embajadores de Corazan y á presencia de la trémula muchedumubre derrumban al califa de su sólio y lo empozan en una mazmorra por disposicion del advenedizo, y con las manos violentas de sus Dilenitas. Le saquean el palacio, le arrancan los ojos, y aun la ambicion ruin de los Abasides aspira á la colocacion vacante, pero espuesta y afrentosa. Aquellos califas lujosos, amaestrados con la adversidad, recobran las virtudes circunspectas y frugales de sus primitivos tiempos. Sin armas y sin ropajes, ayunan, rezan, estudian el Alcoran y la tradicion de los Sonitas; desempeñando con afan y acierto las funciones de su cargo eclesiástico. Acatan todavía las naciones á los sucesores del Apóstol, como oráculos de la ley de la conciencia de los fieles, y la flaqueza ó las desavenencias de sus tiranos restablecian á temporadas los Abasides en la soberanía de Bagdad.- Pero el triunfo de los fatimitas descendencia castiza ó bastarda de Ali, acibara mas y mas sus desconsuelos. Venturosos competidores que descuellan por los estremos del Africa y

anonadan en Siria y en Ejipto la autoridad temporal y espiritual de los Abasides, y el monarca del Nilo está insultando al apocado pontífice de las orillas del Tigris.

Van á menos todos los califas por todo aquel siglo que media despues de la guerra de Teófilo con Motacem (A. 960), y cuantas ocurrencias militares sobrevienen se reducen á tal cual correría por mar y por tierra, parto de la vecindad y de su encono implacable. Mas al yacer quebrantado y exánime el orbe oriental, se desaletargan los Griegos, esperanzados de venganzas y conquistas. Adormecíase el imperio Bizantino en paz decorosa, desde el ascenso de la alcurnia Basilia, pudiendo sostener algun emir menguadillo, mientras los enemigos nacionales de su misma fe mahometana los estaban sin cesar amagando y maltrayendo. Los dictados altisonantes de lucero del alba y muerte de los Sarracenos (111) se aplicaba en las aclamaciones públicas á Nicéforo Focas, afamado en sus reales y malquisto en la capital. En su alta esfera de gran doméstico, ó jeneral del Oriente, avasalla la isla de Creta, esterminando aquel nido de piratas, que por tan largo plazo habia estado retando á su salvo la majestad del imperio (112). Descuella su númen militar en el desempeño y logro de aquella empresa, que solia acarrear quebranto y desdoro. Atónitos quedan los Sarracenos al desembarco de la tropa por puentes llanos y firmísimos, que va colocando desde los bajeles á la playa; emplea siete meses en el sitio de Candia; enardecen la desesperacion de los Cretenses auxilios frecuentes, que reciben de sus hermanos de Africa y España, y aun despues de allanados el macizo murallon y los dos fosos, pelean todavía desahuciadamente contra los Griegos por las calles y casas de la ciudad. Ríndese con la capital toda la isla y el pueblo sumiso recibe el bautismo del vencedor (113) Vitorea Constantinopla el olvidado boato de un triunfo, pero la diadema imperial es el galardon único que alcanza á pagar los servicios y saciar la ambicion de Nicéforo.

Muerto Romano, el menor y el cuarto de la alcurnia Basilia, su viuda Teofania vino sucesivamente á desposarse con Nicéforo Focas y con su asesino Zímirces, los dos héroes del siglo. Reinaron como ayos y compañeros de sus niñas tiernas, y los doce años de su mando militar forman la temporada mas esplendorosa de los anales Bizantinos (A. 963—975). Acaudillaron entre súbditos y confederados, por lo menos para la vista del enemigo hasta doscientos mil hombres, y de ellos hasta treinta mil. pertrechados de corazas (114): con una brigada de cuatro mil mulos, y solian fortificar sus reales con parapeto y una empalizada de chuzos. Una continuacion de refriegas sangrientas pero inconsiguientes abultan únicamente como floreo ú anuncio de la que naturalmente debia resultar en pocos años: y asi voy á compendiar las conquistas de entrambos emperadores desde los cerros de Capadocia hasta el desierto de Bagdad. Descue-

llan desde luego con su teson y maestría las tropas en los sitios de Mopsuestia y Tarso en Cilicia, acreditándose sin disputa de acreedoras al dictado Romanas. En la ciudad como duplicada de Mopsuestia, dividiéndola el rio Saro, se agolpan hasta doscientos mil Musulmanes, predestinados á la muerte ó la esclavitud (115), vecindario asombrosamente crecido, que incluiria á lo menos á los moradores de sus dependencias. Lo cercan y cojen todo por asalto pero Tarso tiene á la larga que rendirse por hambre, y al entregarse en términos decorosos presencian desconsoladamente allá distantes los auxilios navales y ya infructuosos del Ejipto. Despídenlos con su salvoconducto al confin de la Siria; parte de los antiguos cristianos habia vivido sosegadamente bajo su mando, y las viviendas vacantes se pueblan con una nueva colonia. Truecan la mezquita en establo, abrasan el púlpito: varias cruces riquísimas de oro y pedrería, despojos de las ciudades asiáticas, sirven de ofrenda halagüeña á la relijiosidad ó á la codicia del emperador, trasportando las puertas de Mopsuestia y de Tarso, que se clavan en los muros de Constantinopla como un monumento sempiterno de la victoria. Fuerzan y afianzan las angosturas del monte Amano para internarse repetidamente con la guerra hasta el corazon de la Siria. Pero en vez de asaltar las almenas de Antioquía, la humanidad ó la superstición de Nicéforo quiere acatar la antigua metrópoli del Oriente, pues se contenta con circunvalar la ciudad y encarga á su lugarteniente que esté sufridamente esperando el asomo de la primavera. Pero en medio del invierno y en noche lóbrega y lluviosa, un arrojado subalterno con trescientos soldados, se acerca á la muralla, arrima las escalas se apodera de dos torreones inmediatos; contraresta el turbion de la muchedumbre, y mantiene gallardamente su puesto, hasta que su caudillo acude tardiamente y con repugnancia, pero aun á tiempo á sostenerlos. Amaina el primer desconcierto de saqueo y matanza; se restablece el reinado del César y de Jesucristo; y el embate de cien mil Sarracenos de ejércitos de Siria y de escuadras de Africa se estrella en las murallas de Antioquía. Manda Sofeidorolat en la réjia ciudad de Alepo, y aunque de la dinastía de Hamadan, nubla todos sus timbres con el desamparo atropellado de su capital y reino á manos de los invasores Romanos. En su grandioso alcázar por elejido de Alepo, apresan ufanos grandes acopios de armas, mil y quinientos mulos en las caballerías y trescientos saquillos de plata y oro; pero sus murallones burlan el disparo de los arietes, y los sitiadores acampan por los cerros vecinos de Faushan. Con su desvío se enconan los odios de la tropa y el vecindario; desamparan la guardia de puertas y muros, y mientras pelean sañudamente en el mercado, los sobrecojen y destrozan sus enemigos comunes. Degüella el acero á los varones; llevándose cautivos diez mil jóvenes; no alcanzan las acémilas á cargar con todo el despojo, y queman el sobrante; y tras su goce de diez

dias se ausentan los Romanos de aquella ciudad desnuda y ensagrentada. En sus correrías por la Siria mandan á los campesinos que sigan cultivando sus campiñas para luego esquilmarlas, avasallan á mas de cien ciudades, y abrasan diez y ocho púlpitos de mezquitas principales, para aventar el sacrilegio de los alumnos de Mahoma. Reverberan instantaneámente en el raudal de las conquistas los nombres clásicos de Hierapolis, Apamea y Emesa; acampa el emperador Zimiscesen el paraiso de Damasco y acepta el rescate de un rendido vecindario, sin que le ataje la carrera sino la fortaleza inespugnable de Trípoli en la costa de Fenicia. Yace el Eufrates desde el tiempo de Heraclio allende el Tauro intransitable, y aun casi invisible para los Griegos; pero franquea ya indefenso su tránsito al victorioso Zimisces, y el historiador tiene que remedar el arrebato con que recorre las tan afamadas ciudades de Samorata, Edesa, Martirópolis, Amida (116) y Nisibis, lindero antiguo del imperio por las cercanías del Tigris. Arde en el ansia de abalanzarse á los tesoros virjinales de Cebatania (117), nombre muy sonado, bajo el cual el escritor bizantino encubre la capital de los Abasides. Despavoridos los fujitivos, van mas y mas dilatando el susto de su nombre; mas la codicia y profusion de tiranos caseros habia ya desvanecido las soñadas preciosidades de Bagdad. Insta el vecindario, y requiere con adustez el lugarteniente de los Bowides al califa que acuda al resguardo de la capital: pero el desvalido Mothi contesta que le han arrebatado de las manos armas, rentas y provincias, y está pronto á traspasar un señorío que no alcanza á sostener. Sigue inexorable el emir véndese el ajuar de palacio; y el cortísimo producto de cuarenta mil piezas de oro desaparece instantaneámente en lujosos devaneos. Mas cesan las zozobras de Bagdad con la retirada de los Griegos; la sed y el hambre, son los antemurales del desierto de Mesopotamia, y el emperador, rebosando de gloria y cargado con los despojos orientales, regresa á Constantinopla ostentando en su triunfo sedas, aromas y treinta millones de plata y oro. Pero doblegó no mas el huracan pasajero el poderío del Oriente sin quebrantarlo. Vanse los Griegos, y los príncipes fujitivos acuden á sus capitales; los súbditos se desentienden allá de sus forzados juramentos de vasallaje; purifican los musulmanes de nuevo sus templos y derrumban los ídolos de santos y de mártires; los Nestorianos y Jacobitas anteponen un dueño Sarraceno á otro Católico, y ni el número ni el brio de Melquitas alcanzan á sostener la iglesia y el estado, y al fin de tan dilatadas conquistas tan solo Antioquia con las ciudades de Cilicia y la isla de Chipre quedan recobradas y en aumento permanente y provechoso del imperio Romano (118).

NOTAS

correspondientes al capítulo quinquajésimosegundo.

(1) Téofanes coloca los siete años del sitio de Constantinopla en el año de nuestra era cristiana 673 (de la Alejandrina 665, sept. 1,) y la paz de los Sarracenos, *cuatro* años despues; ¡contradiccion clásica! que Petavio, Goar y Pagi (Crítica, tom. IV, p. 63-64.), se han esmerado en desvanecer. De los Arabes, la Hégira 52 (A. D. 673, 8 de enero) está patente en Elmacin, el año 48 (A. D. 688, feb. 20.) por Abulfeda, cuyo testimonio conceptuo mas adecuado y creible.

(2) Para este primer sitio de Constantinopla, véase Nicéforo (Breviar. p. 21-22.); Teófanes (Chronograph. p. 294.); Cedreno (Compend. p. 437.); Zonaras (Hist. tom. II, l. XIV, p. 89.); Elmacin (Hist. Sarracen. p. 56-57.); Abulfeda (Annal. Moslem. p. 107-108, vers. Reiske.); D'Herbelot (Bibliot. Orient. Constantinah); Historia de los Sarracenos por Ockley, vol. II, p. 127-128.

(3) El estado y defensa de los Dardanelos queda expuesto en las Memorias del baron de Tott (tom. III, p. 39-97.), que fue enviado para fortificarlos contra los Rusos. De un actor principal, hubiera esperado pormenores mas circunstanciados; pero parece que escribe para recreo, mas bien que para instruccion del lector. Quizás á la proximidad del enemigo, el ministro de Constantina estaba muy afanado, igualmente que el de Mustafá, en hallar dos canarios, que entonasen cabalmente idéntica nota.

(4) Historia del imperio otomano por Demetrio Cantemir, p. 105—106. Estado del imperio otomano por Rycaut, p. 10—11. Viajes de Thevrenot, part. I, p. 189. Los Cristianos que suponen que el mártir Aby-Ayub va equivocado vulgarmente con el patriarca Job, descubren su propia ignorancia mas pronto que la de los Turcos.

(5) Teófanes, aunque griego, merece crédito en punto á los tributos Chronograph. p, 295, 296.—300, 301.), que se confirman con alguna variacion, por la Historia arábiga de Abulfaraje (Dynast. p. 128. vers. Pocock.)

(6) La censura de Teófanes es cabal y terminante, την Ρωμαϊκὴν δυναςειαν ανρωτηριασασ-... πανδεινα κακα πεπονθεν ἡ Ρωμανια ὑπο των Αραβων μεχρι τε νυν (Cronograph. p. 302—303.). Las series de estos sucesos pueden rastrearse en los Anales de Teófanes, y en el compendio del patriarca Nicéforo, p. 22—24.

(7) Estas revoluciones caseras se refieren en un estilo despejado y natural, en el segundo volúmen de la historia de los Sarracenos por Ockley, p. 263—370. Además de nuestros autores impresos, saca sus materiales de los manuscritos arábigos de Oxford, que hubiera examinado mas profundamente si le hubieran confinado á la librería de Bodlei, en vez de la cárcel pública; ¡suerte tan indigna del individuo como de su país!

(8) Elmacin, que fecha la primera moneda A. H. 76, A. D. 695, cinco ó seis años mas tarde que los historiadores griegos, ha comparado el peso del mejor ó comun dinar de oro, con la dracma ó dirhem de Ejipto (p. 77.), que puede equivaler á dos peniques (48 granos de nuestro peso de Troya (Investigacion de Hooper sobre las medidas antiguas, p. 24—36.), y equivalente á ocho schelines moneda esterlina. Del mismo Elmacin y de los médicos árabes pueden sacarse algunos dinars hasta el valor de dos dirhems. La pieza de plata era el dirhem en valor y peso; pero á una moneda antigua aunque hermosa, acuñada en Waset, A. H. 88, y preservada en la librería de Bodlei, le faltan cuatro granos del marco del Cairo (véase la Historia universal moderna, tom. I, p. 548 de la traduccion francesa) *.

(*) Hasta entonces los Arabes habian usado las monedas romanas ó persas, ó habian acuñado otras que se les parecian. Sin embargo se ha admitido de alunos años á esta parte que los Arabes antes de esta época habian hecho acuñar una moneda, sobre la cual, preservando los bustos romanos ó persas, añadian nombres ó inscripciones arábigas. Existen algunas en diferentes colecciones. Sacamos de Makrizi, autor árabe de mucha instruccion y juicio que en el año 18 de la Héjira, bajo el califa Omar, los Arabes habian acuñado moneda de esta especie. El mismo autor nos participa, que el califa Abdelmalek hizo acuñar monedas representándole con una espada al costado. Estos tipos, tan contrarios á las nociones de los Arabes, fueron desaprobados por las personas mas perjudiciales de aquel tiempo, y el califa substituyó en su lugar, despues del año 76 de la Héjira los cuños mahometanos de que tenemos conocimiento. Sobre la cuestion de los numismáticos arábigos, consúltense las obras de Adler, Frachn, Castiglione y Marsden, que han tratado estensamente este punto interesante de las antigüedades históricas. Véase tambien en el Journal Asiatique, tom. II. p. 257 y sig. un papel de Mr. Silvestre de Sacy titulado des Monayes des Khalifes avant l'an de l' Héjira. Véase tambien la traduccion de un papel aleman sobre las medallas arábigas de los Cosroes por M. Franch en el mismo Journal Asiatique, tom. IV, p. 331—347. San Martin vol. XII. p. 19. —M.

(9) Καν εκωλυσε γραφεσθαι έλληνιστι τες δημοσιες των λογοθεσιων κωδικας, αλλ' Αραβιοις αυτα ῶαρασημαινεσθαι χωρις των ψηφων, επειδη αδυνατον τη εκεινων γλωσση μονάδα, η δυαδα, η τριαδα, η οκτω ἥμισυ η τρια γραφεσθαι. Theophan. Chronograph. p. 314. Este defecto, si realmente existió, debia haber estimulado la injenuidad de los Arabes, para inventar ó tomar de otros.

(10) Segun cierta ocurrencia nueva, aunque probable, sostenida por Mr. de Villoison (Anecdota Græca, tom. II, p. 152—157.), nuestros guarismos no son de invencion india ó arábiga. Se usaban por los aritméticos griegos y latinos mucho tiempo antes de la edad de Boecio. Despues de la estincion de la ciencia en el Occidente, quedaron adoptadas para las versiones arábigas de los manuscritos orijinales, y devueltas á los latinos sobre al siglo undécimo.*

(a) Compárese lo dicho anteriormente. Se hace estrañísimo que Gibbon se contradijese de este modo en pocas pájinas. Por su propia relacion esta era la segunda vez.—M.

(11) En la division de los *Temas*, ó provincias, descritas por Constantino Porfirojénito (de Thematibus, l. I, p. 9, 10.), el *Obsequium*, denominacion latina del ejército y palacio, era el cuarto en el órden público. Nice era la metrópoli, y su jurisdiccion se estendia desde el Helesponto hasta las partes adyacentes de Bitinia y Frijia (véanse los dos mapas antepuestos por Delisle al Imperium orientale de Banduri).

(12) El califa habia vaciado dos cestas de huevos é higos, que se tragaba alternativamente, y el refrijerio se concluia con tuétano y azúcar. En una de sus peregrinaciones á la Meca, Soliman se comió de una sola vez, setenta granadas, un cabrito, seis aves y una cantidad enorme de uvas de Tayef. Si la lista de los platos es positiva, debemos admirar el apetito, mas bien que el lujo del soberano de Asia (Abulfeda, Annal. Moslem. p. 156.). **

(13) Véase el artículo de Omar Ben Abdalaziz, en la Bibliothèque Orientale (p. 689, 690.), præferens, dice Elmacin (p. 91.) religionem suam rebus suis mundanis. Deseaba tanto estar con Dios, que no hubiera unjido su oido (segun el mismo decia) para obtener una curacion perfecta de su última enfermedad. El califa tenia una sola camisa, y en la edad de lujo, su gasto anual no escedia de dos dracmas (Abulfaraje, p.

(*) Compárese sobre la introduccion de los numerales arábigos, la introduccion de Hallam á la literatura de Europa, p. 150. nota con los autores citados en ella.—M.

(**) El Tarikh Tebry atribuye la muerte de Soliman á una pleuresía. La misma glotonería grosera á que se entregó Soliman, aun prescindiendo de las resultas para la vida, desden del réjimen militar de su hermano Moslemah. Price, vol. I. p. 511. — M.

131. Haud diu, gavisus eo principe fuit orbis Moslemus* (Abulfeda, p. 127.).

(14) Nicéforo y Teófanes convienen ambos en que el sitio de Constantinopla fué levantado el 15 de agosto (A. D. 718.); pero como el primero, nuestro mejor testimonio, afirma que continuó trece meses, el último debe equivocarse en suponer que empezó el mismo dia del año precedente. No hallo que Pagi haya observado esta contradiccion.

(b) El Tarik Tebry hermosea la retirada de Moslemah con algunas circunstancias extraordinarias é increibles. Price, p. 514.—M.

(15) En el segundo sitio de Constantinopla, he seguido á Nicéforo (Brev. p. 33—36.), Teófanes (Cronograph. p. 324—334.), Cedreno (Compend. p. 449—452.), Zonaras (tom. II, p. 98—102.), Elmacin (Hist. Sarracen. p. 88.), Abulfeda (Annal. Moslem. p. 126.), y Abulfaraje (Dynast. p. 130.), los mas satisfactorios de los Arabes.

(16) Nuestro guia seguro é infatigable en las edades medias é historia de Bizancio, Cárlos du Tresne du Cange, ha tratado en varias partes del fuego griego, y sus colecciones dejan poco que desear. Véase particularmente Glossar. Med. et Infim. Græcitat. p. 1276 sub voce Πυρ θαλασσιον, ὑγρον. Glossar. Med. et Infim. Latinitat. *Ignis Græcus.* Observation sur Villehardouin, p. 305, 306. Observations sur Joinville, p. 71, 72.

(17) Teófanes le llama αρχιτεχτων (p. 295.). Cedreno (p. 437.) trae este artista desde (las ruinas de) Heliópolis en Ejipto; y la química era á la verdad la ciencia peculiar de los Ejipcios.

(18) El nafta, el oleum incendiarium de la historia de Jerusalen (Gest. Dei per Francos, p. 1167.), la fuente oriental de Jaime de Vitry (l. III, c. 84.), resulta introducido con poca evidencia y fuerte probabilidad. Cinamo (l. VI, p. 165.) llama al fuego griego πυρ Μηδικον; y el nafta se sabe que abunda entre el Tigris y el mar Caspio. Segun Plinio (Hist. Natur. II, 109.) sirvió para vengarse de Medea, y en ambas etimologías el ελαιον Μηδιας, ó Μηδειας (Procop. de Bell. Gothic. l. IV, c. 11.), puede bien significar este betun líquido.**

(19) Sobre las diferentes especies de aceites y betunes, véanse los Ensayos químicos del Dr. Watson (actual obispo de Llandaff), vol. III,

(*) El aprecio que el Mayor Price hace del carácter de Omar es mucho mas favorable. Entre una ralea de tiranos sanguinarios, Omar fué justo y humano. Sus virtudes, no menos que su preocupacion eran activas. — M.

(**) Es notable que el historiador Sirio Miguel, dé el nombre de nafta al fuego griego nuevamente inventado, lo que parece indicar que esta sustancia formaba la base del compuesto destructivo. St. Martin, tom. IX. p. 420. — M.

ensayo I, libro clásico, el mas adecuado para infundir el gusto y conocimiento de la química. Los casamientos escasos de los antiguos pueden hallarse en Estrabon (Geograph. l. XVI, p. 1078.) y Plinio (Hist. Natur. II, 108, 109). Hinc (*Naphtæ*) magna cognatio est ignium, transiliuntque protinus in eam undecumque visam. De nuestros viajeros quedo mas satisfecho con Otter (tom. I, p. 153—158.).

(20) Ana Commena ha descorrido la cortina. Απο της πευκης, και αλλων τινων τοιȣτων δενδρων αειθαλων συνάγεται δακρυον ακαυςον. Τȣτο μετα θειȣ τριβαλλεται εις αυλισκȣς καλαμων και εμφυσαται παρα τȣ παιζοντος λαβρῳ και συνεχει πνευματι (Alexiad. l. XIII, p. 383.). En otra parte (l. XI, p. 336.) menciona la propiedad de quemar κατα το πρανες και εφ' ἑκατερα. Leon, en el capítulo XIX de sus Tácticas (Opera Meursii, tom. VI, p. 843, edit. Lami, Florent. 1745), habla de la nueva invencion de πυρ μετα βροντης και καπνȣ. Estos son testimonios íntimos é *Imperiales*.

(21) Constantin. Porphyrogenit. de Administrat. Imperii, c. XIII, p. 64, 65.

(22) Histoire de Saint Louis, p. 39. Paris, 1668, p. 44. Paris, de l'Imprimerie Royale, 1761. La primera de estas ediciones es preciosa, por las observaciones de Ducange; la última por el texto puro y original de Joinville. Hemos tenido que recurrir á dicho texto, para descubrir que el difunto Gregeois fué trapasado con un venablo ó jabalina, desde una máquina que obró como una honda.

(23) La vanidad ó envidia, de derribar la propiedad establecida de la Fama, ha tentado á algunos modernos, para trasponer la pólvora sobre el siglo XIV (véase sir William Temple, Dutens etc.), y el fuego griego sobre el VII (véase el Salluste du President des Brosses, tom. II, p. 381.). Pero su testimonio, que precede á la era vulgar de la invencion, raras veces es claro ó satisfactorio, y los escritores subsiguientes pueden ser sospechosos de fraude ó credulidad. En los primeros sitios, se ha hecho uso de algunos combustibles de aceite y azufre, y el fuego griego tiene algunas afinidades con la pólvora, así en su naturaleza como en sus efectos: por la antigüedad del primero, un paso de Procopio (de Bell. Goth. l. XIV, c. 11.); por la de la segunda, algunos hechos en la historia arábiga de España (A. D. 1249, 1312, 1332. Bibliot. Arab. Hisp. tom. II, p. 6, 7, 8.) son los mas difíciles de orillar.

(24) Aquel hombre extraordinario, el monge Bacon, revela dos de los ingredientes, nitro y azufre, y oculta el tercero en una sentencia de jerigonza misteriosa, cual si temiera las consecuencias de su mismo descubrimiento (Biog. Brit. vol. I, p. 430, nueva edicion).

(25) Para la invasion de Francia, y derrota de los Arabes por Cárlos Martel, véase la Historia Arabum (c. 11, 12, 13, 14.) de Rodrigo Ji-

menez, arzobispo de Toledo, que tenia á la vista la crónica cristiana de Isidoro Pacensis, y la historia mahometana de Novairi. Los Musulmanes callan ó son concisos en la relacion de sus pérdidas; pero Mr. Cardonne (tom. I, p. 129, 130, 131.) ha dado una pura y sencilla relacion de cuanto pudo recoger de Ibu Halikan, Hidjari, y de un escritor anónimo. Los textos de las crónicas de Francia, y vidas de los santos, están insertos en la Coleccion de Bouquet (tom. III.) y en los Anales de Pagi, quien (tom. III, bajo los mismos años) ha restaurado la Cronolojía, que se anticipa seis años en los Anales de Baronio. El Diccionario de Bayle (*Abderramen* y *Munuza*) tiene mas mérito por la reflexion viva, que por la investigacion original.

(26) Eginhart, de vita Caroli Magni, c. II, p. 13-18, edic. Schmink, Utrec, 1711. Algunos críticos modernos acusan al ministro de Carlomagno de exagerar la debilidad de los Merovinjianos; pero la reseña en jeneral es atinada, y el lector francés repetirá siempre los hermosos renglones del facistol de Boileau.

(27) *Mamaccæ*, sobre el Oise, entre Compiegne y Noyon, que Eginhart llama perparvi reditus villam (véanse las notas, y el mapa de la Francia antigua en la coleccion de D. Bouquet). Compendium ó Compiegne, era un palacio de la mayor dignidad (Hadrian. Valesii Notitia Galliarum, p. 152.), y aquel filósofo risueño, el abate Galliani (Dialogues sur le commerce des Bles), puede afirmar verdaderamente que era la residencia de los *rois très-chrétiens et très-chevelus*.

(28) Aun antes de aquella colonia, A. U. C. 680 (Veleco Patercul. l. 15.), en tiempo de Polibio (Hist. l. III, p. 265, edic. Gronov.), Narbona era una ciudad céltica de la primera categoría, y una de las plazas mas septentrionales del mundo conocido (D' Anville, Notice de l'Ancienne Gaule, p. 479.).

(29) Con respecto al santuario de S. Martin de Tur, Rodrigo Jimenez acusa á los Sarracenos de la *hazaña*, Turonis civitatem, ecclesiam et palatia vastatione et incendia simili deruit et consumpsit. El continuador de Fredegario les achaca no mas que el intento. Ad domum beatissime Martine evertendam destinant. Ad Carolus, etc. El analista francés era mas zeloso del honor del santo.

(30) Con todo, dudo sinceramente si la mezquita de Oxford habia producido un volúmen de controversias tan elegante é injenioso como los sermones recien predicados por Mr. White, profesor árabe, en la lectura de Mr. Bampton. Sus observaciones sobre el carácter y religion de Mahomet, siempre se ciñen á su tema, y se fundan jeneralmente en la verdad y razon. Sostiene el papel de abogado animoso y elocuente; y á veces se eleva al mérito de historiador y filósofo.

(31) Gens Austriæ membrorum pre-eminentia valida, et gens Germana corde et corpore præstantissima, quasi in ictu oculi, manu ferrea, et pectore arduo, Arabes extinxerunt (Roderic. Toletan. c. XIV.).

(32) Estos guarismos quedan comprobados por Pablo Varnefrid, diácono de Aquileya (de Gestis Langobard. l. VI, p. 921. edic. Grot.), y Anastasio, bibliotecario de la iglesia Romana (en Vit. Gregorii II.), que cuenta una historia milagrosa de tres esponjas consagradas, las cuales hicieron invulnerables á los soldados franceses, entre quienes se habian repartido. Pareceria que en sus cartas al Papa, Eudes usurpó el honor de la victoria, por lo que le castigan los analistas franceses, quienes, con igual falsedad, le acusan de incitar á los Sarracenos.

(33) Narbona, y el resto de la Septimania, fué recobrada por Pepino, hijo de Cárlos Martel, A. D. 755 (Pagi, Crítica, tom. III, p. 300.). Treinta y siete años despues, fué saqueada por una incursion repentina de los Arabes, que emplearon á los cautivos en la construccion de la mezquita de Córdoba (De Guignes, Hist. des Huns, tom. I, p. 354.).

(34) Esta carta pastoral, dirijida á Luis el jermánico, nieto de Carlomagno, y lo mas probable compuesta por la pluma del habilísimo Hincmar, tuvo por fecha el año 858, y está firmada por las provincias de Reims y Ruan (Baronio, Annal. Eccles. A. D. 741. Fleury, Hist. Eccles. tom. X, p. 514-518). Sin embargo Baronio mismo, y los críticos franceses, orillan con menosprecio esta ficcion episcopal.

(35) El caballo y la silla que habian llevado á algunas de sus esposas, eran inmediatamente muertos ó quemados, á menos que despues hubiesen sido montados por un varon. Mil doscientos mulos, ó camellos, fueron requeridos para su ajuar de cocina; y el consumo diario ascendia á tres mil pollos, cien carneros, á mas de los bueyes, aves, etc. (Abulfaraje, Hist. Dynast. p 140).

(c) Se llama Abdullah ó Abul Abbas, en el Tarrikh Tebry. Price, vol. I. p. 609. Saffah, ó Saffauh (el sanguinario) fué un apodo que le cupo despues de su sangriento reinado, vol. II, p, 1.—M.

(36) *Al Hemar.* Habia sido gobernador de Mesopotamia, y el proverbio arábigo alaba el valor de aquella guerrera casta de asnos, que nunca huyen de un enemigo. El sobrenombre de Mervan puede sincerar la comparacion de Homero (Iliad. A. 557, etc,), y ambos acallarán á los modernos, que consideran el asno como un emblema zompo, y zoez (D' Herbelot, Bibliot. Orient. p. 558).

(37) Cuatro plazas diferentes, todas en Ejipto, llevaban el nombre de Busir, ó Busiris, tan famoso en la fábula griega. La primera, en donde fué muerto Mervan, estaba al Occidente del Nilo, en la provincia de Fium, ó Arsinoe; la segunda en el Delta, en el nomo sebenitico; la ter-

cera, cerca de las pirámides; la cuarta, que fué destruida por Dioclesiano (véase arriba, vol. I, p. 326), en la Tebaida. Aquí voy á copiar una nota del docto y ortodoxo Michaelis: Videntur in pluribus Ægypti superioris urbibus Busiri Coptoque arma sumpsisse Christiani, libertatemque de religione sentiendi defendisse, sed succubuisse quo in bello Coptus et Busiris diruta, et circa Esnam magnam strages edita. Bellum narrant, sed causam belli ignorant, scriptores Bizantini, alioqui Coptum et Busirim non rebellase dicturi sed causam Christianorum suscepturi (Not. 211. p. 100). Para la jeografía de los cuatro Busirs, véase Abulfeda (Descrip Egypt. p. 9 vers. Michaelis Gottingæ, 1776, en 4.º), Michaelis (Not. 122-127, p. 58-63), y d' Anville (Mémoire sur l' Egipte, p. 83. 147. 205).

(38) Véase Abulfeda (Annal. Moslem. p. 136-145), Eutioquio (Annal. tom. II. p. 392. vers. Pocock), Elmacim (Hist. Sarracen. p. 109-124), Abulfarajio (Hist. Dinast. p. 134-140) Rodrigo de Toledo (Hist. Arabum, c. XVIII. p. 33), Teófanes (Chronograph. p. 356, 357, que habla de los abasidas bajo los nombres de Χωρασανιται y Μαμροφοροι), y la Bibliothèque de D' Herbelot, en los artículos *Ommiades*, *Abbasides*, *Mœrvan*, *Ibrahim*, *Saffah*, *Abou Moslem*.

(39) Para la revolucion de España, consúltase á Rodrigo de Toledo (c. XVIII. p. 34), etc.), la Biblioteca arábigo-hispana (tom II, p. 30 198), y Cardonne (Hist. de l' Afrique et de l' Espagne, tom. I. p. 180-197. 205. 272. 232 etc., pero sobre todo á D. José Conde.

(40) No me detendré en aventar los estraños yerros y antojos de sir William Temple (sus Obras. vol. III. p. 371-374. octava edicion) y Voltaire (Histoire Générale, c. XVIII. tom. II. p. 124, 125. edicion de Lausanne), tocante á la division del imperio sarraceno. Las equivocaciones de Voltaire procedieron de falta de conocimiento ú de reflexion; pero sir William fué engañado por un impostor español, que ha compuesto una historia apócrifa de la conquista de España por los Arabes. No es Conde.

(41) El jeógrofo D' Anville (l' Eufrate et le Tigre, p. 121-123), y el orientalista D' Herbelot (Bibliothèque, p. 167, 168), pueden bastar para el conocimiento de Bagdad. Nuestros viajeros, Pietro della Valle (tom. I. p. 688-698), Tavernier (tom. I. p. 230-238), Thevenot (part. II. p. 309-212), Otter (tom. I. p. 162-168), y Niebuhr (Voyage en Arabie, tom. II p. 239-271), han visto solamente su decadencia; y el jeógrafo de la Nubia (p. 204), y el viajero judío, Benjamin de Tudela (Itinerarium, p. 112-123. á Const. l' Empereur, apud Elzevir, 1633), son los únicos escritores que yo sepa que hayan hablado de Bagdad bajo el reinado de los Abásidas.

(42) Se echaron los cimientos de Bagdad A. H. 145, A. D. 762. Motasen, el último de los Abásidas, fué cojido y muerto por los Tártaros A. H. 656, A. D. 1258, el 20 de febrero.

(43) Medinat al Salem, Dar al Salem. Urbs pacis, ó, segun es mas lindamente compuesto por los señores bizantinos, Ειρηνοπολις (Irenópolis). Hay alguna contienda sobre la etimolojia de Bagdad, pero se concede que la primera sílaba significa un jardin en la lengua persa; el jardin de Dad, ermitaño cristiano, cuya celda habia sido la única habitacion en el lugar.

(44) Reliquit in ærario sexcenties millies mille stateres, et quater et vicies millies mille aureos. Elmacin, Hist. Saracen. p. 126. He regulado las piezas de oro en ocho shelines, y la proporcion para la plata como doce á uno. Pero nunca saldré responsable de los números de Erpenio; y los latinos son superiores á los salvajes en el lenguaje de la aritmética.

(45) D' Herbelot, p. 530. Abulfeda, p. 154. Nivem Meccam apportavit, rem ibi aut numquam aut rarísime visam.

46) Abulfeda, p. 184. 189., describe el esplendor y la liberalidad de Almamon. Milton ha aludido á esta costumbre oriental:

— Or where the gorgeous East, with richest hand
Showers on her Kings Barbarie pearls and gold.

He usado de la voz moderna *lotería* para espresar los *Missilia* de los emperadores romanos, que daban derecho para algun premio á la persona que los cojia, cuando se arrojaban á la muchedumbre.

(47) Cuando Bell de Antermony (Viajes vol. I. p. 99) acompañó al embajador ruso á la audiencia del desgraciado Shah Hussein de Persia, introdujeron *dos* leones, para denotar el poder del rey sobre los mas fieros animales.

(48) Abulfeda, p. 237. D' Herbelot, p. 590. Esta embajada fué recibida en Bagdad, A. H. 305, A. D. 917. En el paso de Abulfeda, me he valido con algunas variaciones, de la version inglesa del docto y amable Mr. Harris de Salisbury (Investigaciones filolójicas, p. 363, 364).

(40) Cardonne, Histoire de l' Afrique et de l' Espagne, tom. I. p. 330-336. Puede conceptuarse cabalmente el gusto y arquitectura de los Arabes de España por la descripcion de la Alhambra de Granada (Viajes de Swinburne, p. 171-178).

(50) Cardonne, tom. I. p. 329-330. Esta confesion, los lamentos de Salomon, sobre la vanidad de este mundo (Véase el verboso, pero elocuente, poema de Prior), y los felices diez dias del emperador Seghed (Rambler, Not. 204, 205), serán citados triunfalmente por los tizna-

dores de la vida humana. Sus esperanzas son por lo mas descomedidas, sus cómputos por maravilla son atinados. Si puedo hablar de mí mismo la única porsona de quien puedo hablar con certeza) *mis* horas felices han escedido en mucho y con mucho, al escaso número de las del califa de España; y no escrupulizaré en añadir que grandísima parte de ellas se debe la agradable tareon de la presente obra.

(51) El Gulistan (p. 239) refiere la conversacion de Mahomet y un médico (Epist. Renaudot. en Fabricio, Bibliot. Græc tom. 1 p. 814). El Profeta mismo era práctico en el arte de la medicina; y Gagnier (Vie de Mahomet, tom. III. p. 394—405). ha dado un estracto de los aforismos que corren bajo su nombre.

(52) Véase su curiosa arquitectura en Reaumur (Hist. des Inectes, tom. V. Mémoire VIII). Estos exágonos quedan cerrados por una pirámide; los ángulos de los tres lados de una pirámide similar, tales que llenasen el fin dado con la menor cantidad posible de materiales, fueron determinados por un matemático en 109 grados 26 minutos para el mayor, 70 grados 32 minutos. Sin embargo esta perfecta armonía ensalza la obra en menoscabo del artista: las abejas no poseen completamente el arte de la jeometría.

(53) Saed Ebn Ahmed, cadí de Toledo, que murió A. H. 462, A. D. 1069, ha proporcionado á Abulfaraje (Dynast. p. 160.) este curioso paso, como tambien el texto del Specimen Historiæ Arabum de Pocock. Una porcion de anédotas literarias de filósofos, médicos, etc., que han florecido bajo cada califa, forman el principal mérito de las dinastías de Abulfaraje.

(54) Estas anécdotas literarias se han sacado de la Biblioteca arábigohispana (tom. II, p. 38—71—201—202.). Leon Africano (de Arab. Medicis et Philosophis, In Fabric. Bibliot. Græc. tom. XIII, p. 269—298, particularmente p. 274.) y Renaudot (Hist. Patriarch. Alex. p. 274, 275—536, 537.), á mas de las observaciones cronolójicas de Abulfaraje.

(45) El catálogo del Escorial dará una idea cabal de la proporcion de las clases. En la biblioteca del Cairo, los manuscritos de la astronomía y medicina ascendian á 6500, con dos hermosos globos, el uno de bronce y el otro de plata (Bibliot. Arab. Hisp. tom. I, p. 417.).

(56) Como por ejemplo el quinto, sexto y séptimo libros (el octavo falta todavía) de las secciones cónicas de Apolonio Peajeo, que se imprimieron sobre el manuscrito de Florencia, 1661 (Fabric. Bibliot. Græc. tom. II, p. 559.) Sin embargo el libro quinto habia sido previamente restaurado por la adivinacion matemática de Viviani (Véase su elojio en Fontenelle, tom. V, pag. 59, etc.).

(57) El mérito de estas versiones arábigas, se ventiló desahogadamente por Renaudot (Fabric. Bibliot. Græc. tom. I, p. 812—816.), y relijiosamente defendido por Casiri (Bibliot. Arab. Hispana, tom. I, p. 238—243.) La mayor parte de las versiones de Platon, Aristóteles, Hipócrates, Galeno, etc., se atribuyen á Henain, médico de la secta Nestoriana, que floreció en Bagdad en la corte de los califas, y murió A. D. 876. Estaba encabezando una escuela ó manufactura de traducciones y las obras de sus hijos y discípulos se publicaron bajo su nombre. Véase Abulfaraje (Dynast, p. 88—115—171—174, y apud Asseman, Bibliot. Orient. tom. II, p. 438.), D'Herbelot (Bibliot. Orientale, p. 456.), Asseman (Bibliot. Orient. tom. III, p. 164.) y Casiri (Bibliot. Arab. Hispana, tom. I, p. 238, etc. 251—286—290—302—304, etc.).

(58) Véase Mosheim. Institut. Hist. Eccles. p. 181—214—257—315—338—396—438, etc.

(59) El comentario mas elegante sobre las categorías ó predicamentos de Aristóteles, puede hallarse en las colecciones filosóficas de Mr. James Harris (Londres, 1775, en octavo,), que se afanó en renovar los estudios de la literatura y filosofía griega.

(60) Abulfaraje, Dynast. p. 81—222. Bibliot. Arab. Hisp. tom. I, p. 370, 371. In quem (dice el primado de los Jacobitas) si immiserit se lector, oceanum in genere (algebræ) inveniet. El tiempo de Diofanto de Alejandría se ignora; pero sus seis libros todavía existen, y han sido ilustrados por el griego Planudes y el francês Meziriac (Fabric. Bibliot. Græc. tom. IV, p. 12—15.).

(61) Abulfeda (Ann. Moslem. p. 210, 211 vers. Reiske) describe esta operacion segun Ibn Challecan, y los mejores historiadores. Este grado contiene con el mayor cuidado 200.000 codos reales ó hashemitas, que la Arabia habia sacado de la práctica sagrada y legal de la Palestina y del Ejipto. Este codo antiguo está repetido 400 veces en cada base de la gran pirámide, y parece indicar las medidas primitivas y universales del Oriente. Véase la Metrolojía del laborioso Mr. Paucton, p. 101—195.

(62) Véanse las Tablas astronómicas de Ulugh Begh, con el prefacio del Dr. Hyde, en el primer volúmen de su Syntagna Dissertationum, Oxon. 1767.

(63) La verdad de la astrolojía fue concedida por Albumazar, y los mejores astrónomos árabes, que sacaron sus predicciones mas ciertas, no de Venus y Mercurio, sino de Júpiter y el sol (Abulfaraje Dynast. p. 161-163.). En cuanto al estado y ciencia de los astrónomos persas, véase Chardin (Voyages en Perse, tom. tom. III, p. 162—203.).

(64) Bibliot. Arabico-Hispana, tom. I, p. 438. El orijinal refiere un cuento chistoso de un practicon ignorante, pero sencillo.

(65) En el año 956, Sancho el Craso, rey de Leon, fue curado por los médicos de Córdoba (Mariana, l. VII, c. 7, tom. I, p. 318.).

(66) La escuela de Salerno, y la introduccion de las ciencias árabes en Italia, se desentrañan con erudicion y juicio en Muratori (Antiquitat. Italiæ Medii Ævi, tom. III, p. 932—940.) y Giannone (Istoria civile di Napoli, tom. II, p. 119—127.

(67) Véase una buena reseña de los progresos de la Anatomía en Wotton (Reflexiones sobre la erudicion antigua y moderna, p. 208—256.). Su reputacion ha sido menospreciada, sin merecerlo, por los ingenios en controversía de Boyle y Bentley.

(68) Bibliot. Arab. Hispana, tom. I, p. 275. Al-Beithar, de Málaga, su mayor botánico, habia viajado en Africa, Persia y en la India.

(69) Dr. Watson (Elementos de química; vol. I, p. 17, etc.) concede el mérito *orijinal* de los Arabes. Con todo cita la modesta confesion del famoso Geber del siglo IX (D'Herbelot, p. 387.), que habia sacado la mayor parte de su ciencia, tal vez sobre la transformacion de los metales, de los sabios antiguos. Sea cual fuere el oríjen ó estension de su conocimiento, las artes de la química y alquimia, parece que fueron conocidas en Ejipto, á lo menos trescientos años antes de Mahomet (Reflexiones de Wotton, p. 121—133. Pauw, Recherches sur les Egyptiens et les Chinois, tom. I, p. 376—429.).*

(70) Abulfaraje (Dynast. p. 26—148.), menciona una version *siríaca* de los dos poemas de Homero, por Teófilo maronita cristiano del monte Líbano, que profesaba la astronomía en Roa ó Edesa, hácia el fin del siglo VII. Su obra seria una curiosidad literaria. He leido en alguna parte; pero no me acuerdo donde, que las vidas de Plutarco fueron traducidas al turco, para uso de Mahomet II.

(71) He leido, con mucho gusto, el Comentario en latin de William Jones sobre la poesía asiática, (Lóndres, 1774, en octavo) que fue compuesto en la juventud de aquel lenguaraz admirable. Ahora, en la madurez de su gusto y juicio, quizás rebajaria la alabanza enardecida, y harto parcial que habia dado á los orientales.

(73) entre los filósofos árabes, Averroes ha sido acusado de despreciar las religiones de los judíos, cristianos y mahometanos (Véase su artículo en el Diccionario de Bayle). Cada una de estas sectas concederia que en dos ejemplos, de tres, su desprecio era fundado.

(*) Mr. Whawell (Hist. of Inductive Sciences vol. I p. 336,) rechaza la pretension de los Arabes como inventores de la ciencia química. « La formacion y « realizacion de pensamientos de análisis y afinidad fueron pasos importantes « en dicha ciencia que, como en adelante procuraré demostrar, quedaron á los « químicos de Europa por hacer en un período mucho mas reciente.»—M.

(73) D'Herbelot, Bibliothèque Orientale, p. 546.

(74) Θεοφιλος ατοπον κρινας, ει την των οντων γνωσιν, δι ἡν το Ρωμαιαν γενος θαυμαζέται, εκδοτον ποιησει τοις εθνεσι, etc. Cedreno, p. 549, que refiere cuan varonílmente rehusó el emperador un matemático á las instancias y ofertas del califa Almanon. Este absurdo escrúpulo está expresado casi en los mismos términos por el continuador de Teófanes (Scriptores post Theophanem, p. 118.)

(75) Véase el reinado y carácter de Harum al Rashid, en la Bibliothèque Orientale, p. 431—433, bajo su propio título; y en los artículos relativos á que se refiere M. D' Herbelot. Aquel docto colector ha mostrado mucho tino en estractar de las crónicas orientales de sus anécdotas instructivas y divertidas.

(76) En cuanto á la situacion de Racca, el antiguo Nicéforo, consúltese D' Anville (l' Euphrate et le Tigre, p. 24-27). Las Noches Arabes representan á Harun al Rashid casi permanente en Bagdad. Respetó el sitio real de los Abasides; pero los vicios de los habitantes le habian echado de la ciudad. (Abulfeda Annal. p. 167).

(77) M. de Tournefort, en su viaje costeando desde Constantinopla á Trebisonda, pasó una noche en Heraclea ó Gregri. Su vista observó el estado presente, su lectura reunió las antigüedades, de la ciudad (Voyage du Levant, tom. III lettre XVI p. 23-35). Tenemos una historia separada de Heraclea en los Fragmentos de Memnon, que ha preservado Focio.

(78) Las guerras de Harun al Rashid contra el imperio romano se refieren por Teófanes (p. 384, 385. 391. 396. 407, 408.), Zonaras (tom. II. l. XV. p. 115. 124), Cedreno (p. 477, 478), Eutiquio (Annal. tom. II. p. 407), Elmacin (Hist. Saracen. p. 136, 151, 152), Abulfaraje (Dynast. p. 147. 151), y Abulfeda (p. 156. 166.—168).

(79) Los autores de quienes he aprendido la mayor parte del estado antiguo y moderno de Creta, son Belon (Observations, etc. c. 3—20. París 1555), Tournefort (Voyage du Levant, tom. I. lettre II. et III), y Meursio (Creta, en sus obras, tom. III p. 343-544). Aunque Creta se llama por Homero Πιειρα, por Dionisio λιπαρη τε και ευβοτος no puedo concebir que aquella isla montañosa supere, ni aun iguale, la fertilidad de la mayor parte de España.

Se logra el conocimiento mas auténtico y circunstancial de los cuatro libros de la continuacion de Teófanes, recopilados por la pluma ó el mandato de Constantino Porfirojénito, con la vida de su padre Basilio, el Macedonio (Scriptores post Theophanem, p, 1-162 á Francisc. Combelis, París, 1685). La pérdida de Creta y Sicilia se refiere, l. II. p. 46-52. A esto podemos añadir el testimonio secundario de José Jenesio

(l. II. p. 21. Venet. 1753), Jorge Cedreno (Compend. p. 506-508), y Juan Seylitzes Curopalata (apud Baron. Annal. Eccles. A. D. 827. Not. 24, etc.). Pero los Griegos modernos son unos plajiarios tan notorios, que citaria solamente una pluralidad de nombres.

(81) Renaudot (Hist. Patriarch. Alex. p. 251-256. 268-270) ha desdrito los salteamientos de los árabes andaluces en Ejipto, pero ha olvicado enlazarlos con la conquista de Creta.

(82) Δηλοι (dice el continuador de Teófanes, l. II. p. 51) δε ταυτα σαφεςατα και πλατικωτερον ή τοτε γραφεισα Θεογνωςῳ και εις χειρας ελθεσα ἡμων. Esta historia de la pérdida de Sicilia no existe ya. Muratori (Annali d' Italia, tom. VII. p. 7. 19. 21, etc.) ha añadido algunas circunstancias de las crónicas italianas.

(83) La espléndida é interesante trajedia de *Tancredo* cuadra mucho mejor con esta época, que con la fecha (A. L. 1005 que Voltaire mismo á escojido. Pero yo reconvengo mas decididamente al poeta, por confundir en los argumentos Griegos los caballeros modernos y los republicanos antiguos.

(84) La relacion ó lamentacion de Teodosio se halla copiada é ilustrada por Pagi (Crítica, tom. III. 719, etc.). Constantino Porfirojénito (en Vit. Basi. c. 69, 70. p, 190=192) menciona la pérdida de Siracusa y el triunfo de los demonios.

(85) Los estractos de las historias arábigas de Sicilia se hallan en Abulfeda (Annal. Moslem. p. 271-278), y en el primer volúmen de los suscriptores Rerum italicarum de Muratori. M. de Guignes (His des Huns, tom. I. p. 363, 364) ha añadido algunos hechos importantes.

(86) Uno de los Romanos mas eminentes (Gratianus, magister militum et Romani palatii superista) fué acusado de declarar. Quia Franci nihil nobis boni faciunt, neque adjutorium prebænt, sed magis quæ nostra sunt violenter tollunt. Quare non advocamus Græcos, et cum eis fœdus pacis componentes, Francorum regem et gentem de nostro regno et dominatione expellimus? Anastasio en Leone IV, p. 199.

(87) Voltaire (Hist. Générale, tom. II. c. XXXVIII. p. 124) parece estar malquisto con la índole del Papa Leon IV. He tomado su expresion jeneral, pero la vista del foro me ha proporcionado un concepto mas despejado y brioso.

(88) De Guignes, Hist. Générale des Huns, tom. I. p. 363, 364. de l' Espagne, sous la domination des Arabes, tom. II p. 24, 25. Observo y no puedo reconciliar la diferencia de estos escritores en la sucesion de los Aglabitas.

(89) Beretti (Chorographia Italiæ Medii Ævi, p. 106. 108) ha ilustrado Centumcellæ, Leopolis, Civitas Leonina, y las otras plazas del ducado romano.

(90) Los Arabes y los Griegos callan igualmente tocante á la invasion de Roma por los Africanos. Las crónicas latinas no dan mucha instruccion (véanse los Anales de Baronio y Pagi). Nuestro guia auténtico y contemporáneo para los papas del siglo IX es Anastasio, bibliotecario de la iglesia romana. Su vida de Leon IV contiene veinte y cuatro pájinas (p. 175-199. edic. Paris); y si una gran parte consiste en necedades supersticiosas, debemos culpar ó alabar á este héroe, que frecuentó mas la iglesia que el campamento.

(91) El mismo número fué aplicado á las siguientes circunstancias en la vida de Motassem: fué el *octavo* de los Abasidas, reinó *ocho* años, *ocho* meses, y *ocho* dias; dejó *ocho* hijos, *ocho* hijas, *ocho* mil esclavos, *ocho* millones de oro.

(92) Amorio asoma por maravilla en los jeógrafos antiguos, y luego yace totalmente olvidado en los Itinerarios romanos. Despues del siglo VI, llegó á ser una sede episcopal, y al fin la metrópoli de la nueva Galacia (Carol. Seto. Paulo, Geograph. Sacra, p. 234). La ciudad se volvió á levantar de sus ruinas, si debemos leer *Ammuria*, no *Anguria*, en el texto del jeógrafo de la Nubia (p. 236).

(93) En el Oriente fué llamado Δυςυχης. (Continuador de Teófan. l. III p. 84); pero era tal la ignorancia del Occidente, que sus embajadores en discurso público, podian referir atrevidamente: de victoriis, quas adversus exteras bellando gentes cælitus fuerat assecutus (Analist.) Bertinian. apud Pagi, tom. III p. 720).

(94) Abulfaraje (Dynast. p. 167, 168) refiere una de estas transacciones singulares sobre el puente del rio Lamo en Sicilia, límite de los dos imperios, y camino de un dia hácia el poniente de Tarso (D' Anville, Géographie Ancienne, tom. II p. 91). Cuatro mil cuatrocientos sesenta Musulmanes ochocientas mujeres y niños, cien confederados, fueron canjeados por igual número de Griegos. Se pasaron unos á otros en medio del puente, y cuando llegaron á sus amigos respectivos, gritaron *Allah Acbar*, *Kirie* y *Eleison*. Muchos de los prisioneros de Amorio estaban probablemente entre ellos; pero en el mismo año (A. H. 231), los mas esclarecidos los cuarenta y dos mártires, fueron degollados por órden del califa.

(95) Constantin. Porphyrogenitus, in Vit. Basil. c. 61, p. 186. A la verdad estos Sarracenos fueron tratados con rigor peculiar como piratas y renegados.

(96) En cuanto á Teófilo, Motasmse (l. III, p. 77—84.), Jenesio l. III, p. 22—34.), Cedreno (p. 328—532.), Elmacin (Hist. Saracen. p. 180.), Abulfarajio (Dynast. p. 165, 166.), Abulfeda (Annal. Moslem. p. 191.), D' Herbelot (Bibliot. Orientale, p. 639, 640.).

(97) Mr. de Guignes, que á veces salta, á veces tropieza, en el golfo entre la historia china y mahometana, sueña columbrar que estos Turcos son los *Hoei-ke*, alias los *Kao-tche*, ó galeras gruesas, que estaban divididos en quince cuadrillas, desde la China y Siberia hasta los dominios de los califas y samanidas, etc. (Hist. des Huns, tom. III, p. 1—33—124—131.).

(98) Cambió el antiguo nombre de Sumera, ó Samara, en el antojadizo título de *Ser-mén-raï*, lo que causa placer á primera vista (D'Herbelot, Bibliotèque Orientale, p. 808, D'Anville, l'Euphrate et le Tigre, p. 97, 98.).

(99) Tómese por ejemplo, la muerte del califa Motaz: Correptum pedibus pertrahunt, et sudibus probe permulcant, et spoliatum laceris vestibus in sole collocant, præ cujus acerrimo æstu pedes alternos attollebat et demittebat. Adstantium aliquis misero colaphos continuo ingerebat, quos ille objectis manibus avertere studebat.... Quo facto traditus tortori fuit, totoque triduo cibo potuque prohibitus.... Suffocatus, etc. (Abulfeda, p. 206.). Del califa Mohtadi. dice, cervices ipsi perpetuis ictibus contundebant, testiculosque pedibus conculcabant (p. 208.).

(100) Véanse bajo los reinados de Motassem, Motawakkel, Montasser, Mostain. Motaz, Mohtadi, y Motamed, en la bibliothèque de D'Herbelot, y los Anales de Elmacin, ahora familiares, Abulfaraje y Abulfeda.

(101) En cuanto á la secta de los caamatios, consúltese Elmacin (Hist. Saracen. p. 219-224-229-231-238-241-243.), Abulfaraje (Dynast. p. 179-182.), Abulfeda Annal. Moslem. p. 218, 219, etc. 245-265-274.), y D'Herbelot (Bibliothèque Orientale, p. 256 - 258—635.). Encuentro algunas contradicciones de teolojía que no seria fácil ni de mucha importancia reconciliar.*

(105) Los Aglabitas y Edrisitas son el argumento espreso de Mr. de Cardonne, Hist. de l'Afrique et de l'Espagne sous la domination des Arabes, tom. II, p. 1—63.

(105) Para obviar la reconvencion de error, debo criticar los descuidos de Mr. de Guignes (tom. I, p. 359.) tocante á los Edrisistas. 1.° La dinastía y ciudad de Fez no podia hallarse en el año de la Hégira 173, pues que el fundador fué un hijo *póstumo* de un descendiente de Alí, que se fugó de la Meca en el año 168. 2.° Este fundador, Edris, en vez de vivir hasta la edad inverosímil de 120 años, A. H. 313, murió A. H. 214 á la flor de la virilidad. 3.° La dinastía se extinguió A. H. 307, veinte y tres años mas pronto de lo que fija el historiador de los

(*) Compárese Von Hammer Geschicte der Assassinem, p. 44, etç. — M.

Hunos. Véanse los exactos anales de Abulfeda, p. 158, 159-185-238.

(106) Las dinastías de los Taeritas y Sofaridas, con el oríjen de la de los Samanidas, están descritas en la historia original y en la version latina de Mirchoud: Sin embargo, los hechos mas interesantes habian sido apurados por la diligencia de Mr. D'Herbelot.

(107) Mr. de Guignes (Hist. des Huns, tom. II, p. 124-154.) ha apurado los Toulunidas é Ikshiditas de Ejipto, y dado alguna luz sobre los Carmatios y Amadanitas.

(108) Hic est ultimus chalifah qui multum atque sæpius pro concione peroraret.... Fuit etiam ultimus qui otium cum eruditis et facetis hominibus fallere hilariterque agere soleret. Ultimus tandem califarum cui sumtus, stipendia, reditus, et thesauri, culinæ, cæteraque omnis aulica pompa priorum chalifarum ad instar comparata fuerint. Videbimus enim paulo post quam indignis et servilibus ludibriis exagitati, quam ad humilem fortunam ultimumque contemptum abjecti fuerint, hi quondam potentissimus totius terrarum Orientalium orbis domini. Abulfed. Annal. Moslem, p. 261. He presentado este paso, segun el modo y tono de Abulfeda; pero el rasgo de elocuencia latina pertenece mas propiamente á Reiske. El historiador árabe (p. 255-257-261-269-283, etc.) me ha suplido los hechos mas interesantes de este párrafo.

(109) Su dueño en semejante ocasion, se mostró de ánimo mas induljente y tolerante. Ahmed Ebn Hanbal, cabeza de una de las cuatro sectas ortodoxas, nació en Bagdad A. H. 164, y murió allí A. H. 241. Combatió y sufrió en la disputa relativa á la creacion del Koran.

(110) El empleo de visir fue anulado por el emir Al Omra, Imperator imperatorum, título que Rahdi instituyó primero y que al fin tomó orijen en los Bouvidas y Seljukides: vectigalibus, et tributis, et curiis per omnes regiones præfecit, jussitque in omnibus suggestis nominibus ejus in concionibus mentionem fieri (Abulfaraje, Dynast. p. 199.) Tambien lo menciona Elmacin (p. 254, 255.).

(111) Luitprando, cuyo temperamento colérico se acibaró mas y mas con su situacion apurada, sujiere los nombres mas aplicables á Nicéforo que los distados hueros de los Griegos. Ecce venit stella matutina, surgit Eous, reverberat obtulit solis radios, pallida Saracenorum mors, Nicephorus μεδων.

(112) A pesar de la insinuacion de Zonaras, και ει μη, etc. (tom. II, l. XVI, p. 197.) es un hecho evidente que Creta fue subyugada completa y finalmente por Nicéforo Focas (Pagi, Crítica, tom. III, p. 873—875. Meursio, Creta, l. III, c. 7, tom. III, p. 464, 465.).

(d) Los Acroases de Teodoro, de expugnatione Cretæ, miserables y ambos, refieren toda la campaña. Quien apetezca justipreciar el mérito

del poético diácono, puede leer la descripcion de arrojar un garañon dentro de la ciudad hambrienta. El poeta se pasma del númen del general, y revela en todo el lujo de la antítesis. Theodori, Acroases, lib. III, p. 172, en Niebuhr's Byzant. Hist.—M.

(113) Una vida escrita en griego de San Nicon el armenio se halló en la librería de Sforza, y fue traducida al latin por el jesuita Sirmond, para uso del cardenal Baronio. Esta leyenda contemporánea despide un rayo de luz sobre Creta y el Peloponeso en el siglo X. Halló la isla recien recobrada, fœdis detestandæ Agarenorum superstitionis vestigiis adhuc plenam ac refertam.... pero el misionero, victorioso quizás con algun auxilio carnal, ad baptismum omnes veræque fidei disciplinam pepulit. Ecclesiis per totam insulam ædificatsi Annal. Eccles. A. D. 961.).

(114) Elmacin, Hist. Saracen. p. 278, 279. Luitprando estaba dispuesto á despreciar el poder griego; sin embargo confiesa que Nicéforo condujo contra Siria un ejército de ochenta mil hombres.

(115) Ducenta fere millia hominum numerabat urbs (Abulfeda, Annal. Moslem. p. 231.) de Mopsuestia, ó Masifa, Mampsysta, Mansista, Mamista, segun se llama, corrompida ó tal vez mas correctamente en las edades medias (Wesseling, Itinerar. p. 580.). Con todo, no puedo dar crédito á esta popularidad estremada pocos años despues del testimonio del emperador Leon, ϐ γαρ πολυπλθια ϛρατϐ τοις Κιλιξι βαρβαροις εϛιν (Táctica, c. XVII, en Meursii Oper. tom. VI, p. 817.).

(116) El texto de Leon el diácono, en los nombres corrompidos de Emeta y Mictarsim, revela las ciudades de Amida y Martyropolis (Miafarekin. Véase Abulfeda, Geograph. p. 245. vers. Reiske.) De la primera, observa Leon, urbs munita et illustris; de la segunda, clara atque conspicua opibusque et pecore, reliquis ejus provinciis urbibus atque oppidis longè prestans.

(117) Ut et Ecbatana pergeret Agarenorumque regiam everteret.... aiunt enim urbium que usquam sunt ac toto orbe existunt felicissimam esse auroque ditissimam (Leo. Diacon. apud Pagium, tom. IV, p. 34.). Esta espléndida descripcion cuadra únicamente con Bagdad, y no es posible aplicarla á Hamadan, la verdadera Ecbatana (D'Anville, Geog. Ancienne, tom. II, p. 237.), ó Tauris, que por equivocacion jeneralmente se ha conceptuado aquella ciudad. El nombre de Ecbatana, en el mismo sentido indefinido se traslada por una autoridad mas clásica (Cicero pro Lege Manilia, c. 4.) al sitio real de Mitrídates rey del Ponto.

(118) Véanse los Anales de Elmacin, Abulfaraje y Abulfeda, desde A. H. 351 hasta A. H. 361; y los reinados de Nicéforo Focas y Juan Zimisces, en las crónicas de Zonaras (tom. II, l. XVI, p. 199. l. XVII, 215) y Cedreno (Compend. p. 649-684.). Sus muchas nulidades que-

dan en parte suplidas por la historia manuscrita de Leon el diácono, que Pagi logró de los Benedictinos, y la ha insertado casi entera, en una version latina (Crítica, tom. III, p. 873. tom. IV, p. 37.)*

(*) Toda la obra orijinal de Leon el diácono ha sido publicada por Hase, y está inserta en la nueva edicion de los historiadores bizantinos. M. Lassen ha añadido á las autoridades árabes de este período algunos estractos de la relacion de Kemaleddin sobre el tratado de la rendicion de Alepo. — M.

FIN DEL TOMO VI.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.

FIN DEL INDICE DEL TOMO VI.

